

POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS V - XV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MANUEL BALASCH RECORT



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 43

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de esta obra ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.

● EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1981.

Depósito Legal: M. 36861 - 1981.

ISBN 84-249-0149-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1981. — 5352.

LIBRO V

Sincronismos

El año en que Arato el Joven ¹ ejerció el generalato se cumplió alrededor de la subida de las Pléyades ¹, pues entonces el pueblo aqueo efectuaba así el cómputo del tiempo. Por esto, Arato resignó el mando y Epérato ² le relevó en la capitania de los aqueos; Dorímaco seguía siendo el general de los etolios. Entonces mismo, ³ o sea a principios del verano, Aníbal, que hacía ya abiertamente la guerra a los romanos, tras partir de Cartagena ³ y cruzar el río Ebro, iniciaba sus operaciones y su marcha hacia Italia. Los romanos enviaron a Tiberio Sempronio Longo al África, al frente de un ejército, ⁴ y a Publio Cornelio Escipión ⁴ le mandaron a España. Antíoco III y Ptolomeo IV, rehusando componer sus ⁵ diferencias acerca de Celesiria ⁵ mediante legados y negociaciones, se declararon mutuamente la guerra.

¹ El orto de las Pléyades se da el 22 de mayo. La indicación de Polibio es sólo aproximada.

² Sobre Epérato, cf. IV 82, 8.

³ En el texto griego la expresión «a principios del verano» puede afectar tanto a «partió de Cartagena» como a «cruzó el Ebro».

⁴ Sobre la partida de estos dos cónsules, cf. III 40, 2; 41, 2. Fue en agosto.

⁵ Cf. 68, 1. Para Celesiria, nota 6 del libro III.

- 6 El rey Filipo de Macedonia andaba escaso de trigo y de dinero para sus tropas y, a través de los arcontes, convocó⁶ a asamblea a
- 7 los aqueos. Éstos, según la ley, se reunieron en Egio⁷, donde Filipo observó que los de Arato estaban predispuestos contra él por las intrigas⁸ que los hombres de Apeles, con motivo de las elecciones, habían urdido para perjudicarles. Se dio cuenta, además, de que Epérato⁹ era persona de carácter indolente, de quien nadie hacía el menor caso. Todo lo antedicho le llevó a apercibirse de la estupidez de Apeles y Leontio y resolvió atraerse a los Aratos. Convenció a los magistrados de que trasladasen la asamblea a Sicción, convocó a los dos Aratos, al padre y al hijo, a una entrevista secreta, e inculpó a Apeles de todo lo sucedido. Les rogó que perseveraran en su política inicial,
- 10 a lo que ellos se prestaron con agrado. Entonces, Filipo se dirigió a los aqueos y, con la colaboración de los dos jefes citados, logró todo lo que necesitaba para
- 11 sus designios. En efecto: los aqueos le entregaron inmediatamente cincuenta talentos para el inicio de la campaña¹⁰, decretaron abonar a las tropas el sueldo de

⁶ El rey macedonio tenía derecho a convocar una asamblea. Cf. IV 85, 3.

⁷ Cf. nota 122 del libro II.

⁸ Cf. IV 76, 7.

⁹ Apeles había conseguido que Filipo apoyara la candidatura de Epérato. Cf. IV 82-86.

¹⁰ Aquí el texto griego es algo equívoco. Puede significar «para la primera campaña» (o sea, la campaña de invierno del 219/218), o bien «para el inicio de la campaña». E. SCHWEIGHÄUSER, *Polybii Historiarum reliquiae*, París, 1839, *ad loc.*, y W. R. PATON, *Polybius, The Histories*, III, Cambridge, Massachusetts, 3.^a ed., 1960, *ad loc.*, se deciden a favor de la primera interpretación; mientras que P. PÉDECH, *Polybe, Histoires*, IV, París, 1977, *ad loc.*, y F. W. WALBANK, *A historical Commentary on Polybius*, I, Oxford, 1970,

tres meses y añadir, además, diez mil medimnos¹¹ de trigo. Además, durante el tiempo en que hiciera la¹² guerra conjuntamente con ellos en el Peloponeso, cobraría de los aqueos diecisiete talentos mensuales.

Los acuerdos tomados fueron éstos, y los aqueos² se retiraron a sus ciudades. Cuando las tropas se hubieron concentrado desde los lugares donde habían invernado, el rey, previa deliberación con sus consejeros¹², determinó hacer la guerra por mar: estaba persuadido de que sólo así podría aparecer rápidamente, y por todas partes, a sus enemigos y de que éstos apenas podrían prestarse ayuda mutuamente: estaban³ dispersados por el país, y todos temerían por sí mismos, a causa de que la comparecencia del adversario por mar era tan súbita como imprevisible. Filipo estaba en guerra contra los etolios, los lacedemonios e, incluso, contra los eleos. Tomó, pues, estas decisiones y concentró⁴ sus naves y las de los aqueos en Lequeo¹³, donde realizó maniobras continuas: ejercitaba a los hombres de sus falanges y los habituaba al manejo de los remos; los macedonios atendían con sumo interés las órdenes impartidas: si son muy famosos y esforzados en las⁵ peleas terrestres libradas en formación, no están menos dispuestos, si se presenta el caso, a la lucha por mar.

ad loc. (citado, desde ahora, WALBANK, *Commentary*, *ad loc.*), se deciden por la segunda. El valor del talento varió según los estados griegos y según las épocas; aquí seguramente la referencia es al talento ateniense, que valía unas 50.000 ptas. actuales si era el de plata, el de oro alcanzaría, en valor actual, el medio millón.

¹¹ Los griegos medían el trigo por medimnos. Un medimno valía 192 cótilos, unos 52 l.

¹² Traducido al pie de la letra, el texto griego pone «amigos», pero el término es técnico: estos «amigos» forman, con otros personajes, el consejo real. Cf. 50, 9, y la nota 121 del libro I. La expresión saldrá con bastante frecuencia.

¹³ Se trata del puerto occidental de Corinto.

Son obreros de mucho aguante, no cabe la menor duda, para misiones como excavar fosas, clavar empalizadas, en fin, para cualquier penalidad de este tipo. Hesíodo nos presenta así a los Eácidas:

*que gozan en la guerra como en un banquete*¹⁴.

7 El rey y el ejército macedonio permanecían en Corinto, dedicados a los preparativos y a su adiestramiento
8 en las operaciones navales. Apeles, tan incapaz de ganarse a Filipo como de aceptar aquella humillación, se conjura con Leontio y Megaleas: éstos se harían presentes en el momento oportuno, cometerían errores deliberados y, así, entorpecerían los servicios del rey; él se llegaría a Calcis¹⁵ y, desde allí, se las ingeniaría para que no le llegaran, desde ningún lugar, suministros de ningún tipo para sus operaciones. Tal fue su acuerdo con los hombres citados y, después de ajustar tratos tan perversos con ellos, se fue a Calcis, para lo
10 cual alegó al rey unos pretextos absurdos. Establecido allí, todos le hacían caso, debido al valimiento de que había gozado antes; él se atuvo con tanta firmeza a los juramentos, que al cabo forzó al rey, falto de recursos, a empeñar su propia vajilla de plata, que usaba habitualmente, para sufragar su subsistencia. Cuando se concentró la armada y los macedonios estaban ya debidamente entrenados en el arte de remar, Filipo efectuó una distribución de dinero y de víveres, y zarpó. Al cabo de dos¹⁶ días abordó Patras¹⁷, con seis mil macedonios y mil doscientos mercenarios.

¹⁴ Este verso no se conserva en lo que poseemos de Hesíodo.

¹⁵ Se trata de Calcis de Eubea, no de Calcis de Etolia. La ciudad aquí en cuestión fue el centro de la hegemonía macedonia en Grecia.

¹⁶ También podría interpretarse «al día siguiente», como apunta PÉDECH, *ad loc.*, en nota al pie. Walbank no comenta el

En aquellos mismos días Dorímaco, el general etolio, ³ envió contra Élide a Agelao y a Escopas ¹⁸ al frente de quinientos neocretenses ¹⁹. Los eleos temían que Filipo emprendiera el asedio de Cilene ²⁰, y, por eso, reunieron mercenarios, al tiempo que aprestaban las tropas mismas de la ciudad; además fortificaron cuidadosamente Cilene. Filipo se apercibió de ello: concentró en Dime ² a los mercenarios aqueos, una parte de sus cretenses ²¹ y de la caballería gala, y, asimismo, dos mil soldados de a pie de las tropas de élite aqueas ²², y dejó a estas fuerzas en esa plaza como cuerpo de reserva que, además, le protegería de peligros procedentes de Élide. Él personalmente había escrito previamente a los me- ³ senios y a los epirotas, y aun a los acarnanios y a Escerdiledas ²³ con la orden de que tripularan las naves de que dispusieran y salieran a su encuentro en Cefalonia ²⁴; zarpó de Patras en el tiempo fijado y abordó

término, pero los traductores vierten, unánimemente, «al cabo de dos días».

¹⁷ Patras, cf. nota 18 del libro IV.

¹⁸ Para Agelao, cf. IV 6, 10; para Escopas, IV 27, 1.

¹⁹ El término «neocretenses» sale sólo en Polibio y su sentido es discutido. Tanto se puede tratar de una tribu de la isla de Creta (inclina a pensar esto su oposición a los «cretenses» en los capítulos 65 y 79 de este libro) como a soldados jóvenes o bisoños, recién llegados. No falta quien crea que la referencia es a que estos soldados llevaban un armamento especial. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

²⁰ Puerto al N. de Élide.

²¹ Los cretenses se habían dividido en dos bandos; unos luchaban con los etolios y otros, a favor de Filipo.

²² Cf. II 65, 3.

²³ Los pueblos mencionados están en la costa oeste. Escerdiledas era un reyezuelo ilirio ya mencionado por Polibio en II 5, 6, y en IV 16, 6 y 22, 9. Se adhirió a la alianza aqueo-macedonia en 220/219. Más tarde veremos cómo se pelea con Filipo por cuestiones de dinero (95, 15).

²⁴ Cefalonia: isla del mar Jonio, al N. de la de Zacinto. Cf. nota 13 del libro IV.

- 4 en Pronno²⁵, en Cefalania. Se dio cuenta de que esta plaza era difícil de asediar, debido a la estrechez del terreno, de modo que en su navegación avanzó con su
- 5 escuadra y fondeó delante de la ciudad de Palea²⁶. Comprobó que este país es abundante en trigo, capaz de abastecer un ejército entero, por lo que hizo desembarcar a sus fuerzas y acampó delante de la ciudad. Varó las naves en tierra, las rodeó de un foso y de una trinchera, y mandó a sus macedonios a recoger grano.
- 6 Él se dedicaba a recorrer los alrededores de la población y exploraba por qué lugares resultaba posible aproximar a la muralla las máquinas bélicas para sus obras de asedio; su intención era apoderarse de la ciudad, al
- 7 tiempo que se reunía con sus aliados. Así privaría, ante todo, a los etolios de su punto de apoyo más necesario, porque los etolios echaban mano de las naves cefalénias²⁷ para sus desembarcos en el Peloponeso y para sus
- 8 razzias contra las costas de Epiro y de Acarnania; además, dispondría para sí mismo y para sus aliados de una base muy apropiada contra el territorio enemigo.
- 9 Cefalania, en efecto, está situada frente al golfo de Corinto, extendida en dirección al mar de Sicilia²⁸; domina las regiones del Peloponeso orientadas al norte y a occidente, principalmente Élide, y también las partes meridionales y occidentales de Epiro, de Etolia y de Acarnania.
- 4 La isla era muy adecuada para concentraciones de tropas aliadas y su situación era muy estratégica, tanto para defender los territorios amigos como para atacar

²⁵ Pronno: ciudad situada al SO. de la isla de Cefalania.

²⁶ Palea, plaza situada en el litoral sur de la isla de Cefalania, en el golfo de Livadi, que penetra profundamente en tierra.

²⁷ Cf. IV 6, 2.

²⁸ Por «mar de Sicilia», Polibio entiende el espacio que va de Sicilia a Grecia y que comprende el golfo de Ambracia (cf. IV 63, 5; V 5, 13).

los adversarios, por lo que a Filipo le urgía ocuparla y someterla. Observó que la ciudad estaba rodeada por 2 todas partes, ya por el mar ya por unas alturas abruptas; el único llano existente, que era muy reducido, se orientaba hacia Zacinto²⁹. Y fue por aquí por donde Filipo proyectó avanzar sus trabajos y realizar las operaciones de asedio. De modo que el rey estaba totalmente entregado a esto. Y se presentaron quince es- 3 quifes enviados por Escerdiledas, quien no pudo remitir más, debido a las turbulencias y conjuraciones surgidas entre los reyezuelos ilirios. Procedentes de Epiro, de 4 Acarnania y de Mesenia llegaron también las tropas aliadas fijadas ya de antemano. En efecto, tras la toma 5 de la ciudad de Figalea³⁰, los mesenios no pudieron excusarse de participar en la guerra y, desde entonces, se sumaron a ella. Ya dispuesto todo lo necesario para 6 el asedio, Filipo montó las catapultas y las máquinas lanzapiedras en los lugares adecuados para paralizar a los defensores, luego arengó a los macedonios, hizo aproximar las máquinas a los muros enemigos y empezó a minarlos con ellas. Al cabo de poco tiempo dos ple- 7 tros³¹ de muralla carecían ya de cimientos: tanto era el ardor que los macedonios ponían en esta tarea. Entonces el propio rey se acercó al muro e invitó a los de la ciudad a que hicieran las paces con él. Pero los de 8 Palea le desoyeron, y Filipo mandó prender fuego a los puntales, con lo que se vino abajo todo el lienzo de muralla socavado previamente. Logrado esto, envió pri- 9 mero a los peltastas³² a las órdenes de Leontio, dispuestos en secciones: la orden era forzar el paso por la brecha. Leontio se atuvo a lo pactado con Apeles y re- 10

²⁹ «Hacia la isla de Zacinto», es decir, hacia el S. de la ciudad.

³⁰ Cf. IV 79, 5-8. Figalea es una plaza arcadia situada al SO. de Megalópolis.

³¹ Unos sesenta metros.

³² Cf. nota 169 del libro II.

tuvo tres veces seguidas a sus jóvenes soldados, que ya habían rebasado el boquete abierto, para que no completaran la ocupación de la plaza; para ello, había sobornado a muchos de los oficiales de rango más alto, y él mismo, con una cobardía afectada, iba sabotando las oportunidades. Y al final fueron rechazados de la ciudad con fuertes pérdidas, a pesar de que hubieran podido derrotar fácilmente al enemigo. Cuando vio la cobardía de sus oficiales y que muchos macedonios habían resultado heridos, Filippo desistió del asedio y deliberó con su corte acerca del futuro.

5

Precisamente entonces, Licurgo³³ había marchado sobre Mesenia, y Dorímaco con la mitad de sus etolios había hecho una incursión contra Tesalia; ambos

*Invasión de Etolia.
Intrigas de los
oficiales macedonios*

estaban convencidos de que así distraerían a Filipo del
2 asedio de Palea. Ante estos hechos se presentaron al
rey unos embajadores de parte de los acarnanios y otros
de parte de los mesenios, los primeros para solicitar de
él que invadiera Etolia e hiciera desistir, con ello, a
Dorímaco de su incursión contra Macedonia: podía
irrumper en el país de los etolios y devastarlo impune-
3 mente por entero. Los enviados mesenios también pe-
dían su ayuda. Le informaron de que en aquella época
soplaban los vientos etesios³⁴, y ello hacía factible efec-
tuar la travesía desde Cefalenia hasta Mesenia en un
4 solo día. Gorgo de Mesenia³⁵ le demostraba que un ata-

³³ Cf. IV 81, 1-11. Este Licurgo fue rey de Esparta depuesto por el golpe de Cilón narrado en el lugar indicado.

³⁴ Los etesios son unos vientos regulares que soplan en Grecia en dirección norte-noroeste unos cuarenta días, de mediados de julio hasta finales de agosto.

³⁵ Gorgo de Mesenia fue el personaje más importante en la Mesenia de su tiempo. Había sido atleta y, en el deporte, logró grandes triunfos. Luego se pasó a la política y adoptó una ten-

que contra Licurgo sería un éxito porque sería impre-
visto. Leontio, siempre fiel a sus propósitos, apoyaba 5
firmemente a Gorgo porque veía que así a Filipo le
llegaría el final del verano sin haber conseguido nada.
Navegar hasta Mesenia era ciertamente fácil; lo imposi- 6
ble era hacerse a la mar desde allí si continuaban los
vientos etesios. La consecuencia era que Filipo, ence- 7
rrado con su ejército en Mesenia, se vería obligado a
pasar sin operar el resto del verano, mientras los etolios
harían correrías por Tesalia y Epiro, pillándolo y de-
vastándolo todo sin miedo. Leontio, pues, lleno de malas 8
intenciones, daba estos consejos y otros por el estilo.
Arato, sin embargo, que también estaba allí, represen-
taba la posición contraria: en efecto, sostenía que la 9
travesía debía ser directamente contra Etolia y que de-
bía prestarse atención a las operaciones de allí. Pues
como Dorímaco había salido del país en campaña con
sus tropas, la ocasión era espléndida para entrar en
Etolia y devastarla. Filipo, que ya desconfiaba de Leon- 10
tio por su negligencia premeditada en el asedio anterior,
comprobó, además, la deslealtad del consejo que le
daba, es decir que navegara hacia el sur. Y resolvió
seguir el parecer de Arato. En consecuencia, escribió a 11
Epérato, el general aqueo, con la orden de que tomara
a los aqueos y acudiera en socorro de los mesenios; él
zarpó de Cefalenia y, al cabo de dos días, se presentó,
de noche, con su escuadra en la isla de Léucade. Tras 12
dragar el canal del mismo nombre³⁶, hizo que su flota

dencia proaquea y antiespartana, aunque fue un político moderado.

³⁶ Este canal se había excavado entre Léucade y el continente, a la altura de la capital de la isla, llamada también Léucade. El término «canal» está tomado en una acepción muy amplia; en realidad se trataba del dragado de una franja muy estrecha de mar en la que periódicamente se depositaban sedimentos de arena.

lo pasara y se adentró en el golfo llamado de Ambracia³⁷; éste, ya citado, es una larga prolongación del mar de Sicilia³⁸, que alcanza el corazón mismo de Etolia, como ya hemos constatado más arriba³⁹. Hizo la travesía y fondeó poco antes del alba junto a la ciudad llamada Limnea⁴⁰. Allí ordenó a sus tropas que se prepararan la comida, que dejaran la mayor parte de su impedimenta y que se aprestaran a la marcha en las condiciones de la infantería ligera; él reunió a los guías, de los que inquirió, para informarse, cómo eran aquellos lugares y las ciudades establecidas allí.

Al tiempo de todo esto, se presentó Aristofanto⁴¹, el general, con el ejército acarnanio íntegro⁴². En épocas anteriores los etolios habían infligido a los acarnanios muchos y atroces sufrimientos, por lo que ellos ahora estaban dispuestos ardorosamente a la venganza y a inferir daños a los etolios. Esto hizo que aprovecharan gustosos la ayuda que entonces les prestaban los macedonios, y se presentaron en armas no sólo los que por ley debían prestar servicio militar, sino incluso algunos de más edad. Y un arrojo no inferior al de éstos poseía a los epirotas; los móviles eran muy parecidos. Sin embargo, por la gran extensión de su territorio y por lo imprevisto de la aparición de Filipo no lograron concentrar a tiempo a sus tropas. Como ya puntualicé⁴³,

³⁷ Cf. notas 41, 144 y 145 del libro IV.

³⁸ Cf. la nota 28 de este mismo libro.

³⁹ Cf. IV 63, 4-5.

⁴⁰ Limnea, pequeño puerto en la costa meridional del golfo de Ambracia.

⁴¹ Este personaje sólo sale aquí y nos es totalmente desconocido. Ya desde ahora, cuando un nombre propio de lugar o de persona, o un gentilicio no vengan provistos de una nota explicativa, ello significará que se trata de pueblos, personas o topónimos no identificados.

⁴² Cf. nota 146 del libro II.

⁴³ Cf. 5, 1.

Dorímaco se había presentado, al frente de la mitad del ejército etolio, y había dejado en el país la otra mitad: creía que esta reserva bastaba para proteger al territorio y a las ciudades ante ataques inesperados. El rey dejó una guarnición suficiente para los bagajes, 5 levantó el campo en Limnea un atardecer, avanzó unos sesenta estadios y acampó. Allí se tomó el rancho y, tras 6 conceder un breve descanso a sus tropas, reemprendió la marcha. Durante toda la noche progresó ininterrumpidamente, alcanzando, instantes después de que amaneciera, las orillas del río Aqueloo, entre las poblaciones de Cónope y de Estrato. Le urgía caer de manera súbita e inesperada sobre el distrito de Termo ⁴⁴.

Leontio comprendió que Filipo iba a lograr sus ob- 7 jetivos y que los etolios no podrían, por dos razones, afrontar la situación: primero, porque la aparición de los macedonios había sido súbita e inesperada; además, 2 los etolios no habrían ni soñado en esta osadía de Filipo, tan decidido a irrumpir precisamente en la comarca de Termo, que era un lugar muy escabroso. Los acontecimientos, pues, iban a coger a los etolios desprevenidos y sin la menor preparación. Leontio veía todo esto, pero 3 seguía fiel a sus intentos: afirmaba que Filipo debía acampar junto al río Aqueloo, para reponer sus fuerzas tras la marcha nocturna. Con ello, pretendía ofrecer a los etolios por lo menos un respiro en vistas a organizar su resistencia. Pero Arato constató que aquél era el 4 momento justo del ataque y que, además, era claro que Leontio procuraba poner trabas, por lo que conjuró a Filipo que no dejara escapar la ocasión ni la difiriera. Convenció al rey, quien, por lo demás, ya despreciaba 5

⁴⁴ Cónope estaba situada a tres kilómetros y medio de la orilla izquierda del río Aqueloo; Estrato, sobre una loma en la orilla derecha. Termo venía a ser la capital de Etolia. Estaba situada al N. del lago Triconio, en el centro de la gran llanura que continúa la de Acarnania.

a Leontio; Filipo, pues, no cortó el avance, sino que lo
6 prosiguió. Cruzó el río Aqueloo y adelantó rápidamente
en dirección a Termo; en su progresión devastaba y
7 destruía el país. En su marcha dejó a su izquierda Es-
trato, Agrinio y Testieo, a su derecha Cónope, Lisima-
8 quia, Triconio y Fiteo. Alcanzó la ciudad llamada Me-
tapa⁴⁵, situada a la orilla del lago Tricónide. No lejos
de ella hay unos desfiladeros, y dista unos sesenta esta-
9 dios de la región citada de Termo. El rey entró en Me-
tapa, evacuada ya por los etolios, y la ocupó con qui-
nientos soldados; su intención era usarlos como reserva
con vistas a su entrada y a su salida por los desfilade-
10 ros. Las tierras que circundan el lago son montuosas y
abruptas, y además cubiertas de bosque, por lo cual la
11 entrada es angosta y terriblemente difícil. Filipo situó
luego a los mercenarios al frente de la columna⁴⁶, a con-
tinuación a los ilirios; seguía él con los peltastas y las
falanges, y así emprendió el paso por los desfiladeros.
Le cerraban la formación los cretenses; a su derecha
avanzaban paralelamente por el país los tracios y la in-
12 fantería ligera. El flanco izquierdo de su columna estaba
asegurado naturalmente por el lago, a unos treinta esta-
dios de distancia.

⁴⁵ No podemos, por razones de espacio, discutir la ubicación de estas ciudades, que plantea problemas considerables. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., con un mapa en la pág. 542.

⁴⁶ Aquí la palabra griega correspondiente (*poreía*) recubre un tecnicismo latino, *agmen*, que es una formación (casi siempre militar) de hombres en movimiento. El equivalente actual más propio es «columna». Cf. la nota 83 del libro II.

Filipo rebasó, pues, los lugares ⁸ citados y alcanzó una aldea llamada Panfia ⁴⁷. La aseguró también con una guarnición y avanzó en dirección a Termo. La ruta no sólo era muy empinada y escabrosa, sino que a ambos lados había unos precipicios formidables. En algunos ² lugares el paso era peligroso por lo estrecho. El conjunto de la travesía era de unos treinta estadios. Pero ³ se hizo en un tiempo muy breve, porque la marcha de los macedonios resultó muy viva, de manera que se llegó a las proximidades de Termo al caer de la tarde. Acampó ⁴ y mandó sus tropas a devastar las aldeas circundantes, a recorrer las llanuras de los termios e, incluso, a saquear las casas mismas de Termo, repletas no sólo de trigo y de provisiones, sino también del excelente ajuar que usaban los etolios. Allí se celebraban anualmente ⁵ mercados y festivales brillantísimos y, además, las elecciones a las magistraturas ⁴⁸, de modo que todos depositaban en este punto los bienes de más valor que poseían, bien para la recepción de los huéspedes, bien para la preparación de las fiestas. Además de la utilidad que ⁶ les prestaba, creían que aquél era el sitio más seguro, ya que jamás enemigo alguno se había atrevido a invadir aquellos parajes; por su configuración eran tales que venían a ser como la acrópolis de toda Etolia. La comarca, pues, gozaba de paz desde hacía muchísimo tiempo, las mansiones que circundaban el templo ⁴⁹ rebosaban

⁴⁷ Lugar de ubicación desconocida, pero, sin duda alguna, al SE. de Termo. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. El *Grosser Historischer Weltatlas*, I, Munich, 1972, no menciona este nombre en su nomenclátor.

⁴⁸ Estos «mercados y festivales» se celebraban anualmente en las fiestas llamadas «Térmicas», en otoño. Con ellas coincidía la asamblea de la Confederación Etolia y las elecciones regulares de cargos en ellas.

⁴⁹ El templo estaba dedicado a Apolo.

- 8 de riquezas, e incluso todos aquellos rodales. Cargados de botín de todas clases, los macedonios de momento plantaron sus tiendas allí para pernoctar. Al día siguiente seleccionaron lo más valioso y, a la vez, transportable de todo aquel ajuar; amontonaron el resto delante de
- 9 las tiendas y le pegaron fuego. Y lo mismo hicieron con las armas colgadas en los pórticos: cogieron las que eran más ricas y se las llevaron, cambiaron otras por las suyas, juntaron las demás y las quemaron. Las que ardieron sobrepasaban las quince mil.
- 9 Hasta aquí todo lo que se hizo fue digno y justo, según las normas de la guerra, pero no sé cómo calificar
- 2 lo que ocurrió después: los macedonios recordaron lo que los etolios habían perpetrado en Dio y en Dodona ⁵⁰, y ello les impulsó a prender fuego a los pórticos y a destruir los exvotos ⁵¹ que quedaban, muy valiosos por su factura; algunos de ellos habían requerido mucho tra-
- 3 bajo y dinero. No se limitaron a maltratar por el fuego las techumbres, sino que lo arrasaron todo, que quedó por el suelo. Derribaron también las estatuas, en número no inferior a dos mil, y, algunas, las hicieron añicos, aunque no las que tenían inscripciones dedica-

⁵⁰ Cf. IV 62, 2; 67, 3. Para Dodona, cf. la nota 162 del libro IV. En cuanto a Dio, topónimo que se da, por lo menos, cuatro veces en la Grecia antigua, aquí es la población de este nombre situada en Pieria, a pocos kilómetros del mar, en el golfo de Terme.

⁵¹ Sobre el sentido de la palabra griega recubierta por «ex-voto» hay discusión. Mientras WALBANK, *Commentary*, ad. loc., cree que se trataba de armas consagradas a los dioses, PÉDECH, *Polybe V*, ad loc., en nota, explica el término griego en el sentido de que se trataba de edificios como los que todavía hoy se pueden ver en la vía de Delfos. Paton traduce «votive offerings» y Schweighäuser, «quidquid restabat donariorum». La continuación: «no se limitaban a maltratar por el fuego las techumbres», parece abonar la tesis de Pédech. Paton esquivo el problema con una traducción muy genérica.

das a los dioses, o bien les representaban: éstas las respetaron. Y en los muros pintaron aquel verso, ya a 4 la sazón muy citado, de Samos, hijo de Crisógono y hermano de leche del rey; el talento de este poeta ya entonces despuntaba. El verso en cuestión es: 5

*¿Ves hasta dónde voló el tiro del dios?*⁵².

Acerca de estas acciones, el rey y su corte estaban im- 6 buidos de una convicción tan profunda como perversa: creían que al obrar así lo hacían con justicia y honestidad, pues vengaban en términos iguales la impiedad de los etolios en el santuario de Dio. Sin embargo, yo 7 creo lo contrario. Son ejemplos de esta misma casa real, y no otros distintos, los que posibilitan examinar fácilmente si llevo en verdad la razón.

Antígono, tras haber derrotado en una batalla en 8 toda regla⁵³ a Cleómenes, rey de los lacedemonios, se hizo soberano absoluto de Esparta⁵⁴. Y siendo ya dueño 9 de hacer lo que quisiera con la ciudad y los gobernados, distó tanto de maltratar a los que habían caído bajo su dominio, que, todo lo contrario, les restituyó la constitución nacional y la libertad. Concedió grandes beneficios al Estado y a los particulares lacedemonios, y luego regresó a su país. Por consiguiente, entonces 10

⁵² El poeta Samos, citado aquí, era hijo de Crisógono, consejero de Filipo V de Macedonia; Polibio vuelve a hablar de él en VII 12, 6, y IX 23. En XXIII 10, 9, se nos cuenta que Filipo V le mandó ejecutar. El verso aquí en cuestión es, en el fondo, de EURÍPIDES, *Suplicantes* 860, que escribe, en griego, *habrón* (= tier-no); Samos sustituye este adjetivo con intención equívoca: pone *dion*, que puede tanto referirse a Zeus como ser gentilicio de Dio. Hay, pues, por parte de Samos, una referencia intencionada a las penas gravísimas que Filipo V impuso a los etolios por haber destruido el templo de Zeus en Dodona.

⁵³ La batalla de Selasia. Cf. II 66-69.

⁵⁴ Cf. II 70, 1, y IX 36, 3-5.

mismo los lacedemonios le nombraron «bienhechor» y, cuando murió, le añadieron el título de «salvador»⁵⁵; todo lo expuesto le concitó fama y gloria inmortales no sólo entre ellos, sino entre todos los griegos.

- 10 Filipo II, el primer rey que dio prestancia a la dinastía de los macedonios⁵⁶ y que inició su preeminencia, venció a los atenienses en la batalla de Queronea⁵⁷, pero no consiguió tanto con las armas como con la condes-
- 2 cendencia y la benignidad de su temperamento. La guerra y las armas le sirvieron sólo para imponerse y dominar a sus adversarios, pero con su moderación y su buen sentido se ganó a todos los atenienses, al tiempo que sometía a su ciudad: no añadía nunca la cólera a sus éxitos, sino que pugnaba y buscaba la victoria sólo hasta encontrar un motivo suficiente para mostrar su
- 3 mansedumbre y su nobleza. En efecto: liberó a los prisioneros de guerra sin exigir rescate⁵⁸, rindió honores a los muertos atenienses y encargó a Antípatro la con-

⁵⁵ El título de «bienhechor» se otorgaba, normalmente, a soberanos extranjeros y el de «salvador» se adjudicaba sólo a divinidades, por lo que la actitud de los espartanos no estuvo exenta de adulación.

⁵⁶ Filipo V de Macedonia no descendía de Filipo II y de Alejandro Magno, pues éste muere sin dejar sucesión. El rey en cuestión provenía directamente de Antígono Monoftalmo (= el Tuerto), aunque los antigónidas pretenden enlazar en tiempos remotos con los argéadas. SÉNECA lo dice expresamente (*De Ira* 23, 1). Sobre los motivos de este pretendido parentesco, hay una excelente discusión en el artículo de HATTO M. SCHMITT, «Polybios und die Gleichgewicht der Mächte», incluido en la obra *Polybe*, publicada por Entretiens sur l'antiquité classique, XX, Fondation Hardt, Vandoeuvre-Ginebra, 1974, págs. 100-101, y citada, desde ahora, *Polybe. Neuf exposées...*

⁵⁷ Batalla librada en el año 338 y que representa el fin de la independencia real ateniense. Filipo II no fue tan benigno como Polibio pretende, pues al lado de los beneficios que aquí menciona impuso a los atenienses pesadas cargas

⁵⁸ Cf. XXII 16, 2; DIODORO, XVI 87.

ducción de sus restos. Proveyó de vestidos a la mayor parte de los que se iban y, así, por su clarividencia, con un mínimo dispendio obtuvo un resultado incomparable: la magnanimidad de Filipo impresionó a los atenienses, tan pagados de sí mismos, y de enemigos que le eran les tuvo como unos aliados dispuestos a todo ⁵⁹.

¿Y qué diré de Alejandro? Éste, es cierto, se enojó ⁶ tan terriblemente contra Tebas, que redujo a sus habitantes a la esclavitud y arrasó la ciudad, que quedó como la palma de la mano, pero en la toma de la plaza no desatendió en absoluto la piedad debida a los dioses: tuvo buen cuidado para que, ni aun involuntariamente, ⁷ no se profanaran los templos ni tan siquiera los recintos sagrados. Este mismo Alejandro, cuando pasó al ⁸ Asia, castigó la impiedad con que los persas habían tratado a los griegos: por lo que se refiere a los hombres, intentó cobrarse una venganza condigna a los crímenes perpetrados contra ellos, pero se abstuvo, en absoluto, de tocar los monumentos dedicados a los dioses, por más que los persas precisamente con hechos de este tipo habían cometido los peores atentados en tierras griegas ⁶⁰.

Por consiguiente, esto es lo que en aquella ocasión ⁹ Filipo V hubiera debido evocar en todo momento para mostrarse heredero y continuador de estos hombres mencionados, no tanto de su imperio como de su magnanimidad. Pero él, durante toda su vida puso el má- ¹⁰ ximo empeño en aparecer como descendiente de Fili-

⁵⁹ Aquí Polibio falsea la verdad. Es cierto que los atenienses concedieron la ciudadanía ateniense a Filipo II y que condecoraron con la proxenia a Antípatro y a Alcímaco, quienes les resituyeron los prisioneros, pero no lo es menos que continuó la lucha antimacedonia: la sublevación tebana contra Alejandro (335 a. C.) se fraguó en Atenas, que todavía se alzó en 321 contra los diádocos.

⁶⁰ Cf. IV 23, 8, y IX 28, 8.

- po II y de Alejandro; en cambio, no mostró el más
11 mínimo interés en imitarles. Y puesto que su proceder
fue opuesto al de los hombres citados, cuando fue en-
trando en años alcanzó entre todo el mundo una reputa-
ción contraria a la de ellos ⁶¹.
- 11 Lo que hizo entonces es un ejemplo válido. Filipo
no pensaba realizar nada absurdo cuando su coraje le
empujaba a delinquir en respuesta a los sacrilegios de
2 los etolios, a curar un mal con otro mal. Una y otra vez
echaba en cara a Escopas y a Dorímaco su irreverencia
y su violencia gratuita: aducía sus profanaciones de lo
divino cometidas en Dodona y en Dio, y no caía en la
cuenta de que al ejecutar algo por el estilo se ganaba,
entre los que se enteraban de ello, una fama no distinta.
3 Pues a conquistar y derribar fortines enemigos, puer-
tos, ciudades, vidas humanas, naves y cosechas y a las
demás cosas semejantes a éstas, mediante las cuales se
puede debilitar al adversario y convertir en más eficaces
los medios propios en vistas a los planes que se abrigan,
a hacer todo ello obligan las leyes y el derecho de la
4 guerra ⁶². Pero maltratar lo que no va a proporcionar
ni aportar ninguna ayuda a nuestra empresa ni a inferir
ningún daño al enemigo, al menos en lo que atañe a la
guerra actual, profanar templos sin motivo y, con ellos,
sus imágenes y todos los monumentos de este género,
¿podrá negarse que es obra de un coraje y de un talante
5 rabiosos? Los hombres honestos deben hacer sus gue-

⁶¹ Cf. VII 11.

⁶² Este lugar de Polibio se corresponde con el de TITO LIVIO, XXXI 30, 2-3, y es importante; se insinúa aquí, por primera vez que se sepa hasta ahora, una noción todavía vaga de derecho de guerra: es lícito todo lo que tienda a debilitar militarmente al enemigo, pero no lo es la destrucción sistemática con fines no bélicos. Por lo demás, Polibio enjuicia con frecuencia la moralidad de unas guerras determinadas, de acciones dentro de ellas y aun la moralidad de la conducta de los protagonistas.

rras no para aniquilar y destruir a los que les han perjudicado, sino para corregir y reformar a los culpables. No se debe exterminar a los inocentes junto con los culpables, antes bien salvar a la vez a los inocentes y a los que parecen tener culpa. Es propio de un tirano ⁶ obrar sañudamente, imponerse por el terror a unos que le rechazan, ser odiado y odiar a los súbditos; corresponde a un rey ⁶³, en cambio, ser bienhechor de todos, ganarse el afecto por la propia benignidad y humanidad, presidir y dirigir a quienes lo aceptan de buen grado.

El error cometido entonces por Filipo se puede entender, principalmente, si nos ponemos a la vista el juicio que, lógicamente, hubiera merecido ante los etolios si hubiera hecho lo contrario de lo dicho, si no hubiera destruido ni pórticos ni estatuas, si no hubiera ultrajado los demás exvotos. Yo creo que este juicio ⁸ hubiera sido el más favorable y humano. Los etolios, conscientes de sus sacrilegios en Dio y en Dodona, hubieran reconocido que entonces Filipo era muy dueño de hacer lo que le viniera en gana, y que si hubiera cometido lo más atroz no hubiera parecido obrar injustamente, al menos en lo referente a ellos: pero su grandeza ⁹ de ánimo y su bondad le habían inducido a no realizar nada parecido a lo perpetrado por los etolios.

De todo esto se deduce que, de una manera natural, ¹² éstos se hubieran condenado a sí mismos y hubieran aprobado y admirado a Filipo, porque para con los dioses usaba de una piedad magnánima, digna de un rey, aunque contra ellos mostrara su cólera. Es muy ² cierto que superar al enemigo en justicia y hombría de bien no es menos útil, sino mucho más, que alcanzar

⁶³ La distinción entre tiranía y realeza la establece Polibio en VI 3, 5 ss. La tiranía es el fruto de la degeneración de la realeza. Pero la idea es platónica: PLATÓN, *República* III 417b.

- 3 éxitos por las armas: los vencidos ceden, en un caso, a la fuerza bruta, pero en el otro voluntariamente. En un caso la corrección se consigue por medio de grandes pérdidas, en el otro es sin daño como se logra mejorar
- 4 a los culpables. Y lo que es más importante: en la primera coyuntura el resultado es, en su mayor parte, cosa de los subordinados, en la segunda, por el contrario, la victoria es íntegramente logro de los gobernantes.
- 5 Pero seguramente la culpa de todo lo ocurrido allí no debe imputarse totalmente al mismo Filipo, que era muy joven: en su mayor parte debe achacarse a sus cortesanos y colaboradores entonces presentes, entre
- 6 los cuales estaban Demetrio de Faros y Arato el Viejo. Y aun de ellos dos, no es difícil adivinar, incluso para quien no hubiera vivido aquello, de quién, lógicamente,
- 7 procedía este asesoramiento. Pues dejando aparte los principios de toda su vida, en los que, tratándose de Arato, no se encontraría nada ni precipitado ni indiscernido, y lo contrario en los de Demetrio, es notorio que tenemos ejemplos concretos de las tendencias de ambos,
- 8 evidenciadas en casos semejantes. La mención adecuada de esto la haremos cuando llegue el momento oportuno ⁶⁴.

13

*Retorno de Filipo
a Limnea*

- Filipo (pues de ahí partió mi digresión) recogió lo transportable y se lo llevó. Partió de Termo y realizó el regreso por el mismo camino por el que se había presentado. El botín precedía la formación, seguido por la infantería pesada; había dejado en la retaguardia a los
- 2 acarnanios y a los mercenarios. Todo su empeño consistía en pasar las angosturas lo más pronto posible,

⁶⁴ Polibio habla del cambio de conducta observado por el rey Filipo en VII 11 ss. Debe pensar en la masacre de magistrados en Mesenia, debida a los consejos de Demetrio de Faros, VII 13-14.

porque recelaba que los etolios iban a establecer contacto con su retaguardia, fiados en la escabrosidad del lugar. Y es lo que ocurrió inmediatamente. Los etolios 3 se habían aprestado a la defensa, concentrándose alrededor de tres mil; mientras Filipo estaba en las alturas no se le aproximaron, sino que permanecieron en lugares retirados. Su comandante era Alejandro de Triconio⁶⁵. Pero cuando la retaguardia macedonia se puso en movimiento, los etolios se lanzaron, al punto, en dirección a Termo y hostigaron a los últimos de la columna. En la 4 citada retaguardia se produjo una confusión, lo que hizo que los etolios redoblaran el ardor de su ataque: llegaron a un cuerpo a cuerpo, fiados en la aspereza de los lugares. Sin embargo, Filipo había previsto esta even- 5 tualidad y había emboscado en la base de una colina a los ilirios y a la flor y nata de sus peltastas. Estas 6 tropas arremetieron contra aquellos enemigos que habían avanzado excesivamente en su ataque; los etolios se dieron a la fuga tumultuosamente, campo traviesa. Ciento treinta murieron, y cayeron prisioneros casi otros tantos. Después de esta derrota sufrida por los etolios, 7 la retaguardia macedonia pegó fuego al instante a Panfia, pasó sin peligro los desfiladeros y se unió al resto de las fuerzas macedonias. Filipo había acampado junto 8 a Metapa y se reunió allí con los de su retaguardia. Al día siguiente arrasó esta ciudad, avanzó y estableció su campamento junto a la ciudad llamada Acras. Al 9 otro día, sobre la marcha, fue devastando el país: acampó sobre Cónope y se quedó allí la siguiente jornada. Transcurrida ésta, levantó de nuevo el campo y marchó por las orillas del Aqueloo hasta llegar a Estrato. En este punto cruzó el río y puso sus fuerzas fuera del

⁶⁵ Alejandro de Triconio, hijo de Toante; en Termo se encontró una estatua de este último.

alcance de los tiros enemigos; desde allí tanteaba a los defensores.

- 14 Sabía, en efecto, que en Estrato se habían concentrado unos tres mil soldados de a pie etolios, unos cuatrocientos de caballería y unos quinientos cretenses.
- 2 Pero nadie se atrevía a salirle al encuentro, por lo que Filipo empezó a poner en marcha sus unidades de vanguardia en dirección a Limnea y sus naves. Cuando la retaguardia dejó las proximidades de la ciudad, al principio unos pocos jinetes etolios efectuaron una salida y hostigaron a los hombres que cerraban la marcha.
- 4 Cuando el contingente de cretenses salió de la plaza y algunos etolios se sumaron a su propia caballería, la batalla se generalizó y la retaguardia macedonia se vio
- 5 forzada a revolverse y a combatir. Primero, la pugna se mantuvo equilibrada, pero cuando los ilirios corrieron a apoyar a los mercenarios de Filipo, la caballería y los mercenarios etolios cedieron y huyeron a la desbandada.
- 6 Los del rey les acosaron a casi todos hasta los muros y las puertas de la ciudad, y mataron alrededor de un
- 7 centenar de etolios. Después de este lance, los de la ciudad ya no hicieron nada más y los de la retaguardia establecieron contacto, ya sin ningún peligro, con su campamento y sus naves.

- 8 Filipo acampó a primeras horas del día y ofreció a los dioses sacrificios de acción de gracias por el buen desarrollo que habían tenido sus operaciones, y al propio tiempo llamó a sus oficiales, pues quería ofrecerles un
- 9 banquete a todos. La opinión general era que había penetrado en lugares peligrosos, tanto, que hasta aquel momento no se había atrevido nadie a invadirlos con
- 10 un ejército. Pero Filipo no sólo había irrumpido en él con sus tropas, sino que había realizado todo lo que se había propuesto y, además, regresó a su base sin sufrir

*Filipo en Limnea.
Violencias contra
Arato*

daños. Exultante de gozo por todo ello, preparaba una recepción en honor de sus oficiales. Megaleas y Leontio 11 no soportaban esta buena suerte del rey: Apeles les había ordenado que entorpecieran todas las empresas reales, y ellos no habían logrado hacerlo. Así pues, 12 <claramente decaídos> porque las cosas les habían salido al revés, con todo, acudieron al banquete ⁶⁶.

El rey y los demás comensales sospecharon inmedia- 15 tamente que estos dos no participaban igualmente en la alegría por aquellos acontecimientos. Avanzado el 2 festín, cuando ya se bebía copiosamente y sin freno, Megaleas y Leontio se vieron forzados a imitar a los demás, pero se delataron al punto. Concluida la reunión, 3 impulsados por la embriaguez y la inconsciencia, empezaron a dar vueltas en busca de Arato. Le encontraron 4 cuando ya se retiraba, y primero le insultaban, después la emprendieron a pedradas con él. Una gran muche- 5 dumbre se aprestó a apoyar a unos y a otros, por lo que en el campamento se produjo un alboroto y una revuelta. El rey oyó el griterío y mandó a algunos a ver lo que pasaba y a que disolvieran el tumulto. Cuando éstos 6 hicieron acto de presencia, Arato les expuso lo sucedido y adujo como testigos a los circundantes; luego se protegió, dentro de su propia tienda, contra aquellos malos tratos. Leontio se escapó, de forma inexplicable, a través 7 del alboroto. El rey se enteró de lo sucedido, mandó llamar a Megaleas y a Crinón y les reprochó duramente. Pero éstos no sólo no dieron muestras de arrepentimien- 8 to, sino que, envalentonados, dijeron que no cejarían en

⁶⁶ En este párrafo 12, el texto griego presenta una laguna que los distintos editores suplen cada uno a su manera; véase el aparato correspondiente de las ediciones críticas del texto original. Mi traducción sigue el texto conjetural de Büttner-Wobst. PATON, *Polybius*, III, *ad loc.*, señala la laguna sin restituir el texto, pero da una traducción que no se aparta grandemente de la mía.

- 9 su propósito hasta dar su merecido a Arato. Enfurecido ante estas palabras, el rey ordenó encarcelarles al punto y les exigió una fianza de veinte talentos.
- 16 Al día siguiente convocó a Arato y le exhortó a no perder el ánimo, porque él mismo prestaría la atención
 2 debida a aquella cuestión. Leontio, enterado de lo que había ocurrido a Megaleas, se presentó en la tienda del rey con algunos peltastas; creía que al ser joven el monarca él le asustaría y le haría cambiar al punto de
 3 parecer. Se encontró, pues, con Filipo y le preguntó quién se había atrevido a poner sus manos sobre Me-
 4 galeas, quién había osado encarcelarle. Cuando el rey le contestó sin rodeos que había sido una orden personal suya, Leontio, estupefacto, se marchó hecho una
 5 furia y mascullando palabras. El rey zarpó con toda la escuadra, atravesó el golfo y, así que hubo fondeado en Léucade, ordenó a los encargados de distribuir el botín que lo repartieran sin dilaciones; él reunió a sus con-
 6 sejeros y les encargó el juicio de Megaleas. Arato acusó a Leontio de lo que había hecho desde el principio, relató la matanza⁶⁷ que organizó en Argos, realizada tras la partida de Antígono; añadió sus compromisos con Apeles y la obstrucción que había realizado en Paleas⁶⁸.
 7 Le acusó de todo ello con pruebas y testigos; Megaleas fue incapaz de refutarlos, y los asesores del rey le con-
 8 denaron por unanimidad. Crinón quedó en la cárcel; para Megaleas, Leontio depositó una fianza⁶⁹.

⁶⁷ Otra vez Polibio es parcial. La alusión es a un hecho ocurrido en el verano del 224. En el lugar oportuno (II 54 1-2), Polibio no habla de las matanzas que hubo allí cuando Antígono hubo ocupado Acrocorinto, en las que participó Arato, según indicación de PLUTARCO (*Arato* 44, 3). Y ahora Arato inculpa a Leontio de algo de lo que él mismo es reo.

⁶⁸ Cf. 4, 10-13, de este mismo libro.

⁶⁹ En este episodio, del cual vemos aquí la primera parte (el desenlace total seguirá en los capítulos 25-28), la conducta

Y éstas fueron las intrigas de Apeles y de Leontio, 9 que acabaron de una manera radicalmente inversa a sus esperanzas iniciales. Creían, en efecto, aterrorizar a Arato y dejar, así, aislado a Filipo, con lo cual podrían hacer lo que les conviniera a ellos. Pero ocurrió lo contrario.

*Invasión de Laconia
por Filipo*

Por aquellas fechas, Licurgo re- 17 gresó a su país desde Mesenia. No había logrado ningún éxito digno de ser tenido en cuenta, pero luego efectuó otra salida desde Lacedemonia y tomó la ciudad de los tegeatas. Sus habitantes se refugiaron en la acrópolis, y él se 2 aprestó a asediarla. Pero fracasó otra vez totalmente, por lo que se retiró de nuevo a Esparta. Los eleos ha- 3 bían invadido el país de Dime ⁷⁰; atrajeron a una emboscada a la caballería que acudía en socorro de los dimeos y la hicieron volver grupas sin excesivo esfuerzo. En 4 la operación mataron no pocos galos y, de entre los ciudadanos, cogieron prisioneros a Polimedes de Egio, y a Agesípolis y a Diocles, de Dime. Dorímaco, por su 5 parte, había hecho una primera incursión con los etolios. Ya antes expuse su convicción de que podría devastar impunemente Tesalia y de que, con ello, forzaría a Filipo a levantar el cerco de Palea. Sin embargo, se 6 topó con Crisógono y Petreo ⁷¹ dispuestos a presentarle batalla en territorio tesalio. Dorímaco no se atrevió a descender a tierras llanas; continuó su avance por las laderas de los montes. Fue entonces cuando le informa- 7 ron de la penetración de los macedonios en Etolia. Aban-

de Filipo V no se ajusta totalmente a derecho. Véase una amplia discusión en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁷⁰ Cf. nota 145 del libro II.

⁷¹ Crisógono, «amigo» de Filipo V. Polibio alaba su prudencia (IX 23, 9). Petreo protagoniza una embajada a Lacedemonia (IV 24, 8).

donó al instante Tesalia y se dirigió, a marchas forzadas, a socorrer a los etolios. Pero cuando llegó los macedonios ya habían salido del país, de modo que Dorímaco lo falló todo y llegó tarde a todas partes.

- 8 Filipo zarpó de Léucade. Durante su travesía devastó el país de Eantia ⁷² y fondeó con toda su flota en Corinto.
- 9 Atracó sus naves en el puerto de Lequeo, mandó que las tropas bajaran a tierra y envió correos a las ciudades aliadas del Peloponeso, para fijar el día en que debían presentarse, al atardecer, todos sus hombres armados en la ciudad de Tegea.
- 18 Listos ya estos preparativos, no permaneció en Corinto ni un instante más, sino que ordenó a sus macedonios que levantaran el campo. Hizo la marcha a 2 través de Argos y, al segundo día, llegó a Tegea ⁷³. Allí recogió a los aqueos que se habían concentrado y avanzó por regiones montuosas; le urgía pasar desapercibido a los lacedemonios en el momento de entrar en su país.
- 3 Tras efectuar algún rodeo por lugares deshabitados, al cabo de cuatro días se plantó en las colinas que están frente a la ciudad de Esparta; dejó a su derecha el 4 Meneleo ⁷⁴ y avanzó hasta alcanzar Amicla ⁷⁵. Los lacedemonios contemplaban petrificados y aterrorizados desde su propia ciudad la progresión de los enemigos:
- 5 lo ocurrido les llenaba de estupor. Reflexionaban todavía, llenos de perplejidad, sobre las noticias que les llegaban acerca de Filipo, de la destrucción de Termo

⁷² Población de los locros ozoles, en la costa norte del golfo de Corinto.

⁷³ Cf. nota 59 del libro IV.

⁷⁴ El Meneleo es una colina en la orilla izquierda del Eurotas, sobre la cual había un templo dedicado a Helena y Menelao.

⁷⁵ Amicla era la capital de la Esparta predoria. Una amplia exposición de su estado primitivo y del sinecismo que la llevó a integrarse en el dominio espartano la tenemos en F. KIECHLE, *Lakonien und Sparta*, Munich, 1963, págs. 14-18 y 95-97.

y, en general, de las operaciones de Etolia. Corría, incluso, entre ellos el rumor de que se iba a enviar una ayuda a los etolios, al frente de la cual iría Licurgo. Nadie podía imaginar, en absoluto, debido a la extrema 6 juventud del rey, que más bien inspiraba desdén, que el peligro pudiera abalanzárseles encima, y desde tanta distancia. Lo que allí acaecía era totalmente inesperado, y era lógico que estuvieran llenos de pavor. En general, Filipo acometió sus empresas con más 7 osadía y eficacia de lo que, por su edad, cabía esperar, y así redujo a todos sus adversarios a una situación de apuro y de incertidumbre. En efecto: había zarpado 8 del corazón de Etolia (ya lo afirmé más arriba)⁷⁶, cruzó en una sola noche el golfo de Ambracia y arribó a la isla de Léucade, donde se quedó un par de días. A la 9 madrugada del tercero se hizo de nuevo a la mar, durante la navegación devastó el litoral etolio y atracó en el Lequeo. Después marchó sin detenerse, para ocu- 10 par, al cabo de siete días, las colinas que flanquean la ciudad de Esparta, junto al Meneleo⁷⁷. La mayoría de los espartanos veía lo que acaecía sin acabar de darle crédito.

Aquel suceso tan inesperado aterró a los lacedemo- 11 nios, que, indecisos, no sabían qué hacer.

⁷⁶ Cf. capítulos 13-14.

⁷⁷ Las etapas de esta marcha pueden ser las siguientes: dos días de Léucade al Lequeo, un tercer día de descanso en Corinto, el día cuarto de Corinto a Argos, el día quinto de Argos a Tegea y dos días para alcanzar el Meneleo. Advierta el lector que no se dan notas de este tipo, las cuales abundan en Walbank, junto con la descripción de los dispositivos militares y la constitución de los ejércitos. Pero creemos que, a una traducción de este tipo, notas de tal carácter, que también se dan en los editores de Polibio de la colección francesa «Les Belles Lettres», pero más parcamente, son totalmente impropias. De modo que hemos querido ofrecer una a guisa de muestra, pero normalmente anotaciones de este tipo no aparecerán en nuestra traducción.

19 Filippo empezó por acampar junto a Amicla. El lugar de Lacedemonia que lleva este nombre tiene hermosas
 2 arboledas y es muy fértil; dista de Esparta unos veinte
 3 estadios. Existe allí un recinto de Apolo, en el que se alza el templo quizás más famoso de los que hay en Laconia. Amicla está situada, mirándola desde Esparta,
 4 en la vertiente que da al mar. Al día siguiente, Filippo taló las campiñas y descendió hasta el llamado «Campo de Pirro». Durante dos jornadas recorrió y devastó los
 5 parajes próximos y acampó en Carnio. Partió de allí y se dirigió a Asine, que atacó inútilmente, por lo que levantó el asedio; desde entonces hacía razzias y devastaba todo el país que se extiende hacia el mar de Creta ⁷⁸,
 6 hasta el cabo Ténaro. Desvió de nuevo su ruta y realizó una contramarcha hacia las atarazanas de los espartanos, situadas en un lugar llamado Gitio. Este sitio tiene un puerto seguro y dista doscientos treinta ⁷⁹ estadios
 7 de Esparta. No entró, sin embargo, en la plaza, que dejó a su derecha, y estableció sus reales en Helia, que es, en relación con el resto del país ⁸⁰, el territorio más
 8 hermoso y más vasto de toda Laconia. Desde allí despachaba a grupos de forrajeadores, que incendiaban a mansalva los lugares y destruían las cosechas; estas partidas llegaron a Acrias, a Léucade e incluso al territorio de Bea ⁸¹.

⁷⁸ El mar de Creta era el que baña el N. de la isla, incluyendo el golfo de Laconia.

⁷⁹ Aquí los manuscritos griegos ponen, unánimemente, «treinta estadios», pero ya el editor Hultsch conjeturó «doscientos treinta», que es la distancia real que hay entre Gitio y Esparta, unos cuarenta y cinco kilómetros.

⁸⁰ Aquí traduzco según la interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc., y según la versión de Pédech. Pero el mismo Walbank anota otras interpretaciones posibles: a) «examinada en detalle», b) «tomada en su conjunto».

⁸¹ Sobre las poblaciones y lugares citados aquí: Gitio existe todavía hoy, aunque ligeramente desviado su emplazamiento

Los mesenios habían recibido los correos de Filipo 20 referentes a aquella campaña. En cuanto a ardor, no cedían en nada a ninguno de los aliados, sino que pusieron todo su celo en la marcha. Enviaron la élite de sus hombres, unos dos mil soldados de a pie y doscientos jinetes. Pero su ruta era muy prolongada, y ello 2 hizo que ya no alcanzaran a Filipo en Tegea; de momento quedaron desconcertados, sin saber qué hacer. Temerosos de dar la impresión de una mala voluntad, 3 debido a que ya antes habían levantado sospechas⁸², emprendieron la marcha, a través de Argólide, hacia Laconia, con la intención de unirse al ejército de Filipo. Alcanzaron el fortín de Glimpo⁸³, radicado en el mismo 4 límite entre Argólide y Laconia; acamparon allí de manera negligente e inexperta. En efecto, no rodearon su 5 campamento ni de un foso ni de un atrincheramiento, ni tan siquiera miraron por un emplazamiento estratégico; fiados en la adhesión de los naturales del país,

respecto de su sede antigua, junto a la población actual de Marathonisi. El Campo de Pirro, Carnio y Asine son poblaciones más dudosas. La primera debía de estar a un día de marcha de Amicla, en dirección sur; Carnio se debe de identificar, seguramente, con el templo de Apolo Carneio, en la actual colina de Knakadion; muy próxima a ella estaba Asine, identificada, con más certeza, con la población actual de Las. Helia estaba junto a la actual Kalyvia de Vezani; Acria, a treinta estadios de Helia, es la actual Kokinia, en el extremo nordeste del golfo Laconio. Para Léucade, cf. nota 36. Para la ubicación, a veces segura y a veces problemática, de estas plazas, cf. WALBANK, *Commentary*, pág. 554. De todas estas plazas *Weltatlas*, I, sólo contiene Asine, Bea y Acria. A esta expedición de Filipo se refiere el epigrama de la *Antología Palatina* VII 723:

«¡Lacedemonia! Jamás te viste vencida ni hollada,

pero hoy el humo se alzó olenio junto al cantil
del Eurotas; quejasas las aves su nido en tu limpia

tierra pondrán, mas no oírás el lobo el balar de una grey.»

⁸² Cf. IV 31.

⁸³ Cf. IV 36, 5.

- se establecieron ingenuamente delante mismo de sus
6 murallas. Pero Licurgo, informado de la presencia de
los mesenios, tomó a sus mercenarios y a algunos lacedemonios, y avanzó, ganó aquellos parajes al romper
7 el día y atacó audazmente el campamento⁸⁴. Los mesenios hasta entonces lo habían dispuesto todo pésimamente, y más que nada su marcha desde Tegea, pues no disponían de un número suficiente de hombres, ni se habían confiado a expertos; sin embargo, al menos en la lucha contra el enemigo atacante sacaron el má-
8 ximo partido de la situación para ponerse a salvo. Así que se apercibieron de la presencia del adversario, lo abandonaron todo y huyeron hacia el interior del terri-
9 torio, lo cual ocasionó que Licurgo pudiera hacerse con la mayoría de los caballos y con todo el bagaje. Pero no logró prender a ningún soldado de infantería y sólo mató a ocho jinetes.
- 10 Tras sufrir este desastre, los mesenios se replega-
11 ron hacia su país a través de Argos. Licurgo, envalentonado por aquel éxito, regresó de nuevo a Lacedemonia, e inició preparativos; asesorado por sus amigos, decidió impedir que Filipo saliera del país sin luchar y sin correr
12 peligro. El rey, por su parte, levantó el campo de Helia y se puso en marcha, al tiempo que devastaba el país; al cabo de cuatro días alcanzó de nuevo Amicla con todo su ejército, a cosa de mediodía.
- 21 Licurgo impartió las órdenes para la batalla a sus oficiales y a sus asesores. Él personalmente salió de la ciudad y ocupó posiciones junto al Meneleo; en total
2 disponía de no menos de dos mil hombres. Se había concertado con los que quedaban en la ciudad que atendieran al momento en que se diera la señal: entonces debían sacar al punto y por muchos lugares las tropas de dentro de la plaza y formarlas delante de los muros

⁸⁴ Es decir, hacia el E.

por la parte que da hacia el río Eurotas: por allí hay la menor distancia entre el río y la ciudad. Ésta era la 3 disposición de Licurgo y la de sus lacedemonios.

Para evitar que el desconoci- 4
 miento de estas regiones convier-
Digresión topográfica. ta mi narración en algo vago e
Situación de Esparta impreciso, se debe explicar su
 naturaleza y su configuración.

Esto es lo que pretendemos hacer a lo largo de toda 5
 la obra: unir y establecer como un paralelo entre los
 lugares desconocidos y los que tradicionalmente nos
 son familiares. La diversidad de los accidentes geográ- 6
 ficos son causa de las derrotas en la mayoría de las
 batallas, tanto terrestres como marítimas; por otro
 lado, lo que todos deseamos saber no es tanto lo que
ocurrió, sino cómo ocurrió ⁸⁵. De manera que no se debe 7
 descuidar la descripción de los lugares en ninguna ac-
 ción, y mucho menos bélica; ni hay que ser remiso en
 tomar como puntos de referencia puertos, mares o
 islas, o, a su vez, de otro modo, templos, montañas,
 regiones o topónimos ⁸⁶, y, finalmente, los puntos car- 8

⁸⁵ El pasaje es oscuro; la traducción adoptada sigue a Schweighäuser, que parece la más segura: «quoniam enim et terra et mari res gerentibus plerisque ignorata locorum discrimina et proprietates sunt fraudi, nos autem optamus ut omnes qui nostra legent non tantum quid actum fuerit, sed potissimum quo modo quaeque res gesta sit, cognoscant...». Campe interpreta: «puesto que la mayor parte de combates en la guerra, tanto por mar como por tierra, no acabamos de entenderlos por ignorancia de la topografía». Drexler: «puesto que la mayor parte de reveses, por mar y por tierra, se explican por las diversas condiciones geográficas». Estas tres interpretaciones las tomo de PÉDECH, V, pág. 66 nota. Walbank no comenta este pasaje.

⁸⁶ Quizás la referencia sea a nombres de poblaciones con epítetos distintivos. En la Grecia antigua ciertos nombres se repetían mucho. Polibio reemprende aquí un tema ya tratado en III 36-38, pero añade las reglas para pasar de lo conocido a lo desconocido.

dinales, pues éstos son lo más familiar a los hombres.

9 En efecto, sólo así es posible proporcionar a los lectores un conocimiento de lo que de otro modo ignorarían.

10 Es algo que ya declaramos más arriba. He aquí las características de la región que tratamos ahora.

22 Esparta posee, en su conjunto, una configuración circular y está asentada en una llanura accidentada en alguna parte por colinas e irregularidades del terreno.

2 Por su lado oriental discurre un río, de nombre Eurotas, casi siempre infranqueable, debido a su caudal.

3 Los altozanos sobre los que está el Meneleo se yerguen al otro lado del río, a poniente de la ciudad: son abruptos, empinados y extraordinariamente altos; desde ellos se domina totalmente el espacio intermedio entre la

4 ciudad y el río, que fluye por la misma raíz de la colina; la anchura de este espacio es no mayor que un estadio y medio.

5 *Filipo derrota al ejército espartano*

Filipo debía replegarse forzosamente por ahí: a su izquierda quedaba la ciudad y los lacedemonios formados y dispuestos; a la derecha tenía el río y los hom-

bres de Licurgo apostados en las cimas de las colinas.

6 Además, los lacedemonios habían añadido a las condiciones del país la estratagema de construir un dique corriente abajo, con lo cual las aguas inundaron los terrenos que había entre las colinas y la ciudad; el suelo, empapado, imposibilitaba la penetración en él no sólo de los caballos, sino aun de los soldados de

7 infantería. La única solución que quedaba a Filippo era conducir el ejército por las laderas, al pie de las colinas; pero por allí resultaba difícil recibir apoyo, y su larga columna quedaba expuesta al enemigo.

8 El rey veía todo esto y, asesorado por sus amigos, creyó que en aquellas circunstancias lo más urgente era expulsar, antes que a los demás, a los hombres de Li-

curgo de las posiciones que ocupaban junto al Meneleo. Tomó, pues, a sus mercenarios y a sus peltastas⁸⁷, también a los ilirios, cruzó el río y avanzó en dirección a las colinas. Licurgo adivinó las intenciones de Filipo: dispuso a los soldados que estaban con él y les arengó para la batalla; al punto hizo la señal convenida a los de la ciudad. Ante este signo, los oficiales a quienes incumbía sacaron rápidamente a las milicias ciudadanas fuera de las murallas, según las órdenes recibidas, y situaron la caballería en el ala derecha.

Filipo efectuó una aproximación hacia los hombres de Licurgo e, inicialmente, lanzó sólo a sus mercenarios⁸⁸. Ello hizo que de momento los lacedemonios combatieran con más brillantez, porque eran muy superiores por su armamento y por la configuración del terreno. Pero luego Filipo mandó a los peltastas en apoyo de los que batallaban: constituían la reserva. Rebasó a los enemigos con sus ilirios, que cargaron contra los flancos adversarios. Alentados por los ilirios y por la reserva de los peltastas, los mercenarios de Filipo redoblaron su coraje en la contienda; los hombres de Licurgo, por el contrario, desmoralizados ante la acometida de la infantería pesada, cedieron y se lanzaron a la fuga. Murieron alrededor de cien y cayeron prisioneros casi otros tantos; el resto logró refugiarse en la ciudad. Licurgo mismo marchó campo a través y llegó a la ciudad por la noche, acompañado de unos pocos. Filipo ocupó las colinas⁸⁹ con sus ilirios y con sus peltastas, y su infantería ligera se reintegró al grueso de su ejército. A la sazón, Arato había salido de Amicla con la falange, y se hallaba ya no lejos de Esparta. Filipo

⁸⁷ Una combinación típica de fuerzas de choque.

⁸⁸ Son los de 22, 9.

⁸⁹ Son las colinas de la orilla derecha del Eurotas, sobre las que se asienta Esparta todavía hoy.

cruzó el río, se quedó allí con su infantería ligera y sus peltastas, y también con su caballería hasta que su infantería pesada salvó sin dificultades la angostura pasando por el pie mismo de las colinas. Los defensores de la ciudad se lanzaron a un cuerpo a cuerpo con la caballería que cerraba la marcha, y la lucha se generalizó. Los peltastas se batieron corajudamente, y en aquella ocasión Filipo alcanzó clara ventaja: acosó a los jinetes lacedemonios hasta las puertas de su ciudad, tras lo cual vadeó sin riesgos el Eurotas y se situó en la retaguardia de su propia falange.

24 El día era ya muy avanzado, y Filipo se vio obligado a acampar allí mismo, de modo que plantó sus reales **2** en la salida del desfiladero. Por pura casualidad sus oficiales habían elegido para la acampada un lugar como no encontraría otro que se propusiera hacer una incursión contra el territorio de la Laconia y aun contra **3** su capital. En efecto: en la propia entrada de los desfiladeros en cuestión, el que llega de Tegea o, en general, de tierra adentro y se aproxima a Lacedemonia se encuentra con un paraje distante de la ciudad dos esta- **4** dios como mucho, situado encima mismo del río. La parte orientada hacia la ciudad y el río está totalmente rodeada por una escarpadura formidable y totalmente inaccesible. Sin embargo, las tierras que coronan estas fragosidades son llanas, húmedas y campales, y admirablemente situadas para hacer entrar o salir a través de **5** ellas un ejército. El que, dueño del altozano que lo domina, acampa en este lugar, da la impresión cierta de haberlo hecho en un sitio seguro ⁹⁰: la ciudad está cerca,

⁹⁰ El texto griego es seguro, pero la afirmación de Polibio parece absurda: la proximidad de Esparta representaba un peligro, no una seguridad para un ejército enemigo acampado en este lugar. Lo probable es que haya un fallo de un copista que ha alterado sustancialmente el texto, y que Polibio escribiera lo contrario, aun admitiendo la comodidad que representa atacar

y además muy cómodo, ya que controla la entrada y la salida del desfiladero.

Filipo, pues, acampó aquí sin riesgo alguno. Al día 6 siguiente mandó que le precedieran sus bagajes, y él formó a sus tropas en la llanura; los habitantes de la ciudad lo veían perfectamente. Aguardó allí algún tiempo; después imprimió a su formación un movimiento rotatorio hacia una de las alas y guió su marcha en dirección a Tegea. Llegó al sitio en el que Antígono y 8 Cleómenes habían librado la batalla y acampó allí. Al 9 día siguiente exploró los terrenos, ofreció sacrificios a los dioses en cada una de las dos colinas (una se llama Olimpo, y la otra Evas) y luego siguió el avance, tras reforzar su retaguardia. Llegó a Tegea, donde vendió 10 todo el botín, después hizo una marcha a través de Argos y se presentó con sus fuerzas en Corinto. Estaban 11 allí unos embajadores rodios y otros quiotas, llegados para tratar de poner fin a la guerra. Entabló negociaciones con ellos y les manifestó, en sus respuestas, que él entonces, y ya mucho antes, estaba dispuesto a una avenencia con los etolios. Despachó, pues, a estos legados con el encargo de que trataran de la paz con ellos. Y él 12 bajó hasta Lequeo y se preparó para hacerse a la mar: debía resolver asuntos importantes en Fócide.

Por aquel entonces, Leontio, 25 Megaleas y Ptolomeo⁹¹ creían todavía que podían intimidar a oficiales macedonios Filippo y reparar de este modo sus errores de antes. Se dedicaron, pues, a explicar a los peltastas y a los componentes del

Esparta desde aquel lugar. PÉDECH, V, pág. 70, en nota, indica varias soluciones textuales posibles, pero ninguna satisface plenamente. Más resumido, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁹¹ Este Ptolomeo sale aquí por primera vez y de un modo muy fugaz. No sabemos exactamente quién era, pero se debía de tratar de un oficial de alto rango, antifilipista.

- 2 cuerpo llamado entre los macedonios *agēma*⁹² que, siendo ellos los que corrían los mayores riesgos, se les trataba injustamente y no percibían lo que, según costumbre, les correspondía del botín. Ello llenó de indignación a los soldados, que se amotinaron y empezaron a expropiar los alojamientos de los cortesanos más conspicuos, a reventar las puertas e, incluso, a destruir la techumbre del palacio real. Ante estos sucesos, toda la ciudad estaba llena de clamor y de confusión. Filipo, debidamente informado, partió a toda prisa de Lequeo y corrió a la capital. Reunió en el teatro a los macedonios, a los que aconsejó, sin dejar por eso de reprocharles sus acciones. Se produjo un gran alboroto y perplejidad, pues unos creían que lo debido era detener y juzgar a los culpables, mientras que otros pensaban que convenía perdonarles y no infligirles ningún castigo. El rey dejó entrever que éstos le habían convencido, dirigió a todos unas palabras de admonición y se fue. Sabía bien quiénes eran los cabecillas del movimiento, pero ante las circunstancias fingió ignorarlo.
- 26 Este tumulto dio al traste con la oportunidad que se había presentado, de dar un golpe de mano contra Fócide. Leontio perdió totalmente las esperanzas que hasta entonces había abrigado, porque ninguno de sus planes había prosperado, por lo que recurría a Apeles y le mandaba continuamente mensajes para que regresara de Calcis: aducía la mala situación en que se encontraba y las dificultades que le ocasionaban sus diferencias con el rey. Pero, en Calcis, Apeles se había irrogado poderes que rebasaban sus atribuciones; lo explicaba diciendo que el rey era muy joven todavía, que en la mayor parte de asuntos dependía prácticamente de él y que no ejercía su imperio; se atribuía

⁹² La *Agema* era un cuerpo escogido de peltastas, compuesto por dos mil hombres.

a sí mismo la dirección de los asuntos y la potestad de todo. Esto hacía que los magistrados y los gobernantes 5 de Macedonia y de Tesalia le remitieran a él las cuestiones y que las ciudades de Grecia, en sus decretos, concesión de honores y en sus donaciones, casi ni hicieran mención del rey; para ellas, Apeles lo era todo. Enterado Filipo de ello desde hacía mucho tiempo, lleva 6 ba a mal lo que ocurría, y aún más porque Arato estaba a su lado, quien perseguía enérgicamente el logro de sus propósitos. *De momento Filipo se aguantaba*, y nadie pudo adivinar hacia dónde se encaminaba ni cuál era su intención. Apeles, ignorante de lo que se pensaba 7 acerca de él y persuadido de que si se entrevistaba con Filipo, lo ordenaría todo según su parecer, corrió desde Calcis en ayuda de Leontio. Cuando hubo llegado a Co- 8 rinto, Leoncio, Ptolomeo y Megaleas, jefes de los peltastas y de los demás cuerpos más destacados, pusieron gran empeño en estimular a los jóvenes para que le tributaran un gran recibimiento. Tras una recepción 9 teatral, debida al gran número de oficiales y soldados que le salieron al encuentro, Apeles, así que llegó, se personó en la estancia regia. Iba ya a penetrar en ella 10 según una costumbre inveterada, pero un ujier, que cumplía órdenes, le impidió el paso, afirmando que el rey estaba ocupado. Apeles no esperaba esto, que le 11 confundió y desconcertó largo rato; al final se volvió y se fue. Y los demás le dejaron al instante sin ninguna clase de disimulo, de manera que acabó por retirarse a sus aposentos, acompañado sólo de sus servidores. Pues es muy breve el lapso de tiempo que encumbra a 12 los hombres por todo lo alto y luego los humilla. Esto pasa más que a nadie a los cortesanos, semejantes de 13 verdad a las fichas del ábaco⁹³, que, al albur del que

⁹³ El ábaco era una tablilla para el cálculo; tenía unas ranuras que representaban las unidades, decenas, centenas, etc.;

echa las cuentas, valen una moneda de cobre o un talento; los cortesanos, si el rey les da su asentimiento, son felices para luego, al cabo de un momento, caer en desgracia. Megaleas comprobó que el apoyo que esperaban de Apeles les salía al revés, se llenó de pavor y se dio a la huida. Apeles, ciertamente, participaba en las recepciones y en todos los honores, pero era sistemáticamente excluido de los consejos y del trato cotidiano con el rey. Éste, en los días siguientes, se hizo a la mar otra vez desde Lequeo para sus operaciones en Fócide y mandó que Apeles le acompañara. Pero fracasó en su empresa y se retiró de nuevo a Elatea ⁹⁴.

27 Entonces Megaleas huyó a Atenas, tras dejar a Leontio como fiador de los veinte talentos que adeudaba. 2 Los generales residentes en Atenas no le admitieron, 3 y se vio forzado a regresar a Tebas. El rey zarpó de Cirra ⁹⁵ y navegó con sus soldados armados de escudo hasta el puerto de Sición ⁹⁶. Desde allí subió a la ciudad, declinó la invitación de los magistrados y se alojó en la residencia de Arato, con quien compartió todo su tiempo; a Apeles le ordenó navegar de regreso a Corinto. Conocedor ya de la huida de Megaleas, el rey envió a los peltastas que antes mandara Leontio a Trifilia, a las órdenes de Taurión; fingió, para ello, una necesidad urgente. Cuando los peltastas ya hubieron partido, ordenó encarcelar a Leontio, ello en calidad de fianza. 5 Pero los peltastas supieron lo que ocurría, ya que Leon-

haciendo pasar fichas por las ranuras se podían efectuar operaciones aritméticas simples.

⁹⁴ Esta ciudad es la más importante de Fócide.

⁹⁵ Cirra está junto a la actual Magoula, en la entrada del golfo de Corinto, al S. de Etolia.

⁹⁶ Sición había sido destruida en el año 303 por Demetrio Poliorcetes y reedificada a tres kilómetros de distancia, tierra adentro. En el emplazamiento antiguo queda sólo el puerto y un arsenal marítimo.

tio consiguió remitirles un enviado, y entonces ellos dirigieron intercesores al rey, a pedirle que si la detención de Leontio obedecía a alguna otra razón, no se le juzgara de las acusaciones si no era ante ellos, de lo contrario todos se considerarían desdeñados y menospreciados en bloque. Los macedonios, en efecto, siempre gozaron de esta libertad de palabra ante sus reyes. Pero si se trataba de la fianza de Megaleas, ellos mismos aportarían el dinero a escote y la abonarían. El rey, enfurecido por el aprecio que los peltastas mostraban para con Leontio⁹⁷, mandó ejecutarle antes del tiempo en que se lo había propuesto.

Los enviados de Rodas y de Quiós regresaron procedentes de Etolia: habían establecido una tregua de treinta días, y declararon que los etolios se avenían a concluir una paz. Habían fijado un día, en el que solicitaban de Filipo que se presentara en Río⁹⁸; los etolios, por su parte, prometían que iban a hacerlo todo a condición de obtener el fin de la guerra. Filipo aceptó la tregua y escribió a los aliados con la indicación de que enviaran a Patras unos comisionados que deliberarían con él sobre el tratado a concluir con los etolios. Él partió de Lequeo y al cabo de dos días arribó a Patras. Precisamente entonces interceptó unas cartas enviadas desde Fócide por Megaleas a los etolios; contenían una exhortación a éstos para que no perdieran el ánimo y perseveraran en la guerra; Filipo, afirmaba, faltó totalmente de recursos, estaba en las últimas. Encima, estas cartas acusaban al rey y le injuriaban en tono penderciero. Filipo las leyó, se convenció de que detrás de todas estas ruindades estaba Apeles; le puso bajo custodia y le mandó sin dilación a Corinto, junto con su hijo y su favorito. También mandó a Alejandro⁹⁹ a

⁹⁷ Leontio tenía derecho a ser juzgado por un tribunal militar.

⁹⁸ Cf. la nota 17 del libro IV.

⁹⁹ Este Alejandro es el que sale en IV 87, 5.

Tebas, a prender a Megaleas, para que respondiera de la fianza delante de los jueces. Alejandro cumplió las órdenes, pero Megaleas se suicidó sin esperar el cumplimiento de la orden. Aquellos mismos días, más o menos, murieron Apeles, su hijo y su favorito. De este modo, estos hombres dieron con el fin desgraciado del que se habían hecho acreedores; dejaron de existir principalmente por la desvergüenza con que habían tratado a Arato.

29

Prosecución de la guerra hasta el fin del invierno del año 217

A los etolios, agobiados por la guerra, les urgía concluir la paz, tanto más cuanto que las operaciones les salían contra lo que habían planeado. Creían que al encontrarse con Filipo lo harían con un niño, con un chiquillo, por su edad y su inexperiencia, y dieron con un hombre cabal tanto en sus proyectos como en sus realizaciones; fueron ellos los que se mostraron despreciables y pueriles tanto en su política general como en sus iniciativas parciales. Así que les llegó la noticia del tumulto de los peltastas y de la muerte de Apeles y Leontio, creyeron que en la corte de Filipo se produciría una revuelta dura y difícil, y así iban difiriendo y aplazando el día prefijado en Río. Filipo, por su parte, aprovechó complacido este pretexto: en cuanto a la guerra, abrigaba confianza y, puesto que ya de antemano proyectaba no aceptar una avenencia, intimó a los aliados presentes que no se aprestaran a la paz, sino a la guerra. Él zarpó de nuevo y navegó hasta Corinto. Licenció a todos sus macedonios para que atravesaran Tesalia y se fueran a sus casas a pasar el invierno. Se hizo a la mar en Cencreas¹⁰⁰. Costeó el Ática por el Euripo¹⁰¹

¹⁰⁰ Para Cencreas, cf. nota 164 del libro II.

¹⁰¹ El Euripo es un estrecho brazo de mar entre la isla de Eubea (hoy Negroponto) y el continente, a la altura de Calcis.

y abordó en Demetrias ¹⁰², donde mandó ejecutar a Pto- 6
lomeo, tras someterle al juicio de un tribunal macedo-
nio. Era el que quedaba todavía de la facción de Leontio.

Era el tiempo en que Aníbal, 7
lanzado ya sobre Italia, había
Sincronismo acampado frente a las legiones
romanas no lejos del río llamado
Po. Antíoco había sometido la 8

mayor parte de Celesiria y se dirigió, de nuevo, a inver-
nar; por miedo a los éforos, el rey Licurgo huyó de
Lacedemonia a Etolia; resultó que los éforos habían 9
recibido una denuncia calumniosa, según la cual Licurgo
iba a dar un golpe de estado; congregaron de noche a
la juventud y se dirigieron a la residencia del rey, pero
éste, avisado de antemano, logró escapar, acompañado
de sus servidores.

Sobrevino el invierno y el rey Filipo se retiró a Ma- 30
cedonia. El general de los aqueos, Epérato, era objeto
de burlas por parte de las milicias ciudadanas; los mer-
cenarios no le hacían ningún caso. Nadie obedecía sus
órdenes y la defensa del país estaba absolutamente des-
cuidada. Pirrias ¹⁰³, el general que los etolios habían 2
mandado a Élide, se apercibió de ello. Tenía a su mando
mil trescientos etolios, los mercenarios pagados por los
eleos y, además, un millar de soldados ciudadanos y
doscientos jinetes; en total unos tres mil hombres.
Devastaba continuamente no sólo el país de Dime y el 3
de Farea, sino incluso el de Patras. Acabó por acampar 4
en las alturas de un monte llamado Panaqueo ¹⁰⁴, en

¹⁰² Puerto de la región de Magnesia, situado en el fondo del
golfo Pagasético.

¹⁰³ Este Pirrias, del que no sabemos prácticamente nada,
evidentemente sucedió a Agelao y a Escopas. Aquí se le llama
general a título personal; el generalato por elección, lo ejerció
en los años 210/209.

¹⁰⁴ El monte Panaqueo (hoy Voidiá), de 1900 metros de altura,
al SO. de Patras.

posición dominante sobre la ciudad de Patras, y taló
 5 todo el país que desde Río desciende hacia Egio. En consecuencia, las ciudades, maltratadas y sin recibir ayuda, abonaban de mala gana los impuestos, y los soldados, al ver que se les difería el abono de sus pagas, efectuado siempre con retraso, no se prestaban en ab-
 6 soluto a intervenir. Había, pues, represalias mutuas; las cosas iban de mal en peor y, al final, el cuerpo de mercenarios se disolvió. Todo esto ocurrió por la in-
 7 capacidad de Epérato, el general. La situación de los aqueos era la que se ha descrito, y al finalizar su período de mando, Epérato lo resignó; los aqueos nombraron general a Arato el Viejo; era a principios de verano. Y ésta era la situación de Europa.

8 Ahora que hemos llegado a un punto oportuno tanto en la secuencia temporal como en las líneas generales de nuestra exposición de los acontecimientos, vamos a trasladarnos a los hechos de Asia ocurridos en la misma olimpiada que los ya descritos; se hará de ellos la narración correspondiente.

31 *Historia de Asia;* Prosiguiendo, pues, el plan ini-
preámbulo sobre el cial, nos proponemos ahora expo-
método cronológico y ner, primeramente, la guerra que
la composición de una estalló entre Antíoco y Ptolomeo
historia general por Celesiria¹⁰⁵. Sabemos muy

2 bien que, en esta época en la que interrumpimos la narración de los hechos de Grecia, esta guerra no se había decidido ni acabado; sin embargo, realizamos intencionadamente esta detención en el curso del relato.
 3 Estamos convencidos de que hemos proporcionado a los estudiosos conocimientos suficientes para evitar que en sus lecturas de los hechos parciales yerren en su datación: hemos recordado el inicio y el acabamiento de cada uno, los sucesos de Grecia que les fue-

¹⁰⁵ Cf. III 2, 4.

ron paralelos en la olimpiada respectiva y el tiempo de ésta en que ocurrieron. Pensamos, en efecto, que la 4 claridad y la facilidad de asimilación exigen, en esta olimpiada, por encima de todo, no mezclar las acciones indiscriminadamente, antes bien, separarlas y distinguir-las hasta donde sea posible, hasta haber alcanzado la 5 olimpiada siguiente; entonces empezaremos a narrar por años las acciones según hayan sucedido simultáneamente. Nuestro propósito no consiste en exponer 6 algunos hechos, sino una historia general: nuestro intento al redactar la historia es más ambicioso que el de nuestros antecesores, es el máximo, por así decirlo, como ya hemos aclarado anteriormente en algún otro lugar ¹⁰⁶. Esto exige poner el máximo cuidado en la 7 composición y distribución de la materia, para que la ordenación de nuestra obra resulte inteligible tanto en los detalles como en el conjunto. Así se explica este 8 pequeño retroceso hacia los reinados de Antíoco y Ptolomeo: en la narración ahora subsiguiente pretendemos arrancar de unos inicios conocidos y concordantes, método éste el más necesario ¹⁰⁷.

Ya los antiguos afirmaban que el principio es la 32 mitad de toda la obra ¹⁰⁸ y aconsejaban poner la máxima diligencia, precisamente, en comenzar bien cualquier trabajo. Quizás dieran la impresión de exagerar, pero 2 a mí me parece lo contrario, que no llegaban al fondo de la cuestión. Pues se puede asegurar, sin temor a equivocarse, que el principio no sólo es la mitad del todo,

¹⁰⁶ Cf. I 4, 2-4.

¹⁰⁷ Polibio ha explicado aquí el método cronológico y la aplicación a su obra. Lo que aquí anuncia se cumplirá en este mismo libro, caps. 34-57: a) primeros años del reinado de Ptolomeo Filopátor (34-40, 4), b) inicios del reinado de Antíoco (40, 5-57).

¹⁰⁸ Esta idea se encuentra, por primera vez en la literatura griega, en Hesíodo, *Trabajos y Días* 40.

3 sino que, además, se extiende hasta el final. En efecto: ¿cómo sería posible iniciar correctamente lo que sea sin tener ya presente en el pensamiento el desenlace de la empresa, sin conocer ni el cómo, ni el cuándo, ni la finalidad, ni el lugar de aquello que, quien sea, se
 4 propone realizar? Aún más: ¿cómo sería factible recapitular debidamente los temas, si no nos remontamos al principio y examinamos la causa, el punto de partida y la finalidad que nos han llevado hasta determinadas
 5 acciones? De modo que, convencidos de que el inicio no sólo alcanza la mitad de la obra, sino que llega hasta el final, tanto los autores como los lectores de historias universales deben poner su máximo esmero en el principio. Que es lo que ahora, ciertamente, intentaremos hacer.

33 No ignoro, naturalmente, que son muchos más los autores que hacen afirmaciones paralelas a la mía, dicen que redactan una historia universal y que han acometido una empresa superior a la de todos sus antecesores.
 2 A excepción de Éforo ¹⁰⁹, el primero y el único que realmente se ha propuesto confeccionar una historia universal, omitiré mencionar el nombre y aún más, decir
 3 algo acerca de los otros; solamente recordaré que, entre nosotros, algunos historiadores que han compendiado en tres o cuatro páginas la guerra entre romanos y cartagineses, afirman por ello haber compuesto una his-
 4 toria universal. ¿Pero quién es tan ignorante que desconozca que entonces en África y en España, en Sicilia y en Italia se llevaban a cabo las empresas más numerosas e importantes y, además, la guerra contra Aníbal, la más conocida y prolongada, si se exceptúa la siciliana ¹¹⁰, guerra que nos vimos obligados a observar

¹⁰⁹ Cf. nota 51 del libro IV. Polibio siente verdadero aprecio por este historiador, al que estudia ampliamente en el libro XII.

¹¹⁰ La primera guerra púnica. (Cf. I 13, 3; 13, 10.)

todos ¹¹¹, por su importancia y por temor a las consecuencias que pudo reportarnos? Hay autores que no ⁵ han llegado ni tan siquiera a lo que en las cronografías redactan, según las ocasiones, los escribanos de la ciudad en los muros oficiales ¹¹², y afirman haber abarcado todos los hechos de Grecia y de los países no griegos. La causa de esto radica en que es muy fácil atribuirse, ⁶ de palabra, los máximos trabajos; es difícil, en cambio, llevar a la práctica tales realizaciones, aunque sean unas pocas. Lo primero está ahí, en medio, y es algo accesible ⁷ a todos los que, por así decir, son capaces de tal audacia, pero lo segundo se da raramente, y son pocos, en esta vida, los que lo han coronado con el éxito. Me ha ⁸ inducido a declarar todo esto la fanfarronería de los que se engrían de sí mismos y de sus obras. Pero ahora regreso al punto en que interrumpí mi exposición.

Ptolomeo, el llamado Filopátor, ³⁴

Egipto: subida de Ptolomeo IV Filopátor; muerte de Cleómenes así que murió su padre, eliminó a su hermano Magas ¹¹³ y a sus partidarios y se hizo con el poder en Egipto. Creía que se había ² deshecho de peligros internos por sí mismo y por el crimen aludido y que, encima, la Fortuna le había libra-

¹¹¹ Seguramente «todos los griegos», pero Polibio no es más explícito.

¹¹² La alusión de Polibio es oscura. WALBANK, *Commentary*, ad loc., discute ampliamente este pasaje, para llegar a la conclusión de que se trataba de inscripciones públicas que relataban la versión oficial de la historia de la ciudad. No es enteramente rechazable la sugerencia de PÉDECH, *Polybe, V*, pág. 81, nota, de que se tratara simplemente de archivos oficiales, como los que el mismo Polibio pudo haber visto en Roma. Más que todo sugiere esto la expresión «a lo que en las cronografías redactan», palabras que Walbank atetiza sin razón suficiente.

¹¹³ Magas fue uno de los cuatro hijos de Ptolomeo III Evérgetes y de Berenice, hija de Magas de Cirene. Fue asesinado en fecha incierta a instigación de Sosibio (XV 25, 2).

do de riesgos exteriores, pues Antígono y Seleuco ¹¹⁴ habían muerto. Antíoco y Filipo, que acababan de acceder a sus imperios respectivos, eran muy jóvenes, casi casi
3 unos niños; confiado, pues, en tales circunstancias, se tomó el imperio de manera excesivamente fastuosa.
4 Era inabordable para sus cortesanos y, además, negligente, y no sólo para ellos, sino para los restantes gobernadores de Egipto: para con los encargados de los asuntos exteriores egipcios se mostraba remiso e indiferente. Aquí, precisamente, sus antecesores habían
5 puesto una atención no menor, sino, muy al contrario, mayor que la que dedicaban al mismo gobierno del
6 país, de modo que, debido a su dominio efectivo sobre Chipre y Celesiria ¹¹⁵, podían amenazar, por mar y por tierra, a los reyes de Siria; acechaban al mismo tiempo a los monarcas asiáticos y, asimismo, a las islas ¹¹⁶ por el mero hecho de controlar las ciudades, puertos y parajes más importantes en la zona costera que va de Panfilia al Helesponto, y también por haber sometido la
8 región de Lisimaquia. Vigilaban también los asuntos de Tracia y de Macedonia, puesto que eran dueños de las ciudades de Enos y Maronia, y aun de otras más
9 distantes. Esta realidad, la de tener tan extendidos sus brazos de este modo, la de haber puesto delante suyo, y a distancia, tantos reinos, lograba que jamás debieran angustiarse por el imperio de Egipto. Era, pues, lógico,

¹¹⁴ Antígono murió en julio del 221 y Seleuco, a fines del 223 a. C. Cuando Filipo V le sucedió tenía diecisiete años y Antíoco, diecinueve.

¹¹⁵ Por Celesiria los griegos originariamente entendieron la larga depresión que hay entre el Líbano y el Antilíbano, a continuación de la cual estaban el valle de Libani, el valle del Jordán y el Mar Muerto. Pero, después, el término se hizo más vago y señalaba, en conjunción con el nombre de «Fenicia», toda el área que hay entre Egipto y Cilicia.

¹¹⁶ Después de la caída de Demetrio Poliorcetes en 285 a. C., Ptolomeo I controló la mayoría de las islas del Mar Egeo.

el gran empeño que ponían en sus asuntos exteriores. Pero el rey citado administró todos estos negocios sin 10 ningún interés por culpa de sus amoríos indecentes y de sus borracheras absurdas y continuas; naturalmente, bastó poco tiempo para que le surgieran asechanzas, no pocas en verdad, contra su vida y contra su imperio. El que las inició fue Cleómenes de Esparta ¹¹⁷.

Cleómenes, en efecto, mientras vivió Ptolomeo el 35 llamado Evérgetes, con quien se había aliado políticamente con un acuerdo y con garantías ¹¹⁸, se mantuvo a la expectativa, confiando siempre en que este monarca le proporcionaría la ayuda necesaria para recuperar el reino de su padre. Pero Ptolomeo murió y, 2 a medida que transcurría el tiempo, las circunstancias de Grecia clamaban por Cleómenes: casi decían su nombre. En efecto: Antígono había muerto ¹¹⁹, los aqueos estaban en guerra, el odio ¹²⁰ que contra ellos y los macedonios sentían había hecho que etolios y lacedemonios se coaligaran, todo lo cual secundaba ya desde el primer momento los proyectos y los planes de Cleómenes, a quien entonces le apremiaba todavía más darse 3 prisa y salir de Alejandría. Primero gestionó con tena- 4 cidad que Ptolomeo le enviara con un ejército convenientemente pertrechado. Desatendido, pidió y suplicó 5 que le permitiera marchar acompañado únicamente de sus servidores, pues la situación le ofrecía recursos suficientes para recuperar el reino de su padre. Pero el 6 rey ni se atuvo a ninguna de estas razones ni previó lo

¹¹⁷ Tras el desastre de Selasia, Cleómenes, rey de Esparta, se refugió en la corte de Ptolomeo III, en Alejandría (II 69, 11). PLUTARCO narra también lo que va a seguir aquí y aun con más detalle (*Cleómenes* 31-39).

¹¹⁸ Cf. II 51, 2.

¹¹⁹ Antígono murió poco después de la batalla de Selasia (cf. II 70, 6, pero Polibio no habla aquí para nada de Cleómenes).

¹²⁰ Cf. IV 16, 5.

que podía suceder: por las causas mencionadas de un modo estúpido e irracional siempre se hizo el sordo a

7 Cleómenes. Sosibio ¹²¹, que entonces era el que, más que otros, ejercía el control del gobierno, reunió un consejo, en el que se tomaron las siguientes decisiones,

8 por lo que a Cleómenes se refería. Juzgaban improcedente enviarle con una escuadra equipada debidamente, porque no les interesaban nada los asuntos exteriores; la muerte de Antígono les hacía pensar que cualquier

9 gasto en este aspecto iba a ser inútil. Se temían, además, que, tras la muerte de Antígono, no quedara en Grecia nadie que estuviera militarmente a la altura de Cleómenes, por lo cual éste lograría someterla sin excesivo esfuerzo y se les convertiría en un antagonista

10 duro y difícil: había observado a fondo la situación, despreciaba al rey y había podido comprobar que muchas provincias del reino distaban enormemente entre sí y que en todas partes había muchos cabos sueltos, lo cual podía ofrecer ocasiones estupendas para

11 intervenir. En Samos había muchas naves dispuestas, 12 y en Éfeso, un gran número de soldados. Todas estas causas les hicieron desestimar su petición de mandarle un ejército pertrechado. Pero tampoco creían conveniente menospreciar a un hombre de su talla y dejarle partir, cuando era evidente que les iba a ser hostil y adversario. La única solución que quedaba era retenerle

13 contra su voluntad, pero también ésta fue rechazada por acuerdo unánime, y sin discusión; creían poco seguro que el león y los corderos estuvieran juntos en el aprisco. Quien más temía esto era Sosibio, por la causa que sigue.

36 Cuando se tramaban los asesinatos de Magas y de Berenice ¹²², los conspiradores, temerosos de fracasar

¹²¹ Sosibio, hijo de Dioscórides, fue un personaje importante durante el reinado de Ptolomeo IV Filopátor.

¹²² Esta Berenice, madre de Magas y de Ptolomeo IV Filo-

en su intento, principalmente por la audacia de Berenice, se vieron obligados a lisonjear a todos los cortesanos, y a hacer concebir esperanzas si las cosas se desarrollaban según su voluntad. Entonces Sosibio se ² apercibió de que Cleómenes, si bien necesitaba del apoyo de los reyes ¹²³, era hombre de prudencia poco común, y muy clarividente para ver la realidad de las cosas. Le hizo abrigar, pues, grandes ilusiones, y al propio tiempo le comunica sus planes. Cleómenes vio, ³ por su parte, que Sosibio andaba vacilante, porque temía grandemente a los extranjeros y a los mercenarios ¹²⁴. Y le hizo cobrar ánimos: le prometió que ningún mercenario le haría el menor daño, antes bien, le serían útiles. Sosibio aún se admiró más ante tamaño anuncio, ⁴ y Cleómenes exclamó: «¿No te das cuenta de que entre los mercenarios hay casi tres mil peloponesios y un millar de cretenses? Sólo con que yo les haga un signo ⁵ de mi anuencia, todos se prestarán a apoyarte. ¿Si todos éstos se te unen, a quiénes temes? ¿No será claro —prosiguió— que a los soldados sirios o a los carios?» Sosibio escuchó esto muy complacido, y redobló su ⁶ ánimo en lo referente a la acción contra Berenice. Junto ⁷ con esto constataba también la indiferencia del rey, tenía muy en cuenta la audacia de Cleómenes y la adhesión de los mercenarios a la persona de éste. Sosibio, ⁸ pues, instaba entonces aún más, con el máximo empeño, al rey y a la corte para que Cleómenes fuera detenido

pátor, en su juventud había hecho asesinar a su prometido Demetrio el Bello, lo cual, naturalmente, le confirió una mala reputación que ya no se quitó nunca de encima.

¹²³ Es decir, de Ptolomeo IV Filopátor y de su mujer Arsínoe. Ésta jugaba un papel importante en la corte de Egipto, como se puede constatar en el episodio de Agatocles, al final del libro XV.

¹²⁴ El texto es traducción rigurosa del griego, pero podría significar, simplemente, «de los mercenarios extranjeros», como traduce Paton.

- 9 y encerrado. Para lograr tal propósito se valió de la siguiente estratagema:
- 37 Había un tal Nicágoras de Mesenia, que era huésped paterno de Arquidamo¹²⁵, el rey de los lacedemonios. Antes de la época mencionada el trato entre ambos personajes no era muy frecuente, pero cuando Arquidamo se vio obligado a huir de Esparta por el temor que le infundía Cleómenes, y acudió a Mesenia, Nicágoras no sólo le ofreció cordialmente hospitalidad a él y a los suyos, sino que, debido al trato continuo, surgió entre ambos una simpatía y amistad mutuas verdaderamente profundas. Algún tiempo después Cleómenes dejó entrever una esperanza de vuelta y reconciliación con Arquidamo, y Nicágoras se entregó de lleno a enviar negociadores que pactaran las garantías. Ratificadas éstas, Arquidamo regresó a Esparta, fiado en los tratos que había concluido Nicágoras. Pero Cleómenes le salió al encuentro y le mató; perdonó la vida a Nicágoras y a los que le acompañaban. Externamente Nicágoras fingía gratitud a Cleómenes porque le había salvado, pero en su interior llevaba muy a mal lo sucedido, pues se consideraba a sí mismo causante de la muerte del rey. Este mismo Nicágoras había navegado poco tiempo antes hasta Alejandría con un cargamento de caballos. Al bajar de la nave se encontró con Cleómenes y con Panteo, acompañados de Hipitas¹²⁶, que paseaban por el puerto, junto a los mismos muelles. Cleómenes le vio, fue a su encuentro, le saludó cordialmente y le preguntó por el motivo de su presencia. 10 Nicágoras repuso que había venido con un cargamento de caballos, a lo cual comentó Cleómenes: «Pues hubiera preferido, y mucho, que en vez de caballos te

¹²⁵ Cf. nota 88 del libro IV

¹²⁶ Sabemos por Plutarco que Panteas era el paje de Cleómenes y que Hipitas era un patizambo (PLUTARCO, *Cleómenes* 37, 3).

hubieras traído gente juerguista y tocadoras de arpa, que es lo que por ahora interesa al rey». Nicágoras se 11 echó a reír, sin hacer ninguna apostilla, pero al cabo de pocos días fue a encontrarse con Sosibio para tratar de los caballos, y le refirió lo que Cleómenes le había dicho. Comprobó que Sosibio le escuchaba con gusto 12 y le manifestó el odio que desde tiempo sentía contra Cleómenes.

Sosibio, pues, se convenció del resentimiento de 38 Nicágoras contra Cleómenes. Hizo ya en aquel momento ciertos regalos a Nicágoras, y le prometió más para el futuro; le convenció de que redactara y firmara una carta en que acusara a Cleómenes; debía dejarla allí sellada. Luego, cuando dentro de unos días Nicágoras 2 hubiera zarpado, un esclavo se la llevaría a él, fingiendo que el remitente era Nicágoras. Éste se avino a tales 3 proposiciones, y cuando la carta fue librada a Sosibio por un esclavo —Nicágoras ya se había hecho a la mar—, Sosibio se presentó al rey con la carta y acompañado 4 del esclavo. Éste aseguró que Nicágoras se la había entregado con la orden de hacerla llegar a Sosibio. El 5 contenido de la carta era el siguiente: si no se le envía inmediatamente con los pertrechos y el dinero necesario, Cleómenes se sublevaría al punto contra el gobierno del rey. Sosibio tomó rápidamente esto como pretexto 6 e incitaba al rey y a la corte a no demorar la detención y la puesta bajo custodia de Cleómenes. Lo cual, efectivamente, se hizo, pero se le proporcionó una residencia 7 muy grande, en la cual vivía vigilado. Y esta era la diferencia que le distinguía de los demás encarcelados, que vivía en una prisión más amplia. Cleómenes lo iba 8 considerando todo y, en cuanto a su porvenir, abrigaba malas esperanzas, por lo que decidió intentar lo que fuera, no porque tuviera mucha confianza en salir adelante 9 en sus propósitos (pues no disponía de medios razonables para realizar sus planes), sino porque pre-

fería morir valientemente antes de sufrir algo indigno
 10 de su audacia de antes; pensaba, me imagino, y tomaba como lema, aquello que habitualmente se impone a los hombres magnánimos:

*Pero me niego a morir aquí sin esfuerzo ni gloria,
 sino después de una gesta que sepan los hombres fu-
 [turos ¹²⁷.*

39 De modo que Cleómenes aguardó a que el rey se hubiera ausentado hacia Canopo ¹²⁸, y entonces propaló entre sus guardianes el rumor de que el rey iba a ponerle en libertad. Por ello, ofrece un banquete a sus servidores y obsequia a sus vigilantes con coronas, carne y, sobre
 2 todo, vino. Sus custodios lo aceptaron sin recelo y llegaron a embriagarse. En aquel momento, Cleómenes tomó a sus amigos que estaban allí y a la gente de su servicio, y en pleno día, sin que los guardias se apercibieran
 3 de ello, salieron armados de puñales. Avanzaron y, en medio de una plaza, dieron con Ptolomeo, a quien se había dejado el gobierno de la ciudad. Su escolta quedó pasmada ante tal audacia, por lo cual Cleómenes y los suyos consiguieron hacer bajar del carro a Ptolomeo, a quien pusieron a buen recaudo ¹²⁹; al mismo tiempo iban
 4 clamando al pueblo que recuperara su libertad. Pero nadie les hacía el menor caso, ni se sublevaba, por lo inesperado del suceso. Entonces, Cleómenes y los suyos se dirigieron a la ciudadela con la intención de forzar las puertas y lograr así que los encarcelados se les su-

¹²⁷ Son versos de la *Iliada*, pronunciados por Héctor cuando ve que su muerte es inminente (cf. *Il.* XXII 304-305).

¹²⁸ Isla y ciudad, junto a la boca occidental del delta del Nilo, que más tarde tendrá fama de ferocidad y aun de canibalismo (cf. JUVENAL, *Sátiras* XV 46).

¹²⁹ Aquí algunos manuscritos del texto griego escriben «mataron», pero la mayoría de los traductores se inclinan por la variante reflejada en la traducción.

maran. Pero también este empeño les falló, porque los 5
centinelas, precavidos ante la intentona, habían asegurado los batientes. Y al instante dirigieron sus manos contra sí mismos, con una presencia de ánimo no desmerecedora en nada de los laconios. Ésta fue la muerte 6
de Cleómenes, un hombre muy hábil en el trato con la gente, muy dotado para dirigir empresas, en suma, varón con dotes de mando y de índole verdaderamente real.

A continuación, y no mucho después, vino la con- 40
juración de Teodoto, el gobernador de Celesiria, de linaje etolio. Éste, por un lado, despreciaba al rey tanto por su política como por su vida disoluta y, por el otro, 2
no se fiaba de los cortesanos. No hacía mucho tiempo que había prestado al monarca, entre otros servicios inestimables, una gran ayuda en los primeros problemas que surgieron con Antíoco a propósito de Celesiria ¹³⁰, y no sólo no obtuvo ningún agradecimiento, sino que, al contrario, fue llamado a Alejandría, donde casi corrió peligro su vida. Ello le indujo a entrar en tratos 3
con Antíoco para entregarle las ciudades de Celesiria. Antíoco aceptó complacido esta perspectiva y tomó, al punto, la dirección de la empresa.

Para proceder con esta dinas- 4
tía de modo semejante a como lo hicimos con la egipcia, nos remontaremos hasta la época en que Antíoco accedió al poder, a partir de la cual se hará una introducción compendiada a la guerra que nos proponemos historiar ¹³¹.

Antíoco era el hijo menor de Seleuco el llamado 5
Calinico ¹³². A la muerte de éste le sucedió en el poder

¹³⁰ Cf. 46, 3.

¹³¹ Es la cuarta guerra de Celesiria. Cf. 58-87.

¹³² Seleuco II Calinico reinó entre los años 247-226.

el hermano de Antíoco, Seleuco Cerauno ¹³³, porque era el mayor. Antíoco fijó su residencia en la zona norte del imperio ¹³⁴, donde vivió. El rey Seleuco, por su parte, invadió la región del Tauro con un ejército, pero fue asesinado a traición, como ya se indicó más arriba ¹³⁵. Entonces, Antíoco le sucedió en el imperio y fue él el rey. Confió el país de acá del Tauro a Aqueo ¹³⁶, y el de las provincias nórdicas a Molón y al hermano de éste, Alejandro. Molón era sátrapa de Media, y su hermano lo era de Persia.

41 Ambos despreciaban al rey por su corta edad, y abrigaban la esperanza de que Aqueo compartiría sus proyectos. Hermias ¹³⁷ era entonces gobernador general, y lo que Molón y Alejandro temían más era su sevicia y perversidad: por ello tramaron una revuelta y la se-
 2 cesión de las satrapías del norte. Este Hermias procedía de Caria y estaba al frente de la administración: Seleuco, el hermano de Antíoco, le había confiado tal cargo con ocasión de su ausencia por la campaña del
 3 Tauro. Se encontró, pues, casi por un azar con esta potestad, y le dominaba la envidia contra los que en la corte ostentaban cargos de alguna preeminencia. Era de índole cruel: castigaba a unos por errores que él calificaba de crímenes, a otros les imputaba culpas falsas e imaginarias; era un juez acerbo e inexorable.

¹³³ Seleuco III Cerauno reinó sólo de 226 a 223 a. C., pues murió asesinado en el curso de una campaña contra Átalo I de Pérgamo.

¹³⁴ Se refiere a las provincias orientales del imperio seléucida: Media, Persia y Susiana.

¹³⁵ Cf. IV 48, 6.

¹³⁶ Sobre este Aqueo, cf. IV 48, 5. Debía de ser un gobernador general que regía por delegación personal de Antíoco III, de quien parece que era tío materno.

¹³⁷ Este Hermias era lugarteniente directo del rey. La exposición detallada de sus atribuciones, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Su interés principal, en el que puso el máximo empeño, 4 era el de suprimir a Epígenes, que había dirigido la retirada de las tropas salidas a campaña con Seleuco. *Hermias constataba que Epígenes era hombre capaz de hablar y de obrar, y que gozaba de gran prestigio entre el ejército.* Proyectó suprimirle, pero de momento se 5 contuvo, pues quería siempre aprovecharse de una calumnia que le diera soporte contra el hombre citado. Reunido el consejo ¹³⁸ para tratar de la defección de 6 Molón, el rey mandó que cada cual expusiera su parecer acerca de cómo se debía enfocar el problema de los sediciosos. El primero que disertó fue Epígenes en el 7 sentido de que la cosa no admitía dilaciones: debían seguirse de cerca los acontecimientos. Lo primordial, lo principal era que el rey hiciera acto de presencia en aquellas provincias y que interviniera en persona precisamente entonces: con ello, o bien Molón, ante 8 la aparición del rey, que se hacía visible a las multitudes al frente de un ejército adecuado, no osaría promover la defección, o bien, si persistía en su propósito 9 y se atrevía, sus mismos soldados le echarían mano al instante, le arrastrarían y lo entregarían al monarca.

Todavía estaba Epígenes en el uso de la palabra y 42 decía esto, cuando Hermias, enfurecido, proclamó que desde hacía mucho tiempo Epígenes era un traidor oculto, un conspirador contra la monarquía; ahora, 2 sin embargo, había hecho algo útil: había evidenciado su intento cuando interesadamente planteaba exponer al rey, con sólo unos pocos hombres, al albur de los revolucionarios. Y de momento, como si aquella acusa- 3 ción hubiese sido encendida por un acceso de cólera, dejó a Epígenes: no le demostró hostilidad, sino más

¹³⁸ Este consejo comprendía los amigos del rey (cf. notas 12 y 71 de este libro, y nota 121 del libro I) y otros personajes importantes del gobierno.

- 4 bien una dureza intempestiva. En cuanto a él mismo, su propuesta era desdecirse de la campaña contra Molón, que le parecía muy peligrosa porque el rey aún no estaba avezado a empresas guerreras; en cambio, alentaba a una salida contra Ptolomeo, pues creía que en una guerra así no iban a correr peligro: el rey en cuestión era muy indolente¹³⁹. El consejo quedó impresionado ante tales palabras: se mandó contra Molón un ejército, al frente del cual marchaban Jenón y Teodoto Hemiolio¹⁴⁰. Hermias incitaba a Antíoco continuamente, convencido de que era preciso ponerse manos a la obra en la cuestión de Celesiria; suponía que sólo si el joven rey se veía rodeado de guerras por todas partes, él podría esquivar la rendición de cuentas de sus desmanes pretéritos y, además, podría conservar la potestad de que entonces disfrutaba: lo lograría por las preocupaciones, luchas y contiendas que rodearían continuamente al monarca. Con el mismo objetivo, finalmente, falsificó una carta, que fingió enviada por Aqueo, y la pasó al rey: en ella se declaraba que Ptolomeo le ofrecía la oportunidad de hacerse con el poder de Celesiria; se le aseguraba un apoyo de naves y de dinero si se ceñía la diadema y daba a conocer a todos sus aspiraciones al imperio, detentado ya en realidad por él ahora, pero que rehusaba ostentar¹⁴¹ al rechazar la corona que la Fortuna le ofrecía. El rey dio crédito a

¹³⁹ Aquí seguramente hay un pequeño fallo por parte de Polibio, que piensa sin duda en Ptolomeo IV Filopátor. Este reinó entre los años 221-204, mientras que el consejo del que habla Polibio tuvo lugar a finales del 222 a. C., cuando reinaba todavía su antecesor Ptolomeo III Evérgetes. Los datos que poseemos son incompatibles. Una exposición y discusión más amplia de ello, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁴⁰ El calificativo «Hemiolio» puede referirse, o bien a la baja estatura del personaje, o quizás a que había sido pirata con *hemíolia*, unas naves pequeñas con sólo dos filas de remeros.

¹⁴¹ Cf. II 2, 9-10.

esta carta y se dispuso con entusiasmo a una campaña contra Celesiria.

Cuando Antíoco se encontraba en Seleucia del Puen- ⁴³
te ¹⁴² se presentó el almirante Diogneto, procedente de
Capadocia, junto al Ponto Euxino. Tenía consigo a Laó-
dice ¹⁴³, la hija del rey Mitrídates ¹⁴⁴, soltera, como esposa
destinada al rey. Mitrídates se gloriaba de ser descen- ²
diente de uno de aquellos siete persas que habían dado
muerte al mago ¹⁴⁵; conservaba el reino de sus ascen-
dientes, junto al Ponto Euxino, reino que antaño les
fuera conferido por Darío. Antíoco acogió a la doncella ³
con los honores y la pompa convenientes, y celebró al
instante las bodas con un aparato y una magnificencia
verdaderamente reales. Concluidas las nupcias, bajó ⁴
hasta Antioquía ¹⁴⁶, donde proclamó reina a Laódice;
después se dedicó a continuar los preparativos para
la guerra.

En este tiempo Molón, por su parte, había hecho de ⁵
las tropas de su satrapía un ejército decidido a todo,
tanto por las esperanzas de lucro como por el terror
que había infundido a sus oficiales: les había mostrado
unas cartas conminatorias, falsas, que fingía haber re-
cibido del rey. Además, tenía un colaborador dispuesto ⁶
en su hermano Alejandro. Aseguró, pues, la situación
de la satrapía mediante sobornos y por la adhesión de
algunos magnates, y él marchó con un gran ejército

¹⁴² En la región de Commagene, al S. de Capadocia.

¹⁴³ Mitrídates II del Ponto (cf. IV 56) se casó con la hija de Seleuco Calinico hacia el año 245. Sobre la boda de su hija menor con Aqueo, cf. VIII 20, 11.

¹⁴⁴ Mitrídates II del Ponto.

¹⁴⁵ HERÓDOTO explica (III 65-79) que Gaumatas el mago usurpó la realeza, bajo el nombre de Smerdis, tras la muerte de Cambises, en 521 a. C., pero fue muerto por Darío y otros nobles persas. En realidad, Mitrídates descendía de un noble persa que se apoderó del reino del Ponto en 302 (DÍODORO, XXX 122, 4).

¹⁴⁶ Capital de Siria, junto al río Orontes.

- 7 contra los generales del rey. Jenón y Teodoto, alarmados ante aquella incursión, se retiraron a las ciudades.
 8 Molón se adueñó de la región de Apolonia¹⁴⁷; sus recursos eran abundantísimos. Pero ya antes le hacía temible la gran extensión de territorio que dominaba.

44 En efecto: todas las yeguas de la caballería real están en manos de los medos, que disponen de trigo y de ganado en cantidades prácticamente incalculables.

*Descripción de la Media*¹⁴⁸

- 2 Casi nadie podrá exponer acertadamente la extensión del país y el valor estratégico de su situación.
 3 La Media se extiende por el Asia central, y, parangonada con las demás partes del Asia, las supera tanto por su extensión como por la altura de sus cordilleras.
 4 Además, tiene por vecinos a los pueblos más fuertes y numerosos. Limita por el norte y el este con las llanuras desérticas¹⁴⁹ que hay entre Persia y Partia; controla y domina las puertas llamadas Caspias, y llega hasta los montes Tapiros¹⁵⁰, no muy distantes del mar de Hircania. Por el sur llega hasta Mesopotamia y a la región de Apolonia. Su frontera con Persia está protegida por el monte Zagro¹⁵¹. La ascensión hasta su cumbre es de unos cien estadios, y en él se abren valles y en alguna parte hondonadas en las que viven los

¹⁴⁷ Ya en tierras de Babilonia. Cf. cap. 52.

¹⁴⁸ Esta digresión geográfica, que responde sin duda a la mano de Polibio, quizás haya sido introducida aquí por un copista inhábil, pues no responde en absoluto al contexto. Por lo demás, contiene inexactitudes de detalle. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁴⁹ El Desierto de Lout y el Gran Desierto Salado, entre los ríos Kirman y Corasan.

¹⁵⁰ Las puertas Caspias son el collado de Serdera; los montes Tapiros son el macizo de Elburz, y el Mar de Hircania es el actual Mar Caspio.

¹⁵¹ Son las actuales montañas de Farsistán.

coseos ¹⁵², los corbenes, los carcos y muchos otros linajes bárbaros notoriamente excepcionales por sus dotes guerreras. Media limita por el sur con el país de Sátrapa ¹⁵³, relativamente cercano a aquellos pueblos que dan ya al Ponto Euxino. Por el norte la rodean los elimeos ¹⁵⁴, los aniaraces, los cadusios ¹⁵⁵ y los matianos ¹⁵⁶; por su parte domina las regiones colindantes con el lago Meótico ¹⁵⁷. Media en sí está surcada por numerosas cordilleras que la recorren de norte a sur; entre tales cadenas montañosas hay unas llanuras atestadas de ciudades y de aldeas.

Dueño, pues, de un país que ya tenía la categoría ⁴⁵ de reino, Molón se había hecho temible hacía ya largo tiempo, según dije, por la superioridad de su potencia; sin embargo, entonces, cuando pareció que los generales del rey le cedían el campo abierto, que el empuje de sus tropas había crecido porque sus primeras esperanzas habían prosperado según sus cálculos, la impresión que causaba era terrorífica; ningún pueblo del

¹⁵² Pueblo excepcionalmente salvaje, que vivía en las montañas entre Media y Susiana. Suministraba mercenarios a los ejércitos persas y Alejandro Magno los sometió en el año 324.

¹⁵³ Es el actual Azerbadjan. Sin embargo, aquí la grafía del griego original no es segura. Casaubon, en su edición ginebrina del texto griego escribió «atropatios» y Gronovio, «saspiros». Con todo, Polibio escribe más abajo, otra vez, «país del sátrapa» (55, 2) y, en este último lugar, el texto es paleográficamente seguro.

¹⁵⁴ Estos elimeos no tienen nada que ver con los pueblos bíblicos de Elam (cf. *Hechos de los Apóstoles* 2, 8). Vivían en el N. de la Media, junto a los montes Tapiros. La grafía vuelve a ser incierta; algunos manuscritos griegos escriben «delimeos».

¹⁵⁵ Los cadusios vienen citados por fuentes latinas (PLINIO EL JOVEN, *Historia Natural* XI 514, 523); eran famosos por su habilidad en luchar con la jabalina. Se ignora su ubicación exacta.

¹⁵⁶ Los matianos vivían al E. de Armenia.

¹⁵⁷ Es el actual mar de Azov.

- 3 Asia creyó poder ofrecerle resistencia. Molón primero quiso pasar el río Tigris y poner cerco a Seleucia ¹⁵⁸.
- 4 Pero Zeuxis ¹⁵⁹ se adelantó a retirar las embarcaciones fluviales, con lo que frustró la travesía. Molón se replegó entonces a un campamento que tenía en el sitio llamado Ctesifonte ¹⁶⁰, y dispuso que sus tropas pasaran allí el invierno.
- 5 El rey, informado de la incursión de Molón y de la retirada de sus generales, se aprestaba, él personalmente, a una segunda campaña contra Molón, dejando de momento la ofensiva contra Ptolomeo; no quería dejar
- 6 pasar la oportunidad. Pero Hermias, siempre fiel a su primer propósito, envió contra Molón a Jenitas el aqueo a la cabeza de un ejército sobre el cual ejercía el mando absoluto: decía que contra los sediciosos debían luchar generales, pero que contra reyes era el rey mismo quien debía dirigir las operaciones y las batallas decisivas.
- 7 Debido a la poca edad del rey, tenía avasallado al muchacho, y fue él quien tomó el mando y concentró las tropas en Apamea. Después levantó el campo y se pre-
- 8 sentó, desde allí, en Laodicea ¹⁶¹. Tomando esta ciudad como base, el rey pasó a la ofensiva con todo su ejército, atravesó el desierto y llegó al valle llamado de
- 9 Marsias ¹⁶², situado entre las laderas del Líbano y del Antilíbano. Cuando llega a estos montes, el valle se re-
- 10 duce a un simple desfiladero. Allí donde alcanza su máxima angostura, el valle es de paso difícil por haber

¹⁵⁸ Seleucia del Tigris, por oposición a Seleucia del Puente.

¹⁵⁹ Zeuxis, oficial de alto rango, que gozaba de la confianza de Antíoco. Cf. XVI 1, 8; XXI 16, 4; 17, 9-11.

¹⁶⁰ Población situada frente a Seleucia del Tigris, en la orilla opuesta del río.

¹⁶¹ Apamea, en la orilla del Orontes, y Laodicea del Líbano, emplazadas en territorio actualmente sirio.

¹⁶² Esta ubicación por parte de Polibio es exacta.

en él lagunas y charcas en las que se corta la caña aromática ¹⁶³.

Controlan el desfiladero, por un lado, la plaza llama- ⁴⁶
da Broquis, y, por el otro, la denominada Guerra ¹⁶⁴;
el paso que hay entre ambas es muy angosto. Antíoco ²
marchó bastantes días por el valle citado, y se ganó las
ciudades que hay en él; al final se presentó en Guerra.
Pero se encontró que Teodoto el etolio ¹⁶⁵ se le había ³
avanzado ocupando Guerra y Broquis; había fortifica-
do con fosos y estacadas la región de los lagos, y había
dispuesto guarniciones oportunas. Con todo, Antíoco
inicialmente trató de forzar las defensas. Pero tanto la ⁴
fragosidad del lugar como el hecho de que las fuerzas
de Teodoto se mantenían intactas hacían que Antíoco
sufriera más pérdidas que las que infligía. Y desistió
de su intento. A lo abrupto de aquellos parajes se le ⁵
sumó la noticia de que Jenitas había experimentado un
desastre total y Molón se había adueñado ya del país
entero. Antíoco renunció al punto a esta empresa y se
aprestó a restablecer la situación de su propio reino.

Jenitas, el general enviado con ⁶
Desastre de la armada plenitud de poderes, como ya
real. Conquistas de antes se dijo ¹⁶⁶, alcanzó con ello
Molón una potestad superior a la que
hubiera podido esperar y empezó
a tratar a sus amigos con excesiva arrogancia y a ser
temerario en sus intentos contra el enemigo. Sin em- ⁷
bargo, cuando alzó su campo contra Seleucia llamó a

¹⁶³ Es el *Calamus Aromaticus* de los naturalistas. Pero en la referencia de Polibio hay inexactitudes. Véase la amplia discusión de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁶⁴ Broquis parece ser la actual Al-Baruk; Guerra está a muy poca distancia. Esta última parece ser la capital de la región bíblica de Iturea.

¹⁶⁵ Cf. 40, 1-3.

¹⁶⁶ Cf. 45, 6.

- Diógenes, el comandante de Susiana, y a Pitíadas¹⁶⁷, el jefe de la región del Mar Rojo¹⁶⁸; luego salió con su contingente, utilizó como línea de defensa el río Tigris y acampó frente al enemigo. Muchos se le pasaron a nado desde el campamento de Molón y le explicaron que, si cruzaba el río, el ejército íntegro de Molón se le pasaría, pues era objeto del odio de todos, mientras que la inmensa mayoría experimentaba una gran simpatía hacia el rey. Estimulado por esto, Jenitas se dispuso a cruzar el Tigris. Primero fingió que iba a tender un puente en cierto lugar de su curso en el que había un islote, pero en realidad no preparaba nada necesario para tal construcción; por lo que Molón no atendió en absoluto a este proyecto fingido. Jenitas juntaba y aparejaba naves, y ponía en ello gran empeño. Seleccionó, de su ejército, a los hombres más robustos y a los caballos más vigorosos, dejó el cuidado del campamento a Zeuxis y a Pitíadas, y él descendió de noche, por la orilla del río, unos ochenta estadios¹⁶⁹, alejándose del campamento de Molón. Con las naves cruzó el río sin ningún peligro y acampó, antes de que alboreara, en un lugar estratégico ocupado previamente, circundado en su mayor parte por el río, y asegurado, en la restante, por cenagales y marismas.
- Avisado de lo ocurrido, Molón envió a su caballería para que obstaculizara a los que aún cruzaban sin dificultad el río y aniquilara a los que ya lo habían pasado. Los jinetes se aproximaron a los hombres de Jenitas, pero no conocían los parajes, por lo que el enemigo no necesitó hacer nada: se hundían por ellos mismos, quedaban sumergidos en los pantanos sin poder

¹⁶⁷ Diógenes y Pitíadas, dos generales de Antíoco cuya titulación exacta se discute. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁶⁸ El territorio del mar Eritreo es la región mesopotámica que va del SO. de Babilonia hasta el golfo Pérsico.

¹⁶⁹ Un kilómetro y medio.

remediarlo; muchos de ellos perdieron la vida. Por su 3 parte, Jenitas abrigaba la convicción de que si se les acercaba, las fuerzas de Molón se le pasarían, de modo que avanzó junto al río, se aproximó al adversario y estableció su campamento no muy lejos del enemigo. Entonces Molón, quizás como un ardid de guerra, quizás 4 porque no confiaba totalmente en sus hombres, no le fuera a ocurrir lo que Jenitas esperaba, abandonó su impedimenta en el campamento y lo levantó marchando rápidamente como hacia Media. Era aún de noche. Jenitas supuso que la fuga de Molón se debía al pá- 5 nico que su propia marcha le había causado y a que desconfiaba de sus fuerzas. Primero se acercó al lugar donde había acampado el enemigo, y lo ocupó; luego trasladó a este campamento, desde el suyo propio, custodiado por Zeuxis, a su caballería con los pertrechos correspondientes. A continuación reagrupó a sus hom- 6 bres y les arengó: les dijo que cobraran ánimo y que tuvieran las más hermosas esperanzas en todo, porque Molón había huido. Tras estas palabras, les encargó 7 que se cuidaran y que repusieran fuerzas, pues al día siguiente de madrugada iniciarían la persecución de Molón.

Pero los soldados de Jenitas, confiados y viendo a 48 su disposición provisiones de todo tipo en abundancia, se entregaron a comilonas y a borracheras, y a la negligencia fomentada por tales excesos. Cuando hubo al- 2 canzado un lugar suficientemente distante, Molón ordenó a sus hombres que tomaran el rancho, dio la vuelta y regresó; encontró a los enemigos que yacían ebrios, y con la primera luz del día atacó el campamento. Jenitas, pasmado por un suceso tan inesperado, no logró 3 despertar a muchos de sus hombres que dormían la borrachera, por lo que se lanzó rabioso contra el enemigo, y sucumbió. De los que dormían, la mayoría mu- 4 rió en sus propias yacijas; los restantes se lanzaron al

río e intentaron cruzarlo a nado para alcanzar el otro
5 campamento. Pero en su mayoría se ahogaron. En el
campamento reinaba un desconcierto y una confusión
total e indescriptible, pues el pánico y el temor se ha-
bían apoderado de todos. El campamento del otro lado
estaba a muy corta distancia, y, además, era visible,
por lo que los hombres, en su afán de escapar, olvi-
daron la fuerza de la corriente¹⁷⁰ y las dificultades que
6 ofrecía el río. Estaban como fuera de sí y anhelaban
sólo ponerse a salvo, por lo que se iban tirando al
agua y lanzaban a ella también las acémilas con sus
7 bagajes, como si el río debiera proporcionarles una
ayuda providencial, debiera traspasarles sin peligros al
9 campamento establecido en la orilla opuesta. El es-
pectáculo que ofrecía la corriente era trágico e inusual,
pues lo arrastraba todo, además de los hombres que
nadaban: caballos, bestias de carga, armas, cadáveres
y bagaje de todas clases.

10 Molón, tras apoderarse del campamento de Jenitas,
cruzó el río ya sin peligro, sin que nadie impidiera su
avance, pues todos los hombres de Zeuxis habían huido.
11 Se adueñó también de este segundo campamento. Aca-
bó sus operaciones y se presentó con su ejército en
12 Seleucia. En su incursión tomó esta plaza, porque Zeu-
xis a su vez la había abandonado, y con él Diomedon-
te¹⁷¹, gobernador de Seleucia; Molón prosiguió ya su
avance y sometió sin ningún esfuerzo las satrapías del
13 norte. Entró en Babilonia y conquistó la región del Mar

¹⁷⁰ Este río es el Tigris, palabra que parece ser persa, y que, como nombre común, significaría «ímpetu», «fuerza». Este pasaje de Polibio acreditaría plenamente tal etimología.

¹⁷¹ El mismo Polibio vacila cuando quiere especificar el cargo ejercido por este Diomedonte, porque si bien aquí le llama *epistátēs*, algo así como «presidente», más abajo (50, 10) le llama *acrophylax*, que es un cargo estrictamente militar. Parece que este último prevalece sobre el otro.

Rojos, tras lo cual se presentó en Susa. En su marcha ¹⁴ tomó incluso esta ciudad, pero los ataques que lanzó contra su acrópolis resultaron vanos, porque el general Diógenes se le había anticipado a ocuparla. Molón ¹⁵ desistió de estas tentativas: dejó allí las fuerzas suficientes para que prosiguieran el asedio, él personalmente levantó el campo sin dilaciones y se dirigió, con el grueso de su ejército, a Seleucia del Tigris. Allí ¹⁶ atendió con sumo cuidado a sus hombres, les exhortó, y les estimuló para las operaciones siguientes; conquistó Paropotamia ¹⁷² hasta la ciudad de Europa ¹⁷³ y Mesopotamia hasta Dura.

Cuando Antíoco supo todo esto, como ya apunté más ¹⁷ arriba ¹⁷⁴, renunció a sus proyectos sobre Celesiria y se dedicó de lleno a sus nuevas empresas.

Entonces el consejo volvió a re- ⁴⁹
unirse en sesión y el rey ordenó
Campaña de Antíoco. hablar sobre las medidas a tomar
Desastre de Molón contra los preparativos de Molón.

Y otra vez fue Epígenes el primero que tomó la palabra y disertó acerca de la situación presente: dijo que ya antes su recomendación ² había sido no entretenerse y no permitir que el adversario obtuviera tales victorias; con todo, incluso ahora debían afrontarse los acontecimientos. Hermias se en- ³ fureció de nuevo de modo tan vehemente como absurdo y empezó a insultar a Epígenes, al tiempo que se alaba- ⁴ ba mucho a sí mismo y lanzaba contra él acusaciones calumniosas y falsas. Conjuraba al rey para que una

¹⁷² Parapotamia indica unos territorios al O. del Eufrates.

¹⁷³ Europa (actualmente Dura-Europos), ciudad bien conocida por los arqueólogos, debido a las importantes excavaciones llevadas a cabo en ella, es una fundación de Nicanor, sátrapa de Seleuco I, en Mesopotamia. Ya en la antigüedad hubo aquí dos ciudades, Dura y Europa.

¹⁷⁴ Cf. 46, 5.

negligencia inconsecuente no le hiciera dejar sus espe-
5 ranzas sobre Celesiria. Se malquistó con la mayoría de
los miembros del Consejo, enojó incluso a Antíoco, y
acabó su oposición a duras penas, no sin haber hecho
6 el rey un gran esfuerzo para reconciliarles. La mayoría
fue del parecer que las palabras de Epígenes habían
sido más precisas y oportunas, por lo que su consejo
prevaleció, el de marchar contra Molón, y atender a
7 estas operaciones. Hermias cambió repentinamente de
parecer y se atuvo al de los otros: declaró que era in-
dispensable que todos ejecutaran sin excusas lo deci-
dido, y él mismo se mostró muy presto para los pre-
parativos.

50 La concentración de las tropas fue en Apamea, pero
allí estalló un motín entre las tropas debido al retraso
2 en la percepción de sus haberes. Hermias cogió al rey
consternado y aterrorizado ante aquel movimiento, por
la ocasión en que se encontraban, y se ofreció a abonar
de su peculio los estipendios debidos a todos, a condi-
ción de que se le concediera la exclusión de Epígenes
3 de aquella expedición, pues iba a ser imposible hacer
algo razonable en ella cuando había surgido entre los
4 dos tal rencor y enemistad. La petición sentó muy mal
al rey, y se empeñó por encima de todo en que Epígenes
participara en la campaña: su experiencia bélica era,
5 en efecto, muy grande. Pero al fin, cogido y conquistado
como estaba por las intrigas, el cuidado y las lisonjas
que la perversidad de Hermias le prodigaba, el rey ya
no fue dueño de sí mismo: cedió a las circunstancias
6 y asintió a las exigencias. Epígenes obedeció a las órde-
nes y se retiró a Apamea ¹⁷⁵; los miembros del consejo

¹⁷⁵ En el texto griego hay aquí una laguna de dos o tres palabras. Me aparto del texto de Büttner-Wobst (que, traducido, daría «inmediatamente») y recojo la vetusta lectura de Casaubon «a Apamea», que me parece más justificada por todo lo que sigue.

temieron ya los celos de Hermias; las tropas, en cambio, que habían logrado la satisfacción de sus exigencias, cambiaron de parecer y mostraron su adhesión, excepto los cirrestes, al que había hecho posible el saldo de las deudas. Los cirrestes¹⁷⁶ se sublevaron y desertaron en número de seis mil. Durante mucho tiempo crearon problemas, pero al final un general del rey les derrotó en una batalla en la que en su mayoría perecieron; los supervivientes se entregaron a la merced de Antíoco.

Hermias se había ganado así, por el miedo, a los consejeros del rey, y a las tropas, por la liberalidad con que las había tratado; entonces levantó el campo y avanzó, siempre en compañía del monarca. En cuanto a Epígenes, le dispuso la trampa siguiente, con la connivencia y colaboración del gobernador militar de Apamea, Alexis. Redactó una carta, que fingió enviada por Molón al dicho Epígenes; luego, sobornándole con grandes regalos, convence a uno de sus criados que la introduzca en casa de Epígenes y la mezcle con sus documentos. Realizado esto, Alexis se presentó al punto en el domicilio de Epígenes y le preguntó si había recibido alguna carta de Molón. Epígenes lo negó, ofendido¹⁷⁷, y Alexis exigió que se procediera a un registro. Entró al instante y dio con la carta. La utilizó como pretexto y ordenó la ejecución inmediata de Epígenes. Ante tales hechos, el rey se convenció de la justicia con que se le había eliminado. No así los cortesanos, que sospechaban lo ocurrido. Sin embargo, el miedo les retuvo y no hicieron nada.

¹⁷⁶ Pueblo en el N. de Siria, en Commagene.

¹⁷⁷ El texto griego ofrece aquí una leve ambigüedad: la palabra que significa «ofendido» sintácticamente también puede referirse a Alexis, en cuyo caso la traducción sería: «agriamente» o, quizás, «con malos modos».

- 51 Antíoco llegó a las orillas del Eufrates, donde concedió un descanso a sus tropas: luego reemprendió la marcha. Alcanzó Antioquía de Migdonia¹⁷⁸ en el solsticio¹⁷⁹ de invierno, y se quedó en esta plaza, con la intención de pasar allí el principio y el período más
 2 duro del invierno. Tras una permanencia de cuarenta
 3 días, avanzó hacia Liba. Aquí celebró un consejo para deliberar acerca de la ruta por la que se debía avanzar contra Molón, y también sobre el tema del abastecimiento: en qué consistiría y de dónde lo lograrían;
 4 Molón se encontraba en la región de Babilonia. Hermias era del parecer que debían marchar paralelamente al Tigris, de manera que este río, el Licos y el Capros¹⁸⁰
 5 les cubrieran el flanco. Zeuxis tenía ante sus ojos la muerte de Epígenes, y exponer su opinión le producía angustia; sin embargo, la ignorancia de Hermias era tan evidente, que se atrevió a aconsejar, aunque a duras
 6 penas, la travesía del río Tigris: aducía en su defensa las dificultades que iban a encontrar en una marcha paralela a la corriente fluvial, y que no podrían evitar, tras recorrer territorios muy extensos, otra de seis días a través del desierto para alcanzar el llamado canal
 7 real¹⁸¹. Si lo encontraban ocupado de antemano por el enemigo, no podrían cruzarlo, en cuyo caso deberían retirarse por el desierto, algo evidentemente peligroso, principalmente por la falta de suministros que iban a
 8 sufrir. En cambio, si se pasaba el Tigris, Zeuxis probó

¹⁷⁸ Antioquía de Migdonia, la antigua Nizibis, que Seleuco Nicátor transformó en ciudad griega. Está al E. de Apamea, no lejos del río Tigris.

¹⁷⁹ Del invierno 221/220 a. C.

¹⁸⁰ Afluentes por la izquierda del Tigris, llamados hoy el Gran Zab y el Pequeño Zab.

¹⁸¹ Este canal unía el Tigris y el Eufrates en la región de Ariaxos. PLINIO lo llamó *flumen regium* (*Historia Natural* VI 120).

que los pueblos¹⁸² del país de Apolonia cambiarían de partido y se pasarían al rey, pues ahora prestaban obediencia a Molón no porque simpatizaran con él, sino simplemente forzados por el miedo. Además, era claro⁹ que el ejército dispondría de provisiones en abundancia, ya que el país era muy fértil. Pero el punto más¹⁰ fuerte de su argumentación fue demostrar que con el paso del río a Molón le quedaría cortada la retirada hacia Media, así como también interceptados los refuerzos procedentes de ella. Todos estos factores obli-¹¹ garían a Molón a arriesgar una batalla, y, si no se atrevía a librarla, sus tropas cambiarían al punto de opinión y pasarían a compartir las previsiones del rey.

Esta opinión de Zeuxis fue la que se impuso, y An-⁵² tíoco dividió a su ejército en tres contingentes que atravesaron el río por tres lugares distintos; pasaron también los bagajes. Se dirigieron en seguida directamente² hacia Dura¹⁸³, y ya al primer ataque rompieron el cerco a que estaba sometida, pues un general de Molón la asediaba. Después, tras una marcha ininterrumpida de³ ocho días, rebasaron el monte Órico¹⁸⁴ y alcanzaron los territorios de Apolonia.

Por aquel entonces, Molón fue⁴ informado de la presencia del rey. Desconfiaba totalmente de las poblaciones de Susiana y de Babilonia, que había sometido hacía muy poco tiempo y de manera inesperada, temía también que le cortaran la retirada hacia Media, por lo que decidió tender un puente sobre el río Tigris y hacer

¹⁸² WALBANK, *Commentary*, ad loc., insinúa la posibilidad de que aquí deba traducirse no «los pueblos», sino «las tropas». Sobre Apolonia, cf. nota 149.

¹⁸³ Sobre Dura, cf. nota 173.

¹⁸⁴ El Órico es un monte situado al S. de la confluencia del Tigris y el Pequeño Zab. Su nombre actual es Djebel Hamrin.

- 5 pasar por él sus fuerzas; su anhelo era, si lo lograba, adelantarse al rey y ocupar la región montañosa de Apoloniátide; tenía depositada su confianza en sus honderos, de los que disponía en gran número; se trata de los llamados cirtios¹⁸⁵. Realizó sus planes e hizo una
- 6 marcha rápida, sin detenerse. En el mismo momento que Molón alcanzaba los lugares antedichos el rey salía de Apolonia con todo su ejército: las avanzadillas de ambos bandos, compuestas por infantería ligera, coincidieron
- 8 en ciertas lomas. En el primer momento trabaron combate y se tantearon mutuamente, pero cuando iban a entrar en la refriega los gruesos de ambos ejércitos, desistieron de ello y se retiraron a sus propios campamentos, que habían establecido a una distancia de
- 9 cuarenta estadios uno de otro. Sobrevino la queda. Molón había pensado que luchar de día y frente a frente contra el rey era inseguro y difícil para unos sublevados, de manera que se propuso atacar a Antíoco de
- 10 noche. Escogió a los hombres más aguerridos y fuertes de todo su ejército y dio un rodeo por algunos parajes, pues quería que su arremetida fuera desde lugares más
- 11 altos. Pero supo que durante la *marcha un grupo* de diez jóvenes se le había pasado al enemigo; esto le hizo
- 12 desistir de sus proyectos. Dio al punto la vuelta y se replegó; al despuntar el día compareció en su propio campamento, con lo que todo el ejército se llenó de
- 13 alboroto y de desconcierto: la llegada de los que regresaban interrumpió el sueño de los que dormían en el campamento, y les llenó de pavor; poco faltó para que lo abandonaran tumultuosamente. En la medida de lo posible, Molón iba calmando la perturbación surgida entre los suyos.
- 53 El rey tenía preparada ya la batalla, y así que apuntó el día fue sacando todas sus tropas del campamento.

¹⁸⁵ Población nómada que vivía en el N. de Media y de Persia.

Apostó en el ala derecha, primero a los jinetes armados 2 de lanzas, al mando de Ardis¹⁸⁶, hombre muy ducho en las operaciones bélicas. A continuación dispuso a los 3 aliados cretenses, a los que seguía el contingente de galos rigosagos¹⁸⁷. Inmediatos a éstos colocó las fuerzas extranjeras y los mercenarios griegos; tocando a ellos, cerraba esta ala la formación de la falange. El ala iz- 4 quierda, la confió a los llamados «compañeros»¹⁸⁸, un cuerpo de caballería. Situó a sus elefantes, diez en número, a cierta distancia unos de otros, delante de toda su formación. Distribuyó entre las alas sus reservas 5 de caballería y de infantería, y él ordenó que, así que se trabara el combate, iniciaran una operación envolvente. Luego recorrió las líneas e iba arengando a todas sus 6 fuerzas con unas breves palabras apropiadas al caso. El mando del ala izquierda lo confió a Hermias y a Zeuxis, y se reservó el del ala derecha.

Molón, por su parte, hizo salir a sus tropas no sin 7 dificultades, y a duras penas si pudo ordenarlas, debido a la confusión de la noche precedente. Con todo, dividió 8 su caballería entre las dos alas, de un modo paralelo a la formación enemiga; colocó a los soldados armados de escudo, a sus galos y el conjunto de su infantería pesada, en el lugar que dejaban libre sus dos formaciones de jinetes. Repartió también entre las alas, pero 9 más allá del lugar que ocupaba la caballería, a honderos, arqueros y a las tropas de este tipo. Dispuso también, a cierta distancia unos de otros, los carros armados

¹⁸⁶ Probablemente un lidio. Cf. 60, 4-8. Este nombre era frecuente en Lidia.

¹⁸⁷ Tropas mercenarias al servicio de Antíoco.

¹⁸⁸ Entiéndase «del rey». Era un título que Filipo II y Alejandro Magno confirieron a la caballería macedonia, y que continuó en uso en los ejércitos de los diádocos.

- 10 de hoces ¹⁸⁹. Confió el mando del ala izquierda a su hermano Neolao, y él se reservó el de la derecha.
- 54 Los dos ejércitos arremetieron uno contra otro. El ala derecha de Molón se mantuvo leal y trabó combate corajudamente contra los hombres de Zeuxis, pero el ala izquierda, así que vio que iba a pelear contra el
- 2 propio rey, se pasó al enemigo. Ante ello, las fuerzas de Molón flaquearon y las del rey redoblaron su moral.
- 3 Al comprobar lo que pasaba, Molón, rodeado ya por todas partes, previó los ultrajes a que se vería expuesto si los hombres del rey llegaban a capturarle vivo, y se
- 4 suicidó. Los que colaboraban con él en la empresa huyeron también, cada uno a su lugar de origen, pero acabaron de manera no distinta. Neolao logró sobrevivir a
- 5 la batalla y se fue a Persia, a la casa de Alejandro, hermano también de Molón. Allí degolló a la madre y a los hijos de éste; muertos éstos, se infirió la muerte a sí mismo, no sin antes haber convencido a Alejandro de que hiciera lo propio.
- 6 El rey saqueó el campamento de los enemigos, mandó crucificar el cadáver de Molón y colocarlo en el lugar
- 7 más visible de toda Media. Los encargados de ello lo hicieron al punto; trasladaron el cadáver a Calonítide ¹⁹⁰ y lo crucificaron en las laderas del Zagros. Tras
- 8 esto, Antíoco hizo objeto de duros reproches a las tropas sublevadas, pero acabó tendiéndoles la mano; nombró a unos oficiales para que las condujeran a Media y, allí,
- 9 restablecieran la situación. Él bajó personalmente hasta Seleucia y puso en orden las satrapías circundantes, a

¹⁸⁹ Arma tradicional, aunque según los técnicos poco efectiva. Eran unos carros con hoces en sus ejes para matar a los hombres que arrollaban. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 10.

¹⁹⁰ El distrito de Cala, al E. de Apolonia, encrucijada de caravanas. El monte Zagro es el actual Djebel Tak, en la región de Sarpul. La crucifixión era el castigo infligido a los reos de alta traición.

las que trató con tacto y benignidad. Pero Hermias, 10
duro como siempre de carácter, echó las culpas de todo
a los habitantes de Seleucia e impuso una multa de mil
talentos a la ciudad; expulsó de ella a la familia de los
adiganes ¹⁹¹ e hizo matar a muchos seleucianos, tras am-
putarles los miembros o inferirles torturas de otro tipo.
El rey apaciguó el furor de Hermias y, por otro lado, 11
dispuso de ciertos asuntos según su propio criterio, con
lo que al final restituyó la paz y el orden en la plaza;
redujo a ciento cincuenta talentos la multa impuesta
por culpa de la necedad de aquella villa. Ya todo en 12
regla, dejó a Diógenes como gobernador militar de Me-
dia, y a Apolodoro, de Susiana ¹⁹². Envío a Ticón ¹⁹³, in-
tendente general del ejército, como comandante de las
provincias del Mar Rojo.

Tales fueron la rebelión de Molón, las revueltas que 13
provocó en las satrapías del norte, sofocadas y liquida-
das según se ha explicado.

Al rey le exaltó esta victoria 55
conseguida, y quiso intimidar y
Muerte de Hermias llenar de pavor a los reyezuelos
bárbaros que tenía más allá de
sus satrapías, lindando con ellas.

Así evitaría que guerrearán y se pusieran a favor de
los que osaran alzarse contra su poder. De modo que

¹⁹¹ Aquí la lectura es dudosa y los editores se dividen. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone leer «pediganes», apoyado en lecturas de Hesiquio y de la *Suda*. Büttner-Wobst y Paton se deciden por la lectura «adiganes». La duda se extiende a la localización de estos pueblos, distinta, según se adopte una lectura o otra. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe*, V, pág. 108, nota.

¹⁹² Sobre Diógenes, cf. 46, 7 y nota 167. Este Apolodoro es un personaje muy borroso. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁹³ Ticón; el cargo era muy importante y debía desempeñarlo una persona que gozara de la confianza absoluta del rey. De ahí que éste le mande a un lugar particularmente difícil.

2 organizó una campaña contra ellos, primero contra
Artabazanes ¹⁹⁴. Éste, en efecto, daba la impresión de
ser el más fuerte y el más activo de tales reyes; domina-
ba a los llamados satrapios y a los pueblos lindantes
3 con ellos. En este tiempo Hermias temía una expedi-
ción contra las regiones nortañas por los peligros que
comportaba, y se interesaba, persistiendo en sus planes
4 de siempre, por una campaña contra Ptolomeo. Sin em-
bargo, al llegar la noticia de que a Antíoco le había na-
cido un hijo, juzgó posible que en la zona nórdica pu-
diera pasarle algo al rey a manos de los bárbaros, o
incluso que se le presentara a él la ocasión de supri-
mirle, y así dio su opinión favorable a la campaña,
5 convencido de que si se quitaba de en medio a Antíoco,
él ejercería la tutoría del niño, y, en realidad, sería él
6 quien detentaría el imperio. Tomados en firme estos
acuerdos pasaron el monte Zagro y penetraron en el
7 dominio de Artabazanes, situado junto a Media, de la
cual lo separa una cadena montañosa. Por el norte al-
canza algunas regiones del Ponto, allí donde éste des-
ciende hasta el río Fasis ¹⁹⁵; toca también el mar de
8 Hircania. Dispone de soldados de a pie vigorosos, en
abundancia, y aún más de jinetes; también se basta a
9 sí misma en los pertrechos bélicos restantes. Este im-
perio perduraba desde los tiempos de los persas, pues
desde la época de Alejandro Magno nadie se había fijado
10 en él. A Artabazanes le asustó la expedición del rey.
Era un hombre ya mayor, casi un viejo, y cedió a las
circunstancias: firmó los pactos que a Antíoco le pare-
cieron bien.

¹⁹⁴ Gobernador de Atropatene. Cf. 44, 8.

¹⁹⁵ Los antiguos aplicaron este nombre a muchos ríos de la
región del Cáucaso, sin que ahí podamos precisar de cuál se
trataba.

Se firmó, pues, la paz. El médico Apolófanes ¹⁹⁶, per- 56
sona muy estimada por el rey, comprobaba que Hermias
no respetaba ningún límite en el ejercicio de su potes-
tad, por lo que temía por el rey y, lo que es más, rece-
laba y tenía miedo de lo que pudiera pasarle a él mismo.
Por esto, aprovechó la primera oportunidad y habló de 2
ello con Antíoco: le avisó que no se descuidara y que
sospechara de la audacia de Hermias, y que no esperara
hasta un punto tal que tuviera que afrontar unos hechos
como los que acabaron con su hermano ¹⁹⁷. Insistió en 3
la inminencia del peligro y le pidió que tuviera provi-
dencia y que se socorriera a sí mismo inmediatamente
y a sus amigos. Antíoco confesó, por su parte, que tam- 4
bién a él le repugnaba Hermias y que le temía. Le agra-
decíó muchísimo la solicitud con que se había arriesga-
do a hablarle de aquel sujeto, con lo cual Apolófanes 5
cobró ánimo, al comprobar que no se había engañado
en cuanto a la opinión y a los sentimientos del rey.
Antíoco, por su parte, rogó a Apolófanes que colaborara 6
no sólo de palabra, sino también de obra, a salvarle a
él y a sus amigos. Apolófanes se declaró dispuesto a 7
cualquier cosa; convinieron en simular que al rey le
sobrevenían mareos. Así que como medida curativa ale-
jaron durante algunos días a los que habitualmente
despachaban con él. Pero a los cortesanos que deter- 8
minaron, les dieron permiso para que se entrevistaran
con el rey privadamente, bajo el pretexto de visitarle.
En el momento en que ya dispusieron de hombres aptos 9
para la acción —todos ellos obedecían por el odio que
sentían contra Hermias— procedieron a ejecutar sus
planes. Los médicos prescribieron a Antíoco salir a pa- 10
sear por la mañana, a tomar el fresco. Hermias acudió

¹⁹⁶ Médico famoso en la antigüedad y maestro de médicos.
Probablemente era un *amigo* del rey. Cf. nota 138.

¹⁹⁷ Cf. IV 48, 6-8.

en el momento fijado, y con él, los cortesanos cómplices de lo que se tramaba. Los otros llegaron tarde, porque el rey había salido a tomar el aire mucho antes de la hora acostumbrada. Alejaron a Hermias del campamento a un lugar solitario, y entonces el rey se apartó algo, como para satisfacer cierta necesidad; los otros apuñalaron a Hermias. Así acabó este hombre, quien, a pesar de ello, no sufrió el castigo que sus crímenes hubieran merecido¹⁹⁸. El rey, libre ya de miedos y de un gran embarazo, alzó el campo y regresó a su país. Todos sus habitantes aprobaban sus acciones y sus proyectos, pero las máximas felicitaciones las recibió, a su paso, por haber suprimido a Hermias. En aquel mismo tiempo, en Apamea, las mujeres mataron a pedradas a la esposa de Hermias, y los niños, a sus hijos.

57

Secesión de Aqueo

2

Antíoco llegó a su país y licenció a sus tropas para que pasaran el invierno¹⁹⁹; al propio tiempo envió legados a Aqueo: le echaba en cara y protestaba, primero, de que hubiera osado ceñirse la diadema y usurpar el título de rey; en segundo lugar, le advertía que no le pasaban desapercibidos sus manejos con Ptolomeo²⁰⁰, y que, en general, se movía demasiado. Aqueo, en efecto, aprovechando la ocasión que le ofrecía la campaña del rey contra Artabazanes, convencido de que a Antíoco podía pasarle algo y, aun si no le pasaba nada, confiando que, por lo lejos que el rey se encontraba, se le anticiparía en la invasión de Siria (máxime cuando podía contar con la colaboración de los cirrestes²⁰¹, que habían de-

¹⁹⁸ Esta idea es tópica en Polibio. Sólo a guisa de ejemplo (porque se da en más lugares), cf. XV 38, 6.

¹⁹⁹ Del año 220/219.

²⁰⁰ Cf. IV 48, 12, y más abajo 66, 3.

²⁰¹ Cf. 50, 8, nota 176. Su situación geográfica era óptima para facilitar una invasión de Siria.

sertado del rey) y podría hacerse rápidamente con todo el reino, partió de Lidia con su ejército íntegro. Llegó 5 a Laodicea de Frigia²⁰² y allí se ciñó la corona, y se atrevió a usar por primera vez el título de rey y escribir a las ciudades²⁰³; el que le incitaba más a tales cosas era un desterrado, Garsieris²⁰⁴. Avanzó sin detenerse y, 6 cuando estaba ya cerca de Licaonia²⁰⁵, las tropas se le sublevaron, pues les parecía que la campaña era ya inicialmente contra su rey legítimo, y no estaban de acuerdo con ello. Aqueo entendió el cambio que habían 7 hecho sus hombres y desistió de su proyecto; con la intención de convencer a sus tropas de que ni inicialmente se había propuesto atacar Siria, dio un giro y devastó Pisidia²⁰⁶. Con ello proporcionó grandes lucros 8 a su ejército: todos le demostraron adhesión y confianza, y así regresó a su país.

El rey estaba minuciosamente 58

Reanudación de la guerra en Celesiria. Toma de Seleucia

informado de todo y enviaba continuamente legados a Aqueo, portadores de amenazas, tal como ya se ha dicho; por lo demás, se

había entregado de lleno a los preparativos contra Ptolomeo. Al llegar la primavera²⁰⁷ concentró sus tropas 2 en Apamea y celebró un consejo con su corte para tratar acerca de cómo debía procederse en la invasión de Celesiria. Fueron muchos los que disertaron sobre el tema, 3

²⁰² Laodicea de Frigia, fundación de Antíoco II. Antes se había llamado Roas (PLINIO, *Historia Natural* V 105) y, todavía antes, Dióspolis (ciudad de Zeus).

²⁰³ «Escribir a las ciudades» recubre un término técnico griego, «darles órdenes», «imponerles algo». El texto griego evidencia, pues, por sí mismo y claramente el abuso de autoridad por parte de Aqueo.

²⁰⁴ Un exiliado que se ganó completamente a Aqueo. Cf. 72, 2.

²⁰⁵ Región central de la meseta de Anatolia.

²⁰⁶ Región al S. de Licaonia y de Frigia, y al N. de Panfilia.

²⁰⁷ Del año 219.

acerca de los parajes, del aprovisionamiento y de la ayuda que se podía esperar de las fuerzas navales. Pero Apolófanes, hombre ya mencionado más arriba, que había nacido en Seleucia²⁰⁸, atajó radicalmente todas
4 las opiniones expuestas. Explicó que era una necesidad interesarse tanto por Celesiria y organizar una expedición contra ella, y no pensar en Seleucia, dominada entonces por Ptolomeo. Se trataba de una capital y casi era, por así decir, el hogar de la dinastía seléucida.
5 Además del deshonor que representaba para la realeza el hecho de que actualmente los reyes de Egipto mantuvieran en ella una guarnición, la plaza ofrecía grandes
6 y muy considerables ventajas prácticas. Mientras estuviera en poder del enemigo sería un obstáculo enorme
7 para todas las operaciones, porque fuera cual fuera el lugar que pensarán invadir, necesitarían proveer a la defensa de su propio país en grado no menor a los preparativos contra el enemigo, y ello, debido al temor
8 que les infundía esta ciudad; en cambio, si la dominaban, añadió, no sólo estarían en situación de defender sin peligros su propia patria, sino que además el emplazamiento tan estratégico de esta ciudad les representaría un gran apoyo para sus planes y proyectos, tanto
9 navales como terrestres. Estas palabras convencieron a todos, y se acordó proceder antes que a nada a la
10 conquista de la ciudad. Seleucia estaba ocupada, todavía entonces, por una guarnición de los reyes de Egipto
11 desde la época de Ptolomeo el llamado Evérgetes, pues el asesinato de Berenice hizo montar en cólera al rey egipcio, quien marchó contra Siria y se apoderó de esta ciudad²⁰⁹.

²⁰⁸ Esta Seleucia no es ninguna de las citadas; cf. notas 142 y 158, sino Seleucia de Pieria, puerto natural de Antioquía. Sobre las vicisitudes que sufrió, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

²⁰⁹ Berenice, hija de Ptolomeo II Filadelfo, se había casado

Éstas fueron las decisiones. Antíoco ordenó al almi- 59
 rante Diogneto²¹⁰ que zarpara en dirección a Seleucia;
 él partió de Apamea con su ejército y, cuando estaba
 aproximadamente a cinco estadios de la ciudad, acampó
 junto a su hipódromo. Además, envió a Teodoto 2
 Hemiolio²¹¹ con una fuerza suficiente al país de Celesiria,
 para que ocupara los desfiladeros y le protegiera
 desde ellos las operaciones.

La situación de Seleucia y la disposición natural de 3
 los parajes que la rodean es la siguiente: está junto al 4
 mar, entre Cilicia y Fenicia, al pie de una montaña
 enorme llamada el Corifeo²¹². En su ladera occidental 5
 este monte está bañado por un extremo del mar que
 se extiende entre Chipre y Fenicia; en sus vertientes
 orientales domina el país de Antioquía y de Seleucia.
 La ciudad, pues, está emplazada en su vertiente meri- 6
 dional, pero separada de él por un barranco profundo
 y de paso difícil²¹³. La población descende hacia el mar
 describiendo vagamente un arco; la rodean por casi
 todas partes precipicios y rocas abruptas. La parte que 7
 toca al mar es llana: en ella se encuentra el puerto

con Antíoco II (Seléucida) en 252 a. C., que había repudiado a su primera esposa Laódice. Al morir Antíoco, las dos mujeres se disputaron su reino, y la guarnición de Seleucia se declaró a favor de Berenice. Ptolomeo III Evérgetes se dirigió a Seleucia a apoyar a su hermana, pero, cuando llegó a la ciudad, Berenice había sido asesinada. El egipcio se anexionó parte del reino seléucida.

²¹⁰ Cf. 43, 1.

²¹¹ Cf. nota 140.

²¹² Se trata de la estribación sur del monte Amano. En esta colina había un templo dedicado a Zeus Corifeo. Polibio es aquí algo exagerado; la colina tiene unos 700 metros de altitud.

²¹³ La interpretación del griego aquí no es absolutamente clara. Puede significar también que la misma ciudad está dividida en dos, porque el barranco pasa por en medio de ella. Pero, con WALBANK, *Commentary*, ad loc., prefiero la interpretación reflejada en el texto.

- comercial y los suburbios, fuertemente fortificados.
- 8 Igualmente el conjunto de la ciudad está asegurado por
muros muy costosos y lo exornan con magnificencia
9 templos y palacios suntuosos. Por el lado del mar sólo
tiene un acceso escalonado y artificial, cortado continua-
10 mente por curvas y cuestras en zigzag. El río llamado
Orontes desemboca no lejos de Seleucia; tiene sus
fuentes en la región del Líbano y del Antilíbano, atra-
viesa la llanura denominada Amice²¹⁴ y, por ella, llega
11 hasta Antioquía. Fluye por el centro de ella; el gran
caudal de su corriente arrastra los desperdicios domés-
ticos; acaba desembocando cerca de Seleucia, en el mar
ya citado.
- 60 Antíoco empezó enviando mensajeros a los coman-
dantes de la plaza: les ofrecía dinero y les formulaba
muchas promesas, bajo la condición de tomar Seleucia
2 sin lucha. Fracasado su intento de convencer a los ge-
nerales, logró, con todo, sobornar algunos oficiales de
rango inferior; apoyado en ellos dispuso sus fuerzas;
su propósito era atacar por mar con su escuadra, y por
tierra, con los soldados que tenía en el campamento.
- 3 Dividió sus tropas en tres cuerpos de ejército, los aren-
gó con palabras adecuadas al momento y prometió
recompensas magníficas y coronas para los hombres,
tanto soldados rasos como oficiales, que se distingue-
4 ran por su bravura. Asignó a Zeuxis y a sus hombres el
paraje de la puerta de la ruta de Antioquía; a Hermóge-
nes, el lugar llamado Dioscurio; a Ardis y a Diogneto
les encargó el ataque a las atarazanas y al suburbio:
5 con los cómplices de dentro de la ciudad se había acor-
dado que si lograba conquistarlo por la fuerza, le en-
6 tregarían ya la plaza sin más lucha. Dada la señal, se
inició violentamente un duro ataque desde todas partes;

²¹⁴ Antíoco la hará llamar, según su nombre, «llanura antio-
quena»; actualmente se llama El-'Amq.

con todo, el asalto más audaz lo realizaban los hombres de Ardis y de Diogneto. Por los otros lugares los atacantes sólo lograban avanzar, por decirlo así, a gatas y no conseguían efectuar el asalto, porque no podían aplicar las escaleras; en cambio, en el suburbio y en las atarazanas se podían acercar, alzar y aplicarlas sin riesgo alguno. Así que las fuerzas de marinería apoyaron las escaleras a las atarazanas, los hombres de Ardis hicieron lo propio en el suburbio, y atacaron con denuesto. Los de la ciudad no podían acudir a defender adecuadamente estos lugares, porque el peligro se les echaba encima por todas partes; los soldados de Ardis conquistaron rápidamente el arrabal. Tomado éste, los oficiales sobornados corrieron al encuentro de Leontio, el jefe supremo, y le dijeron que creían indispensable enviar legados a Antíoco antes de que la ciudad cayera por la fuerza. Leontio desconocía que aquellos oficiales habían sido sobornados, se alarmó ante su consternación y envió legados a Antíoco para que trataran de la seguridad de todos los ciudadanos.

El rey aceptó la demanda y se acordaron seguridades de todas clases a los hombres libres: eran aproximadamente seis mil. Entró en la ciudad y no sólo respetó a los hombres libres, sino que llamó a los desterrados de Seleucia y les restituyó sus haciendas y el derecho de ciudadanía. Luego aseguró con una guarnición el puerto y la ciudadela.

Defección de Teodoto.
Antíoco conquista
Celesiria

El rey estaba ocupado todavía en tales quehaceres cuando le llegó una carta de Teodoto, en la que le llamaba con urgencia: quería poner en sus manos Celesiria. Esto llenó a Antíoco de perplejidad y de indecisión sobre lo que debía hacer y cómo debía interpretar tales proposiciones. Teodoto era etolio de linaje, había prestado, tal como expuse más arriba, grandes servicios

al reino de Ptolomeo, los cuales no sólo no le fueron agradecidos, sino que incluso llegó a peligrar su vida con ocasión de la campaña de Antíoco contra Molón. Entonces odiaba al rey egipcio y no se fiaba en nada de sus cortesanos, por lo que ocupó, él personalmente, Ptolemaida²¹⁵, hizo que Panétolo²¹⁶ conquistara Tiro y llamaba a Antíoco con gran empeño. Este rey dejó para más tarde sus planes contra Aqueo, puso de lado todos los demás asuntos, levantó el campo con su ejército y repitió la marcha que ya hiciera otra vez²¹⁷. Atravesó el barranco denominado Marsias, acampó no lejos del desfiladero de Guerra²¹⁸, junto al lago que hay entre los montes. Allí fue informado de que Nicolao²¹⁹, un general de Ptolomeo, estaba junto a Ptolemaida y asediaba a Teodoto. Dejó su infantería pesada, tras ordenar previamente a sus jefes que cercaran a Brocos, el país situado encima del lago y del paso del desfiladero; él recogió su infantería ligera y avanzó con la intención de romper el asedio. Pero Nicolao, sabedor de la presencia del rey, ya se había retirado y había enviado tropas al mando de Lágoras el cretense y de Dorímeneo, el etolio, para que se anticiparan y ocuparan los desfiladeros de Berito²²⁰. En su marcha, Antíoco

²¹⁵ Ptolemaida, al S. de Tiro, era la fenicia Ake y hoy, San Juan de Acre, ciudad famosa por el papel que desempeñó en las Cruzadas.

²¹⁶ El nombre parece indicar que se trataba de un etolio, compañero de Teodoto en este caso. Después pasó al servicio de Antíoco (68, 8) y participó en la campaña oriental (X 49, 11-12).

²¹⁷ Cf. 45, 8-46, 4.

²¹⁸ El paso de Guerra está entre Guerra y Broquis, cf. nota 164.

²¹⁹ Un general etolio que desertó, al igual que, más tarde, Lágoras (VII 15-18). Pero Lágoras era cretense.

²²⁰ Berito, la actual Beirut. Los desfiladeros de que aquí se habla son los que atraviesan la cordillera del Líbano.

entró en combate contra estos hombres, les puso en fuga y acampó en la misma cañada.

Allí se le reunió el resto de su ejército, al que arengó con palabras adecuadas a sus proyectos, tras lo cual avanzó con todas sus tropas; tenía la moral alta y las perspectivas que se ofrecían le llenaban de entusiasmo. Teodoto, Panétolo y sus hombres le salieron al encuentro y Antíoco les acogió amablemente; ocupó Tiro y Ptolemaida, y se apoderó de los pertrechos que había en ellas. También, de cuarenta naves, veinte de ellas 3 ponteadas, que sobresalían por sus aparejos. Estas veinte disponían de cuatro hileras de remos; las restantes tenían tres, o dos, o una ²²¹. Todas ellas fueron confiadas al almirante Diogneto. Informado de que Ptolomeo 4 había llegado a Menfis y de que todas sus tropas se habían concentrado en Pelusio ²²², de que además abría los canales del Nilo y cegaba los pozos de agua potable, renunció a un ataque a Pelusio e hizo una marcha para 5

²²¹ Las segundas naves citadas no responden a ningún tipo clásico de las conocidas en el mundo antiguo. El término *dikroton* viene explicado por el *Greek-English Dictionary* de LIDDELL-SCOTT como «ship with only two banks of oars manned», interpretación que se repite en el *Griechisch-Deutsches Wörterbuch* de PAPE, este último oponiéndolo a un tipo de barco llamado *monókroton*. Pero esto es muy genérico y plantea algunos problemas: ¿la disposición de los remeros era horizontal o vertical? Esto decide su número y, por consiguiente, su velocidad de crucero. WALBANK, *Commentary*, ad loc., se decide por dos hileras de remeros paralelas y horizontales a babor y a estribor, mientras que PÉDECH, *Polybe*, V, pág. 118, en nota, deja la cuestión abierta. Lo que sí parece indiscutible es que estas naves eran de calado notoriamente inferior a las trirremes. En cambio, el último tipo de nave citado es bien conocido: es una falúa rápida que servía para transportar oficiales o para trasladar órdenes.

²²² Pelusio: plaza fuerte fronteriza en el brazo más oriental del delta del Nilo. En tiempos ya cristianos adquiriría fama por haber sido obispo de ella el Padre griego Isidoro Pelusiota.

hacerse suyas las ciudades, unas por la fuerza, otras
 6 por la persuasión. Las más pequeñas temieron su expedición y se le entregaron; las restantes, confiadas en sus preparativos y en que estaban emplazadas en lugares escabrosos, resistieron. Antíoco las rindió mediante asedio, lo que le llevó algún tiempo.

7 Ptolomeo y su corte hubieran debido correr sin dilación a defender sus dominios, atacados con un desprecio tan evidente de los tratados, pero era gente tan incapaz²²³ que no podían ni siquiera concebir un plan:
Diplomacia y preparativos militares en Egipto
 8 hasta tal punto habían descuidado todo lo que afecta a preparativos militares.

63 Agatocles y Sosibio²²⁴ eran, por aquel entonces, los ministros principales del rey y tomaron la única decisión posible en aquellas circunstancias. En efecto, determinaron hacer los debidos preparativos para aquella guerra, pero simultáneamente, enviar embajadores que paralizaran a Antíoco, confirmándole en la opinión que
 2 ya anteriormente tenía acerca de Ptolomeo. Antíoco pensaba, en efecto, que Ptolomeo no se atrevería a ir a la guerra, sino que por medio de negociaciones llevadas a cabo por amigos intentaría convencerle para que
 4 abandonara Celesiria. Éstas fueron, pues, las decisiones tomadas; Agatocles y Sosibio fueron los encargados de ejecutarlas y despacharon prestamente una embajada a
 5 Antíoco, al tiempo que enviaban otras a los rodios y a los bizantinos, a los de Cízico y a los etolios, de quienes lograron que remitieran también legados para tratar de
 6 una tregua. La llegada de estas delegaciones y sus idas y venidas como embajadoras delante de ambos reyes

²²³ Aquí el texto griego admite, alternativamente, otra traducción: «pero faltos de potencia militar». Así Paton.

²²⁴ Sobre Sosibio, cf. 35, 7; Agatocles es el protagonista del melodramático final del libro XV.

proporcionaron a Sosibio y a Agatocles grandes facilidades para ganar tiempo, la demora que exigían los preparativos bélicos. Se habían establecido en Menfis, trabajaban continuamente con estas embajadas y recibían al propio tiempo las de Antíoco; las entrevistas se desarrollaban con suma cordialidad.

Pero a la vez convocaron y concentraron en Alejandría a los mercenarios que tenían a sueldo en las ciudades exteriores. Enviaron agentes a reclutar más tropas y dispusieron provisiones para las que ya tenían y para las que les iban llegando. Con celo no menor atendían al resto de los preparativos; acudían continuamente y por turno, a Alejandría, para que no fallaran en nada los suministros necesarios con vistas a sus planes. Confíaron la fabricación de las armas y el reclutamiento y selección de soldados a Equécrates de Tesalia y a Fóxidas de Mélite, con quienes colaboraron Euríloco de Magnesia y Sócrates el beocio; se contó, incluso, con Cnopias de Alaria. La elección de estos hombres constituyó de verdad un gran acierto: habían participado en campañas con Demetrio y Antígono, tenían un gran sentido de la realidad y, en general, de lo que exige una campaña. Estos oficiales, pues, se hicieron cargo de aquel cúmulo de tropas, que entrenaban militarmente en la medida en que podían.

Primero, las distribuyeron por países y edades y entregaron a cada hombre el armamento adecuado; desecharon totalmente las armas usadas hasta entonces. Después, formaron a estas tropas de manera apropiada a las necesidades del momento; para ello, disolvieron los cuerpos antiguos, formados según las listas de los pagadores. Inmediatamente comenzaron los ejercicios: habituaban a los soldados a obedecer las órdenes de mando y les adiestraban en el manejo correcto del armamento. Finalmente, reunían a los hombres en armas y les arengaban; en este punto fueron de la máxima uti-

- lidad Andrómaco de Aspendo y Polícrates de Argos ²²⁵.
- 5 Estos dos hombres, recién llegados de Grecia, estaban verdaderamente poseídos de un ardor griego y de gran destreza para cualquier eventualidad. Además, sobre-
- 6 salían por sus familias y por sus riquezas, en mayor grado Polícrates, por la antigüedad de su familia y por la gloria adquirida por su padre Mnesíadas en los jue-
- 7 gos deportivos. Ambos, pues, en exhortaciones tanto públicas como privadas, infundían coraje y denuedo a sus hombres ante la lucha que se avecinaba.
- 65 Cada uno de los jefes citados ejercía un mando adecuado a sus aptitudes. Así pues, Euríloco de Magnesia mandaba unos tres mil hombres que formaban el cuerpo llamado de la guardia real. Sócrates el beocio estaba
- 2 al frente de dos mil peltastas. Fóxidas el aqueo ²²⁶ y Ptolomeo de Trastos, y con ellos Andrómaco de Aspendo adiestraban en el mismo campo ²²⁷ a la falange y los
- 4 mercenarios griegos; a la cabeza de la falange estaban Andrómaco y Ptolomeo, a la de los mercenarios, Fóxidas; la falange constaba de unos veinticinco mil hom-
- 5 bres; los mercenarios eran unos ocho mil. La caballería de palacio ²²⁸, unos setecientos hombres, la instruía Polícrates, que hacía lo propio con la africana y la de los
- 6 nativos; en total mandaba unos tres mil hombres. Equécrates el tesalio había entrenado muy eficazmente al contingente griego y al cuerpo de caballería mercenaria, en total unos dos mil hombres, y dio un gran ren-
- 7 dimiento en el momento de la batalla. Pero nadie superó

²²⁵ Para Polícrates, véase XV 29, 10 y XVIII 55, 6; fue gobernador de Chipre del 202 al 197. De Andrómaco no se sabe nada.

²²⁶ Fóxidas de Mélite era un aqueo de Ftiótide.

²²⁷ La expresión griega es muy vaga y no todos la interpretan igual. Pédech traduce «con la misma táctica» y Paton, «como una sola unidad».

²²⁸ Esta expresión sale únicamente aquí y no se ve claramente qué significa; seguramente, unas tropas de élite.

en el esfuerzo de ejercitar a sus hombres a Cnopias el alariota, que mandaba el contingente de cretenses, unos tres mil hombres; entre ellos había mil neocretenses ²²⁹ al mando de Filón de Cnosos. Armaron a tres mil africanos a la manera macedonia; los mandaba Ammonio de Barca. El cuerpo de ejército egipcio constaba de veinte mil soldados de la falange, a las órdenes de Sosibio. Además habían reunido un conglomerado de tracios y 10 de galos, unos cuatro mil, instalados e instruidos en el país, y otros recién reclutados, unos dos mil, todos, al mando de Dionisio de Tracia.

Éste era, pues, el ejército que adiestraba Ptolomeo; 11 el número de sus hombres era el indicado, así como la naturaleza de su armamento.

*Negociaciones entre
Antíoco y Ptolomeo*

Antíoco había cercado la ciudad ⁶⁶ llamada Dura ²³⁰, pero no lograba nada, por lo abrupto del terreno y también por los socorros que la plaza recibía de Nicolao. Llegó 2 el invierno ²³¹ y consintió en pactar con los embajadores de Ptolomeo una tregua de cuatro meses; en conjunto condescendió a unas condiciones más humanas. Esto 3 es lo que hizo, lo cual distaba mucho de su verdadera intención; su interés radicaba en no estar mucho tiempo fuera de su propio país; sus tropas hibernarían en Seleucia, pues era cosa clara que Aqueo conspiraba abiertamente contra sus intereses y que favorecía sin disimulos de ninguna clase a los de Ptolomeo. Fijados 4 tales acuerdos, Antíoco remitió a los embajadores con el ruego de que le precisaran, a la mayor brevedad posible, las intenciones de Ptolomeo y que acudieran de nuevo a su encuentro, en Seleucia. Dejó guarniciones 5

²²⁹ Cf. nota 19.

²³⁰ Pequeña localidad judía al S. del monte Carmelo.

²³¹ Del año 219/218.

suficientes en cada lugar, confió a Teodoto el gobierno general y partió. Llegó a Seleucia y licenció a sus tropas para que pasaran el invierno. Y desde entonces ya no se preocupó de ejercitarlas, convencido de que el problema no se resolvería por una batalla: ciertas partes de Fenicia y Celesiria ya las controlaba, y esperaba tomar las restantes, que se avendrían a ello mediante negociaciones. Realmente, Antíoco pensaba que Ptolomeo no llegaría, en absoluto, a librar una batalla decisiva. Y lo mismo pensaban sus embajadores, puesto que Sosibio, que había fijado su residencia en Menfis, conducía las negociaciones con suma cordialidad, y, por otro lado, evitó siempre que los legados remitidos a Antíoco pudieran ver los preparativos bélicos que se hacían en Alejandría.

67 Pero cuando los embajadores se le presentaron aún otra vez, Sosibio ya lo tenía dispuesto todo. Antíoco, por su parte, siempre que se entrevistaba con los enviados, ponía el máximo empeño en demostrar su superioridad no sólo militar, sino también en lo concerniente a su causa, que era más justa que la de los alejandrinos. Cuando los embajadores acudieron a Seleucia, siguieron las instrucciones de Sosibio y se avinieron a discutir separadamente cada una de las cláusulas del tratado. El rey negaba que jurídicamente fuera una ilegalidad el atentado²³² cometido y la aparente injusticia que representaba su ocupación actual de Celesiria: esta acción no debía en modo alguno ser reputada contraria a derecho, pues se limitaba a reclamar unos territorios que ya le correspondían. Afirmaba, en efecto, que la primera conquista de Celesiria, por parte de Antígono el Tuerto, y su posterior administración por parte de Seleuco²³³ eran títulos de propiedad justísimos y supre-

²³² Quizás debiera traducirse «el daño inferido».

²³³ Seleuco I, fundador de la dinastía Selúcida.

mos, por los cuales dicho país le correspondía a él y no a Ptolomeo. Ptolomeo había hecho la guerra a Antígono 7 sin buscar un provecho propio, sino para entregar a Seleuco el dominio del país en cuestión. Pero su argu- 8 mento más contundente era el común acuerdo de los reyes tras su victoria sobre Antígono: en su deliberación coincidieron los tres a la vez, Casandro, Lisímaco y Seleuco, en que Siria correspondería íntegramente a este último²³⁴. Los embajadores de Ptolomeo procura- 9 ban defender la tesis contraria: subrayaban la injusticia presente y afirmaban que lo sucedido era una enormidad: consideraban que la traición de Teodoto y la invasión de Antíoco significaban una violación de los tratados. Aducían como prueba la ocupación por Ptolomeo 10 Lágida y alegaban que este Ptolomeo había prestado ayuda a Seleuco en la guerra bajo la condición de conferirle el dominio de toda el Asia, pero reservándose para él Celesiria y Fenicia. Estos argumentos y otros 11 semejantes fueron repetidos muchas veces por los dos bandos en las entrevistas de las negociaciones, y al final no sacaron nada en limpio, porque los tratos los sostenían amigos de los dos monarcas y no había allí un mediador capaz de refrenar e impedir la predisposición manifiesta a transgredir los límites de la justicia. La 12 máxima dificultad para ambos bandos la constituía Aqueo, pues Ptolomeo pretendía incluirle en los pactos, mientras que Antíoco no quería ni oír hablar de ello: 13 juzgaba escandaloso que Ptolomeo diera protección a los rebeldes, y aún más que se hiciera mención de un tipo de éstos.

²³⁴ Después de la batalla de Iso (301 a. C.).

68

*Reanudación de la
guerra de Celesiria.
Batalla de Plátano.
Toma de Rabatámana*

- Así pues, los dos bandos se hartaron de enviarse mutuamente unas embajadas que no adelantaban ni un paso hacia un tratado. Llegó la primavera y Antíoco concentró sus fuerzas con la intención de invadir por mar y por tierra Celesiria y conquistar las partes restantes de esta provincia. Ptolomeo confió el mando supremo a Nicolao, proveyó de suministros en abundancia la región de Gaza²³⁵ y envió fuerzas terrestres y marítimas.
- Con estos refuerzos Nicolao reanudó animosamente las hostilidades, presto a ejecutar cualquier orden, pues contaba con la colaboración del almirante Perígenes, colocado por Ptolomeo al mando de una armada que constaba de treinta naves ponteadas y más de cuatrocientas unidades de transporte. Nicolao era de linaje etolio y, por lo que se refiere a la guerra, no cedía, ni en empuje ni en coraje ante nadie de los que militaban en el bando de Ptolomeo. Se anticipó a ocupar con parte de su ejército el desfiladero de Plátano²³⁶ y, con el resto, mandado personalmente por él, la ciudad de Porfirea²³⁷; por aquí vigilaba la penetración del rey, al tiempo que su armada había fondeado no muy lejos.
- Antíoco llegó hasta Márato²³⁸ y allí se le presentó una delegación de los aradios para tratar de una alianza. Antíoco no sólo la aceptó, sino que compuso unas antiguas diferencias surgidas entre ellos y reconcilió a los aradios insulares con los del continente. Inmediatamente entró en territorio adversario por el lugar llama-

²³⁵ Estamos en territorio bíblico. Gaza está a unos 10 km. del mar, al SO. de Jerusalén, territorio que hoy se disputan Siria e Israel.

²³⁶ Está casi en la costa, entre Beirut y Sidón.

²³⁷ Al S. del paso de Plátano.

²³⁸ Ciudad al N. de Fenicia, a la altura de Arato, población situada en una isla a tres kilómetros de la costa.

do Teoprosopo²³⁹ y se presentó en Berito; durante su marcha había ocupado Botris²⁴⁰ y había incendiado Triere²⁴¹ y Cálamo²⁴². Desde allí envió por delante a 9 Nicarco y a Teodoto con la orden de apoderarse de los pasos angostos que se encuentran junto al río llamado Lico; él tomó el grueso del ejército, avanzó y acampó junto al río Damuras²⁴³; el almirante Diogneto navegaba siempre paralelamente a su avance. Allí se reunió 10 con la infantería ligera de su ejército mandada por Teodoto y Nicarco, y partió para reconocer los terrenos abruptos ocupados de antemano por Nicolao. Comprobó 11 las peculiaridades de aquellos parajes y, de momento, se retiró a su campamento; al día siguiente dejó en él a la infantería pesada al mando de Nicarco, y él avanzó, con el resto de sus tropas, para ejecutar sus planes.

En este lugar los contrafuertes de la cordillera del 69 Líbano reducen la zona costera a un espacio angosto y muy limitado, obstruido además por densos matorrales, por lo cual el único paso, junto al mar, es estrecho y difícil. Éste era precisamente el lugar en el que Nico- 2 lao había tomado posiciones: había ocupado estos reductos con el grueso de sus tropas y había asegurado otros con fortificaciones hechas a mano; tenía la convicción absoluta de que impediría fácilmente la invasión de Antíoco. El rey dividió su ejército en tres cuerpos. 3 El primero, lo puso al mando de Teodoto, con la orden de atacar y de forzar el paso por los mismos contrafuer-

²³⁹ Actualmente, cabo Ras es Saqa, antiguo fenicio: *Penuel*, traducido literalmente al griego: *Theoprosopon* (= rostro de Dios).

²⁴⁰ Botris: al S. del cabo citado en la nota anterior, hoy Batroun.

²⁴¹ Al N. del cabo Theoprosopon, actualmente Heri.

²⁴² Al N. de Triere. Estas tres últimas plazas eran, más bien, fortines militares.

²⁴³ El río Lico es el actual Nahr el Kelb, al N. de Beirut. El Damuras fluye entre Beirut y Sidón.

- 4 tes del Líbano. El segundo cuerpo lo confió a Menedemo²⁴⁴, instándole con vehemencia que intentara abrirse
5 camino por la zona de los matorrales. Apostó junto al
mar al tercer cuerpo de ejército, acaudillado por Dio-
6 cles, el general de Parapotamia²⁴⁵. Él se quedó en el
centro, con su escolta²⁴⁶: quería abarcarlo todo con la
7 vista, e ir a prestar apoyo allí donde hiciera falta. Al
mismo tiempo, Diogneto y Perígenes, ya dispuestos, se
8 aprestaban a una batalla naval; se aproximaban lo más
posible a tierra; intentaban que la refriega terrestre y
9 el combate por mar ofrecieran un solo frente. Se hizo
una única señal y se dio una sola orden; todos se lan-
zaron al ataque. La batalla naval en su inicio se man-
tenía indecisa, porque el número de naves y los apare-
10 jos eran sensiblemente iguales en ambas escuadras. En
cuanto a la liza terrestre, primero llevaban ventaja las
fuerzas de Nicolao, apoyadas en la aspereza del terreno.
Pero, pronto, Teodoto y sus hombres hicieron retroce-
der a los defensores del contrafuerte y atacaron, desde
posiciones más elevadas, al grueso del ejército enemigo.
Los soldados de Nicolao volvieron la espalda y huyeron,
11 todos, a la desbandada. En la fuga murieron unos dos
mil y otros cayeron prisioneros, en número no inferior.
12 Todos los restantes lograron replegarse a Sidón. Períge-
nes, que en la batalla naval tenía mejores perspectivas,
cuando vio la derrota de los suyos por tierra dio la vuel-
ta y se retiró sin peligro alguno a sus bases.
- 70 Antíoco tomó sus tropas, llegó a las cercanías de
2 Sidón²⁴⁷ y plantó allí su campamento. Pero renunció a
tantear la ciudad: ésta poseía recursos abundantes y

²⁴⁴ Menedemo de Alabanda, comandante de un cuerpo de tropas ligeras en la batalla de Rafia (cf. 79, 6; 82, 11).

²⁴⁵ Cf. nota 172.

²⁴⁶ IV 87, 5.

²⁴⁷ Sidón era la capital de Fenicia en tiempos del imperio persa.

una gran masa de hombres, tanto de habitantes propia-
mente dichos como de refugiados allí. Tomó su ejér- 3
cito e hizo una marcha en dirección a Filoteria²⁴⁸, y
ordenó a Diogneto, su almirante, que regresara a Tiro
con su flota. Filoteria está en la orilla misma del lago 4
en el que entra el río llamado Jordán, para volver a
salir hacia la llanura de la villa llamada Escitópolis.
Se apoderó, mediante negociaciones de las dos ciudades 5
mencionadas, con lo cual cobró ánimo para las empre-
sas inminentes, porque los territorios controlados desde
ambas poblaciones podían abastecer fácilmente a su
ejército y proporcionarle en abundancia lo necesario
para su campaña. Aseguró ambas plazas por medio de 6
guarniciones, rebasó los terrenos montañosos y alcanzó
Atabirio²⁴⁹, que está encima de una loma que tiene for-
ma de pecho: su ascensión exige un recorrido de más
de quince estadios. Aquí fue mediante una emboscada 7
y una estratagema como se apoderó de la ciudad; en 8
efecto: provocó a los defensores de la plaza a una es-
caramuza, e hizo bajar excesivamente a los enemigos
que combatían a vanguardia; los que fingían huir se
revolvieron, y otros hombres que se habían emboscado
se lanzaron a su vez al asalto y mataron a muchos con-
trarios. Al cabo, acosó al enemigo despavorido y en el 9
ataque logró conquistar la ciudad. Fue en esta ocasión 10
cuando se le pasó Quereas, uno de los oficiales²⁵⁰ a las

²⁴⁸ Filoteria quizás sea la Tiberíades bíblica; con toda certeza estaba a orillas del lago de Galilea; Escitópolis estaba en la orilla derecha del Jordán, un poco más al S.

²⁴⁹ Con toda certeza, el monte Tabor bíblico, al SE. del lago de Galilea. El nombre es el del monte y el de una población que está a sus pies.

²⁵⁰ La palabra traducida aquí por «oficial» puede tomarse en griego como un participio (la traducción recoge este sentido), o bien como nombre propio, Hiparco, en cuyo caso la traducción sería «y se le pasó Quereas Hiparco, que antes estaba a las

órdenes de Ptolomeo. Antíoco le trató con magnificencia y, así, sedujo a muchos oficiales enemigos, pues no mucho más tarde, también se le presentó Hipóloco el tesalio con cuatrocientos jinetes del contingente de Ptolomeo. Asegurada la plaza de Atabirio, Antíoco levantó el campo, avanzó y se le rindieron las ciudades de Pella²⁵¹, de Camún y de Guefrún.

71 Ante los éxitos alcanzados, los habitantes de Arabia, región colindante, se aconsejaron mutuamente y se pasaron todos de golpe a Antíoco. Contra lo que ellos esperaban, éste aceptó incluso sus suministros y avanzó. Llegó a Gálatis²⁵², donde venció a los ábilos y a los que les prestaban ayuda; a estos últimos les mandaba Nicias, un pariente próximo de Meneas. Quedaba todavía Gádara²⁵³, plaza que, seguramente, en aquellos lugares, sobresale por sus fortificaciones. Pero Antíoco acampó junto a ellas, las batió con sus máquinas, aterró rápidamente a los defensores y conquistó la ciudad.

4 Luego fue informado de que una gran cantidad de enemigos se había concentrado en Rabatámara²⁵⁴ de Arabia; recorrían y devastaban el país de los árabes que se le habían pasado. Lo dejó todo, se dirigió hacia un otero, junto al cual está emplazada la ciudad, y estableció allí su campamento. Dio un rodeo para explorar la colina; comprobó que la ciudad era accesible sólo por dos puntos. Efectuó una aproximación hacia

órdenes de Ptolomeo». La primera traducción, la del texto, parece más lógica.

²⁵¹ Pella estaba en la orilla derecha del Jordán, a 32 km. del lago de Genesaret. Camún no sabemos donde estaba. Guefrún es la ciudad de Efrón del *Libro I de los Macabeos* 5, 46.

²⁵² Es la Galaad de la Biblia (cf. *Génesis* 31, 25). Está a la derecha del Jordán, en territorio actualmente jordano.

²⁵³ Ciudad de la Decápolis bíblica.

²⁵⁴ Es la actual Ammán, capital del reino de Jordania. Para los griegos, Arabia comprendía el desierto de Siria, hasta el Eufrates.

ellos y montó sus máquinas de guerra en estos parajes. Confió el cuidado de las obras, en parte, a Nicarco y, 6 en parte, a Teodoto; se reservó para sí la dirección general y observaba el celo que cada uno de los dos mostraba en sus operaciones. Ambos oficiales ponían el 7 máximo empeño en su tarea y rivalizaban continuamente acerca de quién sería el primero en abatir el lienzo de muralla que tenía delante de sus obras; al cabo de muy poco tiempo sucedió, inesperadamente, que se derrumbaron los dos a la vez. Logrado esto, lanzaron violentos 8 ataques, de noche y de día, sin descuidar ninguna oportunidad. Las arremetidas contra la plaza eran conti- 9 nuas, mas todas las intentonas fracasaban debido al gran número de hombres que se habían refugiado en la ciudad. Pero un prisionero les señaló el subterráneo por el cual los asediados bajaban a aprovisionarse de agua. Los de Antíoco lo hundieron y lo obstruyeron con 10 piedras y maderas y otros materiales por el estilo. Ante la falta de agua, los de la ciudad cedieron y se entregaron. Así fue la conquista de Rabatámama; Antíoco dejó en ella a Nicarco con una guarnición suficiente y envió a Samaria²⁵⁵ a Hipóloco y a Quereas, los oficiales que se le habían pasado, al mando de cinco mil hombres de a pie, con la orden de organizar la defensa y velar por la seguridad de aquellos súbditos. Y levantó el campo en dirección a Ptolemaida, pues había decidido hacer hibernar allí a sus tropas.

*Campaña de Aqueo
en Pisidia: resistencia
y sumisión de la
plaza de Selgue*

En aquel mismo verano los 72 habitantes de Pedneliso²⁵⁶, cercados por los selgueos, corrían grave peligro y mandaron legados a Aqueo en demanda de ayuda.

Aqueo les atendió gustoso y los pedneliseos soportaban 2

²⁵⁵ La región bíblica entre Judea y Galilea.

²⁵⁶ Ciudad de Pisidia cuyo emplazamiento ignoramos. Tam-

con moral el asedio, reconfortados por la esperanza de
 3 ayuda. Aqueo eligió a Garsieris ²⁵⁷ y le mandó a la cabeza
 de seis mil soldados de infantería y de quinientos jine-
 4 tes, empeñado en socorrer a los pedneliseos. Los sel-
 gueos, por su parte, sabedores de la presencia de esta
 tropa de socorro, se adelantaron a ocupar, con la mayor
 parte de sus efectivos, los desfiladeros próximos al
 lugar llamado Clímax ²⁵⁸; se hicieron fuertes en la ruta
 de entrada a Sapodra y convirtieron en intransitables
 5 todos los restantes caminos y accesos. Garsieris, que
 había invadido Milíade ²⁵⁹ y había acampado no lejos
 de la ciudad llamada Cretópolis, fue advertido de que
 el enemigo había tomado posiciones, cosa que hacía
 imposible su avance; entonces urdió el ardid siguiente:
 6 levantó el campo y deshizo el camino ya hecho, como
 si renunciara a facilitar ayuda, debido a las posiciones
 7 tomadas por el enemigo. Los selgueos creyeron que,
 efectivamente, Garsieris renunciaba a prestar socorro:
 unos regresaron al campamento y otros a su ciudad,
 8 porque ya apremiaba la época de la siega. Garsieris,
 entonces, dio la vuelta, avanzó a marchas forzadas y
 llegó a los desfiladeros. Los encontró abandonados y
 los aseguró con guarniciones, al frente de las cuales
 9 puso a Faulo. Él mismo, con su ejército bajó hasta
 Perge y, desde allí, mandó emisarios a las poblaciones

bién Selgue estaba en Pisidia, en la llanura que hay al O. del río Eurimedonte.

²⁵⁷ Cf. nota 204.

²⁵⁸ No se trata del famoso desfiladero por el que pasó Alejandro Magno, sino de otro que va desde el interior a la costa de Panfilia. Su identificación es incierta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

²⁵⁹ Milíade es una región montañosa de Lidia, que se extiende desde el paso de Termeso, en el Tauro, hasta Sagalaso y Apamea. Esto, según Estrabón. Véase la discusión correspondiente en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

restantes de Pisidia²⁶⁰ y a Panfilia: exponía la dureza 10
de los selgueos y pedía a todos que se aliaran con Aqueo
y que socorrieran la plaza de Pedneliso.

A la sazón, los selgueos habían enviado un general 73
con un ejército y pensaban que, por su conocimiento
del terreno, podrían sorprender al enemigo y echar a
Faulo de las fortificaciones. Pero no consiguieron sus 2
propósitos, antes bien, perdieron muchos hombres en
sus ataques, por lo que desecharon este objetivo; en
cambio, impulsaron más vigorosamente el asedio y las
obras. Los eteneos²⁶¹, habitantes de la región monta- 3
ñosa de Pisidia, encima de Side, enviaron a Garsieris
ocho mil hoplitas y los aspendios, la mitad. Los de Side, 4
con todo, no participaron en esta ayuda, en parte por-
que buscaban la amistad de Antíoco, pero más aún por
el odio que abrigaban contra los aspendios. Garsieris 5
tomó sus propias tropas y las de refuerzo, y se presentó
en Pedneliso, convencido de que al primer ataque rompería el cerco. Pero los selgueos no se dejaron sorprender y Garsieris estableció su campamento a una distancia prudente. La carestía ponía ya en situación di- 6
fícil a los de Pedneliso; Garsieris, empeñado en hacer
todo lo posible, dispuso dos mil hombres, dio a cada
uno un medimno de trigo y los envió de noche a la
ciudad. Pero los selgueos se apercibieron del intento 7
y cortaron el paso al enemigo: despedazaron a la mayo-
ría de los portadores y todo el trigo cayó en poder de
los selgueos. Esto les envalentonó e intentaron asediar 8
no sólo la ciudad, sino también el campamento de Gar-
sieris. En la guerra, los selgueos tienen siempre algo
de atrevido y de extraño. También entonces dejaron 9

²⁶⁰ En la parte occidental del imperio seléucida, Perge con Selgue y Aspendo, tres ciudades muy cercanas, forman un triángulo equilátero. La región, propiamente, es Panfilia.

²⁶¹ Etene, en el traspais de Side, puerto importante de la costa panfilia.

- una defensa suficiente en su atrincheramiento, dispusieron el resto de las tropas en diversos lugares y atacaron bravamente el campamento enemigo. A éste el riesgo le cercaba inesperadamente y por todas partes: había ya puntos en que se habían abierto brechas en el atrincheramiento; Garsieris seguía los sucesos y abrigaba esperanzas más bien magras en cuanto al resultado final, por lo que envió a su caballería a un lugar no defendido. Los selgueos pensaron que estos hombres estaban aterrorizados y que se retiraban por temor al futuro, de manera que no los tuvieron en cuenta, sino que, simplemente, les desdeñaron. Pero aquellos jinetes se revolvieron, enfilaron al enemigo por la espalda, atacaron y llegaron vigorosamente a un cuerpo a cuerpo. Ante este suceso, la infantería de Garsieris, que estaba ya en franca retirada, también se revolvió y rechazó a los atacantes. Rodeados por todas partes, los selgueos acabaron dándose a la fuga, al tiempo que los pedneliseos arremetieron contra los selgueos que habían quedado en su atrincheramiento y les echaron de allí. La huida se hizo, en conjunto, por un espacio muy amplio: murieron no menos de diez mil selgueos. El resto logró escapar: los aliados, a sus países, y los selgueos, monte a través, a su propia ciudad.
- 74 Garsieris alzó el campo y siguió muy de cerca a los que huían: su empeño era atravesar los lugares difíciles y acercarse a la ciudad antes de que los que escapaban se pararan a deliberar acerca de su propia presencia.
- 2 De modo que compareció con su ejército a las puertas de la ciudad. Los selgueos, perdida ya totalmente su confianza en los aliados, pues el desastre había sido general, aterrorizados en su ánimo por la desventura sufrida, se temían lo peor no sólo cada uno en privado, sino también para su país. Reunieron la asamblea y decidieron enviar a uno de sus conciudadanos, Lógbasis,

que era huésped e íntimo amigo de aquel Antíoco²⁶² que
perdió la vida en Tracia. Se le había confiado la custo- 5
dia de Laódice²⁶³, la que después sería esposa de Aqueo
y a la que él había criado como una hija y había educa-
do con un cariño excepcional. Todo ello hacía que los 6
selgueos consideraran a este hombre como el negocia-
dor más indicado en aquellas circunstancias. Y, efectiva-
mente, lo enviaron. Pero él, en una entrevista privada 7
con Garsieris, distó tanto de prestar apoyo a su patria,
que era lo debido, que, todo lo contrario, aconsejó a
Garsieris que se tomara la molestia de enviar una lega-
ción a Aqueo: él se comprometía a entregarles la ciu-
dad. Garsieris aceptó prestamente esta perspectiva y 8
remitió a Aqueo unos legados que reclamaran su pre-
sencia y que le expusieran, con detalle, las circunstan-
cias actuales; en cuanto a los selgueos, estipuló solamen-
te una tregua e iba difiriendo el momento de concluir
los pactos: aducía problemas de detalle que promovían
vacilaciones; todo era para ganar tiempo y que llegara
Aqueo, y Lógbasis dispusiera de ocasiones para las en-
trevistas y la trama del complot.

En tales circunstancias, cuando se pasaba tanto de 75
uno a otro campo para sostener las negociaciones, los
hombres del campamento se habituaron a acudir a la
ciudad en busca de provisiones, cosa que a muchos y 2
con gran frecuencia les ha sido causa de ruina. Me pa-
rece que el hombre, aunque parezca el más avisado de
los seres dotados de vida, en realidad es el más fácil
de engañar. Porque, ¿cuántos campamentos y fortale- 3
zas, cuántas y cuán grandes ciudades no han sido víc-
timas de una traición por semejantes procedimientos?

²⁶² Antíoco Hierax, hijo de Antíoco II, y, por consiguiente, hermano de Seleuco II y tío de Antíoco III.

²⁶³ Esta Laódice, mujer de Aqueo, era, al igual que la esposa de Antíoco III, hija de Mitridates IV. Se trataba, pues, de dos hermanas del mismo nombre.

4 Cuando es evidente que cosas así han sucedido ya de modo continuo y a la vista de todos, no llego a entender cómo nos comportamos como jovencuelos ingenuos ante
5 tales artimañas. La razón de ello estriba en que no hacemos memoria de las peripecias sufridas, en su caso, por nuestros antepasados. Con gastos y fatigas nos preparamos trigo y dinero en abundancia para cualquier eventualidad que pueda surgir, levantamos murallas y
6 hacemos acopio de proyectiles, pero lo que resulta más fácil y nos da la máxima seguridad en momentos de peligro, esto, lo omitimos todos, cuando podríamos aprovechar los momentos de ocio honesto y adquirir placenteramente esta experiencia y este conocimiento por medio de la historia.

7 Aqueo se presentó en el momento convenido. Los selgueos entraron en tratos con él y concibieron grandes esperanzas de que se verían tratados con una humani-
8 dad total. Mientras tanto, Lógbasis iba reuniendo poco a poco en su casa a los soldados que entraban en la ciudad desde el campamento; aconsejaba a sus conciudadanos que no desaprovecharan la oportunidad,
9 sino que se pusieran manos a la obra: debían considerar la benignidad que les mostraba Aqueo y pactar de una vez la paz; debían reunir la asamblea general para discutir la situación en que se encontraban. La asamblea
10 se convocó al instante y llamaron, incluso, para que estuvieran presentes en las deliberaciones, a todos los hombres que estaban de guardia, para rematar definitivamente la cuestión.

76 Lógbasis dio la señal al enemigo de que ya era tiempo, dispuso a los que había reunido en su casa, se equipó
2 él mismo y a sus hijos, para el combate inminente. En cuanto al ejército enemigo, Aqueo avanzaba en dirección a la ciudad con la mitad de él; Garsieris tomó el mando de los restantes y los guió hacia el lugar llamado Cesbesio. Se trata de un templo de Zeus y ocupa un

lugar muy estratégico con respecto a la ciudad, pues su disposición es la de una ciudadela. Por pura casualidad un cabrero vio lo que sucedía y lo advirtió a los reunidos en asamblea. Unos se lanzaron a toda prisa a Cesbesio, otros a los puestos de guardia y la multitud enfurecida se dirigió a la casa de Lógbasis: su traición era palmaria. Mientras unos se encaramaban al tejado, otros forzaron las puertas del patio interior y lincharon a Lógbasis, a sus hijos y a todos los que se encontraban allí. Inmediatamente proclamaron la libertad para los esclavos, se dividieron en distintos grupos y corrieron a defender los lugares estratégicos. Garsieris, cuando advirtió que Cesbesio estaba ocupado, desistió de su propósito. Aqueo intentaba todavía forzar las puertas, pero los selgueos efectuaron una salida, mataron a setecientos misios y pararon el empuje de los restantes. Tras esta operación, Aqueo y Garsieris se retiraron a su propio campamento. Los selgueos se temían una vuelta interna y, además, les alarmaba la proximidad del campamento enemigo, por lo que enviaron a sus ancianos con los distintivos de suplicantes²⁶⁴. Éstos consiguieron la paz y la guerra terminó bajo estas condiciones: «Entregarían en el acto la suma de cuatrocientos talentos y los prisioneros pedneliseos que retenían; al cabo de un tiempo añadirían trescientos talentos más.»

De modo que los selgueos, que habían visto su patria en peligro por la impiedad de Lógbasis, la salvaron por su gran arrojo, no mancharon su libertad ni su afinidad con los lacedemonios.

Aqueo redujo Milíade²⁶⁵ y la mayor parte de Panfilia; luego levantó el campo. Llegó a Sardes, donde sostuvo una guerra continua contra Átalo, amenazaba tam-

²⁶⁴ Con dos ramos de olivo, símbolo de la paz.

²⁶⁵ Cf. nota 259.

bién a Prusias, se convirtió en temible para todos y en una pesada carga para los asiáticos que viven más allá del Tauro.

- 2 En la época en que Aqueo hacía su campaña contra los selgueos, *El reino de Pérgamo: Atalo I y los galos* Atalo con los galos egosaguos²⁶⁶ había recorrido las ciudades eolias y las colindantes con ellas, que anteriormente se habían pasado a Aqueo por miedo. La mayor parte de ellas ahora se le aliaron voluntariamente y aun con agradecimiento, aunque unas pocas
3 lo hicieron constreñidas por la fuerza. Las primeras que se pusieron a su lado fueron Cime, Esmirna y Focea²⁶⁷; después, despavoridos ante la invasión, hicieron lo propio los de Egas y los temnitas²⁶⁸. Llegaron también
5 embajadores de Teos y de Colofón²⁶⁹: se entregaron ellos mismos y sus ciudades. También a éstos les admitió en el pacto en las mismas condiciones que a los anteriores y les tomó rehenes; trató con especial benignidad a los legados de Esmirna, porque esta ciudad era
7 la que le había sido más leal. Avanzó sin dilaciones, pasó el río Lico, se dirigió hacia los caseríos de los misios y, partiendo de allí, llegó a Carsea. Llenó de pánico a sus habitantes, así como a los defensores de los Muros Gemelos; conquistó también estos territorios:

²⁶⁶ Cf. nota 113 del libro IV.

²⁶⁷ Cime era fundación eolia y Focea, jonia. Sobre el segundo topónimo, Büttner-Wobst, Pédech y Paton leen «Esmirna», pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone, sin ambages, la lectura «Mirina» por razones históricas. Véase su comentario. Mirina era también una fundación eolia. Las plazas están en Lidia.

²⁶⁸ Egas está en la cima del Pítico, en el área montañosa que hay entre el Caico y el curso inferior del Hermo. El área de operaciones de Atalo en el año 218 puede verse en WALBANK, *Commentary*, pág. 602. Temnos estaba al S. de Egas.

²⁶⁹ Teos y Colofón son ciudades jonias; la primera, en la costa de Lidia y la segunda, tierra adentro, al SE.

se los entregó Temístocles, que era el que Aqueo había dejado como comandante de toda la región. Partió de 9 allí, devastó la llanura de Apia, rebasó el monte llamado Pelecante y acampó junto al río Megisto ²⁷⁰.

Entonces se produjo un eclipse de luna ²⁷¹. Los galos ⁷⁸ soportaban ya antes difícilmente las penalidades de la marcha, porque tomaban parte en aquella expedición acompañados por sus mujeres e hijos que les seguían en carros. Tomaron lo sucedido como un mal agüero ² y se negaron a seguir adelante. El rey Atalo, que no ³ extraía de ellos provecho alguno, pues comprobaba que en las marchas siempre iban separados y acampaban también distanciados de los demás, porque eran hombres tan soberbios como desconfiados, no sabía ni mucho menos qué partido tomar. Si por un lado temía ⁴ que se pasaran a Aqueo y perjudicaran su causa, por el otro no desdeñaba la mala fama que se seguiría del hecho de que rodeara a estos soldados y los exterminara hasta el último, cuando todo el mundo creía que habían pasado a Asia fiados en su lealtad. Aprovechó, pues, ⁵ como pretexto aquella negativa y les anunció que, de momento, les conduciría hasta el lugar en que habían desembarcado, y que les daría tierras fértiles para vivir; después colaboraría con ellos en lo que le pidieran, siempre que fuera factible y justo. De modo que Atalo ⁶ condujo a estos galos egosaguos hasta el Helesponto, trató amigablemente con los lampsacenos, los alejandri-

²⁷⁰ El Lico es un afluente por la derecha del Hermo, en la región de Tiatira. Los caseríos de los misios no eran, políticamente, ciudades. Carsea no sabemos donde estaba y la posición de los Muros Gemelos es discutida, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. La llanura de Apia y el monte Pelecante estaban en el valle alto del Megisto (el actual Macestos).

²⁷¹ Fue el 1.º de septiembre del año 218 a. C.

nos y los ilienses²⁷², que le habían sido siempre leales, y se retiró con su ejército hasta Pérgamo.

- 79 Al llegar la primavera, Antíoco y Ptolomeo ya tenían a punto sus preparativos y se aprestaron a dirimir sus diferencias en una batalla decisiva. El ejército de Ptolomeo partió de Alejandría: constaba de setenta mil soldados de a pie, cinco mil de caballería y setenta y tres elefantes. Avisado de la incursión, Antíoco concentró sus tropas, en las que formaban daos, carmanios y cilicios²⁷³, armados al modo de la infantería ligera, en número de cinco mil; cuidaba de éstos y estaba a su mando Bítaco de Macedonia. Al mando de Teodoto de Etolia²⁷⁴, que era el que había hecho traición a Ptolomeo, estaba la flor y nata del ejército real, armado al modo macedonio: unos diez mil hombres. La mayoría de ellos eran *los del escudo de plata*²⁷⁵. La falange, en su conjunto constaba de veinte mil hombres, mandada por Nicarco y por Teodoto el llamado Hemiolio. 6 A todos éstos se sumaban los agrianos y los persas²⁷⁶,

²⁷² Lámpsaco estaba al N. de la costa de Tróade. Ilium era una fundación eolia no lejos de la ciudad de Troya, en la entrada de los Dardanelos, y Alejandría de la Tróade estaba en la misma costa, bastante más al S.

²⁷³ Los daos eran un pueblo iranio famoso por su belicosidad; procedían de la estepa de Jacartes. Los carmanios procedían de la costa norte del golfo pérsico; Cilicia se la habían repartido los seléucidas y los reyes de Egipto los Ptolomeos. La llanura de Cilicia con todo, estaba sometida a Antíoco.

²⁷⁴ Sobre Teodoto de Etolia, que se cambió de bando, cf. 46, 3-4, y nota 165.

²⁷⁵ La palabra griega es *argyráspides*; he preferido poner la traducción, que no hay que tomar al pie de la letra; se trataría de un cuerpo de élite, quizás armado con un escudo (*aspís*) especial.

²⁷⁶ Para los agrianos, cf. II 65, 2. Los persas eran, preferentemente, arqueros.

unos dos mil entre arqueros y honderos. Seguían mil tracios, a las órdenes de Menedemo de Alabanda²⁷⁷. Había también medos, cisios, cadusios y carmanos²⁷⁸, 7 unos cinco mil en total, que tenía a su cargo el medo Aspasiano. Formaban también árabes²⁷⁹ y algunos de 8 las gentes vecinas: diez mil en total, que prestaban obediencia a Zabdibelo. Mandaba a los mercenarios 9 griegos Hipóloco de Tesalia; en número eran unos cinco mil. Antíoco disponía también de mil quinientos cre- 10 tenses, los hombres de Euríloco, y de mil neocretenses, a las órdenes de Celis de Gortina. De todo el conjunto 11 formaban también parte quinientos lanceros lidios y mil cardaces²⁸⁰, a cuya cabeza iba Lisímaco el galo²⁸¹. El contingente de caballería constaba, en total, de seis 12 mil hombres, cuatro mil de ellos al mando de Antípastro²⁸², el sobrino del rey, y el resto formaba a las órdenes de Temiso. Y el ejército de Antíoco constaba de 13 sesenta y dos mil soldados de a pie y, con ellos, seis mil de caballería; estaba dotado de ciento dos elefantes.

Ptolomeo marchó hacia Pelusio²⁸³ y, de momento, 80 se detuvo en esta plaza. Recogió a los rezagados, dis- 2

²⁷⁷ Cf. 69, 4, y nota 245.

²⁷⁸ Los medos eran persas, los cisios habitaban el Elam (¿los elamitas bíblicos?), no lejos de Susa. Para los cadusios, cf. 44, 9, y nota 155; para los carmanios, que no hay que confundir con los del parágrafo 3, se debe pensar que llevaban armamento diferente.

²⁷⁹ Estos árabes vivían en el desierto de Siria y servían a Antíoco. Aquí su lugarteniente era Zabdidelo.

²⁸⁰ Estos lidios procedían de Magnesia y los cardaces habían luchado a favor de Darío en Iso. Aquí luchan en calidad de mercenarios de Antíoco.

²⁸¹ No sabemos quién es, pero es interesante ver cómo un bárbaro adopta un nombre griego.

²⁸² Probablemente es el Antípastro de XVI 18, 7. Era sobrino de Seleuco II, es decir, su madre era hija de Antíoco II y Laódice.

²⁸³ Cf. nota 222.

tribuyó víveres al ejército, movió su campo y avanzó paralelamente al monte Casio y al lugar llamado el Báratro²⁸⁴, debido a que es desértico. Lo atravesó en cinco días y acampó a cincuenta estadios de distancia de Rafia²⁸⁵, que se encuentra junto a Rinocolura²⁸⁶, la primera ciudad de Celesiria para los procedentes de Egipto. En el mismo momento, Antíoco se presentó con sus fuerzas, acudió a Gaza, donde hizo descansar a su ejército, y después reemprendió la marcha, lentamente. Rebasó la ciudad aludida, Rafia, y acampó, de noche, a unos diez estadios del enemigo. Inicialmente, estaban a esta distancia cuando acamparon unos frente a otros. Pero, al cabo de unos días, Antíoco, con una doble intención, ocupar una posición más estratégica e infundir ánimo a sus propias tropas, acercó su campamento al de Ptolomeo, de manera que separaban ambos atrincheramientos no más de cinco estadios. Y ya entonces fueron muchos los choques que se produjeron entre forrajeadores y aguadores de ambos bandos, al tiempo que se libraban escaramuzas entre ambos ejércitos, ya de fuerzas de caballería, ya de infantería.

En este tiempo, Teodoto²⁸⁷ intentó un golpe audaz, al modo etolio, no desprovisto de coraje. Por su anterior convivencia con el rey Ptolomeo, conocía perfecta-

²⁸⁴ El monte Casio es una montaña arenosa cerca de Pelusio; el Báratro era un desierto arenoso peligroso por las tempestades de arena. En lenguaje bíblico pasará a significar «infierno».

²⁸⁵ Rafia, célebre por la batalla de este nombre, estaba situada a unos veinticinco kilómetros de Gaza, en la frontera entre Egipto y Palestina.

²⁸⁶ Rinocolura está a un día de camino al S. de Rafia.

²⁸⁷ Esta misma gesta de Teodoto se encuentra en el capítulo I del *Libro III de los Macabeos* con detalles muy diferentes; el relato de Polibio parece más digno de fe. Los *Libros III y IV de los Macabeos* jamás han sido reconocidos como canónicos por la Iglesia Católica.

mente las costumbres de éste, su género de vida. A las primeras luces se introdujo, con dos hombres más, en el campamento enemigo. La oscuridad hacía aún su rostro irreconocible. Tampoco por el vestido ni por la 3 silueta podía nadie distinguirles, debido a lo abigarrado de las indumentarias de aquel campamento. Por las 4 escaramuzas que se libraban a muy poca distancia, en los días anteriores Teodoto había procurado averiguar cuál era la tienda del rey y, ahora, se dirigió audazmente hacia ella. No le reconoció nadie de los hombres con que se cruzó. Irrumpió en la tienda en la que el 5 rey acostumbraba a recibir las audiencias y a comer, la registraron toda, pero no dieron con el monarca, porque Ptolomeo no descansaba en esta tienda, levantada sólo para las recepciones y el aparato real. Hirió 6 a dos de los hombres que descansaban allí, mató al médico real, Andreas²⁸⁸, y se retiró, sin correr ningún peligro, a su propio campamento: sólo le increparon algo cuando traspasó el atrincheramiento. Si se atiende 7 a su audacia, cumplió bien su propósito, pero falló en sus previsiones, puesto que no había averiguado correctamente el lugar de descanso del monarca.

Ambos reyes, acampados ya durante cinco días uno 82 frente al otro resolvieron dirimir sus diferencias en una batalla decisiva²⁸⁹. Ptolomeo empezó a hacer salir a sus 2 tropas de su atrincheramiento y, al punto, Antíoco sacó las suyas para oponérsele. Ambos reyes situaron frente

²⁸⁸ Un médico famoso por la escuela de los herofilios; cf. XII 25d, 3.

²⁸⁹ Una estela trilingüe, encontrada en Tell'el-Mashkoutah en 1924, menciona el decreto del sínodo de sacerdotes celebrado en Menfis el 15 de noviembre del año 217 a. C. El decreto, en honor de Ptolomeo IV Filopátor, dice que éste salió de Celesiria el 13 de junio y que la batalla tuvo lugar el 22 del mismo mes. Pero la estela plantea numerosos problemas, pues no concuerda con los datos que ofrecen los historiadores. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

a frente a sus falanges y a sus tropas escogidas armadas al modo macedonio.

- 3 Las dos alas de Ptolomeo presentaban el dispositivo siguiente: Polícrates, con su caballería, mandaba el ala
4 izquierda. Entre éste y la falange, estaban los cretenses, en contacto con la caballería. Seguía, a continuación, la escolta real. Después venían los peltastas de Sócrates y, junto a ellos, los africanos armados al modo
5 macedonio. En el ala derecha estaba Equécrates el tesalio con su contingente de caballería propio, a su iz-
6 quierda formaban los galos y los tracios. A continuación seguían los mercenarios griegos, a las órdenes de Fóxidas, y, pegada a ellos, la falange egipcia.
- 7 En cuanto a los elefantes, había cuarenta en el ala izquierda, que era donde Ptolomeo iba personalmente a combatir; los treinta y tres restantes fueron situados delante del ala derecha, a la altura de la caballería mercenaria.
- 8 Antíoco colocó a sesenta de sus elefantes, mandados por Filipo, amigo suyo de la infancia²⁹⁰, delante del ala derecha, en la cual iba él a pelear contra Ptolomeo.
- 9 Detrás de los elefantes colocó, en formación lineal, a dos mil jinetes, a las órdenes de Antípatro, y dispuso
10 otros dos mil que formaran ángulo recto con ellos. Al lado de la caballería situó, de frente, a los cretenses. Alineó a continuación a los mercenarios griegos, apoyados, al igual que el cuerpo armado a la macedonia, por
11 los cinco mil hombres del macedonio Bitaco. Emplazó en el extremo del ala izquierda a dos mil jinetes a las órdenes de Temiso. Junto a éstos situó a los cardaces y a los lanceros lidios y, a continuación, la infantería ligera, unos tres mil hombres, a las órdenes de Mene-
12 demo. Seguían los cisios, los medos y los carmanios, y luego los árabes y los pueblos vecinos, en contacto ya

²⁹⁰ Sobre este título, véase 9, 45.

con la falange. Al resto de los elefantes, Antíoco lo colo- 13
có delante del ala izquierda; los conducía Muisco, que
antes había sido paje real ²⁹¹.

Ordenados de esta manera los dos ejércitos, ambos 83
reyes recorrieron sus líneas frontales, acompañados de
los oficiales y los cortesanos. Habían depositado sus 2
máximas esperanzas en las falanges, y fue ante estas
formaciones donde pusieron el máximo ardor en sus
arengas. Ante las de Ptolomeo hablaron Andrómaco, 3
Sosibio y la hermana del rey, Arsínoe ²⁹²; ante las de
Antíoco, Teodoto y Nicarco, pues los oficiales menciona-
dos eran los que las mandaban, en ambos ejércitos.
El contenido de las alocuciones venía a ser en ambos 4
casos muy semejante. Ninguno de los dos monarcas
podía aducir alguna hazaña brillante realizada por él:
hacía muy poco tiempo que habían asumido el impe- 5
rio; intentaban infundir en sus falanges coraje y alien-
to recordándoles la gloria de los antepasados y las gestas
realizadas por ellos. Pero, por encima de todo, propo- 6
nían las máximas recompensas para el futuro tanto a
los oficiales en particular como a todos los que iban a
participar masivamente en la lucha, para invitarles y
exhortarles, así, a que en la batalla inminente se com-
portaran de manera noble y varonil. Todo esto y otras 7
cosas por el estilo lo decían montados a caballo; o ha-
blaban en persona o por medio de intérpretes.

Cuando, en su marcha, Ptolomeo y su hermana al- 84
canzaron el extremo izquierdo de toda su formación

²⁹¹ Los «pajes reales» formaban un cuerpo de servidores del rey que, asimismo, recibían instrucción militar; se formaban en una escuela de oficiales.

²⁹² Sobre Andrómaco y Sosibio, véanse 35, 7 y 64, 4. Arsínoe, hija de Ptolomeo III y de Berenice, hermana de Ptolomeo IV, que se casó con ella después de la batalla de Rafia, murió violentamente (cf. XV 23, 2, y nota 113).

- y Antíoco, con su escuadrón real²⁹³, el derecho, se dio la señal de guerra, y los elefantes iniciaron el choque.
- 2 No fueron muchas las bestias de Ptolomeo que se trabaron en lucha con los elefantes contrarios²⁹⁴; los hombres que luchaban desde las torres se batieron espléndidamente: peleaban casi cuerpo a cuerpo con sus cimitarras y se herían mutuamente. Pero aún fueron más bravos los elefantes, que se arremetían con furor y se
- 3 embestían de frente. Estas fieras luchan como sigue: se entrelazan y cruzan sus incisivos mutuamente, se empujan con violencia apoyándose firmemente en el suelo, hasta que una de las dos supera a la otra en potencia y
- 4 le echa la trompa a un lado. Cuando ya la tiene girada y logra cogerla de flanco, entonces la hiere con los incisivos no de otro modo que un toro con los cuernos.
- 5 Allí la mayoría de los elefantes de Ptolomeo se acobardaron ante la lucha, que es lo que suele ocurrir con los
- 6 elefantes africanos. Pues no soportan ni el hedor ni el griterío, sino que, horrorizados ante la talla y la potencia, al menos yo pienso así, de los elefantes indios, huyen
- 7 al instante, que es lo que entonces ocurrió. Desbaratada su línea, presionaron sobre sus propias formaciones, y entonces la guardia real de Ptolomeo empezó a ceder,
- 8 oprimida por las fieras. Antíoco desbordó con sus jinetes la línea de los elefantes y cargó sobre la caballería
- 9 mandada por Polícrates. Al propio tiempo, delante de la línea de los elefantes los mercenarios griegos próximos a la falange atacaron a los peltastas de Ptolomeo y les forzaron a retroceder; también los elefantes habían desorganizado por aquí las líneas de estos peltas-
- 10 tas. De modo que el ala izquierda de Ptolomeo cedió íntegramente, aplastada tal como se ha descrito²⁹⁵.

²⁹³ Era una tropa de élite que usaba armamento ligero; la citan tanto Polieno como Tito Livio (*ala regia* XXXVII 40, 11).

²⁹⁴ Los elefantes africanos eran más pequeños que los indios.

²⁹⁵ Según el *Libro III de los Macabeos*, en este momento de

Equécrates²⁹⁶, que estaba al mando del ala derecha, 85 de momento se limitaba a observar el choque de las alas citadas, pero cuando vio que la polvareda se levantaba en dirección hacia él, y que sus elefantes no se atrevían, ni mucho menos, a atacar a los enemigos, ordenó a 2 Fóxidas²⁹⁷, comandante de los mercenarios griegos, que acometiera al enemigo que tenía enfrente. Él, con su 3 caballería y el contingente apostado detrás de los elefantes, se puso fuera del alcance de las bestias enemigas; acosó a la caballería rival por el flanco y por la retaguardia y la puso rápidamente en fuga. Fóxidas y 4 los suyos lograron algo semejante, pues cayeron sobre los árabes y los medos²⁹⁸ y les obligaron a volver la espalda y a huir atropelladamente. De modo que el 5 ala derecha de Antíoco vencía, pero la izquierda era derrotada.

Entretanto, las falanges, que de este modo ya no 6 contaban con la protección de las alas, permanecían intactas en medio de la llanura; sus esperanzas sobre el desenlace final eran inciertas. Antíoco pugnaba toda- 7 vía para explotar su éxito en el ala derecha; Ptolomeo, 8 por su lado, que se había retirado detrás de su falange, entonces se adelantó por el centro; su aparición llenó de pánico al enemigo e infundió gran empuje y coraje a sus hombres. Andrómaco y Sosibio se lanzaron al ins- 9 tante al asalto, con sus lanzas en ristre. Las tropas de 10 élite sirias resistieron algún tiempo; las de Nicarco retrocedieron al punto y se retiraron. Antíoco, joven e 11 inexperto, suponía que por haber vencido él en su ala

la batalla, Arsínoe, la hermana del rey, se puso al frente de las tropas que cedían y, con los cabellos sueltos, les suplicaba que reemprendieran la lucha, al tiempo que prometía a cada soldado dos minas de oro (III *Mac.* 1).

²⁹⁶ Cf. 82, 5.

²⁹⁷ Cf. 65, 4; 82, 6.

²⁹⁸ Cf. 82, 2.

- la victoria ya era general, y acosaba a los que huían.
- 12 Pero al final, uno de los suyos, de más edad, le detuvo, y le hizo ver cómo la polvareda levantada iba desde la falange hacia su propio campamento. Antíoco comprendió entonces lo sucedido, e intentó correr otra vez al
- 13 lugar de la lucha con su escuadrón real. Comprobó que todos los suyos habían huido, y entonces se replegó hacia Rafia, convencido de que en lo que dependía de él se había triunfado; la derrota se debía a la cobardía y a la vileza de los demás.
- 86 De modo que la falange de Ptolomeo, la caballería de su ala izquierda y su cuerpo de mercenarios lograron la victoria y, en la persecución subsiguiente, mataron a muchos enemigos. Ptolomeo se retiró acto seguido y pasó la noche en su campamento. Al día siguiente recogió sus muertos y los enterró, despojó los cadáveres
- 2 enemigos, levantó el campo y se dirigió a Rafia. Después de la fuga Antíoco quería acampar fuera de esta ciudad, tras haber juntado previamente a los que habían huido en grupos. Pero la mayoría se había refugiado en la
- 3 población, cosa que le forzó a entrar a él mismo. A las primeras luces del alba hizo salir la parte salvada de su ejército y se dirigió a Gaza, donde estableció su campamento. Desde allí envió legados que trataran la recuperación de sus muertos; logró pactar una tregua
- 5 para enterrarlos. Las bajas de Antíoco fueron poco menos de diez mil soldados de infantería y más de trescientos jinetes; más de cuatro mil hombres le cayeron
- 6 prisioneros. Durante el combate perdió tres elefantes y, posteriormente, se le murieron dos más a consecuencia de las heridas recibidas. Del bando de Ptolomeo murieron unos mil quinientos hombres de a pie y unos setecientos jinetes; le mataron a dieciséis elefantes y la mayoría de los restantes se los arrebató el enemigo ²⁹⁹.

²⁹⁹ Parece absurdo que un ejército derrotado consiga arrebatarse los elefantes del enemigo. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Éste fue el desenlace de la batalla librada en Rafia 7 entre los dos reyes por la posesión de Celesiria. Des- 8 pués de haber recogido a sus muertos, Antíoco se retiró a su país con su ejército; Ptolomeo tomó de inmediato Rafia y el resto de ciudades; todas las poblaciones rivalizaban para adelantarse a las vecinas en pasarse a su bando, o reintegrarse a él. Seguramente todos, en situa- 9 ciones semejantes, acostumbran a adaptarse, como sea, a las circunstancias, pero precisamente las gentes que viven en aquellos lugares tienden excepcionalmente y son muy accesibles a complacencias dictadas por la oportunidad. En este caso lo ocurrido se debió a la 10 adhesión a los reyes de la casa de Alejandría. Y es natural que fuera así: las gentes de Celesiria han propendido a venerar más, siempre, esta casa real; ahora no 11 omitieron ningún exceso de adulación para honrar a Ptolomeo: hubo coronas, sacrificios, altares y todo lo demás por el estilo.

Así que llegó a la ciudad que lleva su nombre, An- 87 tíoico envió sin dilaciones, como legados a la corte de Ptolomeo, a su sobrino Antípatro y a Teodoto Hemiolio para negociar un tratado de paz, pues temía una incur- sión del enemigo. La derrota sufrida hacía que recelara 2 de su propio pueblo; le angustiaba también Aqueo, no se aprovechara de aquella oportunidad. Pero Ptolomeo 3 ya no pensaba en nada de esto, antes bien, satisfecho por aquella victoria inesperada y, en suma, por haber adquirido Celesiria sin imaginárselo siquiera, ahora no era contrario a la paz, sino partidario de ella más de lo debido; le arrastraba a ello su vida siempre indolente y depravada. De modo que, cuando se le presentó 4 Antípatro, primero pronunció algunas amenazas y reproches por la conducta de Antíoco, pero se avino a pactar una tregua por un año. Envío a Sosibio con los 5 embajadores para que ratificara lo acordado. Él pasó 6

tres meses en Siria y en Fenicia ³⁰⁰, para poner en orden las ciudades; después dejó allí a Andrómaco de Aspendo ³⁰¹ como gobernador militar de las regiones citadas y partió con su hermana y con sus amigos hacia Alejandría. Había puesto un final a la guerra que resultaba sorprendente a los habitantes de su reino que conocían los hábitos de la otra cara de su vida. Antíoco, por su parte, se aseguró de la tregua con Sosibio y se enfrascó, según su propósito primero, en sus preparativos contra Aqueo.

9 Ésta era la situación de Asia.

88

Hacia esta misma época los rodios tomaron como pretexto el terremoto que había sacudido su isla poco tiempo antes; les había derribado el gran coloso ³⁰³,

Digresión: el terremoto de Rodas ³⁰²

2 la mayor parte de los muros y las atarazanas. Sin embargo, trataron con tanta prudencia y sentido práctico lo sucedido, que salieron del desastre más bien beneficiados que perjudicados: entre los hombres la ignorancia y la despreocupación difieren tanto de la inteligencia y la atención, así en la vida privada como en los asuntos públicos, que a unos la buena fortuna les produce males, y a otros, en cambio, los desastres les son

³⁰⁰ Siria y Fenicia era el nombre oficial de Celesiria en la dinastía Lágida.

³⁰¹ Cf. 64, 4 y 83, 3.

³⁰² Puesto que Seleuco II Calinico murió en 225, este terremoto tuvo lugar forzosamente antes de esta fecha, con lo cual aquí hay una dislocación cronológica, intencionada por parte de Polibio. Los reyes que le eran contemporáneos fueron muy tacaños para dotar económicamente fiestas religiosas y competiciones deportivas, por lo cual Polibio indirectamente les echa en cara su mezquindad. Véase el amplio comentario de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

³⁰³ El famoso Coloso de Rodas, una de las Siete Maravillas del Mundo, era una estatua de bronce de 32 m.

causa de provecho. Entonces, ciertamente, los rodios 4 se supieron manejar: exageraron el desastre y lo presentaron como algo terrible; en sus embajadas se comportaron con gravedad y dignidad, tanto en las asambleas públicas como en las entrevistas privadas. Así lograron que las ciudades y aún más los reyes no sólo les hicieran donaciones fantásticas, sino que los mismos donantes se les mostraron encima agradecidos. En efecto: Hierón y Gelón³⁰⁴ no sólo les entregaron setenta y cinco talentos de plata, en parte al contado y en parte poco tiempo después³⁰⁵, para que repusieran las provisiones de aceite del gimnasio, sino que les regalaron también calderas³⁰⁶ de plata con los soportes respectivos y añadieron algunas vasijas para el agua. Les dieron, además, diez talentos para los sacrificios y otros diez para ayudar a la ciudadanía, de manera que, en conjunto, el obsequio fue de cien talentos. También 7 eximieron de abonar derechos a las naves rodias que entraran en sus puertos y dotaron a la ciudad de cincuenta catapultas de tres codos. Finalmente, tras haber- 8 les hecho tamañas donaciones, como si aún les debieran agradecimiento, levantaron en el mercado de Rodas un grupo escultórico que representaba al pueblo de Rodas coronado por el de Siracusa.

³⁰⁴ Para Hierón, cf. I 8, 2-9; para su hijo Gelón, I 8, 3, y sobre su muerte hacia el 216/215, cf. VIII 8, 9.

³⁰⁵ La evidente desproporción entre el dinero entregado y las finalidades consignadas en el texto griego hacen que sus editores supongan con razón una laguna; la mayor parte de ellos piensan en la reconstrucción de las murallas (así, Pédech) o en la de las murallas y los astilleros (Reiske). Véase la discusión en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

³⁰⁶ Ya en Homero las tinajas o calderas, con los soportes respectivos, eran objetos de mucho valor. (Cf. *Iliada* IX 122-3; 264-5; XVIII 259, 264, 268, 702, 885.)

89 Asimismo, Ptolomeo ³⁰⁷ les prometió trescientos talentos de plata, un millón de artabas ³⁰⁸ de trigo, madera suficiente para construir seis quinquerremes y diez triremes y cuarenta mil codos de pino escuadrados, medidos exactamente, mil talentos en monedas de bronce, tres mil talentos de estopa, tres mil piezas de vela, tres mil talentos ³⁰⁹ para la reconstrucción del coloso, cien carpinteros, trescientos cincuenta ayudantes y catorce talentos para el salario anual de estos artesanos; añadió doce mil artabas de trigo, para los juegos y los sacrificios, y veinte mil, para el mantenimiento de las tripulaciones de diez trirremes. La mayor parte de estos subsidios los entregó inmediatamente y de la totalidad del dinero, una tercera parte. No de manera diferente Antígono ³¹⁰ les dio diez mil piezas de madera de ocho a dieciséis codos, que podían servir para vigas, cinco mil travesaños de siete codos, tres mil talentos de hierro, mil talentos de colofonia y mil metretas de resina líquida; además de esto, les prometió cien talentos de plata. Su esposa Criseida les ofreció cien mil medimnos de trigo y tres mil talentos de plomo. Seleuco ³¹¹, el padre de Antíoco, además de la exención de los derechos de aduana a los rodios que entraran en los puertos de su reino y aparte de diez quinquerremes equipados completamente y de doscientos medimnos de trigo, les dio diez mil codos de madera, de resina y de crines ³¹² y añadió la suma de mil talentos.

³⁰⁷ Ptolomeo III Evérgetes.

³⁰⁸ Una artaba tenía la capacidad de 39,6 l.

³⁰⁹ Algunos editores añaden: «de bronce» no amonedado, simplemente el metal para reconstruir la estatua.

³¹⁰ Antígono Dosón.

³¹¹ Seleuco III Calinico.

³¹² Crines de caballo y de otros animales, que servían para hacer cuerdas.

Donaciones semejantes a éstas les hicieron Prusias, ⁹⁰ Mitrídates ³¹³ y los reyes que entonces reinaban en el Asia, me refiero a Lisantias, a Olímpico y a Limneo ³¹⁴. Es imposible enumerar con facilidad las ciudades que, ² cada una según sus posibilidades, colaboraron con los rodios. Cuando se consideran los orígenes y el tiempo ³ que hace que esta ciudad está habitada, causa gran sorpresa ver el enorme auge que ha tomado en un período tan breve, tanto en las haciendas privadas como en la pública de la ciudad; pero si se considera la situa- ⁴ ción estratégica de su emplazamiento, las aportaciones y los complementos exteriores de su prosperidad, entonces la admiración desaparece y, más bien, creeríamos que le falta un poco para llegar a la altura debida.

He dicho esto, primeramente, para patentizar la dig- ⁵ nidad con que manejan los rodios sus finanzas públicas: son verdaderamente merecedores de elogio y de emulación, y, en segundo lugar, para que salte a la vista la ⁶ tacañería de los reyes actuales y lo poco que de ellos reciben hoy las gentes y las ciudades: así ni los reyes ⁷ que sueltan cuatro o cinco talentos podrán creer que han hecho una gran cosa, ni se empeñarán en recibir de los griegos la adhesión y las honras que de ellos recibieron los reyes de antaño; las ciudades tendrán ⁸ ante su vista la esplendidez de los dones recibidos en épocas anteriores y no tributarán, inadvertidamente, grandes y magníficas honras por pequeños beneficios recibidos por casualidad ³¹⁵. Se esforzarán en dar a cada ⁹ uno lo que realmente merece, que es lo que distingue más a los griegos de los demás hombres.

³¹³ Para Prusias de Bitinia, cf. IV 47, 7, y para Mitrídates II del Ponto, cf. IV 56, 1; V 43, 1-2.

³¹⁴ Olímpico era gobernador de Alinda, en Caria; Lisantias y Limneo nos son desconocidos.

³¹⁵ Con una implícita mezquindad de espíritu.

91

*Grecia: prosecución
de la guerra de los
aliados. Política de
Arato*

Había empezado la época esti-
val³¹⁶; Agetas era el general de
los etolios y Arato el Viejo había
tomado el mando de los aqueos
(pues éste es el punto en que in-

- terrumpimos la narración de la Guerra Social³¹⁷); el
espartano Licurgo había regresado a su país desde Eto-
lia. Los éforos, en efecto, habían comprobado la false-
dad de la acusación por la que se había exiliado y le
llamaron con el ruego de que se repatriara. Licurgo,
entonces, tramaba con Pirrias el etolio³¹⁸, el general de
los eleos, una invasión de Mesenia. Arato encontró el
cuerpo de mercenarios de los aqueos muy bajo de
moral y las ciudades muy poco dispuestas a colaborar
económicamente a su sostenimiento. La culpa era del
general anterior, Epérato, quien, como expuse anterior-
mente³¹⁹, había tratado erróneamente y con negligencia
los asuntos aqueos. Arato, no obstante, estimuló a los
aqueos y, apoyado en un decreto de ellos, se dedicó
activamente a realizar preparativos bélicos. Los decre-
tos de los aqueos fueron los siguientes: mantener ocho
mil soldados mercenarios de a pie y quinientos jinetes;
de tropas de élite de los aqueos, tres mil hombres de
infantería y trescientos jinetes. Entre estos últimos
habría quinientos infantes megalopolitanos que se arma-
ban con escudo de bronce³²⁰ y cincuenta jinetes. For-
marían también tropas argivas en igual número. Se de-
cretó, además, que las naves se hicieran a la mar: tres

³¹⁶ Del año 217 a. C. Agetas fue estratega el año 217/216.

³¹⁷ Cf. 30, 7.

³¹⁸ Cf. 30, 2.

³¹⁹ Cf. 30, 1-7.

³²⁰ Cf. II 65, 3; IV 69, 4.

se dirigirían a Acte ³²¹ y al golfo de Argólide, y tres hacia Patras ³²², Dime y al mar de esta región.

Esto es lo que hacía Arato y éstos eran sus prepara- 92
tivos. Licurgo y Pirrias, tras haberse enviado mutua- 2
mente mensajeros para que coincidieran los días en
que iban a invadir Mesenia, avanzaron hacia ella. El 3
general de los aqueos, informado de este asalto, se pre-
sentó en Megalópolis, con los mercenarios y algunas
tropas escogidas; su intención era prestar socorro a
los mesenios. Tras su partida, Licurgo se apoderó, gra- 4
cias a una traición, de Calamas ³²³, un territorio de los
mesenios; luego avanzó, deseoso de reunirse con los
etolios. Pero Pirrias había salido de Élide con un con- 5
tingente muy pequeño y, así que puso el pie en Mesenia,
se vio al punto frenado por los de Cíparis ³²⁴ y regresó
a su tierra. Por esto, Licurgo no logró juntarse con las 6
tropas de Pirrias y su contingente no bastaba, por lo
que, tras un breve ataque contra Andania ³²⁵, regresó
fracasado a Esparta.

Arato, tras el revés sufrido por el enemigo, hizo algo 7
muy razonable. Previó el futuro y ordenó a Taurión ³²⁶
que dispusiera cincuenta hombres de a caballo y qui-
nientos de infantería; mandó a los mesenios que le en-
viaran igual número de jinetes y de hombres de a pie.
Su intención era proteger con estos soldados las regio- 8
nes de Mesenia, de Megalópolis, de Tegea e, incluso,
Argos. La razón estriba en que estos territorios limitan 9

³²¹ En la costa oriental de Argólide, entre Trezén y Epidauro.

³²² Para Dime, cf. nota 145 del libro II; para Patras, cf. nota 18 del libro IV.

³²³ La moderna Giannitsa, al pie del Taigeto.

³²⁴ Cíparis, en la costa occidental de Mesenia.

³²⁵ Andania, en la ruta de Mesenia a Megalópolis; era famosa por sus misterios.

³²⁶ Cf. IV 6, 4; 87, 8. Sobre la organización militar de Arato, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

con Laconia y, si la guerra se origina en Lacedemonia, están más expuestos a ella que los restantes pelopone-
10 sios. Arato determinó también custodiar, mediante mercenarios y un contingente escogido de etolios, las partes de la Acaya orientadas a Elea y a Etolia.

93 Dispuestos tales preparativos, se sirvió de un decreto de los aqueos para componer las diferencias internas de los megalopolitanos. Hacía poco que Cleómenes les había desposeído de su ciudad, habían sufrido un desastre total³²⁷, como se dice: carecían de muchas
2 cosas y andaban escasos de las restantes. Conservaban buen ánimo, pero no lograban aprovisionarse de nada
3 ni en particular ni públicamente. De ahí que entre ellos todo estuviera lleno de disputas, envidias y cólera. Esto es lo que, efectivamente, suele pasar, tanto en los negocios públicos como en la vida privada, cuando faltan
4 recursos para cualquier empresa. Primero discutieron por las fortificaciones de la ciudad: unos propugnaban que debían reducirse y hacerlas tales que se pudiera acabar la empresa de terminarlas, y que, ante cualquier eventualidad, fueran realmente defendibles; ahora se habían visto derrotados por sus dimensiones y porque
5 estaban muy poco guarnecidas. Además, juzgaban indispensable que los propietarios cedieran una tercera parte de sus tierras, para que las ocuparan unos colonos admitidos a título supletorio. Pero los otros no se
6 avenían a reducir el espacio de la ciudad, ni a desprenderse de la tercera parte de sus terrenos. Con todo, más que nada fomentaban las discordias mutuas las leyes promulgadas por Pritanis³²⁸, a quien Antígono les había nombrado como legislador; era un personaje ilustre de la escuela peripatética y profesaba esta doctrina.

³²⁷ La expresión correspondiente griega es un proverbio.

³²⁸ Filósofo peripatético, famoso por haber sido maestro de Euforión y haber escrito un *Banquete* a imitación del platónico.

Las discusiones eran acerca de lo apuntado; Arato las 9
apaciguó en la medida de lo posible y logró hacer cesar
sus rivalidades. Grabaron en una estela las condiciones 10
bajo las que dirimieron sus diferencias y la depositaron
junto al altar de Hestia, en el Homario.

Después de lograr la reconciliación levantó el campo 94
y él se dirigió a la asamblea de los aqueos; al mando
de los mercenarios dejó a Lico de Fares, que entonces
era el lugarteniente del general del contingente de Pa-
tras³²⁹. Los eleos, descontentos de Pirrias, eligieron de 2
nuevo como general de los etolios a Eurípidas³³⁰. Éste 3
aprovechó la asamblea de los aqueos, cogió sesenta
jinetes y dos mil hombres de infantería, partió, atravesó
el territorio de Fares³³¹ y recorrió el país hasta Egio.
Tras capturar un botín considerable se retiraba en di- 4
rección a Leontio³³². Lico supo lo sucedido y acudió afa- 5
noso de prestar socorro. Dio alcance al enemigo, le atacó
de improviso, le mató cuatrocientos hombres y le cogió
doscientos prisioneros, entre los que se encontraban 6
personajes ilustres, como Fisias, Antánor, Clearco, An-
dróloco, Evanóridas, Aristogitón, Nicásipo y Aspasio.
Lico se apoderó, además, de todo el bagaje y del arma-
mento enemigo. Por aquellos mismos días, el almirante 7

³²⁹ Aquí hay un problema de crítica textual que condiciona el significado de la traducción. La correspondiente a la lectura de los manuscritos: «el contingente ancestral», no es satisfactoria, aunque sostengan tal lectura Schweighäuser y Büttner-Wobst, entre otros. Parece que aquí ha de haber un gentilicio. Naber propuso «de Farea», pero Vischer, seguido por WALBANK, *Commentary*, ad loc. (de quien tomo la referencia), y por Pédech, proponen «de Patras», que parece la conjetura más sólida.

³³⁰ Cf. IV 59, 1.

³³¹ Cf., para Fares, nota 8 del libro IV y para Egio, nota 122 del libro II.

³³² Cf. II 41, 7-8. Está situado a treinta kilómetros al S. de Egio.

- de los aqueos hizo una incursión hasta Molicria³³³ y
8 regresó con cien prisioneros, o poco menos. Zarpó de nuevo y navegó hasta Calcea. A los que acudieron en su defensa les capturó dos navíos con sus dotaciones; junto al cabo Río³³⁴ de Etolia apresó un esquife³³⁵ con
9 sus soldados y sus remeros. Entonces, ante la afluencia, por tierra y por mar, de un botín que producía sumas y recursos considerables, los soldados ya no dudaron de que recibirían sus pagas, y las ciudades concibieron la esperanza de no verse tan gravadas por impuestos.
- 95 Simultáneamente con todo lo narrado, Escerdiledas³³⁶, que se creía tratado injustamente por el rey, porque le faltaba cobrar algo de la cantidad acordada en el pacto que hizo con Filipo, envió quince falúas, con la idea de cobrarse el dinero por medio de una astucia.
- 2 Estas falúas recalaron en Léucade, donde todo el mundo las recibió como amigas, debido a que antes habían
3 formado un frente común. No habían tenido tiempo ni posibilidad de causar ningún daño, pero cuando Agatino y Casandro, que eran de Corinto y navegaban junto a las naves de Taurión, fondearon a su lado, por creerles amigos, con cuatro naves, los de Escerdiledas atacaron a traición, capturaron las naves y los hombres
4 y los enviaron a su jefe. Inmediatamente zarparon de Léucade y pusieron rumbo al cabo de Malea, donde efectuaron pillajes y se llevaban a los comerciantes.
- 5 Se acercaba ya el tiempo de la mies; Taurión descuidó la vigilancia de las ciudades que acabo de mencionar³³⁷, mientras que Arato, con su contingente de tropas de élite vigilaba la entrada de trigo en Argólide.

³³³ Molicria (Molicreion, en Tucídides, III 102, 2) y Calquia eran villas etolias a la entrada del golfo de Corinto.

³³⁴ Propiamente, Antirrio. Cf. nota 17 del libro IV.

³³⁵ Sobre este tipo de nave, véase nota 221.

³³⁶ Cf. IV 29, 7 y V 4, 3.

³³⁷ Megalópolis, Tegea y Argos.

Eurípidas, por su parte, salió a campaña con los etolios; 6 pretendía devastar el territorio de los triteos ³³⁸. Lico y 7 Demódoco, este último jefe de la caballería de los aqueos, informados de la incursión de los etolios salidos de Élide, agruparon a los dimeos, a los patreos y a los farieos, y con ellos y el cuerpo de mercenarios, la invadieron. Una vez llegados al lugar llamado Fixio, 8 destacaron a su infantería ligera y a su caballería para que efectuaran una razzia; la infantería pesada, la emboscaron en el lugar ya citado. Todas las tropas dis- 9 ponibles de los eleos salieron a defenderse contra los saqueadores, a los que atacaron en plena retirada. Pero entonces Lico y sus hombres salieron de su guarida y asaltaron a la vanguardia enemiga cuando ésta arremetía. Los eleos no aceptaron el combate, al contrario, 10 ante la aparición del enemigo emprendieron la fuga. Lico y los suyos mataron a unos doscientos hombres y capturaron ochenta prisioneros; se llevaron, además, sin ningún peligro, el botín ya conseguido. Precisamente 11 en estos mismos días el almirante de los aqueos realizó repetidos desembarcos en las costas de Calidón y de Naupacto, taló todos estos territorios y derrotó por dos veces a las tropas que acudían a defenderlos. Cogió pri- 12 sionero a Cleónico de Naupacto ³³⁹, que no fue vendido porque era próxeno de los aqueos; al cabo de un cierto tiempo fue puesto en libertad sin rescate de ningún tipo.

En aquella misma época, Agetas ³⁴⁰, el general etolio, 96 movilizó todas las tropas de la confederación y penetró en el territorio de los acarnanios para efectuar una correría; traspasó, además, sin ser molestado, todo Epiro, y lo devastó. Realizadas estas operaciones, Age- 2

³³⁸ Cf. nota 18 del libro IV.

³³⁹ Sobre este personaje, cf. 102, 4 y IX 37, 4.

³⁴⁰ Cf. nota 316.

- tas se replegó y licenció a los etolios hacia sus ciudades
3 respectivas. Pero los acarnanios, a su vez, contraatacaron por el territorio de Estrato, aunque luego, llenos de pánico retrocedieron vergonzosamente; sin embargo, no sufrieron pérdidas, porque los habitantes de Estrato³⁴¹ desconfiaron y no les persiguieron; creían que la retirada de los otros no era más que una celada.
- 4 En la población de Fanotea³⁴² se produjo una doble traición; fue como sigue: Alejandro³⁴³, nombrado por Filipo gobernador de Fócide, entabló conversaciones con los etolios a través de un tal Jasón³⁴⁴, nombrado por
5 él comandante de la ciudad de Fanotea. Este Jasón envió mensajeros a Agetas, el general etolio, y se declaró dispuesto a entregarle la ciudadela de la población,
6 acerca de lo cual hizo un pacto juramentado. Llegó la fecha fijada y Agetas se presentó con los etolios, aún de noche, ante Fanotea. Escogió a sus cien hombres más aguerridos y los envió a la ciudadela; él se ocultó en
7 una emboscada con el resto de sus tropas. Jasón ya tenía presto a Alejandro con sus soldados dentro de la ciudad; recibió a los jóvenes etolios según el juramento
8 e introdujo a todos en la acrópolis. Los de Alejandro les atacaron al punto y aquella élite de las tropas etolias cayó prisionera. Ya de día, Agetas comprendió lo ocurrido y se retiró con los suyos; había caído en la trampa que él mismo tendiera tantas veces.

³⁴¹ Estrato: plaza importante de Etolia, en la misma frontera de Acarnania.

³⁴² Fanotea, ciudad de Fócide, en el valle del Cefiso.

³⁴³ Este Alejandro es el que sale en IV 87, 5.

³⁴⁴ Para este pasaje, cf. X 42, 7.

*Operaciones de
Filipo en Macedonia
y en Tesalia*

En estos mismos tiempos, el 97
rey Filipo conquistó Bilazora ³⁴⁵,
la ciudad más importante de Peo-
nia, situada muy estratégicamente
para invadir Macedonia desde
Dardania; con esta operación se vio libre del temor
que infundían los dardanios ³⁴⁶. En efecto, ya no les re- 2
sultaba fácil a éstos penetrar en Macedonia, si Filipo
dominaba los accesos a ella mediante la ocupación de
la citada plaza. Filipo la fortificó y envió sin dilaciones 3
a Crisógono ³⁴⁷ a reclutar una leva suplementaria en el
norte de Macedonia. Él recogió a los hombres de Botia 4
y de Amfaxítide ³⁴⁸ y, con ellos, se presentó en Ede-
sa ³⁴⁹: allí se reunió con los macedonios de Crisógono,
marchó con sus tropas y, al cabo de seis días, estaba
cerca de Larisa. No interrumpió el avance, que con- 5
tinuó aún de noche, y a la mañana siguiente se plantó
en Melitea ³⁵⁰: aplicó sus escaleras a los muros e intentó
tomar la ciudad por asalto. Los melitenses habían sido 6
presa del pánico ante un ataque tan súbito e impre-
visto, de manera que Filipo se hubiera apoderado fácil-
mente de la ciudad; sin embargo, fracasó en su intento
porque las escaleras no eran tan altas como se hubiera
precisado.

Los fallos de este tipo son los que resultan más im- 98
perdonables para los generales. Cuando un general tiene 2
la intención de conquistar una ciudad, pero no ha rea-

³⁴⁵ Probablemente la actual Titov-Velès, sobre el río Vardar, en Bulgaria.

³⁴⁶ Cf. II 6, 4; IV 66, 1-7.

³⁴⁷ Cf. 9, 4.

³⁴⁸ Botia estaba entre el Haliacmo y el Axio; Amfaxítide, en la orilla izquierda del río citado en último lugar.

³⁴⁹ Edesa era un segundo nombre de Egas, en la Laconia, algo al N. del puerto de Gitio.

³⁵⁰ Melitea, en la Acaya Ftiótide, al N. del monte Ótrix.

lizado ninguna previsión, no ha medido los muros, no ha inspeccionado los pasos difíciles ni otros lugares por el estilo, por donde piensa efectuar la penetración, 3 ¿cómo no merecería reproche? También si han tomado las medidas personalmente, pero después confían la construcción de las escaleras y la de los aparejos de este tipo (cuya confección exige, realmente, poco trabajo, pero que son de la máxima importancia en el momento de su uso) al primero que encuentran, ¿cómo 4 no merecerán reproche unos generales así? Pues para estas empresas es inevitable no descuidar algo necesario, o bien no sufrir ningún percance ³⁵¹. Porque al fracaso le siguen las pérdidas, y esto de muchos modos: en el momento mismo de la acción se arriesgan inútilmente los hombres más aguerridos, y aún más en la retirada, porque entonces el enemigo los desprecia. 6 Ejemplos de esto hay muchos. Cualquiera descubriría que en empresas como éstas son más los que han perdido la vida o se han visto en el máximo peligro que 7 los que han salido de ellas indemnes. Además es notorio que, cara al futuro, fraguan contra sí mismos odio 8 y desconfianza: todo el mundo se pone en guardia contra ellos. Sea como sea, lo sucedido es un aviso para precaverse y vigilar, dirigido no sólo a las víctimas, 9 sino a los que lo han sabido de oídas. De ahí que los encargados de operaciones como las citadas aquí jamás deben efectuar a la ligera los planteamientos de este 10 tipo. La técnica de medir y de construir estos aparejos

³⁵¹ Aquí hay un problema de crítica textual que varía el sentido del texto, aunque no fundamentalmente: se trata de la negación, que los editores recientes anteponen al verbo griego que significa «actuar». Pero el editor ginebrino Casaubon pospuso la negación, lo cual parece más lógico. La traducción es según esta conjetura y se aparta, por consiguiente, del texto de Büttner-Wobst.

es fácil e infalible, si se procede con método³⁵². Ahora, 11
con todo, debemos reanudar la exposición: si en nuestra
obra encontramos oportunidad y lugar adecuados para
insistir en este punto, intentaremos aclarar cómo se
pueden evitar al máximo este tipo de errores en tales
operaciones.

Filipo, decepcionado por el fracaso de su golpe de 99
mano, acampó junto al río Enipeo³⁵³ y mandó trans-
portar allí, desde Larisa y las demás ciudades, el mate-
rial para el asedio que había mandado fabricar durante
el invierno. El objetivo principal de su campaña era 2
conquistar la ciudad llamada Tebas de Ftiótide³⁵⁴. Esta 3
ciudad está no lejos del mar y dista de Larisa unos tres-
cientos estadios. Su emplazamiento es estratégico: do-
mina Magnesia y Tesalia; de la primera, principalmente
la región de Demetrias³⁵⁵ y de la segunda, las de Farsalo
y Feres³⁵⁶. Tebas de Ftiótide estaba entonces en poder 4
de los etolios, que hacían incursiones continuas: los
demetrioicos, los farsalos y aun los feriseos salían muy
mal parados. Tales correrías llegaban con frecuencia a 5
la llanura llamada de Américo³⁵⁷. Para Filipo la cosa 6
no era nada desdeñable y, por eso, puso el máximo
empeño en tomar militarmente la plaza. Reunió ciento 7
cincuenta catapultas, veinticinco máquinas lanzapiedras
y avanzó hacia Tebas. Dividió su ejército en tres cuer-
pos y tomó posiciones en torno a la ciudad. El primer 8

³⁵² Polibio describe la técnica de medir muros y escaleras en IX 19, 5-9.

³⁵³ El Enipeo, afluente por la derecha del Peneo, fluye a dos kilómetros de Melitea, al pie del macizo de Ótrix.

³⁵⁴ Tebas de Ftiótide, en esta región, al S. de la llanura de Halmiro.

³⁵⁵ Cuya capital era Demetrias, puerto importante en el golfo Pagasético, fundado en 293 por Demetrio Poliorcetes. Cf. XVIII 11, 4-7.

³⁵⁶ Fársalo y Feres: dos ciudades al S. de Tesalia.

³⁵⁷ Actualmente Kastri, al E. de Larisa.

cuerpo acampó sobre Escopio; el segundo, en el lugar llamado Heliotropio; el tercero ocupó un monte que dominaba la ciudad. Obstruyó el espacio intermedio entre los campamentos mediante un foso y una doble valla; además, lo fortificó con torres de madera, que, con la guarnición suficiente, dispuso a la distancia de un pletro unas de otras. Seguidamente juntó todo el material de guerra y empezó a aproximar las máquinas a la ciudadela.

100 En los tres primeros días no logró avanzar nada en las obras, porque los de la ciudad les rechazaban con coraje y audacia. Pero por las escaramuzas continuas y por lo nutrido de los disparos murieron muchos de los defensores de la ciudad y otros cayeron heridos; entonces la resistencia remitió algo y los macedonios pudieron empezar sus trabajos de zapa. Trabajaron enérgicamente y, aunque el terreno no les favorecía en nada, debido a su gran esfuerzo al cabo de nueve días llegaron al pie de la muralla. Entonces se pusieron a excavar por turno, de modo que no cesaban ni de día ni de noche: en tres días minaron y apuntalaron dos pletros del muro. Pero los puntales no lograron sostener el peso, cedieron y la muralla se derrumbó antes de que los macedonios pudieran incendiarla. Éstos procedieron con energía a retirar los escombros y se prepararon para un asalto. Cuando ya estaban a punto de forzar el paso, los tebanos, aterrorizados, rindieron la ciudad. Mediante esta operación Filipo se aseguró Magnesia y Tesalia y privó a los etolios del gran provecho que extraían de ellas. Además, probó a sus tropas que eliminó justamente a Leontio, quien antes, en el cerco de Palea³⁵⁸, se había comportado con una cobardía fingida. Filipo, pues, se apoderó de Tebas, redujo a la esclavitud a sus habitantes e instaló allí a una pobla-

³⁵⁸ Cf. 3.4.

ción macedonia; cambió el nombre de la ciudad, Tebas, y la llamó Filipas.

Hacia el final de las hostilidades en Grecia
 Cuando acababa de componer 9 la situación en Tebas, se le presentaron de nuevo embajadores de Quíos, de Rodas y de Bizancio, y también de parte del rey Ptolomeo, para concluir la paz ³⁵⁹. Filipo les contestó más o 10 menos lo mismo que antes; afirmó que él no estaba en contra de la paz, pero los remitió a los etolios, para que tantearan también a éstos. Mas a él mismo la paz 11 le importaba poco, por lo que se dedicó a proseguir sus operaciones.

Supo que los esquifes de Escerdiledas pirateaban 101 por el cabo de Malea ³⁶⁰, y que trataban a todos los comerciantes a fuer de enemigos; habían roto la tregua y habían capturado algunos de sus propios navíos atracados en Léucade. Aparejó doce naves ponteadas, 2 ocho naves sin cubierta y treinta chalupas, y navegó a través del Euripo ³⁶¹: quería a todo trance atrapar a los ilirios, pero se empeñaba aún más en la guerra contra los etolios; desconocía todavía los hechos ocurridos en Italia. Mientras Filipo asediaba Tebas, los 3 romanos eran vencidos por Aníbal en la batalla de Trasimeno ³⁶²; pero la noticia de este suceso no había llegado todavía a tierras de Grecia. Las naves ilirias 4 escaparon a Filipo; éste fondeó en Cencreas y, desde allí, mandó las naves ponteadas con la orden de doblar el cabo de Malea y navegar en dirección a Egio y a Patras; él cruzó el istmo con las restantes y dispuso que todas fondearan en Lequeo. Luego partió a toda prisa 5

³⁵⁹ Cf. 24, 11.

³⁶⁰ En el extremo oriental de Laconia.

³⁶¹ Cf. nota 101.

³⁶² Junio del 217 a. C.

- con sus amigos y se presentó en Argos para asistir a los juegos nemeos. Poco tiempo después de que contemplara el principio de los ejercicios gimnásticos, llegó un correo desde Macedonia, con la nueva de que los romanos habían sido vencidos en una gran batalla y de que Aníbal era dueño del campo. De momento, Filippo enseñó la carta sólo a Demetrio de Faros, pero le recomendó que no dijera nada. Éste aprovechó la oportunidad: creía que lo debido en aquellas circunstancias era terminar, lo más pronto posible, la guerra contra los etolios e indicaba que debían dedicarse a los problemas de la Iliria y a una subsiguiente expedición a Italia. Le aseguró que ya ahora toda Grecia estaba bajo su imperio y que seguiría estándolo: los aqueos lo harían espontáneamente, por la adhesión que sentían hacia él; y los etolios, constreñidos por el terror que les habían causado los hechos de la guerra presente. Una invasión de Italia, afirmó, era el principio del dominio universal, cosa que le correspondía a él más que a cualquier otro. Y éste era el momento, después de la derrota romana.
- 102** Con estas palabras enardeció rápidamente a Filippo, igual que se exaltaría, creo yo, un rey joven, audaz y mimado por la buena fortuna, quien, encima, procediera de una dinastía que, a decir verdad, siempre había aspirado al dominio universal.
- 2 Filippo, pues, según dije, de momento declaró sólo a Demetrio el contenido de la carta, pero después reunió a sus amigos y se celebró un consejo acerca de la paz con los etolios. Arato no se mostró contrario, ni mucho menos, a una negociación, porque era evidente que podían concluir la guerra desde una posición de fuerza. El rey ni tan siquiera esperó recibir los legados que iban a tratar conjuntamente las condiciones de paz, sino que mandó sin dilaciones a Cleónico de

Naupacto³⁶³ a establecer un contacto con los etolios; le había encontrado porque, después de su cautiverio³⁶⁴, 5 esperaba la asamblea de los aqueos; Filippo recogió las naves que tenía en Corinto y sus fuerzas de tierra, y con ellas se presentó en Egio. Desde allí avanzó sobre 6 Lasió³⁶⁵, se apoderó de la fortaleza de Peripia e hizo un amago de invasión de Élide, para dar la impresión de que no estaba demasiado dispuesto a dar fin a la guerra. Luego, después de dos o tres idas y venidas de 7 Cleónico, atendió a los ruegos de los etolios de entablar conversaciones. Dejó a un lado todas las ocupaciones 8 bélicas y remitió correos a las ciudades aliadas con la orden de enviar delegados que participaran en la conferencia de paz. Él hizo la travesía con su ejército y 9 estableció su campamento en Panormo, que es un puerto del Peloponeso situado enfrente de la ciudad de Naupacto; allí aguardó la llegada de los consejeros mandados por los aliados. El tiempo de espera para la 10 reunión del consejo lo aprovechó para zarpar hacia Zacinto, donde puso en orden personalmente los asuntos de la isla; se hizo a la mar de nuevo y se presentó en Panormo³⁶⁶.

Cuando los delegados ya es- 103
tuvieron reunidos, Filippo mandó
a los etolios a Arato y a Tau-
rion³⁶⁷, acompañados de algunos
etolios que habían acudido a Pa-
normo. Estos aqueos se entrevistaron con los etolios 2
reunidos en asamblea general en Naupacto; tras breves

³⁶³ Cf. 95, 12, nota 339.

³⁶⁴ Otros interpretan: «a causa de su cautiverio», «porque estaba aún cautivo».

³⁶⁵ Cf. nota 172 del libro IV.

³⁶⁶ Localidad al S. de la isla de Peparetos, que no hay que confundir con Palermo de Sicilia (en griego, también Panormo).

³⁶⁷ Cf. 27, 4; 92, 7; 95, 3-5; nota 326.

- conversaciones pudieron comprobar el interés etolio por llegar a un acuerdo y navegaron de regreso para encontrarse con Filipo, a fin de exponerle tales disposiciones. Los etolios, verdaderamente afanosos de acabar con aquella guerra, enviaron unos delegados que acompañaran a los legados aqueos: solicitaban de Filipo que se les presentara con su ejército para que una negociación directa diera a la situación un ajuste adecuado.
- 4 El rey, incitado ante tales demandas, zarpó con sus fuerzas hacia el paraje de Naupacto llamado «La Hondonada», distante, todo lo más, veinte estadios de la
- 5 ciudad. Allí acampó, rodeó las naves y sus fuerzas de una valla y un foso, y aguardó el momento de la con-
- 6 ferencia. El ejército etolio se presentó íntegro, pero desarmado, se detuvo a dos estadios del campamento de Filipo y envió unos legados a parlamentar sobre la
- 7 situación presente. Primero el rey envió a todos los delegados de los aliados que habían acudido, con el encargo de que ofrecieran la paz a los etolios; la condición era que cada parte se quedara con lo que poseía en
- 8 aquel momento. Los etolios aceptaron esta proposición y, desde entonces, aquello fue un ir y venir continuo de legaciones. Vamos a omitirlas prácticamente todas, por-
- 9 que no hicieron nada digno de mención; sin embargo, recordaremos el discurso de Agelao de Naupacto³⁶⁸, dirigido, en la primera entrevista, al rey y a los aliados presentes.

104

*Discurso de Agelao
de Naupacto*

Declaró que lo más necesario era que los griegos no se hicieran nunca la guerra mutuamente: debían dar muchas gracias a los dioses si lograban decir todos la misma cosa y estar de acuerdo, dándose las manos como los que cruzan un río; con ello, rechazarían las

³⁶⁸ Cf. IV 16, 10-11, y nota 38 del libro IV.

incursiones de los bárbaros, se salvarían ellos mismos y sus ciudades. En el caso, con todo, de que ello no fuera totalmente posible, pidió que al menos en aquel momento se pusieran de acuerdo y se precavieran: era preciso tener en cuenta los formidables ejércitos y la magnitud de la guerra que se desarrollaba en occidente. Porque es evidente, incluso al que ahora no está muy metido en política, que en esta guerra da lo mismo que los romanos venzan a los cartagineses o que éstos triunfen de los romanos, ya que, mírese como se mire, lo lógico es que los vencedores no se den por satisfechos con la posesión de Italia y de Sicilia: acudirán aquí y ampliarán sus operaciones y desplegarán sus fuerzas más allá de lo que es justo. Por esto, pidió que todos estuvieran alerta, pero principalmente Filipo. Él constituiría la salvaguardia, si dejaba de destruir a los demás griegos, convirtiéndolos así en presa fácil de eventuales asaltantes. Todo lo contrario: debía preocuparse de los demás griegos como si se tratase de su propia persona: así, todas las partes de Grecia le serían afectas y se le unirían. Si afrontaba los problemas de esta manera, todos los griegos le serían colaboradores fieles y seguros en todos sus proyectos. Los extranjeros conspirarían menos contra su imperio, admirados por la lealtad que le profesarían los griegos. Si le atraían las acciones bélicas, le indicó que girara sus ojos a occidente, que se aplicara a las guerras que se libraban en Italia. Debía convertirse en espectador sagaz e intentar, cuando se ofreciere la oportunidad, hacerse con el imperio del universo. El momento actual permitía abrigar esta esperanza. Exhortó a Filipo a aplazar sus diferencias con los griegos y sus guerras contra ellos, y a poner el máximo empeño en esto, para poder reconciliarse con ellos o bien hacerles la guerra cuando quisiera. Porque si aguardaba a que los nubarrones que ahora

se levantan por occidente³⁶⁹ se cernieran sobre parajes griegos, mucho se temía, afirmó, que estas treguas y estas guerras, en una palabra, estos juegos con los que ahora nos entretenemos mutuamente se nos trunquen
 11 a todos de un modo tal, que debamos pedir a los dioses la libertad de hacernos la guerra cuando queramos, de hacer las paces igualmente y, en resumen, el ser dueños de nosotros mismos en las disputas que tengamos.

105

*Reflexiones sobre el
momento histórico*

Tal fue el contenido del discurso de Agelao, con el cual incitó a todos los aliados a hacer la paz y, principalmente, a Filipo, pues usó de expresiones apropiadas a

la predisposición que en él habían operado los avisos
 2 anteriores de Demetrio. Hubo un acuerdo general en todos y cada uno de los puntos, ratificaron los pactos y cada uno se retiró a su país llevando consigo la paz, y no la guerra.

3 Todos estos hechos sucedieron en el año tercero de la Olimpiada ciento cuarenta, me refiero a la derrota de los romanos en la batalla de Trasimeno, a la campaña de Antíoco en Celesiria y al tratado de paz entre los aqueos y Filipo, por un lado, y los etolios, por el otro.

4 La conferencia celebrada entonces enlazó por primera vez los acontecimientos de Grecia, de Italia y aun
 5 del África, porque ni Filipo ni los demás hombres de estado griegos, cuando se hicieron la guerra y cuando pactaron la paz, tuvieron como punto de referencia la situación en Grecia, sino que todos tenían la vista puesta en objetivos de Italia. Y muy pronto ocurrió algo
 6 semejante con los isleños y los habitantes del Asia. En efecto: los que estaban descontentos de Filipo y algunos que tenían diferencias con Átalo ya no se giraron hacia
 7

³⁶⁹ Esta figura se ha hecho famosa: IX 37, 10; XXXVIII 16, 3, con precedentes en HOMERO, *Iliada* XVII 243; ARQUÍLOCO, fr. 56.

Antíoco o hacia Ptolomeo, ni hacia el sur ni hacia el norte, sino que desde entonces miraron a poniente; unos enviaban legados a los cartagineses, y otros, a los romanos. Y los romanos hicieron lo mismo con los griegos: temían la audacia de Filipo y se previnieron ante un ataque suyo en las circunstancias en que se encontraban.

Nosotros, creo, según el planteamiento inicial³⁷⁰,⁹ hemos mostrado claramente el cómo, el cuándo y las causas que hicieron que los acontecimientos de Grecia conectaran con los de Italia y los de África³⁷¹. Ahora sólo nos resta continuar la exposición de la historia de Grecia hasta alcanzar el tiempo en que los romanos perdieron la batalla de Cannas. En esta catástrofe interrumpimos la explicación de la historia de Italia; ahora acabaremos este libro haciéndole alcanzar la fecha indicada.

*Grecia, Egipto y
Asia durante los
años 217/216*

Los aqueos, tan pronto se des-¹⁰⁶
hicieron de la guerra, eligieron
por general a Timóxeno³⁷² y se
reintegraron a sus costumbres y
modo de vida. Igualmente las res-²

tantes ciudades peloponesias recuperaron sus bienes, cultivaron las tierras, renovaron las asambleas y los sacrificios patrios y los demás ritos, tradicionales en cada lugar, en honor de los dioses. Las poblaciones casi³ habían olvidado todo esto debido a las guerras continuas precedentes. Yo no llego a entender cómo los pelopo-⁴

³⁷⁰ I 3, 1 ss.; IV 28, 2-6.

³⁷¹ El sincronismo que aquí intenta Polibio es bastante forzado; sólo puede fundamentarse, como nota PÉDECH, *Polybe, V*, pág. 109, en nota, en que Filipo V, en este año 217, pensaba invadir Italia. Lo mismo advierte WALBANK, *Commentary*, ad loc., para las batallas de Trasimeno y Rafia.

³⁷² Pretor de los aqueos; ya lo había sido anteriormente; cf. II 53, 2 y IV 6, 4.

nesios, que tienen un carácter muy dado a una vida plácida y humana, son los que menos se aprovechan de él, al menos en los tiempos pretéritos; más bien, según los versos de Eurípides, fueron siempre gentes ardientes en la guerra, que no dan reposo a la lanza ³⁷³.

5 Con todo, me parece lógico que les ocurra esto, pues todos sienten ansias de dominar y, además, tienen un amor innato a la libertad, lo cual promueve entre ellos luchas continuas; jamás están dispuestos a ceder una supremacía.

6 Los atenienses se vieron libres del temor que les in-
fundían los macedonios y dieron la impresión de dis-
7 frutar con firmeza de su libertad. Habían nombrado
magistrados supremos a Euríclidas y a Mición ³⁷⁴, y no
intervinieron para nada en las cuestiones de los demás
griegos. Fieles siempre a las directrices de sus jefes, o
más bien a sus caprichos, adularon a todos los reyes ³⁷⁵
8 y, más que a todos, a Ptolomeo. Pasaron por decretos
y proclamas de todo género e hicieron caso omiso de
lo razonable, debido todo a la simpleza de sus gober-
nantes.

107 Inmediatamente después de estos sucesos, Ptolomeo
se vio obligado a guerrear contra sus propios súbdi-

³⁷³ En las obras de Eurípides conservadas no se encuentra ni verso ni expresión semejante. Es el fr. 998 de la edición de NAUCK.

³⁷⁴ Estos dos personajes, que eran hermanos, dirigieron la política de Atenas del 242 al 212. Lograron que la guarnición macedonia abandonara la ciudad y rehusaron apoyar a Arato en su guerra contra Cleómenes.

³⁷⁵ WALBANK, *Commentary*, ad loc., nota aquí que, aún más que a Ptolomeo, adularon a Atalo de Pérgamo, quien envió a Atenas varias estatuas suyas para que las plantaran para celebrar sus propias victorias contra los galos (cf. XVI 25, 5-9). PÉDECH, *Polybe*, V, pág. 170, en nota, observa que el tono de Polibio es demasiado hostil, porque el historiador es un entusiasta ferviente de Arato.

tos³⁷⁶. Este rey, en efecto, había armado a los egipcios 2 para la guerra contra Antíoco: tal determinación le resultó acertada para el presente, pero equivocada para el futuro. La victoria de Rafia ensoberbeció a aquellas 3 gentes y ya no soportaron más la autoridad. Se creían capaces de bastarse a sí mismos y se buscaron un capitoste bien figurado, cosa que acabaron por lograr, y muy pronto.

Antíoco hizo grandes preparativos durante el invierno; luego, al llegar el verano, pactó una acción común con el rey Atalo, rebasó la cordillera del Tauro y entabló una guerra contra Aqueo.

Los etolios de momento quedaron satisfechos de la 5 paz concluida con los aqueos, porque la guerra no se había desarrollado según sus planes (por esto habían elegido por general a Agelao de Naupacto, que parecía ser el hombre que más había colaborado a hacer las paces), pero, muy poco tiempo después, empezaron a 6 dar signos de desagrado y echaban en cara a Agelao que les había privado de todos los beneficios procedentes del exterior y de perspectivas para el futuro, debido a que había hecho la paz no con sólo algunos griegos, sino con todos. Sin embargo, el hombre aguantó estos 7 reproches tan necios y refrenó los impulsos de los etolios, de manera que éstos se vieron forzados a contenerse, contra su temperamento.

El rey Filipo, después del tratado, regresó por mar 108 a Macedonia y allí se encontró que Escerdiledas, aun bajo el pretexto del dinero que se le debía, por el cual ya en Léucade³⁷⁷ había atacado unos navíos a traición, había saqueado la plaza de la región de Pelagonia llamada Piseo, y se había anexionado, o por miedo o por pro- 2 mesas, algunas poblaciones de Dasarétide³⁷⁸, como Anti-

³⁷⁶ Polibio explica sumariamente esta guerra en XIV 12, 4.

³⁷⁷ Cf. 95, 1-3.

³⁷⁸ Pelagonia confinaba con Iliria al O. de Macedonia. Dasa-

patria, Crisondo y Gerunta³⁷⁹; además había hecho una
3 incursión por las regiones macedonias limítrofes. Filippo,
pues, salió al punto con su ejército con la intención y
el empeño de recuperar las ciudades que le habían
4 hecho defección. En pocas palabras: decidió hacer la
guerra a Escerdiledas, pues creía que lo más necesario
era poner en orden la Iliria, ello en vistas a proyectos
5 ulteriores, principalmente su paso a Italia. Esta espe-
ranza y este proyecto Demetrio los estimulaba en el
rey continuamente, de manera que Filippo, incluso dor-
mido, soñaba en esto y en que se encontraba ya en
6 plenas operaciones. Demetrio actuaba así no para favo-
recer a Filippo (cosa que en sus cálculos ocupaba el
tercer lugar), sino más bien por su malquerencia contra
los romanos y, lo principal, por las esperanzas que al-
7 bergaba acerca de sí mismo, pues creía que sólo así
8 podría recuperar su reino de Faro. Por lo demás, Filippo
se puso en campaña y recuperó las ciudades citadas;
en Dasarétide, ocupó Creonio y Gerunta, y en las orillas
del lago Licnidio, Enquelana, Ceraca, Sación y Beo; en
el distrito de Calicena, se apoderó de Bantia, y en el
9 de los llamados Pisantinos, de Orgiso. Llevadas a cabo
con éxito estas operaciones, licenció a sus tropas para
que pasaran el invierno³⁸⁰.

Este era aquel en el que Aníbal, tras devastar las re-
giones más fértiles de Italia, se disponía a hibernar en
10 Gerunio, en Daunia³⁸¹; los romanos habían nombrado
cónsules a Cayo Terencio y a Lucio Emilio³⁸².

rétide se extendía al O. de los grandes lagos hasta el Apso, río sobre el cual se sitúa Antipatria.

³⁷⁹ Estas ciudades están situadas al SE. de Iliria, pero su localización es difícil.

³⁸⁰ Del año 217/216.

³⁸¹ Cf. III 100.

³⁸² Son Cayo Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo, los cónsules romanos vencidos en la batalla de Cannas.

Durante el invierno Filipo calculó que para llevar **109**
a cabo sus proyectos necesitaba de naves y de un cuer-
po de remeros, no para una batalla naval, pues no se **2**
creía capaz de un choque por mar contra los romanos,
sino más bien para transportar los soldados, trasladar-
los más aprisa al lugar propuesto y aparecer inespera-
damente ante el enemigo. En la suposición de que para **3**
esto los mejores astilleros eran los de Iliria, les en-
cargó la construcción de cien esquifes, siendo segura-
mente el primer rey macedonio que hizo esto. Los apa- **4**
rejó, concentró sus fuerzas y cuando empezó el verano
entrenó a los macedonios por breve espacio de tiempo
en el arte de remar y zarpó. Eran los días en que An- **5**
tíoco había atravesado el Tauro. Filipo navegó por el
Euripo, dobló la punta Malea y se presentó en Léucade
y en Cefalenia. Allí fondeó y esperó impaciente la flota
romana. Avisado de que ésta había anclado en el Lilibeo, **6**
zarpó con más confianza y avanzó, navegando en direc-
ción a Apolonia.

Cuando estaba ya cerca de la desembocadura del **110**
río Aoo, que fluye junto a la ciudad de los apoloniatas,
invadió a su escuadra un pánico semejante al que a
veces se da en los ejércitos de tierra. Lo que sucedió **2**
fue que algunos esquifes que navegaban a retaguardia
habían fondeado en la isla de Sasos³⁸³, que está en la
entrada del mar Jonio. Estos esquifes se presentaron de
noche a Filipo y las tripulaciones le advirtieron que
junto a ellos habían echado anclas unas naves proce-
dentes del estrecho de Mesina. Sus dotaciones les ha **3**
bían avisado de que en Regio habían dejado unas pen-
teras romanas que navegaban rumbo a Apolonia para
ayudar a Escerdiledas. Filipo supuso que, a no tardar, **4**
una flota formidable se le iba a echar encima y cogió

³⁸³ Esta isla, actualmente llamada Sasona, pertenece a Albania.

miedo; mandó levar anclas al instante y deshacer la
 5 navegación que ya habían hecho. La operación de zarpar y la retirada se hicieron en medio de un desconcierto general. Al cabo de dos días atracó en Cefalenia;
 6 se había singlado sin parar, día y noche. Allí cobró un poco de ánimo y se quedó, bajo el pretexto de que
 7 debía componer ciertos asuntos en el Peloponeso. Pero en realidad le había sobrevenido un temor sin funda-
 8 mento. Es verdad que Escerdiledas, informado durante el invierno de que Filipo había ordenado la construcción de muchos esquifes, temía que éstos se le presentaran por mar y, por esto, había enviado legados a los romanos, a ponerles en guardia y en demanda de ayuda.
 9 Pero los romanos sólo le mandaron diez naves restadas a su escuadra del Lilibeo: eran precisamente las
 10 que habían sido vistas en Regio. Si Filipo no hubiera huido tan absurdamente, presa del pánico, muy probablemente habría alcanzado sus objetivos en Iliria, puesto que los romanos sólo pensaban y hacían preparativos para la batalla de Cannas, contra Aníbal; incluso quizás
 11 hubiera capturado aquellas naves romanas. Pero ahora, confundido por aquel aviso se retiró a Macedonia, indemne sí, pero sin gloria.

111 En esta misma época, Prusias
 llevó a cabo una gesta digna de
 2 *Prusias y los galos* mención. Los galos que el rey Átalo había hecho acudir desde Europa para su guerra contra Aqueo, pues tenían fama de valerosos, desertaron del rey citado, por los recelos reseñados más arriba. Devastaron, de manera salvaje y violenta, las poblaciones del Heles-
 3 ponto y acabaron por poner sitio a Ilion. Pero los habitantes de Alejandría, en Tróade, realizaron entonces
 4 una hazaña no desprovista de nobleza; enviaron a Temisto con cuatro mil hombres, levantaron el cerco de Ilion, echaron de toda Tróade a los galos, a quienes

interceptaron los suministros, y frustraron los proyectos. Los galos retuvieron la ciudad llamada Arisbe³⁸⁴, 5 en el país de los abidenos, y desde allí atacaban y hacían la guerra a los habitantes de la región. Prusias 6 salió contra ellos con un ejército, dio una batalla en la que aniquiló a todos los hombres; masacró a sus mujeres y a sus hijos en su propio campamento, y concedió a sus soldados todo el bagaje enemigo. Mediante esta 7 operación libró de un gran miedo y peligro a las ciudades del Helesponto y dejó un espléndido ejemplo a los futuros, para que los bárbaros no pasaran tan fácilmente de Europa a Asia.

Epílogo

Ésta era la situación en Grecia 8 y en Asia. En Italia, después de la batalla de Cannas, la mayoría de las poblaciones se pasó a los cartagineses, como ya se ha expuesto más arriba³⁸⁵. Nosotros, ahora detendremos la 9 narración en esta fecha, ya que hemos explicado la historia de Asia y la de Grecia que abarca la Olimpíada ciento cuarenta. En el libro siguiente, tras una breve 10 recapitulación del libro introductorio, pasaremos a tratar de la constitución romana, de acuerdo con la promesa inicial.

³⁸⁴ En Tróade. Ya sale en el «Catálogo de las Naves» homérico, *Iliada* II 836. Era una colonia milesia o de Mitilene. También la cita HERÓDOTO, I 151.

³⁸⁵ Cf. III 118, 2-5.

LIBRO VI¹

(FRAGMENTOS)

- 1 Soy muy consciente de que algunos no van a entender cómo establecemos aquí³ una solución de continuidad, sin seguir el hilo de la exposición, y situamos en este punto la apología de la constitución⁴ citada. Pero
- Fragmentos de la introducción*²

¹ Para una recta comprensión de este libro VI de Polibio es necesaria una lectura atenta y detenida, teniendo el texto griego delante, del fundamental artículo de CLAUDE NICOLET, «Polybe et les institutions romaines», inserto en la obra *Polybe. Neuf exposés...* Este libro VI sobre la constitución romana es una digresión útil y necesaria. Su descripción responde a la constitución romana entre los años 218-180 a. C. (Pédech, en la discusión del artículo citado de Nicolet, pág. 264.) Pero la exposición de Polibio es fragmentaria, y ello no sabemos si se debe a una intencionalidad del autor o a que el epitomador ha suprimido lo que le ha parecido menos importante u oportuno. Véase, en el artículo citado de NICOLET, «Les silences de Polybe», páginas 215-222.

² El libro VI de Polibio es el primero que se conserva sólo en fragmentos, que, sin embargo, dan una visión cabal de lo que era el libro. Parece, sin embargo, que el orden de los capítulos tal como hoy lo disponen los editores no es el originario de la primera redacción polibiana. Pero fue el mismo Polibio quien posteriormente intercaló el tratamiento de temas condicionados por hechos históricos recientes. Véase NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, passim, pero especialmente en la pág. 193. Por lo

creo que en muchos pasajes de mi obra ha quedado claro, ya desde el principio, que esta parte de mi exposición es algo indispensable en el conjunto. Se ha ³ dicho principalmente en la presentación preliminar⁵, en el comienzo de mi historia, donde afirmamos que, de nuestra obra, lo más bello y, al mismo tiempo, lo más útil para los lectores en su dedicación sería comprender y profundizar cómo pudo suceder y cuál fue la constitución que lo consiguió, que los romanos llegaran a dominar casi todo el mundo en menos de cincuenta y tres años⁶, cosa que no tiene precedentes. Lo ⁴ he estado pensando, y no he encontrado lugar más apropiado que el presente para someter a la atención y a la crítica lo que nos disponemos a exponer acerca de la constitución romana. Del mismo modo que quie- ⁵ nes pretenden emitir un juicio sobre la vida privada de personas negligentes o bien muy activas, si se proponen que este juicio sea correcto, basarán su análisis no en los períodos tranquilos de su vida, sino en sus peripecias desafortunadas y en los momentos felices de los grandes éxitos, en la convicción de que la prueba ⁶

demás, WEIL-NICOLET, en su edición *Polybe, VI*, París, 1977, anteponen a estos primeros fragmentos de la introducción una serie de textos extraídos del mismo Polibio, en los que se hace referencia al contenido de este libro VI, primordialmente la constitución romana. Pero no todos los textos ofrecen una referencia indudable; cf. la discusión de WALBANK, *Commentary*, pág. 636.

³ La batalla de Cannas (216 a. C.).

⁴ «Constitución» es una traducción cómoda, pero no totalmente exacta del término griego *politeía*, o bien *politeuma*, que también puede significar «estado», «ciudad». Véase NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 223.

⁵ Es el mismo comienzo de la obra de Polibio.

⁶ Estos años se cuentan desde 220/219 a. C. (inicio de la segunda guerra púnica) y 168/167 (batalla de Pidna, que para Polibio es el inicio del dominio universal de Roma, cf. ANTONIO TOVAR-MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ, *Historia de Grecia*, Barcelona, 3.ª ed., 1972, pág. 339). Cf. WALBANK, *Commentary*, I 1, 5.

de la perfección humana consiste únicamente en la capacidad de soportar con nobleza y entereza los cambios de fortuna⁷, no de otra manera es preciso con-
 7 templar una constitución. Yo no veo cambio mayor o más radical que el que han experimentado⁸ los romanos en nuestra época, y por esto he desplazado hasta este lugar el tratamiento de la constitución citada. La magnitud del cambio se puede ver por lo que sigue.

2 Lo que resulta atrayente y, a la vez, útil para los estudiosos es la contemplación de las causas y la selec-
 2 ción, en cada caso, de la más convincente. En todo asunto, y en la suerte o en la fortuna adversa, debemos creer que la causa principal es la estructura de la cons-
 3 titución, ya que de ella brotan, como de una fuente, no sólo las ideas y las iniciativas en las empresas, sino también su cumplimiento.

Si una mentira resulta inverosímil, no la pueden defender los que yerran.

3 De aquellos estados griegos que con frecuencia han llegado a ser grandes y, con frecuencia tam-
Las diversas constituciones bién, han experimentado un cam-
 bio⁹ total en dirección opuesta,

resulta fácil la interpretación del pasado y la predic-
 2 ción de su futuro. En efecto: describir lo que ya se sabe no ofrece dificultades, y predecir el futuro no es nada intrincado si nos guiamos por lo que ya ha suce-

⁷ Pensamiento claramente estoico. Polibio pensaba posiblemente en su propio cautiverio tras la batalla de Pidna.

⁸ En rigor, el verbo griego recubierto por esta palabra puede significar también «han sufrido», pero el contexto no parece admitir este significado.

⁹ La palabra griega correspondiente (*metabolê*) es un término médico existente aún (en sus derivados) en la medicina actual. Polibio concibe una constitución como un ser viviente. Sobre la culminación y caída de los estados, cf. PLATÓN, *Leyes* III 676b-c.

dido. Pero en el caso concreto de los romanos no es 3
nada sencillo ni comentar la situación actual, debido
a la complejidad de su constitución, ni predecir el fu-
turo, porque ignoramos ¹⁰ sus instituciones pretéritas,
tanto las públicas como las privadas. Se precisa, pues, 4
una atención no vulgar en la investigación si se pretende
alcanzar una sinopsis nítida de las cualidades distin-
tivas del régimen romano.

La mayoría ¹¹ de los que quieren instruirnos acerca 5
del tema de las constituciones, casi todos sostienen
la existencia de tres tipos de ellas: llaman a una «rea-
leza», a otra «aristocracia» y a la tercera «democracia».
Pero creo que sería muy indicado preguntarles si nos 6
proponen estas constituciones como las únicas posibles,
o bien, ¡por Zeus!, solamente como las mejores. Me 7
parece que en ambos casos yerran. En efecto, es evi-
dente que debemos considerar óptima la constitución
que se integre de las tres características citadas ¹². De 8
ella hemos encontrado una experiencia no teórica, sino

¹⁰ Polibio olvida aquí intencionadamente las obras de sus predecesores que han descrito la historia de Roma. Sin embargo, más tarde nos dará, en este mismo libro (11a), una arqueología romana que recuerda la de Tucídides.

¹¹ El origen de la división tripartita parece ser de origen sofista: de Hipódamo de Mileto lo recogió Aristóteles, a quien llegó a través de Ion de Quíos o de ciertos pitagóricos. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Pero un debate sobre los tipos de constitución se da ya en HERÓDOTO, III 82, 1.

¹² La constitución mixta que, en este libro, Polibio cita aquí por primera vez, no era, naturalmente, un descubrimiento suyo. La primera referencia la encontramos en TUCÍDIDES, VIII 97, 2. ARISTÓTELES nos recuerda que ya algunos tuvieron por mixta la constitución de Gortina (*Política* II 12, 1273b, 35), pero la constitución mixta por excelencia entre los griegos es la de Esparta, como Polibio expone más abajo. Con todo, la fuente inmediata de Polibio, en cuanto a la teoría de la constitución mixta, es Dicearco, en una obra hoy perdida.

práctica cuando Licurgo¹³ estructuró la primera constitución de los espartanos, que presentaba estas peculiaridades. Sin embargo, tampoco se puede admitir que sólo existan estas tres variedades: hemos visto constituciones monárquicas y tiránicas que, aunque difieran grandemente de la realeza, parece que tengan cierta afinidad con ella: de ahí que todos los monarcas mientan y usen del nombre «realeza» mientras les es posible. Han existido también muchas constituciones oligárquicas que parecen tener alguna semejanza con las aristocracias, cuando, por así decir, distan mucho de ellas. Y la misma afirmación es válida para la democracia.

La verdad de lo dicho se demuestra por lo siguiente: no todo gobierno de una sola persona ha de ser clasificado inmediatamente como realeza, sino sólo aquel que es aceptado libremente y ejercido más por la razón que por el miedo o la violencia. Tampoco debemos creer que es aristocracia cualquier oligarquía; sólo lo es la presidida por hombres muy justos y prudentes, designados por elección. Paralelamente, no debemos declarar que hay democracia allí donde la turba sea dueña de hacer y decretar lo que le venga en gana. Sólo la hay allí donde es costumbre y tradición ancestral venerar a los dioses, honrar a los padres, reverenciar a los ancianos y obedecer las leyes; estos sistemas, cuando se impone la opinión mayoritaria, deben ser llamados democracias. Hay que afirmar, pues, que existen seis variedades de constituciones: las tres repetidas por todo el mundo, que acabamos de mencionar, y tres que les son afines por naturaleza¹⁴: la monarquía¹⁵, la

¹³ Polibio se apoya aquí en Platón y Aristóteles. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁴ «Afines por naturaleza», porque cada buena constitución comporta en sí el germen que la hará degenerar.

¹⁵ En todo este tratado de las constituciones la palabra «mo-

oligarquía y la demagogia. La primera que se forma 7
 por un proceso espontáneo y natural es la monarquía,
 y de ella deriva, por una preparación y una enmienda,
 la realeza. Pero se deteriora y cae en un mal que le es 8
 congénito, me refiero a la tiranía, de cuya disolución
 nace la aristocracia. Cuando ésta, por su naturaleza, 9
 vira hacia la oligarquía, si las turbas se indignan por
 las injusticias de sus jefes, nace la democracia. A su 10
 vez, la soberbia y el desprecio de las leyes desembocan,
 con el tiempo, en la demagogia. Se puede constatar 11
 clarísimamente la verdad de mis afirmaciones, si nos
 paramos a pensar en los principios naturales, la génesis
 y las transformaciones de cada constitución, porque 12
 sólo quien considera cómo nace cada una de ellas podrá
 entender también su desarrollo, su culminación, sus
 transformaciones, su final y cómo, cuándo y de qué
 manera acontecen. He creído que esta es la manera 13
 más adecuada a mi exposición, principalmente en lo que
 atañe a la constitución romana, porque explica na-
 turalmente, a partir del principio, su estructura y su
 crecimiento.

Quizás la exposición de las transformaciones natu- 5
 rales de una constitución en otra se profundiza más en
 Platón¹⁶ y otros filósofos, pero tales estudios resultan
 complicados y muy largos, y, consecuentemente, son
 accesibles a pocos; aquí intentaremos sólo llegar a lo 2
 que exige la historia política y el nivel medio de la inte-
 ligencia; procuraremos recorrer compendiadamente la

narquía» ha de ser tomada en el sentido estrictamente etimo-
 lógico: «gobierno de un solo hombre». Muchas veces este hom-
 bre es un tirano. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. y WEIL-NICOLET,
Polybe, VI, París, 1977, pág. 72, en nota. Por lo demás, se ve
 claro que Polibio distingue inmediatamente entre «monarquía»
 y «realeza».

¹⁶ Pero Polibio no se inspira directamente en Platón, sino
 en algún discípulo más reciente de la escuela peripatética.

- 3 materia. Si la presentación da la impresión de adolecer de deficiencias por el hecho de ser generalizadora, el examen detallado de los temas tratados a continuación compensará sobradamente las dudas que ahora puedan quedar.
- 4 ¿A qué ¹⁷ orígenes me refiero y de dónde afirmo que
- 5 surgen las primeras comunidades políticas? Cada vez

¹⁷ Aquí empieza la famosa anaciclosis de Polibio. En esta sección nuestro historiador describe, en esquema, la secuencia del desarrollo político por el que las formas de constitución se suceden unas a otras en un proceso cíclico. En la anaciclosis polibiana parecen confluir dos tradiciones separadas: a) una sobre el origen de la cultura, que se remonta a los sofistas y, especialmente, a Protágoras, y b) otra sobre las causas de la corrupción en los estados (7-9). La primera idea germinal de todas estas teorías se encuentra, seguramente, en Solón cuando dice que la *anomía* (desgobierno) lleva a la tiranía. Pero Platón es el primero en formular explícitamente esta teoría (*Rep.* VIII 544c). No puedo seguir aquí la detalladísima introducción de WALBANK, *Commentary*, ad loc., a esta anaciclosis polibiana; sólo decir que Polibio contempla su exposición íntimamente ligada a la constitución mixta (cf. nota 12) y que la considera un fenómeno biológico de origen, crecimiento, culminación y declive. Pero este declive, esta recaída en el estado caótico inicial no dice Polibio que conduzca necesariamente a la reinstauración del ciclo. Puede que el estado óptimo para Polibio sea el de «rey», por oposición a «monarca», que, como vimos en una nota anterior, para Polibio tiene la connotación de tirano. Pero Polibio no deja de tener ante sus ojos la constitución romana, para él difícilmente explicable por su complejidad y por la ignorancia de su pasado. Su espejo son las ciudades griegas, pero, a pesar de todo, la Roma del s. II a. C. debe ser tenida en cuenta. En la consideración de Polibio hay personajes romanos, principalmente Catón el Censor y Escipión Emiliano, como ejemplos positivos. El contraste de la virtud de estos hombres con la juventud romana corrompida por el lujo y el poder de Roma conduce a Polibio al pesimismo: de la realeza se pasó a la tiranía, de ésta a la aristocracia. Posiblemente, Polibio considera la nación romana ya en declive. Para él, el momento culminante habrían sido las dos primeras guerras púnicas. Con todo, cf. n. 128, la cosa no está muy clara. Como sea, Polibio dedica especial atención a estas dos guerras en su obra.

que por inundaciones, por epidemias, por malas cosechas o por otras causas por el estilo se produce un aniquilamiento de la raza humana, como los que sabemos que ya se han dado, razón que hace pensar que se repetirán, incluso con frecuencia, en tal caso desaparecen 6 las costumbres y las habilidades de los hombres. Cuando los supervivientes se multiplican de nuevo como una simiente y, a medida que transcurre el tiempo, llegan a ser multitud, entonces ocurre, por descontado, lo 7 mismo que con los seres vivos restantes¹⁸: los hombres se reúnen. Es lógico que lo hagan con sus congéneres, en razón de su debilidad natural. Ineludiblemente el que sobresalga por su vigor corporal o por la audacia de su espíritu dominará y gobernará. En efecto: lo que 8 se comprueba en las otras especies irracionales vivientes, debemos considerarlo como obra rigurosamente auténtica de la naturaleza. Y entre los demás seres vivos es notorio que se imponen los más fuertes: así entre los toros, los jabalíes, los gallos y otras bestias semejantes. Es natural que al principio también las vidas 9 de los hombres discurren así, en manadas, como los animales: se sigue a los más fuertes y vigorosos. Su límite en el gobierno es su fuerza; a eso podemos llamarlo «monarquía». Pero cuando, con el tiempo, en 10 estos grupos de hombres la convivencia hace surgir el compañerismo se da el inicio de la realeza, y entonces por primera vez nacen entre los humanos las ideas de belleza y de justicia, e igualmente las de sus contrarios¹⁹.

¹⁸ La comparación de la sociedad de hombres con grupos de animales era un tópico de la sofística. Pero, en XVIII 15, 16, Polibio señala nítidamente la distinción entre hombres y animales, por lo demás ya insinuada aquí cuando se dice que los hombres siguen al más fuerte, no por ser coaccionados, sino por convicción.

¹⁹ Polibio recuerda activamente la máxima aportación de

- 6 La manera como estas nociones nacen y se des-
2 arrollan es la siguiente: los seres humanos tienden por
naturaleza a la unión sexual, de la que se sigue el naci-
miento de hijos; cada vez que uno de ellos, llegado a la
edad adulta, no agradece ni presta ayuda a los que le
cuidaron en su crecimiento, sino que, por el contrario,
3 les daña y habla mal de ellos, es lógico y natural que
esto desagrade y ofenda a los que lo ven y saben los
cuidados de los progenitores, las angustias que pasa-
ron por sus hijos y cómo los alimentaron y se preocu-
4 paron de ellos. El linaje humano se distingue de los
otros seres vivos en que sólo él puede razonar y calcu-
lar; no sería natural que los hombres no se apercibie-
ran de la diferencia reseñada; los otros seres vivos,
5 ciertamente, la desconocen. Los hombres tienen con-
ciencia de lo sucedido y se indignan al punto, porque
prevén el futuro y piensan que también a ellos les puede
6 ocurrir algo parecido. Y así cuando, para poner otro
ejemplo, alguien que está apurado recibe de otro una
ayuda o un socorro, y no se muestra agradecido a su
bienhechor, antes al contrario, procura dañarle: es claro
y natural que los que se dan cuenta de ello se enojen
contra un hombre así y les repugne, irritados por tal
ofensa al prójimo e imaginándose a sí mismos en aquella
7 situación. De todo esto nace en cada hombre una cierta
noción²⁰ del deber, de su fuerza y de su razón, cosas
que constituyen el principio y la perfección de la jus-
8 ticia. De modo semejante, siempre que un hombre de-
fienda a los restantes en un riesgo y se oponga y resista
la arremetida de los animales más fuertes, es natural
que la masa del pueblo le otorgue distintivos de honor

Grecia al mundo occidental: la abstracción como principio de cualquier desarrollo científico e intelectual.

²⁰ Aquí la tradición manuscrita es insegura: quizás deba leerse, en vez de *énnoia* (noción), *theoría* (visión), pero, en cualquier caso, el sentido varía poco.

y de favor, pero de reprobación y de disgusto, a quien hubiera hecho lo contrario. Y así también es explicable 9 que en las gentes nazca un concepto de lo bueno y de lo malo, así como de la diferencia que hay entre estas dos nociones. La primera será objeto de imitación y de emulación, por las ventajas que comporta; la segunda lo será de repulsa. Cuando, entre estos hombres, el jefe, 10 el que detenta la suprema autoridad, pone su fuerza de acuerdo con las nociones citadas, en armonía con los pareceres de la multitud, de modo que sus súbditos llegan a creer que da a cada uno lo que merece, aquí 11 ya no actúa el miedo a la fuerza bruta; es, más bien, por una adhesión a su juicio por lo que se le obedece y se conviene en conservarle el poder incluso cuando envejece; le protegen y combaten a su favor contra los que conspiran para derrocarlo. De esta manera se pasa in- 12 advertidamente de la monarquía a la realeza²¹, cuando la supremacía pasa de la ferocidad y de la fuerza bruta a la razón.

Así se forma naturalmente entre los hombres la pri- 7 mera noción de justicia y de belleza, y de sus contrarios, éste es el principio y la génesis de la realeza auténtica. Y el poder es reservado no solamente a estos 2 reyes, sino también a sus descendientes, al menos en la mayoría de casos, pues el pueblo cree que los engendrados por tales hombres y educados por ellos tendrán unas disposiciones semejantes. Si eventualmente los des- 3 cendientes de estos reyes son causa de disgusto, la elección de nuevos reyes y de gobernantes ya no se hace según el vigor corporal o el coraje, sino según la superioridad de juicio y de razón, pues las gentes ya tienen experiencia, basada en las mismas obras, de la diferencia existente entre los dos tipos de cualidades. Antigua- 4

²¹ La idea implícita es que el crecimiento de los conceptos éticos pasa de la monarquía (= tiranía) a la realeza.

- mente, una vez elegidos para la realeza, los que deten-
taban esta potestad envejecían en ella: fortificaban y
amurallaban los lugares estratégicos y adquirían tie-
rras, tanto por razones de seguridad como para garan-
tizar abundancia de lo necesario a sus subordinados.
- 5 Al propio tiempo, el afanarse por esto les libraba de
toda calumnia y envidia, porque ni en los vestidos ni
en la comida ni en la bebida se distinguían de los demás.
Llevaban una vida muy semejante a la de sus conciui-
dadanos, pues en realidad compartían la del pueblo.
- 6 Pero cuando los que llegaban a la regencia por sucesión
y por derecho de familia dispusieron de lo suficiente
para su seguridad y de más de lo suficiente para su
7 manutención, entonces tal superabundancia les hizo
ceder a sus pasiones y juzgaron indispensable que los
gobernantes poseyeran vestidos superiores a los de los
súbditos, disfrutaran de placeres y de vajilla distinta
y más cara en las comidas y que en el amor, incluso
8 en el ilícito, nadie pudiera oponérseles. De ahí surgió
la envidia y la repulsa que, a su vez, causó odio y una
irritación maligna. En suma, la realeza degeneró en
tiranía, principio de disolución y motivo de conspira-
9 ciones entre los gobernados. Los complots, los organi-
zaba no precisamente la chusma, sino hombres magná-
nimos, nobles y valientes, porque eran ellos los que
menos podían soportar las insolencias de los tiranos.
- 8 La masa, cuando recibe caudillos, junta su fuerza
a la de ellos por las causas ya citadas y elimina total-
mente el sistema real y el monárquico; entonces empieza
2 y se desarrolla la aristocracia. El pueblo, en efecto,
para demostrar al instante su gratitud a los que derri-
baron la monarquía, les convierte en sus gobernantes
3 y acude a ellos para resolver sus problemas. Al prin-
cipio, estas nuevas autoridades se contentaban con la
misión recibida y antepusieron a todo el interés de la
comunidad; trataban los asuntos del pueblo, los públi-

cos y los privados, con un cuidado prudente. Pero cuando, a su vez, los hijos heredaron el poder de sus padres, por su inexperiencia de desgracias, por su desconocimiento total de lo que es la igualdad política y la libertad de expresión, rodeados desde la niñez del poder y la preeminencia de sus progenitores, unos cayeron en la avaricia y en la codicia de riquezas injustas, otros se dieron a comilonas y a la embriaguez y a los excesos que las acompañan, otros violaron mujeres y raptaron adolescentes: en una palabra, convirtieron la democracia en oligarquía. Suscitaron otra vez en la masa sentimientos similares a los descritos más arriba²²; la cosa acabó en una revolución idéntica a la que hubo cuando los tiranos cayeron en desgracia.

Porque si alguien se apercibe de la envidia y del odio que la masa profesa a los oligarcas y se atreve a decir o a hacer algo contra los gobernantes, encuentra al pueblo siempre dispuesto a colaborar²³. Inmediatamente, tras matar a unos oligarcas y desterrar a otros, no se atreven a nombrar un rey, porque temen todavía la injusticia de los pretéritos; no quieren tampoco confiar los asuntos de estado a una minoría selecta, pues es reciente la ignorancia de la anterior. Entonces se entregan a la única confianza que conservan intacta, la radicada en ellos mismos: convierten la oligarquía en democracia y es el pueblo quien atiende cuidadosamente los asuntos de estado. Mientras viven algunos de los que han conocido los excesos oligárquicos²⁴, el orden de cosas actual resulta satisfactorio y se tienen en el máximo aprecio la igualdad y la libertad de expresión. Pero cuando aparecen los jóvenes y la demo-

²² A 7, 7 ss.

²³ Estas mismas ideas vienen expuestas por PLATÓN al final del libro VIII de la *República*.

²⁴ Literalmente, dice: «el poder excesivo», pero se refiere, evidentemente, al de los oligarcas.

cracia es transmitida a una tercera generación, ésta, habituada ya al vivir democrático, no da ninguna importancia a la igualdad y a la libertad de expresión. Hay algunos que pretenden recibir más honores que otros; caen en esto principalmente los que son más ricos. Al punto que experimentan la ambición de poder, sin lograr satisfacerla por sí mismos ni por sus dotes personales, dilapidan su patrimonio, empleando todos los medios posibles para corromper y engañar al pueblo. En consecuencia, cuando han convertido al vulgo, poseído de una sed insensata de gloria, en parásito y venal, se disuelve la democracia, y aquello se convierte en el gobierno de la fuerza y de la violencia²⁵; porque las gentes, acostumbradas a devorar los bienes ajenos²⁶ y a hacer que su subsistencia dependa del vecino, cuando dan con un cabecilla arrogante y emprendedor, al que, con todo, su pobreza excluye de los honores públicos, desembocan en la violencia. La masa se agrupa en torno de aquel hombre y promueve degollinas y huidas²⁷. Redistribuye las tierras y, en su ferocidad, vuelve a caer en un régimen monárquico y tiránico.

Éste es el ciclo de las constituciones y su orden natural, según se cambian y transforman para retornar a su punto de origen. Quien domine el tema con profundidad puede que se equivoque en cuanto al tiempo

²⁵ Las dos palabras griegas correspondientes siempre se han tenido por sinónimas y así he traducido yo mismo. Sin embargo, NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 221, insinúa que la segunda palabra griega (*kheirokratía*), que es un *hápax*, no significa «violencia, sino «preponderancia de votos». Es curioso que, después, no recoge este matiz en la traducción WEIL-NICOLET, *Polybe*, VI, ad loc., que es posterior al libro ginebrino. Detalles de este tipo no faltan en su traducción.

²⁶ Es el «devorador de presentes» de HESÍODO (*Trabajos y Días* 39, 221, 264).

²⁷ Todos los comentaristas aluden aquí a la revolución de Cineta, narrada por Polibio en IV 21, 6.

que durará un régimen político, pero en cuanto al crecimiento de cada uno, a sus transformaciones y a su desaparición es difícil que yerre, a no ser que su juicio resulte viciado por la envidia o por la animosidad. En 12 lo que, particularmente, atañe a la constitución romana, es principalmente a partir de estas consideraciones como llegaremos a entender su formación, su desarrollo y su culminación, y, al propio tiempo, el cambio en dirección inversa que se producirá a partir de este estado. Porque si hace poco tiempo que lo he dicho de otras 13 constituciones, la romana posee igualmente un principio natural desde sus comienzos, un desarrollo y una culminación, así que experimentará de modo semejante una recesión hacia sus principios, cosa que se podrá 14 comprobar por las partes que seguirán a ésta ²⁸.

De momento trataré brevemente la legislación de 10 Licurgo, tema que no se sale del marco de mis designios. Él llegó a comprender que todas las evoluciones 2 enumeradas se cumplen natural y fatalmente, y así consideró que cada variedad de constitución simple y basada en un principio único resulta caduca: degenera muy pronto en la forma viciosa inferior que la sigue naturalmente ²⁹. Una comparación: el orín, para el hie- 3 rro, y la carcoma y ciertos gusanos, para la madera, son enfermedades congénitas que llegan a destruir estos materiales incluso cuando no sufren ningún daño externo ³⁰. De modo no distinto, con cada una de las consti- 4 tuciones nace una cierta enfermedad que se sigue de ella naturalmente. Con la realenza nace el desmejora-

²⁸ Polibio repite ideas ya expuestas (cf. IV 13-14).

²⁹ Polibio supone, anacrónicamente, que Licurgo, el legislador espartano, conocía ya el tipo de constitución mixta.

³⁰ Aquí hay una reminiscencia clara de PLATÓN, *República* X 608c-f, precisamente en su demostración de la inmortalidad del alma. Pero hay muchas diferencias de detalle. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

miento llamado tiranía; con la aristocracia, el mal llamado oligarquía, y con la democracia germina el salvajismo de la fuerza bruta. Y es inevitable que con el tiempo todos los regímenes políticos citados anteriormente no degeneren en sus inferiores, según el razonamiento que acabo de apuntar. Licurgo lo previó y promulgó una institución no simple ni homogénea, sino que juntó en una las peculiaridades y las virtudes de las constituciones mejores. Así evitaba que alguna de ellas se desarrollara más de lo necesario y derivara hacia su desmejoramiento congénito; neutralizada por las otras la potencia de cada constitución, ninguna tendría un sobrepeso ni prevalecería demasiado, sino que, equilibrada y sostenida en su nivel, se conservaría en este estado el máximo tiempo posible, según la imagen de la navegación con viento contrario³¹. La realeza no podía ensoberbecerse por temor al pueblo, porque a éste se le había concedido competencia³² suficiente en la constitución; el pueblo, por su parte, no podía aventurarse a despreciar a los reyes por el miedo que le infundían los ancianos, quienes, elegidos por votación, según sus méritos, se aprestaban siempre a decidir con justicia. Así la parte venida a menos debido a que se mantuvo fiel a sus normas, acabó por convertirse en superior y más fuerte por el soporte que recibía de los ancianos.

³¹ Aquí los manuscritos griegos presentan la palabra *áploia*, que en toda la literatura griega sólo sale aquí (*hápax legómenon*). Su sentido exacto es muy oscuro; Hultsch interpreta: «agua que se mantiene al mismo nivel dentro de un tubo que apunta al horizonte», pero este sentido es muy alambicado. Pöschl propone: «orzar en dirección a». Otros proponen (como Weil-Nicolet) sustituir la palabra por otra, y traducen: «según el principio de compensación» (*antipátheia*).

³² Tanto Weil-Nicolet como Paton traducen el término griego *merís* por «parte», pero el propio NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...* en la pág. 226, traduce el término por «competencia», «atribución», que da un sentido más riguroso y adecuado.

Licurgo, pues, estructuró así la constitución espartana 11 y la aseguró entre los espartanos el tiempo más largo que conocemos ³³.

Licurgo promulgó esta constitución de modo pací- 12 fico, porque de alguna manera había previsto el origen y las etapas naturales de cada estatuto: los romanos acabaron por conseguir para su patria una situación idéntica, pero no por alguna previsión, sino con muchas 13 luchas y peligros; una reflexión sobre las peripecias 14 que sufrieron les enseñó a escoger lo mejor; así llegaron al mismo resultado que Licurgo, al sistema mejor entre las constituciones actuales.

Esta ciudad la llaman Palantio ³⁵, 11a nombre tomado de su propia metrópolis, en Arcadia... Dicen algunos historiadores, entre ellos Polibio de Megalópolis, que el nombre deriva de un

La arqueología romana ³⁴
niño llamado Palantio, que murió en este lugar. Era hijo de Heracles y de Launa, la hija de Evandro; su tío materno le

³³ Polibio piensa que la decadencia de Esparta empieza con la derrota de Leuctra (371 a. C.).

³⁴ La obra de Polibio no carece de contradicciones y aquí hay una muy clara: en este mismo libro, en 3, 3, el autor dice que el desconocimiento del pasado de Roma es una de las causas que imposibilitan predecir la evolución futura de su constitución. Sin embargo, el estado de formación y de crecimiento de la república romana se da en 4, 13 de este libro, y en IX 13-14. La tradición indirecta atestigua sin ambages que Polibio había tratado la fundación de Roma, y Cicerón declara que Polibio investigó con más cuidado que nadie la historia de los reyes romanos primitivos. Es posible que el que, a partir del libro VI, seleccionó los fragmentos polibianos, cada vez más escasos a medida que avanza la obra, se diera cuenta de la contradicción y suprimiera personalmente esta parte. Es seguro que Polibio no escribió de una sola vez y de corrido este libro VI, sino que efectuó en él, tras una primera redacción, intercalaciones posteriores. Pero el problema subsiste: ¿qué sentido tienen entonces sus afirmaciones en cuanto a la ignorancia de la antigua historia romana? La explicación más obvia es que se refiera

amontonó un túmulo en lo alto de un otero y denominó el lugar Palantio, según el nombre del niño (DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades romanas* I 31, 32).

- 2 Porque yo no he creído suficiente lo que hace Polibio de Megalópolis; se limita a afirmar: «Estoy convencido de que Roma fue fundada en el año segundo de la séptima olimpiada», ni apoyar esta convicción en el solo y único testimonio, sin verificación, de la tablilla custodiada por el Pontífice Máximo (DIONIS. I 74) ³⁶.
- 3 Cuando tratan de Aristódemo de Elea, dicen algunos historiadores que la inscripción de atletas empezó en la olimpiada veintisiete, de los vencedores naturalmente; en épocas anteriores no se inscribía a nadie porque las gentes de antes no lo hacían. El primer vencedor inscrito, Corebo de Elea, vencedor de la carrera en el estadio, lo fue en la Olimpiada veintiocho, y ésta es la Olimpiada en la que los griegos establecen el inicio de su cronología; Polibio da la misma versión que Aristódemo (EUSEBIO, *Crónica* 194) ³⁷.

a un conocimiento insuficiente, aunque la afirmación de Cicerón no cuadraría mucho. Es más, en su amplio comentario, WALBANK, *Commentary*, ad loc., afirma que, aun para los historiadores latinos, Polibio ha sido la fuente más importante, y hace de ello una interesante discusión. Pero la contradicción existe: lo que podemos pensar es que Polibio, en este caso concreto, no limó lo suficiente su afirmación, que quedó desnivelada.

³⁵ Palantio: la alusión a él se discute. WALBANK, *Commentary*, ad loc., cree que se trata directamente de la colina romana del Palatino; véase su discusión que explica la relación del mito con la ciudad arcadia de Palantio. Weil-Nicolet, en cambio, piensan que se trata de la ciudad arcadia, indirectamente relacionada con Roma a través de los protagonistas del mito, Evandro y Launa (la Lavinia de Virgilio).

³⁶ Esta opinión de Polibio sitúa la fundación de Roma en el año 773 a. C., pero parece poco fundamentada, y, desde luego, los autores de la antigüedad no la apoyan. La fecha más comúnmente admitida es la del año 753 a. C. (véase *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, 3.^a ed., 1972, pág. 926) o, con una pequeña variación, el 751 a. C. (cf. PAUL PÉDECH, *Neuf exposés...*, pág. 53).

³⁷ Es el año 776 a. C., fecha normalmente aceptada como correcta. Véase WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Entre los romanos, como dice Polibio en el libro sexto, se 4
prohíbe a las mujeres beber vino; ellas beben el llamado «passos»,
elaborado con pasas, parecido al vino dulce que se bebe en
Egóstenes³⁸ y al vino de Creta³⁹; por eso, cuando la sed las
abrsa, toman este sucedáneo. Y es imposible que pase desapercibida la mujer que ha tomado vino: en primer lugar, nunca disponen de él, y, además, debe besar a sus padres, a sus suegros y aun a sus sobrinos, y esto cada día, en el mismo instante que los ve por primera vez. Asimismo, al no saber con quién conversará, con quiénes se encontrará, toma sus precauciones, porque la cosa, sólo con que haya probado un poco de vino, no necesita acusación ante el juez (ATENEIO X 56)⁴⁰.

Así, Numa Pompilio, después de haber gobernado con gran 5
paz y concordia durante treinta años (seguimos principalmente a nuestro Polibio, pues no ha habido nadie más diligente que él en la investigación de este período) murió (CICERÓN, *De la República* II 14, 27)⁴¹.

Dice Polibio en el libro sexto: «también fundó la ciudad de 6
Ostia, en la orilla del Tíber» (ESTEBAN DE BIZANCIO)⁴².

³⁸ Ciudad de la región de Mégara.

³⁹ El vino de Creta es dulce y de gran consistencia; todavía hoy el viajero que recorre el centro de la isla puede ver, en verano, los granos de uva cuidadosamente depositados sobre esteras, en el suelo de la propia viña, para que les dé el sol, o bien colgados los racimos en los travesaños de los arriates. El satírico latino Juvenal ya conocía su cualidad: «*pingue antiquae de littore Cretae*». (XIV 270-271.)

⁴⁰ Esta curiosa noticia de la prohibición de beber vino a las mujeres en Roma la dan, también, otros autores de la antigüedad y debe de ser cierta; PLINIO, *Historia Natural* XIV 89, llega a citar el caso de un ciudadano romano que mató a su mujer porque había bebido vino. La única finalidad de Polibio al exponer esta ley es cumplir su propósito (III 3) de dar noticia de las costumbres públicas y privadas.

⁴¹ Esta noticia es universalmente aceptada y puede, además, me parece, sugerir dos cosas: quizás Polibio compusiera este libro VI como una historia completa de la monarquía romana y, en segundo lugar, quizás fuera él, es decir Numa Pompilio, quien prohibiera beber vino a las mujeres.

⁴² Polibio vivió largamente en Roma; Ostia no está en la orilla del Tíber, sino a unos veinticinco kilómetros del río. Por

- 7 Lucio⁴³, el hijo de Demátrato el corintio, zarpó hacia Roma fiado de sí mismo y de sus riquezas. Estaba convencido de que alcanzaría el número uno entre los ciudadanos, debido a ciertas circunstancias. Su esposa⁴⁴ estaba dotada de una habilidad innata y colaboraba en todas las acciones emprendidas por su marido. Llegó a Roma, consiguió la ciudadanía e, inmediatamente, se adaptó a los gustos del rey. Congenió con él muy pronto, por los suministros que le proporcionaba, también por su habilidad connatural y, principalmente, por la educación recibida desde niño, de manera que gozó de gran aceptación y confianza. Con el tiempo se introdujo de tal modo, que Marcio le asoció a la dirección y a la administración de los asuntos. En ello colaboró siempre

lo demás, la frase de Polibio, tal como nos ha sido transmitida, carece de sujeto gramatical, pero si fuera Numa, aquí Polibio habría incurrido en un error, pues consta, ciertamente, que el fundador de Ostia fue Anco Marcio. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. También puede consultarse, en cuanto a la ubicación de Ostia, *Weltatlas*, I, pág. 40.

⁴³ Lucio Tarquinio. Es el primero de los Tarquinios. El pasaje siguiente refuerza la idea de que Polibio escribió una historia de la monarquía romana. Pero es dudosa la tradición de que Tarquinio fuera de ascendencia griega (hijo de Demátrato), con lo cual se querría patentizar que la cultura romana procedía de la griega. El nombre «Tarquinio» recuerda fuertemente el etrusco *Tarcón* y, además, es más verosímil que un rey de Roma fuera de procedencia etrusca que griega. La idea de que Polibio escribió verdaderamente una historia de la monarquía romana viene corroborada por DOMENICO MUSTI, *Polibio e la storiografia romana. Neuf exposés...*, pág. 132, quien añade que Polibio trata, incluso sistemáticamente, la historia de los primeros siglos de la república romana. Según él, su fuente sería el historiador romano Fabio (que escribió en griego). Cf. la nota 16 del libro I.

⁴⁴ Parece que el nombre de la mujer era Tanaquil, que después pasó a significar sistemáticamente «esposa». Cf. JUVENAL, *Sát. VI* 566: *consulit te Tanaquil tua*. Sin embargo, Varrón la llama Caya Cecilia.

y, cuando se presentaban necesidades, siempre organizó algo útil. Al mismo tiempo, en la provisión de subsistencias, actuó en todo caso de manera generosa y acertada. En muchos halló agradecimiento y todos le mostraron su adhesión. Por su bondad, gozó de buena fama y, finalmente, llegó a ser rey.

Hacía algo propio de un hombre sensato y prudente ⁸ cuando reconocía, según dice Hesíodo, que es mejor la mitad que el todo ⁴⁵.

Aprender a ser sinceros con los dioses es un aguijón que nos incita a decirnos mutuamente la verdad ⁴⁶.

En la mayor parte de los asuntos humanos los hombres ⁹ tienen una tendencia natural a velar por lo que han adquirido y a perder lo que han recibido sin esfuerzo.

A partir de esta fecha, treinta ¹¹
años ⁴⁸ después de la invasión de
Grecia por Jerjes, la organiza-
ción de los diversos elementos del
régimen se perfeccionó continua-
mente ⁴⁹ y alcanzó su culminación, su cúspide en los

*La plenitud de la
República romana* ⁴⁷

⁴⁵ El verso es de HESÍODO, *Trabajos y Días* 40.

⁴⁶ ¿Tras leer esto, se puede negar la creencia religiosa de Polibio? Ya en el primer volumen cité mi artículo sobre el tema.

⁴⁷ Tras haber expuesto el crecimiento de la constitución mixta, Polibio, en los capítulos 11-18, la examina, diríamos, a pleno rendimiento. También aquí parece haber sido Fabio la fuente de Polibio. Cf. la nota 42.

⁴⁸ Los editores, hasta Weil-Nicolet exclusive, han supuesto una laguna antes de la expresión griega «treinta años», la cual origina problemas de difícil solución (cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.). Pero Nicolet afirma, en las notas suplementarias a su edición, *Polybe*, VI, pág. 146, que nunca ha habido tal laguna, sino que simplemente hubo una distanciación excesiva de las palabras por parte de un copista en el original griego (cf. aparato crítico de su edición griega), lo que corta de raíz toda discusión; las fechas concuerdan exactamente: treinta años después del paso de Jerjes a Grecia (480 a. C.), o sea, hacia el 450,

tiempos de Aníbal, en los que hemos iniciado nuestra
2 digresión. Por eso ahora que se ha descrito su origen,
intentaremos exponer la situación⁵⁰ del tiempo en que,
perdida la batalla de Cannas, Roma corría el riesgo
3 de una ruina definitiva. Me doy clara cuenta de que
mi explanación parecerá, más bien, deficiente a los na-
cidos ya en la época de plena vigencia de esta consti-
4 tución, porque omito ciertas particularidades. Éstos la
conocen íntegramente (desde su niñez les han sido fa-
miliares tales costumbres y leyes), y no se maravillarán
5 de lo expuesto, sino que buscarán lo que falta; supon-
drán que el autor no ha omitido intencionadamente
pequeñas diferencias, sino que no las declara por igno-
rancia; desconoce las causas y conexiones de este ré-
6 gimen. Si yo las hubiera mencionado, no lo habrían
admirado, diciendo que son detalles superfluos, pero
puesto que las omito, las buscan y las declaran indis-
pensables, porque quieren parecer más sabios que los
7 historiadores. Pero un crítico justo no puede valorar a
los autores según sus omisiones, sino según sus afirma-
8 ciones. Si en ellas dan con algo falso, pueden concluir
que las omisiones se deben a ignorancia, pero si todo

empieza la fase de «perfección» de la constitución romana. Es la época del decemvirato, exactamente el 449 a. C., en el consulado de Lucio Valerio Potito y Marco Horacio. La mención al paso de Jerjes se ha hecho en atención a los lectores griegos.

⁴⁹ El texto de este pasaje ha sido discutido porque la construcción sintáctica griega aquí no es impecable, debido seguramente a un descuido del que hizo la selección. WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce: «after the details of the roman political order had, from this time onwards and prior the Hannibalic war, continued to be ever more well arranged», pero propone alternativamente otra traducción: «one of those (details) receiving particular elucidation». Aquí he aceptado la traducción de Weil-Nicolet.

⁵⁰ En una constitución, Polibio distingue: *sýstasis* (origen) *sýstēma* (situación en un tiempo determinado) y *katástasis* (estabilidad). Cf. NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 248-9.

lo que dicen es exacto, han de conceder que las omisiones no se deben a ignorancia, sino que se han hecho con toda intención.

Esto es lo que yo he pretendido aclarar sobre los 9 que juzgan a los autores interesadamente, y no con justicia.

Un tema examinado oportunamente puede ser apro- 10 bado o desaprobado con toda razón, pero si su examen es inoportuno y se hace no en su contexto adecuado, la afirmación más exacta y verdadera hecha por un autor no sólo parecerá inaceptable, sino incluso absurda.

Así, pues, estas tres clases de gobierno que he cita- 11 do dominaban la constitución y las tres estaban ordenadas, se administraban y repartían tan equitativamente, con tanto acierto, que nunca nadie, ni tan siquiera los nativos, hubieran podido afirmar con seguridad si el régimen era totalmente aristocrático, o democrático, o monárquico. Cosa muy natural, pues si nos fijáramos 12 en la potestad de los cónsules, nos parecería una constitución perfectamente monárquica y real, si atendiéramos a la del senado, aristocrática, y si consideráramos el poder del pueblo, nos daría la impresión de encontrarnos, sin ambages, ante una democracia. Los tipos 13 de competencia que cada parte entonces obtuvo y que, con leves modificaciones, posee todavía en la constitución romana se exponen a continuación.

Los cónsules, mientras están en Roma y no salen 12 de campaña con las legiones, tienen competencia sobre todos los negocios públicos. Los magistrados restantes 2 les están subordinados y les obedecen, a excepción de los tribunos; también corresponde a los cónsules presentar las embajadas al senado. Además de lo dicho, 3 deliberan, asimismo, sobre asuntos urgentes, en caso de presentarse, y son ellos los que ejecutan íntegramente los decretos. Igualmente, las cuestiones concer- 4 nientes a tareas del estado que hayan de ser tratadas

- por el pueblo, corresponde a los cónsules atenderlas, convocar cada vez la asamblea, presentar las proposiciones y ejecutar los decretos votados por la mayoría.
- 5 Su potestad es casi absoluta en lo que concierne a preparativos bélicos y a la dirección de las campañas:
- 6 pueden impartir las órdenes que quieran a las tropas aliadas, nombrar los tribunos militares, alistar solda-
- 7 dos y escoger a los más aptos. Además, en campaña, tienen la potestad de infligir cualquier castigo a sus
- 8 subordinados. Disponen a su arbitrio de los fondos públicos: les acompaña siempre un cuestor, presto a
- 9 cumplir las órdenes recibidas. Si se considerara sólo este aspecto, no sería inverosímil decir que esta cons-
- 10 titución es simplemente monárquica o real⁵¹. Y si alguno de los puntos concretados o que se concretan a continuación se modifica ahora o dentro de algún tiempo, esto no podrá ser tenido como argumento contra esta exposición mía actual.
- 13 La atribución principal del senado es el control del erario público, porque ejerce potestad sobre todos los
- 2 ingresos y sobre la mayor parte de los gastos. Aparte de lo que abonan a los cónsules, los cuestores no pueden disponer de fondos públicos sin autorización del senado.
- 3 Éste dispone también el dispendio mayor, el más costoso, que ordenan cada cinco años los censores para restaurar y reparar los edificios públicos; los censores
- 4 deben recabar la autorización del senado. De modo semejante, caen bajo la jurisdicción del senado los delitos cometidos en Italia que exigen una investigación pública, como son traiciones, perjurios, envenenamientos,
- 5 asesinatos. También en Italia, si la conducta de un individuo o de una ciudad reclama un arbitraje, un in-

⁵¹ Recuérdese que, en Polibio, «monarquía» y «realeza» no son sinónimos y que la primera es una forma inferior (a veces una degeneración) de la segunda.

forme pericial, una ayuda o una guarnición, de todo esto cuida el senado. Es incumbencia de éste enviar 6 embajadas a países no italianos, cuando se necesita ya sea para lograr una reconciliación, para hacer alguna demanda o, ¡por Zeus!, para intimar una orden, para recibir la rendición de alguien o para declarar la guerra. Cuando llegan embajadores a Roma, el senado 7 decide lo que debe contestárseles y el comportamiento que debe seguirse con cada uno. En todo lo que se ha relacionado hasta ahora, el pueblo no tiene participación alguna, de modo que a quien llegue a Roma en 8 ausencia de los cónsules, la constitución romana le parecerá perfectamente aristocrática. Esta convicción la tienen muchos griegos, y algunos reyes ⁵², porque han tratado sus asuntos únicamente con el senado.

Después de todo esto, nos podremos preguntar, ra- 14 zonablemente, cuáles son las atribuciones reservadas al pueblo en esta constitución y cómo son, ya que el sena- 2 do tiene jurisdicción sobre todo lo descrito, y principalmente dispone los ingresos y los gastos; por su parte, los cónsules tienen un poder autárquico para disponer los preparativos de guerra y, durante las campañas, detentan la autoridad suprema. Con todo, al pue- 3 blo no le falta su parcela, que es precisamente la más pesada. En la constitución romana el pueblo, y sólo el 4 pueblo, es el árbitro que concede honores o inflige castigos ⁵³, el único puntal de dinastías y constituciones y, en una palabra, de toda la vida humana. En las na- 5 ciones en las que estos valores no se diferencian o, aunque sean conocidos, no se aplican cabalmente, es imposible que haya algo administrado con rectitud:

⁵² De monarquías helenísticas.

⁵³ Sobre el paralelo: honor (*timē*) y castigo (*timōría*), puede leerse NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 236 ss., quien observa un leve desajuste legal, vista la legislación romana: en rigor no corresponde al pueblo juzgar, sino a los tribunales.

¿sería lógico que lo fuera, si buenos y malos gozan de la misma estimación? Con frecuencia el pueblo juzga las multas que se deben imponer para resarcirse de los daños sufridos, lo cual ocurre principalmente cuando la multa es importante y los reos han detentado altos cargos; el pueblo es el único que puede condenar a muerte. En tales ocasiones rige entre ellos una ley consuetudinaria muy digna de elogio y de recuerdo: cuando alguien es juzgado y condenado a muerte, la costumbre le permite exiliarse a la vista de todo el mundo e irse a un destierro voluntario, a condición de que, de las tribus que emiten el veredicto, una se abstenga y no vote; los exiliados gozan de seguridad en Nápoles, en Preneste, en Tíbur⁵⁴ y en otras ciudades confederadas. Además, el pueblo es quien confiere las magistraturas a aquellos que las merecen: es la más hermosa recompensa de la virtud en un estado. El pueblo es soberano cuando se trata de votar las leyes; su máxima atribución es deliberar sobre la paz y la guerra, y también sobre las alianzas, tratados de paz y pactos; es el pueblo quien lo ratifica todo, o lo contrario. De manera que no es un error decir que el pueblo goza de grandes atribuciones en la constitución romana y que ésta es democrática.

He aquí, pues, cómo queda distribuido⁵⁵ el poder político entre las diversas formas de régimen; ahora se tratará de cómo cada una de éstas puede, a voluntad, cooperar, o bien oponerse a las demás⁵⁶. Los cónsules,

⁵⁴ Ciudades del Lacio.

⁵⁵ Este «distribuir» es un término técnico.

⁵⁶ Las discusiones entre la división de atribuciones entre cónsules, senado y pueblo son enormemente prolijas y serían impropias de este comentario. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., págs. 673-697, y NICOLET *Polybe. Neuf exposés...*, passim, pero, especialmente, págs. 238-243. El mismo Nicolet tiene una nota muy interesante en la edición de WEIL-NICOLET, *Polybe, VI*, pá-

cuando han alcanzado la potestad descrita⁵⁷ y salen de campaña, dan la impresión de detentar un poder absoluto para el cumplimiento de su misión, pero en realidad necesitan del senado y del pueblo, y sin ellos son incapaces de realizar totalmente su cometido. Es evidente que las tropas deben recibir suministros continuamente, y sin un decreto del senado los campamentos no pueden recibir provisiones ni de trigo, ni de vino, ni de pan, de manera que si el senado se propusiera ser negligente o entorpecer las cosas, los designios de los generales no podrían cumplirse. Depende también del senado que los planes o las decisiones de los generales se cumplan o no, porque, transcurrido un año, es él quien envía un segundo general, o bien prorroga el mando del que está en activo. Asimismo, es de su incumbencia celebrar con pompa y esplendor los éxitos de los generales, o, al contrario, quitarles importancia y atenuarlos. Lo que, entre los romanos, se llama el «triunfo», mediante lo cual se pone a la vista de los ciudadanos una imagen clara de las hazañas realizadas por los generales, no se puede organizar con toda su magnificencia y, a veces, ni tan siquiera organizarse, sin el consentimiento del senado, que concede la asignación correspondiente para tal celebración. A los cónsules les es imprescindible gozar de popularidad, incluso cuando su ausencia de la ciudad es ya muy prolongada,

ginas 149-150, cuya tesis general apunto: contra lo creído comúnmente, el investigador italiano P. CATALANO, en su artículo «La divisione del potere in Roma, a proposito di Polibio e di Catone», en *Studi Grossi*, Turín, págs. 667-691, demuestra que hay una divergencia entre la exposición polibiana y la de Catón, de cuya obra quedan escasos fragmentos; Polibio, en este aspecto, coincide hasta en lo más mínimo con Cicerón. Pero esto no es lo que pensaba Nicolet anteriormente, quien veía en la exposición de Polibio un fiel reflejo de la obra catoniana. Cf. NICOLET, *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 246.

⁵⁷ Cf., más arriba, 12, 5 ss.

porque el pueblo, como dije más arriba, es quien ratifica, o no, los tratados de paz y los pactos. Lo más principal es que al dejar el cargo deben rendir cuentas de su actuación, de manera que los cónsules no pueden, en ningún caso, confiarse y descuidar la adhesión del pueblo o del senado.

16 Éste, por su parte, por más que disponga de un poder tan vasto, en las cuestiones públicas debe tantear al pueblo y atraérselo: si el pueblo no ratifica sus decisiones, no puede realizar ni aun las investigaciones más graves e importantes concernientes a delitos contra la constitución⁵⁸ castigados con pena de muerte. Lo mismo pasa con ciertos asuntos que, al senado, le afectan directamente: el pueblo es soberano de proponer, o no, leyes que menoscaben de alguna manera sus potestades tradicionales, las precedencias y honores de que los senadores disfrutaban e, incluso, ¡por Zeus!, puede cercenar sus propiedades personales. Y lo que es más importante: si un tribuno se opone, el senado no puede ejecutar sus propios decretos y ni tan siquiera constituirse en sesión o reunirse de alguna otra manera. Los tribunos han de atender siempre al parecer del pueblo e inquirir previamente, en cualquier caso, cuál es su voluntad. De manera que, según todo lo dicho, el senado ha de respetar y tener siempre en cuenta al pueblo.

17 De modo no distinto, éste está subordinado al senado y debe explorar cómo piensa éste acerca de los asuntos públicos y también de los privados. En efecto, son muchas las obras que los censores adjudican en toda Italia para dotar y restaurar los edificios públicos. La

⁵⁸ El texto griego es algo ambiguo y es posible otra traducción: «...las investigaciones más graves e importantes que se pueden llevar a cabo referentes a asuntos de estado». Ello implica una leve modificación en el texto griego, posibilidad vista ya por Casaubon. Consúltase una edición crítica del texto griego.

enumeración no es fácil: ¡son tantos los ríos, puertos, jardines, minas, campos, en resumen, todo lo que ha pasado a la dominación romana! Todo lo administra 3 el pueblo y se podría decir que prácticamente todo el mundo depende del trabajo y de lo que se gana en esto: unos adquieren en persona las adjudicaciones, a través 4 del censor; otros son socios de los primeros; otros salen como avaladores, y otros, todavía, en nombre de éstos, depositan su hacienda en el erario público. Todo lo que 5 se ha dicho cae bajo la incumbencia del senado, porque puede conceder una prórroga; si ocurre algún accidente, puede aligerar al deudor, y si pasa algo irremediable, puede rescindir el contrato. Hay también otras 6 muchas cosas en las que el senado favorece, o perjudica a los que administran la hacienda pública, pues el impuesto que grava las cosas citadas lo percibe el senado. Sin embargo, lo más importante es que para la mayo- 7 ría de asuntos, tanto públicos como privados, cuando la acusación es de cierta importancia, los jueces son senadores. De modo que los ciudadanos, sin excepción, 8 dependen del beneplácito del senado y temen la posibilidad de encontrarse en apuros: por eso van con mucho tiento si se trata de resistir o de entorpecer sus decisiones. Asimismo, difícilmente se oponen a las de los 9 cónsules, ya que, si se da el caso de una campaña, caen bajo su potestad tanto particular como colectivamente.

Éste es el poder de cada uno de los elementos del 18 sistema en lo que se refiere a favorecerse o a perjudicarse mutuamente. En cualquier situación esta estructura se mantiene debidamente equilibrada, tanto, que resulta imposible encontrar una constitución superior a ésta. Siempre que una amenaza exterior común obliga 2 a estos tres estamentos a ponerse de acuerdo, la fuerza de esta constitución es tan imponente, surte tales efectos, que no solamente no se retrasa nada de lo impres- 3 cindible, sino que todo el mundo delibera sobre el aprie-

que debe servir un soldado de caballería; el de infantería, dieciséis años⁶¹; en ambos casos, forzosamente antes de cumplir los cuarenta y seis de edad, con la excepción de los que tienen un censo inferior a cuatrocientos dracmas; éstos se alistan todos en la marina⁶². En casos de emergencia, los soldados de infantería han 3 de servir veinte años. Nadie puede ser investido de 4 cualquier magistratura, si no ha cumplido diez años íntegros de servicio. Cuando los magistrados que detentan el poder consular se aprestan a realizar una leva de 5 soldados, anuncian al pueblo reunido en asamblea el día en que deberán presentarse todos los romanos en edad militar. Esto se hace anualmente. Llegado el día 6 prescrito, todos aquellos que legalmente el ejército puede alistar se dirigen a Roma y se concentran en el Capitolio⁶³. Los tribunos militares más jóvenes se reparten, 7 según el orden en que han sido elegidos por el pueblo o por los cónsules, en cuatro grupos, porque entre los romanos la división primera y principal de sus efectivos militares es en cuatro legiones. Los cuatro tribunos más 8 antiguos vienen asignados a la legión llamada la pri-

tares romanos profesionales. Un buen artículo sobre la materia, pero muy genérico y poco aprovechable para un comentario, es el de E. W. MARSDEN, «Polybius as a military historian», en *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 269-301. Puede verse también Nicolet en las «Notes complémentaires», págs. 153-154, donde más que nada se da bibliografía útil.

⁶¹ Aquí el texto griego es paleográficamente inseguro, lo cual hace variar la indicación de años de servicio. Algunos manuscritos ponen sólo seis, pero ya Casaubon, en su edición ginebrina del texto griego, vio que la cifra era poco adecuada y puso «diez» delante.

⁶² Para servir a la vez de infantería de marina y de remeros.

⁶³ Parece que aquí Polibio ha compendiado excesivamente; en todo caso, no era imposible que todos los hombres convocados se presentaran en un solo día en el Capitolio. Cf. NICOLET, «Notes Complémentaires», de la edición WEIL-NICOLET, *Polybe, VI*, págs. 155, y WALBANK, *Commentary*, ad loc.

9 mera, los tres siguientes a la segunda, los cuatro siguientes a la tercera y los tres últimos a la cuarta. De los tribunos más antiguos, los dos primeros son asignados a la primera legión, los tres siguientes se sitúan en la segunda, los dos siguientes en la tercera y los tres últimos en la cuarta.

- 20 Concluida la elección y la asignación de tribunos, de manera que cada legión tenga el mismo número de
2 oficiales, éstos se reúnen en seguida, separadamente y agrupados según las legiones, para echar suertes sobre las tribus y las llaman según el orden que ha arrojado
3 el sorteo. De cada tribu escogen cuatro jóvenes soldados que tengan, más o menos, físico y edad similares.
4 Les mandan aproximarse y, primero, escogen los oficiales de la legión primera, después, los de la segunda, a continuación, los de la tercera y, finalmente, los de la
5 cuarta. Presentados cuatro jóvenes más, ahora son los oficiales de la segunda legión los primeros en seleccionar, y así sucesivamente; los últimos en elegir son los
6 oficiales de la primera legión. Se adelantan otros cuatro soldados, y ahora eligen, los primeros, los oficiales de la tercera legión y, en último lugar, los de la segunda.
7 Hecho de esta forma cíclica el encuadramiento de los soldados, cada legión recibe un conjunto de hombres
8 muy similar. Cuando se llega al número decretado (que es casi siempre cuatro mil doscientos soldados de infantería por legión, pero alguna vez cinco mil, esto si el
9 riesgo que se corre es excepcional), antiguamente se seleccionaba la caballería después de la elección de los cuatro mil doscientos soldados, pero ahora se empieza por aquí: la elección la hace el censor según las fortunas personales; a cada legión le vienen asignados trescientos jinetes ⁶⁴.

⁶⁴ Si bien una parte de los jinetes poseía su propio caballo, los demás lo recibían del estado (*equites equo publico*).

Después del alistamiento, realizado tal como se ha 21
descrito, los tribunos correspondientes reúnen a los ele-
gidos para cada legión, escogen al hombre más capaz
y le toman el juramento de que obedecerá a los oficiales 2
y cumplirá sus órdenes en la medida de lo posible.
Entonces, todos los restantes se van adelantando y 3
juran, uno por uno, declarando que harán exactamente
lo mismo que el primero.

Simultáneamente, los magistrados que detentan la 4
potestad consular pasan aviso a las autoridades de las
ciudades confederadas de Italia cuya participación en
la campaña se ha determinado: se les señala el número,
el día y el lugar al que han de acudir los seleccionados.
Las ciudades realizan un alistamiento no muy distinto 5
al que se ha descrito, se toma el juramento, se nombra
un general y un cuestor y se envía la tropa.

En Roma, mientras tanto, después del juramento, 6
los tribunos militares indican a cada legión la fecha y
el lugar en que deberán presentarse los hombres sin
armas; inmediatamente les mandan a sus casas. Los 7
hombres se presentan en el día fijado y los tribunos
eligen de entre ellos los más jóvenes y los más pobres
para formar los *velites*, los siguientes para los llamados
hastati, los hombres más vigorosos forman el cuerpo de
principes; los de más edad el de los *triarii*. Entre los
romanos, éstos son los nombres de las cuatro clases
de tropa de cada legión, distintos en edad y en equipo.
Su distribución es como sigue: los de más edad, los
llamados *triarii*, son seiscientos, los *principes* mil dos-
cientos, y también mil doscientos los *hastati*; los res-
tantes, que son los más jóvenes, son los *velites*. Si la
legión supera los cuatro mil hombres⁶⁵ se hace una dis-

⁶⁵ Exactamente, los cuatro mil doscientos. Cf. 20, 8.

tribución proporcional, a excepción de los *triarii*, cuyo número es siempre invariable⁶⁶.

- 22 A los más jóvenes los ordenan armarse de espada,
 2 jabalinas y de un escudo ligero, de construcción muy sólida y de tamaño suficiente para una defensa eficaz; es de forma abombada y tiene un diámetro de tres
 3 pies⁶⁷. Los *velites* usan un casco sin penacho, pero recubierto por una piel de lobo o de una bestia semejante, tanto para su defensa como para servir de distintivo: así cada jefe de línea⁶⁸ puede comprobar claramente
 4 los que se arriesgan con valor y los que no. La parte de madera de la jabalina tiene, aproximadamente, una longitud de dos codos, un dedo de espesor y su punta mide un palmo; esta punta es tan afilada y aguzada, que al primer choque se tuerce y el enemigo no puede dispararla; sin esto, la jabalina serviría a los dos ejércitos.
- 23 A los que siguen en edad, los llamados *hastati*, se
 2 les ordena llevar un equipo completo⁶⁹. El romano consta, en primer lugar, de un escudo de superficie convexa, de dos pies y medio de longitud y de cuatro

⁶⁶ Tito Livio hace una descripción en VIII 8, 1-7. Excepto el de *velites* (*grosphómakhoi*), los nombres son transcripciones del latín: *hastati*, los que combaten con *hasta* (= lanza), *principes* (= los que van en primera línea). Pero aquí sí que la terminología no refleja la situación de la época de Polibio, pues en ella los *principes* ocupaban la segunda línea, y eran los *triarii* los que, armados de *hasta*, ocupaban la retaguardia. Polibio se limita a transmitirnos la nomenclatura sin precisar más. Ciertamente, en su época el orden de las tropas en la batalla se condicionaba por su edad y vigor, a la vez que por su armamento; los *triarii*, los combatientes de edad más avanzada, constituían una especie de reserva que no siempre entraba en combate. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁶⁷ Algo menos de treinta centímetros.

⁶⁸ O bien, oficial subalterno, subordinado.

⁶⁹ Una descripción completa de todo este armamento, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

de anchura. El espesor de su reborde es, más o menos, 3
 de un palmo⁷⁰. Está construido por dos planchas circulares encoladas con pez de buey; la superficie exterior está recubierta por una capa de lino y, por debajo de ésta, por otra de cuero de ternera. En los bordes superior e inferior, este escudo tiene una orla de hierro que defiende contra golpes de espada y protege el arma misma para que no se deteriore cuando se deposita sobre el suelo. Tiene ajustada una concha metálica 5 (*umbo*) que lo salvaguarda contra piedras, lanzas y, en general, contra choques violentos de proyectiles. A este 6 escudo le acompaña la espada, que llevan colgada sobre la cadera derecha y que se llama «española». Tiene una 7 punta potente y hiere con eficacia por ambos filos, ya que su hoja es sólida y fuerte. Hay que añadir dos venablos (*pila*), un casco de bronce y unas tobilleras. Hay dos clases de venablos, los delgados y los gruesos. 9 De los pesados, unos son redondos y tienen un diámetro de un palmo; otros tienen una sección cuadrangular de un palmo de lado. Los delgados, que se llevan además de los otros, son como espadas de caza, de una longitud media. Todos estos venablos tienen un asta 10 que mide aproximadamente tres codos; a cada uno se le ajusta un hierro en forma de anzuelo, de la misma longitud del asta. Su inserción y su uso viene tan asegurado por el hecho de ir atado hasta media asta y 11 fijado por una tal cantidad de clavos, que, en el combate, antes de que ceda la juntura se rompe el hierro, aunque éste, en su base, por donde se implanta en la

⁷⁰ Aquí el texto griego es de lectura difícil por lo borroso del único manuscrito, pero se trata, en definitiva, de un escudo (*scutum*) mayor que el escudo de los *velites* (*parma*). El texto griego, tal como se puede adivinar, indicaría dos clases de escudos de este tipo, pero Büttner-Wobst modificó la lectura, en el sentido de la traducción dada aquí. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

- madera, tiene un grosor de un dedo y medio; tal es el
12 cuidado que ponen los romanos en esta inserción. Además, los *hastati* se adornan con una corona de plumas⁷¹, con tres plumas rojas o negras, de un codo cada una.
13 Cuando se la ponen en la cabeza y empuñan las armas, dan la impresión de ser el doble de altos, su figura es
14 arrogante e infunde pánico al enemigo. La mayoría de estos soldados completan su armamento con una plancha rectangular de bronce, de un palmo de lado, que se colocan a la altura del corazón; esta pieza se llama «pectoral», con la cual completan su equipamiento.
15 Pero los que tienen un censo superior a los diez mil dracmas no añaden este pectoral al resto de sus armas, sino que se revisten de una coraza fijada por cadenas.
16 Y un armamento igual a éste es el de los *principes* y de los *triarii*, sólo que estos últimos utilizan lanzas en vez de venablos.
24 De cada una de las clases ya citadas de soldados se escogen diez taxiarcos⁷² en orden a sus méritos. Después se lleva a cabo una segunda elección, de diez más.
2 Taxiarco, efectivamente, es el título que se les da; el que ha sido elegido en primer lugar tiene el derecho de asistir a los consejos. Los taxiarcos se adjudican, a continuación, un número igual de oficiales de retaguardia⁷³ (*optiones*). Seguidamente cada categoría de soldados viene dividida en diez secciones correspondientes a los diez taxiarcos primeros. De esta división se exceptúan los *velites*. A cada sección se le asignan dos
4 taxiarcos y dos oficiales de retaguardia. En cuanto a los *velites*, son distribuidos a partes iguales entre todos los grupos, habiéndose efectuado previamente su divi-

⁷¹ Para distinguirlos de los *velites*.

⁷² Es el equivalente exacto a centurión.

⁷³ El *optio* era un centurión sin funciones administrativas, es decir, sólo militares.

sión. Estos grupos son llamados «compañías» (*ordines*), «manípulos» (*manipuli*) o bien «estandartes» (*vexilla*), y sus comandantes, «centuriones» (*ordinum ductores*). Estos últimos, en cada sección, escogen los dos hombres más vigorosos y los nombran «portaestandartes» (*vexillarii*). Es muy lógico que sean dos los comandantes nombrados, porque lo que va a hacer un comandante o lo que le va a suceder es imprevisible; las operaciones bélicas no admiten excusas y no se quiere, absolutamente nunca, que una sección se quede sin el jefe correspondiente. Cuando los dos centuriones están en su lugar, el elegido en primer término manda el ala derecha de la sección; corresponde al segundo el mando de los hombres del ala izquierda. Cuando falta uno, el restante toma el mando de la unidad íntegra. Es deseable que los centuriones, más que osados y temerarios, sean buenos conocedores del arte de mandar, que tengan presencia de ánimo y que sean firmes no sólo para atacar con sus tropas aún intactas, o bien al principio del combate, sino también para resistir cuando están en inferioridad de condiciones o en un aprieto y para morir sin abandonar su puesto.

De manera semejante se habían distribuido los jinetes en diez escuadrones (*turmae*); tres hombres de cada uno son elegidos decuriones, que se escogen, ellos personalmente, tres subalternos. El decurión elegido en primer lugar manda toda la unidad; los otros dos ejercen las funciones de jefe de decena; sin embargo, a los tres se les llama «decuriones». Si falta el primero, el segundo le releva en sus funciones de jefe de la unidad. El armamento de los jinetes romanos es ahora muy semejante al de los griegos. Pero aquéllos, antes, no usaban coraza y entraban en combate simplemente con sus vestidos. Esto les facilitaba descabalgarse con rapidez y destreza y volver a montar, pero en los choques en formación cerrada se veían en inferioridad de condicio-

- nes por el hecho de combatir a pecho descubierto.
- 5 Además, sus lanzas eran ineficaces por dos motivos: primero, porque las fabricaban muy delgadas y, frágiles como eran, nunca alcanzaban el blanco propuesto; antes de clavar su punta en lo que fuera, los movimientos bruscos del caballo bastaban las más de las veces
- 6 para romperlas. Además, los romanos no aguzaban las puntas de estas lanzas, por lo que servían sólo para la primera arremetida, después de la cual, rotas, se les
- 7 convertían en inútiles y vanas. Los jinetes romanos usaban también antes unos escudos confeccionados con piel de toro, muy semejantes a las tortas en forma de ombligo que se ofrecen en los sacrificios. Pero estos escudos eran casi inservibles en caso de ataque, porque no tenían ninguna solidez; cuando las lluvias han enmohecido la piel y ésta se destroza, pierden la poca
- 8 utilidad que antes tenían. Por eso, porque la experiencia no les recomendó aquellas armas, los jinetes romanos adoptaron muy pronto el equipo griego, en el cual la primera herida de la punta de las lanzas resulta recta y eficaz, debido a su factura; la lanza es estable y resistente; además, el hierro de su base permite invertir
- 9 el arma y usarla con firmeza y con fuerza. Lo mismo cabe decir de los escudos griegos: resisten bien los golpes que vienen de lejos⁷⁴ y los asestados de cerca;
- 10 son escudos con los que se puede contar. Los romanos lo comprobaron y lo imitaron al punto. Ellos, más que cualquier otro pueblo, cambian fácilmente sus costumbres e imitan lo que es mejor que lo suyo.
- 26 Lista esta distribución e impartidas las órdenes referentes a las armas, los tribunos despiden a los soldados para que se dirijan a sus casas. Llegado el día en que juraron congregarse todos en el lugar designado
- 3 por los cónsules (cada cónsul ordena un lugar distinto

⁷⁴ Son los impactos de los proyectiles.

a sus legiones; a cada uno de ellos le corresponden dos, y una parte de los aliados), todos los alistados se presentan sin excusa que valga; la única causa eximente es un mal agüero o una imposibilidad física. Cuando ya se han reunido todos, romanos y aliados, los toman a su cargo y los organizan unos oficiales nombrados por los cónsules, los llamados *praefecti sociorum*, doce en total⁷⁵. Estos prefectos empiezan por elegir para los cónsules, de entre todos los aliados presentes, los jinetes y los soldados de infantería más aptos para el servicio activo; se les llama *extraordinarii*, término que en nuestra lengua significa «escogidos». El número de aliados, en total, resulta casi idéntico al de los romanos, en la infantería, pero en la caballería éstos acostumbran a ser triplicados por aquéllos. De todo este conjunto se escoge como *extraordinarii*, de los jinetes, aproximadamente la tercera parte, y de los soldados de infantería, la quinta. Todo el conjunto viene distribuido en dos grupos, llamados, uno, «ala derecha» y, el otro, «ala izquierda».

Cuando ha concluido todo debidamente, los tribunos toman a los romanos y a los aliados y empiezan a instalar el campamento. Para esta instalación, los romanos disponen de un esquema único y simple, que aplican en todo tiempo y lugar. Por esto me parece conveniente, en este punto, en la medida en que las palabras lo hagan claro, hacer comprensible a mis lectores la disposición de las fuerzas en marcha, acampadas y en orden de combate⁷⁶. Porque, ¿quién mostraría tan poco

⁷⁵ Doce para el conjunto de las cuatro legiones: cada una dispone de tres prefectos para mandar a los aliados que le son asignados. Estos prefectos eran ciudadanos romanos y no deben confundirse con los oficiales y pagadores ya mencionados en 21, 5.

⁷⁶ Este orden de combate no se nos ha conservado como descripción genérica en los extractos del libro VI, pero Polibio

interés hacia las obras bellas y preclaras, que no deseara conocer un poco más profundamente cosas tales que, una vez asimiladas, le hacen sabedor de una de las materias más dignas de mención y conocimiento?

- 27 El campamento de los romanos⁷⁷ es como sigue: se elige un lugar para acampar y, en el sitio más adecuado para la observación y para transmitir órdenes, se planta la tienda del general (*praetorium*). En el sitio donde se va a plantar se clava su banderín y, en torno a él, se marca un espacio rectangular cuyo centro es el banderín citado, los lados equidistan de él; miden unos cien pies; el área total resulta de unos cuatro pletros.
- 3 Las legiones romanas se establecen siempre por el lado exterior de esta figura y en la dirección que parece la más indicada para aprovisionarse de agua y de forraje; el orden es el siguiente. He dicho un poco más arriba que cada legión tiene seis tribunos. Cada cónsul está al mando de dos legiones; evidentemente, serán doce los
- 5 tribunos que salen a campaña con cada cónsul. Las tiendas de éstos se plantan en línea recta, paralela al lado elegido del rectángulo, a cincuenta pies de él: así queda un espacio suficiente para los caballos, las mulas
- 6 y todo el bagaje restante⁷⁸ de los tribunos. Estas tiendas se plantan con su parte trasera encarada hacia el rectángulo en cuestión y miran hacia el exterior, parte que

nos narra dispositivos de combate de diversas batallas en las que intervinieron los romanos.

⁷⁷ Esta descripción del campamento romano es la más clásica y completa de que disponemos, aunque no deja de presentar algún problema.

⁷⁸ Como antes no se ha hablado de bagaje, no se puede saber en qué ha consistido «el bagaje restante», pero se debe de tratar de lo que no son las tiendas en sí y todo lo que se cobija en ellas.

el lector debe considerar como anterior, el frontal de toda la figura, que es así como lo llamaremos siempre. Las tiendas de los tribunos están plantadas a la misma 7 distancia unas de otras y de forma tal que abarcan toda la anchura de las legiones romanas.

A partir de la línea frontal de estas tiendas, a cien 28 pies de distancia se traza una recta paralela a ellas, que marca el principio de la acampada, que se hace de la manera siguiente: se divide en dos partes la recta 2 en cuestión y, a lo largo de una perpendicular a esta línea, trazada desde su punto central, se instala la caballería de las dos legiones, frente a frente y separadas por un intervalo de cincuenta pies; la mediana perpendicular pasa por el punto medio de este intervalo. El 3 campamento de la caballería y el de la infantería son análogos; tanto para un estandarte como para un escuadrón, el conjunto forma un rectángulo. Estos rec- 4 tángulos están siempre orientados de cara a las calles (*viae*) y tienen una longitud de cien pies; casi siempre procuran que su anchura sea la misma, pero no en los aliados. Cuando las legiones superan la cifra más habi- 5 tual, los jefes amplían proporcionalmente la anchura y la longitud.

El espacio de la caballería forma, pues, a la altura 29 del punto medio de las tiendas de los tribunos, una especie de perpendicular a la recta indicada⁷⁹ ahora mismo y a la superficie que se extiende delante de los tribunos, porque realmente, la apariencia de todos estos 2 pasillos es la de una calle⁸⁰, ya que las compañías y los escuadrones han establecido su acampada a ambos lados y siguiendo la línea. Detrás de la caballería, que 3 ya hemos citado y, ofreciéndole la espalda, se sitúan los *triarii* de cada una de las legiones, en una disposición

⁷⁹ Cf. 28, 1.

⁸⁰ El nombre técnico romano es *via*.

- similar; a cada escuadrón corresponde un manípulo, situados en una figura idéntica, pero éstos se tocan entre sí, orientados ambos de cara al espacio ocupado por la caballería. La anchura de cada manípulo es sólo la mitad de su longitud, debido a que los *triarii* en número son la mitad de las otras clases. Aunque el número de hombres no es siempre el mismo, la longitud del campamento no varía, debido a la diferencia de profundidad. Seguidamente, a cincuenta pies de distancia de los *triarii* y de cara a ellos, acampan los *principes*. Como también éstos están orientados hacia los espacios intermedios que hemos citado, de nuevo se forman dos calles que parten del mismo origen que las de la caballería y desembocan, paralelamente, en aquel espacio libre de cien pies delante de las tiendas de los tribunos; acaban en aquel lado fortificado opuesto a estas tiendas, que al principio expliqué que era el frontal del plano, en su conjunto⁸¹. A continuación de los *principes*, detrás de ellos y dándoles la espalda, sin dejar espacio entre los rectángulos, se instalan de la misma manera los *hastati*. Puesto que hay diez manípulos en todas las clases, en virtud de la repartición inicial, el resultado es que todas las calles son de igual longitud y desembocan de la misma manera en el lado fortificado que está enfrente; los manípulos de esta extremidad están orientados hacia este lado cuando se planta el campamento.
- 30 A una distancia de cincuenta pies de los *hastati* y de cara a ellos, viene situada la caballería de los aliados, que empieza y acaba en las mismas líneas que los *hastati*. Ya he dicho antes⁸² que el número de soldados de infantería aliados es similar al de las legiones romanas, pero hay que deducir de su número a los «escogidos»;

⁸¹ Cf. 27, 6.

⁸² Cf. 26, 7.

el número de jinetes es doble, aun después de deducir a los «escogidos», que son aquí una tercera parte. Por 3 esto, cuando forman su campo, aumentan proporcionalmente la profundidad asignada a la caballería aliada, porque⁸³ intentan siempre que la longitud sea la misma que la de las legiones romanas. Pero cuando se 4 han completado las cinco calles, sitúan entonces los manipulos de la infantería aliada, al igual que los jinetes, en forma que aumenta la profundidad proporcionalmente a su número, orientados hacia la línea principal y hacia los dos flancos del campamento. En cada 5 manipulo, la primera tienda de cada uno de ambos costados es la de los centuriones. Acampados de la forma que se ha descrito, a los dos lados el escuadrón sexto está situado a una distancia de cincuenta pies del quinto, y las filas de la infantería a distancias similares, de 6 manera que aún se forma otra calle en medio del campamento, paralela a las tiendas de los tribunos. Es la vía llamada quintana⁸⁴, porque discurre entre las quintas distribuciones.

El espacio de detrás de las tiendas de los tribunos, 31 el que queda a ambas partes de la tienda del cónsul, sirve, uno, para foro, y el otro lo ocupa el cuestor con toda su impedimenta. Y desde la última tienda de los 2 tribunos, por cada lado, en formación divergente y orientada hacia las tiendas, acampan los «escogidos» de los jinetes y algunos de los voluntarios que van a combatir

⁸³ Paton interpreta: «para hacer su espacio en el campo igual al que ocupan las legiones romanas», pero es poco concebible que una parte de los aliados ocupe tanta superficie como la que ocupa la fuerza principal del campamento.

⁸⁴ Esta palabra existe en castellano y, precisamente, con esta acepción. Véase el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. Parece que algunas lenguas románicas carecen del término en cuestión.

- por amistad con el cónsul⁸⁵. Todos éstos acampan a los dos lados del campamento y están orientados, una parte, hacia el espacio reservado al cuestor y, los restantes, hacia el foro. Se trata de que no se limiten a acampar en las proximidades del cónsul, sino que, además, durante las marchas o cuando se emprende cualquier otra operación, atiendan a sus órdenes, o a las del cuestor.
- 4 Dando la espalda a éstos y de cara a la estacada, vienen situados los soldados de infantería que tienen un come-
- 5 tido similar al de los jinetes mencionados. A continuación queda un pasaje de cien pies de ancho, paralelo a las tiendas de los tribunos, pero al otro lado del foro, del cuartel general y de los servicios del cuestor; se extiende a lo largo de todas estas partes del campo que
- 6 he mencionado. En la parte superior de este pasaje acampan los jinetes «escogidos»⁸⁶ de los aliados, orientados hacia el foro, la tienda del general y la del cues-
- 7 tor. En la mitad de la acampada de estos jinetes, a la altura del emplazamiento del cuartel general, se deja un pasaje de unos cincuenta pies, que conduce hasta el extremo inferior del campamento y que forma ángulo recto con el pasaje más ancho mencionado ahora mis-
- 8 mo. Por su parte, los soldados «escogidos» de la infantería aliada vienen situados detrás de los jinetes citados, de cara a la estacada, el extremo posterior de
- 9 todo el campamento. El espacio que queda a derecha y a izquierda de estas tropas se reserva a los extranjeros y a aliados que, eventualmente, puedan acudir como refuerzo.
- 10 Todo es cual se ha dicho y la figura del campamento resulta cuadrada; su distribución, sus calles y su es-

⁸⁵ En el texto conservado, Polibio no ha mencionado anteriormente para nada a estos hombres.

⁸⁶ Estos «escogidos» (en latín *extraordinarii*) son los que no han sido seleccionados (31, 2): acampan delante de la infantería también «escogida».

estructura le hacen parecer una ciudad. Entre la estacada 11 y las tiendas hay, en todas direcciones, un espacio constante de doscientos pasos. Este espacio vacío es muy importante y muy útil. Se presta ventajosamente a la 12 entrada y a la salida de los ejércitos; cada unidad desemboca en este espacio por sus propias calles, y así no se dirigen todos a la misma vía y no se pisan los unos a los otros. Sitúan en este lugar los animales del 13 campamento y todo el botín arrebatado al enemigo, guardado aquí con seguridad durante la noche. Pero lo 14 más importante es que si se da un ataque nocturno, no hay proyectil, inflamado o no, que alcance a las tropas; las excepciones son raras y, si alguna vez las alcanza, los daños sufridos son nulos, debido a la gran distancia y al contorno⁸⁷ de las tiendas.

Dados los efectivos de infantería y de caballería en 32 las dos hipótesis, según que cada legión tenga cuatro o cinco mil hombres, dadas igualmente la profundidad, la longitud y el número de estandartes, dadas además las dimensiones de las vías y de los espacios libres e, igualmente, todos los demás elementos necesarios, basta con reflexionar para saber las medidas del área 2 del terreno y de su perímetro. Puede darse el caso de 3 que los efectivos de los aliados sean superiores en número, tanto si se trata de aliados que forman parte del ejército desde el principio de la campaña o de otros que las circunstancias hacen comparecer como refuerzo. Para estos aliados añadidos por las circunstancias 4 se llena, además de los emplazamientos mencionados, el espacio que queda a ambos lados del cuartel general, reduciendo el foro y la instalación del cuestor a las

⁸⁷ La palabra griega correspondiente (*perístasis*) indica o el emplazamiento mismo de las tiendas, o, quizás, la estacada, a distancia considerable de ellas, que prácticamente las preserva de efectos de un ataque enemigo.

- dimensiones estrictamente necesarias para el servicio;
- 5 para los aliados que participan en la expedición desde el principio, cuando su número es considerable, se añaden dos calles, una a cada lado de las legiones romanas, a lo largo de sus líneas laterales.
- 6 Cuando las cuatro legiones y los dos cónsules se encierran en un mismo atrincheramiento, no se puede pensar otra cosa sino que hay dos ejércitos acampados de la forma descrita, pero que se dan la espalda; la conjunción de ambos se efectúa a lo largo de la instalación de los «escogidos» respectivos, orientados, tal como se ha indicado ya, hacia la parte posterior del conjunto
- 7 de la acampada. Desde entonces el dispositivo toma la forma de un rectángulo; el terreno tiene una superficie doble del precedente y el perímetro se aumenta
- 8 en una mitad. De modo que cuando los dos cónsules acampan juntos, el campamento siempre es así; si acampan separadamente, lo hacen de manera no distinta; la única particularidad es que el foro, los servicios del cuestor y el cuartel general están situados entre los dos campamentos.
- 33 Lista ya la acampada⁸⁸, los tribunos congregan a todos los hombres, tanto libres como esclavos, y les
- 2 toman juramento, uno por uno. El juramento es: no robar nada dentro del campamento, al contrario, entregar a los tribunos cualquier cosa que encuentren.
- 3 Inmediatamente después, ordenan a dos manípulos de los *principes* y de los *hastati* de cada legión que tomen a su cuidado los lugares de delante de las tiendas de
- 4 los tribunos, porque la mayor parte de los romanos pasan el día en este espacio: de ahí que lo cuiden mucho
- 5 y lo rieguen y lo embellezcan solícitamente. De los dieciocho manípulos restantes, cada tribuno obtiene tres por sorteo; según mi descripción anterior, en cada cam-

⁸⁸ Aquí se empieza a tratar de la disciplina en el campo.

pamento son dieciocho los manípulos de los *hastati* y de los *principes*, y los tribunos son seis. Cada uno de 6
estos manípulos, por turno, prestan al tribuno los servicios siguientes: cuando han acampado, le montan la tienda y alisan la tierra que la rodea. Si, por razones de seguridad, se debe construir un cerco para una parte del bagaje, son ellos los que lo disponen. También hacen 7
dos guardias⁸⁹ (una guardia consta de cuatro hombres, dos de los cuales están apostados en la puerta de la tienda y dos detrás, donde están los caballos). Puesto 8
que cada tribuno tiene a su mando tres manípulos, cada uno de los cuales consta de más de cien hombres, incluso descontando los *triarii* y los *velites*, que no prestan servicios, este trabajo no resulta pesado; sólo cada 9
tres días corresponde a un manípulo estar de turno; los tribunos lo necesitan no únicamente por la comodidad que ofrece, sino también para conferir prestigio y autoridad, según lo que se ha descrito, al lugar de honor que detentan. Los manípulos de los *triarii* están exentos 10
del servicio a los tribunos: son ellos los que vigilan los escuadrones de caballería, y cada manípulo hace una guardia diaria del escuadrón que tiene enfrente. Su quehacer principal, dejando aparte otros, es tener 11
cuidado de los caballos, que no se enreden con sus ataduras y que no se hagan daño, con lo cual quedarían inútiles; deben procurar también que no se desaten y que no se ataquen mutuamente: llenarían el campamento de alboroto y confusión. Cada uno de los maní- 12
pulos, por turno, hace un día de guardia al cónsul: garantiza su seguridad contra posibles atentados y, al mismo tiempo, confiere esplendor a la majestad del mando.

⁸⁹ Había guardias diurnas (*excubiae*) y nocturnas (*vigiliae*). Polibio trata exclusivamente de las nocturnas.

- 34 A los aliados que acampan a los dos lados les corresponde la construcción de la fosa y la estacada de su lado correspondiente, y los dos restantes, a los romanos mismos, uno a cada legión. Cada lado viene distribuido en sectores, uno para cada manípulo; los centuriones lo inspeccionan todo personalmente. La supervisión general de todo un lado la hacen dos tribunos.
- 3 A cargo de ellos corre también la inspección de todo lo restante del campamento. Se dividen por parejas, que están de turno dos meses cada semestre; a los que lo están incumbe atender a todo lo que pasa en el campamento. Los prefectos de los aliados ejercen su cargo
- 4 de la misma manera. Los jinetes y los centuriones se presentan a primera hora de la mañana en las tiendas de los tribunos, y éstos comparecen delante del cónsul,
- 5 quien da a los tribunos las consignas urgentes; éstos, a su vez, pasan las órdenes a la caballería. Ésta transmite las órdenes a la tropa, a medida que va llegando el momento oportuno de cada cosa.
- 6
- 7 La transmisión correcta de la contraseña nocturna, la aseguran como sigue: de cada clase de tropa, tanto de infantería como de caballería⁹⁰, se escoge a un hombre del manípulo décimo, que es el acampado al final
- 8 de la calle correspondiente. Este hombre, que durante la guardia queda libre de cualquier otro servicio, se presenta cada día al anochecer en la tienda del tribuno, recibe de él la contraseña (que es una tablilla de ma-

⁹⁰ El texto es aquí conjetural y ofrece cierta dificultad. Véase una edición crítica griega. De todos modos, al hablar de «clase de tropa», tanto se puede entender lo relativo a su división específica, *hastati*, *triarii*, etc. como su clasificación por edades. La dificultad que ofrece el texto griego se refiere a si se trata del manípulo décimo, acampado al final de la vía correspondiente. En cuanto a la división de la clase de tropa, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., se decide sin vacilar por la primera posibilidad citada.

dera, escrita) y se retira. Regresa a su propio manípulo, 9 donde, en presencia de testigos, entrega la tablilla y otro trocito de madera al comandante del manípulo siguiente; éste hace lo propio con el que le es próximo. Todos hacen lo mismo, hasta que se llega a las primeras 10 tiendas del campamento, que están a continuación de las de los tribunos. Este manípulo debe devolver las tablillas al tribuno cuando todavía hay algo de luz. Si 11 lo devuelto es todo lo que fue entregado, el tribuno constata que la contraseña ha sido transmitida a todos y que, a través de todos, regresa a él. Si falta alguna 12 tablilla, se puede investigar lo sucedido, porque por la madera pequeña se sabe la sección que no ha librado la tablilla. Aquel que ha sido encontrado culpable de la retención es castigado con la sanción correspondiente.

Los romanos organizan las guardias nocturnas como 35 sigue: el cónsul y su tienda son vigilados por el manípulo más próximo, y las tiendas de los tribunos y los 2 escuadrones de caballería, por los hombres de cada manípulo ordenados tal como se apuntó. Pero también 3 cada compañía organiza su propia guardia; las restantes, las dispone personalmente el cónsul. Para la cus- 4 todia del cuestor se designan normalmente tres guardias, y para cada uno de los consejeros y legados ⁹¹, dos. Los *velites* ⁹² vigilan la parte exterior del campamento; 5 se pasan todo el día en la estacada. Éste es el servicio

⁹¹ Sobre estos legados, véase XXXV 4, 5. El consejo comprendía a todos los que habían alcanzado la dignidad consular y al primer centurión de cada legión (24, 2).

⁹² Los *velites* no deben acampar aquí, pero lo cierto es que Polibio no ha señalado dónde acampan. Hay una variante textual griega que dice, ciertamente, «acampan», pero parece que el espacio asignado es demasiado angosto, y algunos estudiosos distinguen entre estos *velites* que ejercen una función pasajera de vigilantes y el resto del cuerpo de ellos. Amplia discusión del tema, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

que tienen asignado; diez de ellos hacen guardia en cada portal. De los hombres apostados para la guardia, en cada sitio, al anochecer un oficial conduce al soldado del manípulo que debe efectuar la primera a la presencia del tribuno; éste entrega, para cada guardia, la contraseña, que es pequeña, con un grabado. Los centinelas la toman y se dirigen a los lugares que les han sido asignados.

- La responsabilidad de las rondas la toma la caballería. El primer decurión de cada legión debe dar a uno de sus suboficiales, ya de mañana, la orden de que designe, antes del desayuno, cuatro soldados de su escuadrón, a los que corresponderá hacer la ronda. El mismo decurión debe advertir al comandante del escuadrón próximo, al anochecer, que es él a quien le corresponderá organizar las rondas a la mañana del día siguiente.
- Este segundo decurión, al recibir el comunicado, ha de hacer, al día siguiente, lo que ya se ha descrito. Y de igual modo los decuriones de los escuadrones restantes. Los cuatro hombres escogidos por los suboficiales del primer escuadrón se sortean, entre ellos, los turnos de ronda y acuden, luego, a la tienda del tribuno, quien les entrega, por escrito, el turno que corresponde a cada uno, es decir, los lugares que debe recorrer. Tras lo cual, los cuatro se retiran a descansar en el lugar del primer manípulo de los *triarii*, porque es su centurión el que, al son de la trompeta, debe indicar los turnos.
- Llegado el momento, el hombre a quien ha correspondido el primer turno hace el recorrido que le corresponde y se lleva algunos amigos que eventualmente le servirán de testigos. Recorre los lugares indicados, no solamente los que hay al pie de la estacada, también las puertas y los guardias que hay en cada manípulo y en cada escuadrón. Si encuentra a los centinelas de la primera vela despiertos, recoge de ellos el trocito de madera citado, pero si encuentra algún hombre dor-

mido o que ha abandonado el lugar, toma por testigos a sus acompañantes, y se va. Exactamente igual sucede 4 con el resto de los hombres que hacen las rondas. Ya 5 he señalado que la indicación, al son de la trompeta, de cada turno, para que los que han de hacer la ronda inspeccionen los puestos en el momento oportuno, corresponde al centurión del primer manípulo de *triarii* de cada una de las dos legiones, a días alternos.

Cada uno de los hombres de la ronda devuelve, al 6 despuntar el día, las contraseñas al tribuno. Si éstas coinciden, en número con las que habían sido distribuidas, los hombres se retiran sin más. Pero si uno de 7 ellos devuelve un número de contraseñas menor al de los puestos inspeccionados, por las maderas se investiga cuál es la del puesto que falta. Efectuada la correspon- 8 diente comprobación, el tribuno convoca al centurión y éste acude con los centinelas del turno correspondiente, y se efectúa un careo judicial con los que hicieron la ronda. El testimonio aducido por los acompa- 9 ñantes del que hacía la ronda constata inmediatamente si la culpabilidad recae en los que hacían la guardia, pues están obligados a declararlo. Si no es así, la culpa recae sobre el que hacía la ronda.

Se convoca al punto el consejo de tribunos, se cele- 37 bra el juicio y, si el hombre es declarado culpable, se le apalea. El procedimiento ⁹³ es el siguiente: el tribuno, 2 provisto de una vara, roza suavemente al condenado. Pero inmediatamente todos los miembros de la legión 3 le apalean y le apedrean; en la mayoría de los casos el reo muere allí mismo. Y aunque sobreviva, esto no re- 4 presenta para él garantía alguna. ¿Porqué, cómo se podrían salvar? No les está permitido repatriarse y ningún pariente suyo se atrevería a dar cobijo a un individuo así. De modo que los que han caído una vez en esta

⁹³ Es el castigo llamado, entre los romanos, *fustuarium*.

- 5 desgracia, en realidad no tienen salvación. Un castigo
igual al descrito es infligido al suboficial o al jefe de
escuadrón de caballería, si no transmiten las consignas
correspondientes en el momento oportuno: el primero,
a los que hacen la ronda, y el segundo, al decurión del
6 escuadrón siguiente. El hecho de que el castigo sea tan
fuerte e inexorable logra que, entre los romanos, las
guardias nocturnas se hagan de la manera debida.
- 7 Los soldados están subordinados a los tribunos y
8 éstos, a los cónsules. El tribuno tiene la potestad de
imponer multas, de tomar cosas en prenda y de mandar
azotar; sobre los aliados tiene su potestad el prefecto.
- 9 Se azota, como se describió, a los que roban algo dentro
del campamento⁹⁴, a los que deponen un testimonio
falso, a los jóvenes que, en la flor de su edad, son sor-
prendidos haciendo un mal uso de su cuerpo y también
al hombre al que, por el motivo que sea, se le impone
10 tres veces el mismo castigo. Todo esto, pues, lo castigan
en calidad de crímenes, pero se consideran como laxitud
contraria al honor militar las faltas siguientes: anunciar
mentirosamente a los tribunos una heroicidad propia
11 para recibir honores, que los apostados en alguna em-
boscada abandonen por miedo su lugar, o si alguien tira
12 cobardemente las armas en pleno combate. Por eso ha
habido emboscados que han muerto noblemente, ataca-
dos por un enemigo superior en número: han preferido
no abandonar su puesto por temor al castigo habitual.
- 13 Algunos que durante la lucha tiraron el escudo, la es-
pada o el arma que sea se meten enloquecidos entre
las filas enemigas con la esperanza de recobrar lo que
tiraron, o bien de escapar, por la muerte, a una ver-
güenza segura y al odio de los suyos.
- 38 Si alguna vez una falta así es cometida por muchos,
y manípulos enteros, al verse en un aprieto, han aban-

⁹⁴ Cf. 33, 2.

donado su lugar, entonces los romanos creen imprudente azotar o ejecutar a las unidades íntegras y, para este delito, han ideado un castigo que es a la vez eficaz e impresionante. El tribuno congrega a la legión, manda ² avanzar a los que huyeron, les recrimina duramente y, al final, de entre todos ellos escoge uno de cada cinco, o de cada ocho, o incluso de cada veinte, calculando siempre que resulte, como máximo, la décima parte de los que cometieron la falta. Estos elegidos al azar son ³ azotados tal como se dijo, inexorablemente; a los restantes se les suministran raciones de cebada en vez de trigo y se les manda acampar fuera del atrincheramiento, en un lugar ya inseguro. De modo que el riesgo y ⁴ el temor a este sorteo afectan a todos, porque es incierto sobre quiénes van a recaer. También el oprobio de tener que comer harina de cebada retiene a todo el mundo; de todas las prácticas, los romanos han ideado éstas para inspirar horror y reparar los daños.

Pero también exhortan admirablemente a la juventud ³⁹ a afrontar los riesgos. Siempre que se ha librado un ² combate en el que algunos jóvenes se han batido bravamente, el general congrega la legión en asamblea y hace adelantar a los que se han señalado por alguna gesta notable. Primero hace el elogio de cada uno, y de su coraje, y de las cosas de su vida que resulten dignas de memoria por su buena conducta. A continuación dis- ³ tribuye las recompensas: al hombre que ha herido a un enemigo, una lanza, al que le ha dado muerte y despojado, si es soldado de infantería, se le da una copa y si es un jinete, una fálera ⁹⁵. (Primero sólo se le daba

⁹⁵ La fálera era un escudo con una pintura de una escena guerrera o de un guerrero. Así, WALBANK, *Commentary*, ad loc., aunque dos textos del satírico latino JUVENAL parecen indicar que se trata de adornos de caballos, *Sát.* XI 103: *ut phaleris gauderet ecus*, y XVI 60: *ut laeti phaleris*, donde se trata, posiblemente, de jinetes contentos por el adorno de sus caballos, sin

4 una lanza.) Estas recompensas no se otorgan al que ha herido o despojado a un enemigo en una batalla en toda regla, o en el asalto de una ciudad, sino al que en una escaramuza o en ocasión semejante, sin verse forzados a la lucha cuerpo a cuerpo, se arriesga a ella voluntariamente y por propia decisión. Aquellos que en el asalto de una ciudad han sido los primeros que han escalado los muros, reciben una corona de oro⁹⁶. También los que con su escudo han protegido y salvado a algún ciudadano o bien a algún aliado son distinguidos por el general con una recompensa, y los tribunos indican a los salvados que coronen a sus salvadores; si éstos se negaran, los tribunos les forzarían a ello en virtud de una sentencia. Y el salvado debe honrar ya por toda la vida, como a un padre, a su salvador y debe hacer por él todo lo que un hijo hace por su progenitor. No únicamente los que están presentes y lo escuchan, sino también los que quedaron en sus casas resultan estimulados a rivalizar con hombres así y a emularles en los peligros, espoleados de esta manera. Los que han alcanzado tales recompensas, además de su fama en el campamento y de su predicamento en la familia, cuando regresan a su país tienen lugar de preferencia en los cortejos. Sólo ellos, debido a su coraje, pueden usar los vestidos que los generales les hayan permitido. En sus casas cuelgan el botín en el lugar de más honor, y así se convierte en señal y testimonio de su arrojo. De tales afanes y cuidados por lo que se refiere a honores y castigos militares, es natural que a los romanos el resultado de sus empresas bélicas sea siempre afortunado y brillante.

12 El estipendio diario de un soldado de infantería es de dos óbolos; el de los centuriones es el doble, y el

que se pueda precisar, porque precisamente aquí se acaba el texto de Juvenal.

⁹⁶ Es la llamada *corona muralis*; cf. TITO LIVIO, X 46, 3.

de los jinetes, un dracma. La ración de víveres de un 13
soldado de infantería es de dos terceras partes de un
medimno ático⁹⁷, y la de un jinete, de siete medimnos
mensuales de cebada y dos de trigo. La ración de la in- 14
fantería aliada es la misma, la de los jinetes, de un me-
dimno y un tercio de trigo y cinco de cebada. Los alia- 15
dos reciben sus raciones gratuitamente, pero a los ro-
manos el cuestor les deduce la suma establecida para
comer y vestir, y eventualmente para la reparación de
alguna arma.

Para levantar el campo se procede de la manera si- 40
guiente: cuando se da la señal desmontan las tiendas 2
y todos hacen su equipaje. Sin embargo, nadie puede
desmontar ni montar su tienda antes de que lo hayan
sido las de los tribunos y la del cónsul. Cuando se 3
da la segunda señal, colocan los bagajes sobre las bes-
tias de carga; cuando se da la tercera, los primeros
deben ponerse en marcha, y se han de poner en movi-
miento todas las fuerzas. Abren la formación casi siem- 4
pre los «escogidos»; detrás de ellos marcha el ala de-
recha de los aliados y, a continuación, sus acémilas.
Esta columna viene seguida por la primera legión ro- 5
mana, que lleva detrás suyo su bagaje. A continuación 6
avanza la legión segunda, seguida también de su impe-
dimenta y de las bestias de carga de los aliados, que
caminan en fila al final de la columna, porque el ala
izquierda aliada cierra siempre este dispositivo. Los 7
jinetes, a veces, siguen al cuerpo de infantería que les
corresponde y, otras veces, cabalgan flanqueando las
acémilas, para contenerlas y conservarlas en seguridad.
Si esperan un ataque a retaguardia, los «escogidos» de 8
los aliados abandonan su posición delantera y se sitúan

⁹⁷ Véase, en concreto, la nota 44 del libro II, y para la valoración de los estipendios y de las raciones en general, WALBANK *Commentary*, ad loc.

- 9 al final; las demás partes siguen invariables. Cada una de las legiones va delante a días alternos, y también las alas, y las otras, detrás: así todos participan por igual del aprovisionamiento intacto de agua y de vituallas, por este cambio por turno en el orden de los que abren la marcha ⁹⁸.
- 10 Pero hay otra formación cuando la situación es in-
11 cierta y se marcha por lugares planos: avanzan en paralelo las tres falanges de los *hastati*, de los *principes* y de los *triarii*, precedidas por las acémilas de los manípulos que van en primera posición, las que preceden a los segundos manípulos van detrás de los primeros, y así sucesivamente, alternando siempre acémilas y manípulos. En este orden de marcha, si son atacados, giran a la derecha o a la izquierda y hacen avanzar los manípulos, dejando atrás las acémilas, en dirección hacia el lugar por donde ha salido el enemigo. Así, en muy poco tiempo y con un solo movimiento, toda la infantería se encuentra en orden de combate, ello cuando no es preciso que los *hastati* hagan un movimiento de rotación. Las acémilas y la masa de hombres que les acompañan, situados detrás de las filas de los combatientes, ocupan un lugar adecuado, fuera de la lucha.
- 41 Cuando, en la marcha, se acercan al lugar en el que se debe acampar, el tribuno y los centuriones a los que
2 por turno corresponde esta tarea se adelantan. Después de inspeccionar el terreno, primero determinan el lugar en que se plantará la tienda del cónsul, según antes se expuso, y también, alrededor de esta tienda, el lado del

⁹⁸ La marcha normal era en columna de a uno (*ire viritim*). Pero cuando se sospechaba algún peligro, o se acercaban al enemigo, los cónsules ordenaban marchar en tres filas (*acie triplici instituta*): la columna central la ocupaban los *triarii*, y los *hastati* la tropa considerada más potente, se colocaba del lado en que se esperaba el peligro; del otro se colocaban los *principes*.

perímetro a lo largo del cual se instalarán las legiones; establecido esto, señalan el perímetro de la tienda, después la línea recta en la que se colocan las tiendas de los tribunos e, inmediatamente, la paralela a partir de la que se inicia la instalación de las legiones. Del mismo modo trazan las líneas al otro lado de la tienda del cónsul, según se ha expuesto más arriba prolijamente y con detalle. Todo esto se hace en muy poco tiempo, porque el trabajo de medición es fácil, ya que los espacios intermedios son constantes y familiares. Entonces plantan en el suelo un primer estandarte, en el lugar donde se alzará la tienda del cónsul, un segundo en el lado determinado, un tercero en el punto medio de la línea sobre la cual levantan las tiendas de los tribunos y un cuarto en el lugar donde acamparán las legiones. Los estandartes son de color rojo, a excepción del estandarte del cónsul, que es blanco. Al otro lado de la tienda del cónsul fijan estacas desnudas y, alguna vez, estandartes de colores diversos. Hecho esto, miden en seguida las calles y plantan las estacas correspondientes a cada calle. Es natural que cuando llegan las legiones, después de la marcha, y ven el lugar de la acampada, todo el mundo sepa el lugar que le corresponde: lo deduce fijándose en el estandarte del cónsul. Todos conocen exactamente su calle y el lugar de ella donde deben plantar su tienda, porque siempre les corresponde el mismo lugar en la acampada, por lo que el conjunto da la impresión de un ejército que retorna a su ciudad nativa. En este supuesto todos, desde la puerta de la ciudad, se van rápidamente en dirección a sus propios hogares, pues todos los soldados conocen, naturalmente, el lugar de la ciudad donde tienen su residencia. Pues algo muy semejante a esto es lo que ocurre en las acampadas de los romanos.

Éstos, en el establecimiento de sus campamentos, buscan la facilidad y, en esto, me parece que siguen un

- 2 criterio totalmente opuesto al de los griegos, quienes creen que lo más importante en acampar es adaptarse a los accidentes del terreno, tanto porque esto ahorra los trabajos de atrincheramiento, como porque consideran que no son comparables las seguridades creadas artificialmente con las que ofrece la naturaleza con los accidentes propios del lugar. Por esto, cuando estructuran un campamento se ven siempre forzados a variar su plano, a adaptarlo al terreno, y a modificar la distribución de sus partes, a veces en lugares poco adecuados. El resultado es que nadie tiene nunca seguro el lugar y tampoco es fijo el que corresponde a las diversas partes del campamento. Los romanos, en gracia a la facilidad, prefieren la fatiga de hacer los atrincheramientos y lo que ello comporta, porque así el campamento les resulta siempre idéntico y conocido.
- 6 Y esto es lo más importante sobre el ejército romano y, principalmente, sobre la teoría de los campamentos⁹⁹.

- 43 *Comparación de la constitución romana con otras, principalmente con la espartana y la cartaginesa* Casi todos los autores¹⁰⁰ nos han transmitido la fama de la excelencia de constituciones como las de los lacedemonios, cretenses, mantineenses e, incluso, de la constitución cartaginesa. Algunos mencionan también
- 2 las constituciones de Atenas y de Tebas. Pero estas últimas yo voy a omitirlas; estoy convencido de que no pueden exigir una disquisición muy larga, porque no han tenido ni un desarrollo lógico, ni un florecimiento

⁹⁹ Aquí traduzco según Schweighäuser y Weil-Nicolet, pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta en sentido más genérico: «sobre la ciencia militar».

¹⁰⁰ Los más importantes son Platón y Aristóteles, pero no faltan otros de menor categoría, como Diágoras de Melos, que trató de la constitución de Mantinea; Isócrates trató, aunque brevemente, de Cartago (*Nic.* 24), Eratóstenes, etc.

prolongado, ni sus evoluciones se han dado con moderación, sino que, después de haber brillado por la coyuntura de una prosperidad súbita —como vulgarmente se dice—, cuando la creencia popular era de que todavía florecían y que, por eso, debían gozar de buena fama, experimentaron una suerte adversa. Los tebanos adquirieron entre los griegos fama de valientes porque los lacedemonios fueron muy imprudentes y porque sus mismos aliados les odiaban, pero fueron sólo uno o dos tebanos quienes se dieron cuenta de lo dicho y les ganaron entre los griegos esta reputación de valor. Que no fue la estructura de su constitución, sino el valor de sus gobernantes la causa de los éxitos tebanos, lo hizo patente la fortuna que siguió a todos aquellos acontecimientos, ya que el florecimiento, la culminación y el fracaso de las hazañas de los tebanos se corresponden exactamente con la vida de Pelópidas y de Epaminondas¹⁰¹. Hay forzosamente que pensar que el esplendor de que gozó la ciudad de Tebas tuvo por causa no la constitución tebana, sino la perspicacia de los dos hombres citados.

Y lo mismo cabe creer de la constitución de los atenienses, que tuvo, sin duda alguna, muchos momentos de esplendor —el más alto se debió al valor de Temístocles—, pero por la incoherencia de su estructura experimentó rápidamente una suerte desfavorable. Al pueblo ateniense le ocurre siempre lo que a una nave sin capitán. En efecto: en las naves, mientras los mari-

¹⁰¹ Aunque triunfó en la batalla de Leuctra, Epaminondas murió en ella (371 a. C.); Pelópidas había muerto asesinado en 364. Con ello, acababa la hegemonía de Tebas, el llamado «meteorito tebano».

¹⁰² WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta el texto griego de una manera algo distinta: «por la inconstancia de los atenienses». Un lector partidario de Demóstenes corroboraría esta interpretación.

- neros se incitan a no promover discordias y a obedecer al piloto, ya sea por el miedo que les infunda el estado de la mar o la proximidad del enemigo, todo el mundo cumple su deber estupendamente; pero, cuando toman confianza y empiezan a desdeñar a los que ejercen el mando y a disputar defendiendo opiniones contrapuestas, en tal caso unos marineros prefieren proseguir la navegación, otros instan al piloto que fondee la nave, otros pretenden desplegar las velas, otros quieren pedirlo a brazo partido y les mandan dejarlas. El espectáculo es vergonzoso para los que lo contemplan desde fuera, por las diferencias y disputas surgidas entre los marineros, que, además, convierten en arriesgada la navegación para todos aquellos navegantes.
- Más de una vez unos que han superado los mares más vastos y los temporales más formidables naufragan cerca de la costa o en la misma bocana del puerto. Esto es lo que con frecuencia ha ocurrido al estado ateniense¹⁰³: después de haber vencido las más grandes y terribles peripecias por la bravura del pueblo y la de sus jefes, en los intervalos pacíficos se ha hundido, al azar, incomprensiblemente. He aquí el motivo por el cual no se debe tratar ni esta constitución ni la de los tebanos. En ellas lo maneja todo a su antojo el pueblo, que, en el primer caso, se distingue por su viveza y su acritud, mientras que los tebanos han sido educados en la ira y en la violencia¹⁰⁴.
- 45 Pasemos ahora a la constitución de los cretenses¹⁰⁵. Merece la pena considerarla por dos características, tal

¹⁰³ Polibio piensa, sin duda alguna, en la constitución ateniense de los siglos V/IV a. C.

¹⁰⁴ Polibio piensa en la Tebas de su época; cf. WEIL-NICOLET, *Polybe, VI*, págs. 42 ss.

¹⁰⁵ Según la leyenda más antigua, las constituciones de Esparta y de Creta fueron un regalo de Zeus a Radamanto: el legislador consideró que el máximo bien era la libertad y que

como nos lo han transmitido los autores antiguos más eruditos, Éforo, Jenofonte, Calístenes y Platón. Comienzan por afirmar que esta constitución es similar a la de los lacedemonios; dicen, además, que es digna de alabanza. Mi opinión es que en todo ello no hay nada de verdad, lo cual se puede constatar por lo que sigue. En primer lugar, no se parece en nada a la constitución espartana. En efecto, la particularidad más original de ésta es la de los lotes de tierra: todos los ciudadanos cultivan uno exactamente igual al de los demás, pero las tierras son propiedad del estado; a nadie es lícito disponer de un lote mayor. En segundo lugar, el precio del dinero, que entre los lacedemonios acabó por tener un valor nulo; esto hizo que en el régimen espartano desaparecieran las envidias por poseer más o menos. Citemos, en tercer lugar, que entre los lacedemonios los reyes detentan un poder hereditario; los componentes de la gerusía lo son a título vitalicio; sus miembros administran soberanamente los asuntos de estado.

Entre los cretenses, todo lo contrario; sus leyes les permiten, expresamente, adquirir tierras de labranza en cantidad infinita, como se dice, y el dinero entre ellos tiene tanta importancia, que su adquisición les parece no ya necesaria, sino la actividad más bella. En efecto, en este país el lucro inmoral y la estafa han arraigado tanto, que de todos los hombres sólo entre los cretenses no hay ganancia que resulte infame. Entre ellos las magistraturas son anuales y democráticas. Así que muchas veces no he acabado de entender cómo se pro-

sólo se podía mantener por la concordia y el coraje, cualidades establecidas por la convivencia (seguramente, en sentido homosexual) entre hombres y jóvenes, que debían practicar vida en común, y por el entrenamiento militar. Parece que estos usos pasaron de Creta a Esparta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., con una exposición y discusión muy detalladas.

- clama la similitud de ambas constituciones y su afinidad, cuando sus índoles son tan opuestas. Se pasan por alto diferencias tan significativas, y luego los que propugnan esta tesis se extienden prolijamente en consideraciones y concluyen que Licurgo es el único mortal que ha entendido lo que es verdaderamente importante.
- 7 Dos son los presupuestos necesarios para salvar cualquier ciudad: el coraje contra eventuales enemigos y la concordia ciudadana; Licurgo, afirman, cuando eliminó la avaricia, con ella suprimió también, naturalmente, cualquier discordia y revolución. Por esto, los lacedemonios, exentos de estos males, se gobiernan a sí mismos con un hermoso entendimiento y siempre
- 9 están de mutuo acuerdo. Tales autores efectúan las aseveraciones apuntadas y, a pesar de que, por la comparación, comprueban que los cretenses, por una tacañería innata, se ven arrastrados a peleas en privado y en público, a asesinatos y a contiendas civiles, creen poder hacer caso omiso de estos extremos y se atreven a afirmar que las dos constituciones son similares.
- 10 Éforo usa una terminología distinta, pero a fin de cuentas cuando describe ambas constituciones viene a decir lo mismo; si prescindiéramos de los nombres propios, no podríamos adivinar de qué constitución trata.
- 11 He expuesto las razones por las cuales las dos constituciones no me parecen idénticas; ahora vamos a explicar el motivo por el cual la constitución cretense no nos parece ni laudable ni envidiable.
- 47 Creo que toda constitución posee dos elementos que la convierten en preferible o rechazable en sus cualidades y su estructura: estos elementos son las costumbres y las leyes. De ellas se debe admitir todo aquello que convierte la vida de los hombres en virtuosa y prudente, y cambia los usos de la ciudad en humanitarios
- 3 y equitativos; se debe rehusar todo lo contrario. Del mismo modo que, cuando vemos en un pueblo costum-

bres y leyes laudables, deducimos sin temor a equivocarnos que sus ciudadanos y su constitución también han de ser laudables, cuando advertimos que la vida 4 privada está llena de ruindad y los asuntos públicos rebosan injusticia, aseguraremos, lógicamente, que las leyes y las costumbres privadas del pueblo en cuestión, su constitución íntegra, es perversa. Difícilmente se 5 encontrarán hábitos privados más malignos que los de los cretenses, exceptuando a muy pocos, ni, por consiguiente, más injusticia en las actividades del estado ¹⁰⁶. Esta apreciación nos permite deducir que la constitu- 6 ción de los cretenses no es envidiable ni preferible y, además, que no se parece en nada a la de los lacedemonios.

Sin embargo, no sería justo, tampoco, aducir la re- 7 pública platónica, aunque algunos filósofos la alaban. Entre los artesanos o los atletas, no se admite en las 8 competiciones a los que no se han inscrito, o no se han entrenado; tampoco podemos admitir esta constitución a concurso con las demás antes de que exhiba alguna realización palpable ¹⁰⁷ de sus obras. Por ahora, una ex- 9 posición sobre ella, comparándola con la romana, la lacedemonia o la cartaginesa, parecería la exhibición de una estatua cotejada con hombres vivos, que se mueven. Puede que la constitución platónica artísticamente 10 resulte laudable, pero la comparación de seres inanimados con otros animados es lógico que resulte deficiente y totalmente inadecuada para los espectadores.

Por esto ahora, prescindiendo de ambas, pasamos a 48 la constitución espartana. Me da la impresión de que, 2

¹⁰⁶ La inmoralidad de los cretenses era proverbial y llega a salir, incluso, en el Nuevo Testamento, en la carta paulina a Tito, 1, 11, que cita al poeta Epiménides: «Dijo uno de ellos, su propio profeta: los cretenses, siempre embusteros, malas bestias, panzas holgazanas.»

¹⁰⁷ Esto remite, en cierto modo, al lugar 5, 8.

en lo que atañe a la concordia ciudadana, a la seguridad del territorio espartano y a la preservación de la libertad de los lacedemonios, la legislación de Licurgo y la previsión que demostró fueron tan fascinantes, que casi me veo forzado a admirar estas instituciones como de
3 origen divino más que humano. La igualdad de propiedades y las comidas en común, muy frugales, hacían necesariamente moderados a aquellos hombres en sus vidas privadas y preservaban de turbulencias la vida pública; el entrenamiento físico y las penalidades for-
4 maban hombres nobles y valientes. La concurrencia de estas dos virtudes, la moderación y el coraje, en un mismo ánimo y en una misma ciudad, dificultaba en todos los ciudadanos el nacimiento de la ruindad; impedía también que sus vecinos les dominaran fácil-
5 mente. Licurgo, cuando estructuró así y dotó de tales medios al régimen espartano, proporcionó a toda Laconia una seguridad nada frágil y dejó en herencia a
6 los lacedemonios una libertad perdurable¹⁰⁸. Pero, en lo que atañe a apropiarse de posesiones ajenas, a la hegemonía y, en general, a las ambiciones imperiales, mi opinión es que, en cuanto a esto, Licurgo no previó absolutamente nada ni en los sectores privados ni en
7 la organización general. Le faltó legar a sus conciudadanos un proyecto¹⁰⁹ o una contención que proporcionara a su ética pública a la vez moderación y autarquía, del mismo modo que hizo a los lacedemonios
8 libres y moderados en su vida privada. Pero si, privadamente, los espartanos fueron poco ambiciosos y muy prudentes, incluso en la legislación interna del estado, sin embargo, en lo que se refiere a los demás griegos,

¹⁰⁸ Cf. 10, 11, y nota 105.

¹⁰⁹ WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta, con algo más de vigor: «principio ya establecido». Yo me atengo aquí a Weil-Nicolet y a Schweighäuser.

Licurgo hizo de los lacedemonios los hombres más ambiciosos y ávidos de poder y de riqueza.

¿Quién ignora, en efecto, que fueron ellos los primeros griegos que por codicia de las tierras de sus vecinos declararon la guerra a los mesenios¹¹⁰ y los esclavizaron? ¿Quién no ha leído en los historiadores que su obstinación fue tal que se juramentaron a no levantar el asedio de Mesenia sin tomar por la fuerza esta plaza? También es de dominio público que la ambición de dominar a todos los griegos hizo que se avinieran a ejecutar los designios de aquellos mismos a quienes habían vencido en la guerra¹¹¹. Salieron en campaña contra los persas, les derrotaron en una guerra en que se ventilaba la libertad de todos los griegos, pero por la paz llamada de Antálcidas entregaron traidoramente a los invasores vencidos las ciudades griegas. Con ello se hicieron con el dinero necesario para sojuzgar Grecia entera. Esto precisamente es lo que patentiza los fallos de su constitución. En efecto, mientras se limitaron a ambicionar los dominios de sus vecinos o, como máximo, del Peloponeso, les bastaban los suministros y contribuciones percibidas en la propia Esparta, porque tenían siempre al alcance de la mano el equipo necesario y podían efectuar desplazamientos rápidos a su propio país para abastecerse. Pero cuando empezaron, por mar, a enviar flotas, a salir con cuerpos de ejército fuera del Peloponeso, evidentemente, su moneda, de hierro, no les bastó, ni la permuta que con ella hacían para adquirir las cosechas anuales, cosa permitida por la

¹¹⁰ En la segunda mitad del s. VIII a. C., pero los años exactos se discuten. Cf. G. BENGSTON, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, pág. 74, quien la sitúa muy a fines de siglo. Las guerras mesenias son las cantadas por el poeta ateniense que escribió en Esparta, Tirteo.

¹¹¹ La referencia es a la paz de Antálcidas. Cf. nota 20 del libro I.

9 legislación de Licurgo. Desde entonces, para sus opera-
ciones precisaron una moneda común y recursos ex-
10 tranjeros. El resultado fue que se vieron obligados a
llamar a la puerta de los persas, a imponer tributos a
las islas y contribuciones a todos los griegos. Entonces
reconocieron que con la legislación de Licurgo eran
incapaces no ya de imponer su hegemonía sobre Grecia,
sino incluso de afrontar sus propios problemas.

50 ¿A qué viene esta digresión? Para que los mismos
hechos hagan evidente que la legislación de Licurgo
se basta por sí misma para conservar en seguridad los
2 bienes propios y para mantener la libertad. A los que
afirman que ésta es la única finalidad de una constitu-
ción, debemos concederles que no existe ni ha existido
otra superior en ordenación y estructura a la de los
3 lacedemonios. Pero si nos proponemos fines más am-
plios, si vemos que resulta atrayente y de más prestigio
gobernar a muchas gentes, dominar y ejercer un seño-
río sobre muchos hombres, ser el blanco de las miradas
4 de todos, que nos rindan acatamiento, en tal caso de-
bemos confesar que la constitución espartana es defi-
ciente y que la de los romanos le es superior, porque
5 tiene una estructura más dinámica ¹¹². También esto lo
demostraron los mismos hechos. Cuando se dispusieron
a imponer su hegemonía sobre todos los griegos, los
lacedemonios vieron peligrar al punto su propia inde-
6 pendencia. Los romanos, en cambio, lograron dominar
a todos los italianos y, en poco tiempo, se enseñorearon
del universo entero; coadyuvó no poco a que llevaran
a buen término sus propósitos la facilidad con que re-
cibían abundantes suministros ¹¹³.

¹¹² Aquí hay una contradicción parcial de Polibio consigo mismo: en 10, 14 había equiparado totalmente las constituciones espartana y romana.

¹¹³ Llegados a este punto, creo que puede decirse que, a

La constitución de los cartagineses ¹¹⁴ me parece que **51**
originariamente tuvo una estructura acertada precisa-
mente en sus aspectos más característicos. Entre los **2**
cartagineses había reyes, un consejo de ancianos dotado
de potestad aristocrática, y el pueblo decidía en los
asuntos que le afectaban; en conjunto se parecía mucho
a la de los romanos y a la de los lacedemonios. Pero **3**
en la época de la guerra anibálica se mostró superior la
constitución romana e inferior la cartaginesa. Tanto en **4**
un cuerpo como en una constitución, cuando hay un
crecimiento natural de las actividades y sigue un perío-
do de culminación, tras el cual viene una decadencia,
lo más importante de todo el ciclo es el período de
culminación. Y concretamente en él se diferenciaron
las constituciones de Cartago y de Roma. La constitu- **5**
ción cartaginesa floreció antes que la romana, alcanzó
antes que ésta su período culminante e inició su deca-
dencia cuando la de Roma, y con ella la ciudad llegaba
a un período de plenitud precisamente por su estructu-
ra. Por entonces era el pueblo quien en Cartago decidía **6**
en las deliberaciones; en Roma era el senado el que
detentaba la autoridad suprema ¹¹⁵. En Cartago, pues, **7**
era el pueblo el que deliberaba, y entre los romanos la
aristocracia; en las disputas mutuas prevaleció esta
última. En efecto: Roma sufrió un desastre militar ¹¹⁶ **8**
total, pero acabó ganando la guerra a los cartagineses

pesar de ver sus aspectos negativos, la valoración que Polibio hace de la constitución espartana es, más bien, positiva.

¹¹⁴ Junto con los textos de ARISTÓTELES: *Pol.* II 11, 1272b 37, y VII 12, 1316b 5, la fuente principal para el conocimiento de la constitución cartaginesa es este lugar de Polibio.

¹¹⁵ Aquí el texto griego es susceptible de otra interpretación: «el senado (romano) estaba en la cumbre, en la madurez de su poder...».

¹¹⁶ La tantas veces mencionada batalla de Cannas.

porque las deliberaciones del senado romano fueron muy atinadas.

- 52** Pasemos a tratar algunos puntos particulares, por ejemplo, las cosas de la guerra. Empecemos por la guerra naval. En ella los cartagineses se ejercitan y se entrenan mejor, porque de tiempo inmemorial se transmiten de padres a hijos esta técnica y, además, se dedican más que los demás hombres a la vida del mar;
- 2 en la infantería, en cambio, se entrenan mucho mejor
3 los romanos que los cartagineses. Aquéllos ponen todo su interés en la infantería, que éstos descuidan totalmente; se preocupan también muy poco de la caballe-
4 ría. La causa de todo esto radica en que los cartagine- ses echan mano de tropas mercenarias, a sueldo; los romanos, de ciudadanos y de soldados procedentes de
5 sus campiñas. Desde esta perspectiva, su constitución es preferible a la cartaginesa: éstos depositan siempre su esperanza de libertad en el coraje de sus mercena-
6 rios; los romanos, en el suyo propio y en la ayuda que les prestan los aliados. Así, aunque al principio sufran algún descalabro, los romanos insisten en la guerra casi siempre con ejércitos enteros, al contrario de los
7 cartagineses. Cuando luchan por su patria y por sus hijos, los romanos casi nunca ceden en coraje; normal- mente mantienen su espíritu belicoso hasta haber de-
8 rrotado a sus adversarios. Incluso en las operaciones navales, en las que, como he advertido, tienen una pre- paración inferior, acaban por triunfar debido al valor
9 de sus hombres. En los combates navales ayuda no poco, ciertamente, la experiencia náutica, pero en vis- tas a la victoria el máximo peso recae en los soldados
10 de cubierta. Por su propia naturaleza todos los italianos aventajan a los fenicios y a los africanos tanto en fuerza corporal como en intrepidez de espíritu, pero también la constitución romana coadyuva enormemente a esta
11 valentía de los jóvenes. Un solo ejemplo bastará para

señalar el cuidado que pone el estado romano para que sus jóvenes se conviertan en hombres así, dispuestos a sufrirlo todo para alcanzar, en su propio país, fama de valientes.

Cuando, entre los romanos, muere un hombre ilustre, ⁵³ a la hora de llevarse de su residencia el cadáver, lo conducen al ágora con gran pompa ¹¹⁷ y lo colocan en el llamado foro; casi siempre lo ponen de pie, a la vista de todos, aunque alguna vez lo colocan reclinado. El pueblo entero se aglomera en torno del difunto y, ² entonces, si a éste le queda algún hijo adulto y residente en Roma, éste, o en su defecto algún otro pariente, sube a la tribuna y diserta acerca de las virtudes del que ha muerto ¹¹⁸, de las gestas que en vida llevó a cabo. El resultado es que, con la evocación y la memo- ³ ria de estos hechos, que se ponen a la vista del pueblo —no sólo a la de los que tomaron parte en ellos, sino a la de los demás—, todo el mundo experimenta una emoción tal, que el duelo deja de parecer limitado a la familia y pasa a ser del pueblo entero. Luego se procede ⁴ al enterramiento y, celebrados los ritos oportunos, se coloca una estatua del difunto en el lugar preferente de la casa, en una hornacina de madera. La escultura es ⁵

¹¹⁷ El sentido es extraño y difícil y, además, el texto griego ofrece dificultades críticas; una variante textual, en vez de «pompa», permite traducir «muy adornado». Lo que parece extraño es su manifestación en posición vertical. WALBANK, *Commentary*, ad loc., estima que hay paralelos, en los que no es el cuerpo del difunto lo que se expone, sino su reproducción en cera (HERODIANO, IV 2, 19). Sin embargo, insiste en que Polibio parece hablar del cadáver mismo, ya que hay, más abajo, una mención explícita de su imagen, corroborada por el satírico latino JUVENAL, *Sát.* VIII 2-3, que, en un tono burlesco, dice:

«ad cuius effigiem non tantum meiere fas est»,

a lo que el escoliasta añade sarcásticamente: «sed etiam cacare».

¹¹⁸ Es la *laudatio funebris*, institución típicamente romana.

- una máscara que sobresale por su trabajo; en la plástica y el colorido tiene una gran semejanza con el difunto. En ocasión de sacrificios públicos se abren las hornacinas y las imágenes se adornan profusamente. Cuando fallece otro miembro ilustre de la familia, estas imágenes son conducidas también al acto del sepelio, portadas por hombres que, por su talla y su aspecto, se parecen más al que reproduce la estatua. Éstos, llamémosles representantes, lucen vestidos con franjas rojas si el difunto había sido cónsul o general, vestidos rojos si el muerto había sido censor, y si había entrado en Roma en triunfo o, al menos, lo había merecido; el atuendo es dorado. La conducción se efectúa con carros precedidos de haces, de hachas y de las otras insignias que acostumbran a acompañar a los distintos magistrados, de acuerdo con la dignidad inherente al cargo que cada uno desempeñó en la república. Cuando llegan al foro, se sientan todos en fila en sillas de marfil; no es fácil que los que aprecian la gloria y el bien contemplen un espectáculo más hermoso. ¿A quién no espolearía ver este conjunto de imágenes de hombres glorificados por su valor, que parecen vivas y animadas? ¿Qué espectáculo hay más bello?
- Además, el que perora sobre el que van a enterrar, cuando, en su discurso, ha acabado de tratar de él, entonces habla de los demás representados, comenzando por el más viejo, y explica sus gestas y sus éxitos. Así se renueva siempre la fama de los hombres óptimos por su valor, se inmortaliza la de los que realizaron nobles hazañas, el pueblo no la olvida y se transmite a las generaciones futuras la gloria de los bienhechores de la patria. Y lo que es más importante, esto empuja a los jóvenes a soportar cualquier cosa en el servicio del estado para alcanzar la fama que obtienen los hombres valerosos. Esta afirmación la confirman los hechos: muchos romanos se batieron voluntariamente en duelo

para decidir una batalla; no pocos escogieron una muerte segura, unos en tiempos de guerra, para salvar a sus camaradas, y otros en tiempo de paz, para asegurar el interés de la comunidad. Hubo magistrados que, 5 contra toda costumbre y ley, mandaron ejecutar a sus propios hijos porque estimaban en más las conveniencias de la patria que el amor natural a los allegados más próximos. La historia de Roma narra muchas gestas 6 así realizadas por ciudadanos, pero aquí será suficiente aducir un solo caso que, a guisa de ejemplo, me hará digno de crédito.

Se cuenta que Horacio, de sobrenombre Cocles ¹¹⁹, 55 luchaba contra dos enemigos en el extremo ulterior del puente tendido sobre el río Tíber, delante de Roma. Observó que por allí se acercaba un grupo numeroso de enemigos para apoyar a aquellos dos; temió una derrota y que el enemigo irrumpiera en la ciudad. Se volvió a los suyos y les mandó hundir el puente cuando ellos mismos lo hubieran pasado. Fue obedecido y, 2 mientras el puente era destrozado, él mantuvo a raya al adversario, a costa de muchas heridas. Logró repeler el ataque del enemigo, pasmado no tanto de su vigor corporal como de su audacia y su empeño. La destruc- 3 ción del puente desbarató el ataque de los rivales; Cocles se arrojó con sus armas al río y se ahogó voluntariamente; dio preferencia a la seguridad de la patria y a la gloria que se seguiría de su gesta, posponiendo su existencia actual y el tiempo que le quedaba de vida. Éste es, si no me equivoco, el anhelo y la avidez 4 de honor que en los jóvenes romanos engendran las instituciones de Roma.

¹¹⁹ La gesta de Horacio Cocles era proverbial entre los romanos, aunque los distintos autores la ofrecen con ciertas variantes: DIONISIO DE HALICARNASO, V 23; TITO LIVIO, II 10. Véase el amplio comentario de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

- 56 También entre los romanos los usos y costumbres referidos al dinero son superiores a los de los cartagineses. Entre éstos nada hay vergonzoso si produce un lucro; entre aquéllos nada hay más afrentoso que la venalidad o el hacerse con ganancias ilícitas. Los romanos alaban tanto la riqueza adquirida honradamente como desprecian el provecho extraído por medios inconfesables. Prueba de esto es el hecho de que entre los cartagineses se llevan las magistraturas los que distribuyen sobornos sin disimulos; esto, entre los romanos está castigado con pena de muerte. De donde resulta que, si en los dos pueblos se proponen premios opuestos para la virtud, han de ser desiguales también los medios para llegar a ella.
- 6 Pero la diferencia positiva mayor que tiene la constitución romana es, a mi juicio, la de las convicciones religiosas. Y me parece también que ha sostenido a Roma una cosa que entre los demás pueblos ha sido objeto de mofa: me refiero a la religión¹²⁰. Entre los romanos este elemento está presente hasta tal punto y con tanto dramatismo, en la vida privada y en los asuntos públicos de la ciudad, que es ya imposible ir más allá. Esto extrañará a muchos, pero yo creo que lo han hecho pensando en las masas. Si fuera posible constituir una ciudad habitada sólo por personas inteligentes, ello no sería necesario. Pero la masa es versátil y llena de pasiones injustas, de rabia irracional y de coraje violento; la única solución posible es contenerla con el miedo de cosas desconocidas y con fic-

¹²⁰ Aquí los traductores y, también, Walbank en su comentario traducen unánimemente por «superstición» la palabra griega correspondiente, pero este sentido no es el único posible. La palabra griega *deisidaimonía*, la usa SAN PABLO, dirigida precisamente a los atenienses (*Hechos* 7, 22), y su traducción exacta en el texto bíblico es «religión». Cf. FERDINAND PRAT, *La Teología de San Pablo*, vol. I, México, 1947, pág. 72.

ciones de este tipo. Por eso, creo yo, los antiguos no 12
 inculcaron a las masas por casualidad o por azar las
 imaginaciones de dioses y las narraciones de las cosas
 del Hades; los de ahora cometen una temeridad irra-
 cional cuando pretenden suprimir estos elementos. Para 13
 no explicar otras cosas: entre los griegos, a los que
 tienen la administración, si reciben un talento en depó-
 sito, en presencia de diez escribanos, sellado con diez
 sellos y delante de veinte testigos, a pesar de todo, no
 se les pueden exigir garantías; en Roma, por el con- 14
 trario, estos mismos depositarios pueden entregar una
 suma mucho más fuerte de dinero a los magistrados
 o a unos legados y, por la sola fuerza del correspon-
 diente juramento, el depósito se conserva intacto. Entre 15
 los demás pueblos es difícil encontrar un hombre polí-
 tico que se haya mantenido alejado del dinero público
 y esté limpio de delitos de este tipo, pero entre los
 romanos es difícil hallar un político que no haya obser-
 vado una conducta así.

*Conclusión de la
 exposición sobre la
 constitución romana*

No precisa insistir en la de- 57
 mostración del hecho de que todas
 las cosas sufren cambios y llegan
 a decaer; la misma naturaleza,
 en efecto, nos impone esta con-
 vicción. Ahora bien: las constituciones perecen, alter- 2
 nativamente, por dos procesos, uno inherente y otro
 ajeno a ellas. Este último es difícilmente determinable,
 pero el inherente es un proceso regular. El primer tipo 3
 de constitución que se origina, el segundo y el paso de
 uno a otro ya los hemos expuesto ¹²¹, de manera que los 4
 que sean capaces de conectar el principio y el final de la
 exposición podrán indicar también el futuro; de esto
 no cabe la menor duda. Siempre que una constitución 5
 ha superado muchos y grandes peligros y alcanza una

¹²¹ Es el ciclo de los capítulos 4-9.

- supremacía y una pujanza incontestadas, es claro que se produce una gran prosperidad que convierte a los ciudadanos en enamorados del lujo y en pendencieros fuera de lo común, por su afán de desempeñar cargos
- 6 y de otras ventajas. Estos defectos irán en auge y empezará la involución hacia un estadio inferior, por la apetencia de magistraturas, por la vergüenza de no ser famoso y, además, por la soberbia y el despilfarro.
- 7 Sin embargo, el que hará culminar la evolución será el pueblo, cuando opine que hay quien gana injustamente y le hinche la adulación de otros que aspiran a
- 8 obtener sinecuras ¹²². Enfurecido, entonces, y en su rabia codicioso de todo, el pueblo creará que los gobernantes no están a su altura, se negará a obedecer, se tendrá a sí
- 9 mismo por el todo, dueño del poder soberano. El estadio siguiente recibirá el nombre más bello de todos, libertad y democracia, pero la denominación de la realidad será lo peor, la demagogia.
- 10 Damos por expuestos el desarrollo y la estructura de la constitución romana, su disposición en su período culminante y, luego, sus diferencias, positivas y negativas, respecto a las demás constituciones, de modo que aquí cerramos el estudio de esta temática.
- 58 Sin embargo, vamos a mencionar breve y resumidamente un suceso ¹²³, ocurrido en este tiempo, perteneciente a la historia inmediatamente posterior a los hechos que han motivado esta digresión, para poner en claro, no sólo de palabra, sino también de hecho, al modo como de entre las obras de un artesano presentaríamos una a guisa de ejemplo, la fuerza de la constitución romana en su período culminante, que se dio

¹²² Este capítulo parece confirmar la creencia polibiana de que la constitución romana está todavía en fase de auge.

¹²³ En la batalla de Cannas habían quedado diez mil soldados romanos para proteger el campamento: no llegaron a combatir y cayeron prisioneros.

en aquella época. Aníbal, vencedor de los romanos en 2 la batalla de Cannas, apresó a los ocho mil hombres que se habían quedado en el campamento para defenderlo. *Les perdonó la vida e, incluso, les permitió que enviaran demanda a sus familias de un rescate para salvarse.* Estos prisioneros eligieron de entre ellos a diez de los 3 hombres más notables; Aníbal les tomó juramento de que regresarían y les mandó. Uno de los delegados, cuando ya habían abandonado el campamento, dijo que *había olvidado algo y regresó para recogerlo, tras lo cual se fue, convencido de que con aquel retorno ya había cumplido la palabra dada y de que el juramento ya no le obligaba.* Los enviados llegaron a Roma y ro- 5 garon e imploraron del senado que no denegara la salvación a los prisioneros, antes bien, permitiera que sus parientes les salvaran al precio de tres minas por prisionero. Expusieron que Aníbal se avenía a ello y que 6 los soldados en cuestión merecían salvarse, ya que no habían sido cobardes en una batalla ni habían hecho nada indigno de Roma; se les había dejado para proteger el campamento. Si los demás habían muerto en la batalla, ellos habían sobrevivido gracias a tal circunstancia, pero habían caído en poder del enemigo. Los 7 romanos estaban maltrechos por derrotas militares enormes, habían desertado de ellos casi todos sus aliados, y esperaban deber afrontar muy pronto el riesgo supremo de la patria. Pese a todo, oyeron las palabras 8 de los enviados sin ceder a su desgracia ni manchar su decoro; en sus cálculos no descuidaron nada que fuera conveniente. Comprendieron las intenciones de Aníbal, 9 que pretendía con ello mejorar su economía y debilitar el ardor del enemigo en aquellas circunstancias, demostrando que los vencidos podían aún esperar su salvación. Por esto, el senado distó tanto de acceder a 10 aquellas peticiones, que no se apiadó de los parientes ni concedió importancia a la crítica situación en que

- 11 se encontraban aquellos capturados. El senado romano demostró que eran infundados tanto los cálculos de Aníbal como las esperanzas depositadas en ellos. Negó el rescate a aquellos hombres y legisló para los soldados que quedaban en Roma o vencer o morir, puesto que, 12 de resultar vencidos, no les quedaba ya esperanza. Tras haber tomado esta decisión, permitieron regresar voluntariamente al campamento de Aníbal a los nueve legados que lo habían jurado, pero al que había ideado el truco para no cumplir el juramento, a éste, le ataron 13 y le expusieron al enemigo, de manera que Aníbal no se alegró tanto de su victoria sobre sus rivales como le pasmó y admiró la fortaleza y la grandeza de ánimo de aquellos hombres en sus resoluciones.

59

*Fragmentos de
situación incierta*

Es preciso que los que se ejercitan cual se debe en las virtudes lo hagan ya desde la infancia, principalmente si se trata del valor militar (CÓDICE TURONENSE, fol. 109v).

Holquio ¹²⁴, ciudad del mar Tirreno, dice Polibio en el libro sexto (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Y este lugar se llama Rinco, cerca de Estrato, en Etolia, según dice Polibio en el libro sexto ¹²⁵ de su Historia (ATENEO, III 48).

¹²⁴ Esta palabra no consta en el nomenclátor del *Weltatlas*, I. Lo mismo cabe decir de la ciudad de Rinco, citada a continuación.

¹²⁵ No es seguro que la mención sea del libro VI; el texto griego en este lugar está muy deteriorado.

LIBRO VII¹

(FRAGMENTOS)

*La guerra contra
Aníbal*

Polibio, en el libro séptimo, dice que **1**
los capuanos, en Campania, amontonaron muchas riquezas por la fertilidad de su suelo²; se dieron al lujo y a la opulencia, y llegaron a superar la fama, en cuanto a esto, que nos ha llegado de Crotona y de Sibarís³. No podían, añade, con tanta prosperidad⁴ presente **2**
y llamaron a Aníbal, por lo cual los romanos les hicieron sufrir

¹ La cronología de Polibio se basa en el cómputo de las olimpiadas divididas en cuatro años y sobre un sistema de sincronismos. A partir de este libro VII, Polibio ha regulado su *Historia* con la siguiente disposición cronológica: cada libro trata ya de una olimpiada entera, o bien de sólo dos años o, incluso, de uno, según la importancia del tema.

² Cf. II 17, 1; III 91, 2; XXXIV 11, 1-7.

³ La prosperidad de Crotona culminó en el s. VI a. C. Sobre su prosperidad, véase X 1, 6. Sibarís fue destruida por los crotoniatas; para su historia posterior, cf. II 39, 6. La estancia de Pitágoras en Crotona fue famosa; cf. WILHELM CAPELLE, *Historia de la Filosofía griega* (traducción de EMILIO LLEDÓ), Madrid, 1958, pág. 42.

⁴ Esta idea es un tanto tópica en Polibio; cf. VIII 24, 1, donde se dice que Tarento, debido a su enorme prosperidad, llamó a Pirro para que la gobernara. Quizás el trasfondo sea una idea más general en nuestro autor, y es que cuando un estado alcanza un punto culminante, busca un jefe, al que luego echará al cabo de poco. Cf. la conocida anaciclosis polibiana.

3 daños insoportables. Los petelinos⁵, en cambio, se mantuvieron leales a Roma y llegaron a padecer tantas privaciones, que, mientras Aníbal los asedió, se comieron todo el cuero que había en la ciudad, la corteza de los árboles y ramas tiernas. Resistieron el sitio durante once meses sin recibir ayuda de nadie y acabaron por rendirse, con la anuencia de los romanos (ATENEO, XII 36).

4 Capua se pasó a los cartagineses y, con su peso, arrastró a otras ciudades⁶ (SUDA, art. *Capua*).

2 Después de la conspiración contra Jerónimo⁸, rey de Siracusa, quitaron de en medio a Trasón, y Zoipo y Adranóodoro⁹ convencen a Jerónimo de que envíe

Historia de Sicilia:
*Jerónimo de Siracusa*⁷

2 sin dilaciones legados a Aníbal. Jerónimo escogió a Policleto de Cirene y a Filodemo de Argos¹⁰ y les remitió a Italia con la orden de tratar sobre una acción combinada con los cartagineses; simultáneamente des-

⁵ Petelia está a ocho kilómetros al N. de las fuentes del río Neto, y a cinco del mar. Era una ciudad griega.

⁶ Estas dos otras ciudades son Atela y Calatia, en Campania, según Tito Livio. La primera era famosa por sus farsas atelanas. Cf. WALBANK, *A historical Commentary on Polybius, II*, Oxford, 1967, *ad loc.* (citado desde ahora, WALBANK, *Commentary*, *ad loc.*).

⁷ Es ya el último episodio, casi una pura anécdota, inmediatamente anterior a la caída de Siracusa bajo la dominación romana. Estamos hacia el año 210 a. C.

⁸ Este Jerónimo no fue hijo de Gelón, quien murió antes que su padre Hierón II, en octubre del 216 a. C. La conspiración aquí citada se cuenta detalladamente en TITO LIVIO, XXIV 4, 6.

⁹ Zoipo era yerno de Hierón y jefe de la guardia de cincuenta hombres de Jerónimo. Pero Adranóodoro detentaba un poder aún mayor. Cf. WALBANK, *Commentary*, *ad loc.*

¹⁰ Defensores de Siracusa contra los romanos. Cf. TITO LIVIO, XXV 28, 5.

pachó a sus hermanos ¹¹ a Alejandría. Aníbal ¹² acogió ³ afablemente a Policleto y a Filodemo, dio al joven rey muy buenas esperanzas e hizo regresar inmediatamente a los legados acompañados de Aníbal de Cartago, prefecto de las trirremes, y de los siracusanos Hipócrates y Epícides, su hermano menor. Estos dos últimos acompañaban, desde hacía mucho, a Aníbal en sus campañas y habían convertido a Cartago en su segunda patria ¹³ desde que su abuelo se había exiliado de Siracusa, por recaer sobre él la sospecha de haber asesinado a Agatarco, el hijo de Agacleón. Llegados a Siracusa, ⁵ Policleto informó debidamente, mientras que el cartaginés hablaba según las instrucciones recibidas de Aníbal. Jerónimo se mostró dispuesto a colaborar inmediatamente con los cartagineses; a aquel Aníbal que ⁶ había acudido a Siracusa le rogó que regresara inmediatamente a Cartago y ordenó que marcharan con él los que habían de tratar con los cartagineses.

En aquellos mismos días, el general romano destacado en Lilibeo ¹⁴, informado de todo esto, envió unos legados a Jerónimo para renovar los pactos ¹⁵ que sus antepasados habían hecho con Roma. Jerónimo, cuando ² tuvo delante a aquella embajada que le causaba auténtica repugnancia, le manifestó que los romanos le daban lástima, porque, en su cobardía ¹⁶, habían sucumbido

¹¹ Se ignoran los nombres de estos hermanos. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹² Este Aníbal no es el famoso general cartaginés de las guerras púnicas segunda y tercera contra Roma, ni tampoco Aníbal el Gladiador, que sale en IX 24, 5, sino un prefecto de los trirremes cartagineses enviado por la ciudad de Cartago a tratar con Jerónimo de Siracusa. Cf. Índice onomástico.

¹³ Aquí el sentido del texto griego es algo vago. Paton traduce: «having adopted Carthage as their country».

¹⁴ Era el pretor Apio Claudio.

¹⁵ Cf. I 16, 9 ss.

¹⁶ WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce aquí con un sentido mucho más fuerte: «vileza».

miserablemente en las batallas libradas en Italia, vendidos por los cartagineses. Los romanos quedaron sorprendidos ante tal imprudencia. Sin embargo, preguntaron quién hacía de ellos tales afirmaciones, y Jerónimo señaló a los cartagineses presentes¹⁷, indicando a los romanos que les refutaran si habían dicho algo falso. Los romanos contestaron que no era costumbre suya dar crédito al enemigo y que, además, se diera por avisado: no debía hacer nada que infringiera los tratados, porque esto, además de ser lo justo, era lo que más le convenía. El rey repuso que pensaría en ello y que ya les comunicaría lo decidido. Además, les preguntó por qué, antes de la muerte de su abuelo, los romanos habían navegado con cincuenta naves hasta el cabo Paquino, para replegarse después. Esto era verdad: hacía poco que los romanos, en la creencia de que Hierón había fallecido, temieron que en Siracusa ocurriera algo, por subestimación del heredero del trono, casi un adolescente. En consecuencia, hicieron aquella navegación, pero cuando supieron que Hierón continuaba con vida, regresaron inmediatamente al Lilibeo. Los enviados romanos declararon sinceramente que habían hecho la navegación con la intención de protegerle contra su propia juventud y la de conservar el imperio. Por eso, cuando supieron que su abuelo vivía, se retiraron. Dijeron esto y el joven les interrumpió, exclamando: «Pues permitid que sea yo mismo, oh romanos, quien me conserve el imperio. Ahora doy marcha atrás, y deposito mis esperanzas en los cartagineses.» Los romanos notaron su enojo, y se retiraron sin decir palabra. Dieron cuenta de todo a los que les

¹⁷ Aquí traduzco según la variante de Büttner-Wobst, que se aparta del manuscrito griego, cuyo texto es sintácticamente absurdo. PATON, *Polybius*, III, págs. 410-411, imprime el texto griego de Büttner-Wobst, pero luego no lo traduce («in the presence of this embassy»).

habían enviado y, desde entonces, Roma le vigiló y se guardó de él como de un enemigo.

Jerónimo escogió a Agatarco, a Onesígenes y a Hipóstenes y los envió con Aníbal a Cartago, con la orden de concluir un pacto en los términos siguientes: «Los cartagineses le ayudarían, tanto por mar como por tierra, a condición de que, después de haber expulsado, por su esfuerzo combinado, a los romanos de Sicilia, dividieran la isla de modo que el río Himera¹⁸, que la divide en dos partes casi iguales, fuera la frontera entre los dos imperios.» Los legados llegaron a Cartago e hicieron tratos con los cartagineses, que aceptaron las cláusulas propuestas.

Pero, en el ínterin, Hipócrates y su hermano, que trataban al joven con franqueza e intimidación, primero se lo hicieron suyo explicándole las campañas de Aníbal en Italia, sus tácticas militares y sus batallas; a continuación le insinuaron que el imperio de toda la isla de Sicilia le correspondía a él más que a nadie, en primer lugar porque era hijo de Nereida, la hija de Pirro¹⁹, el único hombre que todos²⁰ los sicilianos, sin sufrir

¹⁸ En Sicilia antiguamente había dos ríos llamados Himera. El más septentrional nacía al SO. del actual Monte Salvatore, fluía en dirección noroeste, y desembocaba al E. de Palermo; es el actual Fiume Grande. El otro es el actual Fiume Salso: nace en las montañas de Herea y fluye en dirección sur; desemboca al mar en la actual Licata. La alusión del texto es claramente a este segundo río.

¹⁹ Este Pirro I luchó en Sicilia contra los cartagineses desde el otoño del 278 a la primavera del 275. En realidad era un rey del Epiro que los tarentinos llamaron para que les ayudara contra los romanos. Les venció en Heraclea (280 a. C.) y en Ausculum (279). Entonces fue nombrado presidente de la Liga Siciliana. Cf. la nota siguiente. Pasó al continente, pero los romanos le vencieron en Beneventum (275).

²⁰ No fueron todos; esto es una exageración aduladora de Hipócrates y su hermano (cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.)

- coacción de ninguna clase, habían votado para que fuera su rey y general, y en segundo, por el linaje de su abuelo Hierón. Hipócrates y su hermano se ganaron tanto al muchacho, que éste seguía sus consejos más que los de cualquier otro. Era versátil por naturaleza, pero ahora estos dos hombres le habían engreído más.
- 7 Cuando las negociaciones de Agatarco en Cartago estaban en pleno desarrollo, Jerónimo envía una segunda embajada a manifestar que el imperio de Sicilia debe corresponderle exclusivamente a él. Pide a los cartagineses que le ayuden en Sicilia; él, a su vez, promete
- 8 apoyar sus operaciones de Italia. Los cartagineses se dieron clara cuenta de la volubilidad y del poco seso del joven rey; sin embargo, pensaban que en modo
- 9 alguno les convenía abandonar Sicilia, por lo cual se avienen en todo a las demandas de Jerónimo y hacen pasar naves con sus fuerzas a la isla, pues ya las tenían dispuestas.
- 5 Informados de todo, los romanos, enviaron una segunda embajada a Jerónimo para protestar contra la infracción de los pactos estipulados por sus abuelos.
- 2 Jerónimo convocó el consejo²¹ y consultó qué era lo
- 3 procedente. Los naturales del país callaron, porque temían la falta de discernimiento del rey²², pero Aristómaco de Corinto, Dámipo de Esparta²³ y Autónoo de Tesalia pidieron que se respetaran los pactos con Roma.
- 4 Adranóodoro fue el único en afirmar que era preciso no

que puede tener un aparente fundamento en lo dicho en la nota anterior.

²¹ Cf. IV 23, 5.

²² Aquí el texto griego ofrece una variante textual que modifica el sentido; su traducción sería: «su fogosidad», «su intemperancia», su falta de autodominio. La traducción que doy sigue el texto de Büttner-Wobst.

²³ Para Dámipo de Esparta, cf. VIII 37, 1. Los otros dos personajes nos son desconocidos.

perder aquella oportunidad y que, sólo entonces, había una posibilidad real de hacerse con el imperio de toda la isla de Sicilia. Cuando acabó de hablar, Jerónimo 5 preguntó a Hipócrates de qué opinión era. Éste respondió: «De la de Adranódoro.» Y se levantó la sesión. Así se decidió la guerra contra los romanos. Pero trató 6 de dar a los legados la impresión de que no les contestaba desfavorablemente; sin embargo, cometió un error tan craso, que no sólo desagradó a los romanos, sino que les infirió una ofensa grave. Les declaró que res- 7 petaría los pactos, siempre y cuando los romanos le devolvieran el oro que habían recibido de su abuelo Hierón; además debían resarcirle del avituallamiento y de los donativos que éste les había hecho; en tercer lugar, debían reconocer como pertenecientes al imperio siracusano las ciudades y el país del Este del río Hime- 8 ra. Los legados y el consejo se separaron; Jerónimo empezó los preparativos militares; concentró y armó a sus fuerzas, y dispuso los restantes pertrechos necesarios.

*La ciudad de
Leontino* ²⁴

La ciudad de Leontino, en el 6 conjunto de su disposición, está orientada hacia el Norte. La cru- 2 za por en medio una hondonada llana, en la que están los edificios de gobierno, los de la administración de justicia y el 3 ágora. A ambos lados de la hondonada se extienden dos líneas de colinas, con precipicios continuados; la superficie plana que hay en las cumbres de esta cadena re- 4 bosa de palacios y de templos. La ciudad tiene dos portales, uno en el extremo occidental de la hondonada aludida; éste conduce hacia Siracusa. El segundo portal

²⁴ La actual Lentini. Sobre su disposición topográfica en la antigüedad, cf. amplia exposición en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

está en el extremo norte y conduce a la llamada llanura
 5 leontina, a las tierras de labranza. Al pie de uno de los
 6 precipicios occidentales fluye el río llamado Liso. Paralelamente a él y al pie de la cadena montañosa, hay una hilera considerable de casas adosadas unas a otras; todas son equidistantes respecto al río²⁵; entre ellas y él discurre la hondonada que dijimos.

7 *Juicio de Polibio acerca de Jerónimo, de su abuelo Hierón y de su padre Gelón* Algunos de los historiadores²⁶ que han tratado la muerte de Jerónimo lo han hecho muy extensamente, han introducido en ella muchos prodigios²⁷, han ex-

puesto los signos acaecidos entre los siracusanos antes de su gobierno y han narrado las desgracias que les
 2 sobrevinieron. Han exagerado, hasta darle caracteres de tragedia, la crueldad de su carácter y la impiedad de sus actos, y, por encima de todo, lo extraño y terrible de los sucesos que rodearon su muerte. Según estos autores, ni Fálaris²⁸, ni Apolodoro²⁹, ni tirano alguno
 3 fue peor que Jerónimo. Pero éste recibió el imperio en su primera juventud y murió al cabo de trece meses.
 4 Es posible que durante este tiempo haya mandado torturar a dos o tres personas y que mandara matar a alguno de sus amigos, pero la crueldad hiperbólica y la impiedad extraordinaria que se le atribuyen resultan
 5 inverosímiles. No cabe la menor duda de que fue un

²⁵ El río que cruza el actual valle de San Eligio.

²⁶ WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce el término de forma algo más vaga: «prosistas», por oposición a poetas, seguramente.

²⁷ Aquí Polibio se repite casi literalmente: cf. II 17, 6.

²⁸ Polibio expondrá más tarde su crueldad: cf. XII 25, 1-5.

²⁹ También Apolodoro, líder democrático que se alzó con el poder después de la muerte de Ptolomeo Cerauno (I 6, 5), fue ejemplo proverbial de crueldad, pero Polibio, al menos en lo que nos queda de su obra, no trata más de él.

hombre caprichoso³⁰ e injusto, pero no hay punto de comparación con ninguno de los tiranos citados. Creo 6 que a los autores de monografías cuando se topan con relaciones breves y reducidas, la miseria del tema les fuerza a transformar en importantes cosas que no lo son y a extenderse prolijamente en puntos que no son ni dignos de mención. Hay quien incurre en faltas semejantes por su poca capacidad de discernir. ¡Con cuánta 7 más razón, el que llena libros con la exposición de hechos como los aludidos se hubiera debido dirigir a Hierón³¹ y a Gelón, dejando de lado a Jerónimo! A los 8 que gustan de escuchar, tal narración les sería más agradable, y a los deseosos de aprender, más útil.

Hierón fue el primero que logró por su propio es- 8 fuerzo el imperio sobre Siracusa y los aliados sin la ayuda ni de riqueza ni de fama ni de otra disposición de la fortuna. Y lo que resulta más admirable es que se hizo 2 rey de los siracusanos sin asesinar a nadie, sin perjudicar a nadie, sin desterrar a nadie. Y no sólo adquirió 3 el imperio así, sino que lo mantuvo de la misma manera. Reinó cincuenta y cuatro años y mantuvo su país en 4 paz. No hubo ningún complot contra su gobierno y no le acosó la envidia que suele perseguir a los máximos magistrados³². Incluso intentó más de una vez abdicar 5 del gobierno efectivo, y se lo privó la asamblea de ciudadanos. Para los griegos fue el hombre más liberal y, 6 a la vez, el que más codició la fama entre ellos; conquistó la gloria para su nombre y legó a los siracusanos un bienestar poco común. Se rodeó de lujos, de placeres 7 y de abundancia; pasó de los noventa años, conservó siempre el uso de los sentidos y mantuvo intactas todas

³⁰ WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone como alternativa a esta traducción «iracundo» o bien «imprudente».

³¹ Sobre cómo Hierón llegó al poder, cf. I 8, 3.

³² Un conocido tópico. Cf. I 36, 3; IX 10, 6.

8 las partes de su cuerpo. Esto me parece que es un indicio no pequeño de que vivió con templanza.

9 Gelón³³ vivió más de cincuenta años y fijó, como finalidad más bella de su vida, la obediencia al padre; creía que es más importante la fidelidad y amor al progenitor que la riqueza, la grandeza del poder o cualquier otra cosa.

9 «Juramento de Aníbal, el general, de Magón, de Mircano, de Barmócar³⁵, de todos los ancianos de Cartago presentes, de todos los soldados cartagineses presentes, prestado ante Jenófanes, hijo de Cleómaco,

*Grecia: pacto de
Filipo V con Aníbal*³⁴

³³ Sobre Gelón, cf. I 8, 3.

³⁴ La victoria cartaginesa de Cannas determinó una aproximación entre Filipo V y Aníbal. Sobre el tenor verbal del tratado parece tener un marcado sabor oriental, de modo que estaríamos (siempre refiriéndonos más que nada al texto griego) ante una redacción cartaginesa, que quizás llegó a manos de los romanos porque capturaron a un emisario cartaginés portador del texto. Un análisis detallado de éste, de sus características, lo ofrece WALBANK, *Commentary*, ad loc. Por lo demás, estamos en el año 215 a. C. Filipo V reinó en Macedonia durante los años 222-179 a. C. Este pacto con Aníbal debe colocarse en el año 215 a. C., lo cual, naturalmente, le enemistó con Roma, que hacia el año 230 a. C. se había apoderado de la isla de Corcira, poniendo así por primera vez el pie en el territorio griego. Filipo se alió también con la Liga Aquea, y guerreó contra la Liga Etolia, aliada de los romanos; son las llamadas guerras macedonias, la primera de las cuales duró el periodo 215-205 a. C. Más tarde, aprovechando que Egipto estaba prácticamente sin rey, pactó secretamente con Antíoco III Selúcida para conquistar el reino egipcio y dividírselo. Esto le enemistó con Atalo de Pérgamo y con Atenas (segunda guerra macedonia, 200-197 a. C.). A pesar de ciertos éxitos iniciales, la intervención romana le fue decididamente adversa. Tras perder la batalla de Cinoscéfalo (197 a. C.), Macedonia renunció definitivamente a sus aspiraciones hegemónicas sobre Grecia.

³⁵ Magón, Mircano y Barmócar: seguramente senadores cartagineses presentes en el campamento de Aníbal y que formaban

ateniense, enviado a nosotros como embajador por el rey Filipo, hijo de Demetrio, en nombre suyo, de los macedonios y de los aliados de éstos, juramento pres-² tado en presencia de Zeus, de Hera y de Apolo, en presencia del dios de los cartagineses, de Heracles y de Yolao, en presencia de Ares, de Tritón y de Posidón, en presencia de los dioses de los que han salido en campaña, del sol, de la luna y de la tierra, en presencia de los ríos, de los prados³⁶ y de las fuentes, en presencia³ de todos los dioses dueños de Cartago, en presencia de los dioses dueños de Macedonia y de toda Grecia³⁷, en presencia de todos los dioses que gobiernan la guerra³⁸

parte de su consejo. Este Magón no es el hermano de Aníbal (cf. III 71, 5, etc.), que ahora estaba en Cartago, sino el Magón que acompañó a Jenófanes cuando regresaban al campamento de Filipo y fueron ambos capturados por los romanos (TITO LIVIO, XXIII 34, 2 ss.). Bickermann (cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.) piensa que antes del nombre de Magón ha debido haber una laguna en la que se especificaba el cargo de estos personajes.

³⁶ Los manuscritos griegos tienen aquí: «de los puertos», pero ya Casaubon, en su edición ginebrina de los textos lo enmendó en el sentido dado en la traducción.

³⁷ Para la validez del pacto deben mencionarse divinidades de los dos bandos contratantes, y algunos que sean comunes. Que aquí hay dioses de Cartago es indudable (cf. III 25, 6). El Zeus cartaginés es el conocido Baal de la Biblia; cf. el episodio del profeta Elías, 1 Reg. XVIII 1-46. Etimológicamente su nombre significa «señor de los cielos». Sobre las equivalencias de las deidades cartaginesas, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

³⁸ Pasaje de significación muy discutida: ¿ante qué clase de genitivo estamos? Véase WALBANK, *Commentary*, ad loc. Hay quien ve aquí un orientalismo claro, semejante al «Señor de los ejércitos» bíblico y litúrgico, al «Dios de las batallas». Otros ven un concepto más griego, más racional: «dioses que dirigen la guerra», sin omitir la concepción homérica de que los dioses combaten personalmente en las batallas. No se puede excluir el que la referencia sea a imágenes de dioses pintados en los estandartes.

4 y de los que ahora sancionan este juramento ³⁹. Aníbal, el general, dijo, y todos los senadores de Cartago presentes y todos los soldados cartagineses presentes: por voluntad vuestra y nuestra prestamos este juramento de amistad y de noble adhesión para ser amigos, parientes y hermanos, bajo las cláusulas siguientes: que el rey Filipo, los macedonios y los demás griegos ⁴⁰ que les son aliados protegerán a los cartagineses y a sus magistrados supremos ⁴¹, y a Aníbal, su general, y a los que le acompañan y a todo el imperio de Cartago, que vive bajo sus leyes, y también al pueblo de Útica ⁴², y también a todas las ciudades y pueblos sometidos a Cartago, y a nuestros soldados y aliados, y a todas las ciudades y poblaciones de Italia, de Galia ⁴³ y de Liguria, con las cuales tenemos amistad, y a aquellas ciudades de esta última región con las que lleguemos a tener amistad y confianza. Y también el rey Filipo y los macedonios y los demás aliados griegos serán protegidos y salvados por los cartagineses, que saldrán con ellos a campaña, y por los uticenses, y por todas las ciudades y linajes sometidos a Cartago, y por los aliados, y por las tropas, y por todos los linajes y ciudades que hay en Italia, en Galia, en Liguria, y por todos los que se les alíen de la región de Italia. No maquinaremos nada unos contra otros, ni diremos nada unos contra otros,

³⁹ Aparentemente son distintos de los otros.

⁴⁰ Esto parece ser una alusión a que los macedonios también son griegos: cf. IX 37, 7, donde se dice que aqueos y macedonios son del mismo linaje que los espartanos.

⁴¹ Aquí la traducción es dudosa: unos quieren ver una alusión a todos los cartagineses, otros a los ciudadanos de rango más elevado, y no falta quien traduce «señores cartagineses», dando al primer término un mero valor de cortesía. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁴² Útica gozaba de un *status* privilegiado dentro del imperio cartaginés.

⁴³ Es la Galia Cisalpina.

y con todo afán y lealtad, sin engaño, seremos todos enemigos de los que hagan la guerra contra Cartago, a excepción de los reyes, ciudades y linajes⁴⁴ con los cuales tengamos juramento de amistad. También nosotros seremos enemigos de los que hagan la guerra al rey Filipo, a excepción de los reyes, las ciudades y los linajes con los cuales tengamos juramento de amistad. Nos seréis también aliados en esta guerra contra los romanos, hasta que los dioses nos cedan a todos la victoria. Nos ayudaréis como convenga, en la forma que acordemos⁴⁵. Y si los dioses hacen que esta guerra que hacemos todos contra los romanos y sus aliados la acabemos con buen éxito y ellos buscan nuestra amistad, accederemos⁴⁶, pero de manera que esta amistad valga también para vosotros, y así no les sea nunca lícito declararos la guerra, ni dominar Corcira, ni Apolonia, ni Epidauro, ni Faros, ni Dimale, ni Partino, ni Atintania. Restituirán a Demetrio de Faros sus amigos que ahora se encuentran en poder de los romanos. Y si éstos os declaran la guerra, o nos la declaran a nosotros, nos ayudaremos mutuamente, según precisemos unos y otros. Y también si la declaran a terceros, a excepción de aquellos reyes, ciudades o linajes con los cuales tengamos juramento de amistad⁴⁷. Y si nos parece necesario añadir o suprimir algo de este juramento, lo suprimiremos o añadiremos, según parezca bien a las dos partes.»

⁴⁴ Aquí el manuscrito griego tiene la palabra «puertos», difícilmente sostenible, y que debe ser un error, pues ya van incluidos en las ciudades. Los distintos editores proponen diversas soluciones; aquí se ha recogido la lectura de Büttner-Wobst.

⁴⁵ Parece haber una alusión a un convenio posterior, puramente militar.

⁴⁶ Aquí se reconoce el papel preponderante de Aníbal en la negociación: es él quien incluye a los macedonios en el tratado.

⁴⁷ Tanto Filipo como los cartagineses debían temer un ataque de otros griegos, principalmente procedente de la Liga Etolia.

10

Grecia: Mesenia y
Filipo V⁴⁸

Establecida la democracia en Mesenia, desterrados los hombres de más prestigio, se hicieron con el poder los que habían repartido en lotes la hacienda de aquéllos, y a los ciudadanos

antiguos que quedaban les desagradaba aquella igualdad (SUDA, art. *Isegorei*).

- Gorgo de Mesenia⁴⁹ fue el primer mesenio tanto por sus riquezas como por su linaje; cuando alcanzó la flor de la edad sus éxitos deportivos le convirtieron en el hombre más ilustre de los que luchaban por coronas
2 en los certámenes gimnásticos. Tanto por su prestancia, como por la dignidad con que vivió y por el número
3 de coronas, fue el primero entre sus coetáneos. Cuando abandonó el deporte para dedicarse a la vida política y a los intereses de la ciudad, también aquí obtuvo una
4 gloria no inferior a la que antes había alcanzado; fue evidente que distó mucho de la mala educación⁵⁰ de muchos atletas y que fue tenido por muy hábil y prudente en el enjuiciamiento de los problemas políticos⁵¹.
11 Filipo, rey de los macedonios⁵², se había metido en la cabeza apoderarse de la acrópolis de Mesenia⁵³. Ma-

⁴⁸ Estamos en el año 215 a. C.

⁴⁹ Cf. V 5, 8.

⁵⁰ Aquí traduzco con Büttner-Wobst, según la enmienda textual de Toup; el texto manuscrito griego da la palabra «combate», «lucha atlética» (*agonía*), que proporciona un sentido inaceptable. La enmienda es *anagonía*. Sin embargo, la duda está en si el antónimo *paideía* no ha banalizado el profundo sentido que hubiera tenido, sin duda, en textos de Platón.

⁵¹ Aquí hay una laguna en el texto causada por el epitomador. Debía de tratar de la virtud en el sentido, aproximadamente, en que lo hace en IV 77, 4; cf. también V 10, 11 y XVIII 33, 6.

⁵² Algunos editores, y Walbank en su comentario, invierten el orden de los capítulos 11 y 12.

⁵³ Era el monte Ítome, actual Vourkano, que tiene tres picos, dos de los cuales constituían la antigua ciudadela de Mesenia.

nifestó a los magistrados de la ciudad sus deseos de visitarla para ofrecer en ella un sacrificio a Zeus. Subió a ella con su comitiva⁵⁴ y ofreció el sacrificio⁵⁵. Cuando, según el rito, le entregaron parte de las entrañas de la bestia sacrificada, él las tomó en sus manos y se inclinó levemente hacia Arato, preguntándole su opinión acerca de lo que aquellas entrañas indicaban: si se debía retirar de la acrópolis, o bien si debía conquistarla. Juzgando por lo que ya había conseguido, Demetrio le 2 dijo: «Si tu espíritu es de adivino, retírate de inmediato, pero si eres un rey práctico, debes tomarla ahora, no sea que si omites esta oportunidad, luego debas buscar otra más favorable; si dominas los dos cuernos, 3 serás el único que tendrás el toro a tu merced.» Para él los cuernos eran Itómata y el Acrocorinto; el toro era el Peloponeso. Filipo se volvió a Arato y le preguntó: «¿Qué? ¿Me aconsejas tú lo mismo?» Arato callaba, pero el rey le rogó que expusiera su opinión. Entonces, 5 puesto en un aprieto, Arato contestó: «Si te es posible ocupar este lugar sin romper tu trato con los mesenios, te aconsejo que lo tomes, pero si tomarlo ahora con 6 tu comitiva te representa perder las demás acrópolis y la guardia que has recibido de Antíoco para vigilar a los aliados (quería decir que fueran leales), mira no te 7 valga más ahora retirar a tus hombres de aquí, pero dejar intacta tu palabra: conservarás a los mesenios y también a los otros aliados.» Filipo estaba predispuesto, 8 en su primer impulso, a romper la tregua, como se vio claramente por los hechos que siguieron. Pero Arato 9 el Joven muy poco antes le había increpado duramente por el asesinato de unos hombres, y ahora Arato el Vie-

⁵⁴ Debía de ser su guardia personal, aunque la palabra griega significa realmente «comitiva». De lo contrario, no se explica lo que sigue.

⁵⁵ El sacrificio es de un toro. Esto explica la metáfora, que sigue, de los cuernos.

jo, le hablaba con franqueza y dignidad, rogándole vivamente que atendiera a su consejo. Y Filipo, en efecto, cambió de parecer, tomó a Arato por la diestra y exclamó: «Pues larguémonos de aquí por donde vinimos.»

- 12 Aquí voy a interrumpir el hilo de mi narración para tratar brevemente de Filipo; en este momento empieza su decadencia⁵⁶ y la mutación de su carácter a peor.
- 2 Estoy convencido de que este ejemplo es el más claro para los hombres emprendedores que deseen, aunque sea sólo mínimamente, enmendar su conducta mediante
- 3 el estudio de la historia. El empuje de este rey para el bien y para el mal ha sido el más notorio y evidente entre todos los griegos, cosa que se debió, tanto al esplendor de su posición como a la brillantez de su genio; de mi explicación se deducirá el resultado de
- 4 este doble empuje. Después de hacerse con el imperio de Tesalia y de Macedonia, en resumen, con el reino que le correspondía, se inclinó y se entregó a la benignidad como ningún rey de los anteriores lo había hecho; nótese que era extremadamente joven cuando recibió el imperio de los macedonios. Mi afirmación es fácil de
- 5 ver por lo que sigue. Cuando, por causa de la guerra emprendida contra los etolios y los lacedemonios⁵⁷ estuvo mucho tiempo ausente de Macedonia, no sólo no se revolucionó ninguno de estos pueblos, sino que ni tan siquiera ninguno de los pueblos bárbaros se atrevió a
- 6 tocar los límites de Macedonia. No hay palabras para describir adecuadamente la inclinación hacia su persona y el aprecio que le profesaron Alejandro, Crisó-
- 7 gono⁵⁸ y otros amigos. De los peloponesios, de los beocios, y, a la vez, de los epirotas y de los acarnanios

⁵⁶ En su sentido moral: su degradación.

⁵⁷ La guerra social, descrita en IV 3-37; 57-87; V 1-30; 91-106.

⁵⁸ Para Alejandro, su chambelán, cf. II 66, 7 ss.; para Crisógono, padre de Samos, cf. V 9, 4 ss.

* * * ⁵⁹ los grandes beneficios que en poco tiempo hizo a todos. En breves palabras, si se me permite hablar ⁸ un poco hiperbólicamente, se podría afirmar de Filipo que fue como un amante para todos los griegos, por su ánimo de hacer favores. El ejemplo más claro y ⁹ notorio de lo que puede la voluntad de lealtad y de benevolencia es que todos los cretenses, y también sus aliados, coincidieron en nombrar a Filipo único soberano de la isla ⁶⁰; esto se hizo no por medio de las armas; nadie corrió ni el mínimo riesgo. Es difícil encontrar en épocas pretéritas algún caso comparable. Pero, después de su incursión contra Mesenia, todo le ¹⁰ salió al revés, lo cual es muy explicable. Adoptó en su ¹¹ vida una mentalidad opuesta a la anterior y, desde aquel momento, obró de acuerdo con el cambio. Fue, pues, natural que las opiniones de los demás respecto de él mismo giraran también hacia el lado opuesto y que el resultado de sus empresas fuera el contrario que antes. Es exactamente lo que le sucedió. Lo verán claro ¹² los que me sigan atentamente en los hechos que reseño a continuación.

Cuando se apercibió de que había decidido declarar ¹³ la guerra a los romanos y de que su conducta para con los aliados iba a ser totalmente distinta, Arato le hizo reflexiones y puso ante su vista las dificultades futuras. Sin embargo, le fue muy difícil hacerle variar de intento ⁶¹. Aquí queremos recordar a los lectores ² atentos de nuestra obra lo que en el libro quinto ⁶² ex-

⁵⁹ Schweighäuser, en su traducción latina del texto griego dindorfiano llena esta laguna con un texto latino que, traducido, dice así: «podrá ver fácilmente el afán que tuvo de beneficiar a los locos quien considere los favores que hizo a todas sus ciudades». A este respecto, véase el comentario de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁶⁰ Aquí Polibio exagera (véase WALBANK, *Commentary*, ad loc.).

⁶¹ Es decir, atacar Ítome.

⁶² V 12, 7-8.

pusimos de manera previa y con una promesa⁶³; ahora los hechos han constatado que nuestras afirmaciones
3 eran no ya demostrables, sino indiscutibles. Cuando en la historia llegamos a aquel punto de la guerra etolia en el que explicamos cómo Filipo destruyó salvajemente los pórticos y las ofrendas votivas de Termo, dijimos que la culpa de esto debía imputarse no tanto al rey, por su extremada juventud, como a los amigos
4 que le rodeaban. Ya entonces afirmamos que Arato el Viejo, mientras vivió, le aconsejó no hacer nada malo, todo lo contrario de Demetrio de Faros, que le sugería
5 lo opuesto. Prometimos demostrar esto en alguna parte posterior de la obra y aplazamos la demostración de
6 esta afirmación para ahora, cuando, en presencia de Demetrio, pues Arato retrasó un día su llegada, Filipo empezó a perpetrar las impiedades más monstruosas;
7 y como uno que ha probado sangre humana, que ha asesinado, que ha hecho traición a sus aliados, se convirtió no ya en lobo, de hombre⁶⁴ que era, según la fábula de la Arcadia narrada por Platón, sino que de rey
8 se transformó en el tirano más terrible. La prueba más convincente del carácter de ambos hombres es el consejo que cada uno de ellos dos le dio referente a la acrópolis de Mesenia, de manera que no caben dudas respecto de la guerra etolia.

- 14a Si aceptamos esto de una vez por todas, resulta fácil colegir la diferencia existente entre los dos procederes.
2 De la misma manera que hasta ahora Filipo había seguido los consejos de Arato y había sido leal a los mesenios en lo de la acrópolis y, por decirlo así, había

⁶³ De cumplimiento, naturalmente.

⁶⁴ Había una fábula arcadia, narrada por PLATÓN en *República* VIII 565d, según la cual el que gustaba de una entraña humana desmenuzada entre las de otras víctimas, ése fatalmente ha de convertirse en lobo. Cf. también PAUSANIAS, VIII 2, 3.

aplicado un remedio suave a aquella herida terrible, me refiero a lo sucedido en las matanzas, ahora, en los 3 asuntos etolios, siguió los consejos de Demetrio y ultrajó a los dioses porque hizo añicos los exvotos purificatorios, y además ofendió a los hombres porque violó las normas de la guerra⁶⁵. Pero cuando se mostró violento e implacable para con sus enemigos, con ello no alcanzó en absoluto sus propósitos. Lo cual vale tam- 4 bién para los acontecimientos de Creta. En efecto, con los cretenses atendió totalmente a los consejos de Arato y no cometió ninguna injusticia, no perjudicó a nadie de la isla. Tal fue el dominio que ejerció sobre los cretenses, con lo que se ganó las simpatías de todos los griegos, ya que obraba según principios justos. Pero 5 más tarde atendió a Demetrio y ocasionó a los mesenios las desgracias citadas: así perdió a la vez la adhesión de los aliados y la confianza de los griegos. ¡De manera 6 tan decisiva influye en los reyes jóvenes, de cara a sus éxitos o a sus fracasos, la elección de los amigos y los juicios que éstos emiten! Sin embargo, la mayor parte de estos monarcas, no sé por qué clase de negligencia no se preocupan de ello en absoluto.

Sicilia Envían algunos cretenses al pillaje; 14b
les dan una carta preparada (SUDA)⁶⁶.

Grecia Órico⁶⁷: es del género masculino, 14c
como dice Polibio en el libro séptimo:
«Los que habitan por el Órico, que son
los más próximos a su desembocadura
en el Adriático, en su margen derecha» (ESTEBAN DE BIZANCIO).

⁶⁵ Cf. II 58, 6 y IV 62, 3.

⁶⁶ Véase, en WALBANK, *Commentary*, ad loc., el comentario sobre este incidente, más ampliado por Tito Livio.

⁶⁷ Órico es la actual Paleocastro, en el extremo meridional de la bahía de Valona. Según la tradición es una fundación eu-

15

*Asia: guerra de
Antíoco contra
Aqueo* ⁶⁸

En torno a Sardes ⁶⁹ se libraban continuamente combates y escaramuzas; día y noche los soldados ideaban toda clase de emboscadas, de estratagemas y de asaltos

- unos contra otros; una descripción detallada resultaría prolija e inútil. Al final, en el segundo año del asedio, Lágoras de Creta ⁷⁰, hombre muy ducho en prácticas militares, que con frecuencia había visto cómo las ciudades más fortificadas son conquistadas fácilmente por sus enemigos, debido al descuido de sus habitantes, quienes, confiados en sus fortificaciones naturales o artificiales, hacen negligentemente las guardias y llegan a no hacerlas; consciente, además, Lágoras, de que la toma se efectúa precisamente por los lugares más fortificados, donde parece que el atacante no puede tener esperanzas, comprobó también entonces que la opinión más extendida era que las fortificaciones de Sardes impedían conquistarla por una acción militar; la única esperanza real era reducirla por hambre; concretamente por esto, Lágoras se obstinaba en explorar todos los lugares, ávido de encontrar una buena oportunidad. Se dio cuenta de que en el sitio llamado Príone ⁷¹ la vigilancia de la muralla flojeaba; aquí es

bea. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Sin embargo, el nombre no consta en el nomenclátor del *Weltatlas*, I.

⁶⁸ Estamos en el año 213 a. C. Antíoco III Seléucida guerrea contra su virrey Aqueo, que se le había sublevado en el Asia Menor. La muerte de Aqueo se narra en VIII 15-21, pero se tiene la impresión de que Polibio no ha conseguido refundir perfectamente dos tradiciones parcialmente divergentes.

⁶⁹ Sardes estaba situada en la colina más septentrional de una estribación del monte Tmolo, en la orilla derecha del Pactolo, y dominaba la fértil llanura de Hermo.

⁷⁰ Un desertor de Ptolomeo IV; cf. V 61, 9.

⁷¹ El término, etimológicamente, significa «lugar en forma

donde se tocan la ciudad y la acrópolis. Centró en ello su reflexión y depositó aquí su esperanza. Se apercibió ⁷ del descuido de los centinelas por lo que sigue: el punto ⁸ es muy abrupto, y hay en él una hondonada profunda, en la cual echaban los difuntos de la ciudad y las entrañas de los caballos y demás bestias que se les morían: en aquel paraje se juntaban siempre grandes bandadas de buitres y de otras aves. Lágoras comprobó ⁹ que cuando estas aves se habían hartado, descansaban en los peñascos contiguos a la muralla y en la muralla misma; de esto dedujo ⁷² que ésta por aquí estaba poco vigilada y la mayor parte del tiempo abandonada. Se ¹⁰ acercó allí de noche sin demora y examinó atentamente los pasos y los lugares donde se podían apoyar las escaleras. Halló un peñasco que se prestaba a esto y lo comunicó al rey.

Éste aceptó sus propuestas y rogó a Lágoras que ¹⁶ llevara a cabo su intento; prometió que, por su lado, él haría todo lo posible. Lágoras le pidió como ayu- ² dantes a Teodoto el etolio ⁷³ y a Dionisio, el general de los soldados escudados; debía exhortarles a participar en la operación porque ambos parecían tener tanto el vigor corporal como la audacia precisos para la hazaña proyectada. El rey cumplió su deseo y los hombres cita- ³ dos, tras discutir los detalles, se pusieron de acuerdo. Esperaron una noche en la que poco antes de la amanecida la luna no brillara. El día anterior al que debían ⁴ operar porque la noche se presentaba así, al oscurecer escogieron de todo el campamento a los quince hombres

de sierra»; se debería referir a la configuración natural del lugar o de la muralla.

⁷² Probablemente, después de devorar sus carnes; el hambre debía ya apretar a los asediados.

⁷³ Igual que Lágoras, desertó de Ptolomeo IV en favor de Antíoco; cf. V 40, 1-3.

- más fuertes de cuerpo y de ánimo; eran los que debían colaborar con ellos en su osada gesta: transportar las
- 5 escaleras y luego encaramarse por ellas. A continuación eligieron a treinta hombres más, que apostarían a cierta distancia, para que cuando ellos mismos hubieran escalado el muro y se llegaran al portal más cercano, ellos lo asaltarán por la parte exterior e intentarían romper las trancas y las bisagras, mientras
- 6 los primeros procurarían forzar las cerraduras y quebrar los barrotes. Seleccionaron todavía a dos mil hombres más que debían seguir a éstos para irrumpir por el espacio que rodeaba al teatro, lugar estratégico tanto
- 7 para atacar la acrópolis como la ciudad. Para que nadie sospechara el verdadero motivo de esta selección de hombres, el rey esparció el rumor de que los etolios querían introducirse en la ciudad por una hondonada: se precisaba de una vigilancia especial para que no ocurriera aquello de que había sido informado.
- 17 Dispuestos ya todos los preparativos, así que la luna se hubo ocultado, los hombres de Lágoras llegaron con sus escaleras al roquedal sin haber sido observados; se echaron cuerpo a tierra bajo el saliente de
- 2 una roca. Ya de día, los centinelas de aquel lugar lo abandonaron y Aqueo, según su costumbre, enviaba hombres a las emboscadas: concentraba y ordenaba la mayor parte de sus efectivos en el hipódromo⁷⁴. Inicial-
- 3 mente, nadie se dio cuenta de lo que ocurría. Pero cuando ya se habían aplicado las dos escaleras y por una trepaban los hombres de Dionisio y por la otra los de Lágoras, en el campamento se produjo una gran
- 4 emoción y excitación. Lo que pasaba era que ni los de la ciudad ni los de la acrópolis (éstos rodeaban a Aqueo) podían ver a los que subían por los peldaños, debido al saliente de una roca, pero los que estaban en

⁷⁴ Con toda certeza fuera del recinto amurallado de la ciudad.

el campamento veían la audacia de los que se exponían a aquella ascensión. De manera que el pasmo y la sorpresa, y, por otro lado, el miedo y el temor ante el desenlace les tenían en suspenso, no exento, sin embargo, de alegría. Antíoco se dio cuenta de la conmoción de su campamento y puso en movimiento a todas sus tropas hacia las puertas opuestas, las llamadas «las persas»; con ello pretendía distraer de lo que estaba ocurriendo tanto a sus hombres como a los de la ciudad. Desde su acrópolis, Aqueo vio la maniobra enemiga, nada habitual, y se encontró muy incómodo e indeciso, porque no podía adivinar en modo alguno la finalidad de lo que había ocurrido. Sin embargo, envió una defensa hacia aquella puerta; los hombres debían descender por un sendero angosto y escarpado, de modo que llegaron tarde. Aríbazo⁷⁵, el comandante de la acrópolis, avanzó sin sospechar nada hacia la puerta atacada por Antíoco, hizo que algunos soldados subieran a la muralla y mandó a otros directamente hacia la puerta, para rechazar a los que se acercaban; a éstos les ordenó establecer contacto con el enemigo.

En el ínterin, Lágoras, Teodoto y Dionisio con sus hombres ya habían superado las rocas y llegaron a la puerta de la muralla que había allí. Unos combatieron contra los que les ofrecían resistencia, otros consiguieron romper los barrotes. Entonces se lanzaron al asalto los que estaban apostados allí por la parte externa e hicieron lo propio. La apertura de las puertas fue inmediata, los dos mil hombres penetraron en la ciudad y ocuparon la explanada del teatro. Simultáneamente, desde las murallas y las puertas llamadas «las persas», se lanzaron todos a apoyar a los hombres de Aríbazo para rechazar a los que penetraban por allí. Al ocurrir esto la puerta quedó abierta y algunos de la armada real

⁷⁵ Cf. 18, 4 y 7; VIII 21, 9.

persiguieron a los de la ciudad que se replegaban, adentrándose en ella. Ocuparon también esta puerta y, a continuación, unos iban entrando, mientras los otros forzaban las puertas contiguas. Tanto los hombres de Aríbazo como la guarnición de la ciudad, tras un breve choque con los asaltantes, huyeron hacia la acrópolis. Los hombres de Teodoto y de Lágoras permanecieron, sin alejarse de ella, en la explanada del teatro: esperaban el desenlace de una manera práctica y prudente; el resto de las fuerzas efectuó un asalto general y se apoderó de la ciudad. Iban matando a cualquier persona que encontrasen; otros se dedicaban al pillaje y al botín. La ciudad quedó totalmente saqueada y destruida. De esta manera, Antíoco se apoderó de Sardes.

19

Los marselleses son de raza africana. Polibio, en el libro séptimo les llama «masilios» (ESTEBAN DE BIZANCIO).

.

LIBRO VIII

(FRAGMENTOS)

Del Proemio

Me parece que no cae fuera de ¹
nuestro propósito general ni del
plan originario el hecho de llamar
la atención de los lectores sobre
la magnitud de las hazañas de
las dos repúblicas, la romana y la cartaginesa, y sobre
la emulación que ambas pusieron en la persecución de
sus objetivos. En efecto: ¿quién no creará digno de ²
admiración que, a pesar de sostener una guerra tan
costosa en la que se disputaban Italia y otra no inferior
a ésta, por la posesión de España, y eso, cuando las dos
repúblicas estaban en su apogeo, con una esperanza in-
cierta en cuanto al futuro y en el presente con un riesgo
parecido, con todo, digo, no les bastaban las empresas ³
intentadas, sino que, encima, porfiaban por Sicilia ¹ y

¹ Sobre Sicilia, véase más abajo 3-7. El choque en Cerdeña ya debía haber acabado. Una mujer, Hampsícora, se había sublevado contra Roma en el año 215 a. C., sin esperar la llegada de refuerzos cartagineses. Derrotada por un ejército romano mandado temporalmente por Tito Manlio Torcuato, fuerzas cartaginesas que llegaron forzaron a éste a la defensiva, pero al cabo los romanos vencieron y aseguraron para Roma la posesión de la isla. Esto se sabe por Tito Livio, XXIII 34, 10-15; en lo que nos queda de Polibio no hay nada al respecto.

Cerdeña, y no con esperanzas huera, sino con preparativos y aprovisionamientos? Esto es lo que más admirará a quien considere las cosas en detalle. Los romanos habían dispuesto en Italia dos ejércitos íntegros, con sus respectivos cónsules, y dos más, igualmente, en España; la infantería de estos últimos la mandaba Cneo Cornelio Escipión y la flota, su hermano Publio Cornelio Escipión. Algo no distinto ocurría con los cartagineses. Una flota romana, mandada, primero, por Marco Valerio y después, por Publio Sulpicio, había zarpado hacia Grecia para vigilar las intenciones de Filipo. Al mismo tiempo, Apio, con cien quinquerremes, y Marco Claudio, con las tropas terrestres, estaban apostados en Sicilia. Amílcar hacía lo mismo con los cartagineses.

Esto me hace suponer que, ahora, realidades constatables hacen verdaderamente creíble lo que afirmamos repetidamente² al principio de esta obra, que es imposible comprender el conjunto del proceso histórico a través de los autores de monografías. ¿Cómo sería posible que quien lea solamente los hechos de Sicilia o de España comprenda y llegue a entender o bien la magnitud de los sucesos ocurridos o bien, lo que es más importante, la forma y el tipo de constitución que ha usado la fortuna para cumplir entre nosotros la obra más admirable y no realizada hasta ahora, someter todo el mundo conocido al gobierno de un solo imperio? Naturalmente, también a través de los autores de monografías se puede conocer cómo los romanos conquistaron Siracusa o cómo conservaron España, pero cómo lograron la hegemonía universal, los hechos concretos que les estorbaron la prosecución de esta finalidad última y los que, al revés, les ayudaron, las circunstancias que colaboraron con ellos, todo esto es difícil de ver

² Cf. III 32, y con referencia a ello, WALBANK, *Commentary*, ad loc.

sin una historia universal de todos los hechos. Las mis- 7
 mas causas hacen que no sea fácil de ver la grandeza
 de las hazañas ni la fuerza de la constitución. El que 8
 los romanos pretendieran España, o bien Sicilia, y sa-
 lieran en campaña por mar o por tierra, en sí no tiene
 nada de admirable. Pero si todo esto sucede al mismo 9
 tiempo y, encima, el mismo imperio y la misma repúbli-
 ca realizan otras múltiples gestas, y, junto con todo
 esto, se consideran las revoluciones en el propio país
 y las otras guerras sostenidas por los que ya hacían todo
 lo anterior, sólo así será claro y admirable³ lo ocurrido, 10
 y sólo así se podrá efectuar una explanación adecuada.
 Éstas son las objeciones que proponemos a los que afir-
 man que a través de las historias monográficas se puede
 alcanzar una experiencia de la historia común y uni-
 versal.

*Sicilia: el asedio de
 Siracusa*

Así la mayor parte de los hom- 3
 bres lo que menos soporta es lo
 más fácil, me refiero al silencio.

Era el tiempo en que Epícides
 e Hipócrates⁴ tomaron el gobier-
 no de Siracusa; ellos, personalmente, se apartaron de
 la amistad de los romanos e hicieron que se apartara
 de ella el resto de los siracusanos. Los romanos cono-
 cían ya la caída de Jerónimo⁵, el tirano de Siracusa,
 y nombraron propretor a Apio Claudio, a quien con-
 firieron el mando de las fuerzas de tierra; la flota, la
 dirigía Marco Claudio. Plantaron su campamento no 2
 lejos de la ciudad, porque proyectaban realizar incur-
 siones con su infantería contra el lugar llamado «Las
 Seis Puertas» y por mar contra la puerta llamada es-

³ Para la doble exigencia de pedir claridad y de suscitar admiración, cf. IV 28, 6; aquí resuenan ecos de teorías literarias helenísticas.

⁴ Cf. VII 14b.

⁵ Fue en el año 214 a. C.

- cítica, de Acradina, paraje por el que los muros alcan-
zan la playa. Aparejaron sus cubiertas de mimbre, pro-
yectiles y todo el material restante que se utiliza en
casos de asedio. Suponían que, debido a la abundancia
de mano de obra de que disponían, en cinco días su-
perarían los preparativos enemigos. No pensaban en la
habilidad de Arquímedes ni preveían que alguna vez
el genio de un hombre es superior a una gran cantidad
de manos⁶. En nuestro caso los romanos comprendie-
ron la verdad de esta afirmación por los propios hechos.
- La ciudad estaba muy fortificada. La circundaba la
muralla incluso por lugares muy elevados, por las cres-
tas de los altozanos. Aun en el caso de no haber aposta-
dos defensores era difícil acceder a aquellos sitios, a
no ser por unos pocos lugares muy concretos; por otro
lado, Arquímedes, en la ciudad, había montado unos
dispositivos tales, también contra los que atacaban por
mar, que los defensores nunca perdían tiempo y podían
oponerse inmediatamente a cualquier intento del ene-
migo. Apío intentó transportar las cubiertas de mim-
bre y las escaleras a la parte de la muralla siracusana
que, por el Este, es contigua al lugar de «Las Seis Puer-
tas».
- Marco navegaba hacia Acradina con sesenta quin-
querremes abarrotadas de arqueros, de honderos y de
vélites: su misión era desalojar a los defensores de las
almenas. También tenían ocho naves quinquerremes, a
las que en parte habían desmontado los remos, en unas
a estribor y en otras a babor; habían juntado a pares
estas naves por los flancos desprovistos de remos. Las
hicieron avanzar por medio de los remos que quedaban
por la parte exterior, hacia la muralla; estos buques es-
taban dotados de unos ingenios llamados «arpas»⁷, cons-

⁶ Cf. II 7-8.

⁷ La palabra griega (y latina) es *sambuca*, que era un arpa

truidos como se expone a continuación: los marineros 4 disponen una escalera de cuatro pies de ancho que llegue a la altura del muro del sitio donde van a desembarcar. Montan a cada lado de esta escalera unas barandas de mimbre y, por encima, la protegen con escudos volados; luego la abaten transversalmente sobre los flancos de las naves en cuestión; con todo, queda bastante por encima de la proa. En las puntas de las 5 vergas han dispuesto previamente unas pequeñas poleas con sus correspondientes cables. Cuando se acerca 6 el momento en que se deben utilizar estos artefactos, atan los cables a la parte superior de las escaleras y unos hombres situados en la punta de la popa tiran de ellos, mientras que otros, por el otro lado, apoyan la erección de la escalera por medio de puntales y la aseguran. Luego bogan con los remos que han quedado 7 por la parte exterior de los navíos, los acercan a tierra e intentan adosar la escalera a la muralla. Por su parte 8 superior la escalera tiene una plataforma protegida por unas rejas de mimbre por delante y por los lados; desde esta plataforma cuatro hombres luchan contra los defensores de las almenas que intentan impedir la aproximación del ingenio. Aplicadas ya la escalera y la 9 plataforma, que rebasa la altura de la muralla, entonces sueltan las rejas laterales de mimbre y los hombres saltan a las almenas o a las torres. El resto de los sol- 10 dados les sigue por la misma arpa, cuya escalera ha quedado fijada firmemente a ambas naves mediante unas cuerdas. Todo este conjunto recibe con razón el nom- 11 bre de «arpa», porque cuando se ha alzado la escalera, la figura que forma con las naves tiene un gran parecido a este instrumento musical.

triangular con muchas cuerdas. La comparación de este ingenio de asedio con un arpa también se da en Vegecio, con la particularidad de que éste la aplica a un ingenio terrestre.

- 5 De modo que los romanos se habían preparado de esta manera y pensaban aproximarse así a las torres.
- 2 Pero Arquímedes, de quien he hablado un poco antes, había dispuesto unas máquinas de guerra construidas para que alcanzaran a bastante distancia y ya desde lejos hería a los asaltantes con catapultas que disparaban proyectiles pesados; ponía al enemigo en situación
- 3 difícil y desagradable. Pero cuando las catapultas ya disparaban por encima de las cabezas de los atacantes, para este caso había aparejado otras de menor calibre, siempre proporcionales a la distancia en que se encontraba el enemigo; infundió un tal desánimo en los romanos, que les impidió totalmente la arremetida y la
- 4 penetración. Marco, bien a pesar suyo, se vio forzado a retirarse de noche, ocultamente.
- 5 Cuando tuvo a los romanos que atacaban por tierra al alcance de sus máquinas de guerra, entonces ideó
- 6 otras contra los que atacaban por mar. Practicó en las murallas muchos agujeros a la altura de un hombre. Por la parte de fuera tenían un palmo de diámetro; por la de dentro apostaba arqueros y escorpiones que con
- 7 sus tiros inutilizaban a los agresores. Así, fuera cual fuera la distancia, grande o pequeña, no sólo frustraba las arremetidas de los enemigos, sino que mataba a la
- 8 mayoría de éstos. Para cuando los romanos se disponían a levantar sus arpas, había ideado unos artilugios que normalmente quedaban ocultos dentro del recinto amurallado; al llegar la oportunidad se alzaban muy por
- 9 encima de la muralla y aun de las almenas. Estas máquinas transportaban piedras que pesaban, como mínimo, diez talentos y también grandes pellas de plomo.
- 10 Cuando las arpas se aproximaban, por un sistema de rotación se orientaban adecuadamente los ingenios⁸

⁸ Un dibujo esquemático de este artilugio, en WALBANK, *Commentary* pág. 76.

ideados por Arquímedes, que soltaban su carga contra el arpa enemiga. El resultado era que no sólo ésta recibía el golpe, sino que incluso las naves y los tripulantes corrían grave peligro. 11

Todavía había otros ingenios contra los asaltantes 6 que se protegían con las rejas de mimbre, lo cual les amparaba de los tiros lanzados desde la muralla y no les pasaba nada. Las máquinas citadas disparaban piedras 2 contra los hombres de proa que combatían, y les forzaban a huir. Además, disponían de unos garfios de hierro sujetos a unas cadenas, los cuales descendían cuando el hombre rival que manejaba el arpa o el timón había adosado la proa lo máximo posible a la muralla, y el artefacto de la nave romana quedaba dentro de ésta. El ingenio siracusano levantaba la proa y la nave 3 quedaba inclinada de proa a popa, lo cual inutilizaba los instrumentos de proa. Entonces, mediante un sistema de una polea y una cadena, aflojaba ésta súbitamente: unas naves se escoraban y se hundían, otras 4 volcaban y, en su mayor parte, levantadas hacia arriba por la proa, se inundaban y el agua las llenaba; la confusión en ellas era total.

Marco, puesto en apuros por las defensas de Arquímedes, veía como los defensores rechazaban sus ataques y le causaban daños y vergüenza. Se llevó un gran disgusto, pero al cabo bromeó sobre sus propias acciones y dijo que Arquímedes se aprovisionaba de agua con las naves romanas para mezclarla con su vino y que sus arpas, caídas en desgracia, habían abandonado el banquete. Éste fue el final del asedio por mar. 7

También Apio, puesto en un aprieto semejante, abandonó el ataque. Cuando aún se encontraban a distancia, 7 se vieron golpeados y diezmados por ballestas y por catapultas; el suministro de las municiones y su eficacia eran algo prodigioso. Hierón lo había sufragado todo; el técnico que inventó aquellos recursos fue también

- 3 Arquímedes. Siempre que los romanos efectuaban una aproximación a la ciudad, unos, como ya he indicado antes, cesaban en su avance, hostigados continuamente desde las aspilleras; los que se protegían con rejas de mimbre e intentaban forzar el paso, morían por las piedras o por las vigas que les tiraban desde arriba.
- 4 No pocos romanos sufrieron heridas por las zarpas de los ingenios que antes he mencionado, porque levanta-
- 5 ban en vilo a los hombres y luego los soltaban. Al final se retiraron todos al campamento; Apio celebró un consejo con sus tribunos y decidieron todos, de común acuerdo, que el asedio era la única manera de conquistar Siracusa, cosa que al final lograron. Durante ocho
- 6 meses rodearon la ciudad y no se abstuvieron de estratagemas ni de temeridades, pero nunca más se atrevieron a asaltarla.
- 7 Así un solo hombre y un solo espíritu dotado especialmente para algunas empresas resulta de una eficacia
- 8 grande y admirable. Los romanos, con un ejército tan nutrido tanto por mar como por tierra, hubieran podido esperar conquistar rápidamente Siracusa, si no se lo
- 9 hubiera estorbado un siracusano ya viejo, pero la presencia de éste hizo que ni tan siquiera osaran asaltar la ciudad, al menos de una manera tal que Arquímedes
- 10 pudiera rechazarles. Pero siguieron convencidos, puesto que residía en la ciudad una gran multitud, de que por la falta de víveres llegarían a hacérsela suya, de modo que, con esta esperanza, la flota romana impedía que por mar llegara socorro a los asediados; lo mismo hacía
- 11 la infantería por tierra. No se avinieron los romanos a que fuera un tiempo perdido el que pasaban asediando Siracusa; querían también extraer algún provecho en otros lugares; los generales se repartieron el ejército y se dividieron. Con las dos terceras partes de él,
- 12 Apio siguió el asedio de la ciudad; los romanos restan-

tes, al mando de Marco, atacaron a los partidarios de los cartagineses que había en Sicilia.

Filipo se dirigió a Mesenia y ⁸
Grecia: juicio acerca devastó salvajemente el país; le
del historiador empujaba mucho más la ira que
Teopompo ⁹ la reflexión. Según creo, opinaba ²

que, incluso en el supuesto de que infiriera daños a los demás continuamente, los perjudicados ni se irritarían ni le profesarían odio. Tanto ³ ahora como en el libro anterior ¹⁰ me han inducido a tratar con más detalle estos temas no sólo las causas indicadas ya antes, sino también el hecho de que ciertos historiadores han omitido totalmente los acontecimientos de Mesenia, y otros, por sus tendencias monárquicas, o bien, al contrario, por el miedo que les infunden los reyes, nos han presentado los crímenes y los sacrilegios ⁴ ¹¹ perpetrados por Filipo en Mesenia no como un

⁹ Es notable la referencia de GUSTAV A. LEHMANN, *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 154-155, a los capítulos 8-12. Debido a la fragmentación del libro XII, los autores habían supuesto que la crítica ejercida por Polibio a los autores contemporáneos era un *totum revolutum* de detalles inconexos, hasta que P. Pédech, en su edición de les Belles Lettres polibiana ha logrado demostrar que el libro XII poseía una composición racional y una secuencia lógica de pensamiento. Aparentemente, y este es hallazgo de Lehmann, se podría pensar lo mismo de la crítica ejercida a Teopompo. Pero la idea de Polibio es profunda: si Filipo V en la guerra de Mesenia ha cambiado de carácter, esto debía reflejarlo Teopompo en su obra, y no continuar en sus loores a Filipo V. Es decir, el historiador debe ser imparcial. Esta referencia a Teopompo no es gratuita, es una lección de ética profesional puesta en su punto preciso. Y la introducción de este excursus sobre Teopompo es un ejemplo muy instructivo de cómo Polibio en sus digresiones asciende a cuestiones de principio y de método, en confrontación crítica con historiadores prominentes anteriores a él.

¹⁰ Cf. VII 11-14.

¹¹ Las mismas palabras vienen aplicadas a los actos de piratería de Dicearco en XVIII 54, 10.

error, sino todo al revés, como algo digno de elogio, o
5 como un castigo justo. Y no sólo en lo referente a los
mesenios es posible ver que los historiadores han hecho
esto, sino también al tratar otras acciones de Filipo;
6 su obra no merece tanto el nombre de historia como
7 el de encomio. Pero yo digo que no se debe vituperar
a los reyes injustamente, pero tampoco alabarlos sin
motivo, cosa que algunos han realizado. También debe
haber concordancia entre lo dicho ahora y lo afirmado
anteriormente, y ajustar los discursos a la índole del
8 personaje que los pronuncia. Esto es fácil decirlo, pero
muy difícil de hacer, porque son muchas las circuns-
tancias y condicionamientos de la vida a que los hom-
bres atienden, y así no se puede ni decir ni escribir las
9 propias opiniones. Aunque podamos absolver a algunos
historiadores, a todos no, en absoluto.

9 Teopompo¹² es quien, desde esta perspectiva, merece
una reprensión más dura, porque al principio de su
historia de Filipo II de Macedonia afirma que le ha
espoileado a emprender su tarea el hecho de que Eu-
ropa¹³ no ha producido nunca un hombre como Filipo
2 hijo de Amintas, y al punto, después de esto, en el mis-
mo prólogo y a lo largo de su obra nos lo muestra como
hombre extraordinariamente mujeriego¹⁴, tanto, que

¹² Para este historiador, cf. XII 25f 6; XVI 12, 7-9; XXXVIII 6, 2. Teopompo de Quíos nació hacia el año 378 a. C., se exilió con su padre, Damasítrato, y en 333 se repatrió por la influencia de Alejandro Magno. Tras la muerte de éste encontró refugio difícilmente en Egipto. La tradición hace de él y de Éforo discípulos de Isócrates. Su obra, de la que sólo se conservan fragmentos, fue muy retórica. La crítica de Polibio es principalmente contra su excesiva virulencia; procede de sus observaciones generales acerca de las propensiones mostradas por los autores que han tratado de Filipo V.

¹³ Por Europa, Teopompo entendía la península de los Balcanes.

¹⁴ Este vicio de Filipo V fue proverbial en la antigüedad, que

sus vicios en este aspecto y sus pasiones¹⁵ llegaron a arruinar a su familia. Además nos muestra su perversidad injusta cuando trata de encontrar amigos y aliados, nos cuenta cómo, o por la violencia o arteramente, hizo suyas muchas ciudades y, luego, redujo a la esclavitud¹⁶ a sus habitantes. Nos explica aun su afición a la bebida: muchas veces los amigos lo encontraban claramente ebrio en pleno día. Si alguien quiere leer el principio de su libro cuarenta y nueve, se admirará de la extravagancia de este historiador, quien, aparte de otras cosas, se atrevió a aseverar lo que sigue; la cita es literal: «Si entre los griegos, o incluso entre los bárbaros, había algún hombre desvergonzado o disoluto, todos éstos se reunían en Macedonia, en su corte, donde eran llamados 'los amigos del rey'. Filippo, efectivamente, despreciaba a las personas de costumbres honestas y a los que cuidaban de sus haciendas; en cambio prefería y condecoraba a los dilapidadores y amigos de comilonas y del juego. No sólo les predisponía a practicar estos vicios, sino que les ejercitaba en todo tipo de injusticia y ruindad. ¿Qué¹⁷ vergüenza o maldad no existía entre ellos? ¿Qué cosa amable o bella no faltaba? Unos eran hombres que se depilaban y se rapaban la cabeza, otros, barbudos, se dedicaban a prácticas

practicó una auténtica poligamia. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁵ El texto griego es aquí algo difícil por la palabra *prostasia*, que sólo en Polibio tiene el significado de «situación ilegal», «opinión absurda», «pasión», frente al sentido más frecuente y característico «presidencia».

¹⁶ En lo de la esclavitud, Polibio es algo exagerado. Filippo II tomó a traición las ciudades de Anfípolis, Pidna y Olinto, pero esclavizó sólo a la población de esta última plaza.

¹⁷ A partir de aquí, Norden señala, en el texto griego, naturalmente, una fuerte influencia de la retórica de Gorgias (E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa*, I, reimpresión fotomecánica, Stuttgart, 1950, págs. 122 y sigs.).

- 10 homosexuales e iban siempre en compañía de dos o
 11 tres adolescentes, aunque otras veces eran ellos los que
 voluntariamente se entregaban, de manera que con
 razón se les hubiera tenido por amigas y no por ami-
 gos; el nombre que más les correspondía era el de
 12 ramaras, no el de soldados. Asesinos por naturaleza,
 13 eran, sin embargo, unos afeminados. En resumen, para
 acabar en breves palabras, principalmente cuando tengo
 delante un diluvio de temas, creo que estos amigos y
 compañeros de Filipo se transformaron en seres tan
 feroces y de índole tal, que llegaron a ser peores que
 los centauros habitantes del Pelión¹⁸, y que los lestrí-
 gones¹⁹ que vivían en la llanura leontina, o peores que
 cualquier ser comparable a éstos.»
- 10 ¿Quién no condenaría la acritud y charlatanería de
 2 este escritor? Es digno de reprensión no sólo porque
 hace afirmaciones opuestas a sus propósitos iniciales,
 sino también porque cuelga falsedades a Filipo II y a
 sus amigos, e incluso porque expone la mentira de ma-
 3 nera vergonzosa, sin el menor decoro. Si tratara de
 Sardanápalo²⁰ y de sus comensales, no osaría utilizar
 expresiones tan libertinas como éstas, dándose el caso

¹⁸ Los centauros del monte Pelión, mitad hombres y mitad caballos, son ya conocidos desde HOMERO por sus disputas con los lapitas (*Il.* I 267 ss.; II 742-3; *Od.* XXI 295), pero la leyenda del asalto contra mujeres y niños en el banquete de bodas de Hipodamia sale por primera vez en PÍNDARO, fr. 166. La palabra «centauro» connotaba entre los griegos un insulto obsceno.

¹⁹ Los lestrígonos eran gigantes devoradores de hombres que destruyeron toda la flota de Ulises menos la nave de éste (*Od.* X 77-132); habitaban en la ciudad de Telépilos, a una distancia de ocho días y ocho noches de navegación desde la isla de Eolo. Tras varias vacilaciones entre los autores de la antigüedad, los lestrígonos fueron situados en Sicilia.

²⁰ Sardanápalo, rey de Nino (¿la Nínive bíblica? Los biblistas tienden a negar la existencia de esta ciudad, simplemente fabulosa), fue famoso porque vivía con lujo y con lujuria, y vestía ropas de mujer. Cf. HERÓDOTO, II 150.

de que aquí la inscripción funeraria de Sardanápalo nos da testimonio de la intemperancia de su vida. En 4 efecto, el epitafio reza:

«Poseo lo que he comido, lo que he estafado
y los placeres del amor que he disfrutado»²¹.

Hay que poner cuidado y no tildar de afeminados 5 ni a Filipo²² ni a los miembros de su corte²³, ni de cobardes, ni de imprudentes. De otro modo, cuando se pase a su alabanza no se podrá hablar adecuadamente de su coraje, de su aguante, ni, en resumen, del valor de los hombres citados, que con su fortaleza y audacia 6 transformaron visiblemente el imperio de los macedonios, pequeño como era, en el más grande y glorioso. Añadidas a las gestas de Filipo, las que tras su muerte 7

²¹ Polibio sólo cita el penúltimo verso entero y la mitad del último; DIODORO, II 23, 3, nos transmite íntegramente el epitafio, compuesto quizás por Ctesias:

«Sábetе bien que naciste mortal: levanta tu ánimo
y gózate de convites; cuando hayas muerto no ganarás nada.
Yo ahora soy polvo, y fui rey de la gran Nino.
Poseo lo que he comido, lo que he estafado, y los placeres
del amor que disfruté. Ahora estas cosas, muchas
y preclaras, yacen en el abandono.»

Otros autores, como ESTRABÓN, XIV 672, dan el mismo epitafio con ligeras variantes.

²² La reputación de Filipo fue contradictoria en Grecia; cf. los discursos de Cleneas el etolio y Licisco el acarnanio en IX 28 y 33. La opinión de Polibio es favorable a Filipo II: liberó al Peloponeso oprimido por Esparta y trató a Atenas con benignidad (V 10, 1; XVIII 14; XXII 16). Esta opinión es comprensible porque las relaciones entre Megalópolis y Macedonia eran estrechas, pero Polibio debió de verse en un aprieto cuando los aqueos abandonaron a Filipo V y se pasaron a Roma.

²³ Son los diádocos, que en su mayoría sucederán luego a Alejandro: Ptolomeo, Antípatro, etc. Teopompo les profesó un odio mortal.

- cumplió Alejandro han otorgado a los dos una fama
8 muy notoria de valor. Sin duda, hay que atribuir mucho
mérito al jefe supremo, Alejandro, a pesar de que era
muy joven, pero no se puede menospreciar la contri-
9 bución de sus amigos y colaboradores, que derrotaron
increíblemente a sus enemigos en muchas batallas, so-
portaron duras y grandes penalidades, peligros y fati-
gas. Lograron apoderarse de un botín enorme y, cuando
dispusieron de provisiones abundantes para satisfacer
sus pasiones, no por eso perdieron el vigor corporal ni
torcieron el afán de su ánimo hacia la impiedad y la
10 injusticia. Digamos de una vez que los que habían con-
vivido con Filipo y, después, con Alejandro fueron ver-
daderamente reales por su grandeza de ánimo, por su
prudencia y por su audacia; aquí no es preciso citar
11 los nombres. Tras la muerte de Alejandro, su pugna
para dominar la mayor parte de la tierra llegó a pro-
porciones tales, que su fama mereció ser transmitida
12 en muchas historias²⁴, de manera que la maledicencia
del historiador Timeo²⁵ contra Agatocles, el tirano de
Sicilia, por más que parezca exagerada, no deja de ser
razonable, porque acusa a un hombre enemigo, perverso
y tirano, pero la de Teopompo ni tan siquiera da en el
blanco.
- 11 Se propuso escribir sobre un rey muy afín a la vir-
2 tud... ¡y no hay crimen ni vileza que no le impute! O
bien, al principio, en el mismo prefacio de su historia,
Teopompo parece inevitablemente adulador y falso, o
bien, en los hechos concretos, irreflexivo y pueril. En
efecto, da la impresión de haber supuesto que una in-
juria infundada y forzada le haría más digno de con-

²⁴ Sería más exacta la palabra *memorias*, pero hay que evitar la anfibología.

²⁵ Sobre Timeo, cf. I 5, 1-5 y todo el libro XII, dedicado casi exclusivamente a la crítica de este historiador.

fianza y convertiría en más merecedores de crédito sus elogios dirigidos a Filipo II.

Ni tan siquiera podemos estar de acuerdo con el es- 3
 quema general trazado por este historiador. Pretende
 enlazar su historia de Grecia allí donde la dejó Tucídi-
 des, pero una vez que ha llegado a los hechos de Leuc-
 tra, gestas las más famosas entre los griegos, entonces
 rompe con su intento inicial, modifica sus planes y se
 pone a narrar las gestas de Filipo²⁶. Lo más justo y 4
 honrado habría sido incluir las hazañas de Filipo en
 la historia de Grecia, y no acomodar ésta a aquéllas.
 Nadie que se proponga historiar una monarquía dejará 5
 de enlazarla al nombre y a la historia de Grecia, si en-
 cuentra oportunidad de hacerlo; pero si comienza por
 aquí, en el supuesto de que esté en su sano juicio, bajo
 ningún concepto la enlazará a la historia de un monarca.
 ¿Qué es lo que fuerza a Teopompo a pasar por alto 6
 tantas contradicciones, si no es, ¡por Zeus!, que el pro-
 pósito que subyacía a su plan originario era honrado,
 pero que al exponer las gestas de Filipo buscaba su
 propio interés? Con todo, pienso que el error de Teo- 7
 pompo de mudar la perspectiva de su obra en el trans-
 curso de la misma quizás pudiera explicarse entablando
 un diálogo con él; pero la maledicencia contra los ami- 8
 gos difícilmente puede justificarse; en este punto debe-
 ría confesar que se apartó mucho de lo debido.

²⁶ La polémica de Polibio contra este cambio de plan refleja la actitud de los historiadores que viven en ciudades libres (los cuales escriben historias generales de Grecia), frente a la de los autores de monografías, siempre laudatorias, que viven en ciudades de régimen monárquico. Por lo demás, las *Helénicas* de Jenofonte acaban en el año 394, y la batalla de Leuctra se libró en el 371. Lo que quiere subrayar Polibio, pasando por alto estos veintitrés años de diferencia, es la actitud de Teopompo, que para halagar a Filipo omite sucesos trascendentales de la historia griega, como la fundación de Megalópolis y el apogeo de la Liga Arcadia.

12

Grecia: Filippo V

Filipo no consiguió inferir grandes daños a los mesenios cuando éstos ya le eran enemigos, aunque intentó devastar su país; sin embargo, donde demostró una brutalidad sin límites fue con sus amigos más íntimos.

- 2 Esperó un poco e hizo envenenar a Arato el Viejo, porque éste se había disgustado por los crímenes²⁷ de Mesenia; el autor material fue Taurión, gobernador²⁸
- 3 por aquel entonces del Peloponeso. Los demás, de momento, no se dieron cuenta, porque la fuerza del veneno no obraba de golpe, sino que necesitaba tiempo y minaba la salud. Pero Arato lo comprendió inmediatamente,
- 4 según se desprende de lo siguiente: lo ocultó a todos los servidores, pero a uno, Cefalón, que él apreciaba mucho, se lo dijo, sin poder contenerse. En una ocasión en que, durante su enfermedad, el criado en cuestión le servía solícitamente, él le mostró unos esputos sanguinolentos que estaban en la pared y le comentó:
- 6 «Cefalón, esto es el premio de la amistad que recibo de Filippo.» La moderación de espíritu es algo tan bello y tan grande que, de este crimen, se avergonzó más que el autor su propia víctima, que había participado al lado y en provecho de Filippo en numerosas y formidables empresas, y que ahora recibía esta paga a su adhesión. Muchas veces había sido general en jefe de los aqueos y había hecho grandes beneficios a su linaje²⁹; por eso, con motivo de su muerte, se le rindió el home-

²⁷ Por su ataque y toma a traición de la ciudad por Demetrio de Faros (otoño del 214 a. C.).

²⁸ Seguramente, a continuación se describía la muerte de su hijo Arato el Joven, también asesinado por Filippo, pero el epitomador ha omitido tal narración. Sobre Taurión, cf. IV 6, 4. Se dice en IX 23, 9 que él y Demetrio de Faros ejercieron una gran influencia sobre Filippo V.

²⁹ Fue el creador e impulsor de la Liga Aquea.

naje debido, tanto en la patria³⁰ como en la comunidad aquea. Se le decretaron los sacrificios y los honores 8 correspondientes a un héroe y, en resumen, todo lo que contribuye a inmortalizar la memoria de un hombre, de manera que si los muertos, en alguna forma, son todavía capaces de percepción³¹, es natural que a él le agradara el agradecimiento de los aqueos y que no le causaran pesar los riesgos y penalidades que soportó durante su vida.

Filipo volvió a pensar en Liso y en Acróliso³²; se 13 dirigió con su ejército contra estas ciudades con el ánimo de apoderarse de ellas. Hizo la marcha en dos días 2 y, después de atravesar un desfiladero, acampó en los márgenes del río Ardáxaro³³, no lejos de la ciudad. Vio 3 que, tanto por el lado del mar como por el de tierra firme, Liso era una ciudad muy fortificada por accidentes geográficos y también por defensas construidas.

³⁰ La ciudad de Sición.

³¹ En mi artículo: M. Balasch, «La religiosidad de Polibio», *Helmántica* 72 (1972), 387, cito este lugar y el de XXXVI 9, 15, donde se habla de «pecar contra los muertos», para inferir la probabilidad de que Polibio creyera en la inmortalidad del alma. Por lo demás, en su época, las opiniones estaban divididas: mientras el estoico Panecio negaba totalmente tal inmortalidad, Cleantes y Crisipo pensaban en la inmortalidad de algunos elegidos. Pero aún en esta época estaban muy en boga en Grecia las doctrinas pitagóricas que defendían la inmortalidad del alma y la metempsícosis. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y Alvarez de Miranda (citado en mi artículo) concluyen que Polibio fue un agnóstico.

³² Cf. II 12, 3; III 16, 3. Sobre la situación y la historia de ambas ciudades, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. En la pág. 91 de esta obra hay un mapa en el que se describe la campaña de Filipo V.

³³ Este río quizás sea el actual Arzen, que desemboca al N. de Durazzo. Otros insinúan que es el actual río Mati, y otros, finalmente, que es el río Drin, que fluye cerca de la ciudad. Véase la amplia discusión del tema en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

- Acróliso, que es una plaza contigua, es elevada y difícilmente accesible, por lo que tiene la fama de ser inexpugnable. Filippo no optó por la violencia, pero no por
 4 ello renunció a apoderarse de la ciudad. El rey había visto que el espacio despoblado entre Liso y el pie del monte donde está Acróliso era propicio para un ataque³⁴, de modo que proyectó iniciar allí las hostilidades, usando de una estrategia adecuada a las circunstancias. Concedió un día de descanso a sus macedonios
 5 y les arengó con palabras apropiadas a aquella coyuntura. Seguidamente emboscó, aún de noche, la mayor y mejor parte de su infantería ligera en unas gargantas boscosas, en las cercanías del poblado que dijimos que
 6 está en el Sur. Al día siguiente, él mismo con los peltastas³⁵ y la infantería ligera restante se dirigió al extremo opuesto de la ciudad, por el lado del mar. Llegó
 7 al lugar citado³⁶ y rodeó por allí la población, con lo que dio la impresión de que quería atacar por allí. La presencia de Filippo no era desconocida y se había congregado en Liso una muchedumbre de toda la Iliria circundante. En Acróliso dejaron una guarnición suficiente,
 8 fiados en las dificultades naturales del lugar.
- 14 Así que los macedonios se aproximaron, los defensores de la ciudad salieron inmediatamente, fiados en
 2 su gran número y en lo abrupto del terreno. El rey situó en la llanura a los peltastas y ordenó a su infantería ligera avanzar contra las colinas y establecer
 3 contacto con el enemigo sin recelo alguno. La infantería cumplió las órdenes y, durante algún tiempo, la lucha

³⁴ El término griego es más exacto, pero intraducible: significa el ataque por sorpresa de la infantería ligera mediante armas arrojadizas (*akrobolismós*).

³⁵ Los peltastas se usaban con frecuencia, junto con la infantería ligera, como agrupaciones de fuerzas para misiones especiales: cf. IV 75, 4; 80, 8; V 13, 5-6.

³⁶ El espacio libre entre la ciudad y la ciudadela.

se mantuvo equilibrada, pero, al cabo, los hombres de Filipo, debido a las dificultades del terreno y a su inferioridad numérica, cedieron y se lanzaron a la fuga. Se replegaron hacia el lugar en que estaban los peltastas y, entonces, los de la ciudad avanzaron y bajaron desdeñosamente para entablar combate con ellos. La guarnición de Acróliso, cuando vio que las unidades³⁷ de Filipo retrocedían ininterrumpidamente, aunque lo hicieran de modo alternativo, las creyó definitivamente derrotadas; sin darse cuenta se dejaron llevar por su confianza en la escabrosidad del lugar. En la plaza quedaron muy pocos; los demás se lanzaron monte abajo hacia la llanura, en grupos pequeños, fuera del camino; creían al enemigo ya derrotado y que el botín era seguro. Entonces los emboscados por la parte sur se levantaron sin ser vistos y atacaron enérgicamente; los peltastas se revolvieron y presentaron combate al adversario. Esto desbarató a los defensores; los de Liso se retiraron desordenadamente y se refugiaron en su ciudad, pero los que habían abandonado Acróliso se encontraron con que los de la emboscada les cerraban el paso. O sea que sucedió lo más inesperado: Acróliso cayó inmediatamente y sin ningún riesgo para los asaltantes; Liso, al día siguiente, después de luchas feroces y de grandes e imponentes ataques macedonios. Diríase que Filipo se apoderó de estas plazas milagrosamente; su gesta le valió someter a los vecinos y, además, se le pasaron voluntariamente la mayor parte de ciudades ilirias. Desde entonces, no hubo fortificación que pareciera segura contra Filipo y nada fue tenido por suficiente por sus adversarios, después que el rey logró conquistar estos fortines.

³⁷ Sobre las unidades macedonias de combate, cf. V 4, 9.

15

*Antíoco captura a
Aqueo en Sardes*³⁸

Bolis³⁹ era un hombre perteneciente a un linaje cretense, que había desempeñado durante mucho tiempo una jefatura militar en la corte de los Ptolomeos;

- era notorio que poseía muchos conocimientos y audacia, y un interés no inferior al de nadie por lo que
 2 respecta a la guerra. Sosibio⁴⁰ se ganó su confianza con muchas palabras; cuando estuvo seguro de su adhesión y de su coraje, le confió la empresa, diciéndole que en aquellas circunstancias lo que más complacería al rey
 3 era que pensara cómo salvar a Aqueo. Oído lo cual, Bolis le aseguró que reflexionaría sobre la operación y
 4 se fue. Meditó sobre el encargo y, al cabo de dos o tres días, regresó y manifestó a Sosibio que aceptaba. Dijo que había vivido mucho tiempo en Sardes, de modo que conocía muy bien sus rincones; además, Cámbilo, el comandante de los cretenses de Antíoco, no era sólo conciudadano suyo, sino también pariente y amigo.
 5 Cámbilo y los cretenses que tenía a sus órdenes custodiaban uno de los lugares de guardia situado en la parte externa de la acrópolis, sitio que no podía ser fortificado y, por esto, era vigilado continuamente por
 6 los hombres citados. El plan agradó a Sosibio, quien se convenció de que, en aquellas circunstancias, o era imposible salvar a Aqueo, o, si era posible, nadie podía lograrlo mejor que Bolis. A éste le acuciaba el mismo afán, de manera que el proyecto se puso en marcha in-
 7 mediatamente. Sosibio anticipó dinero para que no fallara nada en la empresa y prometió que, en caso de

³⁸ Los hechos narrados aquí son de los años 214/213 a. C.

³⁹ Este personaje, que aquí juega un papel tan importante, nos es totalmente desconocido.

⁴⁰ Sobre Sosibio, cf. V 35, 7; XV 25, 1-2; era el privado de la corte alejandrina. Sobre la alianza de Filipo con Aqueo, cf. V 67, 12-13.

éxito, le daría una cantidad mucho mayor. Exageró 8
hiperbólicamente la gratitud del rey ⁴¹ y la del mismo
salvado, y logró que Bolis se hiciera muchas ilusiones.
Éste, dispuesto a la empresa, no perdió tiempo: zarpó 9
hacia Rodas con escritos cifrados de recomendación
para Nicómaco, quien sentía un gran afecto hacia
Aqueo; le era tan fiel como lo hubiera sido hacia su
padre. Bolis, después, se dirigió a Éfeso para entrevis-
tarse con Melancomas. Estos dos eran aquellos a quie- 10
nes antes Aqueo había confiado, tanto los asuntos que
se referían a Ptolomeo como, en general, los concer-
nientes al extranjero.

Después de haber acudido a Rodas y a Éfeso y de 16
haber establecido contactos con los hombres citados,
dispuestos favorablemente para lo que les pedían, es-
cogió a un tal Ariano, que formaba parte de sus tropas,
y le envió a tratar con Cámbilo: debía decirle que le 2
remitían desde Alejandría a reclutar mercenarios y que
él, Bolis, quería entrevistarse con él para tratar asuntos
muy urgentes. De modo que se debía señalar día y
lugar para un encuentro secreto. Ariano encontró in- 3
mediatamente a Cámbilo y le transmitió el encargo de
que era portador; Cámbilo se mostró de acuerdo con
aquellas sugerencias y fijó fecha y lugar en que él se
encontraría por la noche. Y despidió al punto a Ariano.
Bolis era cretense, lo cual significa ser versátil por na- 4
turaleza ⁴²; sopesó el asunto y tanteó la lógica de los
diversos planes. Al final se reunió con Cámbilo, según 5
la gestión de Ariano, y le entregó la carta. Con ella a
la vista, discutieron las circunstancias desde un punto
de vista cretense: no trataron de la situación del que 6
corría peligro, ni hablaron tampoco del que había hecho,

⁴¹ Del rey de Egipto, Ptolomeo Filopátor.

⁴² En cuanto a la enemiga de Polibio contra los cretenses,
cf. la nota 106 del libro VI.

el encargo, sino de su propia seguridad y conveniencia.

7 Eran cretenses y, desde luego, coincidieron totalmente en sus pareceres. Éstos eran, de momento, adjudicarse a partes iguales los diez talentos avanzados por Sosisbio, participar a Antíoco lo que estaban tramando y declarársele aliados, con la promesa de poner a Aqueo en sus manos si les ofrecía más dinero, y, para el futuro, una perspectiva proporcional a la gesta realizada. Se establecieron los pactos oportunos. Cámbilo se encargó de comunicarlo todo a Antíoco y Bolis prometió que, al cabo de pocos días, enviaría a Ariano a visitar a Aqueo, con las cartas de contraseña de Nicómaco y de Melancomas; previno a Cámbilo que velara para que Ariano pudiera introducirse sin peligro en la plaza asediada y salir de ella impunemente. Si Aqueo daba su conformidad al proyecto y respondía a las cartas de Nicómaco y de Melancomas, en tal caso Bolis intervendría y se reunirían otra vez con Cámbilo. Cuando se hubieron repartido las tareas, se separaron y ambos las llevaron a término.

17 En la primera oportunidad, Cámbilo lo comunicó todo al rey. Antíoco se alegró muchísimo ante promesa tan extraordinaria y tan fuera de lugar y, a su vez, hizo grandes ofrecimientos. Sin embargo, no se fiaba e investigó con detalle planes y preparativos. Entonces sí, cobró confianza, se convenció de que la empresa tendría éxito como si la dirigiera un dios y rogaba e instaba a Cámbilo que la realizara. Bolis hacía lo mismo con Nicómaco y Melancomas. Éstos creían que la operación era llevada de buena fe y, a través de Ariano, enviaron a Aqueo unas cartas escritas en clave, según es costumbre entre ellos, de modo que si alguien las coge no puede leer nada de lo escrito en ellas. Se le decía que podía confiar absolutamente en Bolis y en Cámbilo. Ariano penetró en la ciudad por la posición de Cámbilo y entregó las cartas a los cortesanos de Aqueo. Había vivido

los hechos desde su mismo comienzo, de modo que pudo dar razón exacta y detallada de todo. Le interrogaron, largamente y desde muchos enfoques, sobre Sosibio y Bolis, y también mucho, sobre Nicómaco y Melancomas. Ariano superó la prueba con nobleza y pasión, debido 7 más que nada a que ignoraba el verdadero núcleo de lo tratado entre Cábilo y Bolis. Aqueo, convencido 8 por las respuestas de Ariano y, todavía más, por los escritos de Nicómaco y de Melancomas, les contestó y reexpidió en el acto a Ariano con la misiva. Después 9 de una correspondencia continua entre ambas partes, Aqueo se confió a Nicómaco, porque ya no tenía otra esperanza de salvación, y pidió que en una noche sin luna entrara en la ciudad también Bolis; él se ponía 10 en sus manos. *La intención de Aqueo era, primero, su-* perar el riesgo presente y, luego, dirigirse a Siria sin escolta de ninguna clase, con la convicción de que si 11 se presentaba de repente a la población siria, cuando nadie lo podía esperar, y Antíoco se encontraba todavía en Sardes, provocaría un gran movimiento y le recibirían con entusiasmo tanto los antioquenos como las gentes de Fenicia y de Celesiria ⁴³.

Con tales esperanzas y planes, Aqueo esperaba an- 18 siosamente la presencia de Bolis. Melancomas, que ha- 2 bía recibido otra vez a Ariano y había leído la carta mandada por Aqueo, envió ahora a Bolis con muchas exhortaciones y grandes promesas, si la empresa se llevaba a buen término. Bolis mandó delante suyo a 3 Ariano y anunció a Cábilo su presencia; por la noche se dirigió al lugar convenido. Permanecieron allí todo 4 el día; determinaron lo que debía hacer cada uno y,

⁴³ Aquí no es seguro que se trate de Celesiria, al menos en el sentido habitual de la palabra (cf. nota 6 del libro III); se ha visto aquí en el adjetivo griego *koilē* una transcripción falsa del arameo *kol*, en cuyo caso se trataría de toda Siria, y no solamente de Celesiria.

- 5 al oscurecer, entraron en el campamento. El orden de actuación era el siguiente: si Aqueo salía solo de la fortaleza, o escoltado por un único hombre, descontando a Ariano y a Bolis, naturalmente, podían despreocuparse, porque sería presa fácil para los emboscados. Pero
- 6 si salía con más gente, resultaría difícil, a aquellos a quienes habían confiado la ejecución de sus planes, llevarlos a buen término, máxime si se tenía en cuenta que querían cogerle vivo, pues esto les garantizaba más que nada la confianza que habían depositado en An
- 7 tíoco. Era imprescindible que, cuando Aqueo saliera, Ariano fuera el guía del grupo, porque conocía bien el camino, que había hecho numerosas veces, y la entrada
- 8 y la salida. Bolis, naturalmente, debía acompañarles, pero cerrando la marcha. Al llegar al lugar donde Cám
- 9 bilo había emboscado a sus hombres, él debía sujetar y retener a Aqueo, evitando así que, a favor de la noche y de la confusión, se escapara por los lugares boscosos o, desesperado, se tirara de una roca. De acuerdo con los planes previstos, debía caer vivo en manos de sus
- 10 enemigos. Éstos fueron los acuerdos; Bolis salió otra vez al encuentro de Cám
- 11 bilo y, en la noche siguiente, Bolis fue presentado por éste a Antíoco, sin haber testigos de ello. El rey le acogió amablemente y le confirmó las recompensas prometidas. Les exhortó prolijamente a no demorar la acción; luego, cada uno se retiró a su campamento. Era todavía de noche, pero próxima ya la aurora, cuando Bolis y Ariano penetraron en la ciudad.
- 19 Aqueo recibió a Bolis de manera cordial y amable, pero le hizo muchas preguntas sobre cada punto con
- 2 creto. Cuando comprobó que aquel hombre, tanto por su prestancia como por sus palabras, tenía una firmeza a la altura de aquel intento, por un lado exultó de alegría ante la esperanza de salvación, pero por el otro estaba como pasmado y acongojado ante la magnitud

de las consecuencias. Aqueo no era inferior a nadie en 3
prudencia y, además, era hombre muy experimentado,
por lo que juzgó que no debía depositar toda su con-
fianza en Bolis. De ahí que le dijera que de momento 4
le era imposible salir, pero que enviaría con él a tres
o cuatro amigos que conectarían con Melancomas para
prepararle la salida. Ciertamente, Aqueo previó todo lo 5
imaginable, pero desconocía el refrán que reza: «hacer
el cretense con un cretense». Tampoco Bolis había des-
cuidado nada de las cosas en las que en tamaña empre-
sa se podía atinar. La noche en que Aqueo señaló que 6
enviaría a sus amigos, había mandado previamente a
Ariano y a Bolis a la salida de la fortaleza con la orden
de esperar a los que debían emprender la marcha con
ellos. Ariano y Bolis cumplieron lo acordado y, en 7
aquel momento, Aqueo participó el intento a su esposa
Laódice, la cual se desesperó ante lo absurdo del pro-
yecto. Su marido necesitó un cierto tiempo para cal-
marla y confortarla con las esperanzas que se intuían.
Luego repartió ropas lujosas a cuatro de sus amigos 8
y él mismo se vistió con harapos, de manera que pare-
ciera de condición muy humilde. Y se inició la ruta.
Había ordenado a uno de sus amigos que respondiera 9
él, siempre que los hombres de Ariano hablaran de
Aqueo, y que preguntara siempre él qué se debía hacer;
de los demás debía declarar que no sabían griego.

Cuando se juntaron con los hombres de Ariano, éste 20
abría la marcha, pues era él quien conocía la ruta, y
Bolis, según se había determinado antes, la cerraba,
pero molesto y apurado por lo que sucedía. A pesar de 2
ser cretense (por esto desconfiaba de todo lo que ocu-
rría a su alrededor), debido a la oscuridad no lograba
adivinar quién era Aqueo y *ni tan sólo si figuraba en la*
comitiva. La bajada era abrupta, las más de las veces 3
difícil, y en algunos parajes había precipicios muy peli-
grosos, porque el terreno era resbaladizo. Cuando llega-

ban a un sitio de éstos, algunos cogían a Aqueo de la
4 mano y otros le apartaban del riesgo. Se habían acost-
tumbrado a dar a Aqueo muestras de respeto, y cuando
llegaba el caso, no lo podían evitar. Bolis comprendió
en seguida quién era Aqueo y el lugar que ocupaba.
5 Llegados al sitio indicado por Cábilo, Bolis hizo la
señal convenida, que era un silbido. Los emboscados
aprisionaron inmediatamente a los otros. Aqueo ocul-
6 taba sus manos en el vestido; Bolis, personalmente, le
sujetó por las ropas por temor de que se suicidara ante
lo ocurrido; en efecto, llevaba una espada oculta entre
7 sus ropas. Rodeado en un momento por todos lados,
cayó en poder de sus enemigos; él, con sus compañe-
ros, fue conducido inmediatamente a presencia de An-
8 tíoco. Éste aguardaba, con gran tensión en su mente,
el desenlace de los acontecimientos. Había despedido
a todos sus acompañantes y se había quedado solo en
la tienda, velando con dos o tres miembros de su guar-
9 dia personal. Cuando llegaron los hombres de Cábilo
y arrojaron a Aqueo por los suelos, atado de pies y
manos, primero fue incapaz de proferir palabra, ante
un hecho tan inexplicable; permaneció mudo un buen
rato. Aqueo acabó inspirándole compasión y le salta-
10 ron lágrimas de los ojos⁴⁴. Creo que le sucedió esto
porque se dio cuenta de lo imprevisibles y absurdos
11 que son los golpes de la fortuna. En efecto: Aqueo era
hijo de Andrómaco, hermano de Laódice⁴⁵, esposa ésta

⁴⁴ Un rasgo teatral de Polibio, que se repetirá en XXXVIII 22, 1 con Escipión llorando ante las ruinas de Cartago. Es la expresión del *páthos* que tan magistralmente reflejan los escultores helenísticos.

⁴⁵ Aquí hay una clara confusión por parte de Polibio: una Laódice es la hermana de Aqueo, y otra es la hermana de su padre Andrómaco, que fue la que se casó con Seleuco II (cf. IV 48, 5).

de Seleuco; se había casado con Laódice ⁴⁶, la hija del rey Mitrídates, y se había convertido en rey de toda el Asia acá del Tauro ⁴⁷. Y ahora, cuando pensaba que sus 12 fuerzas y también las rivales se encontraban en el lugar más fortificado del mundo, se veía atado y tirado por los suelos, en manos de sus adversarios. Nadie sabía exactamente lo ocurrido, a excepción de los protagonistas de los hechos.

Según la costumbre, así que apuntó el día, los ami- 21 gos ⁴⁸ del rey se reunieron en la tienda real. Vieron con sus propios ojos lo que había ocurrido y les sucedió lo mismo que al monarca: extrañados por el suceso, no daban crédito a sus ojos. El consejo se reunió en sesión 2 y fueron muchas las opiniones sobre el suplicio que se debía inferir a Aqueo. La decisión tomada fue mutilar, 3 primero, las extremidades de aquel infeliz; luego, decapitarlo y coser su cabeza al pellejo de un asno, y, finalmente, crucificar el cadáver. La sentencia se cum- 4 plió al instante y fue, entonces, cuando el ejército de Antíoco se enteró de todo. En el campamento hubo tal entusiasmo y alboroto, que Laódice, que era la única que en la ciudad conocía la marcha de su marido, adivinó lo ocurrido por la algazara y los gritos del campamento enemigo. Muy poco tiempo después llegó un 5 mensajero a Laódice que comunicó el infortunio de Aqueo y ordenó prescindir de cualquier intento y rendir ya la fortaleza. Primero, los de la ciudad ni respondían 6 ni reprimían unos ayes y unos lamentos nunca oídos, no tanto por el amor que profesaban a Aqueo, sino por-

⁴⁶ Si esto es correcto, se trata de la hija de Mitrídates II del Ponto. Sobre su educación por Lógbasis, cf. V 74, 5. Véase un más amplio comentario sobre este personaje en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁴⁷ Cf. IV 48, 10-12.

⁴⁸ El Consejo Real. Sobre las distintas categorías de sus miembros, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

que el desenlace había sido tan inesperado como absurdo. Los asediados, indecisos, se encontraban en un apuro. Fuera de combate Aqueo, Antíoco urgía a los de la fortaleza, convencido de que ellos mismos le darían la ocasión, principalmente los soldados, cosa que al fin sucedió, puesto que hubo una revuelta interna: los sitiados se escindieron en dos partidos, el de Aríbazos⁴⁹ y el de Laódice. Empezaron a desconfiar unos de otros y acabaron por acordar rendir la fortaleza y entregarse ellos mismos.

- 10 Aqueo, pues, había obrado razonablemente, pero fue vencido y murió por la vileza de aquellos en quienes confiaba. Es un ejemplo muy útil para las generaciones futuras, y esto, desde dos puntos de vista: no debemos confiarnos alegremente al primero que pase y no debemos vanagloriarnos de nuestra prosperidad: puesto que somos humanos, debemos esperar cualquier cosa.

22

*Cávaro, rey de los
galos de Tracia*

Cávaro, rey de los galos de Tracia, tenía por naturaleza un aspecto verdaderamente real y era hombre muy magnánimo. Proporcionó gran seguridad⁵⁰ a

- los mercaderes que navegaban hacia el Ponto Euxino y fue, también, muy útil a los bizantinos en las guerras que éstos sostuvieron contra los tracios y los bitinios⁵¹.

- 3 Polibio afirma en el libro octavo de su *Historia* que Cávaro, el galo, fue un hombre irreproachable desde otros puntos de vista, pero se dejó pervertir por Sóstrato, persona de linaje calcedonio, que le adulaba (ATENEO, VI 60).

⁴⁹ Era el jefe de la guarnición de la ciudadela; cf. VII 17, 9.

⁵⁰ Contra piratas galos y tracios, aunque les cobraba esta protección (cf. IV 45-46).

⁵¹ Prusias, rey de Bitinia, ayudó a los rodios en su guerra contra Bizancio, cf. IV 47, 7; 49, 1-52, 10) y apoyó los ataques tracios contra los bizantinos en Europa.

*Antíoco y la ciudad
de Armósata*

Jerjes⁵² era el rey de la ciudad **23**
de Armósata, situada en la lla-
nura llamada «la Hermosa»⁵³,
entre el Tigris y el Éufrates. An-
tíoco acampó delante de la pobla-
ción y se dispuso a asediarla. Al ver los preparativos **2**
del rey, Jerjes primero se dio a la fuga, pero al cabo
de un tiempo temió que, si el enemigo le conquistaba
la capital, las demás provincias de su reino le harían
defección. Cambió de parecer y envió legados a An-
tíoco, que le comunicaran que quería entrar en tratos
con él. Sus amigos más leales aconsejaban a Antíoco **3**
que no soltara al adolescente ahora que le tenía al al-
cance de la mano, pues no le convenía; al contrario,
lo indicado era que se apoderase de la ciudad y la en-
tregara a la soberanía de Mitrídates, que era hijo de
una hermana uterina⁵⁴ suya. Pero el rey no les atendió, **4**
antes bien llamó al jovencito a su presencia, deshizo la
enemistad anterior y le condonó la mayor parte del dine-
ro, que, en calidad de tributo, le adeudaba su padre.
El rey recibió de Jerjes trescientos talentos al contado, **5**
mil caballos y mil mulas con los arreos correspondien-

⁵² Este Jerjes es el hijo de Arsames que ayudó a Antíoco Hiérax cuando éste invadió Mesopotamia en su guerra contra Seleuco II; seguramente es él el fundador de Armósata. Sobre la ubicación de la ciudad, véase la correspondiente discusión en WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero la ciudad no viene reseñada en el nomenclátor del *Weltatlas*, I.

⁵³ La actual llanura de Karput.

⁵⁴ La traducción «uterina» no es segura. Quizás el término griego quiera decir «hermana efectivamente de», en el sentido de que no era hija adoptada; la misma expresión griega sirve, en I 64, 6, para decir que Aníbal fue hijo de Amílcar Barca. Sin embargo, nuestros conocimientos acerca de los lazos familiares de estos personajes son inseguros. PATON, *Polybius*, III, ad loc., deja la expresión sin traducir, ya sea por error involuntario, ya sea por omisión intencionada.

tes; por su parte puso en orden su reino y casó a Jerjes con su hermana Antióquida⁵⁵. Así se ganó a los habitantes de aquella región y se reconcilió con ellos; pareció a todos que trataba los asuntos con magnanimidad, tal como conviene a un rey.

- 24 Los tarentinos, orgullosos de sus riquezas, llamaron a Pirro⁵⁶ de Epiro, porque la democracia⁵⁷ que mantiene, durante mucho tiempo, el poder es natural que

*La guerra contra
Aníbal: Tarento*

se canse de estar siempre en las mismas condiciones y se busca un soberano. Ahora bien, cuando lo ha encontrado, lo detesta inmediatamente, porque es notorio que el cambio ha sido grande y a peor. Esto es lo que ocurrió en Tarento.

- 2 El futuro parece que ha de ser siempre mejor que el presente.
- 3 Al llegar esta noticia a Tarento y a los habitantes de Turis⁵⁸, el pueblo se enfureció (SUDA).

- 25 Primero salieron de la ciudad⁵⁹ fingiendo una expedición. Era ya de noche cuando se acercaron al campamento cartaginés y se apostaron en un lugar boscoso, no lejos del camino, a excepción de Filémeno y Nicón,

⁵⁵ Aquí es WALBANK, *Commentary*, ad loc., quien hace de esta Antióquida la hermana uterina de Antioco. Paton aquí vuelve a fallar; la palabra griega significa claramente «hermana», y él traduce «hija».

⁵⁶ Cf. I 6, 5; II 20, 6. Estamos en el año 281 a. C.

⁵⁷ El texto griego dice exactamente «libertad», pero PATON (*Polybius*, III, ad loc.) y WALBANK (*Commentary*, ad loc.) traducen por «democracia». Sobre esta idea, cf. VII 1, 2, donde se dice que los capuanos, incapaces de disfrutar su prosperidad, llamaron a Aníbal.

⁵⁸ Porque Turis, igual que hasta ahora Tarento, era ciudad fervorosamente aliada de los romanos.

⁵⁹ La narración del episodio comienza *in medias res*, aunque no se debe haber perdido mucho del principio.

que se dirigieron a la acampada. Los centinelas los pren- 2
dieron y los llevaron a la presencia de Aníbal; no habían
manifestado ni su nombre ni quiénes eran; lo único que
habían dicho era que *querían conversar con el general*.
De modo que fueron conducidos sin dilación a su es- 3
tancia. Dijeron que querían hablarle a solas. Aníbal se 4
prestó a esta demanda y ambos se despacharon acerca
de sí mismos y de sus patrias. Y para que no pareciera
absurda la acción que iban a emprender, lanzaron
muchas y diversas acusaciones contra los romanos.
Aníbal les alabó, aceptó sinceramente su interés y les 5
despidió, pero pidiéndoles que regresaran, que acudie-
ran pronto a su encuentro. Para aquel momento, les 6
indicó que, cuando se hubieran alejado algo del cam-
pamento, siguieran a los primeros rebaños y a los hom-
bres que los conducían a los pastos. Podían irse sin
temores en su compañía, ya que él velaría por su segu-
ridad. Obró así porque quería tener tiempo para sopesar 7
los planes de aquellos jóvenes y para lograr, además,
que sus conciudadanos creyeran que salían con la mejor
intención, la de hacer botín. Nicón y sus compañeros 8
atendieron las instrucciones de Aníbal, de lo cual éste
se alegró mucho, porque finalmente tenía ocasión de
llevar a buen término sus intentos. Filémeno y sus ami- 9
gos tuvieron aún más interés en cumplir sus proyectos:
ahora se veía que la operación no comportaba riesgo:
Aníbal les era favorable y la perspectiva de un botín
abundante les avalaba de modo suficiente ante los suyos.
Vendían una parte del botín y la restante la empleaban 10
en banquetes, de modo que no sólo se ganaron la con-
fianza de los tarentinos, sino también la envidia de bas-
tantes de ellos.

Después hicieron una segunda salida, dispuesta en 26
todos los detalles como la anterior; dieron palabra a
Aníbal y la tomaron de él en los términos siguientes:
los cartagineses liberarían a los tarentinos, no les im- 2

pondrían tributos de ninguna clase, ni les mandarían nada ⁶⁰; al entrar en la ciudad, los cartagineses podrían saquear las casas y las hospederías de los romanos.

3 Establecieron una contraseña para que los centinelas les dejaran paso libre hacia el campamento siempre

4 que ellos llegaran. Además recibieron autorización para entrevistarse con Aníbal muchas más veces: o bien simulaban que se disponían a una incursión, o bien que

5 salían de caza. Todo estaba ya presto para la operación próxima; la mayor parte de los hombres acechaban una oportunidad; Filémeno era el encargado de salir

6 de caza. Se decía de él que lo primero que había hecho en su vida era salir de cacería; esta diversión le apasionaba muchísimo. Le encargaron que, con la carne

7 de las piezas cobradas, se ganara ante todo al comandante romano de la ciudad, Cayo Livio ⁶¹, y también, a los centinelas de la guardia apostada en las puertas

8 llamadas Teménides. Filémeno aceptó esta misión y entraba en la ciudad ⁶² con mucha frecuencia con piezas cobradas por él mismo o que le habían sido entregadas por orden de Aníbal; con una parte, obsequiaba a Cayo

y, con la otra, a los centinelas de la puerta, para que

9 le abrieran siempre la portezuela, ya que las más de las veces entraba y salía de noche, alegando el miedo que le infundía el enemigo; en todo esto se ajustaba al plan

10 trazado. Cuando Filémeno hubo acostumbrado a los centinelas del portal a que no se extrañaran, sino que cuando, de noche, él estuviera cerca del puesto y silbara, los otros le abrieran la portezuela inmediatamente.

⁶⁰ Esta condición parece asegurar implícitamente la no imposición de una guarnición cartaginesa.

⁶¹ Según TITO LIVIO (XXV 39), el nombre completo era Cayo Livio Macato.

⁶² EN WALBANK, *Commentary*, II, pág. 103, hay un plano de Tarento; en él se puede ver la situación de las puertas Teménides.

te, entonces procuró averiguar el día en que el comandante romano de la ciudad acudiría, con una comitiva muy numerosa, al lugar llamado el Museo, no lejos del ágora, e indicó este día a Aníbal.

Éste había propalado el rumor de que estaba enfer- 27
mo, para que los romanos no se extrañaran de que
parara tanto tiempo en el mismo sitio. Entonces exage- 2
ró todavía más la simulación; el campamento cartagi-
nés estaba a tres días de marcha de Tarento. En el día 3
convenido hizo preparar unos diez mil hombres, entre
la tropa escogida por su audacia y su ligereza; eran
jinetes y soldados de infantería. Aníbal les ordenó tomar
consigo vituallas para cuatro días. Esta fuerza selecta 4
levantó el campo al romper el día y avanzó a marchas
forzadas en dirección a Tarento. Se había impartido la
orden de que ochenta jinetes seleccionados se adelanta-
ran treinta estadios al resto de la fuerza e hicieran
incursiones a ambos lados de la ruta. Con ello, se evi- 5
taba que alguien viera todas las tropas: de los que en-
contraran dispersos, unos caerían prisioneros y los que
consiguieran escapar en la ciudad delatarían sólo la
incursión de los númidas. Cuando el grueso de aquella 6
tropa llegó a ciento veinte estadios de la ciudad, Aní-
bal hizo que los soldados cenaran en la orilla de un río
escabrosa y difícilmente divisible. Después reunió a 7
sus oficiales, a los que no manifestó explícitamente sus
planes; simplemente les exhortó a ser hombres valien-
tes, porque les aguardaban recompensas mayores que
nunca. Les mandó que durante la marcha hicieran man- 8
tener la disciplina debida a todos los hombres y que
reprendieran duramente a los que se salieran de su fila.
Finalmente, les intimó que atendieran estrictamente las 9
órdenes que les llegaran y que no hicieran nada por
iniciativa propia; sólo debían cumplir los mandatos
recibidos. Dicho esto, les despidió; caída ya la noche 10
cerrada, hizo avanzar la primera unidad, con el intento

de llegar al pie de la muralla a medianoche. Los guiaba Filémeno, que tenía dispuesto un jabalí para usarlo, como siempre, cuando recibiera la consigna.

- 28 Según las previsiones de los jóvenes, Cayo Livio pasó el día con sus amigos en el Museo; precisamente cuando las libaciones alcanzaban el momento culminante, le avisaron, al caer la tarde, de que unos nómadas devastaban el país. Él tomó medidas sólo contra esta incursión; llamó a algunos de sus oficiales y les ordenó que, a la mañana siguiente, al alborar, salieran con la mitad de la caballería y rechazaran el destacamento enemigo que talaba sus plantaciones. Y, precisamente, esto le impidió ver el conjunto de la operación. Los que estaban con Nicón y Tragisco, así que oscureció, se agruparon en la ciudad y acecharon el momento en que Livio y sus amigos salían del banquete. Éstos se levantaron pronto, porque el festín se había celebrado durante el día. Los jóvenes se dividieron: unos se apostaron en cierto lugar; el resto se cruzó, como por casualidad, con Cayo Livio; se desplegaron delante suyo jugando, fingiendo salir también de un banquete. Cuando el romano y los suyos estuvieron todavía más ofuscados por la bebida, entonces los dos grupos se mezclaron y todo eran risotadas y juegos. Los jóvenes torcieron su camino y acompañaron a Cayo Livio a su casa. Éste se fue a dormir totalmente borracho y no pensaba en nada inesperado o amargo, como es natural que no lo piensen los que se han pasado el día bebiendo; le embargaba una alegría lasciva. El grupo de Nicón y Tragisco se reunió con los jóvenes restantes y, entonces, se dividieron en tres grupos para vigilar las entradas más accesibles al ágora; querían que no les pasara por alto nada de lo que ocurriera en el exterior, o dentro de la ciudad. Algunos vigilaban también la casa de Cayo, porque sabían muy bien que, si surgía alguna sospecha de lo que iba a suceder, le avisarían inmediatamente y

sería él quien tendría la iniciativa en las operaciones. Cuando todos los comensales se habían reintegrado a 9 sus casas y todo el alboroto era ya cosa pasada, la noche había avanzado ya mucho y casi todos los ciudadanos dormían. Las ilusiones de los jóvenes conjurados permanecían intactas. Entonces formaron un solo grupo y se dispusieron a ejecutar sus planes.

Lo que los jóvenes habían establecido con los car- 29 tagineses era que Aníbal aproximaría a la ciudad tropas 2 por el lado de Oriente, que es tierra firme, hacia las puertas Teménides; harían arder una hoguera encima del sepulcro que unos llaman de Jacinto y otros de Apolo Jacinto. Cuando se apercibieran de ella, Tragisco 3 y los suyos debían encender otra dentro. Entonces los 4 de Aníbal debían apagar la suya y dirigirse a toda prisa hacia la puerta. Esto era lo convenido; los jóvenes atra- 5 vesaron la parte habitada de la ciudad y llegaron a su cementerio. La parte oriental de Tarento está llena de 6 sepulcros, porque los tarentinos todavía hoy entierran a sus muertos no lejos de ellos y dentro del recinto de sus murallas, debido a un oráculo antiguo. Se cuenta 7 que un dios les vaticinó que les iría mejor y gozarían de más prosperidad, si edificaban sus casas allí donde estaba su mayoría. Ellos interpretaron el oráculo en el 8 sentido de que vivirían óptimamente, si dentro del recinto de su muralla retenían incluso a sus muertos; por esto, les entierran todavía hoy en la parte interior de las puertas. Los jóvenes en cuestión llegaron al sepulcro de Pitiónico y aguardaron allí. Cuando Aníbal y los 9 suyos se aproximaron e hicieron la señal convenida, Nicón, Tragisco y los suyos vieron el fuego y cobraron confianza en sus ánimos; encendieron también su hoguera. Cuando la de los cartagineses se hubo extinguido, corrieron impetuosamente hacia la puerta, con la in- 10 tención de anticiparse y matar por sorpresa a los centinelas que montaban la guardia: los cartagineses mar-

11 chaban con calma, a paso lento. Aquéllos no tuvieron mayores obstáculos en la ejecución de sus propósitos: aprisionaron a los centinelas y, mientras un grupo de los jóvenes les daba muerte, los restantes astillaban
12 los barrotes. Abrieron rápidamente las puertas y los de Aníbal, que habían realizado una marcha precisa, llegaron en el momento oportuno. Nadie se dio cuenta de la incursión contra la ciudad.

30 Llegados a la entrada según el plan preestablecido, con toda seguridad y orden, convencidos de que ya habían superado lo más difícil de sus propósitos, se dirigieron hacia el ágora por la calle que conduce a ella
2 desde la puerta Batea ⁶³. Con todo, dejaron la caballería fuera de las murallas, no menos de dos mil jinetes que les defendieran si eran atacados desde el exterior, o que les fueran útiles en los imprevistos que suelen
3 ocurrir en estos intentos. Cerca ya del ágora, Aníbal mandó detener la marcha, preocupado por lo que había ocurrido a Filémeno, protagonista de la segunda parte de su plan.

4 Después de encender su fogata y de iniciar su ida contra la puerta, Aníbal había enviado a Filémeno, que tenía al jabalí en unas parihuelas, junto con dos mil soldados africanos, hacia la puerta más cercana. Ya desde el principio había sido su intención que la empresa dependiera no de una sola posibilidad, sino de diversas.
5 Filémeno se acercó a la muralla y silbó, según su costumbre. El centinela bajó inmediatamente al portón.
6 Filémeno le dijo, desde afuera, que abriera al punto, puesto que el jabalí que transportaban les pesaba mucho. El centinela abrió gustoso y alegre, con la ilusión de que también él sería partícipe de la cacería de Filémeno, ya que siempre lo era de las piezas entra-
7 das. Filémeno iba delante con la carga y le acompañaba

⁶³ Aquí la topografía es confusa.

un hombre disfrazado de pastor; parecía un habitante de aquellos labrantíos. Detrás de éstos, dos hombres más transportaban la fiera por la parte posterior. Cuando los cuatro habían ya traspasado el umbral mataron de un solo golpe al que les había abierto, que se había acercado sin recelos a palpar el jabalí. Luego metieron por el portón, sin prisas y tranquilamente, a los que les seguían y que, a su vez, guiaban a los demás, aproximadamente unos treinta africanos. Al punto, lo que ya llegó a ser usual: mientras unos mataban a los centinelas, los restantes astillaban los barrotes de las puertas; algunos llamaban mediante contraseñas convenidas a los africanos que esperaban afuera. Éstos penetraron sin ningún riesgo y se dirigieron también al ágora; era lo establecido. Cuando éstos se le juntaron, Aníbal, re-
bosante de alegría porque todo le salía a derechas, siguió el plan previsto.

Dividió a sus dos mil galos en tres secciones y asignó, a cada una de ellas, dos de los jóvenes que habían facilitado la empresa. Les acompañaban también algunos oficiales: la orden era ocupar las calles más importantes que convergen en el ágora. Hecho ya todo, indicó a los jóvenes tarentinos que salvaran a sus conciudadanos y les librarán de la muerte; debían gritar, ya desde lejos, que los de Tarento se encerraran en sus casas; así quedarían seguros. A los oficiales galos y cartagineses, les mandó matar a cualquier romano que encontraran. Los aludidos se dispersaron y cumplieron inmediatamente la orden. Cuando los tarentinos se encontraron con el enemigo dentro de su ciudad, el clamor y la confusión fueron extraordinarios. Cayo Livio, informado de la entrada del enemigo, comprendió que la borrachera le había incapacitado. Salió al punto de su casa, con sus servidores, y se encaminó a la salida que daba al puerto. El centinela le abrió el portón, él pasó y tomó una de las embarcaciones del fondeadero, saltó

7 adentro y se dirigió a la acrópolis. En este preciso momento, Filémeno y algunos más, que se habían apoderado de unas cornetas romanas y sabían tocarlas, ya que habían adquirido este uso, se fueron al teatro y
8 tocaron a rebato. Interpretándolo como una orden, los
9 romanos salieron armados a defender la fortaleza. Y ocurrió todo según las previsiones cartaginesas, porque los romanos salían dispersadamente por las calles, sin ningún concierto; unos murieron a manos de los cartagineses, otros a manos de los galos; sucumbieron casi todos.

10 Ya en pleno día, los tarentinos permanecían todavía sin moverse de sus casas; no acababan de entender
11 lo que había pasado. Primero el tañido de las cornetas, y el hecho de que no se producían crímenes ni pillaje les indujo a pensar que se trataba de un movimiento
12 de romanos, pero cuando vieron a muchos de éstos muertos por las calles y que los galos se dedicaban a despojar los cadáveres, empezaron a sospechar la presencia de los cartagineses.

32 Cuando Aníbal hubo concentrado todas sus fuerzas en el ágora (los romanos se habían refugiado en la acrópolis, que ocuparon para defenderse) y era ya mediodía, se proclamó que todos los tarentinos se dirigieran des-
2 armados al ágora. Los jóvenes recorrían la población gritando: «¡Libertad!», y exhortaban a que nadie desconfiara, pues los cartagineses *querían solo favorecer-*
3 *les.* Los tarentinos más partidarios de los romanos, al comprobar lo ocurrido, se refugiaron en la fortaleza; el resto se reunió desarmado, según la proclama. Aníbal
4 les dirigió unas palabras muy amables. Ante aquella esperanza imprevista, los tarentinos le aplaudieron unánimemente. Aníbal despidió al pueblo con la orden de que cada uno, al llegar a su casa, pusiera en seguida el
5 letrero: TARENTINO. Decretó la pena de muerte a
6 quien colgara el letrero en casa de un romano. Él, per-

sonalmente, cogió a los más experimentados en estos menesteres y se lanzó a saquear las casas de los romanos, con la orden de considerar tales a todas las desprovistas del letrero. Mantuvo en orden al resto de sus tropas, para apoyar a los saqueadores.

Amontonaron muchos y variados objetos proceden- 33
tes de la rapiña; los cartagineses alcanzaron una ga-
nancia no inferior a lo que se esperaban. Aquella noche 2
durmieron sobre las armas; al día siguiente, Aníbal de-
liberó con los tarentinos y determinó fortificar la ciudad
por el lado de la acrópolis; así no deberían temer a los
romanos que todavía la ocupaban. Mandó primero cons- 3
truir una empalizada paralela a la muralla de la acró-
polis y defenderla con un foso. Sabía bien que el ene- 4
migo intentaría estorbarlo y que haría una demostra-
ción de fuerza por el lugar menos pensado, de modo
que mantuvo al acecho la flor y nata de sus tropas, en
la convicción de que, para el futuro, lo más imprescin-
dible era infundir pánico a los romanos y ganarse la
confianza de los tarentinos. Cuando éstos clavaban los 5
primeros palos, los romanos les atacaron, al punto, con
audacia y con coraje. Aníbal ofreció una breve resis-
tencia y, después, se replegó para provocar al enemigo.
Cuando la mayor parte de los romanos había ya tras-
pasado el foso, el cartaginés dio la señal y contraatacó.
La lucha era encarnizada, porque se combatía en un 6
espacio reducido y fortificado, pero a la postre los ro-
manos fueron vencidos y se dieron a la fuga. Muchos 7
cayeron en la acción misma, pero murieron todavía más
al verse rechazados, porque se precipitaban en el foso.

Desde entonces, Aníbal continuó sin riesgos el tra- 34
bajo de la estacada y, después, no operó más; la cosa
le había salido según sus cálculos; había conseguido 2
rodear al enemigo y lo forzaba a mantenerse dentro de
la fortaleza; los romanos temían por sí mismos y por
la acrópolis. A los de la ciudad, les infundió tal coraje, 3

- que llegaron a creerse suficientes, por sí solos, para
4 hacer frente a los romanos. Después, a corta distancia
de la empalizada y en dirección a la ciudad, excavó un
foso paralelo a la dicha trinchera y a la muralla de la
5 acrópolis. Desde el foso, por su lado opuesto a la ciudad,
hizo amontonar tierra en dirección contraria y clavó encima
una segunda empalizada; el conjunto que-
6 dó muy seguro, poco menos que una muralla. Además,
al lado de esta segunda estacada y en dirección a la ciudad,
había dejado un espacio libre, estratégico, en el que mandó
edificar un muro, que se iniciaría en la puerta llamada
«Salvadora» y acabaría en la puerta Batea.
7 Incluso sin defensores, aquellas fortificaciones por sus
propios dispositivos eran capaces de ofrecer seguridad a los
tarentinos.
- 8 Aníbal dejó una fuerza suficiente, adecuada para la
defensa de la ciudad, y un cuerpo de caballería que protegiera
las murallas. Estableció su campamento a cuarenta estadios
de la población, en la orilla de un río que algunos llaman
Galeso, pero la mayor parte Eurotas, nombre tomado del
Eurotas que fluye por tierras de
9 Esparta. Los tarentinos tienen muchos nombres así, tanto
en su ciudad como en los contornos; es cosa sabida que
Tarento es fundación espartana; ambas ciudades
10 están muy unidas por lazos de sangre. La muralla se
acabó rápidamente, por el afán y el ardor de los tarentinos,
así como por la ayuda que recibieron de los cartagineses.
Fue entonces cuando Aníbal se dispuso a conquistar la
acrópolis.
- 35 Había preparado ya todo lo necesario para asediarla,
cuando a los romanos bloqueados en ella les llegó ayuda por
mar, desde Metaponto. Con ello, cobraron algo de ánimo,
atacaron de noche las obras del enemigo y destruyeron todo
lo ya aparejado, las construcciones y las
2 máquinas de guerra. Ante esto, Aníbal renunció a asediar
la fortaleza. Una vez concluidas las obras del muro,

reunió a los tarentinos y les hizo comprender que en aquella situación lo decisivo era el dominio del mar, ya que la acrópolis dominaba la bocana del puerto, 3 como he dicho algo más arriba⁶⁴. Los tarentinos no podían utilizar sus naves para nada, ni sacarlas del puerto; en cambio, los romanos recibían por mar, sin peligro alguno, todo lo necesario. Así las cosas, era im- 4 posible liberar totalmente la ciudad. Cuando Aníbal lo comprobó, hizo notar a los tarentinos que los defenso- 5 res de la fortaleza se rendirían, se entregarían y desalojarían el lugar, y ello, en un plazo muy breve, si llegaban a perder la esperanza de recibir ayuda por mar. Al oírle, los tarentinos estaban de acuerdo con 6 sus afirmaciones, pero no entendían cómo, en aquella situación, podrían lograrlo si no comparecía una flota cartaginesa, cosa impensable en aquellos momentos. No alcanzaban tampoco a conjeturar hacia dónde les 7 llevaba Aníbal cuando les hablaba de estas cosas. Y 8 cuando les dijo que, aun sin la ayuda de los cartagineses, ellos mismos eran muy capaces de dominar el mar, entonces su desconcierto llegó al colmo; no veían la intención de Aníbal. Éste había notado la existencia de 9 una calle de la que se podía disponer; estaba dentro del recinto amurallado y conducía, paralelamente a la muralla, desde el puerto al mar exterior. Pensó que las naves tarentinas podían ser transportadas desde el puerto a la parte meridional de la ciudad. Cuando insinuó 10 esta idea a los tarentinos, éstos no sólo la aprobaron, sino que su admiración por aquel hombre creció extraordinariamente: pensaban que nada estaba por encima de su imaginación y de su audacia. Dispusieron 11 inmediatamente unos carromatos con ruedas que facilitarían el transporte. La cosa resultó tan pronto dicha

⁶⁴ En lo que poseemos de Polibio no se explica la topografía del puerto de Tarento.

como hecha; tal fue la multitud de hombres y el ardor
 12 que pusieron en la empresa. Los tarentinos remolcaron, como queda dicho, las naves hasta el mar abierto, y asediaron firmemente a los romanos de la acrópolis,
 13 privados ahora de cualquier socorro del exterior. Aníbal dejó una guarnición en la ciudad y alzó el campo con sus fuerzas. En una marcha de tres días alcanzó el primer campamento y pasó lo que quedaba de invierno en aquella comarca.

36 Ya se ha narrado que Tiberio, el cónsul romano, cayó en una emboscada, resistió virilmente y murió él y todos los que le acompañaban⁶⁵. Generalmente, es difícil determinar si hay que perdonar o condenar a los que sufren peripecias de este tipo; con frecuencia ocurre que los que lo disponen todo razonablemente caen bajo el poder de otros siempre dispuestos a transgre-

*La suerte en la guerra*⁶⁵

2 dir el derecho entre los humanos. Pero no por eso podemos desistir perezosamente de emitir nuestro juicio, sino que, vistas las oportunidades y circunstancias, comprenderemos a unos generales y condenaremos a otros. Mi afirmación se demuestra por lo que sigue.
 3 Arquidamo, rey de Esparta⁶⁷, primero receló del interés que Cleómenes ponía en gobernar y huyó de la ciudad. Poco tiempo después opinó lo contrario y regresó
 4 para ponerse a disposición de Cleómenes. En ello per-

⁶⁵ WALBANK, *Commentary*, ad loc., piensa que los capítulos 36-37 pertenecían originariamente al proemio de este libro y que el redactor los ha trasladado aquí.

⁶⁶ En lo conservado de Polibio esto no se cuenta en ninguna parte, pero Tito Livio (XXV 15, 18 - 16, 24) cuenta que el cónsul romano Tiberio Sempronio Graco, cónsul en 215 y en 213 a. C., cayó en una emboscada que le tendió Flavo, un caudillo lucano, mediante un engaño previo. Su muerte fue valiente y viril.

⁶⁷ Cf. V 37, 1.

dió el gobierno y la vida, y ni tan siquiera legó a las generaciones futuras algo que le defendiera. En efecto, 6 las circunstancias no habían variado, pero el poder y la codicia de Cleómenes habían ido en aumento. Arquidamo mismo se puso en manos de aquel de quien antes había escapado, salvando la vida de milagro. ¿No era natural que tropezara con lo dicho? También Pelópidas 7 de Tebas se apercibía de la locura del tirano Alejandro; sabía muy bien que cualquier tirano considera que sus enemigos más pésimos son los caudillos de la libertad. Fue él quien convenció a Epaminondas de que propugnara un régimen democrático no sólo para Tebas, sino para Grecia entera. Después se dirigió a 8 Tesalia en son de guerra, con el propósito de destruir la monarquía de Alejandro. A pesar de ello, acudió a entrevistarse con él dos⁶⁸ veces en calidad de embajador. Naturalmente, cayó en manos del enemigo y per- 9 judicó enormemente a los tebanos. Confió en aquel de quien menos podía fiarse; fue necio y temerario, y destruyó el gran prestigio de que antes había gozado entre los tebanos. Lo mismo ocurrió a Cneo Cornelio, 10 el cónsul romano que en la guerra de Sicilia se dejó cazar estúpidamente por el enemigo. Y hay muchos otros casos.

Los que se entregan irreflexivamente al enemigo son 37 dignos de reprensión, no, en cambio, los que obraron con una prudencia normal. Si no se tiene confianza en 2 nadie, no se hace nada; pero si se actúa tras haber tomado las precauciones exigibles, ello no es reprehensible. Las precauciones posibles son los juramentos, los 3 hijos, las esposas y, más que nada el historial anterior. Error y derrumbarse, incluso habiendo tomado estas 4 cautelas, no es culpa de las víctimas, sino de los causantes. De ahí la importancia de buscar unas pren- 5

⁶⁸ Murió asesinado en la segunda entrevista.

- das tales que no permitan al fiador violar la lealtad.
- 6 Sin embargo, no es fácil encontrarlas. Hay todavía un segundo camino: pensar en las cosas que, razonablemente, nos pueden suceder, para que, si fracasamos en alguna empresa, al menos alcancemos la comprensión
- 7 de los demás⁶⁹. También esto ha ocurrido muchas veces en tiempos pasados, pero el caso de Aqueo⁷⁰ es notable
- 8 bilísimo y cercano a la época que tratamos. Este hombre, en efecto, no descuidó nada de lo posible, ni en precauciones ni en seguridad. Previó todo lo que la prudencia humana puede prever, y, así y todo, cayó en
- 9 manos de sus enemigos. Lo que le ocurrió produjo piedad y comprensión hacia la víctima de parte de los no afectados, y odio y recriminaciones, hacia los causantes.

38

*Sicilia: caída de
Siracusa*⁷¹

Enumeró⁷² las calles; la torre se había levantado con piedras escuadradas, de manera que se podía calcular muy bien desde tierra la distancia de las almenas (SUDA).

- 2 Pocos días más tarde, Marcelo supo, por un desertor, que todos los siracusanos celebran una fiesta que dura tres días, en honor de Artemis, y que, por más que comían muy pobremente, porque los víveres escaseaban, disponían de vino en abundancia, porque Epíctides y los siracusanos residentes fuera del territorio lo habían llevado en grandes cantidades. Marco examinó el lugar por donde la muralla era más baja; pensaba que lo lógico era que los de dentro se hubieran

⁶⁹ Resurge aquí, aunque matizado, el viejo ideal épico: dejar memoria de las gestas propias.

⁷⁰ Tratado en este mismo libro, caps. 15-21.

⁷¹ Estamos en el año 212 a. C.

⁷² En sus contactos para la liberación de Dámipo, que, legado de Siracusa a Filipo V, había caído prisionero de los romanos; éstos enviaron disimuladamente técnicos que exploraran las condiciones de la muralla siracusana.

embriagado, porque habrían bebido sin tomar nada sólido, así que decidió tantear sus posibilidades. Mandó 3 aplicar inmediatamente a la muralla dos escaleras adecuadas y se dispuso a proseguir la operación. Comunicó su proyecto a los hombres más aptos para trepar y afrontar el primer riesgo, el más visible, y alimentó sus ilusiones. Escogió a los que debían ayudarle en el 4 transporte de las escaleras, pero no les explicó sus planes; sólo les mandó que cumplieran las órdenes recibidas. Lo cual se hizo a rajatabla. En el momento oportuno de la noche, despertó a los primeros y envió a los 5 portadores de las escaleras, acompañados de un tribuno y un manípulo. Previamente había precisado las recompensas que se llevarían los más valientes. Luego despertó a todo el ejército y envió a intervalos a los primeros hombres, formados en manípulos. Cuando hubo 6 enviado, más o menos, mil soldados, dejó transcurrir algún tiempo y, luego, siguió él con el grueso de sus fuerzas. Los que transportaban las escaleras lograron 7 aplicarlas a la muralla sin riesgo alguno, porque los defensores no se dieron cuenta. Los hombres escogidos se encaramaron por ellas sin vacilar. También éstos 8 consiguieron pasar desapercibidos y se irguieron sin correr peligro en lo alto del muro. Los demás corrieron hacia las escaleras sin observar el orden del principio, cada uno por donde podía. En su primer recorrido no 9 dieron con nadie, porque los que se habían congregado en las torres, para los sacrificios, unos estaban a medio banquete, y otros yacían totalmente bebidos. Cayeron 10 súbitamente y sin hacer ruido sobre los de la primera torre y los de la segunda, y mataron a la mayoría sin que nadie lo notase. Descendieron hasta el lugar llamado «Las Seis Puertas», abrieron la primera practicada 11 en el muro y, por ella, penetraron el general y el resto del ejército. Así fue como los romanos tomaron Siracusa.

12 Ningún ciudadano se apercibió de lo ocurrido debido a las distancias; Siracusa es enorme (SUDA).

13 Los romanos cobraron ánimo cuando dominaron las Epípolas ⁷³ (SUDA).

39 *España* Dio orden a la infantería de coger las acémilas con las albardas y el equipaje atado a ellas; debían preceder a los soldados de a pie, y no seguirles, como hasta ahora. Así resultó una defensa más eficaz que cualquier muralla (SUDA) ⁷⁴.

40 *Fragmentos de lugar incierto* Ancara ⁷⁵, ciudad de Italia. El gentilicio es ancáratas, como dice Polibio en su libro octavo (ESTEBAN DE BIZANCIO).

2 Los dasaretas son un pueblo de la Iliria; Polibio, libro octavo (ESTEBAN DE BIZANCIO) ⁷⁶.

3 Hiscana, ciudad de la Iliria; el nombre es neutro. Polibio, en el libro octavo (ESTEBAN DE BIZANCIO).

4 Fiado en esperanzas vanas, creía que ante la perspectiva de un castigo todo permanecería igual (*Excerpta Vaticana*).

⁷³ Las Epípolas ya juegan un papel importante en la campaña de los atenienses contra Sicilia narrada en los libros VI y VII de la *Historia* de Tucídides. Polibio debió de continuar la narración de la campaña romana en Sicilia, pero el redactor la ha interrumpido aquí.

⁷⁴ Por Tito Livio, XXV 36, 7, sabemos que este fragmento se refiere a medidas de defensa tomadas por Cneo Cornelio Escipión para proteger a sus fuerzas, atrapadas por el enemigo en lo alto de un monte.

⁷⁵ Este topónimo no ha podido ser localizado.

⁷⁶ Este fragmento, que Walbank sitúa tras el cap. 14 (como 14b), junto con el siguiente, tratan de lugares de ubicación difícil. Con todo, cf. V 108, 2, para los dasaretas y su capital Berat, y XXVIII 8, 1 (texto conjetural; véase una edición crítica); los nombres no están incluidos en el nomenclátor del *Weltatlas*, I. Para los dasaretas, cf. la nota 378 del libro V.

LIBRO IX

(FRAGMENTOS)

Del Proemio

Éstos son los hechos principales incluidos en la Olimpiada¹ mencionada, que es el espacio de cuatro años que abarca una olimpiada: procuraremos narrarlos en dos libros². Soy consciente de que nuestro trabajo³ comporta una cierta austeridad y que la uniformidad de su composición sólo un tipo de lectores la aprobará y la encontrará indicada. Todos los demás autores, o al menos su mayoría, tratan todos los géneros históricos y atraen a gentes de todas las clases sociales a la lectura curiosa de sus obras. El estilo genealógico³ cautiva a los que escuchan por puro gusto; el tratamiento de colonias, de fundaciones de ciudades y de parentescos, que Éforo describe ininterrumpidamente, atraen a los curiosos y a aquellos a quienes les da por las tradiciones

¹ Es la Olimpiada 142; la presente teorización seguramente iba seguida de una narración de hechos que la ejemplificaban, pero el epitomador los ha suprimido.

² Son los libros IX y X. Cf. XIV 1, 5 y la nota 1 del libro VII.

³ Comprende fábulas y mitos en las narraciones de fundaciones de ciudades; de ello no está exenta totalmente la *Historia* de Hérodoto. Polibio, como ya antes Tucídides, reafirma su proceder estrictamente racional.

antiguas; mientras que el que estudia la política se interesa por los hechos de pueblos, ciudades y monarcas⁴. Por esto, nosotros, al preocuparnos sólo de estos últimos temas, los únicos que tratamos en esta obra, nos acomodamos a un único tipo de público; lo he dicho ya. Hemos dispuesto una lectura poco placentera para la mayoría de lectores. Aunque en otros lugares hemos expuesto detalladamente la causa que nos ha inducido a describir los hechos ocurridos y a desdeñar otros géneros históricos, con todo, nada hay que impida ahora recordarlo brevemente a los lectores, para que reflexionen.

Han sido muchos los que han tratado, de diversas maneras, genealogías, mitos, colonizaciones e, incluso, parentescos y fundaciones de ciudades; el que pretenda tocar estos temas, o bien expondrá la obra de otros como si fuera suya propia (¡vergüenza mayor no existe!), o, si rehusa hacerlo, en este caso perderá notoriamente el tiempo en poner en orden y reflexionar sobre aquello de lo que él mismo es consciente que los antepasados aclararon *suficientemente y legaron a su descendencia*. Por esta causa, además de muchas otras, no se han tratado estos géneros históricos. Hemos escogido, en cambio, redactar la historia de hechos actuales, primero, porque la materia se renueva continuamente y se hace necesaria una exposición renovada, ya que a los antiguos les era imposible exponer los hechos entonces futuros, y, en segundo lugar, porque este género histórico ha sido el más útil ya en los tiempos pasados, y hoy lo es con más razón porque en nuestros días la experiencia y las artes han alcanzado un punto de tal perfección, que los estudiosos disponen de un método

⁴ Aquí se da el verdadero concepto polibiano de historia, al menos según D. MUSTI, en su capítulo «Polibio e la storiografia romana», *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 130.

adecuado para tratar cualquier suceso. Por esto no nos 6
 hemos dejado llevar, tanto por el goce que puedan ex-
 perimentar los futuros lectores como por el provecho de
 quien nos lea atentamente. Hemos omitido los demás
 géneros históricos y nos hemos dedicado sólo a la his-
 toria política y militar. En cuanto a todo esto, los que 7
 lean con atención estos comentarios serán los que den
 el testimonio más seguro de estas afirmaciones de
 ahora ⁵.

Aníbal rodeó el campamento de 3
 Apio e inició unas escaramuzas
El asedio de Capua; de tanteo; pretendía provocarle ⁷
Tarento ⁶ a una batalla campal. Pero no le 2
 prestaron atención y sus inten-
 tos acabaron pareciéndose a un asalto al campamento:

⁵ En la discusión que sigue al capítulo mencionado en la nota anterior, del libro citado, pág. 140, el profesor GABBA sostiene que estos dos primeros capítulos del libro IX son un intento consciente, por parte de Polibio, de distanciarse de la historiografía romana contemporánea, y también de Catón, cosa que WALBANK, en su respuesta (pág. 141), acepta sólo parcialmente, principalmente con respecto a Catón. En la misma discusión, PÉDECH dice que él lo que cree es que es difícil adivinar contra quién se dirige Polibio. El propio profesor Musti sintetiza todas las intervenciones diciendo que Polibio quiere, tanto defenderse contra posibles críticas como contra críticas ya realizadas por lectores, porque su obra no saldría a la luz íntegra de golpe, sino a medida que se iba escribiendo. Con un matiz distinto insiste, dentro del mismo libro, el profesor G. A. LEHMANN en su capítulo «Polybius und die griechische Geschichtsschreibung», *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 160: el proemio del libro IX, en su sobriedad antirretórica, que atiende sólo al «qué» de la exposición histórica, separa tajantemente el género de Timeo y de sus secuaces y la historia política de Polibio (cf. la nota anterior). De modo que, en rigor, Polibio se esfuerza por ser una personalidad enteramente nueva.

⁶ Estamos en el año 211 a. C. La causa romana ha sufrido en Italia un cierto declive con la caída de Tarento (VIII 23-24) y de Metaponto y de Heraclea (VIII 34 ss.).

⁷ Tirro LIVIO explica esto mismo (XXVI 5, 4-6, 8), pero con

la caballería cartaginesa cargaba formada en escuadrones y lanzaba jabalinas al campo enemigo en medio de un gran alboroto, mientras que la infantería atacaba formada en manípulos e intentaba destrozar la empalizada romana. Sin embargo, Aníbal no logró apartar a los romanos del propósito que se habían formulado: su infantería ligera rechazaba a los asaltantes de la estacada y, con sus armas pesadas, se defendían contra los tiros; nunca rompían su formación y cada hombre conservaba su puesto en su manípulo. Aníbal, contrariado porque no había conseguido forzar la entrada en la ciudad ni provocar a los romanos a una batalla, deliberó sobre lo que le convenía más en aquellas circunstancias. Pienso que lo que ocurría habría puesto en apuros no sólo a los cartagineses, sino a cualquier otro hombre sabedor de ello. ¿Quién creería, en efecto, que los romanos, vencidos en tantas batallas por los cartagineses, que no se atrevían a encararse frontalmente con el enemigo, sin embargo, no se retiraban⁸ y mucho menos cedían el campo abierto? Añádase encima que hasta entonces sólo habían salido a campaña por las faldas de los montes, pero ahora habían bajado a la llanura, al lugar más abierto de Italia, y asediaban una ciudad muy fortificada, aunque a su vez les había rodeado un enemigo que eran incapaces de mirar cara a cara⁹. En las batallas habían vencido siempre los cartagineses, pero al presente, en algunos aspectos, se encontraban en una situación tan enojosa como la de

mucho más detalle; a Polibio, lo que aquí, como en otras partes le interesa más, es dar a entender cómo Aníbal no se salió con la suya y cómo los romanos resistieron con éxito.

⁸ Es la misma táctica de Fabius Cunctator después de la derrota romana de Trasímeno. Cf. III 90, 1.

⁹ Esto es literalmente lo que dice el griego; la idea es que los romanos no se atrevían a una confrontación campal contra los cartagineses.

aquellos a los que habían derrotado. Opino que la causa 9
de este proceder, por ambos bandos, era que tanto ro-
manos como cartagineses se habían dado cuenta de que
era la caballería de estos últimos la que decidía las
derrotas y los éxitos de uno y otro bando. Después de 10
las batallas eran lógicas las salidas de los campamentos
de los vencidos, porque se hacían por lugares tales, que
la caballería enemiga no podía infligirles ningún daño.
Por eso la conducta de ambos ante Capua era la única 11
que se podía esperar.

Las fuerzas romanas, ciertamente, no osaban presen- 4
tar batalla por miedo a la caballería enemiga, pero en 2
cambio permanecían sin temores dentro de su campo,
porque sabían bien que la que en las confrontaciones
campales siempre les vencía, en estas condiciones resul-
taba inofensiva. Los cartagineses, por su parte, no po- 3
dían permanecer ni acampar cómodamente más tiempo
en la región, porque los romanos habían talado inten-
cionadamente los forrajes; a los cartagineses les era
imposible transportar a hombros, desde un lugar tan
distante, cebada y forraje suficientes para una cantidad
tan enorme de caballos y de acémilas. Y sin la caballe- 4
ría, acampar y asediar al enemigo no les ofrecía nin-
guna seguridad; los romanos se defendían con una em-
palizada y un foso; desprovistos los cartagineses de sus
caballos y en igualdad de condiciones, el riesgo era in-
deciso. Además, temían la llegada de los cónsules ro- 5
manos recién nombrados, que posiblemente acampa-
rían ante ellos y les pondrían en situación muy apurada,
ya que les interceptarían los aprovisionamientos. Todo 6
esto indujo a pensar a Aníbal que era imposible forzar
a los romanos a levantar el asedio y cambió de táctica.
Supuso que si lograba hacer desapercibidamente una 7
marcha sobre Roma, presentándose de repente por sus
alrededores, tal sorpresa atemorizaría a los habitantes
de la urbe, extraería algún provecho de la misma ciu-

- dad o, por lo menos, obligaría a Apio a correr en defensa de su patria, levantando el asedio, o, en último término, le forzaría a dividir sus fuerzas, con lo cual se convertirían en enemigos fáciles, tanto los que quedaran en Capua como los que corrieran en auxilio de Roma.
- Con este proyecto envió un mensajero a Capua; pidió a uno de sus africanos que fingiera desertar de su campo y se pasara a los romanos, y desde allí procurara penetrar en la ciudad, porque le preocupaba la seguridad de su mensaje. Aníbal temía que, si los capuanos veían que él desaparecía, se asustaran, se desesperaran y se rindieran a los romanos. Por eso en su carta les exponía su ardid. Al día siguiente al que levantó el campo les envió al africano. Así los de Capua conocerían sus planes y la causa que le hacía alejarse, y soportarían el asedio sin caer en el desánimo. Cuando la noticia de lo que pasaba en Capua llegó a Roma: que Aníbal había acampado y que asediaba a sus propias fuerzas, el desánimo y la excitación cundieron entre los ciudadanos; les parecía que la crisis inminente era ya la definitiva. Por eso ponían todo su ardor y toda su dedicación en esta empresa únicamente y enviaban refuerzos continuos. Los capuanos, por su lado, recibieron de manos del africano el mensaje de Aníbal; sabedores de las intenciones de los cartagineses, decidieron tantear todavía esta esperanza y permanecer firmes en sus decisiones. Aníbal, cinco días después de su llegada a Capua, cuando la tropa hubo cenado mandó levantar el campamento y que se pusiera en marcha, pero dejó las fogatas ardiendo, para evitar que el enemigo se apercebiera de la maniobra. Recorrió a marchas forzadas el país de los samnitas¹⁰, tomando siempre la precaución de hacer

¹⁰ Expresión vaga para nosotros, pues Polibio tenía por samnitas a los marsios, a los pelignos y a los sabelios (I 6, 4).

explorar y conquistar previamente los parajes de su ruta por sus avanzadillas. Cuando los romanos se figuraban que Aníbal estaba todavía en Capua, ocupado en lo que ocurría allí, Aníbal cruzó, sin ser visto, el río Anión¹¹ y se aproximó a Roma; plantó su campamento a no más de cuarenta estadios de la ciudad.

La noticia del suceso llegó a Roma, y el pánico y la 6 confusión invadieron a todos los que estaban en la ciudad: la cosa era tan repentina como inesperada. Aníbal 2 no se había acercado¹² nunca tanto a la urbe: lo que se pensaba era que si lo había hecho con tanta confianza era porque las legiones romanas de Capua habían sido aniquiladas. Los hombres se apostaron en los muros 3 y en los lugares estratégicos del exterior de la ciudad; las mujeres acudían a los templos y rogaban a los dioses: con sus cabelleras barrían el suelo; ésta es costumbre que rige entre ellas cuando un riesgo total amenaza al país. Pero muy poco después de que Aníbal 5 hubiera acampado, cuando el cartaginés ya proyectaba tantear la ciudad al día siguiente, se dio un signo imprevisto y fortuito de salvación para los romanos¹³.

De todas formas, WALBANK, *Commentary*, pág. 122, indica en un mapa la posible ruta de Aníbal sobre Roma el año 211 a. C. Véase, además, su amplísimo comentario, *op. cit.*, ad loc.

¹¹ La narración de Tito Livio y la de Polibio en cuanto al desarrollo de la operación y, más concretamente, en cuanto al cruce de este río, son divergentes; la exposición del escritor latino parece más coherente. Pero aquí es imposible, por razones obvias, reproducir la detalladísima discusión de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹² Parece que el sentido es el apuntado. Sin embargo, aquí la expresión de Polibio (me refiero al texto griego, claro está) es extraña y alambicada; la traducción literal podría ser: «debido al hecho de que Aníbal jamás había estado (*en griego el verbo está en tema de perfecto*) a tal distancia de la ciudad».

¹³ Este golpe de fortuna que da un vuelco a la situación es típicamente helenístico: es un rasgo del *páthos* de la época.

- 6 Los oficiales de Cneo Flavio y de Publio Sulpicio¹⁴ hacía poco que acababan de alistar una legión¹⁵ y habían tomado a los soldados el juramento de presentarse, precisamente aquel día, con las armas en Roma¹⁶;
- 7 mientras tanto reclutaban y entrenaban otra. Ello hizo que aquel día se reuniera espontáneamente en Roma una gran cantidad de hombres, en un momento muy oportuno por cierto: los generales cobraron ánimo y les hicieron salir, los formaron delante de la ciudad y
- 8 rechazaron el ataque de Aníbal. Los cartagineses lo habían iniciado, incluso, con alguna esperanza de entrar en Roma, pero cuando contemplaron la formación enemiga y uno que aprisionaron les informó de lo ocurrido, desistieron de asaltar la ciudad y recorrieron el país;
- 9 lo devastaban y pegaban fuego a las alquerías. El botín que recogieron fue enorme y lo trasladaron a su campamento; el pillaje había sido tal que nadie jamás lo hubiera creído en un enemigo.
- 7 Pero, luego, los cónsules romanos decidieron osadamente acampar a diez estadios de los cartagineses. Aníbal había capturado un gran botín, pero había perdido
- 2 la esperanza de tomar la ciudad. Además supuso, según sus propios cálculos iniciales, que aquellos días Apio, sabedor del peligro que corría Roma, o bien habría, simplemente, levantado el sitio de Capua para lanzarse con todas sus fuerzas a socorrer la patria, o habría dejado algunas de sus tropas allí y habría corrido
- 3 con la mayor parte de ellas a defender la ciudad: creyó

Además, Polibio, que no puede ocultar ciertas simpatías por Aníbal, de este modo mitiga y explica razonablemente su fracaso.

¹⁴ Los cónsules del año 211 a. C.

¹⁵ El texto es ambiguo, porque Polibio usa el término griego *stratopedon*, indistintamente, para una legión o para un ejército. De modo que no podemos precisar el alcance numérico de las legiones que aparecieron.

¹⁶ Cf. VI 21, 6.

que, en ambos casos, lo mejor que podía hacer era levantar el campamento así que alboreara. Los soldados 4 de Publio destruyeron los puentes tendidos sobre el río que antes cité y obligaron a los cartagineses a cruzarlo vadeándolo. Durante la travesía los hostigaron y los pusieron en grandes apuros. Pero no lograron nada de- 5 cisivo, debido a la gran cantidad de jinetes y porque los númeridas se adaptan bien a cualquier terreno. Sin embargo, los romanos recuperaron buena parte del botín y causaron al enemigo unos trescientos muertos; después se replegaron a su propio campamento. Más tarde 6 creyeron que los cartagineses se retiraban tan rápidamente por miedo y los persiguieron por las raíces de los montes. Pero las prisas de Aníbal respondían a que 7 quería ejecutar completamente sus planes¹⁷. Cuando, al cabo de cinco días, supo que Apio continuaba asediando Capua se detuvo y estableció contacto con sus perseguidores, a los que asaltó, en plena noche, en su propio campamento. Mató a la mayoría de ellos y echó 8 a los restantes de su acampada. Ya de día, comprobó 9 que los romanos se habían refugiado en una colina muy defendida y no intentó expulsarlos de ella. Marchó por 10 la Apulia Daunia¹⁸ y por los Abruzos, y descendió inesperadamente hasta Reggio, de manera que casi se apodera de la ciudad. Hizo prisioneros a todos los que habían salido por los campos, de modo que a su llegada cayeron en su poder la mayoría de ciudadanos reginos.

¹⁷ Probablemente, no desamparar la ciudad de Capua, a la que pensaba que volverían los romanos.

¹⁸ Es la parte norte de Apulia, no lejos del monte Gárgano (III 88, 3 ss.). Pero el texto griego ha sido impugnado, y De Sanctis propone «por la Leucania». Esta última región está al N. del Brucio, cf. *Weltatlas*, I, págs. 40-41, y la correspondiente discusión, en WALBANK, *Commentary*, ad loc., que está de acuerdo con la impugnación de De Sanctis.

8 Me parece muy propio que, precisamente en este punto, evidencie y proclame dignos de admiración el coraje y el pundonor de romanos y cartagineses en la
2 guerra. Una admiración similar es la que se siente por el tebano Epaminondas. Éste llegó a Mantinea con sus aliados y vio que los lacedemonios ya estaban allí con el ejército completo; contempló también que los aliados de éstos se habían congregado en torno a la ciudad; todos estaban dispuestos contra los tebanos. Sin embargo, Epaminondas ordenó a los suyos tomar el rancho a su hora habitual e hizo salir al ejército a primera hora de la noche, fingiéndose interesado en ocupar
4 algunos lugares estratégicos para la batalla. Esto es lo que hizo creer a la mayoría, cuando la realidad era que
5 marchaba directamente contra Esparta¹⁹. Ante la extrañeza de todos, llegó a la ciudad a la hora tercera del día y, puesto que no había defensores, forzó el paso hasta el ágora; conquistó la parte de la ciudad que da
6 al río²⁰. Por puro azar llegó, de noche, un desertor a Mantinea, quien explicó al rey Agesilao²¹ lo ocurrido. Los socorros llegaron a Esparta cuando su caída total
7 era inminente. Epaminondas vio frustrado su intento; sus tropas tomaron todavía un rancho a orillas del Eurotas; recuperadas de sus penalidades, deshicieron
8 el camino que les había llevado allí; el tebano pensaba lo que iba a ocurrir: los lacedemonios y sus aliados correrían a salvar a Esparta y Mantinea volvería a quedar desamparada. Que es lo que, efectivamente, pasó.
9 Epaminondas arengó a los tebanos, que hicieron, de noche, una marcha forzada. Llegaron a Mantinea al mediodía siguiente: la ciudad carecía en absoluto de de-

¹⁹ Cf. II 65, 7.

²⁰ El Eurotas.

²¹ Reinó en Esparta del 399 al 360 a. C.; cf. III 6, 13 ss. Polibio no sentía por él demasiada simpatía; cf. 23, 7, de este mismo libro.

ensores. Y en aquel instante se presentaron los atenien- 10
 nienses²², afanosos de participar en la lucha contra los
 tebanos, según un pacto que habían concluido con Es-
 parta. Las avanzadillas tebanas habían alcanzado ya 11
 el templo de Posidón²³, situado a siete estadios de la
 ciudad, cuando los atenienses —¡la cosa parecía hecha
 exprofeso!— aparecieron en una colina que hay encima
 de Mantinea, cuyos habitantes, los que habían quedado 12
 en la ciudad, al comprobar la llegada de los atenienses,
 cobraron un poco de coraje, se subieron a sus murallas
 e impidieron la entrada de los tebanos²⁴. Cuando los 13
 historiadores tratan estas operaciones, las lamentan con
 razón y aclaran que el general tebano hizo lo posible y
 lo imposible, como conviene a un buen militar: Epami-
 nondas, dicen, venció a sus enemigos, pero fue vencido
 por la mala suerte.

Pues lo mismo cabe afirmar de lo que ocurrió a 9
 Aníbal²⁵. En efecto: atacar a los enemigos e intentar 2
 forzarles a levantar un cerco mediante combates par-
 ciales, al fallar este intento dirigirse contra la propia 3
 Roma, y al fracasar la tentativa por una peripecia for-
 tuita²⁶, en la marcha de retirada no sólo rechazar²⁷ a

²² Según JENOFONTE (*Helénicas* VII 5, 15), un cuerpo de caballería ateniense.

²³ El templo de Poseidón Hipio, al pie del monte Alesio, en la ruta de Tegea, un kilómetro y medio al S. de Mantinea.

²⁴ En realidad aquí se libró un duro combate de ambas caballerías, la tebana y la ateniense, en el que murió un hijo del propio Jenofonte, llamado Grilo. Esta batalla fue, además, famosa porque la representó en una pintura el pintor Eufranor; en esta pintura estaban los retratos auténticos de Grilo y de Epaminondas; una copia de ella la vio aún Pausanias en el gimnasio de Mantinea (PAUSANIAS, VIII 9, 8; 11, 6).

²⁵ En efecto, a grandes rasgos, aunque desviándose en ciertos detalles, la maniobra de Aníbal recuerda la de Epaminondas.

²⁶ Siempre la intervención de la Fortuna.

²⁷ Aquí hay una variante textual que modifica totalmente el sentido del texto; la traducción sigue la lectura de Büttner-

los perseguidores, sino también tender una celada, por si se producía, como parecía lógico, algún movimiento
4 de los que asediaban Capua, y, finalmente, no cejar en su intento, lanzarse a aniquilar al enemigo, sin limitarse únicamente a expulsar de su territorio a los reginos,
5 ¿quién no lo aplaudiría, y admiraría al general que lo realizó?

6 Aquí hay que pensar, sin embargo, que los romanos
7 fueron superiores a los lacedemonios²⁸, ya que éstos al primer aviso se esparcieron para ir a salvar a Esparta, y Mantinea, al menos en lo que dependía de ellos,
8 quedó desamparada. Pero los romanos salvaron su patria sin levantar el asedio; se mantuvieron firmes en sus intentos con coraje y tenacidad, y desde entonces
9 atacaron Capua con más ánimo. Esto no lo digo tanto para alabar a romanos y cartagineses, cosa que he hecho ya con frecuencia, como para dirigirme a los gobernantes actuales de los dos pueblos²⁹ y a los que, en

Wobst; tras una larga discusión del texto, WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce, aceptando la lectura del manuscrito griego (de la que Büttner-Wobst se apartan): «Aníbal emprendía la persecución del enemigo sin perder el contacto con él, y lo vigilaba de manera tal que en la eventualidad de que las tropas que asediaban Tarento hicieran algún movimiento, él pudiera ganarles por la mano.» La discusión que del lugar hace Walbank es un magnífico ejemplo de trabajo filológico.

²⁸ Esta afirmación, aun con ser cierta, es interesada, porque Polibio sentía simpatías hacia Roma y como partidario de la Liga Aquea, era contrario a los lacedemonios.

²⁹ Desde un punto de vista estrictamente sintáctico el texto admite aquí dos interpretaciones: a) la dada en la traducción, según la cual el libro IX habría sido redactado anteriormente al año 146 a. C., fecha de la destrucción de Cartago, o b) la del filólogo alemán Erbse (citado por WALBANK, *Commentary*, ad loc.): «...la mayor parte de mis indicaciones se esforzó en un enjuiciamiento laudatorio de los dos generales en aquella ocasión». Erbse opina claramente que el libro IX se redactó después de la destrucción de Cartago.

ambos, dirigirán, en el futuro, los asuntos públicos. Es ³⁰ preciso que recuerden unas cosas, que consideren 10 bien otras y se conviertan en émulos no de empresas absurdas y arriesgadas, sino, todo lo contrario, de audacias razonables y de ingenios dignos de admiración. Las hazañas son siempre memorables tanto si constituyen un gran éxito como si no, a condición de haber tenido una finalidad noble y de haber sido proyectadas con tino y prudencia.

Atela ³¹, ciudad italiana de los ópicos, entre Capua y Nápoles. 11 Su gentilicio es «atelanos», como dice Polibio en el libro noveno: los atelanos se rindieron (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Mientras los romanos continuaban el asedio de Tarento, el 12 almirante cartaginés Bomílcar llegó con una nutrida fuerza de socorro. Pero no logró apoyar a los defensores, porque los romanos habían establecido su campamento con gran solidez. Casi sin darse cuenta agotó sus provisiones, y si antes le habían obligado a acudir con grandes ruegos y promesas, ahora los sitiados le pidieron que se retirase (HERÓN, *De repellenda obsidione*, pág. 321).

No es un esplendor externo lo 10
que adorna una ciudad, sino la
El asedio de Siracusa virtud de sus habitantes...

Los romanos, pues, decidieron, 2
por eso ³², llevarse a su ciudad
todo lo que hemos citado y no dejar nada en Siracusa ³³.
Sería muy largo discutir si obraron de forma justa y, 3
además, conveniente para ellos, o al revés, pero pre-

³⁰ Desde el § 10 hasta el final del capítulo WALBANK, *Commentary*, advierte aquí rasgos de la retórica helenística.

³¹ Cf. la nota 6 del libro VII.

³² Las razones por las cuales los romanos saquearon Siracusa no vienen aducidas porque el epitomador las ha suprimido, pero debían de ser simplemente el *vae victis*, es decir, las leyes generales de guerra.

³³ La referencia es a los ajuares de las casas siracusanas, muy lujosos.

ponderarían las razones en el sentido de que obraron equivocadamente; tampoco ahora una conducta así les
4 sería favorable. Si fuera a base de estas cosas como se hace mejorar a un país, hubiera sido lógico y natural que se hubieran llevado a sus casas esto que hace prosperar. Pero si vencieron a los siracusanos por su vida
5 más austera, alejados al máximo del lujo y de la elegancia de ellos, que cultivaban tal género de vida con gran lujo y refinamiento, ¿podríamos emitir un juicio distinto y decir que su conducta de entonces no fue
6 un error? Todo el mundo puede afirmar que es un error de los vencedores abandonar su propio género de vida e imitar el de los vencidos, no solamente arrebatárles sus riquezas, sino atraerse su envidia, siempre inseparable de un tal proceder; un comportamiento así es peligrosísimo para los que han alcanzado una situación de
7 preeminencia. Quien contemple acontecimientos de este tipo no admirará a los que han logrado hacerse con bienes ajenos, sino que los envidiará, al tiempo que experimentará una conmiseración por las víctimas que inicialmente sufrieron la pérdida. Y si el éxito de los vencedores va aumentando y van acumulando bienes ajenos, lo cual, en cierto modo, congregará a todos los despojados a contemplarlo, el mal resultante de todo ello
9 será doble. En efecto: los que lo vean no se apiadarán de sus vecinos, sino de sí mismos, pues recordarán lo
10 que han perdido. De eso se inflamará no sólo una cierta envidia, sino aun rabia contra los afortunados, ya que el recuerdo de las desventuras propias impulsa el odio
11 contra los que las causaron. Es cierto que acumular oro y plata puede tener una cierta explicación³⁴, porque

³⁴ Véase WALBANK, *Commentary*, ad loc. Este acumular oro y plata no tiene nada que ver con las «leyes de guerra»; lo que afirma Polibio es que la potencia que busca el dominio universal debe reforzar sus recursos y debilitar los recursos de los

es imposible aspirar a dominar el universo si no dejamos a los demás en la impotencia y se procura acaparar todo el poder; con todo, si hubieran dejado en sus 12 lugares de origen lo que no eran los metales preciosos habrían evitado la envidia, habrían hecho más ilustre su propia patria y la habrían adornado no con pinturas y bajorrelieves³⁵, sino con una conducta digna y magnánima. Digo esto como advertencia para los que se 13 adueñan de imperios ajenos, para que no despojen las ciudades, convencidos, encima, de que la desgracia ajena es una honra para su país. Los romanos se llevaron a su ciudad todo lo que antes dijimos, y, con los objetos de uso privado, embellecieron sus casas y, con los adornos públicos, hermosearon su ciudad.

Los generales cartagineses³⁷, 11
tras haber vencido al enemigo, no
lograron vencerse a sí mismos.
Creían que la guerra contra los 2
romanos había concluido y se en-

zarzaron en peleas entre ellos, acuciados por la ambición y el afán de dominio, verdaderamente innatos en los cartagineses. Asdrúbal, hijo de Gescón³⁸, se apoyó 3 en su autoridad y llegó a un extremo tal de sordidez que exigió una cantidad enorme de dinero al amigo más leal del que, a la sazón, disponían los cartagineses en España. Se trataba de Indíbil³⁹, expulsado de su reino

demás, pero esto, contra la interpretación de von Scala, no tiene nada que ver con las leyes de guerra.

³⁵ Que es lo que los romanos se llevaron de la ciudad, además de los metales preciosos.

³⁶ Estamos en el año 211 a. C.

³⁷ Asdrúbal, el hijo de Gescón (cf. nota 3), y los hermanos de Aníbal, Asdrúbal y Magón; sobre sus rivalidades, cf. X 7, 3, y sobre el encuadramiento general del pasaje, cf. VIII 38 ss.

³⁸ Éste aparecerá por primera vez en España el año 214 a. C.

³⁹ Indíbil, el caudillo ilérgete. Cf. III 35 ss. y 76, 7, en referencia a su lealtad hacia Cartago.

por los romanos, y que por el afecto que profesaba a los cartagineses ⁴⁰ pudo recuperar. En un principio Indíbil no le atendió, pues confiaba en su lealtad, demostrada, a los cartagineses, pero Asdrúbal le tildó de falso y le obligó a entregar como rehenes ⁴¹ a sus propias hijas.

11a

Italia

2

Los romanos enviaron legados a Ptolomeo ⁴² con la intención de aprovisionarse de trigo, que entre ellos andaba muy escaso. Los ejércitos lo habían devastado todo hasta las mismas puertas de Roma y no se recibían subsidios desde fuera ⁴³, porque en todo el mundo habían estallado guerras y se habían establecido ejércitos; la única excepción era Egipto. En Roma la escasez llegó a tal punto, que un medimno siciliano valía quince dracmas. A pesar de lo crítico de la situación en que se encontraban, no descuidaron la guerra.

⁴⁰ Aquí hay un problema de interpretación: mi traducción sigue la de Schweighäuser en la edición dindorfiana, y a la de Paton (que da idéntico sentido), pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., llega a calificar esta versión de absurda: dice que fueron los cartagineses los que privaron a Indíbil de su reino, pero no totalmente, simplemente le redujeron a vasallaje. Luego, su independencia total, otorgada también por los cartagineses, por Asdrúbal, hijo de Gescón, fue la recompensa por la colaboración en la aniquilación de los Escipiones en España. Se debe reconocer que el texto griego presenta cierta ambigüedad y que se ofrece a ambas interpretaciones, más a la de Schweighäuser y Paton que a la de Walbank, pero que éste tache de absurda la interpretación contraria es excesivo.

⁴¹ Sobre el tratamiento dado a estos rehenes, cf. VIII 36, 3 ss.

⁴² Es incierto si fue en el año 211 o 210 a. C.

⁴³ Sicilia era la fuente principal para aprovisionar a Roma de trigo, pero ahora en esta isla había guerra, lo cual interceptaba los envíos a Roma.

Lo que sucede en las empresas 12
 bélicas necesita de mucha refle-
El arte militar xión, y es posible tener éxito en
 las operaciones si los proyectos
 se llevan a cabo con tino. Por lo 2

ya sucedido será fácil aprender, a quien lo desee, que
 son menos las hazañas guerreras llevadas a feliz tér-
 mino de una manera abierta y por la fuerza, que las
 que han llegado a buen fin debido a la astucia de haber
 aprovechado la ocasión. Algunos hechos pretéritos harán 3
 fácil darse cuenta de que, incluso de las empresas mi-
 litares realizadas en su tiempo oportuno, son más las
 fracasadas que las exitosas. No cabe la menor duda de 4
 que la mayor parte de los fallos son debidos a la igno-
 rancia o a la imprevisión de los jefes militares. Hay 5
 que investigar en qué consisten estas negligencias ⁴⁴.

Lo que en la guerra ocurre inesperadamente no 6
 debemos llamarlo acciones, sino peripecias o coinciden-
 cias. Este tema, lo dejamos, porque no hay nada sis- 7
 temático ni fijo. Trataré, en cambio, de lo que se reali-
 za según propósitos; es el objeto de mis consideracio-
 nes inmediatas.

Toda acción militar tiene un tiempo oportuno y de 8
 limitado, y también un lugar, pero es indispensable que
 permanezcan secretos; deben existir, además, unas con-
 signas determinadas que indiquen las personas, los me-
 dios y cómo se llevarán las cosas a cabo. Evidentemente, 9
 el que acierte en todo esto no fracasará en su empresa;
 en cambio, quien desatienda una sola de aquellas con-
 diciones no coronará ni uno de sus proyectos. Tal es la 10

⁴⁴ El sentido de esta frase no es claro debido a la oscuridad de su término principal *diáthesis*. Aquí sigo la versión de Paton («we must therefore inquire in what such faults consist») coherente con el texto anterior, pero no es imposible la traducción propuesta por WALBANK, *Commentary*, ad loc.: «in what manner such competence is to be attained we may now consider».

disposición de la naturaleza: un solo detalle, quizás el más trivial, si falla, es suficiente para echarlo todo a perder; el éxito se logra a duras penas aun en el supuesto de que todo funcione bien.

- 13 De modo que es necesario que los jefes militares
2 no descuiden ningún detalle en sus operaciones. La primera referencia es al secreto ⁴⁵: ni la alegría por una esperanza inesperada, ni el miedo, ni la franqueza ni el afecto que se sienta por alguien deben hacer que se descubra algo de una empresa militar a los ajenos a
3 ella. Sólo debe comunicarse a aquellos que resultan indispensables para la operación proyectada, y, además, a éstos no se les debe participar la cosa en seguida,
4 sino cuando llegue el momento necesario. Es preciso
5 callar con la boca y, aún más, con el espíritu, porque hay muchos que sin decir palabra dejaron traslucir sus intenciones por la expresión de sus rostros o, incluso más, con su proceder.
- 6 En segundo lugar, se deben conocer bien las rutas, tanto de noche como de día, y el tiempo que lleva recorrerlas, y esto no sólo por tierra, sino también por mar.
- 7 En tercer lugar, y eso es lo más importante, se deben conocer los tiempos ⁴⁶ y las estaciones y saber aprovechar estas nociones en pro de los proyectos propios.
- 8 Se debe conceder mucha importancia al lugar en que se desarrollará la acción: muchas veces este detalle ha hecho que lo que parecía imposible se haya convertido
9 en posible, y viceversa. Por último, no se deben olvidar las señales ni las contraseñas: se deben elegir aquellas mediante cuyo concurso y colaboración el proyecto llegará a buen término.

⁴⁵ Cf. VIII 3a.

⁴⁶ El tiempo atmosférico de cada estación del año.

Las cosas mencionadas, unas las enseña la experien- 14
cia, otras la historia y otras la investigación científica.
Lo más importante es que el general conozca personal- 2
mente los caminos, el punto de llegada y su disposición;
además, los hombres con quienes deberá operar. Sus 3
averiguaciones deben ser cuidadosas y no debe dar
crédito al primero que encuentre; es de todo punto
necesario que los guías hayan dado prendas como garan-
tía a los que les siguen en lo concerniente a todo lo
que antes he citado. Los generales sólo tendrán tales 4
conocimientos, o por su propia experiencia militar, o
por el estudio de la historia; la cosa no admite duda.
Lo que cae fuera de la experiencia se debe investigar 5
mediante algunas leyes, principalmente de astronomía
y geometría. Sin embargo, para lo que aquí me pro-
pongo no se requiere un estudio muy profundo de ellas,
por más que son muy importantes y capaces de rendir
grandes servicios en proyectos como los aludidos. La 6
ciencia más necesaria, la astronomía, es la que trata
de la duración de los días y las noches. Si ésta fuera
siempre invariable, su conocimiento no exigiría esfuer-
zo: sería común a todo el mundo. Pero el día y la noche 7
no tienen sólo una única diferencia, sino que no duran
siempre lo mismo; es lógico que el jefe militar deba
conocer sus crecimientos y sus menguas. ¿Cómo sería 8
posible calcular correctamente la marcha de una etapa
diurna o nocturna, si se desconocen las diferencias en
cuestión? Nadie llegará en el momento preciso si carece 9
de esta experiencia: inevitablemente llegará, o demasia-
do pronto, o demasiado tarde. Las operaciones milita- 10
res son las únicas en las que es peor adelantarse que
retrasarse. En efecto, el que se retrasa se ve frustrado 11
en sus esperanzas, pero se da cuenta de que ha fallado
en su intento cuando todavía está lejos, y puede retirar-
se con toda seguridad; el que se anticipa, en cambio, 12

descubierto cuando ya ocupa el lugar, cae en un riesgo total.

- 15 La oportunidad es la que lleva a buen término todas
las empresas humanas⁴⁷, pero principalmente las bé-
2 licas. Por eso, un general debe estar familiarizado con
las fechas de los solsticios de verano y de invierno, con
los equinoccios y, también, con los crecimientos y men-
3 guas de los días y las noches. Sólo así podrá determinar
sin error la marcha de una jornada, tanto por mar como
4 por tierra. También es imprescindible conocer las par-
tes integrantes del día y de la noche, para determinar
el tiempo en que se debe tocar diana y aquel en que se
5 deben alzar los estandartes. No puede coronar la obra
6 el que ha fallado el principio. La hora del día es posible
deducirla por las sombras, por el curso del sol o por
7 su posición, su altura en el cielo. Por la noche es más
difícil conocer la hora, salvo que se esté familiarizado
con el sistema y el orden de los doce signos del Zodíaco⁴⁸, cosa fácil para los que han estudiado estos fenó-
8 menos. Las noches son desiguales, pero en el trans-
curso de cada una de ellas, pasan por el horizonte seis
de los doce signos zodiacales, de modo que, en cada
parte de la noche pasan siempre los mismos signos de
9 entre los doce del Zodíaco⁴⁹. Durante el día siempre
se sabe donde está el sol: es natural que cuando se
pone se haga visible la parte del cielo que le está dia-
10 metralmente opuesta. Por consiguiente, por el signo
del Zodíaco que ha subido después de ésta se podrá
11 deducir siempre la hora de la noche. El conocimiento

⁴⁷ Éste es un tópico de la literatura griega; se encuentra ya en HESÍODO, *Trabajos y Días* 694.

⁴⁸ Cosa que los griegos conocían bien; cf. la amplia ilustración de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁴⁹ Aquí Polibio yerra porque no todos pasan a la misma hora ni por la misma órbita celeste. Véase la detalladísima exposición de WALBANK, *Commentary*, págs. 140-141, y la breve nota ad loc.

de los signos del Zodíaco, el de su número y el de su magnitud, permite calcular la parte de noche que corresponde a cada uno de ellos. En las noches nubosas 12 se debe recurrir a la luna; debido a su gran volumen, su luz es siempre visible en cualquier lugar del cielo en que se encuentre. A veces podemos guiarnos por 13 el tiempo en que sale por el lado de Oriente y por el lugar donde se encuentra, y otras veces por su puesta, ello en el caso de que previamente se tenga una noti- 14 cia adecuada y suficiente de las diferencias de tiempo que los días tienen en cuanto a la salida de la luna. También aquí hay un indicio fácil, pues su ciclo nor- 15 mal es de un mes, y los meses son sensiblemente iguales.

Debemos alabar al poeta ⁵⁰ que nos presenta a Ulises, 16 el jefe más capacitado ⁵¹ de todos los aqueos, calculando por los astros ⁵² no sólo sus navegaciones, sino incluso sus acciones terrestres, porque son muchas las cosas 2 que ocurren de improviso, que no podemos prever de manera oportuna y exacta, y que con frecuencia nos ponen en gran apuro: se trata de lluvias, desbordamien- 3 tos de ríos, heladas muy fuertes, nevadas, el aire nuboso y como cargado de humo, y otras cosas semejantes a éstas ⁵³. Si descuidamos incluso lo que es previsible, 4 ¿no será natural que las más de las veces estos fenómenos nos hagan fracasar? En resumen, no debemos 5 desdeñar nada de lo que he citado y, así, evitaremos caer en los mismos errores en que, nos cuentan, han

⁵⁰ El poeta por antonomasia es Homero.

⁵¹ Ulises fue siempre entre los griegos el prototipo de hombre enérgico y astuto.

⁵² La referencia es al canto X de la *Iliada* («La Dolonía»), cuando Ulises y Diomedes, tras matar a Dolón, se acercan al campamento de los tracios (vv. 251-253). Aquí el cálculo es para una ruta terrestre. Para una marítima, cf. *Odisea* V 271 ss.

⁵³ Estas cosas se deberán a la fortuna. Es la constante de Polibio. Y esta fortuna está por encima de la divinidad. Esto le conecta directamente con la religión homérica.

caído muchos otros, además de los que ahora citaremos a guisa de ejemplo.

- 17 Arato, el general aqueo, tenía el proyecto de conquistar por sorpresa la ciudad de los cinetes; juntamente con sus partidarios residentes en la plaza fijó una fecha en la que llegaría, de noche, a un río que fluye cerca de Cineta, por su parte oriental, y se quedaría
2 allí a la expectativa con sus fuerzas⁵⁴. Los de dentro, hacia el mediodía, cuando fuera la hora oportuna, enviarían sigilosamente un conjurado, vestido con una túnica, por una puerta; el hombre avanzaría y se situaría, delante de la ciudad, en un sepulcro determinado⁵⁵.
3 Los restantes debían apoderarse de los polemarcos que habitualmente custodiaban las puertas, pero que en
4 aquella hora del día se echaban una siesta. Entonces los aqueos saldrían rápidamente de la emboscada hacia
5 la ciudad. Esto era lo acordado. Arato se presentó en el momento debido y, escondido con los suyos no lejos
6 del río, esperaba la contraseña. Hacia la hora quinta⁵⁶ un propietario de ovejas de lana fina, de los que normalmente las sacan al pasto no lejos de la ciudad⁵⁷, quería saber algo importante de cierto pastor; salió por la puerta vistiendo una túnica, se colocó precisamente en la tumba señalada y oteaba buscando al
7 jero. Arato y los suyos creyeron que se les daba la contraseña y se dirigieron rápidamente hacia la ciudad.
8 Los centinelas atrancaron al instante las jambas de las

⁵⁴ Este intento tuvo lugar el año 241 a. C. El río aludido es el antiguo Cerinites, actualmente el Calaurita.

⁵⁵ Colocado en una eminencia: el texto no lo dice, pero se debe deducir de todo lo que sigue.

⁵⁶ Hacia las once de la noche, hora solar.

⁵⁷ Así WALBANK, *Commentary*, ad loc. Pero otros (entre ellos, Paton) entienden «ovejas de lana fina, aquellas que normalmente pastan cerca de las ciudades». El texto griego permite las dos interpretaciones.

puertas, porque los conspiradores todavía no habían preparado el golpe. Lo que sucedió fue que no sólo falló el plan de Arato, sino que en la ciudad sospecharon y recelaron de los conjurados. La cosa al final se puso en claro y aquellos hombres fueron detenidos, juzgados y ejecutados en el acto. ¿Qué podríamos adu- 9 cir como causa de aquella calamidad? El hecho de que el general estableciera una única contraseña: todavía era joven, y no tenía experiencia de la exactitud de las contraseñas dobles⁵⁸ y de las adicionales. Verdadera- 10 mente, en las empresas guerreras el éxito o el fracaso dependen de pequeñas cosas.

También Cleómenes de Esparta⁵⁹ quiso tomar a 18 traición la ciudad de Megalópolis y se puso de acuerdo con los centinelas que había en la muralla en un lugar llamado Fóleo: se aproximaría de noche, con sus fuerzas, a la tercera guardia, porque la hacían unos partidarios suyos. Sin embargo, no previó que, en la época 2 del orto de las Pléyades, las noches son ya muy breves, y partió de Lacedemonia en el ocaso. Encima no pudo 3 realizar una marcha rápida⁶⁰ y se le hizo de día. Entonces intentó forzar la entrada en la ciudad por la violencia, pero fue vergonzosamente rechazado, sufrió muchas bajas y se vio en un gran peligro. De haber 4 atendido a la oportunidad según el acuerdo previo, habría podido introducir sus fuerzas sin fracasar en el intento, pues habrían sido hombres suyos los centinelas de las puertas.

⁵⁸ Una contraseña doble hubiera sido, por ejemplo, que el hombre, además de subirse a la tumba, hubiera hecho un gesto determinado.

⁵⁹ Cleómenes III de Esparta, que atacó Megalópolis el 22 de mayo del año 223 a. C.; cf. II 55, 5.

⁶⁰ De Megalópolis a Esparta hay, en línea recta, unos cincuenta kilómetros, trayecto difícil de recorrer a pie en una marcha nocturna, aun contando con que la noche sea larga.

- 5 He explicado ya más arriba ⁶¹ que, de modo semejante, el rey Filipo V había convenido con ciertos melitenses tomar por sorpresa su ciudad, pero padeció un doble error, porque llegó allí con unas escaleras demasiado cortas y, además, en tiempo inoportuno. Lo acordado era que él llegaría a medianoche, cuando todo el mundo estuviera durmiendo, pero salió de Larisa demasiado pronto. Cuando penetró en el país de Melita no pudo permanecer en él, temeroso de que le delataran a los de la ciudad, y no logró evadirse sin ser visto.
- 7 De modo que se vio forzado a avanzar. Llegó a la ciudad cuando la gente todavía no había ido a dormir;
- 8 no pudo penetrar por la fuerza, porque sus escaleras no alcanzaban, ni introducirse por las puertas, porque sus partidarios de dentro no lograron ayudarle suficientemente. Lo único que consiguió fue provocar a los megalopolitanos; sufrió muchas bajas y se retiró con la vergüenza de no haber conseguido nada. Aquella acción suya le delató ante todos, que desconfiaron y ya se guardaron de él.
- 19 También Nicías, el general ateniense, cuando todavía podía salvar al ejército que asediaba Siracusa, escogió ciertamente el momento oportuno de la noche en que podía pasar desapercibido y retirarse a un lugar seguro, pero sobrevino un eclipse de luna ⁶². Él era supersticioso ⁶³, tomó aquello como un mal agüero y decidió aplazar la retirada. Después sucedió que, a la noche siguiente ⁶⁴, cuando efectivamente se retiraban, el enemigo se

⁶¹ Cf. V 97, 5-98, 11; el hecho se dio en primavera o a principios del verano del año 217 a. C.

⁶² Cf. TUCÍDIDES, VII 50, 4.

⁶³ Aquí sí que el término *deisidaimonía* significa «superstición». Cf. nota 120 del libro VI.

⁶⁴ Nicías interpretó el mal agüero en el sentido de que los atenienses debían quedarse veintisiete días allí. Esto proporcionó a los siracusanos la oportunidad de acosar a los atenienses

dio cuenta y todo el ejército, juntamente con los generales, cayó prisionero de los de Siracusa. Ciertamente, si en aquel trance Nicias se hubiera dejado guiar por hombres experimentados, eso le hubiera permitido no dejar su propia oportunidad y aprovecharla como aliada, ante la ignorancia del enemigo. A los hombres experimentados, la impericia del adversario les resulta de gran valimiento.

De la astronomía, es preciso estudiar todas las cosas citadas. La manera como debe comprobarse si las escaleras valen es la siguiente: si a uno de los conjurados de dentro le parece que tienen la altura del muro, ello significa que la escalera sirve. Si dividimos perpendicularmente el muro en diez partes iguales, la escalera deberá medir doce partes de éstas. El espacio que separe de la muralla el pie de la escalera será adecuado a los que suben, si mide la mitad de la longitud de la escalera en cuestión; si excede esta medida, al ser más separado ofrece un blanco fácil, y si no llega a ella, la posición resulta tan poco inclinada que los que suben sufren grave riesgo de caerse. Si no es posible medir la muralla ni acercarse a ella, la altura de un objeto perpendicular a una superficie plana se puede medir a distancia. La manera de calcular esta altura es posible, e incluso fácil, cuando se quieren estudiar matemáticas⁶⁵.

Aquí es otra vez notorio que los que quieran tener éxito en empresas y operaciones militares han de saber geometría, no en el sentido de ser grandes maestros de ella, sino en un grado que les permita tener nociones de la semejanza, y dominar la teoría de las ecuaciones.

hasta aniquilarles. De modo que aquí Polibio, seguramente por citar de memoria, falla: los atenienses no se retiraron a la noche siguiente.

⁶⁵ Un amplísimo comentario a todo esto, avalado incluso con demostraciones geométricas, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

2 Y no solamente para eso, sino que para los cambios en
la distribución de los campamentos se necesita la geo-
metría, para conservar la simetría de los elementos de
3 una acampada cuando se modifica su estructura y, tam-
bién, cuando se conserva la habitual, pero las dimen-
siones del campamento deben aumentarse o reducirse,
proporcionalmente al número de los recién llegados, o
4 al de los que lo abandonan. Todo esto se ha tratado
más ampliamente en nuestra obra *Comentarios tácti-*
5 *cos*⁶⁶. No creo que nadie, razonablemente, nos pueda
objectar que exigimos demasiados conocimientos en el
arte de la estrategia por el hecho de que se pidan unas
naciones de astronomía y de geometría en los que aspi-
6 ran al generalato. Personalmente desprecio sobremanera
lo que se añade superfluamente a una disciplina sólo por
ostentación y charlatanería, y lo mismo hago con lo
que rebasa el grado de conocimientos que en verdad
se necesita; en cambio, lo que es indispensable lo tengo
7 en gran estima, me interesa enormemente⁶⁷. Una com-
paración: sería absurdo que los que quieren aprender
a tocar la flauta o el arte de la danza aprendan el arte
del ritmo y el de la danza, pero también el de la palestra,
creídos de que la perfección en las dos disciplinas aludi-
das primeramente no puede alcanzarse sin la ayuda de
8 la otra; sería ilógico también que los que pretenden
ejercer un mando militar se enojaran de tener que es-
9 tudiar algo que les resulte imprescindible. Nadie que
esté en su sano juicio podrá estar de acuerdo en que
los que ejercen profesiones no liberales⁶⁸ pongan más
afán e interés en ellas, que los que se ocupan de cosas

⁶⁶ Una obra primeriza de Polibio que se ha perdido.

⁶⁷ La ciencia cultivada por motivos estrictamente utilitarios parece ser un ideal estoico.

⁶⁸ Aquí se puede pensar en el viejo verso de Jenófanes de Colofón: «pues mi (dedicación a la) ciencia vale más que la fuerza bruta de hombres y de caballos».

más trascendentales e importantes. Acerca de este tema, 10
baste con lo que se ha dicho hasta aquí.

Éstas eran las disposiciones respectivas de romanos 21
y cartagineses, quienes, alternativamente, habían probado los extremos más opuestos de la fortuna; era natural, como dice el poeta⁶⁹, que el temor y la alegría se adueñaran, de golpe, de los pensamientos de ambos.

Para ambas naciones, me refie- 22
ro a romanos y cartagineses, un
hombre era la causa y el alma de
lo que les ocurría, quiero decir
Aníbal. A todas luces, él dirigía 2

personalmente las operaciones de Italia, y las de Es-
paña a través del mayor de sus hermanos, Asdrúbal⁷⁰,
y, tras la muerte de éste, a través de Magón el Viejo⁷¹.
Entre los dos aniquilaron a los generales romanos⁷² 3
destacados en tal península. También dirigía las opera- 4
ciones de Sicilia, primero a través de Hipócrates⁷³, y
después a través del africano Mitón⁷⁴. Algo semejante 5
cabe decir acerca de Grecia e Iliria: debido a su alianza

⁶⁹ El poeta vuelve a ser HOMERO, pero aquí es inseguro el lugar a que se refiere Polibio; quizás sea a *Odisea* XIX 471: «y se apoderó de él a la vez el gozo y el dolor». Cf., además, XV 32, 4.

⁷⁰ Pero Aníbal era mayor que él, de modo que es falsa la traducción de Patón: «through his elder brother».

⁷¹ Este Magón hizo la campaña cartaginesa hasta Cannas. Entonces Aníbal le envió a Cartago a anunciar la victoria, y en el año 215, al frente de un ejército de doce mil infantes y mil quinientos jinetes, fue enviado como refuerzo a los cartagineses que se batían en España.

⁷² Eran los hermanos Publio y Cneo Cornelio Escipión, padre y tío, respectivamente, de Escipión el Africano.

⁷³ Cf. VII 2, 3; VIII 3, 1.

⁷⁴ Éste era un libiofenicio enviado por Aníbal a Sicilia como jefe supremo de la caballería cartaginesa destacada allí. Por Tito Livio sabemos que más tarde traicionó a los cartagineses, pactó con los romanos y llegó a ser ciudadano romano.

- con Filipo también había puesto en jaque y atemorizado a los romanos de guarnición en estos países. La obra que realiza un hombre dotado de una mente apta para ejecutar cualquier proyecto humano es grande y admirable; tales cualidades son siempre ingénitas.
- El curso de los acontecimientos nos ha llevado a conocer la actuación de Aníbal; la oportunidad exige que hagamos notorios ahora aquellos rasgos suyos más discutidos. Unos le han creído excesivamente cruel, otros no menos avaricioso. Pero, al tratar de él, es difícil dar con la verdad, como lo es, en general, averiguarla acerca de los que han andado en negocios públicos.
- Hay quien afirma que la índole de cada persona se evidencia en circunstancias determinadas: unos la patentizan cuando ejercen la autoridad, por más que anteriormente la hayan disimulado; otros, al contrario, la manifiestan en épocas de mala suerte. Afirmaciones como éstas me parecen inexactas: no sólo alguna vez, antes bien casi siempre, los hombres se ven constreñidos a hablar y a actuar contra sus propias inclinaciones, tanto por los consejos de los amigos como por la complejidad de los hechos⁷⁵.
- Esto puede comprobarlo quien se detenga a meditar sobre una multitud de sucesos. En efecto: ¿quién no ha oído hablar de Agatocles⁷⁶, el tirano de Sicilia? En sus primeras empresas, cuando aseguró el implantamiento de su dinastía, fue un auténtico salvaje; cuando ya se vio firme en el imperio de Sicilia, fue el hombre

⁷⁵ Los §§ 9-10 encierran pura doctrina estoica.

⁷⁶ Sobre este Agatocles de Sicilia, que no hay que confundir con el Agatocles egipcio que cierra el libro XV, los pareceres son opuestos. Mientras Calias de Siracusa y Antandro, historiadores de poca categoría, le son favorables, Timeo nos lo presenta como hombre sumamente injusto y cruel. Para más detalles, WALBANK, *Commentary*, ad loc.

más manso y más afable. Cleómenes de Esparta⁷⁷ fue 3
un rey hábil y un tirano cruel; como ciudadano privado
había sido el hombre más cortés y generoso. No es 4
verosímil que un mismo modo de ser tenga disposicio-
nes tan contradictorias. Más bien lo que sucede es que
algunos reyes se han visto forzados por las circunstan-
cias a estos cambios y, con frecuencia, muestran a los
demás unas conductas opuestas a sus caracteres per-
sonales, de manera que en estos casos no evidencian 5
su modo de ser propio y dejan entrever otro. Normal-
mente sucede lo mismo por la influencia de los amigos
no ya sólo a generales, príncipes y reyes, sino también
a ciudades. Entre los atenienses, en tiempos del gobier- 6
no de Aristides y de Pericles apenas si se encuentran
hechos crueles; la mayoría son laudables y bondadosos,
todo lo contrario, en cambio, en tiempos de Cleón y de
Cares⁷⁸. Durante el tiempo en que los espartanos go- 7
zaron de la hegemonía de Grecia, el rey Cleómbroto
actuó siempre de acuerdo con la opinión de los aliados;
la conducta de Agesilao fue diametralmente opuesta;
también las costumbres de las ciudades cambian según 8
las tendencias de sus gobernantes⁷⁹. El rey Filipo V fue
el más impío mientras Taurión y Demetrio fueron sus

⁷⁷ Cleómenes sale repetidamente en la obra de Polibio: II 45, 2; IV 81, 14; V 39, 6.

⁷⁸ Polibio da aquí, a vista de pájaro, una visión de la historia de Atenas durante el s. v a. C. Aristides, llamado por antonomasia «el bueno», tuvo gran influencia en Atenas desde el año 490 al 477 (aunque fuera condenado por dos veces al ostracismo, en los años 483-2 y 480). Pericles gobierna Atenas en el período 461-429. Le sucede Cleón (429-422) que muere en Anfípolis, y Cares fue un militar influyente desde el año 366. Primero luchó contra Filipo II (cf. IV 43, 6), y luego se pasó a los persas para luchar contra Alejandro Magno.

⁷⁹ Tras tratar de Atenas, se debía, naturalmente tratar de Esparta. La serie se acaba en Filipo V de Macedonia.

consejeros; había sido muy benigno, en cambio, cuando lo fueron Arato o Crisógono.

- 24 Me parece que el caso de Aníbal es exactamente el
2 mismo. Se encontró con las circunstancias más diversas e imprevisibles y con amigos de carácter radicalmente opuesto, de manera que, por sus hechos en Italia, resulta imposible comprender su verdadero carácter. Si se atienden mis presupuestos de antes, es fácil
3 adivinar lo que se debe a las circunstancias en que se encontró, pero no debemos omitir el asesoramiento de sus amigos, principalmente porque es posible alcanzar una noción suficiente de ello mediante un solo ejemplo.
4 Cuando proyectaba marchar de España a Italia con un ejército, Aníbal preveía la gran dificultad de avituallarlo y de disponer siempre de víveres, ya que, por su duración, la marcha era casi inacabable y, encima, había que contar con el número y la ferocidad de los bárbaros
5 que vivían a lo largo de ella. En el consejo esta dificultad se debatió ampliamente y uno de sus miembros, llamado también Aníbal, por sobrenombre «el gladiador», hizo evidente que *había sólo un único medio para*
6 *poder llegar a Italia.* Aníbal le pidió que lo expusiera y él contestó que era preciso enseñar al ejército a comer
7 carne humana, habituarle a ello. Aníbal fue incapaz de oponerse razonadamente a la audacia y a la eficacia de esta idea, pero nunca la tomó en serio y no intentó con-
8 vencer a sus amigos. No falta quien afirma que los actos de salvajismo cometidos por Aníbal en Italia se deben imputar al otro Aníbal, pero en gran medida se debieron también a las circunstancias⁸⁰.

⁸⁰ WALBANK, *Commentary*, ad loc., supone que muchas de las brutalidades imputadas a Aníbal durante la campaña de Italia se deben simplemente a calumnias sin fundamento de sus enemigos.

Parece, en cambio, que fue muy codicioso y que tuvo **25**
un amigo que lo fue tanto como él, Magón⁸¹, que diri-
gía las operaciones en la región de Brucio^{81 bis}. Es cosa **2**
que he leído en los mismos historiadores cartagineses,
quienes, por el hecho de ser del país conocen no sólo **3**
la dirección de los vientos, como dice el refrán, sino
también, y aún más, la de sus compatriotas. La noticia **4**
la he tomado exactamente de Masinisa⁸², quien aduce
pruebas de la avaricia general que dominaba a todos
los cartagineses, pero principalmente a Aníbal y a Magón
el samnita⁸³. El historiador⁸⁴ aludido explica que estos **5**
dos generales cartagineses colaboraron noblemente
contra el enemigo ya desde su juventud: conquistaron
muchas ciudades en Italia y en España, unas a la viva
fuerza y otras mediante traiciones. Sin embargo, no
participaron nunca juntos en una misma empresa: más **6**
que contra los enemigos maniobraban contra sí mis-
mos, para no encontrarse nunca en una ciudad conquis-
tada. Así evitaban discutir entre ellos por los hechos y
no tenían que repartirse el botín; se consideraban a sí
mismos investidos de la misma dignidad.

Lo que he dicho, pues, y lo que seguirá evidencian **26**
que la naturaleza de Aníbal fue forzada y cambiada por

⁸¹ La identidad de este Magón no es segura; los nombres entre los cartagineses se repiten continuamente. Parece que nos encontramos ante el Magón que destruyó un cuerpo de ejército en Turium el año 212 a. C. (TITO LIVIO, XXV 15, 8 ss.), con lo que los cartagineses tomaron la ciudad. Si se trata de éste, tenía el sobrenombre de «el samnita».

^{81 bis} Actual Calabria.

⁸² Büttner-Wobst indican una laguna en el texto griego delante del nombre propio, para llenar la cual proponen las palabras «el rey», pues Masinisa realmente lo era de Masila, al N. de la Numidia.

⁸³ Cf. la nota 81.

⁸⁴ Sólo en este lugar de Polibio se declara que Masinisa fuera, además, historiador.

- los consejos de los amigos, y todavía con más frecuencia, por las circunstancias. Así, cuando los romanos tomaron Capua, las restantes ciudades empezaron, lógicamente, a vacilar en su alianza con los cartagineses y acechaban ocasiones y pretextos para pasarse a Roma.
- 3 Parece que Aníbal, entonces, se encontró en una situación muy incómoda y en un gran apuro por el giro que
- 4 tomaban los acontecimientos. Si se quedaba en un lugar fijo, no podía vigilar a todas las ciudades, muy distantes unas de otras; se enfrentaba a muchos ejércitos enemigos y no podía dividir demasiado a sus fuerzas.
- 5 Corría el riesgo de caer en manos de un enemigo muy superior en número y él no podía acudir a la vez a todas
- 6 partes. Se vio forzado a abandonar sin disimulo algunas ciudades y a retirar las guarniciones cartaginesas de otras: temía que si las cosas cambiaban perdería, in-
- 7 cluso, a sus propios soldados⁸⁵. Alguna vez llegó a la violación de los tratados, deportó ciudadanos a otras
- 8 poblaciones y cedió sus propiedades para botín. De ahí
- 9 que unos le acusen de impío y otros de cruel. Lo que se ha dicho fue acompañado de expoliaciones de dinero, de asesinatos y de pretextos para la violencia, tanto por parte de los soldados que entraban en las ciudades como por parte de los que salían, porque todos sospechaban que los nativos iban a pasarse a los romanos.
- 10 Los consejos de sus amigos y las circunstancias que le rodearon hacen aventurada la definición del carácter de
- 11 Aníbal. Entre los cartagineses era corriente la afirmación de que era avaro, y entre los romanos, la de que era cruel.

⁸⁵ Porque los romanos le habían asestado un golpe definitivo al aniquilar en Salapia a la caballería cartaginesa. Esto lo sabemos por TITO LIVIO (XXVI 38, 12-14). Es extraño que el redactor de Polibio no nos haya conservado la narración polibiana de esta batalla que dio un vuelco a la segunda guerra púnica.

*Sobre la extensión
de las ciudades*

La mayoría de los hombres ^{26a} calculan la magnitud de las ciudades sólo por su perímetro⁸⁶. Así, si alguien afirma que la ciudad de Megalópolis tiene un perímetro de cincuenta estadios y que Esparta lo tiene de cuarenta y ocho, pero que en realidad duplica en extensión a Megalópolis, tal aseveración a muchos les parece increíble. Y si se quiere todavía agrandar el ³ enigma y se dice que es posible que una ciudad o un campamento de cuarenta estadios de circuito dupliquen en extensión a otros de cien estadios, la mayoría tendrá esta afirmación por totalmente absurda. Sin embargo, ⁴ esto se deberá a que han olvidado lo que de niños se les enseñó en la escuela sobre geometría. Me ha indu- ⁵ cido a hablar así la constatación de que no ya el pueblo, sino incluso algunos de los que detentan el gobierno o ejercen cargos militares, se extrañan de ello y se admiran de la posibilidad de que la ciudad de los lacedemonios sea muy extensa, concretamente mucho más que Megalópolis, aunque Esparta tenga un perímetro inferior; otras veces se quiere deducir el número de hom- ⁶ bres que alberga un campamento a base de su perímetro. Un error⁸⁷ muy similar es debido a la silueta que ⁷ ofrecen las ciudades. La mayoría de hombres cree que las construidas sobre quebradas o terrenos montañosos tienen más casas que las edificadas sobre el llano. Sin embargo, no es así, ya que los edificios que se levantan en estos lugares no forman ángulo recto con las in- ⁸

⁸⁶ En general, las teorías de Polibio en este capítulo son correctas, aunque algún ejemplo falle: así, por ejemplo, ni tan siquiera en la antigüedad Esparta duplicaba a Megalópolis en extensión.

⁸⁷ Algunos filólogos han conjeturado aquí la palabra griega que significa «ignorancia», pero la variante no parece necesaria ni indicada.

clinaciones del terreno, sino sólo con las superficies planas sobre las cuales se levantan las mismas colinas. La razón de esto la entienden incluso los niños. Si se supone que las casas edificadas sobre una superficie en pendiente tienen todas una misma altura, es evidente que, de la misma manera que los tejados forman un plano único, éste será paralelo al otro sobre el cual se han cimentado los edificios, o sea, la ladera de la colina. Y basta acerca de los que pretenden asumir cargos políticos o militares e ignoran esto.

27 *Sicilia* Agrigento se diferencia de la mayor parte de las otras ciudades no sólo por lo antedicho⁸⁸, sino también por sus fortificaciones y, principalmente, por la belleza de sus edificios. Está construida a dieciocho estadios del mar, de manera que no carece de ninguna utilidad de las que éste ofrece. Su perímetro⁸⁹ es excepcionalmente seguro, tanto debido a la naturaleza como a defensas artificiales. Su muralla se levanta sobre una cadena rocosa, alta y abrupta, la cual a trechos es natural y a trechos construida. La ciudad, además, está rodeada por ríos. Por el Sur fluye uno que se llama igual que la ciudad; por el Este y el Sudoeste, otro llamado Hipsas. La acrópolis de la ciudad está situada en una prominencia, rodeada por un abismo impracticable; sólo tiene un acceso interior desde la ciudad. En su cumbre están situados el tem-

⁸⁸ Seguramente había una ligazón más estrecha entre los análisis de topografía conservados aquí en la obra de Polibio, y lo que sigue a continuación sobre Agrigento, pero la obra del epitomador aquí ha introducido tal confusión que los mismos editores no dan todos estos capítulos en un mismo orden. Aquí se sigue el orden insinuado por Walbank en su comentario.

⁸⁹ WALBANK, *Commentary*, pág. 158, ofrece un plano de Agrigento en esta época.

plo de Atena⁹⁰ y el de Zeus Atabirio, que es el que tienen todos los rodios. Agrigento es fundación rodia⁸ y es lógico que el dios tenga allí el mismo epíteto que tiene entre los rodios. Por lo demás, la ciudad está⁹ adornada magníficamente con templos⁹¹ y pórticos. El templo de Zeus Olímpico está inacabado; por sus planos y su extensión, quizás supere todos los templos de Grecia.

Polibio dice que tanto el río como la ciudad se llaman Acra-¹⁰ gas⁹² porque la tierra es fértil (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Agatirna⁹³ es una ciudad de Sicilia dice Polibio en el libro¹¹ noveno (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Marco Valerio les dio seguridades sobre su salvación y les¹² convenció de que pasaran a Italia, a condición de que talaran la región de Brucio. Los regineses les darían una recompensa⁹⁴ y ellos podrían quedarse con lo que pillaran del campo enemigo (SUDA).

«¡Espartanos! Estoy convenci-²⁸
do de que nadie se atrevería a
negar que el imperio macedonio
ha sido para todos los griegos el
inicio de la esclavitud; la cosa²
puede verse como sigue: existían antes en Tracia un

*Grecia: discursos de
Cleoneas de Etolia y
de Licisco de Acarnania
en Esparta⁹⁵*

⁹⁰ El templo de Atena Lindia. Agrigento se fundó hacia el 580 a. C. por rodios que habían colonizado previamente Gela. La ciudad juega un papel importante en el libro VI de Tucídides, es decir, en la primera parte de la campaña ateniense contra la ciudad de Siracusa, en la guerra del Peloponeso.

⁹¹ Los templos son de estilo dorio y, todavía hoy, se conservan sus ruinas.

⁹² El nombre griego de Agrigento es Acragas; mientras Tucídides afirma que la ciudad ha tomado simplemente el nombre del río que la rodea, Polibio explica su nombre por *akra gās* «tierra fértil», pero podría tratarse de una etimología popular.

⁹³ Ciudad situada en la costa norte de Sicilia, al N. de los Montes Nebrodes.

⁹⁴ WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta: «los regineses les proporcionarían raciones».

- grupo de ciudades griegas fundadas por los atenienses y por los calcidios; entre ellas, Olinto⁹⁶ alcanzó gran esplendor y potencia. Filipo II redujo a la esclavitud a sus habitantes como escarmiento, con lo cual se apoderó no sólo de las ciudades tracias, sino que incluso las de la Tesalia se alarmaron y se le sometieron. Muy poco después derrotó a los atenienses en el campo de batalla, y, por más que administró magnánimamente su victoria, no lo hizo en absoluto para favorecer a los atenienses, sino para inducir a los demás a obedecer sus órdenes sin rechistar, a la vista de la benignidad de su conducta. Entonces el prestigio de vuestra ciudad quedaba aún intacto y parecía que, llegada la ocasión, debíais acaudillar Grecia entera. Por eso, Filipo se aprovechó del primer pretexto y se dirigió aquí con su ejército, taló y devastó vuestros cultivos e incendió vuestros hogares. Al fin, cuando ya hubo aniquilado vuestras ciudades y vuestros labrantíos, repartió estos últimos entre los argivos, los tegeatas, los de Megalópolis y los mesenios; los quería favorecer a todos de manera absolutamente injusta; su único intento era perjudicaros a vosotros. Alejandro le sucedió en el reino, quien supuso que la ciudad de Tebas era todavía una centella de Grecia; supongo que todos sabéis cómo la extinguió.
- 29 »¿Acaso debo exponer con detalle cómo han tratado a los griegos los sucesores en este imperio? No hay

⁹⁵ Estos dos discursos están ampliamente comentados desde un punto de vista histórico por WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero sería totalmente impropio trasladar su examen aquí. Por lo demás, son casi los únicos discursos en estilo directo que nos quedan de la obra de Polibio.

⁹⁶ Olinto estaba en la cabeza del golfo de Torone, cf. *Weltatlas* I, en diversos mapas, a unos cinco kilómetros del mar, protegida por el N. por las lomas de la cadena llamada Poligiro. Alcanzó una gran prosperidad comercial hasta que Filipo II de Macedonia la atacó, motivando con ello las famosas *Olintiacas* de DEMÓSTENES.

nadie tan despreocupado por los hechos acaecidos que ignore el trato que Antípatro dio a los infelices atenien-
ses, tras vencer a los griegos en la batalla de Lamia. Y a los demás helenos no los trató mejor: llegó a un 3 extremo tal de insolencia y crueldad, que instituyó unos cazadores de exiliados y los envió a las ciudades para que atraparan a los que habían hablado contra la casa real de Macedonia, o bien le habían causado algún daño. Unos se vieron desalojados violentamente de los tem- 4 plos, otros fueron arrancados de los mismos altares y murieron entre torturas, otros huían de una parte a otra, pero eran expulsados de cualquier lugar de Grecia; su único refugio seguro era el territorio de la liga etolia. ¿Quién desconoce los crímenes de Casandro y de Deme- 5 trio, y, sumados a ellos, los de Antígono Gonatas? No ha transcurrido tanto tiempo que el recuerdo de ellos se pueda haber debilitado. Algunos de los diádocos im- 6 ponían guarniciones, otros colocaban tiranos en las ciudades; ninguna de éstas quedó sin catar el nombre de la esclavitud. Pero dejo todo esto y paso a tratar del 7 último Antígono ⁹⁷, para evitar que alguien de vosotros considere sus hechos con excesiva ingenuidad y crea que debe agradecimiento a los macedonios. ¡Si este 8 Antígono os ha declarado la guerra, no ha sido con la intención de salvar a los aqueos y, mucho menos, para liberaros a vosotros, espartanos, enojado por la tiranía de Cleómenes! Aquel de vosotros que lo haya creído 9 es un tonto de remate. Lo que Antígono ha visto es que 10 su reino peligrará, si vosotros erigís un imperio en el Peloponeso. Ha visto que Cleómenes es el hombre pin- tiparado para conseguirlo y que, además, habéis tenido mucha suerte. Se ha presentado aquí con temor y envi- 11 dia, no para apoyar a los peloponesios, sino para arruinar vuestras ilusiones y rebajar vuestro prestigio. No 12

⁹⁷ Antígono Dosón (cf. II 45, 2 ss.).

debéis ninguna gratitud a los macedonios, aunque, tras conquistar vuestra ciudad, no la pillaran. ¡Muy al contrario! Debéis considerarles enemigos y odiarles, porque vosotros *habríais podido disfrutar de la hegemonía* de Grecia, y ellos os lo han estorbado continuamente.

30 »¿Para qué continuar hablando de la iniquidad de
2 Filipo? Los sacrilegios⁹⁸ que cometió en los templos de Termo son prueba suficiente de cómo se burlaba de lo divino; su perfidia y deslealtad contra los mesenios
3 testifican su crueldad contra los hombres. De todos los griegos, sólo los etolios⁹⁹ osaron desafiar a Antípatro en pro de los que se veían despojados injustamente de su seguridad. Sólo ellos se opusieron a la incursión de
4 Brenno¹⁰⁰ y de sus bárbaros; fueron los únicos que combatieron a vuestro lado cuando les solicitasteis, cuando queríais recuperar la hegemonía de Grecia, detentada ya antes por vuestros padres.

5 »Pero, ¡basta de esto! En lo que se refiere a la deliberación presente, debemos decretar y votar como si
6 ahora discutiéramos sobre una guerra, pero debemos
7 no perder de vista que la guerra aún no existe. Los aqueos, derrotados, no están en situación, ni mucho menos, de devastar vuestras tierras y creo que han de dar muchas gracias a los dioses si consiguen conservar intactas las suyas, rodeados como están por guerras contra los eleos y los mesenios, y también contra
7 otros, debido al juego de alianzas. Estoy convencido de

⁹⁸ Para los sacrilegios de Filipo V en Termo, cf. V 9, 1-7, y en cuanto a su crueldad para con los mesenios, cf. VII 2, 1; 13, 6-7.

⁹⁹ Büttner-Wobst opina que, en el texto griego, tras las palabras: «sólo los etolios», hay una laguna, cosa que reconocen también otros editores, pero no consiguen conjeturar su probable contenido, por lo que no se ha indicado ninguna traducción.

¹⁰⁰ En cuanto a la incursión de Brenno y de los galos, cf. I 6, 5; II 35, 7; IV 46, 1.

que ahora Filipo dejará a un lado sus ímpetus, ya que por tierra le combaten los etolios, y por mar, los romanos y el rey Átalo. Si se considera el pasado, es fácil 8 adivinar el futuro: si cuando hacía la guerra sólo contra 9 los etolios fue incapaz de someterlos, ¿cómo podrá soportar ahora esta guerra, si todos los pueblos citados se unen ¹⁰¹ contra él?

»Esto es lo que he pensado que os debía decir ya 31 desde el principio, para que todos os deis cuenta de que, aun en la hipótesis de que no estuvierais aliados con nadie, sino que deliberarais en una situación inicial, os conviene más aliaros con los etolios que con los macedonios. Pero si ya os habéis decidido, si ya habéis 2 tomado partido, ¿qué palabra os podría decir todavía? Si os hubierais aliado a nosotros antes de que Antígono 3 os hubiera hecho algún beneficio, quizás sería natural que dudarais si os conviene inclinaros a favor de los últimos y no considerar algunos hechos anteriores. Pero 4 si deliberáis después de esta libertad y esta salvación tan cacareadas que os ha otorgado Antígono y que éstos ahora os retraen a todos y a cada pueblo en particular, si habéis reflexionado muchas veces sobre el partido que os conviene tomar, el etolio o el macedonio, y os habéis decidido por el etolio, al cual habéis ofrecido seguridades —y las habéis recibido de nosotros—, e 5 incluso habéis combatido a nuestro lado en la guerra que hicimos a los macedonios, ¿quién podría aún dudar razonablemente? La amistad que hubierais podido tener con Filipo o con Antígono ya caducó entonces. Sólo 6 podríais aducir o una injusticia sufrida por parte de

¹⁰¹ En el texto griego este verbo carece de sujeto (es un genitivo absoluto). Las posibles soluciones a esta falta se pueden ver en WALBANK, *Commentary*, ad loc.: a) «si nosotros nos unimos», b) «si pueblos tan grandes se unen», c) «si se le unen en contra enemigos desde todas partes». En la primera posibilidad, «nosotros» equivale a «romanos y etolios».

los etolios, o un beneficio de los macedonios; si no ha ocurrido ninguna de ambas cosas, ¿cómo podríais ahora atender a aquello que en vuestras deliberaciones iniciales desestimasteis razonablemente y violar los pactos y juramentos, las máximas fianzas que se dan entre los hombres?»

7 Tal fue el discurso de Cleneas, y su parlamento creyeron todos que era irrefutable.

32 Entonces avanzó Licisco, embajador de los acarnanios. Primero se mantuvo en silencio, porque los espartanos discutían sobre el discurso anterior. Luego que se hizo la calma, empezó a hablar como sigue:

3 «¡Espartanos! En realidad, quien nos ha mandado es la Liga ¹⁰² Acarnania, pero, atendido el hecho de que siempre hemos participado de los ideales macedonios, en esta embajada creemos representarles también a
4 ellos. Así como en los peligros que corremos nos salva la potencia del numeroso ejército macedonio, es decir, nuestra salvación reposa en su fuerza, de igual modo en las contiendas oratorias la conveniencia de los acarnanios se incluye en los intereses macedonios. De modo
5 que no os deberá extrañar que la mayor parte de mi discurso verse sobre Filipo y los macedonios. Hacia el
6 fin de su bravata, Cleneas ha hecho una recapitulación muy esquinada de la parte legal que os une sólo a los
7 etolios. Afirmó que si, después de cerrar vuestra alianza con ellos, los etolios os hubieran dañado o molestado, o, en otra hipótesis, ¡por Zeus!, los macedonios os hubieran beneficiado en algo, esto hubiera podido constituir una causa justificada de que os replanteais la
8 cuestión en sus términos iniciales, pero si nada de esto ha ocurrido y ellos pueden aducir los hechos de Antígono a la par que las resoluciones ya tomadas por vos-

¹⁰² Aquí hay una variante textual que, aceptada, significa: «la asamblea acarnania».

otros, y, a pesar de todo, nosotros creemos que se pueden romper pactos y juramentos, en tal caso, asevera, somos los más sandios de los hombres. Yo, por mi 9 parte, admito que supero a todos en idiotez y que voy a pronunciaros un discurso inútil, si es verdad que no ha sucedido nada de lo que Cleneas decía y si resulta innegable que entre los griegos las cosas ahora están del modo que estaban cuando pactasteis con los etolios. Ahora bien, si las cosas han tomado un sesgo muy dis- 10 tinto, como os voy a demostrar en mis palabras de manera irrefutable, entonces creo ser yo quien os indica lo que os conviene; Cleneas lo ignora. Hemos llega- 11 do aquí poseídos por la convicción de que, en nuestra disertación, debemos persuadiros de que os es a la vez honesto y útil, dado que os sea posible, prestarnos atención en lo que decimos sobre el peligro que amenaza a Grecia¹⁰³, y tomar decisiones dignas y que no os perjudiquen haciéndoos partícipes de nuestros ideales. Si ello no es factible, al menos guardad la neutralidad 12 en esta circunstancia.

»Ya que éstos han osado atacar, incluso, a los pri- 33 meros reyes de la dinastía macedonia, me parece imprescindible que ante todo hable brevemente para disipar la ignorancia de los que dan crédito a sus afirmaciones.

»Cleneas ha empezado afirmando que Filipo, el hijo 2 de Amintas, se adueñó de la Tesalia gracias al infortunio de Olinto. Pero yo sostengo lo contrario: Filipo II no 3 sólo salvó a los tesalios, sino a Grecia entera. Cuando 4 Onomarco y Filómeles, tras conquistar Delfos, se apoderaron de manera ilegal y sacrílega de los tesoros del dios, ¿hay alguien de vosotros que no sepa que cons-

¹⁰³ La traducción literal es: «el estado actual de Grecia», pero el sentido sin duda intentado por Polibio es el que se da en la traducción.

tituyeron una fuerza tal que ningún griego ni tan sólo
5 con la vista se atrevía a desafiar? Cuando profanaron
6 al dios, por poco conquistan Grecia entera. Entonces
Filipo se dedicó voluntariamente a derrocar a los tira-
nos, puso en seguridad el templo délfico y todos los
griegos conservaron su libertad gracias a él, de lo cual
dieron testimonio los hechos, incluso a las generaciones
7 futuras. Todo el mundo tuvo a Filipo no por aniquila-
dor de los tesalios, que es lo que este infeliz ha osado
decir, sino por bienhechor de toda Grecia. Le nombra-
ron generalísimo por mar y por tierra de todos los grie-
gos; anteriormente a él nadie lo había conseguido.
8 ¡Pero, por Zeus, después de esto se dirigió con sus
9 tropas a Laconia! Ciertamente, pero no con las intenciones
que le suponía éste (lo sabéis muy bien), sino porque
se lo pedían y suplicaban con instancia sus amigos y
aliados del Peloponeso¹⁰⁴; a él, le costó mucho acceder.
10 Y tú, Cleneas, debes considerar cómo se comportó a su
llegada. Se habría podido aprovechar de la enemiga que
los limítrofes de los espartanos les profesaban para de-
vastar sus cultivos, humillar la ciudad... ¡y encima se
11 lo hubieran agradecido! Filipo, sin embargo, rechazó
esta propuesta, la repudió enérgicamente; aterrorizó
por igual a los dos bandos y les forzó a constituir una
asamblea de arbitraje sobre los puntos en disputa; bus-
12 caba el interés común. Incluso se negó a ser juez en
las discusiones, sino que, por el contrario, nombró un
tribunal compuesto por griegos de todos los estados.
13 ¡Vaya crimen digno, por cierto, de cualquier reproche
y vituperio!

34 »Después has criticado duramente a Alejandro por-
que destruyó la ciudad de los tebanos cuando creyó
2 que ésta le perjudicaba. En cambio, has olvidado ex-
presamente el justo castigo que infligió a los persas

¹⁰⁴ Cf. XVIII 14, 5-6.

porque habían ultrajado toda Grecia; que nos libró a 3
todos de grandes desgracias cuando sometió a los bár-
baros; les interceptó los suministros de que se servían
para aniquilar a los griegos; ya embrollaban a los ate-
nienses ya a los tebanos contra los antepasados de estos
espartanos, pero él, en una palabra, ha sujetado el Asia
a Grecia. ¿Por qué os atrevéis a hablar, incluso, de los 4
diádocos? Éstos fueron causa, con frecuencia, ya de
bien, ya de mal, según las circunstancias, para unos o
para otros. Los males que infligieron seguro que a otros 5
les sería lícito recordarlos, pero a vosotros no os hon-
raría en absoluto hacerlo, porque en el bien que hicie-
ron jamás les prestasteis soporte, sí, en cambio, en los
grandes y frecuentes estragos que causaron. ¿Quiénes 6
fueron los que instigaron a Antíoco, el hijo de Deme-
trio ¹⁰⁵, para que disolviera la Liga Aquea? ¿Quiénes 7
fueron los que pactaron y se juramentaron con Alejan-
dro de Epiro para deportar a los acarnanios y repartirse
sus tierras? ¿No fuisteis vosotros? ¿Quién eligió públi- 8
camente unos generales como los vuestros, y los envió,
que osaron poner sus manos en templos todavía intac-
tos? Timeo saqueó el templo de Posidón en Ténaro y 9
el de Artemis en Luso ¹⁰⁶; Fárico y Polícrito devastaron, 10
el primero, el santuario de Hera en Argos, y el segundo,
el de Posidón en Mantinea. ¿Qué hicieron Látabo y Ni- 11
cótrato? En tiempos de paz violaron la santidad de los
juegos pambeocios y llevaron a término hazañas más

¹⁰⁵ Cf. II 43, 10; 45, 1; IX 38, 9.

¹⁰⁶ Todos los desmanes citados aquí se cometieron, segura-
mente, entre el 244 y el 240 a. C.; sobre el templo de Artemis,
véase IV 18, 9-10. El de Poseidón estaba en un barranco angosto
en la punta de la bahía de Porto Asomato, en el extremo sur
de la península que culmina en la punta de Ténaro, y era creen-
cia común que, por una cavidad existente allí, Heracles había
descendido al Hades.

bien propias de escitas y de galos ¹⁰⁷. A eso, jamás llegaron los diádocos.

- 35 »Bien es verdad que, de estos crímenes, no podéis justificar uno solo, pero, a pesar de todo, os jactáis de que en Delfos cerrasteis el paso a los bárbaros ¹⁰⁸ y afirmáis que esto todos los griegos deben agradecerós-
- 2 lo. Si por una sola cosa los etolios ya merecéis gratitud, ¿cuál deberá ser la que nos pueden exigir los macedonios, que en la mayor parte de su vida lo único que han hecho ha sido emplear su tiempo en luchar contra los
- 3 bárbaros para asegurar Grecia? No hay quien ignore que los griegos nos encontraríamos continuamente en el mayor riesgo, si no dispusiéramos de la defensa de
- 4 los macedonios, del afán de gloria de sus reyes. Una buena prueba de esto la tenemos en el hecho de que cuando los galos vencieron a Ptolomeo Ceraunio y menospreciaron a los macedonios, ya hicieron caso omiso de todo y bajaron, al mando de su general Brenno, hasta el corazón de Grecia. Y esto habría pasado muchas veces, de no estar en medio los macedonios.
- 5 »Podría hablar todavía largamente acerca de hechos
- 6 ocurridos, pero creo que con lo dicho basta. De los hechos de Filipo, reprochan con impiedad la destrucción de un templo ¹⁰⁹, pero no añaden su propia insolencia y crimen con que actuaron en los templos de la ciudad de Dio y en el de Dodona, y en los recintos
- 7 sagrados de otros dioses. Hubierais debido empezar por aquí. Vosotros, etolios, habéis narrado a éstos vuestros sufrimientos, bien es verdad que exagerándolos extraordinariamente; en cambio, de las ofensas que

¹⁰⁷ Para la proverbial violencia de los galos, cf. XVIII 37, 9; los escitas se nombran aquí sólo a efectos retóricos, porque en realidad eran tan afectos a los griegos que en Atenas constituían la policía; en el lugar citado se menciona a los tracios.

¹⁰⁸ Fue en el año 279/278 a. C.

¹⁰⁹ En Termo.

habíais inferido antes, muchas y enormes, no habéis hecho ni la mención más mínima: sabéis muy bien que 8 el reproche por la injusticia y los ultrajes todo el mundo lo dirige a los que los iniciaron.

»En cuanto a Antígono ¹¹⁰ y a sus hechos, quiero re- 36 cordarlos de un modo tal que os percatéis de que yo los valoro justamente; efectivamente, aquella acción no la tengo por marginal, ni mucho menos. Creo de verdad 2 que hasta ahora no se ha descrito nunca un beneficio mayor que el que Antígono os hizo a vosotros; de hecho, me parece algo insuperable. Se puede deducir de lo si- 3 guiente: Antígono os había declarado la guerra y os derrotó en una batalla en toda regla, apoderándose por las armas de vuestra ciudad y vuestros campos. Habría 4 podido aplicaros el derecho de guerra, pero distó tanto de trataros con dureza que, entre otras cosas, expulsó al tirano, restituyó las leyes antiguas y la constitución tradicional. Vosotros, en justa reciprocidad, en las 5 asambleas panhelénicas disteis testimonio de ello ante todos los griegos y proclamasteis que Antígono era vuestro bienhechor y salvador. ¿Es que podíais hacer 6 otra cosa? Os voy a declarar lo que opino, lacedemonios. Y vosotros, no os enojéis. Si lo hago, no es con el intento de injuriaros intempestivamente en alguna cosa; me fuerzan a ello la situación actual y el interés común. 7 ¿Qué es, pues, lo que os voy a decir? Que ya en la guerra anterior ¹¹¹ os debierais haber aliado no con los etolios, sino con los macedonios, y que ahora que sois objeto de solicitud, debéis inclinaros hacia Filipo y no hacia los etolios. ¡Por Zeus! ¡Si esto representa una viola- 8 ción de los tratados! ¿Pero qué acción resultará peor 9

¹¹⁰ Para la victoria de Antígono Dosón en Selasia, su toma de Esparta y la expulsión de Cleómenes, cf. II 65, 1-70, 1 y V 9, 8-10.

¹¹¹ La Guerra Social.

- para vosotros? ¿Violar unos pactos que privadamente habéis concluido con los etolios, o el pacto sagrado de todos los griegos, grabado en una estela? ¿Y cómo es posible que os neguéis ahora a romper unos pactos que tenéis con éstos, de quienes no habéis recibido ningún beneficio, y, en cambio, no respetéis en nada ni a Filipo ni a los macedonios, a quienes debéis, incluso, ahora el poder deliberar? Quizás penséis que es necesario conservar la lealtad para con los amigos ¹¹². ¿No es igualmente tan sagrado no violar los pactos refrendados por escrito, como impío guerrear contra los salvadores? Y esto último es lo que los etolios solicitan de vosotros.
- »Bien, aunque he dicho todo esto, puede que algún juez excesivamente severo crea que nada de ello viene a cuento. Me limitaré, pues, al problema estricto que éstos ¹¹³ plantean, que si las cosas estuvieran tal como estaban cuando cerrasteis la alianza, vosotros debéis permanecer en vuestra actitud de siempre; es cuestión de principios. Pero si ha variado totalmente, es justo que os planteéis nuevamente el problema de qué es lo que se solicita de vosotros. De modo que os pregunto, Cleónico y Cleneas, qué aliados teníais cuando pedisteis a los espartanos su colaboración. ¿No eran todos los griegos? Y ahora, ¿con quién compartís los ideales? ¿Con quién exigís de éstos ¹¹⁴ que hagan una alianza? ¿No es con los bárbaros? ¿Y os parece que las cosas están como antes? ¹¹⁵. ¿No es exactamente lo contrario?

¹¹² Algunos editores suponen aquí una laguna que llenan con la expresión: «pero no a los que simplemente os han hecho algún bien». WALBANK, *Commentary*, ad loc., niega la existencia de esta laguna.

¹¹³ Los etolios. El texto griego denota un sentido fuertemente despectivo.

¹¹⁴ Los espartanos.

¹¹⁵ Aquí me aparto de Büttner-Wobst en cuanto a la puntuación del pasaje, pues estos editores no imprimen signo de inte-

Antes disputabais la hegemonía y el prestigio a aqueos 7
y a macedonios, que son linaje vuestro, concretamente
a su caudillo, Filipo, pero en la guerra de ahora unos
hombres bárbaros, extranjeros, pretenden esclavizar a
Grecia entera. Vosotros creéis que os aguijonean contra 8
Filipo, y no os apercibís de que os empujan contra
vosotros mismos y contra toda Grecia. Ahora los etolios 9
se comportan como aquellos que están en guerra e in-
troducen dentro de sus ciudades guarniciones más po-
tentes que su mismo ejército para asegurarse y para
disipar el pánico que les infunden sus enemigos. Pero
con ello se convierten en súbditos de este ejército ami-
go. En su intento de derrotar a Filipo y de humillar a 10
Macedonia, les pasa desapercibido el nubarrón que nos
viene de Occidente, el cual, quizás sí, primero oscure-
cerá Macedonia, pero inmediatamente después causará
un estrago general en Grecia.

»Esto se acerca y lo han de prever todos los griegos, 38
pero principalmente los lacedemonios. ¿Qué creéis que 2
es, en efecto, espartanos, lo que indujo a vuestros ante-
pasados, cuando Jerjes les envió un legado a exigirles
tierra y agua, a arrojar a un pozo al que había llegado,
a echarle tierra encima y, así, hacer anunciar a Jerjes
que ya tenía tierra y agua, como había demandado?
¿Qué es lo que movió a Leónidas y a los suyos a afron- 3
tar voluntariamente una muerte cierta ¹¹⁶? ¿No es que 4
se querían arriesgar, en primera fila, no sólo por su
libertad, sino por la de todos los griegos? Sería cosa 5
digna, si descendéis de unos hombres como aquéllos,
que ahora os aliarais con los bárbaros y lucharais contra
epirotas, aqueos, acarnanios, beocios, tesalios, casi

rogación, con lo cual prefieren un sentido irónico que debería
marcarse con dos signos de admiración.

¹¹⁶ Es el famoso episodio de las Termópilas. Lo narra HERÓ-
DOTO, VII 204 ss.

- contra todos los griegos, a excepción de los etolios?
- 6 Éstos ya están habituados a hacerlo y no les avergüenza, a condición de que extraigan provecho. Pero vos-
- 7 otros no sois así. ¿Cómo no debemos desconfiar de ellos y pensar que son capaces de todo, si se han aliado
- 8 incluso con los romanos, aquellos precisamente que después de lograr refuerzos de los ilirios intentaron forzar por traición la plaza de Pilos? Por tierra asediaron la ciudad de Clítoris y esclavizaron la de Cineta ¹¹⁷.
- 9 Y si primero, según ya dije, los etolios se aliaron con Antígono contra aqueos y acarnanios, ahora se han aliado con los romanos contra toda Grecia.
- 39 »¿Hay alguien que, sabedor de todo esto, no tema la venida de los romanos y no se indigne contra la locura de los etolios, que se han atrevido a tales pactos?
- 2 Éstos, los etolios, nos han robado a los acarnanios las islas Eníade y Nasos ¹¹⁸, y ya antes habían retenido la ciudad de los pobres anticireses, tras reducir a la es-
- 3 clavitud a sus habitantes con la ayuda romana. Los romanos deportaron a mujeres y niños, quienes sufrieron lo que lógicamente padecen los que han caído bajo la potestad extranjera; el suelo y los edificios de aque-
- 4 llos desventurados son ahora de los etolios. ¡Bello espectáculo si os unís, precisamente vosotros, lacedemonios,
- 5 con toda intención a esta alianza! Cuando los tebanos se vieron forzados a decretar, ellos solos entre los griegos, neutralidad en la campaña contra los persas, vosotros votasteis imponerles un diezmo y consagrarlo a

¹¹⁷ Para estos ataques, cf. IV 16, 11-19, 6.

¹¹⁸ A finales del año 211 a. C. Para la importancia de la isla Eníade, cf. IV 65, 8-10. Se trata de dos pequeñas islas que cierran la entrada del golfo profundo que presenta el S. de la isla de Zacinto. Es poco probable la interpretación de otros que trasladan totalmente el escenario geográfico correspondiente y lo establecen en la isla de Nasos, en la costa de Acarnania. Sería, en tal caso, una de las islas Equínades.

los dioses cuando se hubiera ganado la guerra contra los bárbaros.

»¡Espartanos! Lo bello y decoroso para vosotros es 6 que no olvidéis a vuestros antepasados, que os alertéis ante la incursión de los romanos, que receléis de la maldad de los etolios y, por encima de todo, que recordéis los hechos de Antígono, que odiéis también ahora a los hombres malvados y que os apartéis de la amistad etolia. ¡Participad de los ideales de aqueos y macedonios! Pero si los hombres más preeminentes de 7 entre vosotros no son de esta opinión, al menos sed neutrales y no os hagáis partícipes de la perversidad de los etolios.»

La ciudad de Atenas quiere conservar esta costum- 40 bre para siempre ¹¹⁹.

La buena voluntad de los amigos, si llega oportuna- 2 mente, es muy útil, pero si llega lenta y tarde, convierte la ayuda en inútil. Si desean no sólo por escrito sino 3 por las obras hacer real la alianza...

Los acarnanios, informados de que los etolios les habían in- 4 vadido el territorio, en parte por desconfianza y en parte por indignación, tomaron una decisión desesperada: si alguien sobre- 5 vivía por haber retrocedido, se vería expulsado de la ciudad y privado del uso del fuego. Esto lo juraron para todos, pero 6 principalmente para los epirotas: nadie debería acoger en su propia ciudad a los desertores (SUDA).

*Grecia: Filipo en
Equina*

Filipo proyectaba atacar dos 41 torreones de la ciudad, contra los cuales dispuso tortugas y arietes; ante el lienzo de muro que los separaba construyó una gale-
ría entre dos arietes, paralela a la muralla. Cuando 2 terminó estos trabajos, la figura de sus obras se pare-

¹¹⁹ Cf. VI 47, 2. Pero, al desconocer el contexto más amplio, no podemos precisar de qué costumbre se trata.

3 cía a una fortificación. Los dispositivos que había entre
las tortugas, debido a sus entretejidos de mimbre,
tenían todo el aire y el parecido de unas torres; la parte
de muro que había entre ellas, también, porque los
mimbres que cubrían las puertas parecían almenas por
4 la manera como estaban enlazados. En la base de las
torres había hombres que alisaban los accidentes del
terreno y los rellenaban de tierra: abrían paso a los
5 ingenios que otros hombres empujaban. En el segundo
nivel había unos cántaros y lo que se acostumbra a
preparar contra incendios; además, estaban allí las
6 catapultas. En el tercer nivel había un número consi-
derable de soldados que combatían contra los que pug-
naban para destruir las máquinas de guerra; este nivel
7 era el de las torres de la ciudad. En la galería que hemos
citado, construida entre los dos arietes, había dos ori-
8 ficios a la altura media del muro. Allí dispusieron tres
ballestas lanzapiedras: una de ellas disparaba pedrus-
cos de un talento de peso, las dos restantes, de treinta
9 libras. Desde el campamento hasta las tortugas y los
demás ingenios, Filipo hizo unas galerías cubiertas, para
evitar que los hombres que iban o volvían de las obras
resultaran heridos por tiros arrojados desde la ciudad.
10 Las obras se acabaron en pocos días, porque el país
tiene recursos abundantes para construcciones de este
11 tipo; los equineses están situados en el golfo de Malea,
orientados a poniente y opuestos al país de los tronios;
sus tierras de cultivo son muy feraces. De ahí que a
Filipo no le faltara nada de lo que necesitaba para sus
12 planes. Como he dicho, pues, cuando hubo montado
las máquinas de guerra, atacó con los dispositivos de
éstas y con los de los orificios.

42 Mientras Filipo asediaba la ciudad de Equina y ya
había logrado instalar sólidamente los ingenios cerca
del muro y había fortificado, además, el exterior de su
campamento con un foso y una empalizada, Publio Sul-

picio Galba¹²⁰, general romano, y Dorímaco, general etolio, se presentaron allí: Galba, al mando de una es- 2
cuadra naval, y Dorímaco, con fuerzas de infantería y de
caballería. Éste atacó la empalizada, pero fue rechaza-
do. Filipo prosiguió el asedio con más energía y los 3
equineses se rindieron, pues no veían salvación posible:
Dorímaco no logró interceptar los avituallamientos de 4
Filipo, pues éste los recibía por mar, y no logró for-
zarle a levantar el asedio.

Cuando los romanos conquistaron Egina, los eginetas 5
que no habían logrado escaparse se congregaron
en sus naves y rogaron al general vencedor que les per-
mitiera ir a buscar rescate en las ciudades¹²¹ de linaje
afín. Primero, Publio les contestó con dureza; les dijo 6
que era antes, cuando todavía eran dueños de sí mis-
mos, cuando debían enviar embajadas a los más po-
tentes en demanda de salvación, y no ahora, que ya
eran esclavos. Además, prosiguió, ¿no era ridículo que 7
ellos, que hacía poco no se habían ni dignado atender
a los legados que les envió, ahora, que habían perdido
la libertad, pidieran remitir algunos a ciudades amigas?
Con tales palabras echó a los que habían salido a su 8
encuentro. Pero al día siguiente congregó a todos los
prisioneros y les dijo que los eginetas no merecían pie-
dad; sólo en atención a los griegos restantes les per-
mitía enviar embajadores en busca de rescate, cosa habi-
tual entre los griegos.

¹²⁰ Publio Sulpicio Galba es uno de los cónsules romanos del año 211 a. C., y Dorímaco es el general etolio que protagoniza buena parte del libro IV de Polibio.

¹²¹ Probablemente, las ciudades dorias cercanas al Istmo.

43 El río Eufrates nace en Arme-
 2 Asia nia y fluye por Siria y los países
 inmediatos, como Babilonia. Al-
 gunos afirman que desemboca en
 el mar Rojo ¹²², pero esto no es
 exacto: se agota por acequias ¹²³ abiertas entre los cam-
 3 pos y no llega al mar. Es por esto por lo que el Eufra-
 tes tiene la naturaleza contraria a la mayoría de los
 ríos. En efecto: todos aumentan su caudal a medida
 que van recorriendo países y, en el invierno, alcanzan
 su nivel máximo, mientras que en verano fluyen con el
 4 mínimo. Pero la corriente del Eufrates alcanza su cota
 máxima en el orto del Perro, y eso ocurre en Siria; a
 5 medida que avanza, su caudal disminuye. La causa de
 esto es que crece no por la afluencia de las lluvias de
 invierno, sino por el deshielo de las nieves. Y disminuye
 por la diseminación de las aguas hacia los cultivos, ya
 6 que se reparte en regadíos. Por eso resultó muy lento
 el transporte de las tropas, porque las embarcaciones
 navegaban abarrotadas y el río no era muy profundo;
 además, la poca fuerza de la corriente no ayudaba la
 navegación.

44 Los que no entran en guerra
 con ardor y coraje no es posible
Fragmentos de lugar que sean aliados verdaderos en
incierto las empresas.

2 Es verdad lo que ya he dicho
 muchas veces, que no es posible captar ni contemplar
 el conjunto de nuestra mente, visión la más bella de
 lo sucedido, me refiero a la estructura del todo, por la
 lectura de los autores de monografías.

¹²² La afirmación opuesta a la de Polibio se encuentra, entre otros, en HERÓDOTO, I 180. Para Polibio, el Mar Rojo es el Golfo Pérsico; es dudoso que Heródoto se refiera al mismo mar.

¹²³ Cf. V 51, 6.

Polibio, en el libro noveno de su *Historia* habla de un río 3 llamado Quíato, cerca de Arsínoe ¹²⁴, ciudad de Etolia (ATENEO).

Arsínoe ¹²⁵, ciudad del Africa... el gentilicio es arsinoita, y 4 Arsínoeo se forma sobre etólico, como dice Polibio, en el libro noveno (ESTEBAN DE BIZANCIO).

Sinia ¹²⁶, ciudad de Tesalia. Polibio noveno (ESTEBAN DE BI- 5 ZANCIO).

Fóruna ¹²⁷, ciudad de Tracia. Polibio, noveno (ESTEBAN DE BI- 6 ZANCIO).

¹²⁴ Es un topónimo frecuentísimo en Grecia. Véase el nomenclátor de *Weltatlas*, I. Aquí se trata del de Etolia, pero en el mapa correspondiente de la obra citada, la ciudad situada en la punta oeste del lago Triconio, lleva el nombre entre corchetes, lo cual significa ubicación insegura. El mapa tiene marcado un río minúsculo desprovisto de denominación.

¹²⁵ Esta Arsínoe parece ser la denominada también con el nombre de Canopo. En tal caso, cf. la nota 128 del libro V.

¹²⁶ Sinia; *Weltatlas*, I, la coloca en Ftiótide, junto al lago del mismo nombre. Con ello concuerda WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero no indica si la coloca en dominio tesalio o de Ftiótide. Está relativamente cerca del límite entre ambas regiones y, por ello, no es improbable que avatares bélicos la hicieran cambiar alguna vez de manos.

¹²⁷ Ciudad de situación desconocida.

LIBRO X

(FRAGMENTOS)

- 1 Desde el estrecho de Sicilia y
la ciudad de los reginos hasta Ta-
Italia rento hay más de dos mil esta-
dios¹; esta parte de la costa de
Italia no tiene ni un solo puerto²,
2 si descontamos los de Tarento³. Esta parte de Italia
da hacia el mar de Sicilia⁴ y está orientada hacia las
tierras de Grecia; en ella conviven las tribus bárbaras
más numerosas con las ciudades griegas más conoci-
3 das. Este distrito⁵ de Italia está formado por los bru-

¹ Unos trescientos kilómetros a lo largo de la costa.

² En la época de Polibio esta afirmación es exacta; se refiere, naturalmente, a puertos dignos de mención; pequeños puertos no aptos para el gran cabotaje y operaciones militares, sí había.

³ Tarento, en efecto, tenía dos puertos, el llamado en latín *Mare Grande*, fuera ya del recinto de la ciudad, al N. de ella, y el llamado en latín *Mare Parvum*, a continuación del anterior, con el que tenía alguna comunicación, por lo que algunos ven aquí, en el texto griego, la figura: «plural por singular».

⁴ Cf. II 14, 5 y nota 28 del libro V. El mar de Sicilia está separado del Jonio, al N., por el cabo Cocinto (hoy Punta di Stilo), pero aquí Polibio parece seguir una tradición más diferente que incluiría el golfo de Tarento en el mar de Sicilia.

⁵ La palabra griega correspondiente (*klīma*) tiene el sentido técnico apuntado. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

cios, los lucanos⁶, algunas ramas de los daunios⁷, los calabreses⁸ y por muchas otras tribus. En este país 4 marítimo están radicadas bastantes ciudades griegas: Regio, Caulonia, Lócride, Crotona, y también Metaponto y Turio. Todos⁹ los que desde Sicilia o desde Grecia 5 se dirigen a cualquier lugar de los citados deben atracar forzosamente en uno de los puertos de Tarento para realizar en él los intercambios y transacciones con los habitantes de esta parte de Italia. Sería posible 6 intuir lo favorable del emplazamiento de la ciudad por la opulencia a que llegaron los de Crotona¹⁰. Éstos recibían naves sólo en el verano, y, por medio de una aduana muy módica, alcanzaron una gran prosperidad, más que nada por lo estratégico de sus lugares, los cuales, así y todo, no admiten comparación ni mucho menos con los puertos y los distritos de Tarento. Su 7 situación todavía hoy es ventajosa si se compara con los puertos del Adriático, pero antes lo era todavía

⁶ Los brucios eran una organización osca que ocupaba la parte de Italia al S. del río Laino. Su capital era Consentia (la actual Cosenza). También los lucanos eran oscos, pero muy helenizados; sus territorios iban desde el río Laino hasta el Sílaro y limitaban con Campania.

⁷ Aquí hay un problema de crítica textual. Los manuscritos griegos dicen: «y algunas partes de los daunios», texto aceptado en la traducción. Gronovio propuso un texto griego que, traducido, dice: «y algunas ramas de los samnitas y de los daunios», texto aceptado, entre otros editores por Büttner-Wobst, del cual, como se ve, me aparto, porque samnitas y daunios distaban mucho del golfo de Tarento y no hay evidencia de que los samnitas llegaran a la costa del golfo de Tarento. Polibio piensa en las tribus bárbaras que ocupaban el traspaís (*hinterland*) de las ciudades griegas.

⁸ Parte de los mesapios (cf. II 24, 11; III 83, 3).

⁹ Esto es exagerado. Tarento difícilmente serviría como puerto a las ciudades más occidentales como Regio, la de los locros e, incluso, Crotona.

¹⁰ Sobre la proverbial prosperidad de Crotona, véase VII 1, 1.

grandes hazañas. Sin embargo, es difícil evitar la igno- 3
rancia o la opinión falsa, porque los que han tratado
de este personaje se han apartado de la realidad. A los 4
que sean capaces de profundizar en las más hermosas
y valientes de sus gestas, nuestra narración les eviden-
ciará que lo que decimos es auténtico. Los demás tra- 5
tadistas nos presentan a Cornelio Escipión como a un
hombre que coronó sus intentos por una cierta casua-
lidad, la mayor parte de las veces inesperadamente y
por azar, convencidos de que estos varones son más 6
divinos y admirables que los que obran de manera ra-
cional. No saben que, de estas dos cosas citadas, la
última es elogiabile y la primera sólo logra que consi-
deremos feliz al agraciado con ella. Esta postrera se 7
da incluso entre el vulgo, pero la primera, la elogiabile,
sólo es propia de personas prudentes y con seso; son
éstos los que en realidad debemos considerar más di-
vinos y predilectos de los dioses. Siempre he creído 8
que Publio Cornelio Escipión tuvo una naturaleza y unos
principios muy afines a los de Licurgo¹⁵, el legislador

¹⁵ Licurgo estableció su constitución mixta sobre bases enteramente racionales, pero para darles credibilidad las atribuyó al oráculo de Delfos (VI 10, 12); un proceder semejante es el de Escipión. ¿Implica esto, por parte de Polibio, un uso cínico de la religión? La materia es ampliamente discutida por WALBANK, *Commentary*, págs. 195 y sigs., en el estudio preliminar de toda esta sección de la obra de Polibio; la conclusión es negativa: Polibio no era un cínico (no en el sentido filosófico de la palabra, tampoco en el peyorativo), y el cumplimiento de la «profecía» de Escipión de que Neptuno ayudaría en algo muy concreto a los romanos como es el reflujó de la marea, Escipión podía saberlo (es decir, podía saber el fenómeno de la marea y atribuirlo al dios), pero, con toda certeza, no sus soldados romanos. Aquí hay algo de coincidencia, mucho de previsión e, innegablemente, un apoyarse en la fe de la masa sencilla. Visto con ojos muy actuales, esto quizás sea reprochable, pero yo no me atrevería a ser un juez tan severo de Escipión, ni, por descontado, de Polibio.

- 9 espartano. No debemos pensar que éste fuera tan religioso que, al redactar la constitución espartana, atendiera sólo a la Pitia ¹⁶, así como tampoco debemos imaginarnos que, si Cornelio Escipión proporcionó a su patria ¹⁷ un imperio tan enorme, lo hiciera movido por
 10 sueños y agüeros. Ambos personajes se dieron cuenta de que la mayoría de los hombres no admite fácilmente hechos paradójicos y que, si no es con una confianza fundada en los dioses, no se atreven a acometer empresas
 11 difíciles; Licurgo avaló sus concepciones con el oráculo pítico y convirtió en más creíbles y aceptables sus opi-
 12 niones; de modo no distinto, Cornelio Escipión divulgó siempre, entre el pueblo, que realizaba sus proyectos por inspiración divina y, así, infundía confianza y ánimo
 13 en sus subordinados ante las empresas difíciles. Sin embargo, lo que se va a exponer evidencia que lo hizo todo con cálculo y reflexión; coronó con éxito sus acciones de una manera perfectamente lógica.
- 3 Todo el mundo está de acuerdo en que fue un hombre magnánimo y amigo de hacer el bien; en cambio, sólo los que convivieron con él y constataron sus modos de proceder concederán que fue sagaz, sobrio y que meditaba mucho sus planes; esto, los más lo niegan.
- 2 Uno de sus más allegados fue Cayo Lelio ¹⁸, que, desde

¹⁶ Cosa que, sin embargo, afirman PLATÓN (*Leyes* I 624a) y JENOFONTE (*Constitución de los Lacedemonios* VIII 3). De modo que aquí Polibio cumple lo implícitamente indicado en la nota 13.

¹⁷ Aquí Paton traduce «de su patria», es decir, con los medios que le proporcionaba su patria, pero, visto el griego, su traducción es decididamente falsa.

¹⁸ G. A. LEHMANN, «Polybios und die griechische Geschichtschreibung», en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 197, piensa que Polibio recibió personalmente las noticias de Cayo Lelio acerca de Escipión en la vejez de aquél, muchas veces deformadas, y en la nota al pie de página nota el lugar X 3, 2 como prueba de ello. Sin ninguna connotación peyorativa se refiere, en el mismo libro, E. W. MARSDEN, «Polybius as a military Historian», pág. 281.

su juventud hasta el fin de sus días¹⁹, participó en lo que Cornelio Escipión razonó y realizó. Él es quien nos ha imbuido esta opinión referente a Publio Cornelio: sus palabras son sensatas y consueñan con los hechos de referencia. Lelio narraba que el primer hecho notable de Cornelio Escipión tuvo lugar en cierta ocasión en que su padre había trabado un combate de caballería contra Aníbal a orillas del Po²⁰. Parece que fue entonces —Cornelio Escipión tenía diecisiete años— cuando salió a campaña por primera vez. Su padre le confió el mando de un escuadrón de hombres de a caballo selectos, que en realidad debían protegerle. Pero él vio que su progenitor corría peligro, herido gravemente y rodeado de dos o tres jinetes enemigos. Primero exhortó a los que estaban con él para que prestaran ayuda, pero éstos se echaron atrás, ante el gran número de adversarios que les rodeaban; entonces, él solo avanzó audazmente afrontando el riesgo y atacó a los jinetes que les acometían. Así obligó a sus hombres a arremeter, con lo cual los rivales se diseminaron, presos por el pánico. Publio, a salvo contra toda esperanza, fue el primero que en persona saludó a su hijo como su salvador, y esto lo oyeron todos. Le sobrevino una fama de valor fundada en la gesta reseñada y, desde entonces, en los tiempos que siguieron se entregó sin reservas al riesgo personal siempre que la patria depositó en él

WALBANK, *Commentary*, ad loc., piensa que, como sea, Cayo Lelio fue una fuente importante para Polibio en lo referente a Escipión el Africano.

¹⁹ Aquí el texto griego es anfibológico: «desde la juventud hasta el fin de sus días», puede aplicarse, sintácticamente a Escipión y a Lelio. Pero es claro que se trata del primero.

²⁰ Fue en el 218 a. C.; cf. III 65. Algunos han supuesto que se trata de una invención, pero no lo parece. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

su última esperanza²¹. Esto es propio de un general prudente, que no confía en el azar.

- 4 Cornelio Escipión tenía un hermano mayor que él. Después del hecho ya narrado, este hermano presentó su candidatura a la dignidad edilicia²², que es prácticamente la máxima magistratura que entre los romanos
2 puede alcanzar un joven. Lo acostumbrado era nombrar a dos patricios²³, y en aquella ocasión había bastantes pretendientes. Al principio, Cornelio no se atrevía a
3 aspirar a la misma magistratura que su hermano, pero a medida que se iba acercando el día de las elecciones, la inclinación del pueblo le hizo comprender que su hermano gozaba de pocas posibilidades. Se dio cuenta también de que el pueblo sentía una gran simpatía por él y supuso que, únicamente si lo intentaban los dos a la vez, su hermano obtendría lo que se proponía. En
4 tonces tuvo la ocurrencia siguiente: se apercibió de que su madre recorría los templos y ofrecía sacrificios a los dioses pidiendo por su hermano: esperaba an-
5 siosamente los acontecimientos. Ella era la única que se preocupaba por su hijo mayor porque el padre había zarpado hacia España²⁴; le habían nombrado gene-

²¹ Esto no contradice los lugares en que afirma que un buen general debe protegerse, y no arriesgarse en el combate; cf. el cap. 33 de este mismo libro.

²² La sección 4, 1-5, 8 (dignidad edilicia de Escipión) presenta desajustes históricos que quizás no evidencien falsedad en lo aquí narrado, pero sí deficiencias en su transmisión hasta Polibio. Exponerlas sería demasiado para este comentario. Remito a WALBANK, *Commentary*, ad loc.

²³ Es la única vez en que, en la obra conservada de Polibio, se menciona la dignidad patricia. No es muy clara, con todo, la referencia de Polibio: había dos dignidades edilicias, la curul y la patricia. Cf. la entrada *aediles* del *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, 1972, págs. 11-12.

²⁴ El padre de Escipión el Africano zarpó hacia España el 217 a. C., y los hechos aquí aducidos se sitúan en el 213 a. C.; una de las muchas incoherencias que presenta este relato.

ral de las operaciones narradas anteriormente. Publio dijo a su madre que había tenido por dos veces el mismo sueño: le había parecido que le habían elegido 6 edil junto con su hermano, que subían desde el ágora y que ella salía a recibirles a la puerta, les abrazaba y les besaba. Ella experimentó un deseo muy maternal 7 y exclamó: «¡Ojalá pudiera ver yo este día!» «¿Quieres, madre, que lo intentemos?» preguntó él. Ella asin- 8 tió, convencida de que su hijo no se atrevería y que aquello era una broma, pues Publio Cornelio era casi un adolescente. Pero él mandó que le confeccionaran una túnica blanca²⁵: los que pretenden magistraturas 9 acostumbran a vestirlas.

La madre había olvidado por completo su consen- 5 timiento y, mientras ella todavía estaba en la cama, el joven tomó su vestido blanco y se fue al ágora. El 2 pueblo, ante algo tan inesperado, y como además ya sentía una gran simpatía por aquel joven, le acogió con admiración. Luego Publio avanzó hasta el lugar 3 indicado y se puso al lado de su hermano. Salieron votados por mayoría para la magistratura no sólo Publio Cornelio, sino también su hermano Cneo, gracias al otro, de modo que los dos regresaron a su casa con el nombramiento de ediles. La madre se enteró de impro- 4 viso; loca de alegría salió hasta la puerta y saludó, llena de gozo, a sus dos hijos. Esto hizo que los que 5 ya antes habían oído hablar de sus ensueños creyeran que Publio Cornelio tenía tratos con los dioses no sólo dormido, sino en pleno día y en vigilia. La verdad es 6 que tales ensueños eran inexistentes, pero Publio Cornelio, persona propicia a hacer favores, generosa y amable, previó que en aquella confrontación tenía al pueblo

²⁵ El texto griego recubre un tecnicismo: se trata de la *toga candida*. La explicación se hace de cara a los lectores griegos.

7 de su lado. Supo explotar hábilmente la oportunidad que le ofrecieron el pueblo y su misma madre, y no sólo vio coronados sus planes por el éxito, sino que además
8 pareció que actuaba por una inspiración divina. Los que son incapaces, o bien por torpeza natural, o por inexperiencia o negligencia, de adivinar con precisión sus oportunidades atribuyen a los dioses o a la suerte la causa de lo que se ha cumplido por un cálculo previsor.

9 Me he extendido en todo esto en atención a mis lectores, para evitar que den crédito fácil a las opiniones más corrientes acerca de Publio Cornelio Escipión, con lo cual no verían lo más bello y admirable de su personalidad ²⁶, me refiero a su destreza y a su
10 diligencia, lo cual los mismos hechos convertirán en más evidente.

6 En resumen, entonces reunió a sus tropas y las exhortaba a que no se alarmaran por la derrota anterior ²⁷, puesto que los romanos jamás habían sido vencidos por la potencia de los cartagineses, sino por la traición de los celtíberos ²⁸, y también por la temeridad de los dos generales romanos, que se habían separado demasiado uno del otro, fiados en la alianza con aquellos
3 de quienes he hecho mención. Las dos cosas afirmó que ahora ocurrían al enemigo, porque éste había distanciado mucho sus campamentos y, además, habían tratado con soberbia a sus aliados, enajenándose los y
4 convirtiéndolos en enemigos. Esto había hecho que algunos ya le hubieran enviado mensajeros y que otros, cuando cobraran más confianza al ver que ellos, los

²⁶ Es evidente que en tiempos de Polibio había en Roma una fuerte campaña contra la figura de Escipión el Africano.

²⁷ La derrota y muerte de su padre y de su tío a manos de los cartagineses, narrada en VIII 38 y IX 11.

²⁸ Cf. 7, 1.

romanos, habían cruzado el río ²⁹, se le presentaran espontáneamente, no por sentimientos de adhesión hacia él, es cierto, pero sí para rechazar al máximo la insolencia de los cartagineses para con ellos. Afirmaba que, ⁵ sin embargo, lo más importante era que los generales adversarios se habían enemistado y que se negaban a presentar batalla conjuntamente contra los romanos; si se arriesgaban separadamente, eran fácilmente superables. Les exhortaba a pensar eso y a atravesar el ⁶ río con confianza; él y los demás comandantes les prometían cumplir la parte que les concernía a ellos. Con ⁷ estas palabras dejó a Marco Silano, su lugarteniente, con tres mil soldados de infantería y quinientos jinetes, para que patrullaran por los lugares por donde se había hecho la travesía y vigilaran los aliados de acá del río; él hizo pasar a las fuerzas restantes sin dejar prever sus intenciones. Su verdadera determinación era ⁸ no hacer nada de lo que había dicho delante de todos; lo que se proponía era asediar de repente la ciudad española de Cartagena ³⁰. Y he aquí la primera gran ⁹ prueba de nuestra opinión ³¹, hace poco expuesta. Más ¹⁰ que nada, porque a sus veintisiete años se entregó totalmente a empresas que la gente creía desesperadas ante la magnitud de los desastres ocurridos y, además, por ¹¹ que en esta dedicación dejó a un lado los planes vulgares, que le podían venir a la mente a cualquiera, y pensó y se propuso hacer lo que [ni amigos] ni enemigos ³² podían sospechar. Y todo lo realizaba con los ¹² cálculos más precisos.

²⁹ El Ebro.

³⁰ Sobre Cartagena, cf. II 13, 1 ss.

³¹ Es decir, que hacía las cosas con cálculo y previsión, que obraba de acuerdo con planes prefijados

³² El texto griego ofrece aquí una laguna; el sentido de lo omitido por negligencia del copista es claro: la contraposición *amigo/enemigo*, aunque el tenor verbal de la restitución difiere

- 7 Ya de buenas a primeras, cuando todavía estaba en Roma, había hecho averiguaciones, había investigado con detalle la traición de los celtíberos y la separación de las legiones romanas, y dedujo que en todo ello radicaba la causa de los desastres sufridos por los
 2 hombres de su padre; los cartagineses ni le impresionaron ni le desanimaron, como habían causado im-
 3 pacto y desalentado a sus gentes. Después supo que los aliados de más allá del Ebro³³ se mantenían fieles a los romanos y, también, que los generales cartagineses andaban a la greña y que trataban desdeñosamente a los pueblos sometidos. Todo ello le hizo cobrar ánimo para la expedición, en la que fio no de la suerte, sino del
 4 cálculo. Llegado ya a España, lo removi³⁴ para indagar sobre los enemigos. Pudo enterarse de que las fuerzas de los cartagineses se habían dividido en tres
 5 grupos: Magón³⁵ estaba más allá de las columnas de

en los diversos editores del texto griego. Aquí me aparto de la lectura de Büttner-Wobst (que, traducida, dice: «lo que ni aun los amigos podían esperar»), que me parece desafortunada. Mi traducción responde a la restitución del texto griego de Paton, creo que injustamente criticada por WALBANK, *Commentary*, ad loc., cuando dice que adolece de la falta de un participio, ya que éste es fácilmente sobreentendible, amén de no poder descartar del todo un simple error tipográfico.

³³ Polibio sitúa su pensamiento en Cartagena: los aliados «de más allá del Ebro» son los del N. del río. Cf. III 14, 19 ss.

³⁴ Aquí doy una traducción aparentemente infiel; el sentido no sufre en lo más mínimo y gana el estilo castellano; la traducción rigurosamente literal sería: «removió a todas las personas». Lo que no entiendo es cómo WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone la traducción «by questioning everyone», pues el verbo griego *anakinéō* no admite en absoluto el sentido «preguntar». Pueden, a este respecto, consultarse las entradas correspondientes del diccionario griego-inglés de LIDELL-SCOTT, o el griego-alemán de PAPE.

³⁵ Hermano de Aníbal; cf. IX 11, 1; 22, 2.

Heracles, entre el pueblo llamado de los conios³⁶; Asdrúbal, hijo de Gescón³⁷, estaba en Lusitania³⁸, en la desembocadura del Tajo³⁹, y el segundo Asdrúbal⁴⁰ asediaba una ciudad en la región de los carpetanos; los tres se encontraban a más de diez días de marcha de Cartagena⁴¹. Se convenció de que si se decidía a presentar 6 batalla al enemigo, enfrentarse a los tres en bloque le era altamente inseguro, ya que sus antecesores habían salido derrotados y el adversario era muy superior en número. Por otro lado, si provocaba a batalla a un 7 grupo solo, incluso si lograba ponerlo en fuga, acudirían las fuerzas cartaginesas restantes y él, de uno u otro modo, se vería rodeado, así que temía sucumbir a la misma desgracia que su tío Cneo Escipión o que su padre Publio.

³⁶ Son los *conii* latinos, llamados *cynetes* por los griegos (HERÓDOTO, II 33), que habitaban en la región que va de la desembocadura del Guadiana hasta el cabo San Vicente. Sin embargo, la lectura del griego no es absolutamente segura; hay quien lee, en el griego, naturalmente, «más acá de las columnas de Heracles», sin variar la alusión a los conios, cuya ubicación quedaría modificada. WALBANK, *Commentary*, ad loc., opina que esta segunda posibilidad no debe desecharse totalmente y que así, cree él, la referencia a las columnas de Heracles gana en relevancia.

³⁷ Cf. IX 11, 3.

³⁸ Los lusitanos habitaban la parte de Portugal entre el Duero y el Tajo, pero más tarde extendieron sus dominios y llegaron a la cuenca del Guadiana.

³⁹ El texto griego comprueba aquí simultáneamente la acuidad de los filólogos y la ignorancia de los copistas griegos bizantinos acerca de España, ya que aquí el copista griego acepta estoicamente el absurdo de poner dos palabras que no significan nada (porque él mismo desconocía la existencia del río Tajo), pero ya Casaubon, en su edición ginebrina restituyó en el texto griego la lectura genuinamente polibiana.

⁴⁰ El hermano pequeño de Aníbal. Cf. IX 22, 2.

⁴¹ Cf. XI 3, 1.

- 8 Por esto ya desde el principio descartó una operación de este tipo. Sabía, en cambio, que la ciudad de Cartagena, que ya he citado, era muy útil al enemigo y que, precisamente en la guerra de entonces, perjudicaba mucho a los romanos. Durante el invierno⁴² había reunido informaciones de gente que conocía bien sus peculiaridades. Lo primero que supo fue que era prácticamente la única ciudad de España dotada de un puerto⁴³ capaz de albergar una flota, es decir, fuerzas navales; averiguó, además, que su situación era excepcionalmente favorable para los cartagineses, para sus navegaciones desde el África y sus travesías por mar. En segundo lugar se enteró de que los cartagineses guardaban en este sitio prácticamente todos sus fondos y los bagajes de sus ejércitos, además de sus rehenes procedentes de toda España. Lo más importante era que hombres verdaderamente expertos en la guerra allí había sólo mil como guarnición de la ciudadela, porque jamás nadie llegó a sospechar que hubiera quien planeara asediar la plaza, dominando, como dominaban, prácticamente, los cartagineses toda España.
- 5 Le informaron de que allí había un gran número de hombres, pero eran artesanos, obreros o marineros, sin ninguna experiencia bélica. Supuso que esto, más bien, embarazaría a la ciudad en el caso de una aparición inesperada. No ignoraba la situación geográfica de Cartagena, ni sus defensas, ni la configuración de un lago que la rodea. Algunos pescadores que habían faenado allí le indicaron que el lago era muy fangoso y que se podía vadear casi por todas partes cada día, principalmente a la hora del crepúsculo vespertino, en que nor-

⁴² Del año 210/209.

⁴³ En rigor el texto griego pone «puertos», pero Cartagena no ha tenido nunca más de un solo puerto, por lo que aquí, en el texto original, se debe ver la figura «plural por singular».

malmente hay un reflujo⁴⁴. De este cúmulo de informaciones dedujo que si el éxito coronaba sus planes no sólo perjudicaría al enemigo, sino que se haría con

⁴⁴ Este reflujo ha llevado de cabeza a los comentaristas y ha hecho llenar páginas y páginas; cf. la introducción general, a esta sección del libro X, de WALBANK, *Commentary*, págs. 192-196. Muy en resumen, he aquí lo que apunta Walbank: en general, las mareas en el Mediterráneo no se notan. Si Polibio atribuye este reflujo a una marea normal, se equivoca. Por lo demás, se compaginan mal la hora del reflujo (el atardecer) y el asalto contra la plaza. La solución más cómoda es pensar que lo del reflujo es una leyenda. Pero las fuentes de Polibio son fidedignas y todas hablan de este reflujo, del que es difícil pensar que es algo inventado; seguramente Polibio dispuso de una información directa del texto de una carta mandada por Escipión el Africano a Filipo V de Macedonia, en la que se habla de esta operación militar y del reflujo. No hay razones para pensar que Escipión no lanzó el ataque decisivo aprovechando el reflujo, que podía producirse por los vientos de una determinada época del año, cosa sabida por Escipión y anunciada a sus soldados como una profecía de Neptuno para darles moral. Evidentemente Escipión se exponía a que, precisamente en el día del asalto, los vientos no soplaran y que no se produjera el reflujo, pero el riesgo, que no pasó de tal, se debía correr y, además, el asalto por el lugar del reflujo podía tener un carácter eminentemente psicológico. Todo lo expuesto hasta aquí es más importante de lo que parece, porque, por un lado, atestigua la extrema seriedad de Polibio como historiador, la destreza de Escipión el Africano, su audacia (no su temeridad) como militar y su religiosidad pragmática, lejos de todo misticismo, y, por otro lado, el profundo respeto de Polibio hacia esta posición y, quizás, sus propias convicciones. ¿Son éstas de un racionalismo a ultranza, como parece indicar el lugar XVI 12, 9, donde se dice que estas narraciones de milagros son útiles porque inspiran la piedad popular? Yo, personalmente, creo que no. Ello está suficientemente documentado en mi artículo: «La religiosidad en Polibio», citado ya tantas veces.

Digamos, finalmente, algo con lo que quizás se hubiera debido empezar: el texto de Büttner-Wobst (que es el adoptado; propuesto anteriormente por Benseler) no es el del manuscrito griego, cuya traducción sería: «hay un enorme reflujo», lo cual condicionaría ineludiblemente el reflujo y el asalto; Benseler

9 grandes ingresos para sus propias operaciones; si, por el contrario, fracasaba en sus intentos, con sólo lograr asegurar su campamento (cosa fácil, porque las fuerzas enemigas se encontraban muy lejos) podría poner
10 a salvo sus soldados, porque era dueño del mar. Así que abandonó cualquier otro proyecto y, durante el invierno, se dedicó a estos preparativos.

9 A su edad, que he apuntado un poco más arriba, ya abrigaba estos proyectos, pero los ocultó a todo el mundo, a excepción de Cayo Lelio, hasta que creyó oportuno hacerlos públicos.

2 Los historiadores⁴⁵ están de acuerdo en todas estas previsiones, pero, siempre que llegan al final de su hazaña, no alcanzo a entender por qué no atribuyen al hombre y a su prudencia el éxito obtenido, sino a los
3 dioses y a la suerte, eso sin el testimonio de sus íntimos y de los que convivieron con él, incluso cuando existe una carta del propio Publio Escipión a Filipo, en la cual aquél expone claramente que fue con la ayuda de las previsiones citadas arriba como él emprendió las operaciones de España y, principalmente, el asedio de Cartagena⁴⁶.

4 Entonces dio secretamente órdenes de navegar hacia la ciudad citada al almirante de la escuadra, Cayo Lelio,
5 que era el único que conocía los planes, como se indicó
6 más arriba; él tomó las fuerzas de infantería e hizo la marcha muy rápidamente. El número de soldados de

vio con agudeza que el ataque romano no dependía en modo alguno del reflujo, y propuso la lectura adoptada por Büttner-Wobst y defendida por Walbank como genuinamente polibiana.

⁴⁵ Seguramente, Sileno y Fabius Pictor. Sobre este último, cf. notas 16 y 45 del libro I. En cuanto a Sileno, fue un historiador siciliano que acompañó a Aníbal en su campaña de Italia y escribió una historia de la segunda guerra púnica. También redactó una historia de Sicilia (*Sikeliká*).

⁴⁶ Polibio incide, una vez más, en su defensa a ultranza de Escipión el Africano.

infantería era de unos veinticinco mil; los jinetes eran dos mil quinientos. Llegó al lugar en siete días ⁴⁷ y puso 7 su campamento en las afueras, al lado norte de la ciudad ⁴⁸. Al lado opuesto del perímetro del campamento trazó un foso y una empalizada doble, que iban de mar a mar ⁴⁹. Por el lado que daba a la ciudad no puso nada, pues la misma configuración del lugar ⁵⁰ le ofrecía seguridad suficiente. Puesto que nos disponemos a narrar el 8 asedio y la toma de la ciudad en cuestión, nos parece indispensable describir a los lectores, con algún detalle, el paraje en que está la población y la disposición de ésta ⁵¹.

Está situada hacia el punto medio del litoral español, 10 en un golfo orientado hacia el Sudoeste. La profundi-

⁴⁷ El texto de Polibio da a entender que la marcha de siete días empezó a orillas del Ebro, no lejos de su desembocadura (quizás en las inmediaciones de Tortosa); cf. 6, 7 de este mismo libro. Pero los comentaristas han notado que un ejército como el romano, dotado de un gran bagaje, seguramente con un número muy crecido de soldados, difícilmente podría en siete jornadas trasponer la distancia entre el Ebro y Cartagena, por lo que se propone como alternativa el Júcar, alguna vez confundido por Polibio con el Ebro, por ejemplo en el episodio de Sagunto (II 13, 7). Otros proponen una variante textual: «a diez días».

⁴⁸ Escipión planta su campamento horizontalmente al istmo que unía la ciudad con tierra adentro. Era un modo sencísimamente de asediarla.

⁴⁹ Literalmente, esto es lo que dice Polibio, pero si insertamos la frase en el conjunto de datos ofrecido, el sentido es: «del lago al mar».

⁵⁰ Aquí está la colina llamada hoy «Castillo del Moro».

⁵¹ Aunque es seguro que Polibio estuvo en España e, incluso, en Cartagena, no parece que acompañara a Escipión el Africano precisamente en esta operación; su conocimiento personal del paraje no le exime de errores evitables sólo por la contemplación de un buen mapa. Cf. la interesante introducción general a la operación de Cartagena, WALBANK, *Commentary II*, págs. 205-207, con un plano de Cartagena en tiempos de Polibio.

dad del golfo es de unos veinte estadios y la distancia entre ambos extremos es de diez; el golfo, pues, es
 2 muy semejante a un puerto ⁵². En la boca del golfo hay una isla ⁵³ que estrecha enormemente el paso de penetra-
 3 ción hacia dentro, por sus dos flancos. La isla actúa de rompiente del oleaje marino, de modo que dentro del golfo hay siempre una gran calma, interrumpida sólo cuando los vientos africanos se precipitan por las
 4 dos entradas y encrespan el oleaje. Los otros, en cambio, jamás remueven las aguas, debido a la tierra firme
 5 que las circundan. En el fondo del golfo hay un tómbolo, encima del cual está la ciudad, rodeada de mar por el Este y por el Sur, aislada por el lago al Oeste y en parte por el Norte ⁵⁴, de modo que el brazo de tierra que alcanza al otro lado del mar, que es el que enlaza la ciudad con la tierra firme, no alcanza una anchura
 6 mayor que dos estadios. El casco de la ciudad es cóncavo; en su parte meridional presenta un acceso más plano desde el mar. Unas colinas ocupan el terreno restante, dos de ellas muy montuosas y escarpadas, y tres no tan elevadas, pero abruptas y difíciles de escalar ⁵⁵.
 7 La colina más alta está al Este de la ciudad y se pre-

⁵² La disposición que da Polibio es exacta, pero no las distancias. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁵³ Era un islote, hoy unido a la tierra firme formando un estrecho brazo de tierra mar adentro, que cierra el golfo de Cartagena por el lado oriental. Cf. *Gran Atlas Aguilar*, I, pág. 121, y el plano de la ciudad púnica de Cartagena, en WALBANK, *Commentary*, pág. 206.

⁵⁴ Aquí la localización de este lago (hoy desecado) es correcta: la llanura marismeña de Almajar, al N. de Cartagena.

⁵⁵ Los dos montes más altos son el monte Concepción y el monte Molinete; los tres más bajos son el monte Sacro, el monte de San José y el castillo de Despeñaperros, identificados estos últimos con las colinas de Cronos, Aletes y Hefesto, respectivamente. Hefesto y Cronos gozaban de gran veneración entre las stirpes púnicas; Aletes, como el mismo Polibio indica, debía de ser una divinidad local. Cronos era el Baal de los fenicios.

cipita en el mar; en su cima se levanta un templo a Asclepio. Hay otra colina frente a ésta, de disposición 8 similar, en la cual se edificaron magníficos palacios reales, contruidos, según se dice, por Asdrúbal, quien aspiraba a un poder monárquico. Las otras elevaciones 9 del terreno, simplemente unos altozanos, rodean la parte septentrional de la ciudad. De estos tres, el orien- 10 tado hacia el Este se llama el de Hefesto, el que viene a continuación, el de Altes, personaje que, al parecer, obtuvo honores divinos por haber descubierto unas minas de plata; el tercero de los altozanos lleva el nombre de Cronos. Se ha abierto un cauce artificial entre 11 el estanque y las aguas más próximas, para facilitar el trabajo a los que se ocupan en cosas de la mar. Por 12 encima de este canal que corta el brazo de tierra que separa el lago y el mar se ha tendido un puente para que carros y acémilas puedan pasar por aquí, desde el interior del país, los suministros necesarios.

Ésta es, pues, la configuración del lugar. Por el lado 11 que daba al mar los romanos no dispusieron nada, pues el estanque aseguraba su campamento y el mar completaba su defensa ⁵⁶. En el espacio abierto entre 2 el mar y el estanque, el que unía la ciudad con la tierra firme, Escipión no erigió ningún atrincheramiento; este espacio era el centro de su propio campamento. Lo 3

⁵⁶ En 9, 7 se dice que la otra parte del campamento tenía fortificaciones artificiales, pero no ésta, porque la configuración del lugar era defensa suficiente. El paraje presente lo contradice, por cuanto: a) la inexistencia de defensas artificiales se explica por motivos tácticos, es decir, poder avanzar y retirarse rápidamente; b) aquí se ve el campo romano opuesto a la vez a tres frentes, puerto, istmo y lago. Entonces se presenta el problema de dónde está la razón, aquí o en 9, 7. En último lugar se dice que el campamento de Escipión ocupaba toda la anchura del istmo. Véase WALBANK, *Commentary*, ad loc.: entre estos dos lugares no hay composición posible, y aquí hay un desajuste no notado por Polibio en su exposición.

hizo o bien para alarmar al enemigo o porque convenía a sus planes, para disponer lo más libremente posible de las entradas y salidas de su acampada. Inicialmente el perímetro de la ciudad medía no más de veinte estadios, aunque sé muy bien que no faltan quienes han hablado de cuarenta, pero no es verdad. Lo afirmamos no de oídas, sino porque lo hemos examinado personalmente y con atención; hoy es aún más reducido.

La flota romana llegó en el momento preciso, y Escipión congregó a aquella muchedumbre y la arengó: echó mano de los argumentos en que él confiaba y no de otros; los hemos expuesto detalladamente algo más arriba, en lugar oportuno⁵⁷. Demostró que la empresa era factible; resumió las pérdidas que experimentaría el enemigo, si ellos alcanzaban la victoria, y cómo progresaría su propia causa; por lo demás, prometió coronas de oro⁵⁸ a los primeros que escalaran los muros y los premios habituales a los que se distinguieran por su coraje; acabó señalando que, ya desde el principio, Poseidón se le había aparecido en sueños y que le había sugerido este intento⁵⁹; además, le había declarado que, cuando la acción se llevara a cabo⁶⁰, su ayuda sería tan manifiesta, que nadie del ejército podría dudar de su cooperación. Mezcló, pues, argumentos irrefutables con palabras de exhortación, prometió coronas de oro y mencionó la providencia del dios⁶¹, con lo cual infundió a toda aquella juventud gran empuje y ardor.

⁵⁷ Cf. 7, 1-8, 9.

⁵⁸ Los romanos llamaban a estas coronas *praecipuum muralis coronae decus*.

⁵⁹ Esta «profecía» y su cumplimiento forman el núcleo de la narración polibiana de la toma de Cartagena y contribuyeron, seguramente, a la narración sobre la leyenda de Escipión.

⁶⁰ La referencia principal es al cruce del lago.

⁶¹ WALBANK, *Commentary* ad loc., niega rotundamente cualquier paralelo entre esta providencia y el sentido cristiano de la providencia de Dios.

Al día siguiente hizo fondear las naves, al mando 12
de Cayo Lelio, delante del litoral; llevaban proyectiles
de todas clases. Por tierra, seleccionó a sus dos mil
hombres más fornidos y los apostó conjuntamente con
los que portaban las escaleras. El asalto empezó hacia
la tercera hora ⁶² del día. Magón ⁶³, el comandante de 2
la ciudad, dividió su cohorte de mil hombres; dejó la
mitad en la acrópolis ⁶⁴ y situó los restantes al pie de la
colina oriental. Tomó a los demás y armó a los más 3
robustos, unos dos mil, con las armas que quedaban en
la ciudad. A éstos los situó en la puerta ⁶⁵ que conducía
al brazo de tierra y hacia el campamento enemigo. Y
mandó a los que quedaban socorrer con todas sus fuer-
zas donde fuera preciso de la muralla. En el mismo 4
momento en que Escipión a toque de corneta ordenó
el asalto, Magón hizo salir por la puerta a su gente ar-
mada, creído que así aterrorizaría al enemigo y haría
fracasar totalmente su tentativa. Estos hombres arre- 5
metieron vigorosamente contra los romanos que salían
de su acampada y que se iban alineando a lo largo del
istmo. Se entabló un combate encarnizado y, en los
dos bandos, se podían oír las exhortaciones propias de
la guerra; las mismas salían de los que se encontraban
en el campamento y de los que quedaban en la ciudad;
todo el mundo animaba a los suyos. Sin embargo, la 6
eficacia de los refuerzos que afluían no era la misma,
porque a los cartagineses sólo les llegaban a través de
un portón y, además, debían recorrer casi dos estadios;
los romanos, en cambio, los tenían al alcance de la mano
y, además, por muchos sitios. Esto convertía la lucha

⁶² A las nueve de la mañana.

⁶³ Este Magón, del que sólo conocemos este episodio, no debe ser confundido con los restantes personajes de este nombre.

⁶⁴ Es el ya citado monte Molinete.

⁶⁵ Puerta situada, posiblemente, entre el castillo de Despeñaperros y el monte de San José.

- 7 en desigual. Publio Escipión había colocado intencionadamente a sus hombres al lado mismo del campamento, para atraer lejos al enemigo: veía claramente que, si lograba aniquilar a éstos, la flor y nata⁶⁶ de la guarnición de la ciudad, lo desorganizaría todo y, desde entonces, nadie se atrevería a salir por aquella puerta.
- 8 Durante largo rato la pugna fue indecisa, ya que luchaba por ambos lados la tropa escogida, pero al final el empuje de los refuerzos que afluían desde el campamento rechazó a los cartagineses, que se volvieron de
- 9 espaldas. Ya durante la batalla muchos de ellos habían perecido, pero cuando se precipitaron huyendo hacia la portezuela murieron aún más, al pisotearse mutuamente.
- 10 Esto desatinó tanto a los de la ciudad, que los que
- 11 guarnecían la muralla llegaban a abandonarla. Poco faltó para que, en su acoso, los romanos entraran en la plaza junto con los que huían delante de ellos. Pero lograron apoyar las escaleras en el muro sin correr peligro.
- 13 Escipión, personalmente, no rehuyó el riesgo, pero
- 2 lo hizo con la máxima seguridad posible⁶⁷. Llevaba con él tres escuderos que le cubrían con sus adargas
- 3 y, así, le protegían del lado del muro. Se presentaba personalmente en los flancos y subía a los lugares más elevados, con lo cual colaboraba grandemente a la
- 4 acción. Comprobaba lo ya realizado, y, además, el hecho de que los otros le vieran en persona infundía coraje
- 5 a los combatientes. Y a eso se debió el que en aquella batalla no se omitiese nada de lo necesario, ya que siempre que se mostraba la urgencia de algo para la

⁶⁶ Aquí se ha traducido por un modismo castellano otro modismo griego, que, traducido al pie de la letra, dice: «la punta» (referida a un arma, es decir, lo que está delante, lo prominente). En griego, la figura se remonta a HOMERO (*Iliada* X 8; XX 359).

⁶⁷ Cf. 3, 7 de este mismo libro; cf. 32, 11.

ocasión, todo se hacía al punto, según correspondiera.

Los primeros empezaron a trepar por las escaleras 6 corajudamente, pero aquella invasión se convirtió en muy arriesgada, no tanto por lo nutrido de los defensores como por las grandes dimensiones de las murallas. Cuando vieron que los atacantes se veían en dificultades, los de arriba cobraron ánimo. En efecto, bastan- 7 tes escaleras se rompían porque eran muy altas y subían por ellas muchos a la vez. Los que guiaban la escalada debían ascender casi en vertical, y esto les mareaba; para arrojarles al vacío bastaba una mínima resistencia por parte de los defensores. Cuando éstos, apos- 9 tados en las almenas, disparaban vigas o palos, los asaltantes eran rechazados y devueltos al suelo. Pero 10 ni estas contrariedades bastaron para atajar el ataque vigoroso de los romanos; cuando los primeros eran rechazados, ya los siguientes subían por el sitio que cada vez quedaba libre. El día había avanzado mucho, 11 los soldados estaban rendidos por las penalidades y el general de los asaltantes mandó tocar a retirada.

La guarnición de la plaza exultaba, creída de que 14 ya habían anulado el peligro, pero Publio Escipión es- 2 peraba la hora del reflujo⁶⁸. Dispuso en la orilla del lago⁶⁹ quinientos hombres con sus correspondientes escaleras e hizo descansar al resto cerca de la puerta 3 y del istmo. Tras una arenga, les entregó más escaleras que las que tenían antes, de manera que en el muro pulularan asaltantes por todas partes. Así que se dio 4 la orden de combate y los romanos hubieron aplicado sus escalas al muro, subiendo al punto con gran atrevimiento, los de dentro de la ciudad experimentaron

⁶⁸ Que, según Polibio, era al anochecer. Pero ya se ha visto en la nota 44 que el problema del reflujo no es claro, aunque importante en la valoración de Polibio como historiador.

⁶⁹ Al N. del lago, posiblemente en el lugar llamado hoy «Molino de Truchas».

5 una grande confusión y desánimo. Creían haber alejado
el riesgo, y ahora veían cómo se les iniciaba otra vez
6 por este segundo asalto. Andaban escasos de proyec-
tiles y, además, les descorazonaba el gran número de
bajas que sufrían. Contrariados por lo sucedido, ofre-
7 cían, sin embargo, tenaz resistencia. Precisamente cuan-
do la lucha en las escaleras alcanzó su máxima inten-
8 sidad, se inició el reflujó. Poco a poco, el agua iba
desalojando los niveles más altos ⁷⁰ del lago y se pro-
ducía una corriente fuerte e intensa por la desemboca-
dura hacia el mar inmediato; a los que miraran aquel
fenómeno sin reflexionar, la cosa les debía parecer in-
9 creíble. Cornelio Escipión había dispuesto unos guías;
ordenó a sus hombres meterse en el agua; dijo, por
encima de todo, a los que había encomendado tal mi-
10 sión, que no tuvieran miedo. Si había algo en lo que
tenía una habilidad innata, era en infundir coraje y en
transmitir su estado de ánimo a aquellos a quienes
11 arengaba. Los hombres obedecieron y atacaron corrien-
do a través de la marisma; todo el ejército creyó que
12 ello se hacía por la providencia de un dios: les recordó
lo de Poseidón y el anuncio de Publio en su primer par-
lamento. Se excitaron tanto en sus espíritus, que se
apretujaron, forzaron el paso hacia un portal e inten-
taron, desde fuera, astillar las puertas con la ayuda de
13 hachas y de machetes. Los que se habían aproximado
al muro a través del estanque encontraron unas alme-
nas desguarnecidas, y no sólo aplicaron sus escalas sin
ningún peligro, sino que subieron y ocuparon aquel
14 lienzo de muralla sin necesidad de combatir. Los de-
fensores se habían diseminado por otros lugares, prin-
cipalmente por el istmo y por la puerta de aquel lado:
no podían esperar que el enemigo los asaltara desde el

⁷⁰ O, equivalentemente, «las extremidades del lago». La traducción parece más técnica y exacta.

estanque. El conjunto de sucesos hacía que, entre los 15 defensores, nadie pudiera oír ni ver nada de lo necesario, a lo que contribuía el desorden, el griterío y la confusión de aquella mezcla de combatientes.

Los romanos, pues, conquistaron el muro. Recorrie- 15
ron su cresta y la limpiaron de enemigos. Para este tipo de operaciones les ayudaban mucho sus armas. Cuando llegaron a la altura de los portales⁷¹, unos ba- 2
jaron para astillar los barrotes, los de fuera penetraron por allí y los que habían forzado el paso por medio de las escaleras en el paraje del istmo, derrotados ya los defensores, tomaron las almenas. Así fue la conquista 3
de la muralla; los que habían entrado por la puerta se dirigieron a la colina oriental⁷², expulsaron a los defensores y la ocuparon. Cuando Publio Escipión creyó que 4
el número de los suyos que había entrado era ya respetable, envió, según la costumbre de los romanos, a la mayoría contra los de la ciudad, con la orden de matar a todo el mundo que encontraran, sin perdonar a nadie; no podían lanzarse a recoger botín hasta oír la señal correspondiente. Creo que la finalidad de esto 5
es sembrar el pánico. En las ciudades conquistadas por los romanos se pueden ver con frecuencia no sólo personas descuartizadas, sino perros y otras bestias. Aquí 6
esto se dio sobremanera, pues el número de los atrapados era enorme. Publio Cornelio se dirigió personalmente contra la acrópolis, al frente de un millar de hombres. Estaba ya cerca, y Magón inicialmente se resistió. Sin embargo, comprobó que la ciudad había caído ya totalmente; envió mensajeros que cuidaran de su propia seguridad y rindió la fortaleza. Ante esto, Publio 8
Cornelio mandó dar la señal de cesar en la matanza y los romanos se lanzaron al botín. Llegó la noche y los 9

⁷¹ Los orientales, que daban al campamento romano.

⁷² El monte Concepción.

romanos que tenían orden de ello se quedaron en la acampada. Publio Cornelio y sus mil hombres vivaquearon en la acrópolis de Cartagena y, a través de los oficiales, mandó a los demás salir de las casas, reunir el botín en el ágora, el que correspondía a cada manípulo, y pernóctar a su lado. Ordenó que los vélites salieran del campamento y les apostó en la colina de la parte oriental.

11 Y esta es la manera como los romanos, en España, conquistaron Cartagena.

16 Al día siguiente⁷³ los romanos amontonaron en el ágora los bagajes de los soldados cartagineses, así como los ajuares de los ciudadanos y de los obreros. Según el uso romano, los tribunos lo distribuyeron entre sus
2 legiones. Cuando toman una ciudad, obran como sigue: de cada unidad eligen un número fijo de hombres, según la importancia de la plaza, para coger el botín; algunas
3 veces seleccionan manípulos enteros. Sin embargo, nunca escogen a más de la mitad; los restantes permanecen en sus líneas, vigilantes, ya dentro, ya fuera de la plaza, de modo tal, sin embargo, que sean vistos
4 por todos. Como sus ejércitos las más de las veces se componen de dos legiones romanas y otras dos aliadas, y las cuatro legiones resultantes rara vez se juntan, todos los que han sido enviados a reunir botín regresan
5 con éste, cada hombre a su propia legión, y, después de la venta⁷⁴ de lo aprehendido, los tribunos reparten

⁷³ Aquí empieza una digresión acerca de la justicia y la habilidad con que los romanos reparten el botín. Ello convierte a las tropas en más eficaces.

⁷⁴ Aquí hay una variante textual propuesta por Casaubon y seguida por Büttner-Wobst; la refleja la traducción del texto: «después de la venta de lo aprehendido». El texto del manuscrito dice simplemente: «realizado esto, los tribunos». Casaubon introdujo su variante debido a sus brillantes conocimientos de las instituciones romanas.

su producto a partes iguales entre todos, no sólo entre los que habían permanecido como fuerza protectora, sino que incluyen también a los vigilantes de las tiendas, a los enfermos y a los enviados a cualquier servicio. Ya describimos detalladamente⁷⁵, cuando tratamos la constitución, que nadie puede escamotear nada del botín, sino que han de ser fieles al juramento que prestan cuando se juntan por primera vez en el campamento. La consecuencia es que cuando la mitad va en busca del botín y la otra mitad, conservando la formación, realiza una misión de cobertura, a los romanos la avaricia no les hace peligrar la situación. Sus esperanzas de obtener lucro no les infunden recelos mutuos, sino que son exactamente las mismas en los que quedan a la expectativa y en los que se dedican a la rapiña. Nunca abandona nadie su lugar y esto normalmente perjudica al enemigo.

La mayoría de los hombres soportan riesgos y penalidades de cara a las ganancias. Es natural que, cuando llega una oportunidad, los que quedan en campamentos y guarniciones permanezcan allí de mala gana, ya que en la mayoría de las naciones el botín queda en propiedad de quien lo captura. Aunque los reyes y los generales pongan gran empeño en ordenar que todo el mundo entregue sus presas, sin embargo la creencia general es que lo que uno logre escamotear le pertenece. De ahí que, cuando son muchos los que se dirigen a reunir botín, si no se ejerce sobre ellos un dominio férreo, peligre la empresa íntegra. Son muchos los que han visto cómo un éxito inicial corona totalmente sus propósitos, ya sean éstos el asalto de un campamento enemigo, o la toma de una ciudad, y, sin embargo, acaban fracasando y lo perdieron todo; la causa es la aducida. Éste es el aspecto, pues, que más deben velar

⁷⁵ Cf. VI 33, 1.

los generales, para que, en la medida de lo posible, todos tengan la certeza de que el botín, si llega la oportunidad, será repartido entre todos por igual.

- 6 Mientras los tribunos estaban repartiendo los despojos, el general romano mandó concentrar a los prisioneros, que eran muchos, casi diez mil. Puso aparte a los habitantes de la ciudad, con sus mujeres e hijos,
7 e hizo un grupo también con los artesanos. A los primeros les exhortó a ser amigos de Roma, a que no olvidaran aquel beneficio, y los despachó a sus casas. Ante
8 salvación tan inesperada, éstos rompieron a llorar y se fueron dando vivas muestras de veneración para con
9 el general. A los artesanos, les dijo que de momento eran esclavos públicos de Roma, pero prometió la libertad a todos los que evidenciaran prácticamente su adhesión e interés para con los romanos, esto si la guerra
10 contra los cartagineses se desarrollaba según sus designios. Les ordenó a todos inscribirse en las listas del cuestor y, para cada grupo de treinta, nombró un procurador romano. El número total era de unos dos mil.
11 Seleccionó a los más fornidos de los prisioneros restantes, a los más distinguidos por su edad y por su figura, y los mezcló con sus tripulaciones. Así duplicó los
12 efectivos de su marinería y tripuló también las naves capturadas. Faltó poco para que cada nave tuviera una
13 dotación doble de la anterior. Las naves apresadas fueron dieciocho, que sumó a las treinta y cinco de que ya
14 disponía ⁷⁶. Publio Cornelio prometió la libertad también a estos hombres para después, tras la victoria definitiva sobre los cartagineses, si colaboraban con interés y buenas
15 intenciones. Con estos tratos dados a los prisioneros infundió confianza entre los ciudadanos, que se le adhirieron, tanto a su persona como a las operaciones generales. También los artesanos se interesaron mucho,

⁷⁶ Cf. III 56, 5.

dadas las esperanzas de libertad. Con sus previsiones, 16 Publio Cornelio aprovechó la oportunidad de incrementar su escuadra casi en un cincuenta por ciento.

A continuación separó a Magón y a los cartagineses 18 que éste mandaba. Dos de estos prisioneros pertenecían al «Consejo de Ancianos»⁷⁷ cartaginés y quince eran senadores. Los colocó bajo la custodia de Cayo 2 Lelio, a quien ordenó que vigilara adecuadamente a aquellos hombres. Luego llamó a los rehenes, más de 3 trescientos en número. Hizo que los niños se le acercaran, uno por uno, los acarició y les dijo que no tuvieran miedo: no tardarían mucho en volver a ver a sus padres. También exhortó a los demás a cobrar confianza. Les 4 dijo que escribiera cada uno a sus parientes de su propia ciudad. Debían comunicarles, en primer lugar, que 5 estaban a salvo, que no les había pasado nada y, a continuación, que los romanos se avenían a restituirles a todos a sus patrias con toda seguridad, si las ciudades aceptaban su alianza. Esto fue lo que dijo. Previamente 6 había dispuesto, del botín, lo más práctico para sus fines y, entonces, repartió obsequios correspondientes a las edades y a los sexos: regaló a las niñas joyas y brazaletes, y a los niños espadas y puñales. La mujer 7 de Mandonio, hermano de Indíbil⁷⁸, rey de los ilérgetes, salió del grupo de mujeres rehenes para arrodillársele a los pies; le rogaba entre lágrimas que respetara su dignidad mejor de lo que la habían respetado los cartagineses. El romano, compadecido, preguntó si les fal- 8 taba algo necesario; ella era una mujer ya madura, de

⁷⁷ Constaba de treinta miembros; el Senado cartaginés (a continuación se citan senadores) constaba de unos centenares de miembros; cf. I 27, 6, sin duda los aquí citados constituían la representación del gobierno cartaginés en España.

⁷⁸ Sobre Indíbil, cf. IX 11, 3; sobre la desertión posterior de Indíbil y de Mandonio, cf. XXXV 6-8; sobre los ilérgetes, cf. III 35, 2.

- 9 evidente preeminencia y majestad; a tal demanda se mantuvo en silencio. Publio Cornelio mandó llamar a los cartagineses que habían cuidado de aquellas mujeres; los reclamados arguyeron que les habían dado en abundancia lo que necesitaban. La matrona se aferró más que antes a las rodillas de Publio Escipión repitiendo las mismas palabras, lo que ponía al romano en un aprieto mayor. Empezó a sospechar negligencia por parte de los cartagineses y que los encargados de ellas, a quienes había interrogado, le habían respondido falsamente. Por consiguiente, dijo a las mujeres que cobraran ánimo, porque él personalmente nombraría a unos que cuidarían que no les faltara nada necesario.
- 12 La mujer guardó un breve silencio y, luego, exclamó:
- 13 «¡General! Si crees que pedimos algo para nuestro estómago es que no has comprendido correctamente mis palabras.» Entonces Publio Cornelio entendió cabalmente lo que quería decir la mujer. Recorrió con la mirada la espléndida belleza de las hijas de Indíbil⁷⁹ y de las de muchos otros reyes, y se le saltaron las lágrimas tras aquella tímida insinuación, por parte de la
- 14 ibera, de sus afrentas. Y entonces demostró haber adivinado: tomó a la mujer por la mano y le dijo que ni ella ni las demás debían desconfiar: él velaría por ellas como si le fueran hermanas e hijas y que, tal cual ya había manifestado, nombraría para esto a unos hombres de confianza.
- 19 Después, Publio Cornelio entregó a los cuestores⁸⁰ el dinero que había constituido el erario público de los
- 2 cartagineses. Este rebasaba los seiscientos talentos, que, sumados a los cuatrocientos que él llevaba consigo desde

⁷⁹ Cf. IX 11, 4.

⁸⁰ El plural del texto griego es indudable, pero falso: había un solo cuestor.

Roma, arrojaron un total de más de mil: constituían los fondos de que disponía.

Fue en aquella ocasión cuando unos soldados romanos muy jóvenes encontraron a una muchacha en la flor de la edad y que, en belleza, superaba a las demás mujeres. Sabían que Publio Cornelio era mujeriego, y fueron a su encuentro con la joven, diciéndole que se la entregaban. Él se sorprendió; admirado de aquella beldad, les dijo que de ser soldado raso⁸¹, no hubiera habido regalo que hubiera aceptado más complacido. Sin embargo, él era el general, y no había obsequio que pudiera aceptar menos. Con ello dio a entender —al menos a mí me lo parece— que estas cosas proporcionan a los jóvenes un gusto y un pasatiempo alguna vez, a saber, en tiempos de ocio y de relajación; en cambio, en épocas de acción son un gran obstáculo tanto corporal como espiritual para los que las llevan a cabo. A sus soldados les dijo que les quedaba agradecido; mandó llamar al padre de la joven y se la entregó con la recomendación de que la casara con el conciudadano que le pareciera bien. Con tal medida y continencia, se ganó la estima de sus subordinados.

Así lo administró todo. Confió a los tribunos los prisioneros restantes y remitió a Cayo Lelio a Roma, en una penitencia con los prisioneros más insignes. Debía proclamar aquellos éxitos en su patria, en la que casi nadie confiaba, por lo que se refería a las operaciones en España. Publio Cornelio sabía bien que ante tamañas noticias los romanos se repondrían y se entregarían con más ardor a las operaciones.

Él se quedó todavía algún tiempo en Cartagena, donde ejercitó intensamente a las fuerzas navales romanas y adiestró a los tribunos acerca de cómo debían

⁸¹ Traduzco según la interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc.; estrictamente, el texto griego dice: «hombre privado».

2 instruir a las fuerzas de tierra. El primer día hizo
correr a sus hombres, armados, unos treinta estadios,
el segundo día les hizo limpiar las armas, custodiarlas
y vigilar sus panoplias al aire libre. Al día siguiente les
3 concedió un descanso para que se relajaran. En la cuar-
ta jornada dispuso que unos lucharan con espadas de
madera emboladas y recubiertas de cuero, mientras el
resto disparaba dardos también embolados. Al día
quinto repitió las carreras y todo lo que se había ido
4 haciendo. Le preocupaban mucho los artesanos para
que no fallara nada en el cuidado de las armas ni en
5 los mismos combates. De modo que dispuso a unos
hombres adecuados que debían velar sobre lo que he
indicado antes; él hacía un recorrido diario y disponía
6 personalmente el material para todos. Alrededor de la
ciudad las fuerzas terrestres se ejercitaban en manio-
bras militares, las marítimas, en el mar, remaban y se
dedicaban a otras prácticas; las gentes de la ciudad
afilaban armas, trabajaban el bronce y construían uten-
7 silios. Todo el mundo se afanaba en preparativos béli-
cos; cualquiera que lo hubiera observado se habría visto
forzado a considerar la ciudad, según el dicho de Jeno-
8 fonte⁸², como un taller de guerra. Cuando le pareció
que todo el mundo se había entrenado de modo sufi-
ciente con vistas a la prosecución de las operaciones,
aseguró la ciudad con una guarnición y con diversas
reparaciones en los muros. Mandó alzar el campo,
tanto a sus fuerzas de tierra como a las de mar, y em-
prender la marcha en dirección a Tarragona; consigo
llevaba los rehenes.

⁸² JENOFONTE, *Agésilao* I 26.

El comandante supremo de los aqueos, Eurileón⁸³, era remiso y
Grecia: a) *Filopemén* poco entendido en el arte de la guerra. Ahora que el curso de mi narración nos ha llevado a tratar las operaciones de Filopemén⁸⁴, parece conveniente hacer con él algo semejante a lo que intentamos a propósito de otros hombres ilustres⁸⁵: poner en claro su preparación y su carácter. En efecto, resulta absurdo que los tratadistas nos narren con detalles cómo y cuándo fueron fundadas las ciudades⁸⁶, quiénes fueron sus fundadores y, encima, las dificultades de la empresa, y que, en cambio, pasen por alto la formación y los ideales de las personalidades que lo dispusieron todo, a pesar de que esto último tiene una utilidad más preclara: en la misma medida en que se puede emular e imitar más a los hombres vivientes que a los seres inanimados es natural que tratar sobre los primeros convenga más para la formación de los lectores. Ahora bien: si antes no hubiéramos compuesto una obra acerca de Filopemén⁸⁷, en cuyo estudio esclarecimos de quién se trataba (tanto de él mismo como de sus padres) y el carácter que manifestó ya en su juventud, ahora

⁸³ Eurileón, presumiblemente general aqueo en los años 210/209.

⁸⁴ Este personaje aparece por primera vez en II 40, 2, y, durante una sección larga de la obra de Polibio, será un personaje decisivo.

⁸⁵ Por lo que sabemos, principalmente con Escipión el Africano.

⁸⁶ Cf. IX 1, 4.

⁸⁷ Por razones obvias de espacio, no se puede reproducir aquí el estudio de WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero sí sus conclusiones: a) Polibio escribió una obra acerca de Filopemén, b) que pertenecía al género encomiástico, c) que fue hacia el año 146, y d) que, por consiguiente, los capítulos 21-24 en el libro X son una interpolación tardía debida al mismo Polibio.

6 deberíamos dar noticia de todo ello. Pero puesto que ya anteriormente, en un trabajo en tres libros, no incluido en esta historia, hemos tratado este personaje, aclarado su índole juvenil y expuesto sus hazañas más
7 notorias⁸⁸, es lógico que en este comentario actual compendie, bien que sólo parcialmente, el carácter y hazañas en cuestión, y añada, en cambio, ciertos detalles a las proezas llevadas a cabo en su madurez, reseñadas allí únicamente en extracto. Así esta obra y la otra conser-
8 varán su decoro. Aquella pertenece al género encomiástico, y exigió un tratamiento resumido e hiperbólico de las gestas; el trabajo actual es histórico: reparte por igual reproche y elogio⁸⁹, y va en busca de un método correcto, que demuestre cómo uno y otro son justificados.

22 Diré, pues, para empezar, que Filopemén procedía de linaje noble: descendía de los hombres más ilustres de Arcadia. Creció bajo la educación de Cleandro de Mantinea, huésped suyo paterno, la personalidad más insigne de la ciudad citada, pero que a la sazón se veía
2 exiliado. Llegado a la juventud, se convirtió en admirador de Écdemo y de Demófanes⁹⁰, de estirpe megalopolitana, quienes rehuyeron a los tiranos y convivieron con el filósofo Arcésilas. Después de su exilio conspiraron contra el tirano Aristódemo y consiguieron liberar
3 a su patria. También cooperaron al derrocamiento de Nicocles, el tirano de Sición⁹¹, asociándose a la inten-

⁸⁸ Sus hazañas más notorias antes de alcanzar la hiparquía. Pero el contenido de la obra de Polibio sobre Filopemén es irreconstruible.

⁸⁹ En opinión de Polibio, esto es esencial para el propósito moral y didáctico de la historia; cf. VIII 8, 7.

⁹⁰ Los nombres de estos dos personajes, por lo demás desconocidos, son vacilantes en la tradición manuscrita griega, y aun en los otros autores que tratan de Filopemén, como Plutarco.

⁹¹ Cf. II 43, 3.

tona de Arato. En otra ocasión fueron reclamados por los cirenenses y ellos, velando por la libertad de Cirene, los dirigieron sin ocultarlo. En su primera juventud, 4 Filopemén los trató mucho y no tardó en destacar, entre los que les frecuentaban ⁹², tanto en las penalidades de la caza como en los peligros de la guerra. En 5 cuanto a su género de vida, era austero y de apariencia sencilla; los hombres citados le habían imbuido la idea de que es imposible gobernar la ciudad, si se descuida la vida privada, y de que debemos abstenernos de los bienes públicos aun en el caso de que se viva de una manera más lujosa de lo que permite la hacienda particular.

En la época historiada ⁹³ ahora, los aqueos le nombraron general de su caballería. Recibió unos escuadrones totalmente destrozados; la moral de sus hombres andaba por los suelos, y en poco tiempo hizo que se 7 superaran no sólo a sí mismos, sino que les convirtió en superiores al enemigo; los había espolcado mediante un entrenamiento correcto y un afán de emulación efectivo. La mayoría de los demás nombrados para este 8 cargo desconocen el arte de la equitación y no se atreven a ordenar nada, aunque sea imprescindible, ni tan siquiera a sus subordinados más próximos; otros, incluso competentes, aspiran al generalato y se ganan a los soldados ⁹⁴ desde este puesto: así se hacen con su adhesión para el futuro. No reprenden cuando sería

⁹² El texto griego se ofrece a la interpretación restringida que se da en la traducción, pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone, más ampliamente: «entre sus contemporáneos».

⁹³ En los años 210/209.

⁹⁴ De caballería. Procedían de las clases económicamente altas y, por eso, tenían influencia en la política, principalmente en procesos electorales. Por lo demás, el texto griego pone en rigor, «jóvenes», pero Polibio usa este término muchas veces como sinónimo de «soldados». Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

preciso (así se salvan los intereses públicos), y este pequeño favor perjudica mucho a los que creían en ellos. Si alguna vez salen generales verdaderamente eminentes, dotados corporalmente para este oficio y con la decidida voluntad de abstenerse del erario público⁹⁵, sus rivalidades mezquinas⁹⁶ son más perjudiciales aún que los generales incompetentes; salen dañados el ejército de tierra y, principalmente, la caballería.

23 Éstos eran los movimientos⁹⁷ en que se debían ejercitar los jinetes, pues Filopemén los creía útiles para cualquier oportunidad: hacer girar los caballos a derecha e izquierda y hacerles dar la vuelta en redondo para volver a la posición inicial. En lo que atañe a los escuadrones, les hacía girar rotativamente en un solo tiempo o les hacía describir curvas mediante una o dos inflexiones. También efectuaba salidas rápidas desde ambas alas; se destacaban escuadrones sencillos o dobles, alguna vez por el centro. Después se reconstituía su cuerpo frenando la carrera; Filopemén formaba escuadrones, compañías y regimientos de caballería. Además ponía ambas alas en disposición de luchar, o rellenando los vacíos que presentaban o incluyendo en ellas hombres de las hileras próximas: decía que formar en orden de batalla en la inflexión táctica común no precisaba de ejercicios especiales: tenía práctica-

⁹⁵ La corrupción pública fue un mal endémico en Grecia. Cf. VI 56, 13.

⁹⁶ El término griego correspondiente (*kakozēlosía*) es de traducción difícil; no se refiere a grandes rivalidades que conduzcan por sí solas a grandes peligros, sino a un «dandismo inadecuado y a una afectación que van en detrimento de la disciplina militar» (WALBANK, *Commentary*, ad loc.).

⁹⁷ Todos los movimientos señalados aquí los explana ampliamente WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero sería excesivo trasladar aquí su comentario. Digamos sólo que parte de los ejercicios reseñados aquí los realizó en acción la infantería cartaginesa en la batalla de Cannas (III 115, 9-10).

mente la misma configuración que el orden de marcha. Con todo esto pretendía imbuirles la idea de que, tanto 7 en las arremetidas como en las retiradas, habían de acostumbrarse, en sus movimientos, a congregarse con gran rapidez, de manera que quedaran siempre en su grupo y en su fila, pero conservando los espacios im- 8 prescindibles entre los escuadrones, ya que no hay nada tan peligroso e inútil como el que los jinetes prefieran arriesgarse al combate abandonando su formación en unidades.

Después de enseñar todo esto a los jefes y a la masa 9 de soldados, Filopemén recorrió de nuevo las ciudades para comprobar, primero, si sus pobladores se habían ceñido a sus instrucciones y, en segundo lugar, si los jefes militares dominaban el arte de impartir sus órdenes a tiempo y con claridad; estaba convencido de que 10 a la hora de la verdad no hay nada tan urgente como la pericia de los jefes militares en sus cometidos.

Dispuesto previamente todo lo ya reseñado, Filope- 24 mén mandó congregar en un sitio la caballería procedente de todas las ciudades, ordenó personalmente los movimientos y dispuso las maniobras. Pero no se situó 2 delante, como hacen los generales hoy, convencidos de que éste es el lugar más propio de un jefe militar. ¿Qué 3 hay más estúpido y, al propio tiempo, más peligroso que un general contemplado por todos sus subordinados, sin que él vea a ninguno? En las operaciones el 4 general de caballería ha de poner en claro no su autoridad militar, sino su destreza en el mando, situándose ya delante, ya detrás ⁹⁸, ya en medio. Y es lo que hizo 5

⁹⁸ «Autoridad militar» es la traducción rigurosamente literal del texto griego, pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta (que no traduce): «las calificaciones de rango ordinario y de soldado raso», y tacha de falsa la traducción de Paton, que coincide con la que se da aquí (en su sentido, no literalmente). Esta toma de posición de Walbank parece gratuita, pues el texto

Filopemén; cabalgaba de uno a otro lado: efectuaba las revistas personalmente, aclaraba lo que no se entendía y cortaba de raíz los errores. Éstos, sin embargo, fueron pocos y de escasa importancia, ya que todo el mundo había tenido gran interés en lo que le correspondía⁹⁹. Demetrio Faléreo¹⁰⁰ puso esto de relieve, al menos de palabra¹⁰¹. En efecto, dijo que, así como en las construcciones se colocan debidamente los ladrillos y, en cada casa, se fijan bien en todas las hileras¹⁰², también en los ejércitos la minuciosidad, hombre por hombre y unidad por unidad, da una gran fuerza al conjunto.

25 «Lo que ahora ha sucedido es
 2 b) *Fragmento de un discurso de un orador macedonio*¹⁰³ muy semejante a la dirección y al dispositivo de una batalla. En ésta, la parte del ejército que se arriesga más y sucumbe primero es la infantería ligera, por ser la sección más ágil de

griego es lo suficientemente claro como para no ser comentado desde este punto de vista. Quizás se podría modificar levemente el sentido del griego con algo que éste, en rigor, no entraña: «no sólo su autoridad militar, sino también su destreza...».

⁹⁹ Aquí sí que el texto griego es susceptible de otra traducción: «gran interés en todos los detalles».

¹⁰⁰ Demetrio Faléreo gobernó diez años Atenas, inmediatamente después de las disputas de los Diádocos (318-308). Su figura es interesante, pero sombría. Promovió la cultura y la economía atenienses, cultivó la retórica y la filosofía, pero por otro lado fue un dictador tiránico. Si exceptuamos los breves fragmentos que nos dan otros autores, sus obras se han perdido.

¹⁰¹ Es decir, jamás lo puso por obra. En el haber positivo de Demetrio Falereo debe contabilizarse el hecho de que apartó a Atenas de luchas externas e internas.

¹⁰² Esta comparación procede de JENOFONTE, *Memorables* III 1, 7. Sin embargo, aquí se traduce según el texto de Büttner-Wobst, que acepta una variante sugerida por Casaubon la cual difiere del texto griego. La traducción de éste da un sentido difícilmente ajustable al contexto.

¹⁰³ Este fragmento procede, probablemente, de un discurso

las fuerzas; sin embargo, el crédito se lo llevan la falange y la infantería pesada. Ahora, de un modo paralelo, los etolios y sus aliados del Peloponeso afrontan el primer riesgo, y los romanos hacen el oficio de la falange: se limitan a espiar. Si los etolios son derrotados y aniquilados, los romanos se retirarán y esta guerra no les habrá dañado en absoluto. En cambio, si los etolios vencen (¡no lo permitan los dioses!), los romanos nos someterán a todos, sin perdonarles a ellos: sojuzgarán a todos los griegos.»

Toda alianza con una democracia exige una gran amistad, porque el pueblo es muy irracional.

Después de los juegos Nemeos, ²⁶

c) *Filipo V*

Filipo, rey de los macedonios, regresó a Argos. Se despojó de la diadema y de la túnica de púrpura, porque pretendía aseme-

jarse a los hombres corrientes y ser más accesible y popular. Pero, a medida que usaba de ropajes más sencillos, se irrogaba un poder cada vez mayor y más tiránico. No se limitaba a tantear a las viudas ni le satisfacía totalmente fornicar con las casadas, sino que mandaba que acudiera a él cualquiera que se le ofreciera a la vista. Afrentaba notoriamente a las que no le complacían organizándoles bailes orgiásticos a domicilio. Llamaba a sus maridos e hijos y los alarmaba con pretextos sin base. Demostró gran locura e insolencia. Por sus alardes de excesiva licencia ¹⁰⁴ durante 5

en Egio el año 209 a. C. El orador macedonio pretendía apartar a los etolios de su alianza con Roma.

¹⁰⁴ El término griego significa literalmente «potestad» pero el sentido es claramente peyorativo, «licencia». Tras esta palabra Büttner-Wobst suponen una laguna (porque el texto griego presenta un hiato, y Polibio los evitaba cuidadosamente) que rellenan con las palabras griegas que significan «ferozmente». Pero como el editor no introduce su palabra en el texto y sólo

su estancia en la región, molestó sin tregua a muchos aqueos, en su mayoría hombres modestos. Constreñidos por la guerra que los amenazaba por todas partes, los aqueos se veían forzados a aguantarse y a soportar aquello tan antinatural.

7 Ninguno de los reyes anteriores a Filipo aportó cua-
lidades superiores a las de él a su reino, pero tampoco
8 vicios peores¹⁰⁵. Me parece que sus cualidades eran
congénitas y que los vicios le sobrevinieron a medida
que se iba haciendo mayor, lo mismo que pasa con los
9 caballos viejos¹⁰⁶. Nosotros no metemos en los prólo-
gos¹⁰⁷ estos temas, como hacen otros escritores, sino
que, cuando llegamos al punto mismo, adaptamos a
él una exposición adecuada para esclarecerlos, tanto si
10 se trata de reyes como de hombres ilustres, convenci-
dos de que es el procedimiento más útil, tanto para los
lectores como para los autores.

27 Media¹⁰⁸ constituye, tanto por
las dimensiones del país como
Campaña de Antíoco
en Media por el número y las característi-
cas de sus habitantes y de sus
caballos, el principado¹⁰⁹ más no-
2 table de Asia. Proporciona caballos a casi toda esta
parte del mundo, porque incluso los reyes se han habi-
tuado a tener en Media sus remontas, [debido a las cua-

lo da en el aparato crítico, no incluyo el adverbio en la traducción.

¹⁰⁵ En esta sección 7-10, hay reflejos de la *Ética a Nicómaco*: el hombre se deteriora no naturalmente, sino por la influencia de los malos amigos; cf. VII 14, 6; IX 22, 10.

¹⁰⁶ Aquí hay que ver una experiencia personal de Polibio.

¹⁰⁷ Walbank interpreta no «prólogo», sino «fuera de lugar».

¹⁰⁸ Polibio se repite, al menos parcialmente. Cf. V 44, 4-11.

¹⁰⁹ Según WALBANK, *Commentary*, ad loc., es la traducción exacta (término técnico) del vocablo griego correspondiente. Históricamente, Media había sido un país independiente, pero ahora era una provincia selúcida.

lidades]¹¹⁰ de estos parajes. Está rodeada de ciudades 3 griegas¹¹¹ por la precaución de Alejandro: así se ve defendida contra los bárbaros que la circundan. La única ciudad no griega es Ecbatana, edificada en la parte 4 septentrional de Media. Esta urbe detenta el gobierno de las regiones asiáticas del Ponto Euxino y de Meótide. Fue, desde el principio, la residencia real de los medos 5 y parece que superó mucho a las demás ciudades por la riqueza y el lujo de sus edificios. La plaza está situada 6 en la región montañosa cercana al río Orontas¹¹². Carece de murallas, pero en cambio tiene una ciudadela construida como una fortificación muy eficaz. Los palacios 7 reales están situados al pie de esta ciudadela y es una cuestión difícil de decidir si es ahora el momento de decir algo acerca de ellos¹¹³ o si, más bien, hay que omitirlos, porque para aquellos que están avezados a 8 proponer narraciones sorprendentes y a anunciar algu-

¹¹⁰ El texto intercalado responde a una laguna del griego, convincentemente sanada por Büttner-Wobst.

¹¹¹ En realidad no se trataba de ciudades, sino de fortines militares, que aseguraban el núcleo central de esta provincia selúcida; otros emplazamientos eran simples cuarteles generales de los gobernadores o regimientos de las satrapías. Pero en Media había ciudades genuinamente griegas como Apamea, Raghiana, Heraclea, Laodicea, y ciudades pregriegas repobladas con población griega, como Ecbatana y Raga, que al repoblarse recibieron nombres griegos: Epifanía, la primera, y Europo, la segunda. En cuanto a la ubicación de estas ciudades, cf. *Welt-atlas*, I, pág. 13, mapa A. Ecbatana, la capital de Media, era la actual Hamadan, en la ruta principal Teherán-Bagdad, en las estribaciones del antiguo monte Zagro, actualmente la cadena de Elvend.

¹¹² Es el río llamado actualmente Elvend, que tiene el mismo nombre que la cadena montañosa citada en la nota anterior.

¹¹³ Paton traduce, a mi entender erróneamente: «de tratarlos con detalle». No es la alternativa que encaje con el texto siguiente; el griego aquí es muy genérico y la frase aislada admite las dos traducciones.

- nas cosas con cierta exageración¹¹⁴, la ciudad de Ecbatana es materia muy apta; en cambio, para aquellos que, si hacen afirmaciones contrarias a las creencias comunes de las gentes, proceden con cautela, esta población les incomoda y les pone en apuros. A pesar de todo, diré que el palacio real tiene un perímetro de casi siete estadios y que la magnificencia de todos sus edificios evidencia la prosperidad de los que antaño los levantaron. La parte de madera era íntegramente de ciprés y de cedro, pero jamás estaba en contacto directo con el aire; las vigas, los techos y las columnas de los pórticos y de los peristilos estaban forradas de plata o de oro; las tejas eran todas de plata. En su mayor parte, estos forros fueron robados durante la campaña de Alejandro y de los macedonios; lo que quedó se lo llevaron durante el dominio de Antígono y el de Seleuco, el hijo de Nicanor. A pesar de todo, durante la estancia de Antígono, el templo llamado de Aine¹¹⁵ conservaba todavía el dorado de la superficie circular de las columnas, la mayor parte de las tejas de plata e, incluso, algunos ladrillos de oro; no se había perdido casi ninguno de los de plata. De todo lo dicho se reunió lo suficiente para acuñar unos cuatro mil talentos con la efigie del rey.
- 28** Arsaces¹¹⁶ suponía que Antíoco llegaría a este lugar, pero que no se atrevería a penetrar con un ejército tan

¹¹⁴ Sin embargo, el mismo Polibio no renuncia a veces a ello; cf. el largo episodio del fin del libro XV, sobre la caída y muerte de Agatocles de Egipto.

¹¹⁵ Nombre helenizado de la diosa persa Anahita, divinidad de las aguas fertilizantes; su culto se había extendido ampliamente en Grecia. Sobre él puede consultarse MARTIN NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion*, I, Munich, 1950, págs. 497-498.

¹¹⁶ Arsaces II sucedió a su padre Arsaces I en los años 211/210 y gobernó hasta el 191 a. C.; Arsaces I se hizo con el poder en el año 238 y se irrogó el título real en el 231.

enorme en el desierto inmediato, principalmente por la falta de agua. En tal región no ha aflorado nunca agua ² a la superficie, pero, incluso en la parte desértica, hay muchos canales subterráneos con sus pozos, cosa no sabida por los que desconocen el país. Sus indígenas ³ lo explican de un modo convincente: en los tiempos en que los persas dominaban Asia, a los que condujeran el agua desde una fuente hasta un sitio de secano les concedían disfrutar del cultivo durante cinco generaciones. La montaña del Tauro ¹¹⁷ tiene muchos y grandes manantiales de agua y no se ahorraron ni gastos ni fatigas para hacer canales desde lejos, de manera que en la época que ahora nos ocupa los que se aprovechaban de las aguas no sabían ni dónde empezaban los canales ni qué manantiales los alimentaban. Cuando ⁵ Arsaces vio que Antíoco emprendía la marcha por el desierto mandó cegar inmediatamente los pozos y destruirlos. El rey fue informado de esto y remitió nuevamente a Nicomedes ¹¹⁸ al mando de mil jinetes, quienes ⁶ se encontraron que Arsaces con sus fuerzas ya había abandonado aquellos parajes; sólo quedaban algunos jinetes que destruían las bocas de los canales. Se llegaron a ellos, los atacaron y los forzaron a la huida; luego volvieron a reunirse con Antíoco. El rey cruzó el desierto y llegó a la ciudad llamada Hecatómpilos ¹¹⁹, situada en el centro del país de los partos; la plaza tiene ⁷

¹¹⁷ Actualmente, los montes Elburz.

¹¹⁸ Nicomedes de Cos, un capitán mercenario; cf. 29, 6 de este mismo libro.

¹¹⁹ En WALBANK, *Commentary*, pág. 237, hay una ilustración de la ruta de Antíoco a través del Tauro. En cuanto a Hecatómpilos, su ubicación es dudosa: unos la colocan entre las localidades de Sharud y Damghan más cerca de esta última. El nombre ha sido claramente helenizado por los diádocos; se desconoce su nombre pregregio. Si se conociera esto ayudaría a su localización.

este nombre porque coinciden en ella todos los caminos que conducen a las regiones limítrofes.

- 29 Allí hizo descansar la tropa. Calculó que, si Arsaces hubiera sido capaz de afrontar una batalla contra él, no se habría retirado dejando su propia tierra ni habría buscado lugares más favorables para sus fuerzas que los alrededores de Hecatómpilos ante la eventualidad
2 de una batalla. Puesto que se había retirado, era evidente, para los buenos observadores, que Arsaces era
3 de otro parecer. Esto decidió a Antíoco a avanzar hasta Hircania ¹²⁰. Llegó a Tagas ¹²¹, donde los nativos le informaron sobre la dificultad de los territorios que debía invadir para alcanzar las cimas de las montañas de Labos ¹²², orientadas hacia Hircania, y sobre la multitud de los bárbaros apostados en los accidentes del terreno.
4 Resolvió distribuir en cuerpos separados su infantería ligera y asignar a cada general el lugar por donde debía avanzar; les repartió también convenientemente las tropas auxiliares que debían acompañarlos y que debían convertir los lugares conquistados por la infantería en transitables para los soldados de la falange y las acémilas. Éstos eran sus planes. Asignó el primer cuerpo a Diógenes ¹²³ y puso a sus órdenes arqueros, honderos y los montañeses que sabían disparar piedras y jabalinas. Estos últimos no iban en formación ¹²⁴: se arriesgaban siempre aisladamente adaptándose al lugar y a la ocasión; en los terrenos escarpados el servicio que prestaban era muy útil. Antíoco ordenó que siguieran a
6

¹²⁰ En la costa sudeste del mar Caspio, región paralela a los valles del Elburz.

¹²¹ Es la actual Taq, nueve kilómetros al N. de Damghan.

¹²² El paso de Labos puede ser o el desfiladero de Quzluz o el de Conolly, ambos en la cadena del Elburz.

¹²³ Gobernador de Susa.

¹²⁴ Por un error mecánico, Paton ha omitido esta frase en su traducción.

éstos dos mil cretenses armados de coraza, al mando de Polixénidas de Rodas¹²⁵. Cerraban toda la marcha soldados armados de loriga y de escudo, mandados respectivamente por Nicomedes de Cos y Nicolás de Etolia.

Se inició la progresión y se encontraron que las dificultades y la estrechez de los lugares eran más considerables de lo que el rey había imaginado. La ascensión se debía hacer, casi en toda su longitud (unos trescientos estadios), por el cauce de un torrente profundo e impetuoso hacia el cual se abalanzaban muchas rocas de peñascales más altos y árboles que aumentaban aún más la dificultad del paso por el barranco. Y, además, los bárbaros habían añadido más obstáculos. Habían cortado árboles en todo el recorrido, habían hecho montones de piedras enormes y ellos mismo espiaban, a lo largo de la torrentera, en las eminencias estratégicas que les proporcionaban seguridad. Si no hubieran errado, a Antíoco se le hubieran agotado los recursos y se habría visto obligado a desistir de su intento. Los bárbaros se habían preparado y habían ocupado aquellos lugares, en la idea de que la única posibilidad del enemigo era hacer subir toda su fuerza por aquel barranco. No se apercibieron de que, si bien la falange y los bagajes sólo podrían pasar por donde ellos habían calculado (en efecto, no podían realizar la penetración por las proximidades de los montes), los soldados ligeros y la infantería, sin embargo, podían trepar, incluso, por las rocas peladas. Por esto, en el mismo instante en que los hombres de Diógenes ascendieron por fuera del torrente y establecieron contacto con la primera guardia, la operación tomó un cariz muy distinto. Trabajado el combate, la situación por sí misma orientó a los

¹²⁵ Este llegó a ser un militar muy famoso, que más tarde luchará como almirante de Antíoco contra Roma.

hombres de Diógenes que evitaron la lucha ascendiendo por el flanco del enemigo ¹²⁶. Alcanzaron un lugar más alto que el de éste y causaron a los bárbaros pérdidas enormes por una lluvia de dardos y de piedras lanzadas a mano, si bien los honderos, que disparaban a cierta distancia, les infligieron daños aún mayores. Cada vez que los hombres de vanguardia forzaban una posición enemiga y la ocupaban, sus auxiliares tenían la oportunidad de allanar todo lo que había por delante y remover los obstáculos sin ningún peligro. Trabajaban intensamente, de modo que la cosa se hacía en un espacio de tiempo muy breve. De este modo los honderos, los arqueros e, incluso, los lanceros recorrían los lugares más altos ya diseminadamente, ya reuniéndose y ocupando posiciones estratégicas; los soldados de la infantería pesada estaban siempre alerta y avanzaban lentamente, sin deshacer su formación, por la misma torrencera. Los bárbaros no les aguardaron, sino que abandonaron sus posiciones y se agruparon en la cumbre.

31 Los hombres de Antíoco cruzaron sin riesgo, de la manera dicha, el lugar accidentado, aunque la marcha fue lenta y venciendo grandes dificultades. Casi siete días les costó coronar el collado de Labos, en el que se habían concentrado los bárbaros, seguros de atajar allí la ofensiva del enemigo. Se trabó un combate encarnizado y los bárbaros acabaron siendo rechazados; fue como sigue: conservaron su formación y lucharon corajudamente dando la cara a la falange. Pero la infan-

¹²⁶ El griego da un sentido dudoso; Paton traduce: «avanzaron y se dirigieron sesgadamente por el flanco del enemigo», pero, aduciendo textos paralelos, WALBANK, *Commentary*, ad loc., da como preferible la traducción propuesta. Naturalmente, en esta interpretación los hombres que, de momento, rehuyen el combate, son los de Diógenes solamente, o sea la infantería ligera, no la de Polixénidas de Rodas.

tería ligera de Antíoco había hecho un gran rodeo, aún de noche, para ocupar unas posiciones más altas, detrás del enemigo. Cuando los bárbaros se apercebieron de ello, se dieron a la fuga, presas del pánico. Al rey le 4 fue difícil retener el impulso de los perseguidores, que querían seguir adelante. Les llamó mediante sus cornetas, pues quería efectuar el descenso hacia Hircania con su ejército reagrupado y en cierta formación. Esta- 5 bleció la deseada y emprendió la marcha. Llegó a las proximidades de Támbraca¹²⁷, ciudad no amurallada y muy populosa que tenía palacio real; allí acampó. La 6 mayoría de los enemigos supervivientes de la batalla y mucha gente del país circundante se habían refugiado en la ciudad llamada Sirinx, no muy lejos de Támbraca. Sirinx¹²⁸ venía a ser la capital de Hircania, tanto por sus defensas como por su situación privilegiada. Antíoco decidió conquistarla por la fuerza. Concentró a sus 7 tropas y las guió hacia allí; acampó cerca de la ciudad y se puso a asediarla. Los medios principales que em- 8 pleó fueron las tortugas para los zapadores¹²⁹. Había tres fosos, de anchura no inferior¹³⁰ a treinta codos y de una profundidad de quince, cada uno defendido, en sus márgenes, por una empalizada doble; detrás había un muro muy resistente. Encima de estas obras había 9 choques continuos y los dos bandos no daban abasto para retirar sus propios muertos y heridos, porque se luchaba sin cesar no sólo en la superficie, sino también bajo tierra, en las perforaciones. La superioridad nu- 10 mérica del rey y su energía hicieron que muy pronto

¹²⁷ No lejos de la actual Sari, a ciento cuarenta kilómetros de Astrabal.

¹²⁸ La actual Siroq.

¹²⁹ Cf. IX 41, 1.

¹³⁰ Una fortificación formidable que recuerda la del Eurialo de Siracusa. Evidentemente, la proyectaron ingenieros griegos al servicio de los partos.

los fosos fueran rellenos y que los muros, minados,
 11 se vinieran abajo. Con ello los bárbaros perdieron toda
 esperanza: degollaron a los griegos que vivían en la
 ciudad ¹³¹, cogieron lo más valioso de los ajuares y de
 12 noche se escaparon. A Antíoco la cosa no le pasó des-
 apercibida y mandó contra ellos a Hiperbas, al frente
 de sus mercenarios. Establecido el contacto, los bár-
 baros tiraron los ajuares y se refugiaron de nuevo en
 13 la ciudad. Los peltastas atacaron ferozmente a través
 de las ruinas de los muros, y los bárbaros, desesperados,
 se entregaron.

14 Acriana, ciudad de Hircania. Polibio, libro décimo.

15 Calíope ¹³², ciudad de los partos. Polibio, libro décimo.

32 Los cónsules ¹³³ querían recono-
 cer cuidadosamente la parte de la
Muerte del cónsul
Claudio Marcelo
 colina que daba al campo enemi-
 go. Ordenaron a sus hombres no
 salir del campamento y permane-

2 cer cada cual en su puesto; ellos dos tomaron sendos
 destacamentos de caballería y, además, algunos vélites
 con los lictores y se dirigieron a inspeccionar los luga-
 3 res. Unos númidas ya habituados a tender celadas a los
 escaramuzadores o, en general, a los enemigos que sa-
 lían del campamento, se habían apostado por pura ca-
 4 sualidad al pie de la colina. Un centinela les advirtió
 de la aparición de algunos adversarios en la cumbre,
 encima mismo de su posición. Los númidas se levanta-
 ron, marcharon contra un flanco romano, lograron ais-
 lar a los generales y los separaron de su propio campa-

¹³¹ En calidad de colonos.

¹³² Los nombres de Acriana y de Calíope no constan en el *Weltatlas*, I.

¹³³ Los cónsules fueron Marco Claudio Marcelo (cónsul en los años 222, 215, 214, y 210; cf. II 34, 1 ss.; VIII 1, 7, 37) y Tito Quinto Lucio, de quien no se sabe gran cosa.

mento. Mataron inmediatamente a Claudio y a algún 5
 otro con él; los hombres restantes, heridos, hubieron de
 escapar, cada uno por donde pudo, por un terreno tan
 fragoso. Los acampados romanos contemplaban lo que 6
 sucedía, pero se vieron impotentes para socorrer a los
 que corrían el peligro; cuando todavía gritaban y mien-
 tras, alarmados ante aquellos hechos, los unos se arma-
 ban y los otros ponían el freno a los caballos, el inci-
 dente ya había concluido. Y el hijo de Claudio, herido,
 se salvó del riesgo inesperadamente y con grandes difi-
 cultades.

Marco, pues, actuó con más coraje ¹³⁴ que arte mili- 7
 tar y sucumbió en el desastre reseñado.

A lo largo de este tratado me he visto constreñido 8
 muchas veces a recordar esto a mis lectores. Veo que
 los generales yerran en todos los apartados del arte
 militar, incluso en éste, por más que aquí el error salta
 tanto a la vista. ¿Qué se puede esperar de un jefe mili- 9
 tar, de un general que no llega a entender que el que
 ejerce el mando supremo debe alejarse lo más posible
 del peligro en los riesgos parciales, en los que no se
 juega el todo por el todo? ¿Qué se puede esperar del 10
 que no sabe que, cuando las circunstancias le obligan
 a algo, deben caer muchos de los que le rodean antes
 de que el riesgo se acerque a los jefes supremos? Dice 11
 el refrán que la prueba debe hacerse en un cario ¹³⁵, no
 en el comandante. Exclamar: «¡Jamás lo hubiera creí- 12
 do!», o bien «¿Quién podía pensar en esto?», es la má-
 xima prueba de inexperiencia militar y de ineptitud.

Son muchas las razones que me inducen a creer que 33
 Aníbal fue un buen general; he aquí el argumento que 2
 lo demuestra más que los restantes. Pasó temporadas

¹³⁴ Paton traduce más severamente: «con más simpleza».

¹³⁵ Es un refrán que se encuentra también en EURÍPIDES, *Cíclope* 654, y en un escoliasta del lugar, PLATÓN, *Laques* 187b.

muy largas en territorio enemigo, se encontró con los avatares más diversos y, con su agudeza, burló a sus rivales muchas veces en choques no decisivos. Dispuso un gran número de batallas, y nunca cayó en una trampa; como es lógico, veló siempre por su propia seguridad, cosa acertada, porque si el jefe supremo queda sano y salvo aunque se dé una derrota total, la fortuna proporciona muchas ocasiones para recuperar lo perdido en los azares, en cambio, si muere, como el timonel de una nave, aunque la fortuna proporcione la victoria sobre una multitud de enemigos, no se gana nada con vencerles, ya que la esperanza se había depositado en el jefe supremo. Estas afirmaciones valen para los que, por ligereza o por un ímpetu pueril, por inexperiencia o por vanidad, caen en tamaños absurdos; uno de los citados acostumbra a ser siempre la causa de tales contratiempos.

7 Soltaron de golpe los rastrillos que habían elevado por medios mecánicos, atacaron a los intrusos y les capturaron, crucificándolos al punto delante de los muros.

*Intento de Aníbal
de capturar Salapia*¹³⁶

34 Ya se ha explicado antes que en España Escipión, el general supremo de los romanos, pasó el invierno en Tarragona¹³⁷. Primero logró la amistad y confianza de los iberos, mediante la devolución de los rehenes.

*España: grave
derrota cartaginesa*

¹³⁶ Tito Livio cuenta la intentona con detalle (XXVI 38). Aníbal logró saber la contraseña y apoderarse de un sello de Escipión, con los que pretendió penetrar en la ciudad de Salapia (puerto en la costa norte de Apulia); pero, descubierto el golpe a tiempo, los romanos lograron aprehender a los cartagineses que ya habían entrado en la plaza y los crucificaron. Fue en el año 208 a. C.

¹³⁷ Una leve alusión a esto se da en 20, 8 de este mismo

En esto encontró un colaborador espontáneo en Ede- 2
cón¹³⁸, rey de los edetanos, quien, así que supo de la
caída de Cartagena y que Escipión retenía a su mujer
y a sus hijos, calculó al punto que los iberos cambia-
rían de bando y resolvió convertirse en adalid de aquel
movimiento: confiaba mucho en que así recuperaría 3
a los suyos y que daría la impresión de que había abra-
zado la causa romana por principios y no por necesi-
dad. Y dio ciertamente en el clavo. Poco después de 4
que las fuerzas romanas hubieran sido enviadas al
campamento de invierno se presentó en Tarragona con
un cortejo de parientes y amigos. Allí se entrevistó 5
con Escipión y le dijo que daba muchas gracias a los
dioses por el hecho de que había podido ser él el pri-
mero del país que había acudido a verle: los demás 6
iberos todavía se entendían con los cartagineses y les
enviaban embajadas; él, en cambio, se dirigía a los
romanos: había ido allí a entregarse a su lealtad, y no
él solo, sino con parientes y amigos. De modo que si 7
aceptaba su amistad y alianza le iba a ser muy útil tanto
en el presente como en el futuro, porque los iberos 8
restantes, al ver que había sido admitido como amigo
y que había sido atendido en sus demandas, actuarían
de manera semejante; también ellos deseaban recobrar
a sus familiares y aliarse con Roma; para el futuro, el 9
honor y la humanidad romanos les obligarían, y así les
serían aliados incondicionales en lo que quedaba de

libro, pero los hechos ocurridos, durante el invierno narrado por Tito Livio (XXVII 17), el epitomador los ha omitido.

¹³⁸ El texto griego «Edecón» se debe a una restitución textual de Schweighäuser aceptada por Büttner-Wobst y los demás editores; Tito Livio da el nombre de «Edesco», y a la tribu, la llama de los «Sedetani». Sea cual fuere su denominación, eran gentes que vivían entre el Júcar y el Ebro, al N. de los bastetanos y de los oretanos. Estrabón y Plinio los llaman también «edetanos».

10 operaciones. Por eso pedía que le fueran restituidos
hijos y esposa, y poder volver a su casa con el título
de amigo, para demostrar al máximo posible un motivo
razonable de su adhesión a Publio Cornelio en persona
11 y a la causa romana. Edecón dijo esto y, luego, guardó
silencio.

35 Escipión, ya predispuesto a ello y que había pen-
sado, más o menos, lo mismo que le había dicho Ede-
cón, le devolvió la mujer y los hijos, y le confirmó su
2 amistad. Y no se limitó a eso, sino que, durante los
días que permanecieron con él, se ganó al ibero y a
sus acompañantes de múltiples maneras; les infundió
grandes esperanzas para el futuro y los despidió así
3 hacia sus casas. El hecho se difundió rápidamente y
todos los que habitaban al Norte del Ebro adoptaron
de golpe, como movidos por un resorte, la causa de
Roma; me refiero a los que no le eran todavía amigos.

4 A Escipión le salía todo según sus cálculos. Cuando
5 los cartagineses hubieron partido, comprobó que por
mar no tenía adversarios y disolvió sus fuerzas nava-
les; escogió, de su marinería, a los hombres más dota-
dos, y los distribuyó en manípulos, con lo que aumentó
sus efectivos terrestres.

6 Indíbil y Mandonio¹³⁹ eran los príncipes más im-
portantes de entre los iberos y eran considerados los
amigos más leales de los cartagineses. Sin embargo,
hacía tiempo que se sentían molestos y, desde que As-
drúbal fingió desconfiar de ellos y, como ya narré más
arriba, les exigió mujeres e hijos en calidad de rehenes,
además de una fuerte suma de dinero, buscaban oca-
7 *sión para dejarle. Creyeron que entonces era el mo-*
mento: hicieron salir a sus fuerzas del campamento
de los cartagineses y, de noche, se retiraron a unas fra-
8 *gosidades que les ofrecían seguridad. Esto hizo que la*

139 Cf. IX 11, 3-4.

mayoría de iberos desertara del partido cartaginés. Hacía mucho tiempo que se sentían ofendidos por la soberbia de los cartagineses, pero hasta entonces no habían dado con una oportunidad de hacer evidente su decisión.

Algo así ha sucedido ya a muchos. Es, en efecto, ³⁶ importante —lo hemos repetido insistentemente ¹⁴⁰— coronar con éxito las operaciones y superar al enemigo en las tentativas, pero para explotar los éxitos se necesita gran atención y experiencia. Podemos comprobar ² que son más los que han alcanzado victorias que los que las han aprovechado debidamente. En este punto los cartagineses fueron del primer grupo. Empezaron ³ por derrotar a los romanos ¹⁴¹ e, incluso, dieron muerte a sus dos generales, Publio y Cneo Escipión, lo que les hizo suponer que se apoderarían de España sin combatir; de ahí que trataran desdeñosamente a los nativos, a los que con tal conducta convirtieron en unos ⁴ enemigos sometidos, no en aliados ni en amigos. Tal ⁵ resultado fue lógico: pensaban que una es la manera de conquistar un imperio y otra, la de conservarlo. No habían asimilado que los que conservan mejor su supremacía son los que se mantienen en los mismos principios por los cuales la establecieron. Se ha demostrado ⁶ muchas veces, y muy claramente, que los hombres logran el poder si tratan con benignidad e infunden esperanzas a sus vecinos; si, tras conseguir lo que se ⁷ deseaba, estos mismos hombres observan una mala conducta y gobiernan despóticamente a los que sometieron, es natural que un cambio así en los dominadores haga cambiar de partido a los dominados. Es lo que ocurrió a los cartagineses.

¹⁴⁰ Cf. III 4, 5 sobre la explotación de los éxitos.

¹⁴¹ Por ejemplo, en el año 211 a. C., cf. VIII 38.

37 En tales circunstancias, Asdrúbal planeó muchos
y muy diversos proyectos referentes a lo que se le
2 echaba encima. Le acongojaba la desertión de Indíbil,
también la enemistad¹⁴² y la hostilidad hacia su per-
sona que sus mismos generales no disimulaban, y le
3 ponía en aprieto la presencia de Escipión. Recelaba
que éste acudiría con su ejército y, al ver que los iberos
le habían abandonado y que se habían pasado a la vez
4 a los romanos, llegó a la resolución siguiente: pensó que
era lo más atinado prepararse lo mejor posible y pre-
sentar batalla al enemigo. Si la suerte¹⁴³ le daba la
victoria, reflexionaría sin peligro acerca de lo que de-
5 bía hacerse luego, pero si le era adversa se retiraría
con los que lograra salvar a la Galia, donde reclutaría el
máximo número posible de bárbaros, para dirigirse a
Italia, donde reforzaría a su hermano Aníbal y partici-
paría en sus mismas esperanzas.

6 Éstos eran los planes y las ocupaciones de Asdrú-
bal; Escipión recibió a Cayo Lelio, atendió las órdenes
del senado, hizo salir sus fuerzas del campamento de
invierno y se puso en marcha con ellas. En la ruta, los
iberos le salieron al encuentro y se incorporaron gus-
7 tosamente y con todo interés a la campaña. Indíbil ha-
cía tiempo que había mandado legados a Escipión;
cuando éste se aproximaba a su territorio él acudió
desde su propio campo, acompañado por sus amigos.
En una entrevista justificó su amistad anterior con los
cartagineses y explicó la confianza que había deposita-
8 do en ellos, y sus logros. A continuación relató las in-

¹⁴² Aquí Polibio usa un término técnico militar (*antiparagōgē*), que propiamente significa «carga en tenaza contra el enemigo», para significar simplemente «enemistad». La expresión griega tiene una fuerza difícil de reflejar en castellano.

¹⁴³ Aquí, de acuerdo con la observación de WALBANK, *Commentary*, ad loc., de que la palabra *týchē* se da en un uso puramente verbal, traduzco por «suerte» y no por «fortuna».

justicias y los desprecios que les habían inferido los cartagineses. Ahora Indíbil pretendía que el mismo Publio se erigiera en juez de lo narrado. Si se demostraba que había calumniado injustamente a los cartagineses, esto evidenciaría que tampoco sería leal para con los romanos, pero si tantas injurias como las enumeradas le forzaban a dimitir de la amistad cartaginesa, en tal caso Escipión debía tener fundada esperanza de que, si él ahora se acogía al bando de los romanos, les sería firme y leal en su adhesión. 10

Hablaron todavía más prolijamente del tema; cuando acabaron, tomó la palabra Escipión y les aseguró que daba crédito a sus palabras, que conocía muy bien la soberbia de los cartagineses por la crueldad con que habían tratado a los otros iberos, principalmente a las mujeres y a las hijas, a quienes encontró con el aspecto no de rehenes, sino de prisioneras y de esclavas; añadió que él, en cambio, las había respetado de tal modo, que no ya ellos, sino sus mismos padres no lo hubieran igualado. Los iberos reconocieron que estaban de acuerdo con ello, y empezaron a adorarle¹⁴⁴ y a llamarle «rey». Los presentes¹⁴⁵ aplaudieron ante tal palabra, y Escipión, conmovido, les exhortó a tener confianza; les aseguró que los romanos los tratarían muy bien. Les entregó sus hijas inmediatamente y, al día siguiente, concluyó un pacto con ellos. Lo esencial de este pacto fue que los iberos seguirían a los jefes romanos y que obedecerían sus órdenes. Tras esto, los jefes iberos se retiraron a sus campamentos, tomaron sus fuerzas respectivas y se incorporaron al ejército de Escipión. Acamparon junto a los romanos y marcharon contra Asdrúbal. 38

¹⁴⁴ Era la acción ritual de sumisión (*adoratio*) con que se honraba a los reyes. Paton traduce, más libremente: «le prestaron obediencia».

¹⁴⁵ No romanos, naturalmente.

7 El general cartaginés recorría entonces los parajes
de Cástulo, alrededor de la ciudad de Bécula¹⁴⁶, no
8 lejos de sus minas de plata. Informado de la proximidad
de los romanos, cambió de lugar su campamento
y se procuró seguridad por un río que fluía a sus es-
paldas. Delante de la empalizada había un llano defen-
dido por un escollo lo suficientemente hondo para
ofrecer protección; el llano era tan ancho que cabía
en él el ejército cartaginés formado. Asdrúbal perma-
neció en este sitio; apostó día y noche centinelas en
9 el escollo. Escipión se acercó, empeñado en trabar
combate, pero comprobó que las posiciones del ene-
migo eran estratégicas y seguras, lo que le tenía inde-
ciso. Esperó dos días, pero temía la llegada de los hom-
bres de Magón y del otro Asdrúbal, el hijo de Gescón,
10 con lo que se vería rodeado de enemigos. Decidió, pues,
probar su suerte y tantear al adversario.

39 Así que preparó su ejército, hizo salir del campa-
mento a los vélites y a una tropa escogida de infantería;
dispuso también el resto de sus fuerzas, pero de mo-
2 mento lo retuvo dentro de la acampada. Sus órdenes
fueron cumplidas con coraje. Primero, el general car-
taginés permanecía a la expectativa de lo que iba ocu-
rriendo; cuando comprobó que el arrojo de los romanos
ponía a los suyos en situación desventajosa, hizo salir
a su ejército y lo aproximó al escollo, fiado en aquel
3 paraje. En aquel mismo momento, Escipión hizo entrar
en combate a su infantería ligera, que debía apoyar a
los que iniciaron la acción. El resto de sus fuerzas, lo
tenía ya dispuesto, la mitad directamente a sus órde-

¹⁴⁶ Siete kilómetros al S. de Linares, en la orilla norte del Guadalimar, afluente del Guadalquivir; Bécula es la actual Bailén, quince kilómetros al N. de Cástulo. Es el paso natural (Despeñaperros) de Andalucía a la meseta castellana. Dos batallas decisivas más se libraron aquí: la de las Navas de Tolosa y la de Bailén.

nes; con estos hombres dio un rodeo por el escollo y arremetió contra los cartagineses. El mando de la se- 4
gunda mitad, lo confió a Lelio, con la orden de marchar
contra el flanco derecho del enemigo. Estas operaciones 5
se encontraban ya en pleno desarrollo, cuando Asdrúbal
hacía salir todavía a sus hombres del campamento.
Confiado en su posición, no se había movido de él, convencido de que el enemigo no se atrevería a atacar. Pero éste atacó, contra las previsiones del cartaginés, quien desplegó sus fuerzas demasiado tarde. Los romanos 6
acometieron por las alas, en lugares donde el enemigo
no había establecido posiciones, de modo que no sólo
treparon sin riesgo por el escollo, sino que se estable-
cieron en formación, se lanzaron contra los que les
agredían sesgadamente y los mataron ¹⁴⁷; los cartagine-
ses que, a su vez, entraban también en formación se
vieron forzados a revolverse y a emprender la huida.
Según sus propósitos iniciales ¹⁴⁸, Asdrúbal no luchó 7
hasta el final; cuando vio a sus fuerzas huir derrota-
das tomó su dinero y sus fieras, reunió el máximo nú- 8
mero de fugitivos que le fue posible y se retiró siguiendo
el río Tajo aguas arriba, en dirección a los puertos
pirenaicos y a los galos que viven allí. Escipión no 9
creyó oportuno acosar de cerca a los hombres de As-
drúbal, ya que él mismo temía el ataque de los otros
dos generales, por lo que envió a sus soldados a sa-
quear el campamento enemigo.

¹⁴⁷ Aquí el texto griego es sintáctica y estilísticamente impecable; Schweighäuser lo respeta, pero, por razones del desarrollo de la batalla, Büttner-Wobst lo modifican en el sentido propuesto en la traducción. Véanse WALBANK, *Commentary*, ad loc., y el texto griego en alguna edición crítica. Dar aquí las traducciones posibles y razonarlas sería exponer con detalle la operación y las distintas situaciones de sus dispositivos, cosa evidentemente excesiva.

¹⁴⁸ Cf. 37, 5.

40 Al día siguiente reunió a todos los prisioneros, unos diez mil soldados de infantería y más de dos mil jinetes¹⁴⁹, y dispuso personalmente de ellos. Los iberos que, en las regiones citadas¹⁵⁰, anteriormente habían sido aliados de los cartagineses, fueron y se entregaron a la lealtad de los romanos; a medida que se iban encontrando con Escipión le llamaban «rey»¹⁵¹. El primero que lo hizo, que le veneró, fue Edecón y, a continuación, Indíbil y los suyos. Hasta aquel momento, Escipión no hizo caso de la palabra. Pero después de la batalla le llamaba «rey» ya todo el mundo, y la cosa llegó a sus oídos. Entonces congregó a los iberos y les manifestó su deseo de tener la fama de real en todas partes por el hecho de serlo, pero no quería ser rey y, mucho menos, que le llamaran así. Luego ordenó que todo el mundo le llamara «general»¹⁵². Indudablemente, es de justicia subrayar aquí la grandeza de ánimo de este hombre: era aún muy joven, pero la suerte¹⁵³ le había acompañado hasta tal punto que sus subordinados se vieron inducidos a tal estimación y a darle este nombre; él, en cambio, no se ensoberbeció

¹⁴⁹ Número a todas luces excesivo, según los comentaristas.

¹⁵⁰ La región donde se libró la batalla y las contiguas.

¹⁵¹ Es preciso señalar con Aymard (WALBANK, *Commentary*, ad loc.) que, probablemente, estos iberos imaginaban que Escipión el Africano era verdaderamente un rey. Pero es evidente que Edecón, Indíbil y los suyos conocían la verdad. Es importante lo que se advierte en la nota siguiente.

¹⁵² DOMENICO MUSTI «Polibio e la storiografia romana», en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 135, piensa que en Roma había una campaña contra Escipión y que Polibio insiste en su elogio de manera que puede parecer excesiva, precisamente para contrarrestar la campaña. Si se tratara de la denominación, diríamos ritual de *imperator*, parece ser ésta la primera vez que se documenta en la historia romana. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁵³ Aquí Polibio contradice su propia tesis de que los éxitos de Escipión el Africano no se deben a la fortuna.

y rechazó la tendencia a tales fantasías. Y, a pesar de 7
ello, resulta aún más admirable la excepcional magnanimidad de este hombre en su vejez, cuando sumaba a sus triunfos en España la destrucción de los cartagineses, el sometimiento de la mayor parte de las regiones de África ¹⁵⁴, precisamente las más bellas, desde los altares filenios ¹⁵⁵ a las columnas de Heracles, y el derrocamiento de los reyes de Siria ¹⁵⁶, en Asia: en resumen, había uncido a la obediencia romana la parte mayor y más hermosa del universo. Tampoco de aquí tomó pretexto para aspirar a una dinastía real en alguno de los lugares del mundo que había invadido. Cuando se 8
puede aducir todo esto, uno puede presumir no ya de una naturaleza humana, sino incluso divina. Escipión, 9
en cambio, superó en moderación a los demás hombres hasta tal punto que, cuando la fortuna se lo ofrecía, rechazó lo máximo que nadie se atrevería a pedir a los dioses: me refiero a la dignidad real ¹⁵⁷. Escipión tuvo en mucho más la patria y la lealtad que le es debida, que un poder monárquico, centro de todas las miradas y considerado fuente de felicidad.

Puso aparte a los prisioneros iberos y les expidió 10
sin rescate a sus ciudades. Mandó que los hombres de Indíbil se quedaran con trescientos caballos y repartió

¹⁵⁴ Exageración evidente. La victoria de Zama destruyó a Cartago, pero no sometió a Roma todo el N. de África ni mucho menos.

¹⁵⁵ Los altares filenios estaban en la misma ciudad de Cartago; cf. III 39, 2, y nota 86 del libro III.

¹⁵⁶ Los Seléucidas. Su sucesión dinástica se puede ver en H. BENGSTON, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, págs. 596/597. En realidad se trata de Antíoco III, derrotado en Magnesia en 189 a. C. El griego presenta la figura retórica llamada «plural por singular».

¹⁵⁷ Polibio está pensando aquí con mentalidad griega; a un romano de su época jamás se le hubiera ocurrido pretender ser rey.

11 el resto entre los que carecían de ellos. Por lo demás, él personalmente ocupó el campamento de los cartagineses, por la configuración tan estratégica del terreno, y se quedó allí; esperaba la llegada de los otros dos generales adversarios. Sin embargo, mandó a algunos de los suyos a observar el paso de los Pirineos por
 12 parte de Asdrúbal ¹⁵⁸. Pero el fin del verano ya se echaba encima y, entonces, se retiró con sus tropas a Tarra-gona, en cuyo territorio quería pasar el invierno.

41 Los etolios vieron claramente alimentadas sus esperanzas por la presencia de los romanos y la de Atalo: alarmaban a todo el mundo y tendían celadas por tierra contra todos; por mar lo hacían los hombres de
 2 Atalo y los de Publio. Esto hizo que los aqueos acudieran a Filipo en demanda de ayuda; temían no sólo a los etolios, sino también a Macánidas ¹⁵⁹, que se había plan-
 3 tado con todas sus fuerzas en la frontera argiva. Los beocios temían a la flota enemiga y solicitaban de Filipo socorros y un general. Sin embargo, eran los habitantes de Eubea los que le rogaban con más insistencia que tomara medidas contra el adversario. Y los acarnanios
 4 le pedían más o menos lo mismo. Llegó también una embajada de los epirotas con la información de que Escerdiledas y Pléurato ¹⁶⁰ habían movilizado a sus hom-
 5 bres, y de que, además, los tracios que limitaban con Macedonia y, especialmente, los medos proyectaban invadir aquella región por poco que el rey se alejara de sus dominios. Los etolios habían ocupado los puer-

¹⁵⁸ Algunos comentaristas han visto aquí una velada insinuación de que Escipión intentó atajar a los cartagineses, pero fracasó.

¹⁵⁹ Cf. IX 38-39.

¹⁶⁰ El segundo era hijo del primero; en cuanto a éste, cf. la nota 18 del libro II y la 23 del libro V.

tos de las Termópilas: habían excavado fosos en ellos, los habían fortificado con empalizadas y habían apostado guarniciones potentes, seguros de que así atajaban a Filipo, quien no podría ayudar a sus aliados del otro lado. Me parece razonable señalar y hacer notar ⁶ a los lectores estas dificultades, que avalan, como auténtica piedra de toque, el empuje mental y la resistencia física de los generales. Así como, en las cacerías, ⁷ el vigor y la potencia de las fieras se hacen evidentes cuando el riesgo las rodea por todas partes, lo mismo ocurre con los generales. Y se vio principalmente por lo que ocurrió a Filipo. Éste despidió a todas las em- ⁸ bajadas con la promesa de que haría lo posible y lo imposible; se entregó totalmente a la guerra, pensando por dónde y contra quién efectuaría el primer ataque.

Precisamente entonces le informaron de que la flota ⁴² de Atalo había zarpado, había fondeado en Peparetos ¹⁶¹ y había conquistado el país. Filipo envió una fuerza que defendiera la ciudad. Contra los focenses y Beocia ² envió a Polifanto al frente de un contingente idóneo. Remitió a Menipo con mil peltastas y quinientos agrianos para proteger a Calcis y al resto de Eubea. Y él ³ personalmente también salió en campaña: marchó hacia Escótusa ¹⁶²; había dado orden de que allí se le juntaran los macedonios. Supo que Atalo había atracado con ⁴ su flota en Nicea ¹⁶³ y que los jefes militares etolios ¹⁶⁴ se habían reunido en Heraclea ¹⁶⁵ para tratar de la si-

¹⁶¹ Pequeña isla al NO. de Eubea.

¹⁶² Escótusa, ciudad de Pelasgiótide en las lomas al O. de Karadaghi; cf. XVIII 20, 2.

¹⁶³ Nicea era un puerto loco sobre el golfo de Malea, cerca de las Termópilas, pero su ubicación exacta se desconoce; quizás sea la moderna Hagia Triada.

¹⁶⁴ Sobre la categoría exacta de estos militares hay dudas; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁶⁵ Heraclea de Traquis, a once kilómetros de Lamia, en las lomas del Eta.

tuación. Entonces retiró sus fuerzas de Escótusa y avanzó a marchas forzadas; quería anticiparse e impedir esta reunión por miedo. Pero llegó demasiado tarde. Sin embargo, taló los cultivos y se replegó tras haberse apropiado de buena parte de los víveres de los que vivían en el golfo de Eniane¹⁶⁶. Situó sus fuerzas otra vez en Escótusa, pero él personalmente acampó en Demetrias con la infantería ligera y el escuadrón real; se proponía espiar las operaciones del enemigo. Quería que nada le pasara desapercibido: envió agentes suyos a Peparetos, a Fócide y a Eubea; tenían la orden de informarle de lo sucedido mediante hogueras encendidas en la cumbre de la montaña del Tiseo¹⁶⁷, que se yergue en Tesalia, bien orientada hacia los lugares ya citados.

- 43 Ya que hasta ahora no existe una exposición clara del tema, creo que no debo desentenderme, antes al contrario, estudiar, cual se merece, la técnica de las señales con el fuego, utilísimas en las operaciones bélicas.
- 2 Es sabido que la oportunidad de una acción contribuye enormemente al éxito de las operaciones, principalmente si son de guerra, y las señales de fuego son lo
- 3 más eficiente entre los ingenios que ayudan a esto. Lo que acaba de suceder, o lo que está sucediendo, puede saberlo quien esté interesado en ello, aunque se encuentre a tres o cuatro días de camino, e incluso más
- 4 lejos. Es siempre sorprendente la ayuda que se puede prestar mediante mensajes por fuego cuando la situación lo requiere. Estos mensajes antes eran muy sim-

¹⁶⁶ En el golfo de Eniane, que también se denominaba así.

¹⁶⁷ Es la transición natural al estudio de las señales con fuego; aquí no se puede menos que pensar en el impresionante monólogo que inicia el *Agamenón* de ESQUILO.

ples y casi siempre eran muy poco útiles para sus usuarios. En efecto: los signos eran preestablecidos. Y 6 como los azares son incontables, la mayor parte de ellos no entraba en las señales decididas, cosa que ocurrió, concretamente, en la acción bélica aquí en cuestión. Con signos convenidos de antemano es fácil noti- 7 ficar que la flota enemiga se encuentra en Óreos, en Peparetos o en la Península Calcídica, pero que algunos 8 ciudadanos han hecho traición, o bien que han cambiado de partido, o que en la ciudad se ha producido una matanza, o cosas por el estilo, que ocurren con frecuencia, pero que son totalmente imprevisibles (precisa- 9 mente lo que ocurre de imprevisto es lo que requiere una decisión y una intervención más inmediatas), esto está totalmente al margen del campo de las señales de fuego: era imposible tener un código para cosas que 10 no se podían prever.

Eneas Táctico ¹⁶⁸, el autor del libro *Tratado de estra-* 44 *tegia*, quiso remediar este defecto y progresó algo, pero todavía quedó muy lejos del mínimo indispensable que se había propuesto ¹⁶⁹, como se verá por lo que sigue. Propone que los que deben comunicarse mutuamente 2 cosas urgentes por medio de señales de fuego han de preparar unas vasijas de arcilla, de dimensiones absolutamente idénticas en anchura y profundidad. Sin embargo, ésta no debe nunca rebasar los tres codos, y la

¹⁶⁸ Eneas Táctico, escritor del s. iv, poco hábil literariamente, pero importante por las noticias que da. El título que de su obra le atribuye Polibio (*Tratado de estrategia*) no parece ser exacto, sino, traducido algo barrocamente, pero al pie de la letra: «Cómo deben resistir unos asediados».

¹⁶⁹ La verdad es que aquí no logro entender el comentario de WALBANK, *Commentary*, ad loc.: «his invective». ¿No habrá un error tipográfico por «inventive»? Pero esta última palabra, en inglés, parece ser sólo adjetivo. Sea como sea, mirado el texto griego, el comentario de Walbank, aquí, es extravagante en el sentido etimológico de la palabra.

- 3 anchura, uno. A continuación deben prepararse unos corchos casi tan anchos como la abertura de las vasijas. En su centro deben fijarse unos palos divididos en secciones iguales, cada una de tres dedos, las cuales han de
- 4 poder distinguirse muy nítidamente. En cada sección deben constar, por escrito, los acontecimientos más propios y ordinarios, habituales en los tiempos de guerra, como, por ejemplo, en la primera sección: «en esta
- 5 región hay caballería enemiga», en la segunda: «infantería pesada», y en la tercera: «infantería ligera». Luego: «infantería y caballería», a continuación: «una flota»,
- 6 y, todavía: «víveres». Se sigue de esta manera hasta haber anotado en todos los espacios lo que es más probable que ocurra, según las previsiones de los entendidos, y lo que las circunstancias condicionan en
- 7 tiempos de guerra. Listos ya estos preparativos, nuestro autor manda perforar todas las vasijas de manera absolutamente idéntica. Los orificios deben ser iguales y deben evacuar la misma cantidad de agua. Una vez llenos los recipientes, deben colocarse encima de ellos los corchos provistos de los palos; entonces deben abrirse los orificios para que manen ambos a la vez.
- 8 Es evidente que, al ser todo igual y su disposición idéntica, a medida que mane el agua descenderá el nivel de los corchos y los palos se irán ocultando en las va-
- 9 sijas. Siempre que se haya comprobado prácticamente que todo lo mencionado funciona al unísono, ya se pueden recoger las dos vasijas y transportarlas al sitio desde donde dos destacamentos deben emitir las señales.
- 10 Entonces, cuando se dé algo de lo anotado en los palos, Eneas indica que los que han de comunicar la noticia levanten una antorcha, esperando que los receptores hagan lo mismo. Cuando las dos antorchas sean bien visibles, los que dan la señal deben bajar su hachón, y ambos equipos deben destapar inmediatamente los
- 11 orificios para que salga agua. El corcho bajará de nivel

y lo anotado en el palo que se quiere comunicar llegará a la altura del borde superior de la vasija. En este instante, el que da la señal ha de levantar la antorcha y 12 los receptores taponarán el orificio de su recipiente para examinar cuál es la parte del palo que se ha nivelado con su borde. Y esto será lo comunicado, puesto que 13 en ambas partes todo se mueve a velocidad idéntica.

Aunque este sistema es algo superior al de las contraseñas convenidas, no deja de ser muy difuso. Evidentemente, no es posible prever todos los hechos futuros, y, aunque lo fuera, es imposible grabarlos en el palo; además, cuando por azar pase algo insospechado, es notorio que por tales medios no se podrá comunicar. E incluso, en las cosas grabadas en el palo no se concreta nada. El número de jinetes o de soldados de infantería atacantes, el paraje preciso de la región, cuántas naves o la cantidad de víveres, todo esto resulta imposible de comunicar. No se puede establecer anticipadamente una contraseña de aquellas cosas futuras que no han sucedido aún. Y esto sería precisamente lo más importante. ¿Cómo se podrá deliberar sobre unos 5 refuerzos, si no se sabe el número de enemigos o dónde están éstos? ¿Cómo se podrá cobrar buen ánimo, o, diversamente, reflexionar sobre algo, si se ignora el número de naves o la cantidad de víveres que envían los aliados?

El último sistema inventado por Cleóxenes y Demócrito¹⁷⁰, que nosotros mismos hemos perfeccionado¹⁷¹, es muy concreto y puede comunicar claramente cualquier urgencia; su empleo reclama, ciertamente, mayor cuidado y atención. Es como sigue: hay que coger las 7 letras del alfabeto ordenadamente y distribuirlas en

¹⁷⁰ Excepcionalmente anotamos que de estos personajes no sabemos nada.

¹⁷¹ Posiblemente, cuando asistió al cerco de Numancia.

- cinco grupos de cinco letras cada uno. En el último grupo faltará una letra, pero esto no constituye estorbo.
- 8 Los dos grupos que deben transmitirse las señales deben preparar cinco tablillas¹⁷² y grabar en cada una de ellas
- 9 una de las secciones del alfabeto. Deben ponerse de acuerdo mutuo: el hombre que debe emitir las señales levantará, primero y a la vez, dos antorchas y quedará con ellas en el aire hasta que el receptor, a su vez,
- 10 levante también dos: esto se hará para comunicarse, mediante las antorchas, que los dos grupos ya se atien-
- 11 den. Bajadas las antorchas, el emisor alzará otra vez una antorcha con su mano izquierda: con ello se indica
- 12 la tablilla que se debe coger, por ejemplo, si es la primera, se levantará la antorcha una sola vez, si es la segunda dos, y así sucesivamente. Luego, con la mano derecha levantará otra antorcha. El sistema es el mismo: se indicará la letra que el receptor de la señal de fuego debe escribir, de la tablilla fijada previamente.
- 46 Puestos de acuerdo en estos extremos, cuando los dos grupos se separen es preciso que cada uno en su puesto disponga de un anteojo con dos pínulas¹⁷³, de manera que el receptor de la señal de fuego pueda distinguir con una el lado derecho y con la otra el izquier-
- 2 do. Las tablillas deben quedar clavadas, erguidas y
- 3 siguiendo su orden, junto al anteojo. Es preciso situar también una pantalla a cada lado tan alta como un hombre, a unos diez pies de distancia; las antorchas se elevarán detrás de ella y, así, darán una señal nítida,
- 4 que desaparecerá cuando se bajen. Supongamos que todo ya está listo en ambas partes. Se quiere hacer una comunicación, por ejemplo: «algunos de nuestros sol-

¹⁷² Cf. VI 34, 8.

¹⁷³ O en lenguaje más moderno: «un telescopio con dos tubos». Naturalmente, no se trata de aumentar la visión, sino únicamente de fijarla en un punto determinado. Sobre este anteojo, cf. IX 19, 9.

dados, más o menos un centenar, se han pasado al enemigo». Primero se deben escoger las palabras, para transmitirlo con el menor número posible de letras, por ejemplo, en vez de lo que se ha dicho, «han de- 5 sertado de nosotros cien cretenses». Ahora el número de letras es inferior a la mitad del de antes, y, sin embargo, el sentido es el mismo. Escrito en una tablilla, 6 se comunicará mediante las antorchas como sigue: la 7 primera letra es una cappa ¹⁷⁴; se encuentra, por consiguiente, en la segunda sección, en la segunda tablilla: se elevará la antorcha dos veces por la izquierda, de modo que el receptor del parte comprenda que debe mirar la segunda tablilla. Luego levantará cinco veces 8 una antorcha por su lado diestro, con lo que comunicará la letra cappa: ésta ocupa, efectivamente, el lugar quinto de la segunda sección y es la letra que deberá anotar en una tablilla el que recibe la señal. A continua- 9 ción levantará la antorcha cuatro veces a su izquierda, porque la rho se encuentra en la sección cuarta, y seguidamente, otras dos veces a su derecha, porque el signo rho es el segundo de su sección. El receptor de la 10 señal de fuego anotará una rho. Y a sí sucesivamente. Este invento permite comunicar cualquier eventualidad 11 de manera muy exacta.

Se necesitan muchas antorchas, porque para cada 47 letra se deben hacer dos signos. Pero si se prepara 2 adecuadamente lo necesario para la tarea, ésta se puede llevar a buen término. En tales misiones los operadores 3 deben haber hecho prácticas, para evitar errores cuando se hagan mutuamente las señales. Muchos ejemplos 4 hacen fácil comprender, al que lo desee, la gran diferencia que hay en una misma actividad cuando se ejecuta por primera vez y cuando se ha convertido en algo rutinario. Multitud de cosas que, en principio, parecen 5

¹⁷⁴ La referencia es al texto griego, naturalmente.

- no difíciles, sino imposibles, al cabo de un tiempo la
6 costumbre las convierte en lo más fácil de todo. Podemos hacer creíble esta afirmación: dejando aparte otras pruebas, lo más claro es lo que pasa con la lectura ¹⁷⁵. En cuanto a ésta, si ponemos, uno junto a otro, a un hombre que no sepa leer, aunque hábil en otros menesteres, y un muchacho que sí sepa leer, y se les da un libro, mandándoles leer lo que hay escrito en él, es evidente que el hombre no podría creer que el que lee primero debe fijarse en la forma de cada letra, después en su valor fonético y, todavía, deletrear; cada
9 una de estas operaciones exige algún tiempo. Cuando compruebe que el muchacho lee de corrido y sin respirar, siete u ocho líneas, le será difícil creer que no
10 había leído ya antes el libro, y no lo creerá en absoluto si el muchacho es capaz de observar las pausas, las
11 inflexiones y los espíritus, ásperos o suaves. Las dificultades previsibles no deben hacer que nadie retroceda ante las cosas útiles. Debemos adquirir el hábito, que hace accesibles al hombre todas las cosas bellas y, principalmente, aquellas en las que muchas veces radica, esencialmente, nuestra salvación.
- 12 Nos ha movido a esta exposición la promesa del principio. Afirmamos que, en nuestra época, todas las artes han progresado tanto, que la mayor parte de ellas se han convertido, de algún modo, en ciencias
13 metódicas. Aquí hay, pues, una de las partes más útiles de una historia escrita convenientemente ¹⁷⁶.

¹⁷⁵ El ejemplo que sigue es bastante frecuente: cf. PLATÓN, *Rep.* II 368d, entre otros.

¹⁷⁶ El optimismo de Polibio es notorio y paralelo al de los sabios de la Ilustración.

Los apasíacos¹⁷⁸ viven entre los
ríos Oxo y Tanais. El primero
*El río Oxo*¹⁷⁷ desemboca en el mar de Hircania,
y el segundo, en el mar Meótico. Ambos ríos son muy anchos

y son navegables; parece extraño, pero la verdad es 2
que los nómadas cruzan el Oxo y van a Hircania a
pie enjuto, con sus caballos. De esto hay alternativa- 3
mente dos explicaciones, una razonable y la otra sorprendente,
pero, con todo, no imposible. El río Oxo 4
tiene las fuentes en el Cáucaso y, en la llanura de Bactria,
crece mucho, debido al gran número de corrientes que
afluyen a él. Corre por un terreno llano y su corriente
es caudalosa y turbia. Luego llega a un berrocal 5
cortado a pico que hay en el desierto, y allí, debido al
caudal, a la fuerza de la corriente y a la altura de la
escabrosidad, proyecta el agua con tanto vigor, que
desde la peña el líquido salta a más de un estadio de
distancia. Y se dice que es por aquí por donde los apa- 6
síacos, junto al roquero y por debajo de la cascada,
van a pie enjuto con sus caballos hacia Hircania. La 7
segunda explicación parece más normal que esta primera.
Se dice que en el lugar por donde salta la cascada
hay unas plataformas grandes. El río se estrella en ellas;
la fuerza de la corriente las excava, y ha practicado ya

¹⁷⁷ Este excursus descriptivo sobre el río Oxo responde, probablemente, a la campaña asiática de Antíoco III en los años 209/208 a. C.

¹⁷⁸ Sin poder precisar exactamente su identidad, debe de tratarse de un pueblo escita que vivía en las orillas septentrionales del curso bajo del Oxo. Sobre la identificación de los dos ríos, el Tanais es con toda seguridad el Don, mientras que el Oxo parece ser el actual Amu-Darya que desemboca en el mar de Aral. Pero si el Oxo y el Araxo (citado por Heródoto) son el mismo río cosa que sostienen algunos comentaristas y estudiosos de la geografía de la antigüedad, entonces se trataría de un brazo del mismo río que desemboca en el mar Caspio.

un orificio profundo. Durante un breve trecho el agua
 8 fluye subterráneamente y, luego, vuelve a aflorar. Los
 bárbaros conocen bien los parajes y hacen la travesía a
 pie enjuto, con sus caballos, hacia Hircania.

49 Cuando le llegó la noticia de
 que Eutidemo¹⁸⁰ estaba con sus
Campaña de Antíoco
*en Bactria*¹⁷⁹ fuerzas en Tapuria¹⁸¹ y de que
 mil jinetes se habían apostado
 para vigilar los vados del río
 Ario¹⁸², Antíoco decidió dejar el asedio¹⁸³ y acomodarse
 2 a la situación. El río estaba a tres jornadas de marcha.
 Los dos primeros días, Antíoco marchó moderadamente;
 al tercer día, después de cenar mandó a los que se
 quedaban levantar el campo a las primeras luces del
 3 alba, y él tomó a sus jinetes, a su infantería ligera y
 a diez mil peltastas y emprendió por la noche una
 4 marcha forzada. Había averiguado que la caballería
 enemiga, durante el día, vigilaba apostada en la misma
 orilla del río; de noche, se retiraba a una ciudad dis-
 5 tante por lo menos veinte estadios. Antíoco hizo, pues,
 de noche el resto de la ruta que le quedaba, porque las
 llanuras se prestaban al galope; cuando alboreó, ya se

¹⁷⁹ Estamos en el año 208 a. C.

¹⁸⁰ Un griego de Magnesia que arrebató el reino de Bactria a Diodoto II. Para información sobre estos personajes y estos sucesos, cf. H. BENGSTON, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, págs. 385/86.

¹⁸¹ Tapuria: la grafía, en el texto griego, no es segura y, por consiguiente, no lo es la ubicación de la población. Quizás se trate de la actual Guriana. *Weltatlas*, I, no habla de Tapuria, pero sí de los tapurios, que sitúa en el extremo sur del mar Caspio. Si la ciudad debe identificarse con Guriana, entonces se trata de la actual Guria, al O. de Herat, en la región central de la frontera entre el Irán y el Afganistán, ya en territorio afgano. Cf. *Gran Atlas*, II, págs. 212 J 19.

¹⁸² El río actualmente llamado Hari-rud.

¹⁸³ No sabemos de qué ciudad.

había anticipado y había hecho cruzar el río a la mayor parte de las fuerzas que estaban con él. Los vigías anunciaron lo sucedido a la caballería bactriana, que acudió a toda brida, y aún en el camino ya estableció contacto con el enemigo. Antíoco comprendió que debía necesariamente aguantar la primera arremetida del adversario. Alineó a dos mil jinetes avezados a combatir junto a él, ordenó que los demás formaran allí mismo en escuadrones y destacamentos, y que todo el mundo se situara en el orden habitual; él personalmente se enfrentó al enemigo con sus jinetes y atacó la vanguardia de los bactrianos. Parece que en este combate Antíoco peleó con más ardor que los mismos hombres que le rodeaban. Las bajas fueron numerosas en ambos bandos, pero los del rey derrotaron al primer escuadrón enemigo. Acudieron en su socorro los escuadrones segundo y tercero bactrianos, y entonces los de Antíoco se vieron en situación desventajosa y cedían terreno vergonzosamente. La mayor parte de jinetes había perdido ya su orden cuando Panétolo dio orden de avanzar: recogió al rey y a sus hombres, que corrían peligro, y forzó a revolversse y a replegarse a los bactrianos que les acosaban desordenadamente. Éstos, perseguidos ahora por los hombres de Panétolo¹⁸⁴, no se detuvieron hasta reunirse con Eutidemo, pero perdieron la mayoría de sus efectivos. La caballería del rey mató a muchos adversarios y capturó a muchos prisioneros; luego se retiró y acampó allí mismo, a la orilla del río. En este choque el caballo de Antíoco fue herido de muerte, y a Antíoco mismo le dieron en la boca y perdió algunos dientes. Fue principalmente aquí donde se ganó su fama de valentía. Después de esta batalla, Eutidemo, presa

¹⁸⁴ Sobre este personaje, cf. V 61, 5; era un mercenario que se pasó de Ptolomeo a Antíoco.

del miedo, se retiró con sus fuerzas a Zariaspa¹⁸⁵, ciudad de Bactria.

¹⁸⁵ Bactra, capital de Bactria, tenía por segundo nombre Zariaspa.

LIBRO XI

(FRAGMENTOS)

Del Prefacio

Seguramente no faltará quien **1a**
inquiera por qué en este libro ¹
no hemos redactado un título ²
semejante a como los hacían los
autores anteriores a nosotros,
sino que, simplemente, hemos compuesto resúmenes
de los hechos de cada olimpiada. En realidad, no creo **2**
inútil la redacción de aquellos títulos; lleva al conoci-
miento de los que gustan de leer, excita y espolea a los

¹ Concretamente el undécimo. Büttner-Wobst sospechan que las palabras: «en este libro», son un añadido del epitomador.

² El lector debe distinguir cuidadosamente entre el sentido del término *prographê* y el de *proékthesis*. El primer vocablo señala la breve anotación compendiada en la parte externa del rollo, que indicaba su contenido: equivale al título que imprimimos en las cubiertas de nuestros libros, pero es más explícito. El segundo vocablo era un índice algo más ampliado del libro y redactado ya en el interior del rollo (recuérdese el *scriptus et in tergo necdum finitus Orestes* del principio mismo de las sátiras de JUVENAL). Polibio dice aquí expresamente que nunca tituló los rollos que contenían sus obras, pero que, en cambio, redactó resúmenes preliminares a algunos libros en particular, o a series. Aquí tenemos, indirectamente, una buena indicación de cómo funcionaban la fabricación y circulación de libros en la época polibiana. Ejemplos claros de *prographê* los tenemos en los libros II-VI de la *Anábasis* de JENOFONTE.

- que se topan con ellos, y, además, los títulos posibilitan encontrar ordenadamente lo que se busca. Sin embargo, he visto descuidados estos títulos, porque se han degradado por muchas causas, algunas de ellas fortuitas. Esto me ha empujado a la otra posibilidad alternativa ³.
- 4 Un resumen previo no sólo tiene el mismo valor de un título, sino que su eficacia es algo superior: su situación es más segura, puesto que viene entrelazado con el argumento. He aquí el motivo que nos ha hecho usar el segundo género en toda esta obra, a excepción de sus seis primeros libros, para los que compusimos títulos. En efecto: en ellos el género de los resúmenes no venía muy a cuento ⁴.

- 1 La llegada de Asdrúbal a Italia resultó muy fácil y rápida ⁶. Por eso la ciudad de los romanos jamás había estado tan excitada y alarmada como cuando esperaba lo que ahora podía suceder * * *.

- 2 Todo esto desagradó a Asdrúbal ⁷. Pero las circunstancias ya no le concedían ninguna tregua: vio que el

³ G. A. LEHMANN, «Polybios und die griechische Geschichtsschreibung», en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 193, por la combinación de este lugar con el grupo de libros I-IV llega a concluir que Polibio hizo una primera edición de los seis primeros libros (I-VI) la cual quizás llegó a ser más amplia y abarcó hasta el XII (primera edición I-XII) en los años 145-144 a. C.

⁴ Hay razones claras para no componer *proéktheseis* en los libros I-VI. Los libros I-II son simplemente introductorios, los III-V tratan de la Olimpiada 140. Sin embargo, Polibio compuso algo así como una introducción a toda su obra en III 1, 5 ss.

⁵ Estamos en el año 207 a. C.

⁶ Paton interpreta: «más fácil y rápida que la de Aníbal». Puede estar en lo cierto, por el número mucho menor de sus efectivos. Quizás la interpretación más correcta fuera la de «mucho más fácil y rápida de lo que se esperaba».

⁷ Hay aquí una laguna que hace incierto lo que desagradó a Asdrúbal. Quizás sea el hecho de que los galos eran demasiado aficionados a la bebida.

enemigo avanzaba, dispuesto en orden de combate, y se vio forzado a ordenar también a los iberos y los galos que se le habían alistado. Colocó en primera línea 3 a sus diez elefantes, aumentó la profundidad de sus filas, aprestó todas sus tropas en un espacio reducido y él mismo se situó en el centro de su formación, a vanguardia, a la altura de sus elefantes. Decidido ya de antemano a vencer o a morir en aquel choque, arremetió contra el flanco izquierdo adversario. Pero el asalto 4 de Livio⁸ fue también formidable: atacó con sus hombres y la refriega se tornó encarnizada. Claudio se había ordenado para la lucha en el ala derecha, pero las dificultades del terreno le impedían avanzar y envolver al enemigo; era porque confiaba en ellas por lo que Asdrúbal se había lanzado contra el ala izquierda adversaria. A Claudio le apuraba el no poder cooperar en 6 nada, pero los mismos acontecimientos le enseñaron qué debía hacer⁹. Por detrás del lugar donde se combatía recogió a sus soldados del ala derecha, rebasó el muro izquierdo de su propio campamento y atacó de flanco a los cartagineses a la altura de los elefantes. Hasta aquel momento la lucha había sido indecisa, por- 8 que en ambos bandos los hombres luchaban con un arrojo idéntico. Si salían vencidos, a los romanos no les quedaba esperanza de salvación, pero tampoco, en el mismo caso, ni a iberos ni a cartagineses. Los elefantes prestaron un mismo servicio a los dos bandos en lucha: abandonados en medio y heridos por los tiros, habían 9 desbaratado tanto las filas romanas como las cartaginesas. Cuando al frente de los suyos, Claudio cayó sobre 10 la retaguardia enemiga la lucha se convirtió en desigual, porque los iberos se vieron atacados de frente y por la espalda. La mayor parte de ellos pereció en la misma 11

⁸ Marco Livio Salinator, cónsul con Claudio Nerón.

⁹ La misma idea se repite en X 30, 7.

batalla. Murieron también seis elefantes junto con los
12 hombres que les conducían; los cuatro restantes se
abrieron paso a través de las hileras y los romanos les
capturaron más tarde, pero no a los indios que cuida-
ban de ellos.

- 2 Asdrúbal fue siempre un hombre valiente, y lo fue
también en esta ocasión suprema. Murió en este choque,
y no merece que le dejemos sin una palabra de alaban-
za. Ya expuse antes que era hermano de Aníbal y que,
cuando éste marchó a Italia, dejó a su cargo las opera-
3 ciones de España. También se han reseñado sus múl-
tiples combates contra los romanos. Debido a los gene-
rales que desde Cartago le remitían a España en calidad
de colaboradores tuvo que vérselas con circunstancias
muy diversas¹⁰, que siempre afrontó de una manera
digna de su padre *Barca*, es decir, con nobleza y coraje;
me refiero a las adversidades y a las derrotas que su-
frió. Todo esto se ha consignado en capítulos anterio-
4 res. Ahora trataré de sus últimas acciones, en las que
me parece particularmente digno de respeto y emula-
5 ción. Se puede comprobar que, en su mayoría, los reyes
y generales que llegan a afrontar una batalla decisiva
se ponen sin cesar ante los ojos la gloria y el provecho
que les reportará la victoria, y monologan acerca de
cada punto si la operación progresa según sus cálculos.
6 En cambio, no colocan en absoluto ante su vista la
derrota, ni piensan qué deberán hacer después de ella.
Lo uno es muy sencillo, y lo otro requiere una gran
7 atención. Son muchos los que por cobardía o por una
abulia innata han convertido en infames unos reveses,
cubriendo así de deshonor sus gestas anteriores. Sus
soldados habían luchado noblemente, pero ellos trans-
8 formaron en ignominioso el resto de su vida. Aquí han

¹⁰ Porque estos generales se peleaban entre sí, apunta con razón Büttner-Wobst.

fallado muchos jefes militares; quien quiera darse cuenta de ello verá que en este punto es máxima la diferencia que va de hombre a hombre. El tiempo pretérito nos ha ofrecido muchos ejemplos. Mientras tuvo una esperanza razonable de realizar una gesta a la altura de su vida anterior, Asdrúbal cuidó no menos que nadie de su seguridad en la batalla, pero cuando la fortuna le retiró cualquier esperanza para el futuro y le ató a aquella circunstancia extrema, ciertamente no omitió preparativo alguno de cara a la victoria ante tal riesgo, pero, previendo igualmente la derrota, trató de afrontar esta eventualidad de modo que no se viera obligado a tolerar algo indigno de su vida pasada.

Hemos dicho todo esto en atención a los que se ocupan de los asuntos públicos. No deben arriesgarse temerariamente ni deben defraudar la confianza de los que creen en ellos, pero no deben tampoco estimar su vida más de lo conveniente y convertir así en vergonzosos y reprochables sus desastres ¹¹.

Tras su victoria, los romanos saquearon en el acto el campamento enemigo y mataron a muchos galos tendidos, ebrios, en sus literas; parecía que degollaran víctimas para el sacrificio. Luego reunieron el resto de prisioneros, de los cuales el erario común ingresó más de trescientos talentos. Entre cartagineses y galos, en la batalla murieron no menos de diez mil hombres; los muertos romanos fueron dos mil. Algunos próceres cartagineses fueron capturados vivos; el resto ¹² murió. Cuando la noticia llegó a Roma, primero no fue creída: tan grande era el deseo de ver el triunfo consumado. Pero se presentaron otros que refirieron lo ocurrido y con detalle; entonces la ciudad se llenó de una ale-

¹¹ WALBANK, *Commentary*, ad loc., dice que aquí hay, sin rodeos, una apología del suicidio, pero la cosa no parece tan clara.

¹² Es decir los próceres restantes.

6 gría loca. Se adornaron los templos, los santuarios se llenaron de holocaustos, de tartas de oblación y libaciones. Los romanos cobraron tal ánimo y confianza que ni tan siquiera les importaba ya que Aníbal, hasta entonces su máximo terror, estuviera todavía en Italia ¹³.

7 Les dijo que el discurso que les habían pronunciado tenía mucha fantasía, pero que no contenía la verdad, sino todo lo contrario.

Grecia: discurso de un embajador ¹⁴

4 «¡Hombres de Etolia! Los hechos evidencian por sí mismos, creo, que ni el rey Ptolomeo ¹⁵, ni la ciudad de los rodios, ni la de los bizantinos, ni Quíos ni Mitilene tienen por algo marginal
2 hacer las paces con vosotros. No es la primera ni la segunda vez que tratamos con vosotros de un entendimiento y, desde que encendisteis la guerra, lo hemos hecho insistentemente; hemos aprovechado todas las
3 oportunidades para recordároslo. Ahora nos guiamos por la ruina que la guerra ha producido entre vosotros y los macedonios, y pensamos en la salvación futura de
4 nuestro propio país y de toda Grecia. Aquí pasa lo

¹³ Esta derrota de los cartagineses es uno de los desastres militares más absolutos de la historia. A algunos autores, incluso, las cifras que da Polibio le parecen muy moderadas. LEÓN HOMO, *Historia de Roma* (traducción de J. FARRÁN Y MAYORAL), 2.^a ed. Barcelona, 1949, pág. 264, piensa que el ejército cartaginés perdió aquí sesenta mil hombres, de los cuales cincuenta y seis mil quedaron tendidos sobre el mismo campo de batalla.

¹⁴ En la discusión subsiguiente al capítulo de H. H. SCHMITT, «Polybios und die Gleichgewicht der Mächte», en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 96, el profesor Pédech nota que ya a Polibio le preocupa la política del equilibrio de fuerzas y que, entre otros lugares, este discurso, que sabemos por Tito Livio que lo pronunció Trasícrates de Rodas, es un buen testimonio de ello.

¹⁵ Ptolomeo IV, que ya quiso mediar entre Etolia y Filippo en el 209 a. C.; cf. TITO LIVIO, XXXVII 30.

mismo que con el fuego¹⁶: si alguien lo prende a algo combustible, las llamas se extienden fortuitamente, dirigidas más que nada por los vientos y por la combustibilidad¹⁷ de los materiales; muchas veces atacan inopinadamente al mismo que las inició¹⁸. La guerra 5 no es algo distinto: a veces pierde, antes que a los otros, a los mismos que la han promovido. Otras veces se esparce y la cabeza fuera de los pueblos limítrofes hace que, siempre renovada e insuflada como por los vientos, destruya injustamente aquello con que da. ¡Etolios! 6 Imaginaos que ahora todos los isleños y todos los griegos de Asia están aquí y que os ruegan que dejéis la guerra y os inclinéis por la paz: también a ellos les importa lo que aquí ocurra. Sed prudentes y atended a las exhortaciones. Si, por un azar, hicierais una guerra 7 estéril, como lo son la mayoría de las guerras, pero noble por los propósitos que la iniciaron y también por el esplendor de sus resultados, se os podría perdonar vuestra ambición. ¿Pero, y si la guerra os llena de opro- 8 bio, de infamia y de maldición? Si es así, ¿no debierais pensarlo mucho? Os voy a decir con toda franqueza lo 9 que opino; vosotros, si sois prudentes, me escucharéis

¹⁶ Polibio debe de pensar, ante todo, en los incendios forestales; por pura casualidad, el traductor vio iniciarse uno en la isla de Creta en el verano del año 1977, y en breves instantes las llamas alcanzaron dimensiones pavorosas.

¹⁷ WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce «por la consunción», que responde a la letra del texto griego, pero creo que mi traducción es más fiel al genio de la lengua castellana. Lo que no puede admitirse es la interpretación de Gronovio: «según la variedad de fuegos», pues presupone una alteración del texto griego que no permiten sus fuentes.

¹⁸ Aquí sí que el texto griego permite dos interpretaciones: a) la dada en la versión, y b) «se giran antes que contra otro contra aquél...». Esta segunda establece un paralelismo absoluto con lo que sigue, pero desde un punto de vista sintáctico la primera es totalmente admisible.

- 10 con calma, ya que es preferible que, aunque ahora que-
deís corridos de vergüenza, os salvéis, a que os halaguen
los oídos para desplomaros muy poco después, arras-
trando en vuestra caída a todos los demás griegos.
- 5 »Poneos ante los ojos vuestra propia ignorancia. Afir-
máis que lucháis contra Filipo en pro de Grecia entera,
la cual, una vez liberada, no deberá obedecer las órde-
2 nes de aquél. La verdad es, sin embargo, que combatís
para arruinar y esclavizar a todos los griegos. Esto es
lo que dice vuestro pacto¹⁹ con los romanos, estableci-
do primero en la letra, pero que ahora vemos traslada-
3 do a la realidad. Ya entonces lo escrito os llenó de opro-
bio, pero ahora los hechos lo han hecho perceptible a
4 todos. Filipo es sólo un pretexto nominal para la guerra.
Él no corre riesgo. Se ha aliado con la mayoría de pelo-
ponesios²⁰, con los beocios, los eubeos, los focenses,
los locros, los tesalios y los epirotas, y es contra todos
estos últimos contra los que vosotros habéis pactado
5 en los términos que siguen: 'las personas y los ajuares
corresponderán a los romanos, las tierras y las ciuda-
6 des, a los etolios'. Si fuerais vosotros los que tomarais
las ciudades no toleraríais que sus habitantes fueran
maltratados ni que se pegara fuego a las poblaciones.
En efecto, estáis convencidos de que esto es cruel y
7 salvaje. Pero con los pactos que habéis suscrito ahora
entregáis gratuitamente a todos los demás griegos²¹,
víctimas de la soberbia y de la arbitrariedad peores.
8 Antes esto no era cosa sabida; ahora vuestros intentos
son notorios debido a los oreítas²² y a los desgraciados

¹⁹ Cf. IX 28-39.

²⁰ Contra la Confederación Aquea. Sobre ésta cf. H. BENG-
STON, *Griechische Geschichte...*, págs. 494 y sigs.

²¹ Excepto los propios etolios, una evidente exageración.

²² Óreo, al N. de Eubea, destruida por el general romano
Sulpicio, a consecuencia de una traición del oreíta Plátor, un

eginetas. Parece como si la fortuna lo hubiera hecho exprofeso: ha subido vuestra confusión a la plataforma de la escena. Éste fue el principio de la guerra y ya 9 veis lo que ha sucedido hasta ahora. Y si todo discurre según vuestros planes, ¿qué final podemos prever? ¿No hay aquí el principio de grandes desastres para todos los griegos? ²³.

»Si los romanos se desembarazan de la guerra de 6 Italia, cosa que sucederá de inmediato, porque Aníbal se encuentra acorralado en una región muy pequeña de los Abruzos, lo lógico será que ataquen con todas 2 sus fuerzas las tierras de Grecia; aparentemente ayudarán a los etolios contra Filipo, pero en realidad nos someterán a todos. Mucho me temo que esto sea demasiado claro. Cuando nos hayan aherrojado, si se proponen 3 tratarnos humanamente, los romanos cosecharán crédito y gratitud; si se conducen con nosotros duramente, se aprovecharán de las muertes y de las haciendas de los supervivientes. Vosotros entonces tomaréis a los 4 dioses por testigos, pero ni los dioses os querrán socorrer ni los hombres podrán hacerlo.

»Esto, hubierais debido verlo al principio, lo cual os 5 hubiera llenado de honor. Pero son muchas las cosas 6 futuras que escapan a las previsiones humanas, por lo que al menos ahora, cuando los hechos os han evidenciado ya lo que va a ocurrir, deberíais deliberar con más acierto de cara al futuro. En el presente no hemos 7 omitido ni decir ni hacer nada de lo que conviene a nuestros amigos verdaderos; en cuanto al futuro, hemos dicho con sinceridad lo que pensamos. Os pedimos an- 8 helantes que no seáis avaros de vuestra libertad y salvación, y que no estorbéis las de los demás griegos.»

comandante de Filipo. El mismo general romano tomó la isla de Egina en el año 210 a. C.

²³ Cf. XVIII 39, 1.

- 9 Al parecer, esto causó una gran impresión en el pueblo. A continuación entraron los embajadores de Filipo, quienes pospusieron el tratar los puntos uno por uno, y dijeron que se presentaban con dos instrucciones:
- 10 «si los etolios se decidían por la paz, él la aceptaba gustoso; de lo contrario, ponía por testigos a los dioses y a los embajadores de toda Grecia, allí presentes, de que no Filipo, sino los etolios iban a ser culpables de lo que en adelante sucediera a los griegos.»
- 7 Casi cogió prisionero a Atalo, que al fin se le escapó, cosa que lamentó mucho ²⁴.
- 2 Filipo marchó hacia el lago Tricónico y llegó a Termo²⁵,
Filipo V en Termo donde estaba el templo de Apolo. Ahora, en su segunda incursión, destruyó todos los exvotos que antes había respetado ²⁶; tanto en aquella ocasión como ahora obró erróneamente cuando dio rienda suelta a su pasión. Es prueba de una necedad máxima tratar sacrílegamente a los dioses ²⁷ cuando uno se ha enfurecido contra los hombres.
- 4 Elopio²⁸, ciudad de Etolia. Polibio, libro undécimo.
- 5 Fiteo, ciudad de Etolia. Polibio, libro undécimo.

²⁴ En el año 208, Filipo V tomó Cino, puerto de Opunte, en el cual se encontraba Átalo, quien, avisado a tiempo, escapó por los pelos.

²⁵ Centro federal etolio, donde estaba el templo de Apolo Termio.

²⁶ En el año 218 a. C.

²⁷ Sobre lo que Polibio piensa acerca de la inviolabilidad de los templos, cf. IV 62, 3 ss.

²⁸ Elopio; según WALBANK, *Commentary*, ad loc., se trata de la actual Mesorouni, en el extremo este del lago Triconio, pero el nombre no consta en el nomenclátor del *Weltatlas*, I; Fiteo es la actual Paleocora; cf. V 7, 7-8, 4.

*Filopemén y los
generales aqueos*

Tres son las maneras²⁹ por las 8
que los que ambicionan llegar a
generales pueden intentarlo razo-
nablemente: la primera, por la
historia y por los conocimientos
que ella proporciona, en segundo lugar por un método 2
y por la enseñanza de hombres experimentados y, en
tercero, por la experiencia práctica en los asuntos bé-
licos. Los generales aqueos no sabían nada de esto. 3
La mayoría de ellos desplegaba una rivalidad infeliz 4
ante las pretensiones inoportunas de otros³⁰. Ansiaban 5
fuera de lo común cortejos y vestimentas, y muchos
ostentaban una elegancia superior a lo que les permi-
tían sus haciendas. De las armas, en cambio, no habla- 6
ban lo más mínimo.

La masa no intenta imitar las características esencia- 7
les de los favorecidos por la fortuna, sí en cambio, las
cosas secundarias, y así convierte en espectáculo su pro-
pia falta de discernimiento, lo cual la perjudica.

Dijo Filopemén³¹ que el fulgor de las armas contri- 9
buye a sembrar el pánico en el enemigo; también ayuda
mucho que ya de fabricación³² se adapten a su uso.
Los aqueos alcanzarían lo conveniente, principalmente 2
si cuidaban de las armas tal como hasta ahora de los

²⁹ Compárese este lugar con IX 14, 1-5.

³⁰ Polibio no especifica más, pero debe tratarse, muy en
general, de gobernantes y prohombres aqueos.

³¹ Aquí se reproduce en estilo indirecto el discurso de Filo-
pemén habido en un consejo (9, 8), cuyos miembros posterior-
mente trasladaron a sus ciudades (10, 7). El discurso debió de
ser pronunciado en Egio. Aunque no sea totalmente seguro, la
fecha debió de ser la del otoño de 208 a. C. La palabra «Filope-
mén» no está en el texto griego, pero comentaristas y traduc-
tores la introducen sistemáticamente en sus textos.

³² Aquí es posible otra traducción: «que se reparen para
adaptarlas más a su uso». WALBANK, *Commentary*, ad loc., se
inclina por esta segunda interpretación.

vestidos y si la negligencia que entre ellos reinaba, en lo que se refiere al armamento, la pasaban a su industria. De ello se aprovecharía su hacienda, a la par que el pueblo reconocería que ellos todavía estaban en situación de salvar la causa común. Por esto, añadió, es imprescindible que quien se dirija a una revista o a una campaña procure, cuando se ponga las tobilleras, que se le ajusten bien y que brillen aún más que su calzado, que sus botas; cuando coja el escudo, la coraza y el casco, debe esmerarse para que sean más limpios y lujosos que su manto y que su túnica³³. El que prefiera su lucimiento a lo necesario para una batalla, de tal preferencia puede deducirse lo que le sucederá en la liza. Filopemén exigía que todos se convencieran de que el lujo en el vestir es propio de mujeres sin demasiado seso. En cambio, la riqueza y la distinción en las armas son propias de hombres rectos, empeñados en salvar brillantemente la patria y en salvarse a sí mismos. Todos los presentes se manifestaron de acuerdo y admiraron tanto el buen juicio de aquella exhortación, que cuando abandonaron el edificio del consejo señalaron inmediatamente los que vestían con lujo excesivo y obligaron a algunos a abandonar el ágora. Y en todo lo dicho se vigilaron más mutuamente, tanto en las incursiones como en las expediciones.

De modo que una sola palabra dicha oportunamente por un hombre digno de crédito muchas veces no sólo retrae de los hábitos más viles, sino que además empuja a los hombres a las acciones más gloriosas. Si el que hace la exhortación tiene una vida privada conforme con lo que dice, su consejo tendrá efectivamente la máxima credibilidad. Y se puede comprobar que esto

³³ Parece que Filopemén hizo cambiar las tácticas de los aqueos, lo que debió de comportar un cambio total en su armamento. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

se daba grandemente en Filopemén. En cuanto a comi- 3
da y vestido era sencillo y poco exigente; lo mismo en
su servicio personal; en su trato era liberal y nada cere-
monioso. La máxima preocupación de toda su vida fue 4
decir siempre la verdad. Por eso hablaba poco, pero
atinadamente; inspiraba una gran confianza en los que
le escuchaban. Aducía como ejemplo su tenor de vida, 5
para lo cual se precisaba hablar muy poco. Ocurría 6
con frecuencia que por la fe depositada en él y por su
conocimiento de los temas con pocas palabras rebatió
largos discursos de sus adversarios políticos que habían
dado la impresión de haber hablado con gran elocuen-
cia.

Finalizó el consejo y todos los delegados regresaron 7
a sus ciudades. Habían aceptado sinceramente tanto al
hombre como a su alegato; se habían convencido de
que bajo su mando no iban a sufrir ningún desastre.
Filopemén acudió en seguida a todas las ciudades; su 8
recorrido estuvo lleno de interés y de energía. Después 9
concentró a los contingentes y los puso en orden. No
habían transcurrido aún ocho meses dedicados a tales
cuidados y preparativos cuando reunió sus fuerzas en
Mantinea para luchar contra el tirano, en favor de la
libertad de todos los peloponesios.

Seguro de sí mismo y creído 11
que el ataque de los aqueos le
venía como obtenido por un voto,
así que fue informado de la con-
centración de Mantinea, Macáni- 2

*Desastre y muerte de
Macánidas* ³⁴

das exhortó a los lacedemonios, en Tegea, lo adecuado
a aquellas circunstancias y, al alba del día siguiente,
marchó hacia Mantinea. Dirigía personalmente la falan- 3
ge del ala derecha y llevaba a sus mercenarios, en dos
columnas paralelas, a ambos lados de su vanguardia;

³⁴ Para Macánidas, cf. X 41, 2 ss.

- detrás seguía el bagaje, una gran cantidad de ingenios
4 de asedio y de proyectiles de catapulta. En aquel mismo momento, Filopemén había dividido sus fuerzas en tres cuerpos y las hacía salir de Mantinea³⁵: a los ilirios, a los coraceros³⁶, a los mercenarios y a la infantería ligera por la ruta que conduce al templo de Poseidón³⁷, por la siguiente, la occidental, salían los soldados de la falange y, por otra inmediata a ésta, la caballería aquea.
5 Su infantería ligera se anticipó y ocupó un altozano que hay delante de la ciudad; se yergue sobre la ruta Jénida³⁸ y sobre el templo citado. A continuación emplazó a los coraceros, hacia el Sur, y seguidamente, a
6 los ilirios. Luego situó la falange, distribuida a intervalos sobre una línea recta a lo largo de un foso que alcanzaba el santuario de Poseidón por la parte central de la llanura de Mantinea, y que conectaba con las mon-
7 tañas limítrofes del país de los elisfasios³⁹. En la entrada de la llanura apostó, en el ala derecha, la caballería aquea, al mando de Aristáneto de Dime⁴⁰, y en la izquierda él personalmente se puso al mando de sus mercenarios formados en líneas paralelas.

³⁵ En WALBANK, *Commentary*, pág. 284, hay un plano con el dispositivo de las fuerzas en esta batalla de Mantinea del 207 a. C.

³⁶ Para estos coraceros, cf. X 29, 6 ss. Paton interpreta que se trata de tropas de caballería, pero es poco probable. Véase su traducción en ese lugar.

³⁷ Cf. IX 8, 11.

³⁸ Ruta Jénida; el nombre quizás indica que guiaba hacia tierras no sometidas al dominio de Mantinea.

³⁹ Este país de los elisfasios, no citado por otras fuentes, pero cuya existencia es segura por un bronce que contiene la leyenda «de los elisfasios aqueos», debía extenderse en dirección oeste desde las montañas citadas.

⁴⁰ Este nombre no es paleográficamente seguro (en el texto griego); quizás deba leerse «Aristeno», lo cual concordaría con XVIII 1, 4 y con XXIV 11, 4.

Cuando la llegada de las tropas enemigas ya fue clara, Filopemén recorrió las unidades de la falange, a las que arengó brevemente, aunque con énfasis, ante el choque inminente. Sin embargo, apenas si le entendieron en lo que les decía. Sus hombres le apreciaban tanto y confiaban tanto en él, aquella masa llegó a un punto tal de ímpetu y de ardor, que su respuesta fue como una explosión de entusiasmo: le invitaba a que tomara el mando sin recelo. En general, si venía a cuento, Filopemén intentaba hacer comprender que mientras el enemigo luchaba bajo una esclavitud infamante e ignominiosa, ellos lo hacían bajo una libertad gloriosa e inextinguible.

Primero, Macánidas dio la impresión de que con su falange en línea recta quería arremeter contra el ala derecha aquea, pero cuando se hubo aproximado más imprimió a sus tropas un giro hacia la derecha, para lo cual se tomó el espacio necesario, y las desplegó en una longitud tal que su ala derecha coincidió con la izquierda de los aqueos; además emplazó sus catapultas delante de su propio ejército, a intervalos iguales una de otra. Filopemén le adivinó la intención: Macánidas pretendía barrer con las catapultas a sus secciones de soldados de la falange, herirle los hombres y desordenarle el ejército. Y no le dio tiempo ni respiro: por medio de sus tarentinos⁴¹ inició violentamente el choque cerca del templo de Poseidón: allí el terreno era llano y muy apto para las operaciones de la caballería. Ante lo que ocurría, Macánidas se vio forzado a hacer lo mismo y mandó entrar en liza a los tarentinos que formaban en su ejército.

El choque inicial de estos tarentinos fue encarnizado, y al cabo de poco tiempo la infantería ligera⁴² ya

⁴¹ Cf. IV 77, 7. Se trata de mercenarios, claramente distintos de la caballería aquea.

⁴² De ambos bandos.

- se aproximaba para reforzar a los que estaban en situación difícil; los mercenarios de uno y otro bando andaban ya revueltos. En efecto: en el combate no se seguía ningún orden y se peleaba cuerpo a cuerpo, de modo que se mantuvo mucho tiempo indeciso; las fuerzas restantes esperaban ver hacia dónde iba a decantarse la polvareda, ya que no podían conjeturarlo: los dos contingentes que se combatían permanecían, en la refriega, pegados a su posición inicial. Pero a la larga los mercenarios del tirano empezaron a ganar terreno, porque eran superiores en número y, además, por su habilidad, pues habían sido adiestrados. Esto es normal y acostumbra a ocurrir siempre: en las guerras, en el mismo grado en que las tropas de las democracias superan en coraje a los súbditos de un tirano, es lógico que los mercenarios de un tirano superen y se distingan de los de las democracias. La razón es que, de los ciudadanos, unos luchan libremente y los otros lo hacen esclavizados, y, paralelamente, unos mercenarios ambicionan mejorar su situación, mientras que los otros sólo quieren rehuir un daño manifiesto. Cuando ha destruido a los que la asediaban, la democracia no necesita de mercenarios que velen por su libertad; la tiranía, en cambio, precisa de tantos más mercenarios cuanto más grande es su ambición: en la misma medida en que maltrata es acechada. La seguridad de los tiranos descansa totalmente en la adhesión y en la fuerza de sus mercenarios.
- 14 También entonces sucedió que los mercenarios de Macánidas se emplearon con tal coraje y vigor, que ni los ilirios ni los coraceros que habían acudido a reforzar a los mercenarios aqueos lograron aguantar la embestida, y huían atropelladamente y con apuros hacia la ciudad de Mantinea, a siete estadios de distancia.
- 2 En aquella ocasión resultó claro y notorio algo que hay quien pone en duda: en la guerra la mayoría de cosas

que ocurren se deben a la habilidad o a la torpeza de los generales. Indudablemente, es algo importante que 3 quien cobra una superioridad inicial eche el resto, pero es algo más importante todavía que quien ve fallidos sus primeros intentos no pierda la cabeza, procure ver dónde los afortunados han obrado irreflexivamente y explote sus errores. Muchas veces podemos contemplar 4 que los que parecían triunfantes al cabo de poco se ven totalmente derrotados, y los que de buenas a primeras parecían perdidos irremisiblemente se revuelven y consiguen hábilmente restablecer su situación cuando nadie lo esperaba. Parece que en esta ocasión a los dos 5 generales les ocurrió esto. La desbandada de los mercenarios aqueos era ya total y su ala izquierda se había difuminado; Macánidas no perseveró en la ejecución de sus planes primeros, que consistían en acosar el flanco y atacar⁴³ frontalmente al resto, decidiendo aquí la batalla. Pero no hizo nada de esto, sino que no se 7 dominó y se desbravó puerilmente acosando a los fugitivos con sus propios mercenarios, como si el terror no se bastara para perseguir hasta las puertas a los que ya habían cedido una vez.

El general de los aqueos procuró sostener a sus mer- 15 cenarios mientras le fue posible: llamaba por su nombre a los oficiales y les acuciaba. Al contemplarles 2 totalmente derrotados no huyó presa del pánico ni se desalentó; mucho menos abandonó su intento. Cuando los perseguidores ya le habían rebasado y el espacio en que se había librado el combate quedó vacío, él mismo se puso al frente del ala de su falange, mandó girar rápidamente hacia la izquierda a las primeras unidades de la falange y avanzó corriendo, pero sin perder la

⁴³ Aquí acepto la lectura de Büttner-Wobst: «atacar» (en el griego, naturalmente), frente a la de los manuscritos, que dice, simplemente, «conducir» (se sobreentiende a sus tropas).

- 3 formación. Ocupó a toda prisa el espacio abandonado,
aisló a los perseguidores enemigos y rebasó el ala de-
4 recha adversaria. Ordenó a la falange que permaneciera
allí sin recelo hasta que él diera la orden de ataque
5 general. Mandó a Polieno⁴⁴ de Megalópolis que concen-
trara a los ilirios, a los mercenarios y a los coraceros
supervivientes que antes habían huido para que flan-
quearan esforzadamente el ala de la falange y acecharan
6 a los que regresaban de la persecución. Sin haber reci-
bido órdenes al respecto, pero engreídos en sus mentes
por su triunfo sobre la infantería ligera, los macedonios
bajaron sus espadas y cargaron contra el enemigo.
7 Avanzando en su ataque, llegaron al margen del foso.
Tanto porque ya les era imposible retroceder, ya que
8 estaban a tiro del adversario, como porque desdeñaban
el mismo foso, de pendiente muy suave y sin agua ni
ninguna maleza, se lanzaron dentro irreflexivamente.
16 Filopemén había previsto ya mucho antes aquella
coyuntura contraria al enemigo; entonces ordenó a su
2 falange atacar con las espadas en alto. Los aqueos
arremetieron todos a la vez con un griterío formida-
ble; los lacedemonios, al entrar en el foso, habían roto
sus filas y ahora, que debían subir contra el enemigo
3 que tenían encima, se acobardaron y huyeron. En su
mayor parte perecieron allí, unos a manos de sus riva-
4 les, otros a manos de sus propios compañeros. Y esto
no fue ni por casualidad ni por azar. Se debió a la
perspicacia del general aqueo, que ya de antemano ha-
5 bía dispuesto un foso delante suyo. Filopemén no re-
huía el combate, como algunos suponían, sino que lo
calculó todo exactamente, con gran arte militar: si
Macánidas al llegar hacía avanzar sus fuerzas sin aten-

⁴⁴ Algunos editores y comentaristas leen aquí el nombre del propio Polibio, pero es muy improbable que él interviniera personalmente en la batalla.

der al foso, a su falange le ocurriría precisamente lo que se acaba de describir y que en realidad pasó; si 6 preveía la dificultad del foso y modificaba sus planes, debería deshacer la formación de sus fuerzas, dando así una impresión de cobardía y exponiéndose en una marcha muy larga. Aunque no se librara un choque decisivo, él tendría muchas más oportunidades de victoria que Macánidas. Es cosa ya ocurrida a muchos: 7 tras haber adoptado un dispositivo de combate se han creído en inferioridad de condiciones para luchar contra el enemigo, ya sea por la configuración del terreno, ya por creerle superior numéricamente, ya sea por otras causas, y se han arriesgado a marchar en una columna 8 prolongada, por la confianza de salir victoriosos gracias al arrojo de la retaguardia; otros creían que se desembarazarían sin peligros del enemigo. En cuanto a esto, 9 a los generales les ocurre casi siempre * * *.

De modo que Filopemén no erró en sus previsiones 17 acerca de cómo irían las cosas, ya que de parte de los lacedemonios se produjo una desbandada general. Cuando comprobó el triunfo de su falange y que la operación le prosperaba espléndidamente, emprendió la ejecución de la parte restante de su plan: era que Macánidas no se le escapara. Había visto que éste y sus mercenarios, 3 en la excitación de su caza, habían quedado copados en el espacio existente entre el foso y la ciudad y esperó su regreso. Macánidas, ya de vuelta, comprobó 4 cómo sus fuerzas huían. Vio que había avanzado excesivamente y perdió toda esperanza. Condensó en torno suyo a los mercenarios que iban con él e intentó sin dilaciones irrumpir, con los hombres que había reunido, por en medio de los diseminados y de sus perseguidores. Algunos que lo vieron de momento le esperaron, 5 pues confiaban poder salvarse así. Pero cuando se acercaron a la pasarela tendida sobre el foso y constataron que los aqueos la vigilaban, entonces perdieron los 6

ánimos y dejaron solo a Macánidas; cada uno buscó
7 por sí mismo su salvación. También el tirano dejó el
sendero del puente y cabalgaba por el borde del foso:
todo su interés radicaba en dar con un paso.

18 Filopemén reconoció a Macánidas por su vestido de
púrpura y por los arreos del caballo. Confió a Anaxída-
mo y a sus hombres la custodia de la pasarela, con la
orden de no perdonar a mercenario alguno, pues han
sido siempre éstos los que, en Esparta, han sostenido
2 las dictaduras; él tomó a Polieno de Cipáriso y a Simias,
sus ayudantes de turno, y se lanzó por el lado opuesto
del foso a la persecución del tirano y de sus escasos
3 acompañantes, pues se le habían juntado dos hombres,
4 Arexídamo y un segundo mercenario. Macánidas encon-
tró un lugar por donde el paso era fácil, espoleó a su
caballo y le forzó a avanzar. Entonces Filopemén se
volvió y lo atacó, lo hirió certeramente con su lanza y
lo remató con la contera, matando así al tirano en una
5 escaramuza. Los que acompañaban a Filopemén mata-
ron a Arexídamo. El tercer hombre ya no intentó atra-
vesar y, mientras los otros dos morían, él se puso a
6 buen recaudo. Así cayeron los dos; los de Simias des-
pojaron a los muertos, les cogieron las armas y se diri-
gieron rápidamente hacia los suyos, empeñados aún en
7 la persecución; ansiaban evidenciar a sus camaradas
la muerte del general enemigo y conseguir, con ello,
que acosaran con más coraje y más despreocupación
8 al enemigo hasta la ciudad de Tegea. Todo ello contri-
buyó mucho al ardor de los soldados y no fue la menor
causa por la que los aqueos se apoderaron de esta plaza
ya en el primer ataque. En los días siguientes acampa-
ron a orillas del Eurotas; dominaban indisputadamente
9 la región. Durante mucho tiempo habían sido incapaces
de expulsar al enemigo de su propio territorio, y ahora
10 devastaban sin miedo Laconia. En la batalla los aqueos
sufrieron pocas bajas, y, en cambio, dieron muerte a

más de cuatro mil lacedemonios, capturaron un número aún mayor de prisioneros y se apoderaron de todo el bagaje y del armamento enemigo.

Italia; elogio de Aníbal *Lo dice Polibio*⁴⁵: ¿Qué ganan **19a**
los lectores con seguir combates
y guerras, el asedio y el pillaje
de las ciudades, si no llegan a
conocer las causas por las que,

en cada hecho, unos han alcanzado el éxito, mientras que otros se han hundido? El resultado de las acciones **2**
interesa a todos los lectores, pero las decisiones previas de los responsables⁴⁶ si la investigación se hace como es debido, aprovechan a los estudiosos. Lo más **3**
fructuoso para los que se toman estas cosas muy en serio es el tratamiento que lo demuestra todo con detalle.

¿Quién no alabaría el saber militar, el coraje y el **19**
vigor de Aníbal en sus campañas, si considera el largo **2**
tiempo que duraron, si piensa en las batallas que libró, de menor o mayor envergadura, en los asedios que emprendió, en las ciudades que desertaron de uno y otro bando⁴⁷ y reflexiona, además, sobre el alcance del conjunto de sus planes, sobre su gesta, en la que Aníbal **3**
guerreó ininterrumpidamente dieciséis años contra Roma en tierras de Italia, sin licenciar jamás las tropas de sus campamentos? Las retuvo, como un buen piloto, bajo su mando personal. Y unas multitudes tan enormes jamás se le sublevaron ni se pelearon entre ellas, por más que echaba mano de hombres que no eran ni del

⁴⁵ Estas palabras son del epitomador.

⁴⁶ Traduzco según la convincente interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁴⁷ También aquí se traduce según la interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc., preferible, a mi entender, a la traducción de Paton y de Schweighäuser: «a sus pasos de ciudad a ciudad».

- 4 mismo linaje ni de la misma nacionalidad. En efecto, militaban en su campo africanos, iberos, ligures, galos, fenicios, italianos, griegos, gentes que nada tenían en común a excepción de su naturaleza humana, ni las
- 5 leyes, ni las costumbres, ni el idioma. A pesar de todo, la habilidad de Aníbal hacía que le obedecieran, a una sola orden, gentes tan enormemente distintas, que se sometieran a su juicio aunque las circunstancias fueran complicadas o inseguras, y ahora la fortuna soplara estupendamente a su favor, y en otra ocasión al revés.
- 6 Desde este punto de vista es lógico que admiremos la eficiencia de este general en el arte militar. Sin temor a equivocarnos podemos decir que si hubiera empezado atacando las otras partes del mundo y hubiera acabado por Roma, no habría fallado en sus propósitos⁴⁸.
- 7 Pero empezó dirigiéndose contra los que hubieran debido ser los últimos: inició y acabó sus gestas peleando contra los romanos.

20

Asdrúbal concentró las tropas cartaginesas desde las ciudades donde pasaban el invierno⁴⁹. Avanzó y acampó en las cercanías de la población llamada Ilipa⁵⁰; man-

dó excavar un foso al pie de sus montañas. Disponía de una llanura muy favorable para un choque o una

- 2 batalla campal. Contaba con setenta mil soldados de infantería, cuatro mil jinetes y treinta y dos elefantes.
- 3 Escipión mandó a Marco Junio⁵¹ a Cólicas a recoger las fuerzas que había reclutado para él, tres mil hombres
- 4 de a pie y quinientos de a caballo. Él personalmente tomó a los aliados restantes e inició la marcha: avan-

⁴⁸ De dominio universal, arrebatándola a Roma.

⁴⁹ No lejos de Cádiz; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁵⁰ La actual Carmona.

⁵¹ Marco Julio Silano.

zaba hacia la realización de sus planes. Se aproximaba 5 ya a Cástulo por los parajes de Bécula⁵², donde proyectaba reunirse con sus tropas de Cólicas, al frente de las cuales iba Marco Junio. Pero allí las circunstancias le pusieron en una situación difícil. Las fuerzas 6 romanas de que disponía no le bastaban para arriesgar por sí solas un choque, sin el apoyo de los aliados; por otra parte le parecía inseguro y absurdo empeñar una batalla decisiva en la que debería depositar íntegramente sus esperanzas en los aliados. Pero en medio 7 de sus vacilaciones las circunstancias le apremiaban y se vio obligado a echar mano de sus iberos para causar impresión en el enemigo. Sin embargo, la lucha la entablaría con sus propias legiones. Tal era su proyecto. 8 Alzó el campo con todos sus hombres, unos cuarenta y cinco mil infantes y tres mil jinetes. Se aproximó a los 9 cartagineses y, cuando los tuvo a la vista, acampó delante de ellos, en unas lomas⁵³.

Magón creyó que se les ofrecía una oportunidad 21 magnífica para atacar a los romanos cuando todavía acampaban. Tomó consigo la mayor parte de su caballería y, además, a Masinisa⁵⁴ con sus africanos, y se lanzó contra la acampada romana, convencido de que cogería desprevenido a Escipión. Éste, sin embargo, ha- 2 bía adivinado el futuro y había apostado detrás de una loma un número de jinetes no inferior al de los cartagineses, que se vieron atacados cuando no lo espera- 3 ban. Ante lo imprevisto de aquella aparición romana, muchos cartagineses se dieron a la fuga y cayeron de

⁵² Cástulo era una población importante de los oretanos, actualmente Cazlona, junto a Linares, provincia de Jaén; sobre Bécula, cf. nota 146 del libro X.

⁵³ Llamada actualmente de Pelagatos; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁵⁴ Cf. IX 25, 4.

los caballos⁵⁵, aunque otros establecieron contacto con
4 el enemigo y lucharon bravamente. Pero los jinetes ro-
manos eran muy hábiles y descabalgaban, por lo que
los jinetes cartagineses, que sufrían muchas bajas, ce-
5 dieron tras una breve resistencia. Primero se retiraban
sin romper su formación, pero, cuando los romanos
apretaron, disolvieron sus escuadrones y huyeron des-
6 ordenadamente a su campamento. Esto hizo que los
romanos cobraran más ánimos para la lucha, mientras
7 que entre los cartagineses cundía el desánimo. Luego,
durante unos días, ambos bandos hacían salir sus tropas
a la llanura que mediaba entre los dos campamentos;
se tanteaban mutuamente con escaramuzas de caballería
y de infantería, y así acabaron por lanzarse a la batalla
campal decisiva.

22 Parece que en aquella ocasión Escipión usó de dos
2 estratagemas. Había observado que Asdrúbal hacía salir
a sus fuerzas ya bastante entrado el día, situaba en
medio a sus africanos y distribuía a los elefantes por
3 las dos alas. Él hacía salir a sus tropas más tarde toda-
vía, situaba a los romanos en el centro de la formación
enfrentados a los africanos y, en el extremo de ambas
alas, emplazaba a los iberos. El día en que había deci-
dido dar la batalla hizo todo lo contrario de lo reseña-
do, con lo que facilitó mucho el triunfo de sus hom-
4 bres, al poner en inferioridad al enemigo. Apenas al-
boreó, mandó a sus ayudantes con la orden, impartida
a tribunos y a soldados, de que tomaran un rancho y,
luego, salieran al campo con las armas; debían colo-
5 carse delante del foso. Naturalmente, fue obedecido, y

⁵⁵ Algunos comentaristas no creen en una caída de jinetes de sus caballos tan masiva que obligara a consignarla por escrito, pero la lectura del manuscrito griego no ofrece dudas. A pesar de ello, algunos editores del texto griego han propuesto la lectura «se dispersaron».

aun con buen ánimo, porque todo el mundo se imaginaba lo que iba a suceder. Entonces mandó avanzar a su caballería y a su infantería ligera: debían aproximarse al campamento enemigo e iniciar una escaramuza audaz. Así que hubo salido el sol, apareció él personalmente con la infantería pesada, avanzó y, cuando alcanzó el centro de la llanura, allí formó a los suyos, pero con un dispositivo distinto al habitual: colocó en medio a los iberos y a los romanos en las alas. Los cartagineses apenas si tuvieron tiempo de armarse: la caballería enemiga se había acercado súbitamente al foso y el resto de las tropas romanas había ya formado. Todo esto forzó a los oficiales de Asdrúbal, cuyos hombres estaban todavía en ayunas, a enviar, sin ningún tipo de preparación para tal eventualidad, a la llanura, a enfrentarse con la caballería romana, a su propia caballería y a la infantería ligera, mientras que Asdrúbal ordenó para el combate a la infantería pesada cartaginesa en el llano no muy distante del pie de las lomas, que era donde habitualmente se colocaba. Pasó algún tiempo hasta que los romanos se movieran. Ya entrado el día, el choque de las dos infanterías ligeras seguía indeciso y equilibrado, porque los que se encontraban en apuros se replegaban hacia sus falanges y, allí, se revolvían para regresar al combate. Entonces, Escipión empezó a recoger en los espacios libres que quedaban entre los destacamentos a los que se retiraban de las escaramuzas, los distribuyó detrás de los que habían formado en las dos alas, primero los vélites y detrás de éstos los jinetes, y empezó el ataque en toda regla avanzando en una fila que trazaba una línea recta. Cuando estaba a un estadio de distancia del enemigo ordenó avanzar también a los iberos dispuestos del mismo modo. En el ala derecha las unidades de infantería y los escuadrones de caballería debían girar hacia su

derecha, y en el ala izquierda las tropas correspondientes, a la izquierda⁵⁶.

- 23 Él en persona tomó a su mando, en el ala derecha, los tres escuadrones de caballería que abrían la marcha; Lucio Marco y Marco Junio mandaban los de la izquierda; delante avanzaban, como es normal, los vélites y tres secciones, que entre los romanos se llaman
- 2 cohortes. Así pues, los romanos avanzaron a paso ligero en columna contra el enemigo: Escipión giraba hacia la derecha y los otros⁵⁷ hacia la izquierda; las líneas de detrás seguían siempre la inflexión de las de
- 3 delante. Cuando los romanos estaban ya casi tocando al enemigo, la primera línea frontal de los iberos, que avanzaban al paso, quedaba todavía lejos. Las dos alas romanas enfilaron contra los rivales, que era lo que
- 4 respondía a los cálculos iniciales de Escipión. Los movimientos siguientes, que posibilitaron a los que iban detrás alinearse a la misma altura de los que les precedían y establecer contacto con el enemigo en vistas a la batalla, fueron en direcciones contrarias tanto en las dos alas como en la caballería y en la infantería.
- 5 En efecto, la caballería y la infantería ligera del ala derecha viraron en su misma dirección, procurando envolver al adversario; la infantería pesada, al revés, giró
- 6 a la izquierda. En el ala izquierda los manipulos⁵⁸ torcieron hacia la derecha y la caballería y los vélites a la
- 7 izquierda. Este último movimiento hizo que, en ambas alas, la derecha de la caballería y de la infantería ligera
- 8 se convirtiera en la izquierda. A este detalle, Escipión no le prestaba demasiada importancia; preveía algo más decisivo, que era desplegarse en una línea que re-

⁵⁶ En WALBANK, *Commentary*, pág. 301, hay un esquema del dispositivo del avance romano.

⁵⁷ Lucio Marco y Marco Junio.

⁵⁸ Es decir, la infantería.

basaría los flancos enemigos. Su cálculo resultó exacto. Un general debe saber siempre lo que ha sucedido y 9 utilizar unas maniobras tácticas que favorezcan su acción.

Como consecuencia de este choque, los elefantes, 24 heridos por los tiros de la caballería y de los vélites, hostigados desde ambos frentes, lo pasaron muy mal y dañaron, por igual, a romanos y a cartagineses: corrían al azar por ambos bandos y aplastaban a todos los que hollaban. En las alas, la infantería cartaginesa 2 estaba en situación difícil y el centro, donde formaban los africanos, la flor y nata de aquel ejército, no podía hacer nada: no podía ir en socorro de las alas, 3 porque así habría dejado un espacio libre para la arremetida de los iberos, ni, si permanecían en su sitio, llegaban a ser útiles, porque el enemigo que tenían delante no estaba a su alcance. Con todo, durante algún 4 tiempo las alas cartaginesas lucharon bravamente, ya que en ambas el choque era decisivo. Sin embargo, 5 cuando el calor llegó a su grado máximo los cartagineses ya estaban extenuados, porque habían salido no por propia iniciativa y no se habían podido preparar debidamente. Los romanos, con una moral más alta, eran 6 superiores también físicamente, con más razón aún porque sus soldados mejores peleaban contra los más flojos del adversario, debido a la previsión de su general. Los 7 hombres de Asdrúbal empezaron a retroceder, lentamente, a pesar del apuro en que se hallaban; después giraron todos en redondo y se retiraron hacia el pie de la montaña; cuando el ataque romano se generalizó huyeron en desorden hacia su foso. De no salvarles un 8 dios, los romanos les hubieran echado, incluso, del campamento. Pero precisamente entonces se formó en 9 la atmósfera un aguacero extraordinario, descargaban lluvias continuas y torrenciales, tanto, que los romanos

se las vieron y se las desearon para alcanzar su campamento.

10 Ilurgia ⁵⁹, ciudad de España. Polibio, libro undécimo.

11 La mayor parte de las muertes romanas se debieron a quemaduras recibidas mientras buscaban oro y plata fundidos.

24a Cuando hubo expulsado a los cartagineses de España, todo el mundo felicitaba a Escipión y le rogaba que descansara y que se entregara al ocio, puesto que había concluido la guerra. Él repuso que les envidiaba, 2 ya que creían esto; él, sin embargo, pensaba ahora más que nunca cómo podría empezar la guerra contra 3 Cartago, ya que hasta entonces eran los cartagineses los que habían hecho la guerra a los romanos, pero, en el presente, la suerte había concedido a éstos la iniciativa en la guerra contra los cartagineses.

4 Escipión dialogó con Sifax ⁶⁰ y fue tan noble, habló con tanta humanidad y acierto, que días más tarde Asdrúbal ⁶¹ le dijo a Sifax que Escipión le parecía más temible aún en la conversación que en el campo de batalla.

25

*Motín en el ejército
romano*

En el campamento romano algunos se amotinaron y Escipión, a pesar de que tenía una experiencia más que suficiente, sin embargo se vio en un apuro y en una dificultad superiores a las de otras veces. Lo cual 2 era lógico. Las causas externas que dañan nuestros cuerpos, quiero decir el frío, el calor, el cansancio, las

⁵⁹ Seguramente, Lorca.

⁶⁰ Lo cual significa que pasó al N. de Africa; en efecto, Sifax era rey de los masasilios, y su capital era Sifa, ciudad que unos comentaristas identifican con Orán, y otros, con Argel.

⁶¹ El hijo de Gescón, que también estaba en Sifa.

heridas, contra todo esto es fácil precavernos, y si, con todo, lo sufrimos, el remedio está a nuestro alcance; en cambio, las úlceras que se forman en nuestros organismos, las enfermedades que contraemos son difíciles de prever y, cuando nos asaltan, arduas de combatir: lo mismo ocurre, debemos suponerlo, en la política y en los campamentos. En efecto, el remedio contra asechanzas externas y guerras, su antídoto, es bien sabido, si es que de verdad se está alerta⁶²; en cambio, las revueltas internas, las civiles, las revoluciones y los desórdenes públicos son de curación difícil; exigen gran habilidad y una perspicacia enorme, excepción hecha de una sola regla que, por lo menos yo lo creo así, se acomoda a todo, a campamentos, ciudades y hombres: es la norma de no tolerar nunca una ociosidad excesiva, una holganza de las que reseñé en otra ocasión, que se da, principalmente, cuando las cosas marchan bien y se nada en la abundancia.

Escipión, que era muy activo, como ya se dijo al principio⁶³, era también perspicaz y expeditivo. Reunió a sus tribunos y les explicó el plan que sigue para salirse de aquel mal paso: les dijo que era preciso prometer a los soldados el cobro de sus haberes y que, para hacer creíble tal anuncio, debían empezar por exigir a las ciudades el pago de las contribuciones impuestas para el sostenimiento del ejército; debían poner interés en reunir estos fondos, como si los preparativos se encaminaran realmente a solucionar el problema de las pagas. A continuación los tribunos harían un segundo recorrido para rogar y exhortar a los soldados que salieran de su error y se dirigieran a él para cobrar sus sueldos personalmente, ya en grupos, o todos a la vez.

⁶² Aquí se podría traducir con un giro castellano, que recubre exactamente el griego: «sí es que se está encima».

⁶³ Cf. X 3, 1.

- 11 Una vez realizado esto, aclaró Escipión, sería la hora de pensar cómo se procedería ulteriormente.
- 26 Con esta intención, los tribunos al día siguiente empezaron a recaudar fondos⁶⁴ * * *. Cuando los tribunos comunicaron la decisión a Escipión, éste se dio por enterado y participó al consejo⁶⁵ lo que procedía. Se señaló el día en que se debían presentar los soldados. Se perdonaría a la masa, pero los promotores serían castigados duramente. Eran, en número, unos treinta y cinco. Llegó el día fijado y los amotinados acudieron para reconciliarse y percibir su soldada. Escipión había ordenado secretamente a los tribunos a los que se había encomendado este cometido que precedieran personalmente a los sediciosos y que, cada uno de ellos, eligiera a cinco cabecillas de los amotinados: debían tratarles cordialmente e invitarles a que les acompañaran, si podían lograrlo, a sus tiendas respectivas, o de lo contrario, al menos a una cena con la correspondiente sobremesa. Tres días antes ordenó a los de su propio campamento que dispusieran víveres para bastante tiempo, con el pretexto de dirigirse, bajo las órdenes de Marco Silano, contra el desertor Indíbil⁶⁶. Esto hizo que los amotinados cobraran más confianza; creyeron que cuando trataran con el general, lo harían desde una

⁶⁴ De las ciudades aliadas. Pero seguramente nos encontramos ante una laguna bastante extensa en el texto griego, pues Tito Livio cuenta que los soldados se reunieron en asamblea para decidir si acudían a Cartagena a cobrar sus haberes en grupos pequeños o el contingente entero; se decidieron por esto último. (Tito Livio, XXVIII 24, 15).

⁶⁵ Sobre la composición de este consejo de guerra, cf. XIV 2, 11.

⁶⁶ Aquí traduzco según el texto conjetural de Büttner-Wobst, al que añado la palabra del manuscrito griego (suprimida por los editores alemanes): «desertor». Creo que así queda plenamente explícita la situación.

situación de fuerza, dado que las tropas del otro campamento se habían ausentado.

Llegaron cerca de la ciudad, cuando Escipión ordenó 27 a los demás soldados que al día siguiente se pusieran en marcha al alborear, con sus bagajes; a los tribunos 2 y a los oficiales les mandó que, así que hubieran salido de la ciudad, hicieran que la tropa se descargara del equipaje y quedara, armada, junto a las puertas; después, ellos mismos debían repartirse por ellas y vigilar que no saliera por allí ningún revoltoso. Los tribunos 3 encargados de recibir a los amotinados, cuando éstos se llegaron a ellos, les trataron afablemente, según las órdenes recibidas. Se les había mandado también de- 4 tener, después de la cena, a los treinta y cinco hombres y custodiarlos atados; nadie ⁶⁷ podría salir del recinto, excepción hecha de un hombre por oficial, que iría a notificar al general que ya se había llevado a cabo todo. Cuando los tribunos hubieron cumplido las órde- 5 nes, al día siguiente Escipión comprobó que al alborear los soldados que habían llegado ya estaban concentrados en el ágora, por lo que convocó la asamblea. Se dio 6 la señal y todos concurrieron a la junta como era costumbre, pero perplejos en su pensamiento acerca de cómo verían al general y acerca de lo que les diría ⁶⁸ en aquellas circunstancias. Escipión, entonces, mandó 7 mensajeros a los centuriones de las puertas con la orden de hacer entrar las fuerzas armadas que debían de rodear a la asamblea. Luego avanzó y, así que apareció, los pensamientos de todos cambiaron. Casi todos creían 8 que se encontraba aún en una situación de inferioridad; entonces, cuando, de manera súbita e inesperada, le

⁶⁷ «De los amotinados que habían entrado en Cartagena», interpreta WALBANK, *Commentary*, ad loc., pero esta restricción es dudosa.

⁶⁸ El griego admite un matiz ligeramente distinto: «qué instrucciones les daría»; parece preferible la versión del texto.

vieron firme, el pánico se apoderó de todos con sólo contemplarle.

- 28 Y él empezó a hablar; les manifestó que encontraba extraño que se hubieran amotinado, tanto si era por descontento, como porque esperaban extraer algún
2 provecho. Ya que tres son las causas, dijo, por las cuales los hombres se atreven a rebelarse contra su patria y sus gobernantes: cuando deben reprocharles algo con enfado, cuando les tratan duramente y, por lo tanto, cunde un descontento general, o, ¡por Zeus!, cuando se ven elevados a las esperanzas más altas y más bellas.
3 «Y ahora me pregunto: ¿cuál de estas cosas os ha pasado? Es evidente que estabais descontentos de mí
4 porque no habíais cobrado vuestros salarios. Pero de esto yo no tengo la culpa: en lo que depende de mi
5 mando, jamás os faltó nada del sueldo. Luego estáis descontentos de Roma, porque no os ha liquidado lo que
6 se os debe desde hace mucho tiempo. ¿Pero era imprescindible que para reclamarlo os convirtierais en desertores de la patria, en enemigos de la que os ha nutrido? ¿No podíais acudir a mí, por lo que toca a esto, y pedir a otros amigos que apoyaran vuestra gestión y os ayudaran? Ésta habría sido, me parece, la mejor solución.
7 A los que pelean en calidad de mercenarios de alguien se les puede perdonar si se amotinan a causa de los sueldos, pero para los que luchan en pro de sí mismos, de sus mujeres e hijos, no hay indulgencia posible.
8 Hacen, poco más o menos, lo que un hijo que dijera que su padre le ha engañado en cuestiones de dinero y se fuera contra él, armado, para matar a aquél a quien
9 debe la vida. ¡Por Zeus! ¿Es que os he impuesto fatigas y peligros superiores a vosotros que a los demás? ¿Es que he distribuido a los otros más ganancias, más
10 botín? No os atreveréis a decirlo, y si os atrevierais, no lo podríais demostrar. ¿Cuál es, pues, la causa de
11 este descontento que ha hecho que os amotinéis contra

mí? Esto es lo que exijo saber. Pero creo que nadie de vosotros puede decir nada, ni tan siquiera imaginarlo.

»No puede ser por descontento de vuestras condiciones actuales: ¿cuándo la situación ha sido mejor que la de hoy? ¿Cuándo ha tenido Roma éxitos superiores a los presentes? ¿Cuándo habéis tenido los soldados perspectivas más halagüeñas que las de ahora? Es posible que algún insatisfecho diga que se esperaban más ganancias a costa del enemigo, y unas promesas mayores y más firmes. ¿Pero de qué enemigo? ¿De Indíbil y de Mandonio?⁶⁹. Sabéis muy bien que traicionaron a los cartagineses para pasarse a nosotros, pero ahora han roto por segunda vez sus juramentos y sus lealtades y se han declarado adversarios nuestros. ¡Es realmente digno de encomio que confiéis en ellos y os convirtáis en enemigos de vuestro propio país! ¡No abriguéis la menor esperanza de conquistar España! Ni tan siquiera si os hubierais unido a Indíbil, tendríais fuerza suficiente para arriesgaros contra nosotros; mucho menos la tendríais vosotros solos. ¿Pues en qué confiabais? Me gustaría que me lo dijerais. ¿Quizás, por Júpiter, en la confianza que tenéis en vuestro propio coraje, en la experiencia de los que habéis elegido como cabecillas? ¿Quizás, incluso, en las haces y en las hachas que les preceden? Sería indecoroso continuar hablando de cosas así. Pero es que de esto no hay nada, hombres; no tenéis la más mínima justificación ni delante de mí ni delante de la patria. Por esto, yo aduciré, en defensa vuestra, delante de Roma y delante de mí mismo, lo que es una justificación válida para todos los hombres: una masa humana resulta fácil de engañar, se la puede seducir sencillamente para

⁶⁹ Cf. IX 11, 3; X 18, 7-15. Indíbil fue rey de los ilérgetes, que vivieron entre Zaragoza y Lérida. Les llegó la falsa noticia de la muerte de Escipión y se declararon independientes de Roma. (TITO LIVIO, XXVIII 24, 3-4).

cualquier cosa. El mar y las multitudes padecen una enfermedad parecida: por su propia naturaleza el mar es inofensivo y seguro para los que lo utilizan, pero si el huracán se precipita violento encima de él, entonces demuestra a los navegantes cómo son los vientos que lo rodean; no de otro modo es la masa y se muestra, a los que la sirven, tal como son sus consejeros y dirigentes. Ahora yo y mis oficiales, los del campamento, os perdonamos y os aseguramos que ya hemos olvidado los agravios que nos habéis inferido, pero con los cabecillas vamos a ser implacables; vamos a castigarles como merece su traición contra la patria y contra nosotros mismos.»

30 Dijo esto e, inmediatamente, dio una contraseña. Los hombres armados que rodeaban la asamblea hicieron ruido golpeando con las espadas sus escudos y, entonces, fueron introducidos, desnudos y amarrados, 2 los que habían promovido el motín. La masa se sobresaltó, tanto por miedo a los que los rodeaban como por el trágico espectáculo que tenía ante sus ojos: unos eran azotados hasta morir, otros perecían a hachazos. Nadie movía ni los ojos, incapaz de decir algo: todo el mundo estaba atónito y aterrado por lo que sucedía. 3 Una vez ejecutados los cabecillas de aquella sublevación, sus cadáveres fueron arrastrados al centro entre escarnios; Escipión y sus oficiales juraron al resto de los sublevados que jamás recordarían aquel episodio 4 para perjudicar a alguien. Los amotinados, a su vez, desfilaron uno por uno y juraron delante de los tribunos obedecer siempre las órdenes de los oficiales y no maquinar nada en perjuicio de Roma.

5 Escipión, pues, reprimió con acierto el principio de grandes males que habían empezado a enraizar y restituyó a sus tropas el estado de ánimo anterior.

*La traición de
Indíbil* ⁷⁰

Escipión congregó, sin pérdida **31**
de tiempo, la asamblea de sus
fuerzas en la misma ciudad de
Cartagena y les habló de la des-
vergüenza de Indíbil y de su des-
lealtad en contra de ellos; adujo multitud de detalles **2**
y estimuló a su ejército para la campaña contra los
reyes citados. Enumeró, a continuación, las batallas ya **3**
libradas contra cartagineses e iberos juntos, éstos bajo
mando cartaginés: si los romanos siempre habían sali- **4**
do victoriosos, argumentó, no era natural que ahora
ellos desconfiaran, ni aun en el caso de sufrir alguna
derrota contra los iberos que mandaba Indíbil. Por eso **5**
se negaba rotundamente a aceptar por aliado a ibero
alguno y afrontaría el riesgo con sólo los romanos,
para que quedara muy claro que éstos no habían de- **6**
rrotado a los cartagineses por la ayuda de los iberos,
como sostienen algunos, echándoles así de España,
«hemos vencido a cartagineses y celtíberos por el coraje
de los romanos, por nuestra propia fuerza.» Dijo esto **7**
y les exhortó a la concordia; debían enfrentarse a aque-
lla guerra con la misma confianza con que habían hecho
frente a otras. Añadió que con la ayuda de los dioses
pensaría en lo que les llevara a la victoria. Sus gentes **8**
cobraron tal ánimo y esperanza, que, sólo con mirar-
las, parecía que ya avistaban al enemigo y se apresta-
ban para el combate.

Tras su arenga, Escipión disolvió la asamblea. Al **32**
día siguiente levantó el campo e inició la marcha. Al
cabo de diez días alcanzó el río Ebro y acampó delante
del enemigo luego de cuatro jornadas más de camino ⁷¹.

⁷⁰ Estamos en el año 206 a. C.

⁷¹ En WALBANK, *Commentary*, ad loc., pág. 310, hay un esque-
ma con el dispositivo de romanos e iberos en esta batalla del
Ebro.

- 2 Al día siguiente envió a un valle que había allí algunas cabezas de ganado de las que seguían a su ejército; previamente había ordenado a Lelio que tuviera dispuestos sus jinetes; también mandó a unos tribunos
- 3 que prepararan a los vélites. Los iberos se lanzaron inmediatamente a la captura de las bestias, y Escipión envió contra ellos algunos vélites. Esto ocasionó un choque: soldados de ambos bandos corrieron en apoyo de los suyos y hubo una fuerte escaramuza de infantería en medio del valle. La ocasión era oportuna y favorable, por lo que Lelio, que, en cumplimiento de las órdenes recibidas, tenía dispuesta la caballería, arremetió contra la infantería enemiga y la aisló al pie de la montaña; la mayor parte de infantes cartagineses se diseminó por el valle y murió a manos de los jinetes romanos.
- 5 Los bárbaros, exasperados y temerosos de que aquella derrota pudiera hacer creer que estaban aterrados, salieron con el alba y dispusieron todas sus fuerzas
- 6 en orden de batalla. Escipión ya había previsto esta emergencia. Al ver que los iberos bajaban absurdamente en masa hacia el valle y que alineaban en la llanura no sólo a su caballería, sino también a su infantería, dejó pasar algún tiempo: quería que adoptaran aquella formación el máximo número posible de enemigos. Teniendo gran confianza en su caballería, confiaba aún más en su infantería, porque en una batalla campal, cuerpo a cuerpo, sus hombres, ellos personalmente, y su armamento eran muy superiores a los iberos.
- 7
- 33 Cuando creyó que era ya el momento, opuso sus vélites al enemigo alineado al pie del monte * * * 72

⁷² Por el paralelo de TITO LIVIO (XXXVIII 34, 1 s.) sabemos que en esta laguna se enumeraban las pérdidas de romanos e iberos, una embajada de Mandonio y el perdón que Escipión otorgó a estos príncipes. Tito Livio continúa con la toma de Cádiz por los romanos, la entrevista de Escipión con Masinisa

contra los que habían descendido hasta el valle envió, desde el campamento, cuatro cohortes, en formación cerrada, a pelear contra la infantería enemiga. Simul- 2
táneamente, Cayo Lelio, que mandaba la caballería romana, avanzó a través de las lomas que bajaban del campamento romano al valle y cargó contra la retaguardia de la caballería ibera, con lo que la distrajo en un combate contra él. Privada del apoyo de sus jinetes, 3
la infantería ibera, que había bajado al valle confiando en su caballería, se vio en situación dificultosa y apurada en el combate. Y algo no distinto experimentó la 4
caballería ibera: atrapada en una angostura, no podía maniobrar. Allí murieron más jinetes iberos a manos de sus propios camaradas que por la acción de los romanos; su propia infantería les oprimía por un flanco, por el frente, la infantería enemiga y por detrás, la caballería romana. Tal fue el desarrollo del combate. Los 5
iberos que habían bajado a la llanura murieron prácticamente todos; los que quedaron al pie del monte lograron huir. Constituían la infantería ligera, una ter- 6
cera parte de todo el ejército. Indíbil se salvó con ella y se escapó hacia un lugar fortificado.

Cumplidos sus objetivos en España, Escipión se 7
dirigió exultante a Tarragona; llevaba para su patria un triunfo espléndido, una bellísima victoria. Y como 8
estaba muy interesado en no perderse las elecciones a cónsul ya próximas en Roma, dispuso debidamente todo lo de España, confió el campamento romano a Junio y a Marco y él, con Cayo Lelio y otros amigos, zarpó con dirección a la capital del Lacio.

y su alianza con él. La laguna del texto polibiano es grande, desde luego, pero no sabemos si abarcaba también estos dos episodios últimos.

34

*Asia: la situación en
Bactria* ⁷³

Eutidemo era oriundo de Magnesia y se defendió ante Teleas ⁷⁴: afirmaba que no era justo el interés de Antíoco en echarle de

2

su reino, puesto que él no había

desertado del rey, sino que cuando todos los demás se habían sublevado, él acabó con sus descendientes y,

3

así, llegó al imperio de Bactria. Tocó ampliamente este punto y, luego, rogó a Teleas que fuera generoso y que intercediera en pro de una reconciliación; debía indicar a Antíoco que no se encelara por su nombre ni por su

4

categoría de rey, porque, si no se avenía a lo que le rogaban, ninguno de los dos gozaría de seguridad. En efecto: se había presentado una horda muy numerosa de nómadas ⁷⁵, lo cual significaba un riesgo para ambos.

5

Si se toleraba su presencia, el país entero se conver-

6

tiría en bárbaro. Eutidemo dijo esto y remitió a Teleas

7

a entrevistarse con Antíoco. Hacía ya tiempo que éste buscaba cómo desembarazarse del problema. Cuando por boca de Teleas llegó a saberlo todo, los móviles

8

aducidos hicieron que atendiera gustoso lo referente al tratado de paz. Teleas se desplazó continuamente de una corte a la otra, hasta que Eutidemo mandó a su

9

hijo Demetrio a ratificar el pacto. El rey le recibió; seguro de que el joven ni por su figura, ni por su trato, ni por la dignidad de su porte desmerecería del título de rey, primero le prometió que le daría en matrimonio a una de sus hijas, luego otorgó al padre la categoría

10

real. Referente a otros puntos, formuló un pacto por escrito, juró la alianza y levantó el campo; había abastecido a sus tropas de trigo en abundancia y sumó a

11

sus elefantes los de Eutidemo. Pasó el Cáucaso y bajó

⁷³ También aquí estamos en el año 216 a. C.

⁷⁴ Oriundo también de Magnesia.

⁷⁵ Pobladores del actual Irán.

a la India, donde renovó su alianza con el rey indio Sofagáseno⁷⁶. Tomó más elefantes, hasta completar el 12 número de ciento cincuenta, abasteció otra vez de trigo a todas sus tropas y marchó con su ejército; había encargado a Andróstenes de Cícico recoger el dinero que el rey había destinado a él. Atravesó Aracosia⁷⁷ y cruzó 13 el río Erimanto⁷⁸; a través de Grangene alcanzó la Carmania. El invierno se le echaba encima y estableció en esta región su campamento de invierno. Éste fue el 14 resultado final de la expedición de Antíoco hacia tierras del interior; sometió a su dominio no sólo a los sátrapas orientales, sino también las ciudades marítimas y a los soberanos de acá del Tauro; en una palabra, se 15 aseguró el imperio y admiró a todos sus súbditos por su audacia y su voluntarioso aguante. De hecho, fue 16 esta expedición la que le hizo aparecer digno de la categoría real a las poblaciones de Asia y a las de Europa.

⁷⁶ Rey de uno de los reinos desgajados del NO. de la India. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁷⁷ Provincias que estaban al NO. del actual Hindukusch.

⁷⁸ Este topónimo fluvial es frecuente en la antigüedad (también el italiano río Po, por ejemplo, se llama así), pero el origen fonético no es en todas partes el mismo. Aquí se trata del actual río Helmand, que fluye en dirección sudoeste desde Parapamisa, a través de Aracosia, hasta Drangiana.

LIBRO XII ¹

(FRAGMENTOS)

- 1 Polibio afirma en su libro duodécimo que Bizáquide ² es una región situada en el país de las Sirtes; escribe: «tiene un perímetro de dos mil estadios, y es de configuración circular».
- 2 Hippo ³, ciudad de Africa; Polibio, libro duodécimo.

¹ Estamos ante un libro importantísimo no sólo en la obra de Polibio, sino en toda la literatura griega. En efecto, este ataque feroz contra Timeo no es sino un pretexto, por parte de Polibio, para exponer los fundamentos del método histórico, en forma de *antigraphê* o refutación, de Timeo y de otros historiadores de menor talla. Timeo era muy anterior a Polibio y gozaba de gran prestigio, pero su obra estaba plagada de errores de detalle. Otros autores, como Eratóstenes y Polemón, por ejemplo, habían corregido estos errores, principalmente geográficos e históricos, pero Polibio va más a fondo: lo que él socava e intenta destruir es el propio método de Timeo. Polibio, que en cierto modo rebasa a Tucídides en la investigación de fuentes, se nos muestra, precisamente en este libro XII, como un historiador crítico y moderno. Y su crítica se extiende a todos los historiadores importantes griegos, a excepción de Heródoto; aquí se llega a dar una valoración muy válida de Aristóteles en lo que éste tiene de historiador. Este libro XII de su obra demuestra que la lectura de Polibio ha sido vasta y profunda, y garantiza y legitima, por decirlo así, el resto de su obra.

En la época de Polibio había dos tendencias opuestas, pero igualmente perniciosas, en la exposición de la historia: una, representada por Timeo y Teopompo, era retórica; buscaba más

Singa⁴, ciudad de Africa, al menos según escribe Polibio en 3 su libro duodécimo.

Tábraca⁵, ciudad de Africa; Polibio, libro duodécimo. 4

Calquia⁶, ciudad de Africa. Lo dice Polihistor⁷, en el libro 5

lo sentimental y lo abstruso que la objetividad; quería más fabricar héroes que exponer verdades; la segunda, representada por Duris, un historiador de menos categoría, buscaba des- preocupadamente dar un tinte novelesco y sensacionalista aunque importara falsedad, a la exposición histórica. No puedo aquí extenderme más. Indicaré sólo que para la correcta comprensión de este libro XII de la *Historia* polibiana es imprescindible leer P. PÉDECH, *Polybe, Histoires, Livre XII*, París, 1961, y G. A. LEHMANN, «Polybios und die griechische Geschichtsschreibung», en *Polybe. Neuf exposés...*, págs. 147-205 (incluida la discusión). Hay que advertir, sin embargo, la tendencia de Lehmann a valorar más positivamente que los estudiosos restantes las figuras de los oponentes a Polibio, principalmente como se ven tratadas en el comentario de Walbank, tan fundamental para éste mismo.

² La grafía en el texto griego es insegura, pero la referencia es prácticamente segura al lugar III 23, 2: es un área muy fértil que se extiende entre el golfo de Hammamet y el de Qabes.

³ Seguramente, Hippo Regium, la ciudad argelina llamada hoy Bona, de la cual, llamándose Hipona, fue obispo San Agustín, quien murió cuando la plaza era asediada por los vándalos.

⁴ Seguramente estamos ante una variante textual o un error del copista, para designar Sifa, capital del reino de Sifax, que Escipión el Africano visitó. Cf. la nota 60 del libro anterior.

⁵ Es la moderna Tabarca, ciudad costera al O. de Hippo Regium, sobre el río Tusca, que separaba Zengitana de Numidia. Según JUVENAL (*Sát.* X 194), había allí una gran cantidad de simios.

⁶ Ciudad de localización imposible, y la grafía de Demóstenes es insegura; no falta quien lea «Timóstenes». En todo caso no se trata del orador, naturalmente, sino de un Demóstenes posterior a Polibio, que escribió una historia de Libia. Si se tratara de Timósfenes, éste fue un almirante de Ptolomeo Filadelfo, que escribió sobre geografía de Africa, según noticia de Estrabón (II 92).

⁷ Alejandro Polihistor, historiador judeo-helenístico que había nacido en Mileto. Para lo poco que se sabe de él, cf. WILHELM VON CHRIST, *Geschichte der griechischen Literatur*, II, Munich, 6.^a ed., 1959, págs. 400-401.

tercero de su tratado sobre África, lo mismo que Demóstenes⁸, a quien Polibio en su libro duodécimo hace reproches; escribe: «Tampoco sabe nada referente a Calquia, puesto que no se trata de una ciudad, sino de unas minas de cobre.»

- 2 Polibio de Megalópolis en el libro duodécimo de su *Historia* se refiere, tras haberla visto personalmente¹⁰, a la planta africana llamada «loto»; su descripción, semejante a la de Heródoto, es como sigue¹¹:

*El loto*⁹

- 2 «El loto es un árbol pequeño¹², áspero y espinoso¹³.

⁸ Sobre este Demóstenes de Bitinia, cf. la nota 6.

⁹ Esta descripción del loto sería seguramente motivada por alguna referencia de Timeo, quien no estaría muy de acuerdo con ello. Polibio describe aquí la planta de la familia de las ramnacias llamada científicamente *Zizyphus lotus*, según WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe...*, pág. 58; llamada en castellano «azufaifo» o «ginjoler», aunque el nombre científico que le aplica el *Diccionari castellà-català*, de J. ALBERTÍ, es *zizyphus vulgaris* y, bajo el nombre de «ginjoler», ALCOVER-MOLL, en su *Diccionari català-valencià-balear*, le llaman *zizyphus jujuba*, nombre científico también recogido para el nombre de «ginjoler» por la *Gran Enciclopèdia de la llengua catalana*. El *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* reconoce directamente al «azufaifo de Túnez», sin dar su nombre científico. Este es el que, seguramente, vio personalmente Polibio. Consultados diversos especialistas en botánica, extraigo la consecuencia de que los datos de Polibio y los que ofrecen los comentaristas modernos del texto son insuficientes para determinar con exactitud de qué tipo de azufaifo se trata, pues de esta planta, del género de las ramnacias, como se apuntó, hay diversos tipos. Lo que sí parece claro es que la comían los lotófagos de HOMERO (*Odisea* IX 91 ss.).

¹⁰ Que Polibio hizo un viaje por el N. de Africa, es indudable.

¹¹ Hasta aquí el texto es de Ateneo, y la referencia hecha de Heródoto no es al azufaifo acabado de mencionar, sino a las palmeras datileras de Babilonia.

¹² Otro elemento de confusión: el azufaifo es un arbusto, pero no es pequeño, sino que llega a tener de dos a cuatro metros. Quizás la planta aludida por Timeo (y de ahí el correc-

Sus hojas son verdes, semejantes a la cambronera¹⁴, pero más densas y planas. Su fruto, cuando nace, tanto ³ por sus dimensiones como por su piel, parece una baya de mirto blanco ya en sazón, pero cuando ha crecido ⁴ toma una coloración roja; parece una aceituna redonda y su hueso es muy pequeño. Cuando el fruto ha madu- ⁵ rado lo recolectan; muelen la parte destinada a los esclavos y la depositan, mezclada con avena¹⁵, en vasijas. Extraen los huesos de la parte destinada a los hombres libres, la envasan de la misma manera y la comen pronto. Este alimento es parecido a los higos ⁶ y a los dátiles, pero de aroma más fino. Si se maja y ⁷ se mezcla con agua, de él sale un vino delicioso, muy dulce al paladar, parecido al vino con miel¹⁶, de mejor calidad; lo beben sin añadirle más agua. Pero no se conserva más allá de diez días, de manera que elaboran poco, sólo lo que necesitan. Del loto se puede extraer también vinagre.»

Todo el mundo puede admirar- ³
se de la fertilidad de esta tierra
y afirmar que Timeo no sólo no ²
sabe nada de África, sino que es
un autor ilógico y pueril cuando
se aferra a tradiciones antiguas¹⁷ que hemos recibido,
según las cuales África es arenosa, seca y yerma. La ³

tivo de Polibio) sea el *lotus australis* (el peral común), que no tiene nada que ver con el loto. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹³ Todos los tipos de azufaifo son espinosos.

¹⁴ Un arbusto de la familia de las solanáceas (*Lycium europaeum*).

¹⁵ Paton traduce «salándola», pero por razones de conservación tal mezcla parece improbable, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁶ Es el llamado, en latín, *mulsum*.

¹⁷ La traducción es exacta: «tradiciones», pero Polibio se refiere sin duda a autores que aquí, intencionadamente, no menciona. Entre ellos no debe faltar HERÓDOTO (IV 168 ss.).

misma afirmación vale para la fauna: la cantidad de ganado caballar, bovino y ovino, incluyendo las cabras, en África es enorme, tanto, que dudo que se encontrara
4 en el resto del mundo; de hecho, la mayoría de pueblos africanos no usa de cereales, sino que se mantiene de
5 estas crías y vive entre ellas. ¿Quién no ha leído que en África hay gran número de vigorosos elefantes, leones y leopardos, de bellos antílopes¹⁸ y de corpulentos avestruces? Estos animales en Europa no se encuentran,
6 pero África rebosa de todos los citados. Timeo no los menciona en absoluto, cosa que habría sido muy indicada, y después se extiende en falsedades.
7 Y de la misma manera que desbarró cuando se refería a África, hizo lo mismo con la isla de Córcega¹⁹.
8 En su libro segundo²⁰ la menciona y afirma que viven en ellas cabras salvajes en gran cantidad, ovejas y toros no domesticados, también ciervos, liebres y lobos y otras especies animales. Sus habitantes, dice, pasan su existencia dedicada a la caza de toda esta fauna,
9 éste es su género de vida. Pero la verdad es que en esta isla no hay cabras ni toros salvajes y mucho menos, liebres, ciervos ni lobos, ni otras bestias que no sean
10 zorras, conejos y ovejas salvajes²¹. Vistos de lejos, los conejos parecen liebres pequeñas, pero si se toman en las manos se ve que la diferencia es notable, tanto por su figura como por su alimentación; la mayor parte de estos conejos viven bajo tierra.

¹⁸ Paton traduce «búfalos», pero parece que no los había en la África de este tiempo.

¹⁹ La afirmación de Polibio es justa, pero su crítica es injusta, pues en su época en África había animales salvajes.

²⁰ Era la parte principal de toda su obra, de la cual desconocemos el título exacto, pero era, desde luego, una historia de Sicilia.

²¹ Seguramente, Polibio habla de una experiencia personal, por haber estado en Córcega; lo difícil es determinar cuándo.

Todos los animales de esta isla parecen salvajes; 4
la razón es la siguiente: los pastores no pueden seguir 2
a los rebaños cuando éstos pastan, ya que la isla tiene
muchas espesuras y, además, es escarpada y abrupta.
Pero cuando quieren juntarlos, los pastores se ponen
de pie en lugares adecuados y los llaman a toque de
cuerno; todas las cabezas del ganado corren derechas,
sin equivocarse, hacia su propio lugar. Por lo demás, 3
si hay hombres que, al desembarcar en la isla, ven a
las cabras o bueyes que pacen sin ser vigilados, y preten-
den aprehenderlos, las bestias, al no conocerles, no se
les acercan, antes bien, huyen. Si el pastor se da cuenta 4
de esta incursión y toca su cuerno, las bestias se arre-
molinan y retroceden hacia el punto donde sonó el ins-
trumento. Todo esto puede hacer creer que se trata de
animales salvajes. Timeo desbarró: la descripción que
hizo de todo ello es descuidada y superficial. Y no es 5
nada extraño que el ganado obedezca el toque de cor-
neta; también en Italia los porquerizos se manejan así
cuando sus piaras pacen. En efecto: no siguen a sus 6
rebaños, que es lo que se hace en Grecia, sino que los
guían tañendo de vez en cuando sus cuernos; el ganado
les sigue corriendo al oír este son. Los animales están 7
tan habituados al sonido de la trompeta de su pastor,
que cuando alguien lo constata por primera vez lo tiene
por extraño, por una cosa insólita. En la Italia anti- 8
gua²², principalmente en el país de los tirrenos y en
el de los galos, la abundancia de *mano de obra* y la
riqueza en pastos propician la existencia de piaras
enormes; allí hay cerdas que han amamantado a mil
lechones²³ e, incluso, a más. Por eso los sueltan por 9

²² Por la Italia antigua, Polibio entiende, ante todo, la Galia Cisalpina, el actual Véneto, etc. Pero el texto griego no es seguro; en vez de «antigua», algunos leen en el texto griego «costera».

²³ Polibio, que echa en cara a Timeo su credulidad, ¿cómo llega él mismo a escribir esto? Sin embargo, es indudable que

grupos desde los apriscos donde han pernoctado: van
10 según sus razas y edades. Si conducen muchas piaras
a un solo lugar, no pueden vigilarlas según sus clases:
cuando salen se mezclan y continúan así mientras pa-
cen; igualmente lo mismo cuando los pastores proce-
11 den a encerrarlos. Esto explica que se les ocurriera
tocar el cuerno para separar las piaras que se han en-
12 garbullado: así se evitan riñas y peleas. Cuando un
pastor, al tiempo que toca su instrumento, se va hacia
un lado y otro pastor, tañendo igualmente el suyo, hacia
otro, los rebaños se desparten por sí mismos y siguen
sus propios cuernos con tal afán que sería imposible
13 forzarles a otra cosa o bien atajar su empuje. En Gre-
cia no es así. Cuando algunas piaras se enredan por los
robledales, el dueño que dispone de más hombres²⁴ se
aprovecha de sus recursos y envuelve con las suyas pro-
pias las cabezas de ganado del vecino y se las lleva.
14 A veces un ladrón hurta a escondidas algunos puercos
y el porquerizo no llega ni tan siquiera a saber cómo
los ha perdido, ya que, en su apetencia de bellotas²⁵,
las bestias se alejan mucho de quien las apacienta,
cuando los frutos empiezan a caer. Y, acerca de esto,
baste con lo dicho.

la Galia Cisalpina era riquísima y que impresionó vivamente a Polibio cuando la visitó.

²⁴ Aquí el texto no es seguro. La traducción dada responde a Pédech (quien sigue a Schweighäuser); Casaubon había traducido: *qui occasionem in rem suam vertere sciverint*, es decir, que habían sabido aprovechar la oportunidad.

²⁵ El texto griego dice, más genéricamente, «de pastos», pero en el campo los cerdos comen bellotas.

Más errores de
Timeo ²⁶

Polibio, que critica repetida-^{4a}
mente a Timeo, insiste²⁷: ¿Quién
podría perdonar errores de esta
clase precisamente a Timeo, tan
dado a reprochar a otros neceda-
des como las citadas²⁸? Acusa a Teopompo²⁹ porque ²
afirmó que Dionisio³⁰, cuando se retiró de Sicilia a
Corinto, lo hizo en un navío de guerra, cuando en reali-
dad fue en un navío de carga; en otro lugar tilda falsa- ³
mente a Éforo de ignorante³¹ y le hace sostener que

²⁶ Lo que sigue no es algo suelto: Polibio hace ver por orden los errores de Timeo. G. A. LEHMANN, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 148, tiene razón cuando declara que sólo tras la edición y el comentario de Pédech a este libro XII, del que nos debe faltar aproximadamente la mitad, se puede ver su ilación y su continuidad. Aquí, concretamente, se le reprochaba su espíritu de denigración, pendenciero, su ignorancia e impertinencia, sus errores; a Timeo, naturalmente, que había nacido en Tauromenio (algunos creen que en Siracusa); básicamente estudió Sicilia, como se ha aclarado en alguna otra nota. Sobre su figura puede leerse con fruto A. LESKY, *Geschichte der griechischen Literatur = Historia de la Literatura Griega* [trad. J. M.^a DÍAZ REGAÑÓN], Madrid, 1968, págs. 802-803.

²⁷ Estas son palabras del epitomador.

²⁸ Quizás sin que venga demasiado a cuento, sin que el paralelismo sea absoluto, Pédech, en su comentario *ad loc.*, cita el pasaje evangélico de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio (Mt. 7, 3) sin citar su procedencia.

²⁹ Sobre Teopompo, cf. VIII 8, 9-11.

³⁰ Aquí se trata de Dionisio el Joven, que, en el año 344 a. C., se retiró a Corinto en una nave, y Timeo entabla con el historiador Teopompo la ridícula cuestión de si era o no una nave de carga.

³¹ Aquí sigo estrictamente el texto conjetural de Büttner-Wobst; la traducción del texto griego tal como está en los manuscritos representaría básicamente la supresión de la palabra «ignorancia» (o de su equivalente): sería: «miente otra vez y acusa a Éforo». Sobre este historiador, cf. A. LESKY, *Historia de la Literatura Griega*, págs. 656-7.

- Dionisio el Viejo³² recibió el mando a los veintitres años, que reinó cuarenta y dos y que murió a los sesenta y tres de su vida; todo el mundo afirmará que la equivocación no es cosa del autor, sino, indiscutiblemente, del copista. ¿O es que Éforo superó en estupidez a Corebo y a Margites³³ y no supo echar la cuenta de que cuarenta y dos más veintitres dan sesenta y cinco?
- 6 Naturalmente, esto no podemos creerlo de Éforo; el error se debe imputar al copista. Nadie aprobará la tendencia de Timeo a formular reproches y acusaciones.
- 4b Cuando trata la historia de Pirro³⁴, Timeo dice que los romanos conmemoran todavía hoy, en un día determinado, la caída de Troya y que arrojan lanzas contra un caballo de guerra³⁵ en un sitio denominado «el Cam-

³² La alusión a Dionisio el Joven parece que transporta automáticamente a aludir a Dionisio el Viejo, sobre el cual había el problema de un leve desajuste cronológico comprobado en el texto. WALBANK, *Commentary*, ad loc., hace un largo comentario a este texto para concluir que el error no es del copista, sino un fallo real de Éforo. Si es así, la autoridad de este historiador queda notablemente perjudicada. Según el Mármol de Paros, Dionisio el Viejo reinó del 408/7 al 368/7, pero Timeo le hace empezar el reinado dos años más tarde (406/5 a. C.) y cree que Éforo se ha equivocado.

³³ Nombre de dos personajes grotescos áticos, comparables quizás a Tünnes y Schaal de la ciudad alemana de Colonia.

³⁴ Sobre este personaje, que derrotó a los romanos, pero a costa de grandes pérdidas (es la conocida victoria pírrica), cf. H. BENGSTON, *Griechische Geschichte*, Munich, 1950, págs. 370 y siguientes.

³⁵ Se trata del sacrificio llamado *october equus*, descrito por FESTO, 178 M: en las idus de octubre las gentes del barrio del Subura y las que vivían en la Via Sacra mataban un caballo. Que la ceremonia era ritual es indudable, pero Polibio niega, con razón, según los comentarios de WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe...* págs. 66-7 la atribución, por parte de Timeo, de este sacrificio a la fundación de Roma y a la toma de Troya por los aqueos mediante la astucia del caballo; el

po», lo cual se explica porque la toma de Troya se efectuó por medio de un caballo de madera. ¡He aquí lo 2 más pueril! Según esta explanación deberíamos llamar a todos los bárbaros descendientes de los troyanos; en efecto: todos los bárbaros, o al menos en su gran 3 mayoría, siempre que han de iniciar una guerra o han de arriesgarse contra alguien jugándose el todo por el todo sacrifican un caballo y conjeturan el futuro por el modo como se desploma la bestia ³⁶.

Pienso que, en este aspecto de su irreflexión, Timeo 4c evidencia no sólo ignorancia, sino también, y en grado mayor aún, impertinencia ³⁷: del hecho de que los romanos sacrifican un caballo ha deducido directamente que lo hacen por su creencia de que Troya fue conquistada por la argucia del caballo.

Por lo demás, describió con muchos errores la his- 2 toria de África, la de Cerdeña ³⁸ y, más que nada, la de Italia; se ve claro que marginó totalmente la investiga- 3 ción oral ³⁹, tan primordial en la historia. Efectiva- 4

sacrificio era una purificación ritual para las tropas romanas que regresaban de sus campañas de primavera y verano. Timeo veía una conexión directa entre este caballo alanceado y el de madera con el que los griegos lograron penetrar en Troya. El sacrificio de un caballo con las finalidades aludidas se documenta bastante en la antigüedad; cf. los comentaristas citados.

³⁶ WALBANK, *Commentary*, ad loc., recuerda que sólo aquí, en toda la literatura griega, se da esta noticia.

³⁷ En el sentido del que despliega un celo excesivo en actividades inapropiadas. Es el sentido del término griego, intraducible. Una traducción apuntada por WALBANK, *Commentary*, ad loc., es: «irrelevancia pedante». PLUTARCO tilda a Timeo de pueril (*Nic.* 1, 2).

³⁸ De la crítica polibiana a posibles errores de Timeo acerca de Cerdeña no nos ha llegado nada, y de lo concerniente a Italia sólo, indirectamente, lo referente a los rebaños de cerdos.

³⁹ Otro término griego de traducción difícil, que significa algo así como la encuesta oral, la formulación de preguntas a protagonistas personales de los hechos, juzgadas después crítica-

mente, los hechos ocurren a la vez en muchos lugares. La omnipresencia es imposible; no se puede tampoco ser testigo ocular de todos los lugares del mundo y de sus peculiaridades. La única solución al alcance del historiador es enterarse por el máximo número posible de fuentes, dar crédito a las fidedignas y ser un crítico hábil de sus referencias.

4d En este punto, y a pesar de sus alardes, pienso que
 2 Timeo se halla muy lejos de la verdad. Dista tanto de buscarla rigurosamente a través de otros autores, que ni siquiera de los hechos de los que fue testigo ocular ni de los parajes que conoció personalmente nos ofrece
 3 un reportaje aceptable. Esto será notorio si demostramos que no sabe nada de lo que describe de la historia
 4 de Sicilia. No se precisa de muchas palabras para constatar la inexactitud con que procede, si se le coge en falsedades acerca del país en que nació y creció, si,
 5 incluso al tratar de él, se desvía de la verdad. Timeo afirma que la fuente Aretusa ⁴⁰, que está junto a Siracusa, tiene sus manantiales en el río Alfeo, que fluye
 6 por el Peloponeso, por la Arcadia y por Olimpia; «*el río —continúa— se hunde debajo tierra, y aflora a cuatro*
 7 *mil estadios, en tierras siracusanas, en Sicilia*». Timeo ve la prueba de su afirmación por el hecho de que durante unos festivales olímpicos llovió. El agua inundó los contornos del santuario y, al cabo de poco tiempo, manó de la fuente Aretusa estiércol proveniente de los

mente por el encuestador. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe...*, págs. 68-9.

⁴⁰ Esta fuente estaba situada en la parte norte de la isla de Ortigia, junto a Siracusa; entre otros autores, Píndaro (*Nem.* 1, 1) e Íbico (fr. 23 DIEHL) la relacionan con Olimpia y el curso del Alfeo. Esta tradición es constante en la literatura griega desde Íbico, y Virgilio la representa egregiamente en su última *Bucólica*. Hablando el lenguaje de la Ilustración del s. XVIII, Polibio se nos presenta aquí como un «espíritu fuerte».

oueyes sacrificados en los festivales; además arrojó una copa de oro, que al ser recogida atestiguó la procedencia de todo.

*Errores de Timeo
en su exposición de
la historia de los
locros*⁴¹

Yo personalmente he visitado 5
con frecuencia la ciudad de los
locros⁴², a la que he prestado los
servicios que necesitaba. Gracias 2
a mí, los locros fueron declarados
exentos ante las campañas de España y de Dalmacia;
sus pactos les obligaban a prestar ayuda naval a los
romanos. Libres ya del apuro, que entrañaba riesgos 3
y gastos considerables, los locros me correspondieron
con favores y honores de todo tipo; yo debo alabarles
sin desdeñarles nunca.

No dudo en afirmar, tanto de palabra como por es- 4
crito, que la historia que de esta colonia redactó Aris-
tóteles⁴³ es más veraz que la que nos ha transmitido
Timeo. Tengo plena conciencia de que los locros están 5
de acuerdo en que la tradición que dejó Aristóteles a
sus padres referente a la fundación de la colonia es la
verdadera, no la de Timeo. He aquí las pruebas que 6
aportan: en primer lugar, entre ellos las familias nobles
por sus antepasados lo son por vía femenina y no por
masculina. En efecto, entre los locros pertenecen a la
aristocracia los llamados «los de las Cien Casas». Estas 7
«Cien Casas»⁴⁴ eran las más linajudas entre los locros

⁴¹ Para entender en toda su profundidad esta larga sección acerca de los locros, es preciso leer la introducción de PÉDECH, *Polybe...*, págs. XVII-XXIII.

⁴² Antes de la llamada «guerra dálmata» de los años 156/5.

⁴³ En su obra *Constitución de los locros*, hoy perdida, citada por CLEMENTE ALEJANDRINO (*Strom.* I 26, 66).

⁴⁴ Es muy posible que tanto esta afirmación como la siguiente, acerca de la fialéfora, las recibiera Polibio por tradición oral. También es verosímil que los locros de Grecia, de los que descienden los epicefirios (los de Italia), tuvieran ya originariamente esta: «cien casas».

- antes de que los colonos abandonaran Lócride; según un oráculo, los locros debían elegir de ellas cien vírgenes y mandarlas a Troya. Sin embargo, algunas de estas doncellas marcharon con los emigrantes y, todavía hoy, sus descendientes son contados entre los nobles, bajo la denominación de «los de las Cien Casas». En cuanto a la llamada, entre ellos, la «fialéfora»⁴⁵, se ha transmitido esta explicación: cuando los locros expulsaron de este lugar de Italia a los sicilianos que lo ocupaban presidía los sacrificios de estos últimos un muchacho perteneciente a una familia de las más nobles e ilustres. Los locros adoptaron muchos usos de los sicilianos⁴⁶, ya que ellos no poseían ninguno que se remontara a sus antepasados, pero en éste concretamente, tomado también de los isleños, introdujeron esta modificación: no instituyeron a un muchacho como «fialéforo», sino a una doncella como «fialéfora», porque la nobleza se transmite, entre ellos, por ramas femeninas.
- 6 No hubo pactos con los locros de Grecia⁴⁷ y jamás se dijo que hubieran existido; en cambio, en todas sus tradiciones constaban pactos con los sicilianos⁴⁸. Acerca de estos convenios los locros explicaban que en la época de su primera llegada los sicilianos dominaban el país ocupado ahora por ellos. Los isleños, empavorecidos, los aceptaron por miedo y establecieron un tratado: los locros les serían amigos y poseerían, conjuntamente

⁴⁵ Literalmente, «portadora de una copa».

⁴⁶ No de todos los pueblos de Sicilia, evidentemente; quizás los de los enotrios, que antes habían habitado en Sicilia y ahora vivían en la punta sur del estrecho de Mesina, hasta Laos, sobre el Mar Tirreno, y en Metaponto. Esta noticia la da principalmente ESTRABÓN (VI 1, 1, 4).

⁴⁷ Contra lo que afirmaba Timeo, como se verá más abajo.

⁴⁸ WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta: «todos conocían sus tradiciones, y en ellas constaban...», lo cual es una paráfrasis cuestionable del texto griego, no una traducción.

con ellos, sus tierras, mientras pisaran su suelo y tuvieran sus cabezas sobre sus espaldas. Se cuenta que, 4 mientras prestaban el juramento, los locros se habían puesto tierra encima de las suelas de sus calzados y que habían escondido en sus espaldas cabezas de ajo; era así como habían depuesto el juramento. Al punto se 5 sacudieron la tierra de sus zapatos y arrojaron las cabezas de ajo; no mucho más tarde, a la primera oportunidad, echaron a los sicilianos de aquel país. Así lo explican los locros... ⁴⁹.

TIMEO DE TAUROMENIO ⁵⁰ dice Timeo de Tauromenio se ol-
 en el libro noveno de su *His-* vida aquí de sí mismo, cosa que
toria: «Antiguamente entre los le reprocha POLIBIO DE MEGA-
 griegos no fue costumbre tra- LÓPOLIS en el libro duodécimo
 dicional ser servido por esclavos de su *Historia*, cuando dice
 vos comprados.» También es- que los griegos no acostumbra-
 cribe: «En general acusaron a ban a comprar esclavos.
 Aristóteles de error en lo refe-
 rente a los usos de los locros,
 ya que la ley les prohibía, in-
 cluso, la compra de esclavos.»

⁴⁹ Este truco es común en la antigüedad; cf. POLIENO, VI 22, DIONISIO DE HALICARNASO, XIX 3, e incluso VIRGILIO, *Eneida* I 367. El hecho de que los locros lo refirieran no implica para nada su veracidad.

⁵⁰ Estos dos textos puestos en paralelo son del historiador griego ATENEO (VI 264c, 272a) y se refieren a la doble polémica entre Timeo y Aristóteles, por un lado, y Polibio y Timeo, por el otro. En ellos no se constata nada que Polibio haya sabido de los locros, pero al negar que la esclavitud haya sido negocio boyante en Grecia socava de raíz la tesis de Timeo de que los locros italianos son descendientes de esclavos de los locros de la Grecia continental que se fugaron con mujeres de ciudadanos ausentes de la ciudad por motivos bélicos. El pasaje de Timeo formaba parte de su ataque contra Aristóteles, pero los epitomadores de Polibio han recortado tanto el texto citado, que han convertido en difícilmente visible el verdadero argumento de Polibio para refutar a Timeo.

- 6a Quien reflexione a partir de aquí⁵¹ dará más crédito a Aristóteles que a Timeo. Lo que sigue a su última afirmación reseñada es totalmente extravagante. Resulta pueril suponer improbable, como insinúa Timeo, que los esclavos de los aliados de los lacedemonios se solidarizaran con la adhesión de sus amos hacia los lacedemonios. Los que por un golpe de suerte dejan de ser esclavos, y esta situación les perdura, intentan renovar, sumándose a ellas, no sólo las amistades, sino también los parentescos de sus dueños más que los de sus propios parientes y afines, celosos por borrar, de esta manera, su anterior inferioridad y mala fama; no quieren aparecer como libertos de sus señores, sino como sus descendientes.
- 6b En el caso de los locos⁵², lo más probable es que haya sucedido esto. En efecto: estaban muy alejados

⁵¹ Que no es, por supuesto, lo último expuesto. En efecto, el epitomador ha omitido, antes del cap. 6a, una serie de argumentos con los que enlaza el texto. Lo que Polibio discute es la significación de los argumentos expuestos por Timeo: la amistad de los locros continentales con los lacedemonios, principalmente durante la guerra del Peloponeso, y la conducta de los locros de Grecia durante la guerra mesenia. De esto último, la única noticia la tenemos por Timeo, y, según él, determina un juego de alianzas de los locros continentales que provocaron los desórdenes citados y, finalmente, la emigración hacia el S. de Italia. Timeo insiste en lo ridículo que resulta que una colonia fundada por antiguos esclavos consienta en aliarse con los antiguos amigos de los dueños anteriormente detestados. Polibio responde con un argumento fino y pragmático: antes que el honor, el hombre busca la utilidad y prefiere simularse ascendientes entre sus antiguos dueños que buscarse los propios. Este mismo espíritu anima a Tucídides cuando hace el recuento de los aliados de atenienses y de siracusanos en la campaña de Sicilia (VII 57). También los había dicho ya magistralmente ARISTÓFANES, en *Aves* 764-765: «el que sea esclavo y cario tal como lo es Ejecéstides que se cree antepasados entre nosotras, y así le saldrán hermanos de fratría».

⁵² Lo que antes expuso como teoría general, Polibio lo concreta ahora en el caso de los locros.

de los que les conocían y el tiempo iba a su favor⁵³; no eran tan necios que fueran a comportarse de manera que reprodujeran sus propios defectos; al contrario, lo que querían era disimularlos. Fue lógico, 2 pues, que dieran a su ciudad un nombre procedente de sus mujeres y que se atribuyeran relaciones con los locros restantes por ascendencia femenina, y que, además, renovaran las amistades y alianzas ancestrales basadas en mujeres. Por eso mismo, cuando Aris- 3 tóteles dice que los atenienses devastaron el territorio de los locros, en ello no hay ninguna prueba de que mienta; lo que de esta afirmación se deduce correcta- 4 mente es que, aun en el caso de que el número de esclavos que se atribuyeron la amistad de los lacedemonios hubiera decuplicado al de los hombres que embarcaron en Lócride y desembarcaron en Italia, habría sido normal la enemiga de los atenienses contra los que he citado; Atenas había considerado el partido tomado por los locros, no su linaje. ¡Por Zeus! ¿Cómo se ex- 5 plica⁵⁴ que los mismos lacedemonios que mandaron a

⁵³ Por un mero error mecánico, Paton ha omitido la traducción de esta expresión.

⁵⁴ Polibio pasa a examinar otro punto, una posible objeción propuesta por un oponente anónimo, o quizás, como quiere Pédech, por Timeo. En cualquier caso, Polibio supone en sus lectores un conocimiento bastante detallado del desarrollo de las guerras mesenias. El pivote sobre el que aquí gira la argumentación es el siguiente: al cabo de diez años de la guerra mesenia, los espartanos, que se habían juramentado a no regresar a Esparta sin haber conquistado Mesenia, temieron no tener descendencia suficiente y enviaron a los más jóvenes de sus hombres a su ciudad a procrear, pero no autorizaron a los locros a que hicieran lo mismo; puesto que Timeo negaba la existencia de esclavos entre los locros, era imposible que los locros epicefirios (los de Italia) fueran fundados por locros bastardos y por sus esclavos. Polibio refuta estas tesis con argumentos probables y con argumentos seguros. Entre los primeros se cuenta que no podían impedir a los locros regresar a sus

sus hombres en edad viril a su patria, a procrear hijos, prohibieran, en cambio, hacer lo propio a los locros?

6 De hecho, hay una gran diferencia entre los dos casos, no sólo desde el punto de vista de la verosimilitud, sino

7 también desde el de la verdad histórica. En realidad, ni los lacedemonios prohibieron a los locros hacer lo que ellos, lo cual habría sido absurdo, ni los locros se dispusieron a hacer lo que los lacedemonios por orden

8 de éstos. Entre los lacedemonios era tradición y hábito que una mujer fuera poseída por tres o cuatro hombres y aun por más, si eran hermanos; los hijos habidos eran considerados como de todos; también era bien visto y usual que el que ya había tenido varios

9 hijos con una mujer pasara ésta a un amigo⁵⁵. Los locros no estaban sujetos a la maldición ni al juramento que habían hecho los espartanos de no regresar a sus casas antes de haber conquistado Mesenia; es lógico, pues, que no participaran de aquel envío masivo.

10 Se repatriaron por grupos y sólo rara vez, lo que dio motivo a que sus mujeres intimaran con los esclavos más que con sus propios maridos. En esto, el punto máximo lo alcanzaron las solteras; esta circunstancia dio pie a la emigración.

hogares, ya que a los locros no les obligaba ningún juramento, y en segundo lugar no se produjo un regreso masivo, sino selectivo y a intervalos; en las ausencias, mujeres e hijas bien podían unirse a esclavos. De modo que no era inverosímil la tesis de Aristóteles de que los locros de Italia descendían de esclavos y de bastardos.

⁵⁵ Éste es el único lugar de la literatura griega que atestigua la existencia de una poliandria legal en Esparta; Polibio piensa, con razón, que la causa ocasional del temor de no tener hijos (y soldados, por consiguiente) no fue causa suficiente para que los locros adoptaran los usos matrimoniales espartanos aquí citados. Véase la nota anterior.

Timeo hace muchas afirmaciones falsas⁵⁶. En general 7
 da la impresión de no desconocer la materia, pero los
 prejuicios le obcecan y, cuando se propone censurar o,
 lo contrario, alabar a alguien, se olvida de todo y se
 desvía de lo conveniente. Vamos a defender a Aristó- 2
 teles explicando las autoridades⁵⁷ y el método de que
 se valió Timeo en su exposición de la historia de los
 locros. Lo que se va a decir dará ocasión para tratar 3
 de Timeo, del conjunto de su obra y aun de los debe-
 res⁵⁸ del historiador en general. Por lo dicho, todo el 4
 mundo está de acuerdo en que ambos historiadores han
 fundado su razonamiento dialéctico en conjeturas ve-
 rosímiles y que resulta más creíble la historia de Aris-
 tóteles; sin embargo, en estos temas es imposible dar
 con la verdad absoluta⁵⁹. Pero concedamos que sea 5
 Timeo el que haya hablado con más verosimilitud: ¿abo-
 nará esto que aquellos que, en historia, afirmen algo
 menos verosímil deban, forzosamente, aguantar inso-
 lencias proferidas por cualquiera y que lo único que
 no se vean constreñidos a tolerar sea la sentencia capi-
 tal⁶⁰? ¡Ciertamente, no! Ya señalamos antes que los 6
 que escriben falsedades por ignorancia merecen perdón
 y una corrección benigna; los que falsean ex profeso
 la verdad, éstos se ganan una acusación implacable.

⁵⁶ A partir de aquí, Polibio pasa ya a conclusiones generales y al examen general de las obras de Timeo, del que extraerá reglas válidas para escribir la historia.

⁵⁷ Aquí no se dice cuáles, pero en 5, 5 se había ya insinuado una información oral.

⁵⁸ Éste es el punto de inflexión que nos lleva al resto del libro: el ideal del historiador.

⁵⁹ Aquí la lectura del texto griego es inadmisibile; la traducción responde a la restitución de Büttner-Wobst. Véase una edición crítica del texto griego.

⁶⁰ Una de las tesis de Polibio: se debe respetar al adversario.

8

*Injurias de Timeo
contra Aristóteles*

Según lo que se acaba de establecer, debe demostrarse que Aristóteles compuso de aquella manera la historia de los locos para congraciarse con alguien, o bien, movido por algún lucro o por algún odio. Si no logramos comprobarlo, nos será preciso conceder que los que manifiestan contra sus colegas una acritud y un rigor como los que Timeo usa con Aristóteles son
2 unos ignorantes que no dan una a derechas. Timeo tilda a Aristóteles de arrogante, de negligente, de parcial; dice que ha avergonzado a la ciudad de los locos al afirmar que su fundación se debió a fugitivos, esclavos, adúlteros y ladrones. Añade que Aristóteles narra
3 esto de manera tan convincente que da la impresión de haber sido él mismo uno de los generales⁶¹ que, con su ejército, derrotó a los persas en la batalla recién librada en las puertas de Cilicia, cuando, en realidad, es un sofista prolijo⁶², pedante y detestable que acaba de cerrar su famosa consulta de curandero⁶³. Timeo continúa declarando que Aristóteles se ha asegurado un sitio en cualquier corte y en cualquier rebotica⁶⁴, dice que es un tragón tiquismiquis y que anda

⁶¹ De Alejandro Magno. La batalla es la de Isos.

⁶² El término griego es de traducción difícil, pero el sentido es el mismo que el de la nota 37.

⁶³ Literalmente dice: «su conocido gabinete médico», pero la expresión por parte de Timeo, es fuertemente despectiva; de ahí mi traducción. Por lo demás, el padre de Aristóteles fue médico de gran categoría (en la corte del rey Amintas) y se apunta la posibilidad de que fuera tan longevo que sobreviviera a su propio hijo, quien, por esta razón, jamás se atrevió a actuar él mismo como profesional de la medicina. Pero quizás actuara ocasionalmente como médico. No fue Timeo el primero que sintió animosidad contra Aristóteles; también Epicuro y otros. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁶⁴ Continúa el tono despectivo por parte de Timeo; de ahí la traducción, que, si respondiera rigurosamente al tenor literal

de boca en boca. Sería difícilmente tolerable que un 5
charlatán partidista actuara así delante de los jueces ⁶⁵;
no parecería mesurado. Un expositor de la historia que 6
merezca este nombre, un historiador que se dedique
a la historia general no debe atreverse a albergar tales
pensamientos y, mucho menos, a ponerlos por escrito.

Examinemos, pues, el método ⁶⁶ 9
del propio Timeo y juzguemos
El método de Timeo por comparación ⁶⁷ lo que dicen
acerca de esta colonia, para poder
determinar quién de los dos, él
o Aristóteles, merece la acusación de falsario ⁶⁸. En este 2
mismo libro, Timeo asegura que para sus argumentos
no ha buscado lo que es verosímil, sino que, en cuanto
a esta fundación, su búsqueda ha comenzado por una
visita personal a los locros de Grecia. Dice, en primer 3
lugar, que éstos le mostraron unos pactos grabados,
conservados todavía hoy, establecidos con los que fue-
ron enviados como colonos; el comienzo de su texto es
el siguiente: «Como de padres a hijos» ⁶⁹. Timeo, ade- 4

del griego, quizás fuera algo más suave pero creo que vertiendo
así el original doy más con el espíritu. DIÓGENES LAERCIO llegaba a
citar un poema compuesto en dos dísticos (V 6) en los que se
acusa a Aristóteles de lo más infame.

⁶⁵ El que Polibio llegue a escribir esto delata, sin embargo,
cómo funcionaban los tribunales de su tiempo. Cómo estaban
dos siglos atrás ya lo había delatado Aristófanes en su comedia
las *Avispas*.

⁶⁶ El término griego significa literalmente: «las preferencias».

⁶⁷ Por comparación: el griego no ofrece dudas, pero Walbank
vacila ante la posibilidad de que Polibio conociera el escrito de
Aristóteles. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁶⁸ Evidentemente, la acusación de Timeo contra Aristóteles
era la de mentir. El epitomador de la obra polibiana ha omitido
aquí el inicio de la sección, en la que se debe contestar esta
acusación de Timeo contra Aristóteles.

⁶⁹ Aquí los comentaristas difieren decididamente: mientras
WALBANK, *Commentary*, ad loc., dice que este pacto es una inven-

- más, afirma la existencia de decretos que conceden igual derecho de ciudadanía a los locros de Grecia y a los de Italia, y agrega, finalmente, que aquellos locros, cuando escucharon la exposición hecha por Aristóteles en cuanto a la colonia, se admiraron de la audacia de este autor. Pasa, después, en su discusión a los locros de Italia y asegura que halló en ellos una correspondencia entre sus leyes y sus costumbres, propia no de la dejadez de unos esclavos sino de una colonización efectuada por hombres libres: entre estos locros hay, mírese por donde se mire, castigos decretados contra los ladrones e, igualmente, contra los adúlteros y los desertores, cosa que no habrían hecho⁷⁰, si hubieran sido conscientes de ser, ellos mismos, descendientes de gentuzas de esta ralea.
- 10 Pero ya de buenas a primeras no queda claro qué locros de Grecia son los que Timeo visitó para averi-
2 guar estos extremos⁷¹. Si se diera en Grecia lo que se

ción de Timeo, PÉDECH, *Polybe...*, comentando en nota al pie este lugar, dice que es una prueba de la conciencia con que Timeo efectuaba su trabajo. Quizás lleve la razón Walbank, tanto por consideraciones de estilo como porque estas palabras son demasiado sentimentales como para empezar un pacto.

⁷⁰ Esto es lo que Timeo considera punto fuerte y Polibio punto débil de tal argumentación, según los presupuestos y consideraciones de cada uno.

⁷¹ A pesar de que esta exposición de Polibio le es decididamente adversa, este lugar constituye la fuente principal para establecer el método histórico de Timeo, que es el fruto de la conjunción de diversos procedimientos: a) fijación cronológica de los sucesos, tomando como base la lista de reyes espartanos comparada con las tablas epónimas, las de los arcontes atenienses, las de las sacerdotisas de Argos y las de los vencedores olímpicos, b) busca de documentos originales, c) un sistema de referencias que los garanticen y d) encuesta hecha a testigos personales y la comprobación de su calidad. Concretamente sobre los locros de Grecia se debe decir que estaban divididos en los locros de Dafno, a la altura del N. de la isla de Eubea, divididos a su vez en locros opuntios (por su capital Opunte) y los locros

da en Italia, que los locros de aquí poseen una sola ciudad, no habría lugar a dudas; la cosa sería evidente. Pero en Grecia hay dos linajes locros: ¿a cuál de los 3 dos acudió Timeo? ¿A qué ciudad de uno de los dos linajes? ¿Dónde encontró estos pactos grabados? Sobre esto, Timeo no puntualiza nada. Sin embargo, el aspec- 4 to de la documentación es característico de Timeo, y en él rivaliza con otros autores * * * ⁷² quiero decir que se jacta de la exactitud cronológica y documental; todos conocemos la atención con que trata estos aspectos. En consecuencia, es muy extraño que no indicara 5 en qué ciudad halló estos pactos, el lugar donde fueron grabados, qué magistrados le exhibieron las copias y con quiénes habló. Si hubiera precisado la región y la ciudad, nadie habría podido dudar y quienes le discutieran encontrarían el dato exacto. Timeo omitió todo 6 esto, lo cual evidencia una falsedad consciente. Si hubiera dado con cualquier dato, no se lo habría callado, sino que, como decimos vulgarmente, lo habría atenazado con las dos manos. Esto se ve por lo que sigue: el que se apoya expresamente en el testimonio de Equé- 7 crates ⁷³, con quien afirma haber hablado respecto a

epicnemidios, al pie del monte Cnemis; b) los locros ozoles (o «malolientes») separados de los primeros por el macizo del Parnaso; en realidad eran colonos de los epicnemidios. Los locros de Italia se llaman epicefirios, como ya se ha apuntado alguna vez más arriba.

⁷² Los editores del texto griego han señalado aquí una laguna comprobable en la tradición manuscrita, por la que hay un nominativo sujeto sin su verbo correspondiente, pero el sentido es claro.

⁷³ Cuando publiqué mi edición crítica (con traducción catalana) de este libro de Polibio, cf. MANUEL BALASCH, *Polibi. Història XI/XII*, Barcelona, 1968, anoté aquí, sin más, «Equécrates de Fliunte», el conocido pitagórico que se integró en el círculo socrático y que juega un cierto papel en los diálogos platónicos *Critón* y *Fedón*. Pero entonces no había aparecido todavía el

- los locros de Italia, ya que fue este Equécrates quien
 8 le informó sobre ellos, y, para que se vea claro que no
 se valió del primero que encontró, agrega que el padre
 de Equécrates había sido anteriormente embajador de
 9 Dionisio ⁷⁴, ¿no habría citado, un autor tal, de haberla
 encontrado, una inscripción pública o una estela que
 hubiera llegado hasta él?
- 11 Porque el que compara las fechas de los éforos con
 las de los reyes de Lacedemonia ya en sus épocas más
 remotas, las listas de los arcontes atenienses y de las
 sacerdotisas de Argos con las de los vencedores olímpicos ⁷⁵, el que reprocha errores de las ciudades ⁷⁶ en las
 inscripciones aunque las diferencias sean sólo de tres
 2 meses, éste es Timeo. También fue él el descubridor
 de las inscripciones que hay detrás de los edificios públicos ⁷⁷ y de las listas de próxenos existentes en las

comentario de Walbank, tras el cual se puede decir que, ante este Equécrates, no sabemos de quién se trata.

⁷⁴ Seguramente, Dionisio I de Siracusa intentó ganarse las ciudades pitagóricas del S. de Italia. Cf. H. BENGSTON, *Griechische Geschichte...*, págs. 275-6.

⁷⁵ Es Polibio el único que da esta noticia acerca de Timeo.

⁷⁶ No se ve claro si Polibio se refiere sólo a Atenas y a Argos o a todas las ciudades griegas en general. Pédech, en su comentario, nota acertadamente que los errores no se deberían a los magistrados de las ciudades, que inscribirían los hechos en su punto y en el momento oportuno, que es en el de producirse, sino a los historiadores que transcribirían los datos y que serían objeto de reproches por parte de Timeo. Pero aquí hay otra contradicción de éste: si, como apunta (lo sabemos por Polibio), no se movió de Atenas durante cincuenta años, ¿cómo pudo comprobar las discrepancias? Sólo por la confrontación de los diversos autores, jamás personalmente. Indudablemente la figura de Timeo siempre sale poco favorecida.

⁷⁷ Es difícil ver a qué se refiere Polibio, ante todo porque el término griego *opisthódomos* sólo aquí se usa como adjetivo. Dos interpretaciones se apuntan como posibles, la dada en el texto, o bien, alternativamente, «inscripciones en el interior de las *cellae* de los templos». La *cella* (el término es latino) de un

puertas de los templos: no puedo creer que si alguna 3
 cosa de éstas ha existido, Timeo la ignore, o que si la
 ha encontrado, la haya omitido. Y si nos engaña, no
 podemos perdonarle ⁷⁸. Si se ha convertido en un crítico 4
 acerbo e implacable de sus colegas, es lógico que él
 mismo sea objeto de la acusación más dura. No satis- 5
 fecho con haber mentido tan notoriamente en los puntos
 citados, pasa a los locros de Italia y nos dice, primero,
 que su constitución y, en general, su cultura ⁷⁹ coinci-
 dían con las de los otros locros y, en segundo lugar,
 que Aristóteles y Teofrasto ⁸⁰ calumniaron a la ciudad
 italiana. Veo muy claro que ahora, si encuadro el asunto 6
 y multiplico mis referencias a él, me veré obligado a
 desviarme del tema, pero ésta es la causa por lo que 7
 he desplazado a este lugar mi tratamiento de Timeo.
 Así no me veré forzado con tanta frecuencia a omitir
 lo debido * * * ⁸¹.

templo era su parte más secreta y, por lo tanto, más sagrada.
 Sobre este punto es instructivo el comentario de PÉDECH, *Polybe...*,
 págs. 84-5.

⁷⁸ Aquí se corona la argumentación de Polibio. Lo que sigue
 es un resumen, en compendio, de lo que ya se ha dicho.

⁷⁹ Sintácticamente el texto griego aquí, como lo presenta el
 manuscrito, se mantiene, pero a pesar de todo Büttner-Wobst,
 seguidos por WALBANK, *Commentary*, ad loc., señalan una laguna:
 la incertidumbre acerca de sus dimensiones hace el sentido difícil.
 La traducción que se da es según la restitución del texto de
 Büttner-Wobst. Polibio, según eso, rechaza las acusaciones de
 Timeo hechas contra los locros de Italia. Pero la supuesta laguna
 admite otras restituciones, por ejemplo «(Timeo) dice que exis-
 tía una ciudadanía común (hoy diríamos 'doble nacionalidad')
 entre los dos grupos de locros (los de Italia y los de Grecia)
 que se habían hecho concesiones mutuas». Para entender el pro-
 blema crítico a fondo hay que ver un texto crítico griego. Cf.
 WALBANK, *Commentary*, ad loc. Pédech no trata el tema.

⁸⁰ En la vastísima obra de Teofrasto, conservada sólo en
 mínima parte, sería difícil localizar donde trató de los locros.

⁸¹ Es decir, caer en el mismo error de Timeo.

- 11a Timeo dice que en la historia la máxima culpa es
 2 la mentira: por eso invita a los convictos de fraude en sus obras que den otro nombre a sus escritos, pero no el de historia.
- 12 Afirma Timeo⁸²: lo que pasa con las reglas⁸³, que si una es demasiado corta o excesivamente delgada, pero retiene la esencia de una regla, debemos llamarla «regla» a pesar de todo, pero, en cambio, si le falta⁸⁴ el ser recta o alguna otra propiedad, podremos darle
 2 el nombre que queramos, pero no el de «regla», esto mismo pasa con las obras históricas: las que fallen en aspectos estilísticos o de disposición de sus partes, pero expongan la verdad, pueden recibir el nombre de «historia»; si estos libros adolecen de falta de veracidad, no pueden ser denominados así.
- 3 Yo estoy de acuerdo en que la verdad es la guía de los libros de historia. En algún lugar de mi obra⁸⁵ he usado tales palabras: si a un cuerpo vivo se le arrancan los ojos, queda totalmente inútil: lo mismo ocurre con la historia, si se la priva de la verdad; lo que queda
 4 es una fábula totalmente inservible. Con todo, distinguimos entre dos clases de mentira, la intencionada y
 5 la debida a ignorancia. Debemos perdonar a los que se desvían de la verdad porque la desconocen, pero debemos mostrarnos irreconciliables con la mentira intencionada.

⁸² En este capítulo 12, Polibio imita expresamente el estilo pedantemente majestuoso de Timeo. Esto se comprueba leyendo el griego, naturalmente.

⁸³ La comparación está tomada del lenguaje de los carpinteros.

⁸⁴ Aquí hay un problema de crítica textual, pero su discusión se ciñe estrictamente al texto griego tratado sintácticamente, por lo que es difícil reflejarla aquí. Puede verse en la nota correspondiente de mi edición de Polibio, MANUEL BALASCH, *Polibi. Història*, ad loc.

⁸⁵ I 14, 6.

De acuerdo en este punto, en lo que afecta al error, 6 veo que hay una gran diferencia entre el que se produce por ignorancia y el voluntario. El primero merece per- 7 dón y corrección benigna, y el segundo, un duro reproche. Timeo es culpable, principalmente, de errores 8 voluntarios; podemos ya constatar que es un autor así.

Hay un proverbio que se refiere a los que no cum- 12a plen los acuerdos tomados; decimos: «Esto es un pacto con locros»⁸⁶. Alguien atinó⁸⁷ en que, tanto entre los historiadores⁸⁸ como entre los hombres en general, es un hecho notorio que, cuando los de Heraclea⁸⁹ hicie- 2 ron su expedición, los locros acordaron con los peloponesios que levantarían antorchas de guerra si los de Heraclea no pasaban por el Istmo, sino por Río⁹⁰. Así

⁸⁶ El núcleo de la cuestión es que Polibio y Timeo dieron una interpretación distinta del proverbio; Polibio defiende la suya, pero la tesis que nos ha transmitido el epitomador es la de Timeo, que quiere liberar a los locros de Italia de los cargos hechos contra ellos; por eso, tal perfidia y traición se atribuye a los locros occidentales, es decir, a los opuntios. En cambio, Polibio y Aristóteles referirían el refrán a los locros epicefirios, justificándolo, pero el texto nos falta; no es improbable que se refiera a la mala conducta de los locros expuesta en los capítulos 5 y 6 de este libro XII. Esto no lo ha visto ningún comentarista, que yo sepa. La línea prosigue: es la defensa de las tesis de Aristóteles acerca de los locros epicefirios.

⁸⁷ Aquí traduzco según la lectura de Büttner-Wobst contra la de los manuscritos; otros editores del texto griego, en vez de «alguien», leen «Timeo».

⁸⁸ Pero Polibio no se encuentra entre ellos.

⁸⁹ Se refiere a algo muy antiguo, pero decisivo en la historia de Grecia, el llamado «retorno de los heraclidas» o penetración de los dorios en Grecia, hacia el año 900 a. C., fecha inmediatamente anterior a la incorporación ya definitiva e ininterrumpida de Grecia en la historia. Esta invasión doria promovió una redistribución de las estirpes griegas jónicas y eolias en territorio griego, a excepción del Ática, pero la exposición detallada del tema corresponde a una historia de Grecia. Con todo, cf. WATBANK, *Commentary*, ad loc.

⁹⁰ La expresión es vaga: podría traducirse «por la ruta de

los peloponesios podrían precaverse y vigilar la incursión de los Heraclidas. Pero los locros no cumplieron, bien al contrario, alzaron antorchas de amistad cuando los Heraclidas comparecieron. Éstos hicieron la travesía sin correr riesgo alguno, lo cual pasó desapercibido a los peloponesios, que se encontraron, sin darse cuenta, a los enemigos en su territorio. Fueron víctimas de la traición de los locros, que no cumplieron sus pactos⁹¹.

12b

*Reproches de Timeo
a Calístenes*⁹²

* * * ⁹³ debemos rechazar y ridiculizar la locura de los autores soñadores y que escriben sus libros como posesos. Sin embargo, los que son indulgentes consigo mismos en lo que atañe a este tipo de necedad,

lejos de reprocharla a los demás, ya pueden estar contentos si escapan ellos mismos a tal censura. Tal es el caso de Timeo: tilda a Calístenes de adulador⁹⁴ por-

Río», con una referencia al promontorio aqueo que lleva este nombre (IV 10, 4) o al estrecho homónimo (IV 64, 2).

⁹¹ Como se ha notado, ésta es precisamente la tesis de Timeo. Aquí o bien el epitomador ha omitido la exposición de la tesis de Polibio (y de Aristóteles) contra los locros epicefirios, o la da por suficientemente implícita.

⁹² Polibio extiende su abanico de ataques contra Timeo sin perjuicio de atacar luego él mismo a Calístenes. Éste había sido llamado por Alejandro para que fuera el historiador oficial de su campaña asiática. Pero en el año 327 se le encontró complicado en una conjura y murió ejecutado.

⁹³ La laguna es de una línea en el texto griego, y Herwerden propuso una lectura que, traducida, dice «(debemos) hacer trizas las visiones». Véase una edición crítica del texto griego.

⁹⁴ PÉDECH, *Polybe...*, págs. 90-91, matiza mucho esta acusación: la obra de Calístenes no debía ser una adulación, sino que debía servir a fines propagandísticos a favor de Alejandro en Grecia. El problema ético que seguramente se planteó Timeo fue el de si verdaderamente Calístenes podía aceptar este encargo. Pero Timeo estableció una clara división entre los aduladores vulgares y los autores que se prestaban a redactar obras con fines propagandísticos.

que escribe cosas como aquéllas; de él dice que está muy lejos de la filosofía, ya que cita el córdax⁹⁵ y a las mujeres coribánticas. Asegura que fue justo que le alcanzara el castigo de Alejandro, ya que había pretendido corromperle⁹⁶ lo más posible el espíritu. Alaba a 3 Demóstenes y a otros oradores famosos de su época; afirma que fueron dignos de Grecia porque rehusaron tributar honores divinos a Alejandro, mientras que el filósofo que adornaba la naturaleza mortal con la égida y el rayo obtuvo con plena justicia de la divinidad lo que ésta le mandó⁹⁷.

⁹⁵ El córdax era una danza obscena ejecutada por una vieja en la comedia griega. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y Büttner-Wobst aceptan plenamente la lectura que es una enmienda del filólogo alemán Bekker, ya a principios del siglo pasado. Pero PÉDECH, *Polybe...*, ad loc., dice que no se puede excluir totalmente la lectura originaria (*coraxi* = «cuervos») ya que la referencia sería a dos cuervos que guiaron prodigiosamente al ejército de Alejandro, en la línea propagandística anunciada en la nota anterior. Sin embargo, el hecho de que a continuación se mencionen las mujeres coribánticas favorece la aceptación de la lectura de Bekker.

⁹⁶ Todo el episodio, tal como nos ha llegado, es muy oscuro. Véase PÉDECH, *Polybe...*, ad loc., y WALBANK, *Commentary*, ad loc. Parece que Alejandro creyó en su propia divinidad, o fingió creer en ella, y cuando Calístenes se opuso abiertamente a la *proskýnēsis* o adoración, esto lo interpretó Alejandro como una «corrupción de espíritu» y lo mandó ejecutar. Pero otros, según la nota anterior, afirman que murió por haber participado efectivamente en una conspiración.

⁹⁷ Siglos más tarde el satírico latino JUVENAL diría exactamente lo contrario: los pobres se mofan de los dioses, y éstos ni les hacen caso:

*contemnere fulmina pauper
creditur atque deos dis ignoscentibus ipsis* (Sát. III 146).

13

*Timeo difama a
Demócares*

Timeo escribe que Demócares⁹⁸ se prostituyó en la parte superior de su cuerpo, que era indigno de soplar el fuego sagrado y que en sus costumbres superaba los libros de Botris, de Filenis⁹⁹ y de los restantes autores 2 obscenos. Un insulto así y, además, con tal énfasis no sólo no lo haría un hombre educado: ni tan siquiera 3 uno de los que se ganan la vida en un burdel. Timeo, sin embargo, quiere que su propia maledicencia resulte creíble, a pesar de la desvergüenza que entraña, para lo cual aduce una segunda calumnia¹⁰⁰ contra Demócares; se vale del testimonio de un poeta cómico de ínfima 4 categoría. ¿En qué baso mis deducciones? En primer lugar, Demócares procedía de un linaje noble y había recibido una educación esmerada; era sobrino de De- 5 móstenes. En segundo lugar, los atenienses lo consideraron digno no sólo del generalato, sino también de otros honores, que no le hubieran concedido, si él se 6 hubiera revolcado en tales inmundicias. Pienso que Timeo, más que a Demócares, ultraja a los mismos atenienses, si es que éstos exaltaron a un hombre así y 7 pusieron en sus manos su patria y sus vidas. Pero en

⁹⁸ El amplio campo de ataque de Polibio se va ensanchando. Aquí se trata de Demócares de Leucónoe, que nació hacia el 350 a. C. y murió alrededor del año 270. Como más tarde se dice, era sobrino de Demóstenes; políticamente era mucho más radical, y adversario de Demetrio Falereo (cf. nota 100 del libro X). Además de a la política, se dedicó a redactar libros de historia. Por el hecho de que su vida privada fue lamentable, Timeo afirma que su obra no ofrece credibilidad. Parece que la acusación más dura de Timeo contra Demócares fue la de ser pederasta.

⁹⁹ Botris de Mesina y Filenis (no sabemos si de Léucade o de Samos) fueron dos autores pornográficos, de los que sólo sabemos que existieron.

¹⁰⁰ El texto griego es levemente inseguro: quizás se trate de la misma calumnia presentada desde otro punto de vista.

todo esto no hay ni pizca de verdad. De otro modo, no habría sido el comediógrafo Arquédico¹⁰¹ el único en hacerlas, que es el aducido por Timeo, sino también los 8 amigos de Antípatro¹⁰². En efecto: Demócares había hablado con suma libertad y había ofendido no sólo a Antípatro, sino, incluso, a sus amigos y epígonos. Ni habrían callado tampoco sus enemigos políticos, entre quienes contamos a Demetrio Faléreo. Contra éste, con- 9 cretamente, Demócares formuló en su historia la acusación, poco corriente, de que se convirtió en un mal dirigente del país; decía de él que en su actuación política se alababa de cosas tales de las que hubiera podido gloriarse un recaudador de tres al cuarto. Demócares 10 afirma que Demetrio estaba orgulloso de que, en Atenas, se vendieran copiosamente muchos artículos y de que todo el mundo dispusiera, en abundancia, de lo necesario para vivir, pero, además, se jactaba de cosas como 11 las siguientes: que sus¹⁰³ procesiones estaban presididas por un caracol mecánico que se movía por sí mismo y que escupía saliva; que había hecho cruzar el teatro por una recua de asnos¹⁰⁴, y que la patria ateniense de-

¹⁰¹ Un poeta cómico de ínfima categoría; pertenecía a la Comedia Nueva.

¹⁰² Porque Demócares era un antimacedonio declarado. Si los promacedonios callaron, era porque las acusaciones no eran infundadas.

¹⁰³ Aquí hay en el texto griego un dativo ético: se refiere a a las procesiones en las que los que detentaban la autoridad suprema ateniense tenían un puesto de privilegio. Las procesiones quizás sean las de las Dionisias. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁰⁴ En realidad quizás no haya aquí tantas cosas extrañas como pretende Timeo, pues artulugios parecidos vienen citados por otros autores de la antigüedad; sin ir más allá, piénsese en el caballo de Troya. Lo que ya no se ve tan claro es por qué se hacían cruzar asnos por el teatro, tanto es así, que algunos editores proponen modificaciones al texto griego. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

jaba a los demás la gloria de Grecia para obedecer las órdenes de Casandro. Demócares sostiene que Demetrio no se avergonzaba de nada de esto. Y a pesar de todo, ni Demetrio ni nadie lanzó contra Demócares acusaciones como aquéllas.

Yo tengo por más seguro el testimonio de su patria que la acritud de Timeo y deduzco sin miedo de aquel cúmulo de extremos que Demócares, en su vida, no mereció ninguna de aquellas acusaciones. E, incluso ¹⁰⁵, si alguna de tales infamias hubiera resultado cierta en la biografía de Demócares, ¿qué motivo o qué sistema podía forzar a Timeo a incluirlas en su historia? Es lo que pasa con las personas prudentes cuando quieren refutar a sus enemigos: lo primero que examinan no es el castigo que merece su prójimo, sino lo que, a ellos mismos, les resulta más decoroso, esto con más razón * * * pues lo mismo ocurre con los insultos: hay que pensar que lo primordial no es lo que nuestros enemigos merezcan oír; más necesario aún es ver lo que nos resulta honrado decir ¹⁰⁶. Hay gentes que lo miden todo según sus rabias y envidias: si afirman algo poco razonable, es natural que sospechemos y desconfiemos de lo que éstos dicen. Es lógica también, pues, la impresión que ahora doy de recelar ante lo que Timeo asegura de Demócares. Y sería poco verosímil que Timeo encontrara en alguien crédito o perdón: en sus ataques verbales, debido a su acerbidad innata, se desvía notoriamente de lo que es digno.

¹⁰⁵ En la sección 2-7 de este capítulo, Polibio, a partir del concepto de deber, expone las reglas de una crítica histórica intachable: a) exponer no lo que merece el adversario, sino lo que, sin faltar a la verdad, le conviene a uno exponer, y b) recordar que es sospechoso todo historiador a quien la pasión nubla la razón. Estas doctrinas quizás tengan algo que ver con el estoicismo.

¹⁰⁶ Pero el mismo Polibio no siempre cumple sus observaciones; cf. su ataque a Heraclides en XIII 4.

Ni tan siquiera estoy de acuerdo con los insultos contra Agatocles¹⁰⁷, a pesar de que éste fue un hombre que superó a todos en impiedad. Me refiero a lo que Timeo escribe hacia el final de su *Historia*¹⁰⁸: afirma que Agatocles se había convertido, ya en su juventud, en un ser impúdico, en un homosexual pronto a las máximas incontinencias, en un depravado que se entregaba, ya activa, ya pasivamente, al primero que lo solicitaba. Además, añade que cuando murió, su mujer¹⁰⁹, llorosa, lo lamentaba así: «¿Qué es lo que yo no te he hecho? ¿Qué es lo que no me has hecho tú?»¹¹⁰. Aquí podemos repetir lo dicho con respecto a Demó-

¹⁰⁷ Este Agatocles fue tirano de Siracusa desde el 371 a. C. al 289; desde el año 304 ostentó el título de rey. Aparte de lo que aquí Polibio (y Timeo) dice de él, fue un hombre activo y emprendedor. En VIII 10, 2, Polibio, a pesar de reconocer su dureza como gobernante, la admitía, por lo que aquí ha cambiado totalmente de parecer. En cuanto al fondo de la cuestión, Polibio está de acuerdo con Timeo; lo que reprueba a éste es la forma como ha presentado su figura, descubriendo su intimidad y su ternura conyugal, algo que, en la opinión de los historiadores, se debía ocultar por no interesar a los lectores. Por lo demás hay que notar que la hostilidad de Timeo contra Agatocles tenía un motivo personal: éste había desterrado a perpetuidad a aquél de Siracusa una vez hubo tomado Tauromenio.

¹⁰⁸ Por lo que sabemos, la obra de Timeo concluía con cinco libros dedicados al reinado de Agatocles.

¹⁰⁹ Teóxena, hija o, quizás, hijastra de Ptolomeo I Soter de Egipto. Era la tercera esposa de Agatocles.

¹¹⁰ Aparte de que WALBANK, *Commentary*, ad loc., tiene este punto como apócrifo, él y PÉDECH, *Polybe...*, ad loc., divergen en la interpretación del lugar, pues mientras el primero aquí únicamente ve una muestra de ternura conyugal (lo que, en su opinión, pensaban también Polibio y Timeo, sólo que un historiador no debe consignar esto), para Pédech el sentido se refiere a prácticas aberrantes (y ultrajantes), habidas incluso entre marido y mujer.

cares. Pero, además, esta inclemencia exorbitada es
 5 extraña. De la exposición de Timeo se deduce clara-
 mente que Agatocles poseyó grandes cualidades con-
 6 génitas. Si, cuando contaba dieciocho años, llegó a Si-
 cilia huyendo del torno del alfarero, del humo y de la
 7 arcilla ¹¹¹ y, luego, tras tales comienzos, se convirtió en
 dueño de la isla, amenazó a los cartagineses con los
 máximos riesgos y, por fin, envejeciendo en el poder,
 8 murió ostentando la dignidad real, ¿no daremos por
 seguro que Agatocles fue un personaje grande y ad-
 mirable y que tuvo una tendencia muy pronunciada
 9 hacia las cosas prácticas, que ejecutaba con vigor? Es
 preciso que el historiador transmita a las generaciones
 posteriores no sólo lo que encaja con la detracción y
 la acusación; también debe legar aquello que concurre
 al elogio del protagonista. Esto es lo propio del género
 10 histórico ¹¹². Obcecado por su propio encono, Timeo
 proclamó, con ira y exageración, los defectos de Demó-
 11 cares; en cambio, omitió todos sus éxitos, sin darse
 cuenta de que no hay mentira peor en los que * * * ¹¹³
 12 escriben en la historia, como, en gracia a él, me he
 abstenido de añadir detalles que le hagan más odioso,
 pero no he omitido nada de lo esencial en mis plantea-
 mientos ¹¹⁴.

¹¹¹ En efecto, el padre de Agatocles era alfarero.

¹¹² Es doctrina perenne de Polibio.

¹¹³ El texto griego no señala aquí laguna alguna, pero la detectó Schweighäuser. Sin embargo, el sentido es claro. Büttner-Wobst la restituye así (en el aparato crítico): «...en los que ocultan algo o [escriben] lo que nunca ha ocurrido.»

¹¹⁴ Refiriéndonos al texto griego, quizás nos encontremos con una transcripción descuidada del copista, porque su interpretación se presta a vaguedades; claro que esto se ve atendiendo únicamente al texto griego. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe...*, págs. 102-3. La traducción que doy no es sobre el texto de Büttner-Wobst, que corrige el de los manuscritos, lo cual no es indispensable. Si se admite la enmienda,

Dos jóvenes litigaban por un 16
 esclavo que había servido mucho
Las leyes de Zaleuco 115 más tiempo a uno de ellos que al
 otro, pero éste segundo dos días 2
 antes se aprovechó de una ausen-
 cia del dueño, se dirigió al campo y se llevó al esclavo
 a su casa a viva fuerza. Cuando el primero se percató 3
 de lo ocurrido, se personó en el domicilio 116 de su rival,
 recuperó al esclavo y lo condujo a la presencia de los
 magistrados; alegó que la ley le apoyaba en su derecho
 de presentar fiadores. En efecto, la ley de Zaleuco pro- 4
 mulgaba: «La cosa objeto de disputa debe ser retenida
 por el que efectuó la abducción hasta que se celebre el
 juicio.» El otro objetaba que, según la misma ley, era 5
 él quien había efectuado la abducción 117, ya que, ma-
 terialmente, el esclavo había ido al tribunal desde su

las posibilidades de traducción se multiplican: Walbank apunta cinco, apoyadas en el texto griego, del que, con todo, desconocen alguna particularidad. Estas traducciones a veces divergen mucho entre sí. Aquí se ha seguido el criterio de respetar el texto del manuscrito, aun reconociendo que el sentido del infinitivo *epi-metreîn* «añadir detalles superfluos» queda poco justificado, en vistas a lo que sigue («en gracia a Timeo») cuando aquí estamos ante un ejemplo claro de la *rabies historicorum*.

115 Es evidente que este cap. 16 se relaciona con la crítica polibiana a Timeo (sin excluir totalmente a Éforo), pero no se ve cómo. En cuanto a Zaleuco de Lócride, si realmente ha existido (pues muchos creen que se trata de una figura legendaria) ha sido el primero que ha redactado un código de leyes. Pero Éforo (ESTRABÓN, VI 1, 8) decía que el código de Zaleuco era la mezcla de leyes de Creta, de Esparta y de Atenas. En cuanto al capítulo en sí, PÉDECH, *Polybe...*, ad loc., llega a sospechar que se trata de una transcripción del texto de Éforo, o al menos de una fuerte imitación de su estilo.

116 WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta «al territorio», pero parece poco lógico.

117 Sin estar muy seguro de la terminología, reproduzco la de Pédech en su traducción: WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce «removal».

6 casa. Los magistrados presidentes se veían en un apuro,
alargaron el juicio y pasaron el litigio al cosmópolis ¹¹⁸,
7 quien interpretó la ley diciendo que la abducción siem-
pre resultaba hecha por aquellos en poder de los cuales
la cosa en litigio había permanecido indisputablemente
8 algún tiempo. Si se da el caso de que uno desposea
violentamente a otro y se lleve lo disputado a su domi-
cilio, y el antiguo propietario proceda, a su vez, a una
abducción, ésta no lo es desde un punto de vista es-
9 trictamente legal. El joven afectado lo tomó muy a
mal y dijo que no era ésta la intención del legislador.
Y entonces, explican, el cosmópolis le invitó a disertar
10 sobre el caso según la ley de Zaleuco. Ésta consiste en
hablar, en una sesión de los mil, con la soga puesta en
11 el cuello, sobre la intención del legislador. Aquél de
los dos oradores que parezca haber interpretado la ley
deficientemente es ahorcado allí mismo, en presencia
12 de los jueces. Esto es lo que propuso el cosmópolis.
Dicen que el joven reputó desigual la proposición, ya
que al cosmópolis le debían quedar dos o tres años de
13 vida, pues rondaba los noventa; a él, en cambio, según
cálculos verosímiles, tenía por delante la mayor parte
14 de su existencia. El joven, con aquella agudeza, le quitó
hierro al asunto, pero los magistrados decidieron la
abducción según el parecer del cosmópolis.

¹¹⁸ Seguramente el máximo magistrado de Lócride, aunque su poder se debía ver limitado por la asamblea soberana, pues la observación final: «los magistrados decidieron según la opinión del cosmópolis», indica que hubiera podido decidir desviándose de su parecer.

*Crítica de Polibio a
Calístenes* ¹¹⁹

Para evitar dar la impresión ¹⁷
de que, implícitamente, pido que
se dé crédito a prejuicios míos
contra autores tan notables, men-
cionaré una sola batalla, muy fa-
mosa, librada en época relativamente reciente y, cosa
que aquí interesa mucho, a la cual asistió personal-
mente Calístenes ¹²⁰. Me refiero a la acción habida en ²
Cilicia entre Alejandro y Darío. Calístenes explica que
Alejandro ya había atravesado los desfiladeros y las
llamadas «Puertas de Cilicia» ¹²¹, en tanto que Darío
había iniciado su ruta en las Puertas Amánidas ¹²² y ha-
bía descendido con su ejército hasta Cilicia también.
Dice Calístenes que Darío supo por los nativos que Ale- ³
jandro avanzaba hacia Siria; lo siguió, se aproximó
a los desfiladeros y acampó en los márgenes del río
Pínaro ¹²³. Añade que en aquel lugar la distancia del ⁴
mar al pie de las lomas no pasa de los catorce estadios
y que el río citado fluye por allí perpendicularmente ¹²⁴. ⁵

¹¹⁹ Entre la sección que empieza aquí y lo anterior hay un lapso muy grande, quizás el mayor del libro. Pero el hecho de que en el cap. 23 se reanude el ataque a Timeo hace pensar que el tratamiento de Calístenes servía para patentizar que al tiempo que Timeo ejercía una crítica injustificada, dejaba faltas reales sin declarar.

¹²⁰ Es la batalla de Isos, entre Darío III de Persia y Alejandro Magno.

¹²¹ Es el nombre de un paso entre el mar y las montañas, al N. de Alejandreta, el paso llamado actualmente Merke-Su. Adviértase, en general, que tanto WALBANK, *Commentary*, ad loc., como PÉDECH, *Polybe*, ad loc., discuten ampliamente los pormenores de esta batalla, librada en noviembre del 333 a. C., pero sería impropio trasladar aquí con minuciosidad su comentario.

¹²² El moderno paso de Toprak Kalessi, el más septentrional entre Cilicia y Siria. En WALBANK, *Commentary*, pág. 365, hay un mapa con las rutas de ambos reyes previas a la batalla.

¹²³ Parece que se trata del río Payas, unos cuarenta kilómetros al S. de Alejandreta.

¹²⁴ El ángulo recto entre el río y las lomas.

- Explica también que, así que el río abandona las laderas, los márgenes del Píaro tienen concavidades profundas y que, en su curso a través del llano, está bordeado
- 6 por colinas escarpadas y de acceso difícil. Luego de esta exposición, Calístenes aclara que, cuando Alejandro se revolvió y se giró contra ellos, Darío y sus generales decidieron apostar su falange íntegra, tal cual estaba, dentro de su mismo campamento, aprovechando el río como fortificación, puesto que fluía junto a él.
- 7 Prosigue y detalla que los persas colocaron su caballería junto al mar, a continuación los mercenarios; los jinetes estaban en contacto con los peltastas, que llegaban a tocar la montaña ¹²⁵.
- 18 No se entiende muy bien cómo Darío pudo ordenar a sus peltastas delante de la falange, si el río discurría junto al campamento; los peltastas persas eran muchos
- 2 en número. Según concreciones del mismo Calístenes, los jinetes persas eran treinta mil y treinta mil más, los mercenarios; se puede calcular fácilmente el espacio
- 3 que precisaban. Para ser verdaderamente útil, la caballería debe alinearse en no más de ocho hileras de profundidad; entre los escuadrones debe haber un espacio libre igual a su longitud frontal, para poder realizar cómodamente sus retiradas y sus giros a derecha y a
- 4 izquierda. Un estadio cuadrado puede dar cabida a ochocientos jinetes, diez estadios, a ocho mil y cuatro estadios, a tres mil doscientos, de modo que en aquel espacio de catorce estadios cabrían once mil doscientos
- 5 jinetes. Si Calístenes sitúa en él a todos los treinta mil, poco le falta para que su cuerpo de tres falanges se
- 6 toque con la caballería. ¿Dónde colocó Darío su con-

¹²⁵ Sobre los dispositivos de ambos bandos en el momento inicial de la batalla de Isos, cf. el esquema en WALBANK, *Commentary*, pág. 368. En los capítulos siguientes (18-22), Polibio examina los detalles técnicos de la batalla y los errores de Calístenes al exponerla, cosa que aquí interesa poco.

tingente de mercenarios? ¿No será, ¡por Zeus!, delante de la caballería? Calístenes dice que no; según él, fueron los mercenarios los que se opusieron a los macedonios cuando se inició el ataque. En conclusión: la 7 mitad del espacio, la que daba al mar, la cubría la formación de los jinetes, la otra mitad del espacio, la que daba a la montaña, la cubrían los mercenarios. Estas 8 puntualizaciones hacen fácil calcular la profundidad de la formación de la caballería y las dimensiones de la superficie que va del río al mar. Calístenes indica, seguidamente, que cuando el enemigo se aproximaba, Darío, que ocupaba el centro de su formación, ordenó que sus mercenarios corrieran hacia él desde su ala. Pero es difícil ver qué pretende señalar con esto, ya 10 que la única posibilidad es que el punto de contacto entre el contingente de mercenarios y el cuerpo de caballería estuviera hacia la parte central del paraje: si Darío estaba ya con los mercenarios, ¿cómo y para qué podía llamarlos? Como remate, nos dice que los jinetes per- 11 sas del ala derecha avanzaron y atacaron a la caballería de Alejandro; ésta presentó una tenaz resistencia y se entabló una lucha encarnizada. Calístenes se olvidó del 12 río, del río que acababa de citar.

Algo semejante a esto es lo que dice de Alejandro. 19 Escribe que éste pasó a Asia con cuarenta mil soldados de infantería y cuatro mil quinientos jinetes; añade 2 que cuando estaba a punto de penetrar en Cilicia le llegaron de Macedonia cinco mil hombres más de infantería y ochocientos jinetes. Si de este conjunto res- 3 tamos tres mil soldados de infantería y trescientos jinetes, cálculo muy generoso de los que pudieron faltar por haber muerto en operaciones previas, quedarán aún cuarenta y dos mil soldados de infantería y cinco mil jinetes. Fijados así estos datos, Calístenes explica 4 que Alejandro supo de la presencia de Darío en Cilicia cuando lo tenía a cien estadios de distancia; había cru-

- 5 zado ya los desfiladeros. Giró en redondo y volvió sobre sus pasos. Abría la marcha su falange, a continuación iba la caballería y cerraban la formación los bagajes.
- 6 Calístenes especifica que, así que llegaron a la llanura, Alejandro dio orden de que todos se dispusieran para la lucha y que la falange formara en orden de batalla, tomando para ello una profundidad de treinta y dos columnas. Luego la redujo a dieciséis y, finalmente, a ocho, esto cuando estaban a punto de establecer contacto con el enemigo. Aquí el absurdo es mayor que el de antes. Si se conserva la distancia propia de la marcha, con una profundidad de dieciséis líneas, en un estadio cuadrado caben mil seiscientos hombres, cada uno a seis pies del siguiente. En diez estadios habrá dieciséis mil hombres y en veinte estadios, el doble. De todo lo cual resulta que, en el momento en que Alejandro dispuso sus fuerzas en una profundidad de dieciséis filas, la explanada debía medir necesariamente veinte estadios cuadrados, pero no había donde meter ni la caballería ni diez mil soldados más.
- 20 Apunta, luego, Calístenes que cuando tenía a los persas a unos cuarenta estadios, Alejandro hizo avanzar 2 a sus fuerzas frontalmente. Es realmente difícil imaginar un absurdo mayor: ¿dónde encontraríamos unos parajes, principalmente en Cilicia, que permitan avanzar a una falange equipada con lanzas largas? ¡El espacio indicado mediría veinte estadios de ancho por 3 cuarenta de profundidad! Las dificultades con que se toparía una formación así para progresar serían de tal calibre, que no es fácil ni tan siquiera enumerarlas. Un solo detalle de los mencionados por Calístenes basta 4 para convencer de su inviabilidad: dice que los torrentes que se despeñan desde los montes han practicado en el llano unas hendiduras enormes; comenta que es del dominio común que la mayoría de los persas murió, 5 al huir, en estas quebraduras. Se objetará, ¡por Zeus!,

que Alejandro quería estar bien preparado ante la aparición del enemigo. ¿Y qué hay peor dispuesto que una 6 falange formada frontalmente, pero inconexa y esparcida? ¹²⁶. Era mucho más fácil alinearla debidamente partiendo de la formación de marcha, que no agrupar y disponer en una línea recta la fuerza dispersa y desplegada frontalmente, pretendiendo así aprestarla para el combate en un terreno sinuoso y lleno de bosques ¹²⁷. Valía más, realmente mucho más, hacer avanzar a las 7 fuerzas distribuidas en dos o en cuatro falanges adecuadas. Para ellas no era imposible dar con un camino en que hicieran su ruta y, además, resultaba factible ordenarlas rápidamente, puesto que, debido a las avanzadillas, se podía saber con mucha anticipación la proximidad del adversario. Pero Calístenes hace ¹²⁸ avanzar 8 frontalmente a la fuerza griega por la llanura sin ni tan siquiera poner en vanguardia la caballería, a la que equipara en todo con la infantería. Y hay más cosas que me callo.

Pero queda aún lo más grave: Calístenes afirma que ²¹ cuando el enemigo estaba ya muy cerca, Alejandro dispuso a los suyos en columnas de ocho hombres de profundidad. De lo cual se deduce que la falange de ² debía ocupar una extensión de veinte estadios. Si luchaban uno junto a otro, de manera que llegaran a tocarse, según describe Homero, las dimensiones del paraje debían ser, en todo caso, de veinte estadios. Y el mismo ⁴

¹²⁶ Aquí, contra Büttner-Wobst, traduzco la lectura de los manuscritos, en cuya interpretación no todos los traductores coinciden; otros traducen «inconexa y confusa». Si se adopta la lectura propuesta por Büttner-Wobst (véase una edición crítica del texto griego), el sentido sería: «pero con un frente de combate mal formado».

¹²⁷ Aquí la contradicción, al menos implícita, es de Polibio: hasta ahora no se había dicho que en la región hubiera bosques.

¹²⁸ En sentido factitivo: «pero Calístenes dice que Alejandro hace avanzar».

- 5 Calístenes dice que no llegaban a catorce * * * una parte de ésta, la derecha, estaba del lado del mar * * * ¹²⁹, y explica todavía que toda la formación griega distaba de las montañas un espacio suficiente como para no caer
6 bajo los enemigos apostados a sus pies. Sabemos ya que Calístenes hace girar y volver sobre sus pasos a una parte del ejército de Alejandro contra éstos.

Olvidémonos también nosotros de los diez mil soldados de infantería forzosamente sobrantes si nos atenemos a la exposición de Calístenes ¹³⁰. Si lo calculamos según sus datos, para la longitud de la falange quedaban, como máximo, once estadios, en los que es imprescindible apretujar treinta y dos mil hombres. Esto da una profundidad de treinta hombres, y aun a condición de que se toquen, escudo con escudo. Ahora bien, Calístenes dice que, al iniciar el combate, los griegos luchaban formados a ocho hombres de profundidad. Estos errores son imperdonables: lo que es imposible lo es siempre. Si un autor señala exactamente la distancia de hombre a hombre, la extensión del paraje y el número de combatientes, su mentira resulta indefendible.

- 22 Sería excesivamente prolijo explicar todas las incoherencias que se dan en Calístenes; sin embargo, 2 anotaré algunas. Dice que, cuando Alejandro dispuso a sus tropas en orden de combate, anhelaba combatir personalmente contra Darío y que, inicialmente, éste

¹²⁹ Las dos lagunas que afectan a este capítulo no hacen incierto el sentido: en la primera se hablaba de la caballería persa, y en la otra, de todo el dispositivo persa, totalmente inadecuado, según Polibio.

¹³⁰ El texto griego es aquí muy ambiguo; otro sentido perfectamente posible es: «más de lo que su plan requería»; la referencia sería, en tal caso, a Alejandro. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. En esta segunda hipótesis, la traducción debe seguir: «según estos datos».

quería también pelear contra Alejandro, aunque después cambiara de parecer. No indica, sin embargo, cómo 3 pudieron reconocerse mutuamente, dónde se situaron cada uno de los dos en su propio ejército y hacia dónde posteriormente se desplazó Darío ¹³¹. ¿Y cómo logró 4 una formación de falange trepar por las márgenes escabrosas y llenas de palos de un río? También esto es irracional. No podemos imputar a Alejandro algo tan 5 absurdo, cuando le sabemos tan hábil en el arte de la guerra, en el que le instruyeron ya desde su infancia. Sí debemos, en cambio, inculpar al historiador que, 6 por su poca habilidad, es incapaz de distinguir, en los temas de guerra, lo posible de lo imposible. Hasta aquí 7 el estudio de Éforo ¹³² y de Calístenes.

Timeo atacó principalmente a ²³ Éforo ¹³⁴, cuando a él mismo se le pueden imputar dos pecados: en primer lugar, acusa duramen- 2 te al prójimo de faltas de las cuales él mismo es reo; además, tiene un espíritu muy corrompido, lo cual se refleja en su obra, y pretende

¹³¹ Aquí el apuro de Polibio es retórico más que nada, pues el rey persa se colocaba siempre en el centro de la formación para procurarse la máxima seguridad y la máxima rapidez en la transmisión de órdenes, y Alejandro siempre mandaba personalmente la caballería, que cargaba por el ala derecha. Esto lo sabían ambos estados mayores.

¹³² Pero en lo que nos queda de Polibio no se trata en parte alguna de Éforo.

¹³³ G. A. LEHMANN, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 162, expone con clarividencia que por poco científica y digamos populachera que haya sido la obra de Timeo, se ha impuesto de tal modo que su valoración popular resulta irreversible. El articulista alemán habla gráficamente de la «resignación polibiana».

¹³⁴ Como ya se ha notado, la crítica de Timeo contra Éforo se ha perdido, pero no diferiría mucho de la que hizo a Calístenes.

3 imbuirlo a sus lectores. Se dice de Calístenes¹³⁵ que
 murió mercedamente en el tormento; entonces, ¿qué
 debería sufrir Timeo? Hubiera sido más justo que el
 4 dios se vengara de él y no de Calístenes. Éste preten-
 día divinizar a Alejandro, pero Timeo exalta a Timo-
 5 león¹³⁶ por encima de los dioses más ilustres; Calíste-
 nes, a un hombre del cual todos en el fondo del espíritu
 reconocen que era de condición superior al común de
 6 los humanos; Timeo, a Timoleón, el cual no sólo no
 parece haber hecho algo con grandeza de alma, sino
 que ni tan siquiera lo había imaginado. En su vida
 trazó una única línea¹³⁷ que, según como se mire, no
 fue nada del otro mundo, si se compara con las dimen-
 siones de la tierra¹³⁸: me refiero al viaje que realizó
 7 de su país a Sicilia. Como si estuviera en una vinagre-
 ra¹³⁹, Timoleón se había ganado en Sicilia cierta fama.
 Creo que Timeo estaba persuadido de que si Timoleón
 podía compararse con los héroes más ilustres, él mis-
 mo, que sólo había tratado de Italia y de Sicilia, podía

¹³⁵ Según G. A. LEHMANN, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 158, la valoración de Calístenes, historiador de Alejandro, «que mereció la muerte por haber intentado deificar a Alejandro», no se refiere a una valoración de su obra, sino que es sólo un ejemplo de la desmedida polémica de Timeo contra Aristóteles, Teofrasto, el mismo Calístenes, etc.

¹³⁶ Este entusiasmo de Timeo por Timoleón es explicable, porque éste liberó a Siracusa, en el año 244 a. C., de la opresión de Dionisio II el tirano.

¹³⁷ Es el sentido exacto del griego: la interpretación es la que da WALBANK, *Commentary*, ad loc.: «hizo un único movimiento». La expresión griega, convertida en proverbio, ha sido tomada de un juego en que los niños trazaban líneas sobre tablillas de madera.

¹³⁸ Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.; la comparación seguramente es con las dimensiones del imperio de Alejandro, o quizás de los territorios recorridos personalmente por Polibio, que fue un gran viajero.

¹³⁹ Expresión seguramente proverbial.

verse equiparado a autores que hubieran tratado todo el mundo, que hubieran compuesto una historia universal ¹⁴⁰. De Aristóteles, de Teofrasto, de Calístenes e, in- 8 cluso, de Éforo y de Demócates hemos escrito ya lo suficiente para defenderles de las invectivas de Timeo; también se ha hablado lo indispensable acerca de los que estiman a este autor y le juzgan verídico.

Es difícil discernir el carácter ²⁴

de Timeo ¹⁴¹. Dice él mismo que

Carácter de Timeo

poetas y prosistas evidencian sus maneras de ser por las excesivas repeticiones que se hallan en sus

obras: declara que Homero fue muy dado a comilo- 2 nas, porque en su obra pone muchos banquetes; dice que Aristóteles debió de ser un tragón muy refinado, porque en sus obras incluye con frecuencia recetas de cocina. No de otro modo *mostraba su carácter Dionisio* 3 *el Tirano* ¹⁴², quien arreglaba los lechos y se fijaba con insistencia en las particularidades y en los colores de los tejidos * * * es inevitable que emita de él el juicio 4 que merece * * * ¹⁴³ y me desagraden sus tendencias. Cuando acusa a los otros es severo y audaz; en sus 5

¹⁴⁰ Polibio insiste, aunque aquí ocasionalmente, en su idea obsesiva de las ventajas que ofrece la historia universal sobre las monografías acerca de puntos particulares.

¹⁴¹ Así como, antes, de la depravada personalidad de Demócates, Polibio sacó la conclusión de que su obra era sospecha de mentira, ahora usa el procedimiento contrario: del contenido de la obra pretende deducir el carácter de Timeo. Véase el interesante comentario de PÉDECH, *Polybe...*, págs. 117-118. Respetando ciertos límites, el método de Timeo aquí criticado es correcto.

¹⁴² En realidad hay aquí una laguna en el texto griego; la traducción dada responde a la restitución de Büttner-Wobst.

¹⁴³ Como se ve, el texto griego es aquí muy deficiente paleográficamente; el sentido que se puede aventurar es: «de la misma manera es inevitable para Timeo que, a partir de sus obras, se emita sobre él el juicio que merece».

propios juicios, en cambio, está lleno de sueños, de prodigios, de fábulas increíbles, en una palabra, repleto de supersticiones groseras y de una afición al milagro que sólo cuadra a las mujeres. Como sea, lo dicho hasta ahora y lo que ocurrió a Timeo ponen de manifiesto que algunos, por su incapacidad y sus juicios errados, viven como si no vivieran, ven, pero es como si estuvieran ciegos ¹⁴⁴.

- 25 Fálaris ¹⁴⁵ había fabricado en Agrigento un toro de bronce ¹⁴⁶:
El toro de Fálaris echaba en él a los reos y, luego, encendía fuego debajo. Era el castigo infligido a sus súbditos:
 2 cuando el bronce se ponía al rojo vivo, el hombre que había dentro moría abrasado y quemado por todas

¹⁴⁴ Aquí hay un múltiple paralelo bíblico verdaderamente sorprendente (los textos bíblicos vienen citados según la edición de la B. A. C. de Nácar-Colunga): *Salmo* 133, 4-5: «sus ídolos son de plata y oro, obra de la mano de hombres; tienen boca y no hablan, ojos y no ven»; en *Salmo* 136 se repite exactamente lo mismo; *Evangelio de San Marcos* 8, 18: «¿Teniendo ojos no veis y teniendo oído no oís?»; *Epístola de San Pablo a los Romanos*, 11, 8: «Dioles Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír.»

¹⁴⁵ Sobre este Fálaris, cf. VII 7, 2; IX 27, 7.

¹⁴⁶ Este toro ha producido demasiada literatura; basta con ver WALBANK, *Commentary*, ad loc. Quizás sea porque el famoso filólogo inglés Bentley se reveló demostrando que unas cartas atribuidas a Fálaris eran apócrifas. En resumen, lo que parece que se puede decir es: la historia del toro de Fálaris es oscura, y el mismo Timeo no expuso el tema con claridad. Muerto Fálaris, lo más probable es que la población de Agrigento echara aquel toro al mar (como dice un comentarista de Píndaro) y que el que allí se conservaba en tiempos de Timeo representara al río Gela. Si este segundo toro fue trasladado de Agrigento a Cartago tras la caída de aquella ciudad en poder de los cartagineses queda como cuestión abierta; lo cierto es que en el año 146 a. C. había un toro de bronce en Cartago visto personalmente por Polibio, y que Escipión el Africano mandó res-

partes. Luego que el dolor irresistible le hacía gritar, los que lo oían percibían como un mugido que resonaba; ello se debía a la fundición de aquella bestia. Durante la dominación cartaginesa el toro fue trasladado de Agrigento a Cartago. Se conserva la portezuela que tenía a media espalda, por la cual arrojaban a los condenados. No hay explicación posible de que un toro así fuera fundido en Cartago. Con todo, Timeo combate la opinión común y pretende convertir en mentiras las afirmaciones de poetas y escritores. Dice que un toro como éste jamás fue transportado de Agrigento a Cartago y que en Agrigento no hubo jamás un ingenio así. En este punto es sumamente prolijo.

5

¿Qué palabras, qué expresiones usaremos cuando hablamos de Timeo? Creo que merece los términos más duros que él mismo ha empleado contra los otros. Lo dicho demuestra, sin lugar a dudas, que se complace en el odio y que miente descaradamente; lo que sigue ahora evidenciará que ni sabe filosofía ni posee una formación de escritor ¹⁴⁷. En su libro veintiuno, ya hacia el final, en la arenga que hace pronunciar a Timoleón, pone en su boca: «el universo colocado debajo del firmamento tiene tres partes, llamadas Asia, Africa y Europa». Esto, no podríamos creer que lo ha afirmado Timeo, ni tan siquiera el conocido Margites. ¿Quién hay tan ignorante, y no me refiero sólo a los historiadores * * *.

taurar y restituir a Cartago. Por lo demás, la crueldad de Fálaris fue proverbial en la antigüedad. Su reinado en Agrigento se coloca, con reservas, del 646 al 619 a. C. Omitiendo cualquier discusión, digamos con Walbank que, examinado todo, Polibio yerra aquí totalmente en su ataque contra Timeo.

¹⁴⁷ Lo cual significa realmente que Polibio valoraba mucho la filosofía y la formación retórica, y también la cultura y la educación.

25a

Polibio de Megalópolis dice acerca de Timeo ¹⁴⁸: De la misma

Los discursos de Timeo manera que una gota de líquido basta, como dice el refrán ¹⁴⁹, para averiguar lo que contiene un re-

2 cipiente grande, así mismo se pueden extraer conclu-
siones de los asuntos tratados. Si en una obra se
detectan una o dos mentiras, y aún más si son intencio-
nadas, desde entonces no hay nada seguro en las afir-
3 maciones de un autor así; la cosa es clara. En lo tocante
a este punto, si queremos lograr que los partidarios
excesivamente entusiastas de Timeo ¹⁵⁰ cambien de pare-
cer, habrá que echar mano de sus principios y de sus
prejuicios cuando redacta discursos y arengas, parla-
mentos de embajadores y, en resumen, trabajos de
este tipo, que son una recapitulación de las acciones y
4 hacen encajar toda la historia. ¿Habrá lector que no
comprenda que Timeo colocó estos elementos, en su
libro, donde no correspondía y que, encima, lo hizo ex-
5 profeso? Ni reproduce lo que se dijo ni respeta la for-
ma en que se dijo: precisa lo que se hubiera debido
decir, revisa los discursos realmente pronunciados y
lo que se derivó de ellos en el desarrollo de los hechos,

¹⁴⁸ G. A. LEHMANN, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, pág. 180, habla de que Polibio critica la «ligereza» (*eucheria*) de algunos historiadores, lo cual quizás no sea del todo exacto, por cuanto el término en cuestión no sale en el texto griego, ni tan siquiera lo conjeturan los editores. No se aparta mucho de esta opinión PÉDECH, *Polybe...*, págs. 124-125, quien dice que el ataque de Polibio es algo injusto.

¹⁴⁹ «Como dice el refrán», en el texto griego viene como nota marginal, que luego alguien introdujo en el cuerpo del texto; no parece que se trate de refrán alguno, y sí, más bien, de una anotación inoportuna.

¹⁵⁰ Traduzco según la conjetura de Orelli (sobre el texto griego, naturalmente); el texto de los manuscritos, adoptado por Büttner-Wobst, dice: «excesivamente propensos a la crítica».

como si uno, en la escuela de retórica intentara * * * ¹⁵¹ hacer una demostración de la capacidad propia, pero no una reproducción del discurso pronunciado realmente.

Es función propia ¹⁵² de la historia ¹⁵³, primero, cono- ^{25b} cer los discursos tal como fueron efectivamente pronunciados; en segundo lugar, averiguar las causas que hicieron fracasar o tener éxito los planes formulados en ellos, porque la simple narración de los hechos atrae ² al espíritu, pero es estéril; si se añaden las causas, el recurso a la historia es fructífero. Si de unas circuns- ³ tancias similares pasamos a considerar las nuestras, obtendremos indicios y previsiones con vistas a averiguar el futuro; esto nos capacita, unas veces, para preservarnos y, otras, para manejarnos con más confianza ante las dificultades que se presenten, siempre que establezcamos un paralelo con los hechos pretéritos. El ⁴ que silencia los discursos pronunciados, así como las causas que los motivaron, y los sustituye por ejercicios retóricos falsos y ampliificaciones oratorias elimina el componente más propio de la historia. Y Timeo lo hace en grado sumo: todo el mundo sabe que su obra está repleta de retórica menuda ¹⁵⁴.

Puede ser que alguien se extrañe de que Timeo, ^{25c} hombre cuya manera de ser ha quedado clara, haya gozado de la confianza y de la aceptación de alguien ¹⁵⁵.

¹⁵¹ No todos aceptan aquí la existencia de una laguna; la secuencia sintáctica del griego es impecable.

¹⁵² Es decir: especial, peculiar.

¹⁵³ A partir de la crítica hecha a Timeo, Polibio se eleva a exponer las reglas del género histórico. El máximo compendio de la concepción polibiana es que documentación y reflexión son inseparables.

¹⁵⁴ El reproche que Polibio hace a Timeo es el de que ha compuesto largos discursos llenos de menudencias que vienen poco a cuento.

¹⁵⁵ Se prosigue el ataque contra Timeo desde otro enfoque:

- 2 La causa radica en que su obra rebosa de reproches y de injurias dirigidas a los demás. No es juzgada por su contenido ni por sus tesis, sino por sus acusaciones contra otros, para lo cual me parece que Timeo tuvo una habilidad y unas dotes no comunes. Le ocurrió lo mismo que a Estratón el Físico ¹⁵⁶. Este sabio, cuando se propone destrozarse y convertir en falsas las teorías ajenas, es digno de admiración, pero cada vez que expone doctrina suya y explica sus hipótesis personales parece a los especialistas un hombre menos inteligente, más obtuso. Al escritor le ocurre exactamente lo mismo que a cualquier hombre durante la vida: es fácil reprochar a otros, pero resulta difícil mostrarse limpio de culpa. Y casi siempre, por decirlo así, se echa de ver que los que tienden más a la reconvención son los que más fallan en su vida.

25d

*Paralelismo entre la
medicina y la historia*

- Además de las citadas, a Timeo le ha ocurrido otra cosa. Vivió en Atenas durante casi cincuenta años ¹⁵⁷. Tuvo acceso a los libros de sus predecesores y creyó que con esto poseía el recurso principal para redactar su historia, cuando en realidad su ignorancia era total.
- 2 En efecto, la historia tiene un paralelismo con la medicina ¹⁵⁸. Ambas ciencias, en su entidad y en su con-

ahora no se habla de sus entusiastas, sino simplemente de los que le aceptan como fuente válida. Este cap. 25c patentiza la cultura y la vasta lectura de Polibio.

¹⁵⁶ Sobre este Estratón, cf. IV 38, 1-45, 8. Su apodo «el físico» se debe a que se dedicó especialmente a estudios de física.

¹⁵⁷ Todos los estudiosos están de acuerdo en la veracidad de estas afirmaciones, pero no consiguen ponerse de acuerdo en fijar exactamente los años entre los cuales se dio este exilio. Según WALBANK, *Commentary*, ad loc., y PÉDECH, *Polybe...*, ad loc., lo más probable es que Timeo se estableciera en Atenas hacia el 315 a. C.

¹⁵⁸ Polibio, siguiendo cualquier manual de la época, distingue tres clases de medicina: la lógica, la dietética y la farmacéutico-

junto, ofrecen tres modalidades, correspondientes a las disposiciones de sus cultivadores. Refiriéndome 3 ahora a la medicina, la hay de tipo específicamente lógico, de tipo específicamente dietético y una tercera clase, específicamente quirúrgica y farmacéutica * * * totalmente * * * ¹⁵⁹ desacreditar la profesión. La moda- 4 lidad específicamente lógica viene principalmente de Alejandría, de los que allí se llaman los Herofilios y los Calimaquios. Posee, ciertamente, un núcleo de medicina auténtica ¹⁶⁰, pero los que la exponen y la propagan lo hacen con tal arrogancia, que parece que sólo ellos dominan esta ciencia. A la hora de la verdad, sin 5 embargo, cuando sometes un enfermo a sus cuidados, distan tanto de ser útiles como uno que no haya ni saludado un libro de medicina. Más de una vez ha ocurrido que algunos que estaban delicados, sin padecer por ello nada grave, se han confiado a estos hombres,

quirúrgica. Sólo enjuicia la primera y la última, pero no la segunda. Distingue dos casos posibles: un seguidor de cualquiera de las tres modalidades médicas, si es malo, las desacredita, pero la medicina lógica debe rechazarse en bloque: atiende sólo a teorías y a causas generales de las enfermedades, pero no tiene en cuenta las particularidades de cada enfermo. La crítica a esta medicina no era sólo de Polibio, sino de todos los médicos preeminentes de la época, cf. PÉDECH, *Polybe...*, págs. 128-9. En cambio, WALBANK, *Commentary*, ad loc., da una historia de la medicina que aquí nos atañe, siguiendo el texto del mismo Polibio.

¹⁵⁹ Este § 3 tiene el texto muy corrompido, y la restitución del sentido no es segura textualmente, pero es indudable que aquí se atacaba a la medicina lógica.

¹⁶⁰ Mi traducción se aparta, al menos externamente de la de Pédech: «...ce qui constitue cette branche de la médecine et ses apparences et ses prétensions produisent tant d'illusion...», y también, pero menos, de la de Paton: «...is indeed an integral part of medecine, but as regards the ostentation and pretensions of its professors...»; pero me parece que refleja más el auténtico sentido griego, que es que el estudio es absolutamente necesario, pero insuficiente sin la práctica.

- pues sus palabras son persuasivas, y se han puesto a
- 6 punto de morir. Estos médicos son como pilotos ¹⁶¹ que gobernarán sus naves sólo con un libro. Y, con todo, tales individuos recorren con pompa las ciudades; cuando han congregado una muchedumbre * * * ¹⁶² por su nombre. Colocan en un gran apuro a los que con sus obras dieron una prueba auténtica de su valor, los ponen en ridículo delante de su auditorio y, con frecuencia, la fuerza persuasiva de su oratoria les ayuda a impugnar cualquier prueba extraída de los hechos.
- 7 El tercer tipo, el que busca lograr una eficacia conatural en cada tratamiento médico ¹⁶³, no sólo se encuentra raramente, sino que además se ve muchas veces oscurecido por la desvergüenza y la verborrea de los que se aprovechan de la incapacidad de juicio de la masa.

25e De la misma manera la ciencia histórica ofrece indudablemente tres modalidades ¹⁶⁴. La primera consiste

¹⁶¹ La interpretación es insegura: podría traducirse «como gobernantes». En tal caso debe adaptarse toda la imagen a este segundo miembro de la alternativa.

¹⁶² La laguna viene reconocida por Büttner-Wobst y por Paton, y negada por Pédech; WALBANK, *Commentary*, ad loc., se inclina a favor de ella con reservas; en el caso de aceptarla, propone un texto griego que, traducido, dice así: «cuando han congregado una muchedumbre, llenan a los otros médicos de confusión, simplemente llamándoles por su nombre».

¹⁶³ El texto griego es aquí difícil, quizás porque el epitomador transcribió con cierta negligencia. Doy la traducción propuesta por WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁶⁴ El paralelismo intentado por Polibio entre los tres tipos de medicina es diáfano en el primer caso, y forzado, en los dos restantes. En efecto, el historiador que se basa sólo en textos es paralelo a los médicos lógicos. También la experiencia política admite alguna comparación con la medicina farmacéutico-quirúrgica, pero, en cambio, el paralelo entre dietética y geografía es difícil: quizás se logre, de algún modo, pensando que la palabra «dieta» en griego, antes que régimen alimenticio, significa simplemente «género de vida»: la medicina estudiaría la

en el examen cuidadoso de las fuentes documentales y en la yuxtaposición de los datos que suministran. La segunda, en la inspección de las ciudades y de los parajes por donde discurren los ríos, y los puertos. En general, se deben observar las peculiaridades y las distancias que hay por tierra y por mar. El tercer tipo lo da el conocimiento de la actividad política¹⁶⁵. Lo mismo que en medicina, muchos aspiran a escribir historia por el prestigio que esto entraña. Sin embargo, la mayoría de los autores carecen, en absoluto, de dotes para este cometido, aunque se vean sobrados de ligereza, audacia y superficialidad. Hacen como los boticarios¹⁶⁶, que buscan con interés ser conocidos y peroran, según la oportunidad, para ganarse el favor de la clientela y, con él, su subsistencia. No vale la pena hablar más de hombres así. De algunos parece razonable que se dediquen a la historia¹⁶⁷. Pero hacen como los médicos lógicos: se pasan largo tiempo en bibliotecas y, tras haber adquirido gran habilidad en la investigación de documentos, se convencen a sí mismos de su aptitud para este trabajo. Evidentemente, a los profanos en la

constitución física y el estado concreto del cuerpo del enfermo, y esto llevaría al médico a prescribir un género de vida.

Por lo demás, no puede omitirse la lectura del fundamental comentario de PÉDECH, *Polybe...*, págs. 129 y sigs., a este capítulo, en el cual se encuentra el pasaje capital para entender la comprensión polibiana de la historia pragmática: es una historia política en sentido amplio, es decir, debe describir la vida pública de los estados desde el momento de su constitución, prescindiendo de una posible etapa mítica y de genealogías.

¹⁶⁵ Traduzco según la interpretación de WALBANK, *Commentary*, ad loc.; literalmente sería: «el conocimiento por las prácticas políticas».

¹⁶⁶ Tenían fama de charlatanes, incluso entre los mismos latinos; cf. PLUTARCO, *Moralia* 80a, y HORACIO, *Sát.* I 2, 1.

¹⁶⁷ Entre los cuales se encuentra Timeo, en opinión de Polibio.

materia les causan la impresión de contribuir * * * ¹⁶⁸, pero a mi entender su aportación a la historia universal es imperfecta. La investigación de los libros de los hombres doctos del pasado es útil si se dirige al conocimiento de la ideología de los antiguos y al de lo que pensaban acerca de situaciones, lugares, linajes, constituciones y costumbres determinadas, si se dirige, además, a la comprensión de las circunstancias y azares que se dieron en épocas pretéritas; si se ha escrito lo que realmente pasó, lo pretérito hará que atendamos debidamente al futuro. Pero Timeo piensa que basándose únicamente en su habilidad en la investigación ya puede historiar los hechos acaecidos, lo cual es una puerilidad: es como si uno se creyera capacitado para ser un buen pintor, maestro de pintores, por el mero hecho de haber contemplado las obras de los pintores antiguos.

25f

Mi tesis será aún más válida

Incompetencia de Éforo, de Teopompo y de Timeo en cuestiones militares y geográficas si atendemos, por ejemplo, a lo que pasó a Éforo ¹⁶⁹ en ciertos pasajes de su *Historia*. Por lo que hace a los temas bélicos, creo

que este autor tuvo una cierta idea de las batallas navales, pero ninguna, en cambio, de las terrestres. Si se lee su descripción de la batalla naval de Chipre ¹⁷⁰ y de la de Cnido ¹⁷¹, libradas por generales del rey persa

¹⁶⁸ Hasta ahora esta laguna no ha encontrado restitución satisfactoria; Büttner-Wobst proponen, en su aparato crítico, una lectura que, traducida, dice: «...contribuir aunque es evidente que aportan una única cosa...».

¹⁶⁹ Éforo es un autor más bien apreciado positivamente por Polibio, pero no por ello se libra de sus críticas. Como veremos, en parte las merece.

¹⁷⁰ Batalla de Chipre, librada entre Evágoras, rey de Chipre, y el sátrapa persa Tiribazo, en la que la flota del primero se vio aniquilada totalmente. Se dio en el año 381 a. C.

¹⁷¹ El primer desastre espartano después de su victoria en

contra Evágoras de Salamina y contra los espartanos respectivamente, Éforo admira, razonablemente, por el vigor y la habilidad que pone en su narración; su lectura proporciona datos útiles para circunstancias similares; en cambio, cuando describe las batallas de Leuctra y de Mantinea, en las que lucharon tebanos y lacedemonios (en la última murió Epaminondas), si atendemos, en su narración, a las formaciones de las tropas durante la batalla y a cómo se fueron modificando, aquí Éforo hace el ridículo, pues se muestra inexperto y desconocedor de toda esta temática¹⁷². La batalla de Leuctra no fue complicada. Se libró sólo con parte de las fuerzas de ambos bandos y, por eso, aquí se ve poco la nula habilidad de este autor; la de Mantinea, por el contrario, en la que se maniobró de forma *muy compleja, es excesiva para Éforo, que la narra de manera incoherente*. Esto se ve al examinar la topografía de los lugares y al comparar con ella las maniobras descritas por Éforo.

Algo análogo ocurre a Teopompo, y principalmente a Timeo, de quien ahora me ocupo. La poca pericia de ambos pasa desapercibida cuando se limitan a narrar resumidamente algún hecho militar. Pero cuando quieren exponerlo con detalle y tratarlo en todos sus extremos, entonces se ve que ambos autores no difieren en nada de Éforo.

El que carece de experiencia bélica no puede describir bien lo que ocurre en la guerra, ni puede tratar de

la guerra del Peloponeso, fue en la batalla naval de Cnido, ganada por el almirante ateniense Conón al mando de una flota persa.

¹⁷² En efecto, Éforo no entendió en absoluto que la formación militar tebana de Epaminondas en Leuctra y Mantinea suponía una verdadera revolución en el arte militar, y se limitó a presentar las batallas como vulgares escaramuzas en las que un bando sale derrotado. Véase el lúcido comentario de PÉDECH, *Polybe...*, págs. 132-3.

política el que no ha intervenido en sus avatares y en
 2 sus cambios. La obra redactada por eruditos librescos
 sin experiencia, que no han vivido su temática, es inútil
 para cualquiera que la encuentre. Y si privamos a la
 historia de lo que puede sernos útil, lo que queda de
 3 ella es despreciable e inservible¹⁷³. Añado todavía que
 los que quieren tratar monográficamente acerca de ciu-
 dades y de regiones, pero no poseen la experiencia
 mencionada sufrirán algo semejante: omitirán muchas
 cosas dignas de mención y tratarán prolijamente de
 otras insignificantes. Esto ocurre principalmente a Ti-
 meo por no haber visitado las regiones.

25h

*Defectos de Timeo:
 falta de expresividad
 y abuso de artificios
 retóricos*

Timeo declara en su libro treinta y cuatro que ha vivido cincuenta años¹⁷⁴ seguidos en Atenas en calidad de huésped; reconoce, en consecuencia, su inexperiencia total en lo que se refiere a la guerra y confiesa no haber estado personalmente en los escenarios de los hechos. Cuando en su historia llega a una acción militar ignora muchas cosas y engaña. Si alguna vez roza la verdad, se parece a los pintores que pintan sus cuadros sirviéndose de maniqués de paja¹⁷⁵, que toman
 2 como modelos. Estos artistas salvan alguna vez la línea
 3

¹⁷³ Polibio insiste repetidamente en la utilidad de la historia: a) utilidad moral, I 1, 2; 35, 9; VIII 21, 11; b) utilidad política y militar, I 1, 2; 57, 5; III 31, 5; 118, 12 etc.; c) utilidad estimulante: los ejemplos de los tiempos pasados nos mueven en el presente y para el futuro, VI 54, 3; X 31, 3...

¹⁷⁴ Polibio está trabajando de memoria y sin demasiada exactitud; en 25d acaba de decir: «casi cincuenta años», y no dice que sean seguidos. Por lo demás, aquí Polibio inicia una crítica literaria adversa a Éforo.

¹⁷⁵ «Maniqués de paja»: este sentido del texto griego no es reconocido por todos, pero es el más probable. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

externa, pero no reflejan el dinamismo y la animación ¹⁷⁶ de los seres vivos, que es el elemento más propio del arte pictórico. Éste es el fallo de Timeo y, en general, el de los que se ciñen únicamente a una base libresco: carecen del vigor de los temas, que sólo surge de ⁴ la experiencia personal de los autores. Por ello, los que no han vivido los hechos son incapaces de despertar el sentimiento de la realidad en sus lectores. Nuestros ⁵ antecesores pensaron que los libros de historia han de poseer una vida tal que, cuando en ellos se trate de política, hagan exclamar al lector: «¡Seguro que el autor intervino aquí y que conoce por experiencia el asunto!»; cuando traten de guerras, hagan proclamar que el autor ha sido soldado y se ha visto en riesgos, y, cuando traten temas propios de la vida privada, hagan pensar que el autor ha vivido con una mujer y que ha criado hijos. Los demás aspectos de la vida ⁶ han de ser reflejados de modo semejante, cosa que, lógicamente, sólo se encontrará en autores que tengan experiencia personal de aquello de que tratan y que, además, sientan gran estima por este aspecto de la historia. No cabe la menor duda de que es difícil ser un autor con estilo personal y efectivo desde todos los puntos de vista, pero es imprescindible serlo, al menos, en lo principal y en lo más corriente.

Lo que he dicho no es imposible. Para testificarlo, ²⁵ⁱ baste Homero, en quien se da notoriamente mucho de tal vitalidad ¹⁷⁷. Una deducción clara de lo considerado ²

¹⁷⁶ Dinamismo (o viveza) y animación: dos conceptos claves, tanto para la literatura como para la pintura contemporáneas de Polibio.

¹⁷⁷ Polibio formula aquí una teoría acerca del estilo de la narración histórica y, especialmente, de los discursos intercalados en ella, según cuya teoría se debe tender a una narración tan concreta de los hechos que dé una impresión de estar ante la verdad histórica y no ante otra cosa. La historia debe ser vivida.

- hasta aquí: la investigación de los libros constituye la tercera rama de la historia y ocupa el tercer lugar.
- 3 La verdad de esta deducción es notoria, si la referimos a los discursos políticos y a los exhortatorios compuestos por Timeo e, incluso, a los que pone en boca de
 - 4 embajadores. Las ocasiones que admiten la aplicación de cualquier argumento ¹⁷⁸ son pocas; en su mayor parte consienten sólo razonamientos sencillos y que vengan a cuento. Unos encajan con los contemporáneos y otros, con los antepasados; unos son adecuados para los etolios, otros, para los peloponesios y unos terceros, para
 - 5 los atenienses. Lo que hace Timeo cuando inventa argumentos para cualquier situación, cuando recita banalmente y fuera de lugar todas las razones posibles, no responde en absoluto a la verdad; es un pasatiempo pueril. A muchos ¹⁷⁹ les ha sido causa del descrédito y de desprecio. Debemos encontrar siempre argumentos
 - 6 adecuados y oportunos. Buscamos el beneficio y no el perjuicio de nuestros lectores: por consiguiente, puesto que la utilidad de los discursos no es siempre la misma, determinar el tono y la duración de los que se vayan a insertar exige gran cuidado y conocimientos no comunes.
 - 7 Ciertamente, es difícil precisar lo oportuno para cada momento, pero no es imposible: podemos basarnos en nuestra experiencia misma e, incluso, en nuestras inclinaciones. Para verlo claro en nuestro caso, fijémonos
 - 8 en lo que sigue. Si, tras exponer la situación, la génesis y las conexiones de aquello sobre lo que se delibera,

¹⁷⁸ Es decir, de todos los argumentos posibles.

¹⁷⁹ El griego dice literalmente sólo «a muchos», y WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta «a muchos hombres de estado», en cuyo caso se significa que han seguido los consejos de Timeo; Pédech, en cambio, en su versión traduce: «a muchos historiadores» (traducción quizás más lógica), en cuyo caso se recomienda no seguir el método de Timeo. Nótese que Walbank rechaza explícitamente la traducción de Pédech.

tras reproducir, a continuación, los discursos que realmente se pronunciaron, los autores nos aclararan los motivos que hicieron fracasar o tener éxito a los oradores, nuestra visión de los hechos respondería a la verdad, podríamos discernirlos y, refiriéndolos a circunstancias actuales parecidas, tendríamos éxito en los problemas que se nos presentaran. Tengo para mí que ⁹ buscar las causas es difícil, y fácil, componer discursos en los libros; pocos son los capaces de hablar concisamente y de manera ajustada; es propio del vulgo disertar prolijamente, diciendo vaciedades, sobre cosas que nos son comunes y que están al alcance de la mano.

Para confirmar nuestras opiniones en cuanto a Ti- ²⁵¹ meo —me refiero a su ignorancia y a su falacia intencionada—, aduciremos unos ejemplos breves, extraídos de discursos que todo el mundo está de acuerdo en atribuirle ¹⁸⁰. Hermócrates, Timoleón y Pirro de Epi- ² ro ¹⁸¹ sucedieron a Gelón el Viejo ¹⁸² en el gobierno de Sicilia. Fueron hombres muy capaces, a los que no se puede, en absoluto, colgar discursos pueriles y escolares. En su libro vigésimo primero, Timeo explica que, ³ cuando Eurimedonte llegó a Sicilia para empujar a

¹⁸⁰ Nos encontramos aquí, por primera vez en la historia, con un comentario de texto hecho desde un punto de vista de la crítica literaria. Polibio critica tres absurdos de Timeo: el primero de género deliberativo, el segundo, de género exhortatorio, y el tercero, referente al discurso de un embajador.

¹⁸¹ Sobre Timoleón, cf. 23, 4 de este libro XII; sobre la obra de Timeo acerca de Pirro, 4b, 1; Hermócrates protagoniza buena parte del libro VI de Tucídides, en el que éste pone en su boca un importante discurso de carácter hoy diríamos reaccionario, aunque luego juegue un papel decisivo en la lucha por la defensa de Siracusa contra los atenienses.

¹⁸² Gelón, hijo de Denócares, se hizo tirano de Gela hacia el 441 a. C. y de Siracusa hacia el 485. Aliado a Terón de Agrigento, derrotó y aniquiló a un ejército cartaginés en la batalla de Hímera (480 a. C.), lo que virtualmente le dio el control de toda la isla de Sicilia.

- las ciudades de la isla a hacer la guerra contra Siracusa¹⁸³, los ciudadanos de Gela, cansados ya de conflictos, enviaron legados a Camarina¹⁸⁴ para concertar una tregua. Los de Camarina les acogieron favorablemente; más tarde, las dos ciudades despacharon embajadores, cada una a sus aliados, con la demanda de que enviaran a Gela hombres de confianza para deliberar sobre la paz y los intereses comunes. Llegados los compromisarios y abierto el debate, Timeo presenta a Hermócrates y pone en su boca el discurso siguiente¹⁸⁵: empieza alabando a los de Gela y a los de Camarina, en primer lugar, porque son ellos los que han concluido la tregua, en segundo, porque habían promovido aquellas conversaciones y, todavía, porque habían procurado que no fuera el pueblo el que tratara de la paz, sino sus dirigentes, ya que son éstos los que conocen claramente la diferencia que va de la paz a la guerra. A continuación echa mano de dos o tres reflexiones de tipo práctico, para afirmar seguidamente que todos ellos habían aprendido y conocían la diferencia que hay entre guerra y paz... ¡esto cuando había subrayado, un poco más arriba, que se debía agradecer a los de Gela que las conversaciones no las efectuaran las asambleas populares, sino un senado experimentado en peripecias bélicas!
- Timeo da la impresión no sólo de carecer de sentido político¹⁸⁶, sino de padecer deficiencias en cuanto al

¹⁸³ Fue en el verano del año 424 a. C., pero su misión fracasó porque el congreso siciliano de Camarina se había anticipado a su actuación.

¹⁸⁴ Por este tiempo, Camarina estaba aliada con Atenas.

¹⁸⁵ Este discurso viene reproducido por Tucídides, quizá en su tenor literal, en el lugar IV 59-64; es curioso que Polibio no diga que las coincidencias con el contenido del discurso de Tucídides son nulas, y que, por tanto, el discurso de Timeo es falso.

¹⁸⁶ Otros traducen el texto griego: «...de dotes como historiador», pero, dado el contexto, esta versión no parece probable.

uso de medios retóricos. Me parece opinión común el 9
que los discursos deben contener elementos desconoci-
dos o bien no creídos por el auditorio, y que ejercitarse
en discursos que traten de temas muy conocidos es el
esfuerzo más superfluo e infantil * * * ¹⁸⁷ que lo ya cono-
cido. Además del error que supone componer un dis- 10
curso dedicado a puntos que ni tan siquiera se debían
tocar, Timeo utiliza unos argumentos que nadie puede
creer que Hermócrates los adujera. En efecto, este 11
general siciliano combatió junto a los lacedemonios en
la batalla de Egospótamos y, anteriormente, había cap-
turado, en Sicilia, al ejército ateniense con sus dos
generales; argumentos como los que le imputa Timeo
no los habría recitado ni un niño.

Es la pura verdad ¹⁸⁸. Primero, Hermócrates cree 26
que se debe recordar a los delegados que, en tiempo
de guerra, los hombres dormidos son despertados a
toque de corneta en la madrugada, mientras que, en
tiempo de paz, despiertan por el canto del gallo. A 2
continuación, explica que Heracles instituyó los juegos
olímpicos y la tregua olímpica, de lo cual extrae una
prueba de las preferencias del dios. Si emprendió la
guerra contra alguien y lo dañó, se vio forzado a ello
por necesidad o por órdenes superiores; él nunca fue
culpable de un perjuicio voluntario infligido a un hom-
bre. Señala, luego, que Homero nos presenta a Zeus 3
irritado contra Ares, pues le dice:

*Me eres el más detestable de los olímpicos dioses,
ya que siempre deseas batallas, discordias y guerras* ¹⁸⁹.

¹⁸⁷ Para esta laguna, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., que propone rellenarla en el sentido: «referido a lo que es conocimiento común».

¹⁸⁸ En lo que sigue el texto griego presenta muchos juegos de palabras y artificios retóricos, por lo que se debe seguir de cerca el texto de Timeo.

¹⁸⁹ Cf. HOMERO, *Iliada* V 890.

- 4 Seguidamente hace decir al más prudente de aquellos héroes ¹⁹⁰:

*No tiene hermanos ni ley, ni hogar posee aquel hombre
que la guerra cruel desea para su patria,*

- 5 y hace que Eurípides esté de acuerdo con Homero cuando pregonar:

*¡Paz de profundas riquezas,
la más bella de los felices dioses,
suspiro por ti! ¡Cuánto tardas!
Temo que la vejez me asalte
y no pueda ver tu gracioso día,
los cantos de los hermosos coros
y las procesiones que gustan de guirnaldas ¹⁹¹.*

- 6 Además, Timeo hace decir a Hermócrates que la guerra tiene un gran parecido con la enfermedad, y la paz, con la salud; la paz repone a los enfermos, mientras
7 que la guerra mata a los sanos. En la paz, añade, los
8 jóvenes entierran a los viejos, que es lo natural; mientras que, en tiempo de guerra, sucede lo contrario. Y lo más grave: en época de guerra no hay seguridad ni al pie de las murallas ¹⁹²; en tiempos de paz, por el
9 el estilo. Si un adolescente que empieza a frecuentar la escuela se propusiera componer un ejercicio declamatorio que encajara con unos personajes determinados, sería extraño que usara de argumentos o expresiones que no fueran éstos. Creo que el muchacho no echaría mano de razones distintas de las que Timeo pone en boca de Hermócrates.

¹⁹⁰ Es Néstor de Pilos. El lugar es *Iliada* IX 63.

¹⁹¹ Texto procedente de la tragedia de EURÍPIDES, *Cresfonte*, hoy perdida. El dado es el fr. 453, 1-3, de la edición de NAUCK.

¹⁹² Porque se pueden batir desde lejos con proyectiles.

¿Y qué diré cuando Timoleón¹⁹³, en el mismo libro, 26a espolea a los griegos a la lucha contra los cartagineses? En el momento en que están para trabar el combate contra un enemigo muy superior en número, empieza a arengar a los suyos y les dice que no atiendan a la gran muchedumbre de hombres que se les echa encima, sino a su cobardía. Porque África entera, explica, tiene una 2 gran densidad de población, a pesar de lo cual, cuando queremos enfatizar la soledad con un proverbio exclamamos: «¡Es más desierto que África!»¹⁹⁴, y aclara que el refrán no señala que el país esté deshabitado, sino que sus habitantes son cobardes. En una palabra, co- 3 menta, ¿quién se asustará de unos soldados que esconden lo que la naturaleza ha dado a los hombres como distintivo ante las bestias, me refiero a las manos? Los africanos, en efecto, las llevan toda su vida metidas en sus túnicas y las pasean inactivas¹⁹⁵. Pero lo peor es, asegura, que por dentro de sus tunicelas los africanos llevan unas bandas para impedir que, si mueren en la batalla, el enemigo les vea * * *.

*Timeo abusa de la
paradoja*

Cuando Gelón prometió a los 26b griegos¹⁹⁶ la ayuda de veinte mil soldados y doscientas naves de guerra a condición de que le fuera confiado el mando supremo, ya por mar ya por tierra, se cuenta que los reunidos en Corinto dieron a los enviados de Gelón una respuesta muy acertada: propusieron que el interesado se pre- 2

¹⁹³ Para Timoleón, cf. nota 183.

¹⁹⁴ El refrán se encuentra, efectivamente, en EURÍPIDES, *Helena* 404.

¹⁹⁵ JENOFONTE, en *Helénicas* II 1, 8, dice lo mismo.

¹⁹⁶ A requerimiento de éstos; el hecho de que Polibio no lo aclare me parece que no hubiera debido dar lugar a los prolijos comentarios de WALBANK, *Commentary*, ad loc., y de PÉDECH, *Polybe...*, pág. 140. HERÓDOTO narra lo mismo en VII 158, 4.

- sentara con sus fuerzas en calidad de auxiliar; la situación otorgaría el mando, por sí misma, a los hombres más capacitados¹⁹⁷. O sea que no rehuían el depositar su esperanza en Siracusa, pero confiaban también en sí mismos e invitaban, al que se prestara a ello, a la lucha que comprueba el coraje, a la corona del valor.
- 4 Pero, refiriéndose a los extremos aludidos, Timeo compone unas disertaciones tan prolijas, se interesa tanto por convertir a Sicilia en el territorio más importante de Grecia, por describir los hechos de la isla como más brillantes y vistosos que los del resto del mundo, por presentar a los sicilianos como los más sabios entre los hombres que se distinguieron por su inteligencia y a los siracusanos como los hombres más avanzados, casi divinos, en cuestiones políticas, que no deja ni una sola exageración a los alumnos de la escuela de retórica cuando hacen ejercicios sobre temas paradójicos, por ejemplo: componer un elogio de Tersites o una censura de Penélope, o cosas por el estilo.

26c De ahí se sigue que, por sus exageraciones, Timeo conduce no a un juicio, sino al desprecio tanto de los hombres como de las gestas que pretende ensalzar;

le ocurre casi lo mismo que a los que se han ejercitado en discursos de la Academia con argumentos vulgares.

- 2 Algunos de estos hombres se apasionan por confundir a sus interlocutores, tanto en los temas que parecen comprensibles como en los que se muestran incomprensibles; para ello se sirven de tales paradojas, tienen tal fuerza persuasiva, que llegaríamos a pensar en la posibilidad de que unos que se encuentran en Atenas pue-

¹⁹⁷ Aquí es donde difieren más la versión de Heródoto y la de referencia; Heródoto dice que el mando (la hegemonía) lo ejercitaron indiscutidamente los espartanos.

dan oler unos huevos que se están friendo en Éfeso y a dudar de que si, de alguna manera, mientras dialogan sobre estos temas en la Academia, no recitan, soñando despiertos, sus discursos en su propia casa, tendidos en su lecho. La exageración¹⁹⁸ de sus paradojas ha hecho 3 caer a su escuela en el descrédito, hasta el punto de que han inducido a los hombres a vacilar, incluso, ante razonamientos argumentados correctamente. Además, 4 dejando aparte este fallo, han imbuido en nuestros jóvenes una pasión tal, que éstos ahora no atienden, ni en el grado que sería normal, a los problemas morales y políticos que se nutren de la filosofía; pierden el tiempo en discusiones vanas¹⁹⁹, inventándose argumentos paradójicos que no sirven para nada.

Esto es lo que le ha ocurrido a Timeo y a sus ad- 26d miradores²⁰⁰. Es un autor paradójico y aficionado a las discusiones sobre cualquier tema. Por eso ha pasado al vulgo absurdamente con sus razonamientos y le ha forzado a prestarle atención, porque sus argumentaciones²⁰¹ parecen correctas; se ha ganado a algunos hombres²⁰² con sus demostraciones, que se presentan como concluyentes. Esta impresión la da, principal- 2 mente, cuando expone temas como son colonias, funda-

¹⁹⁸ Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Polibio no critica a la Academia globalmente, sólo a ciertos excesos retóricos que se daban en ella.

¹⁹⁹ Este mismo reproche, pero apuntando contra la sofística, lo había hecho ya ARISTÓFANES en las *Nubes*, en la disputa entre las Razones Justa e Injusta (vv. 916 ss.).

²⁰⁰ Precisamente este capítulo 26d sirve a G. A. LEHMANN, *art. cit.*, en *Polybe. Neuf exposés...*, págs 161-2, para señalar que Polibio toma a Timeo como a un oponente muy serio, es decir, como a un rival que impone respeto.

²⁰¹ Ésta es la traducción del texto griego, pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., parafrasea: «consideradas superficialmente».

²⁰² Inteligentes. Véase la nota siguiente.

- 3 ciones y parentescos²⁰³. En esta materia seduce por la minuciosidad de sus discursos y por la dureza que emplea cuando refuta a sus colegas. Casi creeríamos que los autores restantes se han dormido sobre su temática, que han recorrido el mundo de manera muy superficial²⁰⁴ y que sólo él, Timeo, ha investigado en todos sus extremos los puntos de la historia sobre los que se han afirmado verdades y falsedades, que él ha logrado discernir. A los que han dedicado más tiempo a sus primeros libros, en los que trata principalmente la temática citada, y le creen ciegamente cuando desarrolla sus promesas hiperbólicas, si se les demuestra que Timeo es culpable de los mismos defectos que él imputa a otros, como nosotros mismos hicimos más arriba al coleccionar sus equivocaciones sobre los locos y sobre
- 5 otros asuntos, estos individuos se convierten en penden- ciosos, amigos de disputas y excesivamente seguros de sí mismos. Podemos decir que éste es el provecho que extraen de la historia los que ponen más interés en la
- 6 lectura de Timeo. Y los mismos aspectos que acabo de citar hacen que los que han estudiado sus discursos y las partes excesivamente prolijas de ellos se conviertan en personas pueriles, en niños de escuela, y en falsarios.

²⁰³ Polibio va culminando su crítica negativa a Timeo: ahora pasa revista a sus admiradores, para refutarles con el tácito reconocimiento de su gran prestigio, del que se habló en la nota 133 y en la 200. Con todo, los admiradores de Timeo se dividen en dos clases: a) el vulgo, al que deslumbran sus recursos retóricos, la dureza de sus ataques, etc., y b) los sabios, a los que Timeo parece convencer. Contra estos últimos se dirige este capítulo.

²⁰⁴ Esta es la traducción literal; WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta: «que han hecho afirmaciones gratuitas sobre el mundo».

*Causas de los
defectos de Timeo:
el historiador ideal*

Pero la parte política²⁰⁵ de la 27a historia de Timeo adolece de los mismos defectos, la mayor parte de los cuales hemos tratado ya.

Ahora aduciremos su causa. Quizás a la mayoría de los hombres no le parezca apropiada, mas se verá que es la más fundada de las acusaciones que se puedan formular contra Timeo. Creo que éste 3 está dotado de una habilidad práctica²⁰⁶ cuando se enfrenta con los temas y que ha redactado su historia con verdadero método²⁰⁷. Sin embargo, en ciertos puntos 4 no hay escritor famoso que evidencie más inexperiencia y descuido. Lo cual será evidente por lo que sigue.

La naturaleza nos ha provisto de dos instrumentos, 27 mediante los cuales sabemos muchas cosas y podemos averiguar otras, me refiero a la vista y a la audición; la vista es mucho más fidedigna, según el dicho de Heráclito²⁰⁸: los ojos son testigos más exactos que el oído. Pues bien: de estos dos caminos, Timeo escogió 2 el más agradable, aunque menos válido, de cara a la investigación. Prescindió totalmente del testimonio ocu- 3 lar y lo sustituyó por el del oído. E, incluso, dentro de éste se pueden discernir dos ramas, la que a través de los libros * * * ²⁰⁹ trastornó descuidadamente la inves-

²⁰⁵ Aquí Polibio se refiere al contenido de la obra por oposición al fondo.

²⁰⁶ PÉDECH, *Polybe...*, págs. 145 y sigs., interpreta, quizás con más cuidado: «espíritu científico».

²⁰⁷ Aquí acepto en el cuerpo de la traducción la interpretación de Pédech, *l. c.*, «método»; Paton traduce «interés».

²⁰⁸ LUCIANO DE SAMÓSATA (*Relatos verídicos* 29) atribuye la misma sentencia a Heródoto, pero el estilo es poco herodoteo, y todas las trazas de la sentencia hacen pensar en el filósofo efesio.

²⁰⁹ Büttner-Wobst proponen rellenarla con un texto griego que significa: «rozó el interés y».

4 tificación oral, como ya hemos reseñado en partes ante-
 riores. No es difícil adivinar la causa que le decidió a
 esta elección: el contenido de los libros puede ser in-
 vestigado sin fatiga ni riesgo. Basta la precaución de
 5 buscar una ciudad que posea documentación abundan-
 te o que tenga una biblioteca en las cercanías. Después
 uno puede tumbarse, recopilar así la materia investigada
 y comparar, sin molestia de ninguna clase, las tesis ²¹⁰
 6 de los autores precedentes. La investigación personal,
 en cambio, exige muchos gastos y fatigas, pero es de
 7 gran valor y una parte principal de la historia. Los pro-
 pios investigadores lo dicen sin ambages. Éforo mani-
 fiesta que si pudiéramos ser testigos oculares de todo
 lo dicho, esta experiencia sería muy distinta de las otras.
 8 Teopompo declara que el mejor expositor de temas
 bélicos es el que se ha encontrado en más batallas; y el
 más hábil en componer discursos, el que ha participa-
 9 do más en debates políticos. Algo así ocurre en el arte
 de la medicina y en el de la navegación. El mismo Ho-
 mero lo dijo, incluso con más énfasis que éstos. Cuando
 nos quiere hacer ver cómo es el hombre práctico, nos
 propone la figura de Ulises; habla más o menos como
 sigue:

Nómbreme, Musa, aquel hombre de tanto ingenio, que
[mucho
erró...,

y más adelante:

vio las ciudades de muchos pueblos, su espíritu supo
y por el mar padeció dolores enormes en su alma ²¹¹,

²¹⁰ Aquí hay una variante textual que significa: «las ignorancias», «los errores».

²¹¹ HOMERO, *Odisea* I 1.

y todavía:

*contra hombres luchó, y contra el dañino oleaje*²¹².

Tengo para mí que la dignidad de la historia reclama a un hombre como éste²¹³. Platón declara que la 2 sociedad marchará bien cuando los filósofos reinen o cuando los reyes filosofen. Yo, por mi parte, añadiría 3 que la historia funcionará bien cuando la escriban los políticos y su dedicación a ella no les sea algo marginal, como ahora²¹⁴. Deben convencerse de que esto es una 4 tarea de las más necesarias y bellas, y exclusivamente * * * ²¹⁵ se entreguen a esta dedicación durante su vida, o bien cuando los futuros historiadores piensen que la 5 experiencia política es algo indispensable en la historia. Si no se llega a esto, los errores de los historiadores continuarán. Timeo no previó en absoluto nada de esto. 6 Durante toda su vida residió en un único sitio. Como si lo hiciera ex-profeso, rehusó intervenir en hechos bélicos o políticos y a la experiencia personal que dan viajes y visitas. No me explico cómo ha alcanzado la fama y el prestigio de historiador. Es fácil demostrar 7 que él mismo está de acuerdo en que es un hombre así. En la introducción a su libro sexto dice que algunos 8 suponen que el género literario de los discursos epidícticos²¹⁶ exige más condiciones, más trabajo y más pre-

²¹² HOMERO, *Od.* I 3-4.

²¹³ El texto griego gana en gravedad. Polibio se aparta definitivamente de Timeo y de los demás historiadores, y nos presenta la historia como la ocupación capital de su vida, al lado de la cual sus servicios a Roma y a su ciudad natal son valiosos, pero secundarios.

²¹⁴ Polibio piensa aquí en alguien concreto y determinado, que no podemos precisar.

²¹⁵ Büttner-Wobst proponen, en su aparato crítico: «si se toman un verdadero interés» se entregarán...

²¹⁶ O sea con argumentos políticos convincentes.

- paración que el género histórico. Tal opinión, apunta
- 9 Timeo, ya la desaprobó Éforo, pero fue incapaz de refutar a los que la defendían, por lo que ahora él, Timeo, intenta establecer una comparación entre la historia y
- 10 los discursos epidícticos. Este proceder de Timeo es francamente absurdo y lo que dice de Éforo es falso. Este autor, en efecto, maravilla en toda su obra por su estilo, su distribución de los temas y la originalidad de sus pensamientos. Es habilísimo en las digresiones y en la emisión de sus juicios personales y, en fin, cuando prolonga, donde sea, el tratamiento de una materia.
- 11 De modo que no fue por casualidad por lo que trató de manera bella y convincente la comparación de historiadores y logógrafos. Timeo, para evitar que alguien crea que copia a Éforo, le atribuye cosas que no dice y condena, al propio tiempo, a otros historiadores; supone que nadie se dará cuenta de que repite, de manera prolija y confusa, y, desde luego, peor, lo que otros habían ya expuesto correctamente.
- 28a Pretende alabar a la historia ²¹⁷; dice, en primer lugar, que dista tanto de los discursos epidícticos como distan entre sí las construcciones e instalaciones verdaderas de los decorados del teatro, que representan paisajes y escenas. En segundo lugar, declara que sólo reunir los elementos precisos para la historia ya da más trabajo que la redacción de un discurso epidíctico.
- 3 Dice de sí mismo que se ha fatigado y ha gastado tanto para reunir los documentos de Asiria ²¹⁸ y para investigar las costumbres de los ligures y de los galos, y ahora de los iberos, que no espera que nadie se lo crea,

²¹⁷ En este capítulo final del epitomador, Polibio muestra una maliciosa contradicción entre el estilo de Timeo y sus procedimientos oratorios, un paralelo, negado, entre historia y elocuencia.

²¹⁸ El texto no es paleográficamente seguro: otros leen «de Cirno», otros «de Tiro»...

ni de él ni de otros que hagan afirmaciones similares. Me hubiera gustado preguntarle, a Timeo, qué le parece 4 que requiere más gasto y sacrificio, si juntar libros cómodamente sentado en su ciudad y averiguar, así, las costumbres de los ligures y de los galos, o bien intentar conocer personalmente el mayor número posible de razas y de lugares ²¹⁹. También me hubiera agradado 5 inquirir de él qué le parece preferible, saber de asedios y de batallas terrestres y navales por alguien que haya participado en tales riesgos, o bien conocer por experiencia propia estas penalidades con todo lo que entrañan. No creo que la diferencia existente entre los 6 edificios verdaderos y los representados en las pinturas, la existente entre la historia y la logografía sea tan grande como la que, en todos los libros, hay entre la afirmación debida al trabajo y a la experiencia personales y la debida a algo escrito de oído, que se ha recibido de otros. El desconocedor de la historia es natural 7 que se imagine que para los investigadores es más duro y penoso, precisamente, lo que es más fácil y hacedero, me refiero a juntar libros y adquirir un saber leyendo a los especialistas en cada tema. Pero es inevitable que 8 los que carecen de experiencia personal yerren en muchos detalles. En efecto: ¿cómo será posible que juzgue certeramente una batalla, ya sea naval, ya terrestre, o un asedio, cómo podrá puntualizar ciertos extremos el que ignore lo que cité más arriba? El in- 9 vestigador no tiene menos importancia que el narrador en cuanto a la exposición, pues el recuerdo de las condiciones en las que se desarrollan los sucesos políticos conduce al informador a precisar todos los detalles. El hombre incompetente no sabe ni preguntar a los 10

²¹⁹ Con lo cual asegura que él lo ha hecho personalmente, y es la verdad.

testigos presenciales ni, en el caso de serlo él mismo, discernir lo que realmente ha sucedido. Si ha asistido al suceso, lo ha hecho de modo tal, que es como si no hubiera asistido.

LIBRO XIII

(FRAGMENTOS)

*Los etolios*¹

Los etolios vivían en medio de 1 guerras continuas², pero lujosamente, por lo que nadie se dio cuenta, ni tan siquiera ellos mismos, de que se iban cargando de deudas. Así pues, aficionados como eran a introducir 2 innovaciones en su propia constitución, nombraron legisladores a Dorímaco y a Escopas³, pues veían en 3 ellos tendencias revolucionarias y sabían, además, que tenían invertidas sus fortunas en negocios privados. Estos, pues, investidos de tal autoridad, redactaron las leyes.

¹ Lo que se conserva de este libro es poco y muy inconexo, de manera que las dataciones son en parte difíciles. WALBANK, *Commentary*, ad loc., opina que esta referencia a los etolios debe fijarse en los años 206/5.

² La referencia es básicamente a la Guerra Social (terminada con la paz de Naupacto en el 217 a. C.; para su episodio principal, la destrucción de Termo, cf. V 8-12.) Pero hay alusión también a la guerra macedonia primera (215-205 a. C.), en la que intervinieron Atalo I de Pérgamo y una serie de estados del Peloponeso enemigos de Macedonia, sobre todo Esparta. En esta guerra los etolios sufrieron un duro quebranto.

³ Personajes ya conocidos y que habían intervenido en la Guerra Social; para Dorímaco, cf. IV 3, 5-6; para Escopas, IV 5, 1.

- 1a Cuando Dorímaco y Escopas legislaban, Alejandro de Etolia⁴ se oponía a las leyes que formulaban. Les demostraba con muchos argumentos que allí donde había brotado la semilla de tales leyes⁵ no paraba de crecer hasta haber infligido un duro castigo a los mismos que se regían por ellas. Les urgía, pues, que no se limitaran a considerar cómo, de momento, se sacudirían de encima la deuda, sino que atendieran también al futuro, pues resultaba absurdo que lucharan y dieran la vida por la seguridad de sus hijos, pero se negaran a deliberar sobre el porvenir.
- 2 Escopas, el legislador⁶ etolio, cuando perdió la esperanza de obtener un cargo⁷ por haber redactado las leyes, miró impaciente hacia Alejandría⁸, pues abrigaba

⁴ Las palabras «de Etolia» seguramente las ha añadido el epitomador; la referencia concreta debe de ser a Alejandro de Isio el ciudadano etolio más rico de aquellos tiempos, que, naturalmente, tenía ideas conservadoras. Volverá a salir más tarde, en XVIII 3, 1 y XXI 25, 11, 26, 9. De manera que no debe confundirse este personaje con el militar Alejandro de Etolia que penetra en la ciudad de Egira mediante una traición, y que muere en un certamen (IV 57-58).

⁵ No sabemos la referencia exacta; si se refiere a la anulación de deudas, como parece probable, la tradición sería ya antigua; piénsese en que fue una de las medidas tomadas por el legislador ateniense Solón en el s. VI a. C.

⁶ El texto griego aquí no es seguro; algunas fuentes leen: «el general», lectura que adoptan Büttner-Wobst, de la que se aparta esta traducción. Detrás de la variante textual hay un trasfondo de resentimiento (o no) contra los etolios.

⁷ Seguramente esperaba su reelección como general en jefe de las tropas de la Liga Etolia. De todas formas, la traducción no es segura. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone, en otros términos, un sentido que se corresponde con el de esta traducción, pero Paton traduce: «when he fell from the office by power of which he ventured to draft these laws», versión que apunta a que las aspiraciones de Escopas serían otras. Walbank tilda expresamente de falsa esta traducción de Paton.

⁸ Donde actuaría como general mercenario.

la esperanza de remediar, con bienes logrados allí, la pobreza de su vida y aun de colmar las ansias de lucro **que tenía en su espíritu**. No sabía que, así como a un **2** hidrópico ni le calma ni le cura la sed el suministro externo de líquidos⁹, a no ser que se le restablezca la buena disposición corporal, de la misma manera resulta imposible colmar la pasión de poseer, si no se remedia con alguna razón la dolencia del alma; un ejemplo clarísimo lo da precisamente el hombre del que ahora me ocupo. Llegado ya a Alejandría, además de los ha- **3** beres de militar¹⁰, que le correspondían por ser el general en jefe, el rey¹¹ le asignó una pensión diaria de diez minas, cuando los de graduación inferior cobraban sólo una. Pero ni esto le bastaba y deseaba siempre más, **4** igual que antes. Al final, resentidos contra él los mismos que le entregaban tanto dinero, perdió a la vez el oro y la vida¹².

⁹ Esta comparación entre el hidrópico y el avaro es un tópico esparcido, en tiempos de Polibio, entre griegos y romanos; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., y aun el refrán italiano actual: «l'avaro è come idropico: quanto più beve più ha sete». Sin embargo, ni el refrán ni la comparación parecen tener base médica.

¹⁰ Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. La traducción apuntada responde a la inglesa de Schuckburgh, pero Walbank rechaza tanto a éste como a la de Paton («el provecho que extraía cuando las tropas estaban en campaña») y propone como única versión posible para él: «como añadido al botín ganado en el campo de operaciones».

¹¹ Ptolomeo Filopátor.

¹² Sobre la muerte de Escopas, cf. XVIII 53, 1-55, 2.

flexiones a los gobernantes actuales, por su afán excesivo, comprobable en todas partes, de obrar arteramente tanto en la administración pública como en la dirección de las guerras.

Filipo ordenó a Heraclides¹⁵, como si le encargara 4 un ejercicio¹⁶, que meditara cómo podría dañar y destruir la armada rodia. Simultáneamente envió legados 2 a Creta con la orden de estimular a los cretenses e incitarles a la guerra contra los rodios. Heraclides, que 3 era un hombre de cualidades innatas para el mal, creyó que aquella orden le venía como bajada del cielo. Se hizo una idea de lo que debía realizar, esperó algún tiempo, zarpó y, tras la navegación correspondiente, se presentó en Rodas. Este Heraclides era de linaje 4 tarentino. Había nacido en una vulgar familia de artesanos y aventajaba en mucho a todos en la comisión de locuras y delitos. Ya en su primera mocedad pros- 5 tituyó su cuerpo. Pero era astuto y poseía una memoria tenaz; trataba desvergonzadamente y de modo que infundía pánico a las gentes más humildes; en cambio, con los poderosos, no había quien se comportara con más adulación que él. Tiempo atrás había sido expul- 6 sado de su patria, porque recelaron que quería entregar Tarento a los romanos. No es que Heraclides dispusiera de fuerza política, pero era arquitecto y, con el pretexto de ciertas reparaciones en la muralla, se había hecho con las llaves de las puertas que conducían al interior. Huyó y pidió asilo a los romanos, pero allí reincidió y, 7 desde Roma, enviaba mensajeros con cartas a Tarento y a Aníbal. Descubierta en sus manejos, previó lo que le iba a suceder y huyó de nuevo, esta vez a la corte de

¹⁵ Debe de tratarse de Heraclides de Tarento, que había sido arquitecto y constructor de ingenios militares. De él se trata con más detalle en los caps. 6-8.

¹⁶ Para que demostrara su talento. El término griego tiene reminiscencias escolares.

- 8 Filipo. En ella se ganó tanta confianza, adquirió tanta preponderancia, que quizás nadie más que él fue el causante de que se hundiera un imperio tan poderoso.
- 5 Los prítanes¹⁷ desconfiaban de Filipo por su perversa conducta en Creta¹⁸. Entonces sospecharon que les había enviado a Heraclides para engañarles.
- 2 Éste entró y les explicó los motivos que le habían hecho desertar de Filipo¹⁹.
- 3 «Filipo —dijo— hubiera pasado por todo, antes de que los rodios llegaran a conocer sus designios.» Esto libró a Heraclides de toda sospecha.
- 4 Creo que la naturaleza ha proclamado a los hombres que la Verdad²⁰ es la divinidad máxima y le ha atribuido el máximo poder. A veces la impugna todo el mundo y parece que los argumentos verosímiles estén a favor de la falsedad; sin embargo, no sé cómo logra
- 6 penetrar en las almas de los hombres. En ellas, o bien muestra al instante su vigor, o bien, tras permanecer oculta mucho tiempo, al final se impone por su fuerza y derrota a la mentira. Es lo que sucedió a Heraclides cuando llegó a Rodas de parte del rey Filipo.
- 7 Damocles, el hombre enviado en compañía de Pitión a espiar a los romanos, era un ministro muy hábil, de muchos recursos en el manejo de los problemas²¹.

¹⁷ Los supremos magistrados de Rodas. Eran cuatro.

¹⁸ Filipo V había empujado a las ciudades cretenses a una guerra contra Rodas; era absurdo que ahora mandara un legado a la isla.

¹⁹ El texto de que disponemos es muy deficiente; sin embargo, vemos que Heraclides se presentó en Rodas fingiendo desertar de Filipo.

²⁰ No sabemos cómo acabó concretamente este episodio, pero esta solemne apelación a la Verdad personificada hace pensar que terminaría mal para Heraclides.

²¹ No sabemos ni quiénes son estos personajes ni a quiénes se refieren.

*Nabis, el tirano de
Esparta*

Nabis, tirano de los lacedemonios²², hacía ya dos años²³ que detentaba el poder. No arriesgó ninguna empresa grande y decisiva, porque todavía era reciente el desastre de Macánidas²⁴ a manos de los aqueos, pero ponía los cimientos de una tiranía larga y opresiva y la estructuraba. Exterminó a los supervivientes²⁵ de las casas reales espartanas, desterró a los ciudadanos que sobresalían por su riqueza o por su nobleza ancestral y entregó sus esposas a los principales de sus adictos y a los mercenarios. Entre sus leales había asesinos, ladrones, bandidos nocturnos²⁶ y escaladores de viviendas. Gentuzas de tal calaña se agrupaban asiduamente alrededor suyo, procedentes de todo el mundo, pues Nabis llamaba a aquellos que, por su impiedad y por su desprecio de las leyes, no podían pisar el suelo de su patria. Se convirtió en monarca y cabecilla de tales desalmados, los hizo cortesanos y miembros de su guardia personal; era notorio que iba a establecer un gobierno prolongado y famoso por su impiedad. Y hay todavía algo más. No tenía bastante con desterrar a

²² Nabis sucedió a Macánidas en el trono de Esparta en el año 207 (cf. XI 11, 1-18); fue hijo de Demárato y, quizás, perteneciera a la casa real de los Euripóntidas; Demárato se había refugiado en la corte persa de Darío I (HERÓDOTO, IV 67-70); aunque Polibio cite a Nabis sólo como tirano, en realidad fue rey de Esparta.

²³ Estamos en el año 204 a. C.; la batalla de Mantinea fue el 207 a. C.; cf. XI 11, 1-18.

²⁴ Polibio ha narrado minuciosamente su muerte en XI 11 ss.

²⁵ Paton insinúa que el texto griego presenta aquí una laguna en la que se indicarían los nombres de los supervivientes.

²⁶ Cf. VIII 9, 6-10; Polibio en este lugar critica a Teopompo, porque éste ha reprochado al rey Filipo II y a su corte tal como ahora él mismo presenta a la de Nabis. ¿Un fallo de memoria por parte de Polibio?

los ciudadanos; los exiliados no gozaban de seguridad en ningún lugar, ningún refugio les era inviolable. El tirano enviaba hombres que los asesinaran en los caminos, ofrecía a otros la repatriación y, luego, los mandaba matar. Finalmente, en las ciudades, hacía alquilar por agentes suyos secretos las casas inmediatas a aquellas donde vivían los exiliados. Introducía en ellas cretenses que perforaban los muros y disparaban sus arcos a través de los agujeros; los desterrados morían dentro de sus propias casas, unos, todavía levantados y, otros, que ya dormían. Los infelices lacedemonios no tenían ni lugar hacia donde huir ni momento en que su vida estuviera a salvo: en su mayoría los mató Nabis de esta manera.

Ideó también una máquina²⁷, si es que se le puede aplicar este nombre. Se trataba de una efígie de mujer recubierta de ricas vestiduras; tenía un gran parecido con su propia esposa. Iba convocando regularmente a los ciudadanos con el ánimo de sacarles dinero. Primero les dirigía amablemente un largo parlamento: señalaba el peligro que los aqueos significaban para la ciudad y para el país, les hacía ver la gran cantidad de mercenarios que sostenía con vistas a la seguridad y, además, los gastos que implicaban las ceremonias religiosas y los servicios de la comunidad. Si los convocados cedían ante estos argumentos, ello bastaba para sus propósitos. Pero si alguno los negaba y rehusaba pagar la suma impuesta, decía lo que sigue: «Seguramente yo soy incapaz de persuadirte, pero me parece que ésta, Apega²⁸, te convencerá.» Apega era el nombre de su esposa. Él decía esto y, al punto, aparecía la estatua de

²⁷ WALBANK, *Commentary*, ad loc., apunta que todo este episodio de la mujer de bronce es apócrifo, es decir, falso.

²⁸ Sabemos por otras fuentes que el verdadero nombre de la esposa de Nabis era Apia, hija de Aristipo II, tirano de Argos.

que hablé un poco más arriba. El déspota la cogía de la mano y la hacía levantarse de su asiento; ella abrazaba al hombre y, poco a poco, lo estrechaba contra su pecho. Por debajo de los vestidos tenía los brazos y los 8 antebrazos erizados de clavos metálicos e, igualmente, los pechos. Cuando había aplicado las manos de la estatua a la espalda del hombre, Nabis, por medio de ciertos resortes, empujaba más a su víctima hacia los pechos de aquella escultura; la víctima, así oprimida, lanzaba gritos desgarradores. Aquel tirano mató de esta 10 manera a muchos que se habían negado a pagarle un tributo.

Durante su dominación, siempre se comportó así o 8 de modo parecido. Había hecho una sociedad con los 2 cretenses²⁹ para piratear por el mar y había esparcido por todo el Peloponeso despojadores de templos, ladrones y asesinos a su servicio; compartía con ellos las ganancias de sus correrías y les ofrecía la ciudad de Esparta como refugio y base de sus operaciones. Por 3 aquel entonces, unos huéspedes³⁰ beocios pasaban una temporada en Lacedemonia y animaron a un mozo de las cuadras de Nabis a que se fugara con ellos cogiendo un caballo blanco que parecía ser el de mejor casta que había en los establos del tirano. El mozo les hizo 4 caso y actuó según le habían dicho, pero los hombres de Nabis les persiguieron y les dieron alcance, a todos, en Megalópolis. Se llevaron, al punto, al caballo y al mozo, sin que nadie objetara nada. Pero luego quisieron detener también a los huéspedes. Los beocios pri- 5

²⁹ De todas formas, Polibio odiaba a los cretenses (cf. IV 53, 5; VIII 16, 4).

³⁰ Podría traducirse también por «forasteros», lo cual indicaría cierta diferencia: los «huéspedes» gozaban de ciertos derechos en la ciudad en que residían, aunque fuera temporalmente, los forasteros no. Pienso que Paton concreta excesivamente en su traducción: «soldados foráneos», es decir, mercenarios.

una paz para siempre. El rey se hizo leer la carta por un intérprete y dijo que accedía a aquellas súplicas.

Él, personalmente, mandó respetar las tierras de 4 los catenios.

Los gerreos, así que vieron confirmada su libertad, 5 decretaron entregar a Antígono quinientos talentos de plata, mil de incienso y doscientos de aceite de cinamomo. El rey zarpó hacia la isla de Tile³⁵ y, desde allí, regresó a Seleucia con sus naves. Los perfumes se contraban en el golfo Pérsico.

Badiza³⁶, ciudad de Brucio: Polibio 10 en su libro trece. El gentilicio es ba-

Fragmentos geográficos diceo.

Lampecia³⁷, ciudad de Brucio: Poli- 2 bio en su libro trece. El gentilicio es lampeciano, o bien lampeciota.

Melitusa³⁸, ciudad de Iliria: Polibio en su libro trece. El 3 gentilicio es melituseo o bien melitusio.

Ilatia³⁹, ciudad de Creta: Polibio, en el libro trece. El genti- 4 licio es ilatio.

Sibirto⁴⁰, ciudad de Creta. El gentilicio es sibirtio, como dice 5 Polibio en el libro trece.

Adrane⁴¹, ciudad de Tracia. Debido a la eta que hay en medio 6 de la palabra, Polibio escribe Adrene, en su libro trece. El gentilicio es adrenita.

Llanura de Ares⁴². En Tracia hay una llanura desértica, que 7 tiene unos árboles que caen al suelo, según dice Polibio en el libro trece.

³⁵ La actual isla de Bahrain.

³⁶ De ubicación desconocida.

³⁷ La actual Amantea.

³⁸ De ubicación desconocida.

³⁹ De ubicación desconocida.

⁴⁰ Es la actual Sibrita, entre Gortina y Eleuterna, en la Creta central.

⁴¹ De ubicación desconocida.

⁴² De ubicación desconocida.

- 8 Dígeri⁴³, población de Tracia; Polibio, libro trece.
- 9 Cabile⁴⁴, ciudad de Tracia, no lejos del país de los astos. Polibio, en el libro trece. El gentilicio es cabileno.
- 10 Hay también Tamese⁴⁵, ciudad de Italia y nombre de un río. Polibio, en su libro primero, llama a la ciudad Temesia. El gentilicio es temeseo.

⁴³ Población situada en la orilla derecha del río Estrimón.

⁴⁴ Fue una colonia de Filipo II de Macedonia, al N. de la población actual de Slivno. Los astos vivían más al E. entre Perinto y Bizancio.

⁴⁵ Con algunas dudas, se puede situar esta ciudad al S. de Crotona.

LIBRO XIV

(FRAGMENTOS)

*Del Prefacio*¹

Polibio dice de sí mismo y de **1a**
exposición personal de sus li-
*bros*²: Quizás es verdad que en
todas las olimpiadas los resúme-
nes introductorios de los hechos

excitan la curiosidad de los lectores, tanto por el número como por la envergadura de las gestas; las acciones de todo el mundo se ven como en una sinopsis. Pero yo creo que los sucesos de esta Olimpiada tendrán **2** una fuerza peculiar para lograr esto. En primer lugar, fue durante ella cuando finalizaron las guerras³ de Italia y de África: ¿quién no tendrá interés en saber cómo acabaron? La naturaleza ha implantado en todos **3** los hombres el interés por conocer el desenlace de los sucesos. Además, es precisamente en el momento final de las acciones cuando empiezan a verse las intencio-

¹ Tenemos aquí el extracto de una *proéktthesis* (cf. nota 2 del libro XI) en la que Polibio quiso llamar la atención de sus lectores sobre la importancia de los hechos ocurridos en la Olimpiada 144 (204-200 a. C.). Este libro XIV comprendía sólo los hechos del primer año de esta Olimpiada.

² Estas palabras son del epitomador.

³ En realidad se trata de la tercera guerra púnica, que tuvo dos fases, la liquidación de la campaña cartaginesa en Italia y la campaña romana en África.

nes de los reyes⁴, pues lo que antes se hacía con vistas a ellas, ahora todos lo entienden perfectamente, incluso aquellos que no muestran la menor curiosidad. Y nosotros, que queremos describir las cosas según su importancia, no hemos incluido en un libro los hechos ocurridos durante dos años, que es lo que habíamos hecho en casos anteriores.

- 1 Los cónsules, pues, se ocupaban
de estas acciones; Escipión, por
2 *Escipión en Africa*⁵ su parte, que estaba en Africa⁶,
supo durante el período de in-
vierno que los cartagineses apa-
rejabán una flota. Entonces él mismo se dedicó a tales
preparativos, pero no por esto se despreocupó en lo
3 más mínimo del asedio de Útica. Le quedaban todavía
esperanzas de ganarse a Sífax⁷; le enviaba insistentemente
emisarios, porque los dos campamentos no es-
taban lejos. Confiaba poder sustraerle de su alianza
4 con los cartagineses. En efecto: el natural de los nú-
midas les hace experimentar muy pronto hastío de lo
que les había apasionado y rompen, con entera facili-
dad, la fe jurada a los dioses y a los hombres, por lo
que Escipión no dejaba de pensar en la posibilidad de

⁴ Aquí subyace una idea aristotélica que más tarde desarrollará la filosofía tomista ampliamente: *quod primum in intentione ultimun in executione*.

⁵ Después de su victoriosa campaña española (206 a. C.), Escipión el Africano regresa a Roma para ser investido cónsul (205 a. C.), y luego se desplaza a Sicilia para preparar la fase africana de la última guerra contra Cartago. Los que liquidaron la actividad cartaginesa en Italia fueron los generales romanos Cneo Servilio Cepio y Cayo Servilio Gémino. Para más detalles, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁶ Sobre el área de la campaña africana de Escipión el Africano, cf. WALBANK, *Commentary*, pág. 425, donde hay un mapa de la misma.

⁷ Sobre este Sífax, cf. XI 24a, 4, donde se alude a una visita que le hizo Escipión el Africano.

que Sifax ya estuviera harto de la joven⁸ por la que había abrazado la causa de los cartagineses y, en suma, de la amistad de éstos. Pero entonces preocupaban a 5 Escipión muchas cosas y sus perspectivas para el futuro eran más bien inciertas. No se atrevía a dar una batalla en campo abierto, porque la superioridad numérica del enemigo era notoria, pero pudo aprovecharse de la ocasión siguiente. Algunos hombres de los que 6 enviaba a Sifax le informaron de que los cartagineses para la temporada de invierno se habían construido tiendas de hojarasca y de madera, sin tierra; los nú- 7 midas que estaban allí desde el principio se las habían construido con cañas, y los que precisamente entonces habían sido trasladados allí desde los montes se las habían construido sólo de hojarasca, algunos dentro del foso y de la estacada, pero la mayoría fuera. Esci- 8 pión se convenció de que lo que menos se esperaba el enemigo y lo que, por consiguiente, más le favorecería a él era un asalto para incendiar el campamento rival. Y dedicó todo su tiempo a planearlo. Sifax, en las em- 9 bajadas que enviaba a Escipión, sostenía invariablemente la tesis de que los cartagineses debían retirarse de Italia y los romanos, a su vez, de África; en cuanto a los territorios intermedios, cada parte debía retener los que en aquel momento dominaba. Cuando Esci- 10 pión lo oyó, primero se hacía totalmente el sordo, pero entonces, a través de sus emisarios, insinuó levemente a Sifax que no era del todo imposible llegar a un acuerdo sobre aquellas propuestas. El resultado natural fue 11 que el númerida, incauto, permitió con más confianza las idas de un campamento al otro. Desde entonces las 12 embajadas fueron más numerosas y frecuentes, y a

⁸ Sofonisba (o Sofoniba, pues hay cierta duda entre los autores), hija de Asdrúbal el de Gescón, que hizo la campaña de España y que, como veremos, derrotado en África por los romanos, logró refugiarse en su capital, Cartago.

veces llegaron a quedarse sin ningún reparo algunos
 13 días en la acampada adversaria. En sus misiones, Esci-
 pión enviaba siempre, en compañía de los que eran pro-
 piamente los emisarios, algunos expertos e, incluso,
 algunos oficiales, disfrazados con andrajos o con vesti-
 dos pobres, propios de esclavos. Estos hombres debían
 espiar y observar, sin correr peligro, las rutas de apro-
 ximación y las entradas mismas de los dos⁹ campa-
 14 mentos. Porque éstos eran, efectivamente, dos: uno
 lo ocupaba Asdrúbal con treinta mil hombres de a pie
 y tres mil jinetes, y otro, a diez estadios de distancia
 de éste, era el de los númidas, que albergaba a diez
 15 mil jinetes y cincuenta mil infantes. Este último era el
 de acceso más fácil y sus tiendas eran muy combus-
 tibles, pues, como apunté más arriba, estaban cons-
 truidas sólo con cañas y juncos, sin troncos ni tierra.
 2 Se acercaba el inicio de la primavera¹⁰. Escipión
 había explorado con todo detalle todo lo necesario para
 2 el ataque, que ya señalé, contra el enemigo. Botó sus
 naves al agua y montó en ellas las máquinas de guerra,
 3 fingiendo que quería asediar Útica por mar. Con unos
 dos mil hombres de infantería reconquistó la loma que
 estaba sobre la ciudad y la fortificó sin reparar en gas-
 4 tos; también excavó un foso ante ella. Con todo esto
 quería desorientar al enemigo, haciéndole creer que
 operaba con vistas al asedio; su intención real, sin
 embargo, era protegerse en el momento del asalto¹¹.

⁹ Sobre la situación de los dos campamentos, el romano, el de Sifax y el cartaginés, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁰ Del año 203 a. C.

¹¹ Esta parece ser la interpretación correcta del griego, pero no todos piensan así. WALBANK, *Commentary*, ad loc., apunta la posibilidad: «...era procurarse un retén grande de tropas», en otras palabras, Escipión se proponía no operar con todas sus fuerzas militares, sino dejar, durante el tiempo de la acción, fuerzas suficientes en el campamento que le cubrieran ante cualquier imprevisto.

En efecto, se proponía evitar que cuando sus legiones hubieran dejado el campamento, los defensores de Útica se atrevieran a salir de su ciudad, atacaran la empalizada romana, que quedaba muy cerca, y envolvieran a sus defensores. Al tiempo que disponía todo esto, 5 continuaba mandando emisarios a Sifax: fingía querer informarse de si, en el caso de que él accediera a aquellas peticiones, también los cartagineses estarían en las mismas: no fueran entonces a decir que querían *deliberar otra vez sobre lo ya acordado*. Sus enviados 6 tenían la orden de no regresar hacia él antes de lograr una respuesta respecto a este punto. Los emisarios ro- 7 manos llegaron al campo enemigo y, al oírles, Sifax se convenció de que Escipión estaba realmente a favor de un acuerdo; le había persuadido el hecho de que los emisarios manifestaran que no se irían antes de obtener contestación, así como el que les preocupara la anuencia de los cartagineses. Sifax envió al punto 8 un hombre a Asdrúbal, a explicarle lo ocurrido y a pedirle que aceptara la paz. Él mismo ya no se tomó las cosas tan en serio y permitió que los númidas que acababan de llegar continuaran plantando sus tiendas en la parte exterior del foso. Aparentemente, Escipión 9 hacía lo mismo, pero en realidad culminaba ya todos sus preparativos. Entretanto, los cartagineses hicieron 10 saber a Sifax que podía concluir aquel pacto; Sifax, a su vez, exultante de alegría, lo transmitió a los emisarios, quienes regresaron al punto a su campamento para informar a Escipión del estado de cosas en el campamento del rey. Así que el general romano se enteró, 11 remitió al punto otros emisarios a Sifax: debían exponerle que Escipión estaba realmente de acuerdo con la paz y le interesaba llegar a ella, pero que los miembros de su consejo ¹² no pensaban igual y defendían que

¹² Este consejo era sólo asesor, sin ningún poder decisorio.

- 12 debía mantenerse la situación de entonces. Los hombres encargados de esta misión se presentaron inmediatamente a Sifax y le pusieron al corriente de todo.
- 13 Escipión efectuó este segundo envío para evitar dar la impresión de que rompía una tregua, si emprendía alguna operación bélica cuando duraban todavía las
- 14 negociaciones para un entendimiento. Pensaba que, una vez hecha esta declaración, cualquier cosa que llevara a cabo ya no era susceptible de ningún tipo de reproche.
- 3 Sifax, al oírlo, lo llevó muy a mal, porque se había hecho a la idea de que la paz era ya una realidad; se fue al encuentro de Asdrúbal para explicarle lo que le
- 2 habían comunicado de parte de los romanos. Ambos se veían en un apuro y deliberaron largamente acerca de cómo debían proceder desde entonces. La verdad es que en sus reflexiones y en sus planes erraron totalmente
- 3 acerca de lo que iba a suceder. Ni tan siquiera se les ocurrió tomar precauciones o pensar en un posible desastre; sus impulsos y su coraje les apremiaban a hacer
- 4 algo, a provocar al enemigo en un lugar llano. Entonces por sus preparativos y por las órdenes que daba, Escipión hizo creer a la mayoría de sus propios hom-
- 5 bres que la operación se dirigiría contra Útica. Pero un mediodía llamó a los tribunos militares que le eran más adictos, pues los juzgaba también los más indicados, y les reveló su plan. Les mandó que, al anoecer, hicieran tomar el rancho pronto a las legiones y que las hicieran salir del campamento cuando, según costumbre, los trompeteros dieran su señal al unísono¹³.

Su composición no era fija: incluía, sin embargo, a los tribunos militares. Cf. XI 26, 2; XV 1, 6; XXVII 8, 6.

¹³ Se refiere al toque de retreta. Al oírlo, normalmente el enemigo debía de creer que los romanos se retiraban a descansar. En sí, el toque era un aviso para que los centinelas se situaran en sus puestos.

Efectivamente, entre los romanos es habitual que, pasado el tiempo de la cena, todos los trompeteros y los cornetas, situados junto a la tienda del general, den la señal a la vez, para situar allí donde corresponda a los centinelas nocturnos. Luego reunió a los espías que había enviado a los campamentos enemigos para examinar y comprobar lo que le decían acerca de una posible aproximación al campo rival y acerca de la disposición de sus entradas. Masinisa¹⁴, que conocía muy bien aquellos lugares, le servía de consejero asesor.

Cuando lo tuvo todo ya dispuesto para la operación inminente, Escipión dejó en el campamento una guarnición idónea de hombres aptos para defenderlo; él tomó el mando de las fuerzas y avanzó al tiempo que acababa la primera vigilia; los enemigos distaban unos sesenta estadios. Se aproximó a ellos al acabar la tercera vigilia. Puso la mitad de las tropas al mando de Cayo Lelio y de Masinisa, y además todos los númidas, con la orden de atacar el campamento de Sifax. Exhortó a todos a ser hombres valientes y a no hacer nada al azar. Sabían muy bien que, en el mismo grado en que la oscuridad obstaculiza y priva de la visión, debían compensar sus efectos, en el asalto nocturno, mediante la audacia y la habilidad. Él mismo se puso al frente del resto del ejército y se lanzó contra Asdrúbal. Había calculado, sin embargo, no intervenir hasta que Lelio hubiera pegado fuego al campamento adversario. Lelio, que, naturalmente, tenía esta intención, hacía la progresión al paso. Sus hombres se habían dividido en dos grupos, que arremetieron simultáneamente contra el enemigo. Ya dije antes que aquellas tiendas estaban hechas como ex profeso para arder; así que los de vanguardia aplicaron el fuego, éste prendió en las primeras cabañas y el desastre se hizo al punto irremediable,

¹⁴ Sobre Masinisa, cf. IX 25, 4.

- tanto debido a la contigüidad de los pabellones como porque, además, había allí mucha madera acumulada.
- 7 Lelio y sus hombres se habían quedado a la expectativa y aguardaban; Masinisa, que conocía bien el terreno, había apostado a sus soldados en el lugar por el que intuía que se retirarían los que huirían del fuego.
- 8 Ningún númida llegó a sospechar lo que ocurría, ni tan siquiera Sifax. Pensaban que el incendio de la empalizada había sido fortuito y salían a toda prisa de las tiendas sin recelar nada; unos ya se habían dormido y
- 10 otros andaban todavía borrachos y bebiendo. En su mayoría perecieron aplastados por sus propios compañeros cuando intentaban salir a través de la empalizada; muchos también murieron abrasados, atrapados por las llamas. Los que consiguieron escapar del fuego dieron de frente con el enemigo y sucumbieron sin saber ni lo que hacían ni lo que les pasaba.
- 5 Los cartagineses veían la extensión del fuego y la altitud de las llamas. Creídos también de que la empalizada de los númidas se había incendiado fortuitamente, algunos acudieron al punto a prestar ayuda.
- 2 Todos los demás salieron a toda prisa de su acampada y se quedaron delante de ella de pie, y sin armas, atónitos ante lo sucedido. A Escipión las cosas le salían a pedir de boca. Cayó sobre los que habían salido, mató a unos, acosó a los restantes y pegó fuego a las tiendas.
- 4 Con esto, el fuego y las circunstancias causaron a los cartagineses el mismo desastre¹⁵ que reseñé de los númidas. Asdrúbal desistió inmediatamente de intentar sofocar el incendio, pues por lo que ocurría conoció que el fuego del campo de los númidas no era fortuito, como al principio habían creído, sino que aquella calamidad
- 6 era causada por planes muy audaces del enemigo. Buscaron inmediatamente la salvación, aunque les quedaban

¹⁵ Es decir, un desastre total.

pocas esperanzas. El fuego se había propagado con ex- 7
traordinaria rapidez y todo ardía ya por los cuatro
costados; los caminos estaban atestados de caballos,
de acémilas y de hombres, unos medio desmayados y
con el cuerpo cubierto de graves quemaduras, otros
como atontados y sin saber lo que se hacían. La situa- 8
ción era tal que los que acabo de enumerar obstaculiza-
ban a los que querían hacer un esfuerzo supremo: la
confusión y el revoltijo convertían su salvación en más
que problemática. La situación de Sifax y de sus ofi- 9
ciales no era distinta. Con todo, él y Asdrúbal, seguidos
por unos pocos jinetes, consiguieron salvarse. Los hom- 10
bres, las acémilas y los caballos restantes, que se con-
taban por millares, perecieron de manera desventurada
y miserable. Algunos de estos hombres, que habían 11
logrado eludir la virulencia del fuego, perecieron, llenos
de oprobio y de vergüenza, sin armas e, incluso, sin
vestidos, a mano del enemigo. En una palabra, todo el 12
paraje estaba lleno de lamentos, de gritos, de un clamor
desconcertante, de miedo, de un fragor pavoroso, de
un gran incendio de llamas devoradoras¹⁶, cosas de las 13
cuales una sola sería suficiente para horrorizar la na-
turaleza humana, y mucho más esta mezcla inopinada
de tales elementos. Lo que allí sucedió ningún mortal 14
podría describirlo ni aun en el caso de que echara mano
de todo su poder de exageración¹⁷... ¡Tanto excedía en
atrocidad a todos los sucesos ya descritos! Escipión, 15
ciertamente, llevó a cabo muchas y preclaras hazañas,
pero ésta me parece la más espléndida y extraordinaria
de las que realizó¹⁸.

¹⁶ Polibio se deja aquí arrastrar por un sensacionalismo retórico que él, normalmente, rechaza.

¹⁷ La traducción de Paton: «it is impossible to compare what happened with any other disaster», tiene poca base en el texto griego.

¹⁸ Este entusiasmo polibiano es difícilmente conciliable con

- 6 Así que apuntó el día, muertos ya gran parte de los
enemigos y huidos los restantes sin orden ni concierto,
Escipión arengó a sus tribunos para que se lanzaran a
2 la persecución de los supervivientes. Al principio los
cartagineses se quedaron donde estaban, a pesar de
haberles sido anunciada la proximidad del enemigo:
habían depositado su confianza en las fortificaciones
3 de la ciudad ¹⁹. Pero, luego que vieron sublevarse a los
nativos, alarmados por la incursión de Escipión, huye-
ron, jefes y supervivientes a la vez. Eran alrededor de
quinientos jinetes y unos dos mil hombres de a pie.
4 Los nativos acordaron unánimemente entregarse a los
5 romanos. Escipión les perdonó la vida, pero concedió
a sus soldados saquear dos ciudades cercanas. Luego
se retiró con sus hombres al primer campamento, del
cual había salido.
- 6 Los cartagineses quedaron consternados por lo suce-
dido: les había salido al revés lo que esperaban según
7 sus primeros cálculos. En efecto, creían ser ellos los
que iban a asediar a los romanos, envolviéndoles en
una punta que hay al este de Útica. Los de Roma habían
pasado el invierno allí y los cartagineses proyectaban
aislarles, por tierra, con su ejército y, por mar, con su
8 flota. Habían hecho ya todos los preparativos, pero
ahora, de manera absurda e ilógica, se habían visto
obligados a ceder al enemigo el dominio del campo
abierto y, además, esperaban que de un momento a
otro su propia ciudad corriera grave peligro; estaban

lo que, en XIII 3, se dice acerca del uso de argucias y de engaños en la guerra.

¹⁹ «De la ciudad», como algo sabido. Seguramente sabríamos de qué población se trata si poseyéramos la narración íntegra. Ésta es una de las deficiencias de la actividad del epitomador. Sobre la dificultad de la identificación de la ciudad, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., lugar que debe extenderse a las «dos ciudades» que saldrán inmediatamente.

alarmados y llenos de pánico. Con todo, la situación 9 les forzaba a tomar precauciones y a deliberar sobre el futuro. Se reunieron en una asamblea llena de perplejidad y de las proposiciones más diversas y disparatadas. Unos afirmaban que era absolutamente impres- 10 cindible enviar emisarios a Aníbal con la orden de que regresara de Italia, porque la única esperanza que les quedaba se cifraba en este general y en el ejército de que disponía. Otros sostenían que debía enviarse una 11 delegación a Escipión para pedir el cese de las hostilidades y tratar del fin de la guerra y de formalizar una alianza, otros, todavía, decían que la situación no era tan desesperada: que se reclutaran tropas y que se rogara a Sifax que acudiera. Éste se había retirado a una 12 ciudad cercana, Abba²⁰, donde había reagrupado a los que lograron escapar de la tragedia. Al final se impuso este parecer. Los cartagineses, pues, enviaron a Asdrú- 13 bal a reclutar hombres y despacharon mensajeros a Sifax con el ruego de que les socorriera. Le pedían que permaneciera fiel a sus compromisos de antes y le aseguraban que muy pronto se le uniría su general con las tropas.

Entretanto, el general romano no descuidaba el ase- 7 dio de Útica. Pero cuando supo que Sifax seguía fiel a los cartagineses y que éstos volvían a reclutar un ejército, se puso al frente de sus hombres y acampó delante de la ciudad²¹. Hizo un reparto del botín²² y 2

²⁰ Tito Livio, narra lo mismo, llama a la ciudad Obba; parece ser la actual Henchir Chouégui, al NO. de Tebourba. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

²¹ La ciudad innominada de la nota 19.

²² WALBANK, *Commentary*, ad loc., supone aquí una laguna reconocida también por los editores, y otra, tras «los mercaderes» (en el texto griego, tras «despidió»). Walbank supone las lagunas, porque no ve clara la causa que mueve a Escipión a echar de su campamento a los mercaderes. Y sugiere dos posi-

3 despidió a los mercaderes con muchas riquezas. La victoria obtenida sugería una bella esperanza para el desenlace final y, así, los soldados estimaron en poco la ganancia de aquel momento, que cedieron a los comerciantes.

4 El rey de los númidas y su corte primero habían
5 decidido continuar la retirada hacia su país, pero a la altura de Abba se encontraron con los celtíberos, que se habían hecho mercenarios de los cartagineses; eran más de cuatro mil. Los númidas, confiados en este re-
6 fuerzo se detuvieron y cobraron algún ánimo. Además, aquella muchacha de la que dije más arriba que era hija del general Asdrúbal y mujer de Sifax pedía con insistencia a su marido que no abandonara a los cartagineses en aquella situación crítica. El númida se dejó
7 convencer y atendió a tales súplicas. Estos celtíberos contribuyeron no poco a levantar la moral de los cartagineses: eran cuatro mil, y dijeron que eran diez mil y, además, aseguraron que en la batalla eran verdaderamente invencibles, tanto por su presencia de ánimo
8 como por su armamento. Los cartagineses, alentados por esta fama y por la chismorrería vulgar del pueblo, redoblaron su coraje para librar una segunda batalla
9 campal. Finalmente, al cabo de treinta días, plantaron su campamento en la llamada Llanura Grande²³, al lado de los númidas y de los celtíberos. El conjunto constaba de no menos de treinta mil hombres.

8 La noticia de todo esto llegó al campamento de los romanos²⁴. Escipión se aprestó inmediatamente a salir con las legiones. Mandó lo que debían hacer a los que

bilidades: porque sus ganancias rozan ya lo excesivo, o bien porque le incomodaran por algo que no llegamos a descubrir.

²³ Es la llanura llamada actualmente Souk el Kremis, sobre el río Megierda. Para más detalles geográficos, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

²⁴ Fuera de Útica.

proseguían el asedio de Útica, y también a sus fuerzas
navales, y él partió con el resto de su ejército dispuesto
en orden de marcha rápida. Tras cinco jornadas llegó 2
a la Llanura Grande, se aproximó al enemigo y acampó
encima de una loma, a unos treinta estadios de distan-
cia del adversario. Al día siguiente descendió hasta la 3
llanura, puso la caballería al frente de su formación y
acampó a siete estadios del enemigo. Ambos bandos 4
permanecieron dos días en esta situación; se tanteaban
mutuamente con pequeñas escaramuzas. Pero, al cabo
de tres jornadas, los dos generales hicieron salir a sus
fuerzas con la idea de trabar la batalla y formaron a
sus hombres. Escipión, según el uso romano²⁵, colocó 5
al frente los manípulos de los *hastati*, detrás de ellos
a los *principes*; cerraban su formación los *triarii*. Situó 6
a su caballería italiana en el ala derecha, y la númida,
con Masinisa al frente, en la izquierda. Sifax y Asdrúbal 7
colocaron a los celtíberos en el centro de su formación,
opuestos a los manípulos romanos; los númidas²⁶ ocu-
paban el ala izquierda, y los cartagineses la derecha.
A la primera arremetida los númidas de Asdrúbal ce- 8
dieron ante la caballería italiana y los cartagineses
huyeron ante los númidas de Masinisa; las derrotas
anteriores habían quebrado su coraje. Los celtíberos, 9
en cambio, lucharon bravamente contra los romanos.
Si huían no podían esperar salvarse, ya que desconocían
el país, y tampoco, si caían prisioneros vivos, pues ha-
bían traicionado a Escipión. En las operaciones de Es- 10
paña éste les había tratado amigablemente, y ellos ahora,
de modo absolutamente injusto, faltaron a su palabra
y comparecieron aquí para aliarse con los cartagineses.
Pero, así que cedieron las alas, los *principes* y los 11
triarii envolvieron a estos celtíberos y los aniquilaron;

²⁵ Cf. IV 21, 7-8; XI 23, 1; XV 7, 9; XVIII 30, 5-11.

²⁶ En ambos bandos luchaban africanos.

12 sólo se salvaron unos pocos. Así fue como perecieron,
no sin prestar un gran servicio a los cartagineses, no
13 sólo en la batalla, sino también en la huida. En efecto:
si los romanos no hubiesen tropezado con tal obstáculo
y hubieran podido perseguir en el acto a los que se es-
capaban, muy pocos contrarios hubieran logrado eva-
14 dirse. Pero, por la retención que supusieron los celtí-
beros, Sifax pudo retirarse cómodamente, con su caba-
llería, hacia su país y Asdrúbal, a Cartago con los
cartagineses supervivientes.

9 El general romano, luego que hubo dispuesto lo
conveniente acerca del botín y de los prisioneros, con-
vocó a su consejo para deliberar qué se debía hacer
2 en adelante. Decidieron que Escipión no se moviera
del país y que hiciera correrías por las ciudades con
una parte de las tropas romanas; Lelio y Masinisa
cogerían el resto de las legiones y saldrían en persecu-
ción de Sifax, sin darle tiempo de rehacerse y preparar-
3 se. Los generales, pues, determinaron esto y se separa-
ron; unos se lanzaron contra Sifax, con las tropas ya
4 señaladas, y Escipión, contra las ciudades. Unas se pasa-
ron voluntariamente a los romanos por miedo; las res-
5 tantes, éstos las asediaron y las forzaron al asalto. Pero
todo el país era propenso a un cambio²⁷, pues las cala-
midades eran continuas y, además, se les exigía mucho
dinero²⁸, porque la guerra de España era inacabable.

6 En Cartago ya antes reinaba una gran confusión,
pero ahora se hizo todavía mayor: parecía que tras el
segundo desastre ya estaba todo perdido y que los
7 cartagineses ya no tenían confianza en sí mismos. Sin
embargo, los consejeros que parecían más valientes
dijeron que la flota cartaginesa debía dirigirse, al punto,

²⁷ El griego dice exactamente esto, pero WALBANK, *Com-
mentary*, ad loc., interpreta: «a las revueltas».

²⁸ Por parte de los cartagineses.

contra los que sitiaban Útica, para intentar levantar el sitio, y que, además, se debía librar una batalla naval contra el enemigo, que no estaba preparado para ella. Exigían también que se enviaran legados a Aníbal para 8 que regresara y que, sin la menor dilación, se tanteara también esta esperanza, pues, en la medida en que podían ser juzgadas razonablemente, ambas medidas ofrecían buenas oportunidades de salvación. No faltó 9 quien objetara que ya no era tiempo de tales empresas: lo que se debía hacer era fortificar la ciudad y prepararse para un asedio. Sólo si se mantenían unidos, dijeron, tendrían más tarde ocasión de realizar gestas preclaras. Éstos aconsejaban también deliberar sobre 10 una posible paz y sobre el modo y las condiciones en que se librarían de los males presentes. Todas estas propuestas se debatieron mucho y, al final, se tomaron todas en consideración ²⁹.

Asumidas en firme estas decisiones, los que debían 10 navegar hacia Italia se dirigieron directamente del edificio del Consejo al mar. El almirante se dirigió a la flota y los restantes proveyeron para la seguridad de la ciudad; las deliberaciones con vistas a ella eran continuas.

Escipión tenía el campamento repleto de botín, ya 2 que nadie le ofrecía resistencia: todo el mundo cedía a sus ataques. Entonces decidió remitir la mayor parte de los despojos al primer campamento; él tomaría el 3 mando del ejército aligerado, conquistaría las defensas que están junto a la ciudad de Túnez y acamparía a la vista de los cartagineses: creía que de este modo los

²⁹ Sin excluir el tratar de una posible paz, naturalmente. Esto se ve por el principio del libro XV. Polibio debía de tratar minuciosamente una embajada cartaginesa que se dirigió primero a Túnez y, luego, a Roma para indagar en qué condiciones Roma se avendría a una paz, pero el epitomador ha suprimido totalmente estas secciones.

4 alarmaría y les infundiría el máximo pavor. Los de
Cartago, al cabo de pocos días, ya tenían las dotaciones
y sus pagas prestas en las naves y se disponían a eje-
cutar sus planes, cuando Escipión se presentó en Túnez
y la tomó, pues sus defensores huyeron ante aquella
5 incursión. Túnez dista de Cartago unos ciento veinte
estadios³⁰ y es visible desde casi todos los puntos de
esta ciudad; se distingue de ella porque dispone de
defensas construidas, además de las naturales, como
6 consignamos en otro lugar³¹. Las naves cartaginesas
zarparon cuando los romanos acababan de acampar;
7 habían puesto rumbo a Útica. Cuando comprobó la
navegación de los adversarios, Escipión temió que a
su propia flota le pasara algo desagradable y perdió la
calma: sus fuerzas navales no sospechaban nada y no
8 estaban preparadas. Levantó inmediatamente el campo
9 y corrió a apoyar a los suyos. Encontró a sus naves
ponteadas preparadas para transportar y mover hacia
adelante las máquinas bélicas propias para un asedio
y, en general, para operar en él; en cambio, su disposi-
ción para un combate naval era nula; la flota rival, por
el contrario, se había ejercitado durante todo el invier-
10 no. De modo que Escipión rechazó la idea de choque
naval; hizo fondear sus naves ponteadas y las rodeó
con las naves de carga, alineadas a tres o cuatro de
11 profundidad. Abatió los mástiles y las antenas, que su-
12 jetó fuertemente a las embarcaciones. Entre una y
otra de las naves ponteadas dejaba un pequeño espacio
por el que pudieran entrar y salir los botes.

³⁰ Cf. I 30, 15; 67, 13.

³¹ Cf. I 30, 15.

Polibio, en el libro catorce, dice que **11**
 Filón adulaba a Agatocles³², hijo de
Ptolomeo Filopátor, Enantes y compañero del rey Ptolomeo Filopátor.
rey de Egipto

Polibio, en el libro catorce de sus **2**
Historias, cuenta que en Alejandría había muchas estatuas de Cleino, la joven que servía el vino a Ptolomeo Filadelfo: la representaban vestida con sólo la túnica y con la copa en la mano. «¿Las casas más insignes —comenta— no se adornan con los **3** nombres de Mnesis, de Potine o de Mirte? Y ello a pesar de que **4** Mnesis y Potine fueron flautistas y Mirte, una meretriz pública. El rey Ptolomeo Filopátor estuvo subyugado por la hetera Agatoclea, que llegó a hundirle el imperio.» **5**

Quizás algunos lectores se extrañen porque, si bien **12**
 hemos tratado los hechos sucesivos de cada año separadamente, al redactar la historia de Egipto damos de una vez sucesos que se extienden por un período de tiempo más considerable³³. Queremos que se sepan las razones **2** que más nos han inducido a ello. El rey Ptolomeo Filopátor, de quien aquí se trata, cuando hubo liquidado la guerra de Celesiria, abandonó totalmente la práctica de las virtudes y se lanzó a la vida depravada que reseñamos un poco más arriba³⁴. Más tarde, las circuns- **4** tancias le obligaron a entrar en la guerra que ahora nos ocupa³⁵, pero si exceptuamos la ferocidad y la vio-

³² Tirano de Egipto que protagoniza el dramático final del libro XV. Quizás hubiera sido, de adolescente, paje de Ptolomeo Filopátor.

³³ Polibio justifica por qué no lo ha tratado con el método analístico.

³⁴ Cf. 11, 1-5. Pero los vicios de Ptolomeo Filopátor, Polibio ya los había señalado en V 34, 4; 35, 6; 37, 10; 40, 1; 87, 3, 7.

³⁵ Por los cortes del epitomador no sabemos de qué guerra se trata; quizás se trate de la revuelta que, como veremos en el libro próximo, acabará con la tiranía de Agatocles; estas turbulencias habían empezado en la región del Delta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

lencia con que ambos bandos se trataron mutuamente, en ella no hubo batalla campal, ni naval, ni asedio ni
5 cualquier otra cosa digna de mención. De modo que creímos que la exposición sería más fácil tanto para mí, el autor, como para los lectores, si no incluía dentro de un año multitud de temas pequeños y de nula relevancia, sino que ofrecía, por así decir, un perfil del rey y de sus costumbres ³⁶.

³⁶ WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone: «como si se tratara de una pintura unificada».

LIBRO XV

(FRAGMENTOS)

Como los cartagineses habían ¹
Africa: Escipión capturado las naves de transpor-
derrota a Aníbal y te romanas y una enorme canti-
*pone fin a la guerra*¹ dad de aprovisionamientos, Esci-
pión estaba dolido no sólo porque
los romanos habían perdido esos aprovisionamientos,
sino también porque el enemigo disponía en abundan-
cia de lo necesario. Sin embargo, le pesaba aún más ²
el hecho de que los cartagineses hubieran transgredido
los juramentos y los pactos, y que de nuevo suscitaran
otra guerra. Eligió inmediatamente como legados a ³
Lucio Sergio, a Cayo Babio y a Lucio Fabio, y los mandó
al encuentro de los cartagineses, a tratar de lo suce-
dido y a que pusieran en claro que el pueblo romano
había ratificado los pactos. En efecto, Escipión acababa ⁴
de recibir un comunicado en el que se le anunciaba lo
dicho. Los legados se presentaron en Cartago. Primero ⁵
acudieron al Senado² y luego fueron conducidos a la
asamblea del pueblo; en ambas ocasiones hablaron
con franqueza sobre las circunstancias de entonces.

¹ Estamos en el año 203 a. C.

² Sobre la organización política cartaginesa, cf. I 21, 6 y la amplia nota de WALBANK, *Commentary*, I, *ad loc.*

- 6 Empezaron recordándoles que los legados cartagineses que se presentaron en Túnez y que fueron recibidos por el consejo³ no se limitaron a libar a los dioses y a besar la tierra en signo de adoración, que es lo que
- 7 habitualmente hacen los demás hombres; aquéllos se echaron humildemente al suelo y besaron los pies de los miembros del consejo⁴; después se levantaron y se acusaron a sí mismos de haber roto los primeros pactos
- 8 entre romanos y cartagineses. Afirmaron que eran muy conscientes de que merecían cualquier cosa que les hicieran los romanos, pero pedían, por la Fortuna⁵, que es común a todos los hombres, que no les infirieran un daño irremediable: su propia mala voluntad
- 9 sería en el futuro prueba de la nobleza de Roma. Los legados de Escipión continuaron diciendo que su general y los que habían asistido a aquella sesión del consejo quedaron asombrados: ¿en qué podían creer los cartagineses que olvidaran sus palabras anteriores y se atrevieran a tener por nulos pactos y juramentos?
- 10 La cosa era bastante clara: se atrevían a comportarse de aquel modo porque creían en Aníbal⁶ y en las fuerzas que habían llegado con él. Sin embargo, sus cálcu-
- 11 los eran erróneos: todo el mundo sabía muy bien que en los dos últimos años Aníbal y sus tropas en Italia fueron expulsados de todas partes y se vieron reducidos a los territorios de Lacinio, donde, si bien no se vie-

³ El Consejo militar de Escipión el Africano. Cf. nota 12 del libro XIV.

⁴ Tito Livio dice lo mismo; nota, sin embargo, que el gesto no era sincero, sino de adulación. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁵ Es evidente que aquí la Fortuna está individualizada y divinizada. En II 4, 5, se dice que ante ella todos los hombres son vulnerables.

⁶ Por estas palabras vemos claro que, en este momento, Aníbal ya había abandonado Italia y se hallaba en Africa. Estamos en las postrimerías del año 203 a. C.

ron asediados en el sentido estricto del término, si se vieron rodeados de un modo tal que a duras penas lograron salvarse y presentarse allí. Y aun en el caso 12 de que hubieran comparecido victoriosos, lo lógico hubiera sido una expectativa ante un futuro incierto y no pensar sólo en la victoria: «También en la derrota —dijeron—, pues los romanos ya os hemos vencido en dos batallas consecutivas⁷. Si perdéis otra vez —pre- 13 guntaron los legados romanos—, ¿a qué dioses suplicaréis? ¿Qué palabras usaréis para atraer sobre vuestras desgracias la misericordia de los vencedores? Lo lógico es que desechéis toda esperanza: ni los dioses ni los hombres os harán caso, ante vuestra perversa impiedad.»

Tras pronunciar estas palabras, los legados romanos 2 se retiraron de la curia. Algunos cartagineses, ciertamente, defendían que se respetaran los acuerdos, pero la mayoría de los políticos y de los que intervenían en aquel consejo⁸ estaban descontentos de las condiciones estipuladas en los pactos. Habían tolerado a duras penas la franqueza de los romanos y, además, no se avenían en modo alguno a perder las naves atracadas en su puerto y el aprovisionamiento que transportaban. Pero, por encima de todo, abrigan no pequeñas, sino 3 grandes esperanzas de vencer gracias a Aníbal y a sus hombres. La asamblea⁹ decidió despachar a los legados 4 sin respuesta, pero los líderes políticos, resueltos a en-

⁷ Libradas en territorio africano; se prescinde de todo lo anterior, la batalla de la Torre de Agatocles, al SO. de Útica, que Polibio debió de narrar, pero que el epitomador ha suprimido (la refiere Tito Livio, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.), y la de la Llanura Grande, narrada en XIV 8.

⁸ Ésta es la traducción exacta del texto griego; WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta, de manera algo más concisa: «los políticos principales y los miembros del Consejo».

⁹ Cartaginesa, como órgano supremo de decisión.

cender de nuevo la guerra fuera como fuera, se reunie-
5 ron y maquinaron el plan que sigue: dijeron que era
preciso cuidar de la seguridad de los enviados romanos,
para que llegaran incólumes a su propio campamento.
6 Y aprestaron al punto dos trirremes de escolta, que
enviaron al mando de Asdrúbal¹⁰. Éste había recibido,
además, la orden de disponer unos navíos no lejos del
campamento romano¹¹. Cuando los de la escolta deja-
ran la nave romana, ésta debía ser atacada y hundida
7 por los otros, para que los emisarios murieran. La
flota cartaginesa¹² estaba estacionada en la costa, muy
8 cerca de Útica. Los líderes políticos, pues, dieron tales
órdenes a Asdrúbal y despacharon a los enviados ro-
manos, no sin antes advertir a los capitanes de las
trirremes que cuando hubieran rebasado la desembo-
cadura del río Macra¹³ dejaran a los emisarios roma-
9 nos en aquel punto: ya navegarían solos. Desde el lugar
10 citado se avistaba ya el campamento romano. Cuando,
según las órdenes recibidas, los de la escolta rebasa-
ron la boca del río, saludaron a los romanos y pusie-
11 ron rumbo a la ciudad. Lucio no sospechaba nada
malo, pero creyó que la escolta les había abandonado
12 por negligencia y se indignó. Mas así que navegaron
solos, los cartagineses avanzaron súbitamente contra
ellos con tres trirremes y atacaron la nave romana. No
lograron abrir un boquete en ella, pues les esquivaba,
ni pudieron saltar a su cubierta, pues la tripulación se
13 defendía bravamente. Pero, al fin, se llegó al abordaje

¹⁰ El hijo de Gescón, al que se alude en la nota 8 del libro XIV.

¹¹ WALBANK, *Commentary*, ad loc., insinúa que se trataba del punto de la costa tunecina llamado actualmente Rusucmon; cf. III 22, 5.

¹² Prácticamente intacta, porque no había combatido desde hacía mucho tiempo; los romanos debían de temerla.

¹³ El actual río Bagradas.

y los cartagineses, que luchaban en círculo, herían a los marineros, muchos de los cuales murieron. La tri- 14
pulación romana, al ver que sus compañeros que forrajeaban cerca del mar acudían a prestar socorro, corriendo desde el campamento a la playa, echó la nave a tierra, que perdió allí a la mayoría de sus marineros, 15
pero los emisarios se salvaron por puro milagro.

Tras estos sucesos la guerra recomenzó, y de una 3
manera más implacable y más feroz que antes. Para 2
los romanos, convencidos de que habían sido traicionados, era cosa de amor propio vencer a los cartagineses; éstos, por su parte, consideraban lo que habían cometido y estaban dispuestos a todo para no caer bajo el enemigo. Siendo ésta la disposición de ambos bandos, 3
era evidente que la situación debería dirimirse por una batalla, lo cual motivó que no sólo los habitantes de 4
Italia y de Africa, sino también los de España, Sicilia y Cerdeña quedaran pasmados y como en suspenso, a la expectativa del resultado ¹⁴.

Por aquel entonces, Aníbal ¹⁵ andaba escaso de caba- 5
llería. Envío un mensaje a un nómada llamado Tiqueo, pariente de Sifax, que poseía los caballos más fogosos de Africa, al menos según la opinión general. Aníbal 6
solicitaba de él que les socorriera y que no dejara pasar la ocasión. Debía ser muy consciente de que si los cartagineses salían victoriosos, él podría retener su imperio, pero si eran los romanos los que triunfaban, peligraría incluso su vida: Masinisa era hombre ávido de 7
gobierno. Tiqueo, convencido por aquellas reflexiones, se alió con Aníbal; aportaba un contingente de dos mil jinetes.

¹⁴ En efecto, en el lance se jugaba la suerte del Mediterráneo occidental. Polibio ha sabido indicarlo muy finamente.

¹⁵ Estaba en Hadrumeto, ciudad costera de la región africana de Bizancio, al S. del golfo de Túnez. La noticia nos viene dada por otras fuentes; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

- 4 Por su parte, Escipión aseguró totalmente la flota,
 dejó a Bebio como lugarteniente suyo y se puso a re-
 2 correr personalmente las ciudades. Ya no aceptaba la
 sumisión de las que se le entregaban voluntariamente,
 sino que las saqueaba a todas por la violencia; no ocul-
 taba a nadie el furor que le atizaba contra el enemigo,
 3 debido a la perfidia de los cartagineses. Además, en-
 viaba con insistencia emisarios a Masinisa¹⁶: le expo-
 nía el modo como los cartagineses habían violado las
 treguas, le pedía que reclutara un ejército lo más nu-
 meroso posible y que se le juntara así que pudiera.
 4 Ya señalé antes¹⁷ que Masinisa, cuando se concluyeron
 las treguas, marchó con sus tropas y tomó consigo,
 además, diez unidades entre caballería e infantería,
 procedentes de las legiones romanas. Escipión le cedió
 también unos legados para que, mediante la ayuda de
 Roma, no sólo volviera a instalarse en el imperio de
 su padre, sino que, además, se hiciera con el de Sifax¹⁸.
 Que es lo que realmente sucedió.
- 5 Por aquellos mismos días llegaron de Roma unos
 enviados¹⁹, que fondearon su nave junto a la empaliza-
 6 da que los romanos habían plantado en el mar. Bebio
 los remitió inmediatamente a Escipión, pero, en cambio,
 retuvo a unos legados cartagineses cuyo estado de ánimo
 era de gran abatimiento, pues creían que corrían el
 7 máximo peligro. Conocedores del delito cometido contra
 los emisarios romanos, tenían por seguro que los roma-

¹⁶ Masinisa se dedicaba ahora a ocupar efectivamente los territorios que habían pertenecido a Sifax, y tardaba en responder a los mensajes. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

¹⁷ En un lugar no transcrito por el epitomador.

¹⁸ O sea que Masinisa juntó dos imperios, el suyo propio (o de los masilios) y el de los masasilios. Cf. III 15.

¹⁹ Probablemente, los *fetiales*, enviados para corroborar definitivamente la paz con Cartago. Sobre sus cometidos y atribuciones, básicamente religiosas, cf. *The Oxford Classical Dictionary*, 2.^a ed., 1972, págs. 435-6.

nos se vengarían en ellos. Escipión supo por los recién 8
llegados que el senado y el pueblo de Roma habían
ratificado sin reparos la tregua pactada con él por los
cartagineses, y que estaban dispuestos a acceder a los
demás requerimientos; todo esto le llenó de alegría.
En cuanto a los cartagineses allí presentes, ordenó a 9
Bebio que les tratara humanamente y que les mandara
a su patria ²⁰, hermosa y prudente decisión, por lo menos
en cuanto se me alcanza. Pensó que su patria estimaba 10
en más la lealtad hacia unos enviados y reflexionó, en
su fuero interno, no tanto sobre lo que merecían sufrir
los cartagineses como sobre lo que debían hacer los
romanos. Por eso ahogó su cólera y la amargura que 11
le habían producido los hechos y procuró emular, según
dice el refrán ²¹, las obras gloriosas de los padres. Así 12
se impuso Escipión al espíritu de los habitantes de
Cartago sin excepción, incluido el mismo Aníbal, pues
con su entereza de carácter superó la locura de ellos.

Los cartagineses contemplaban cómo sus ciudades 5
eran devastadas, y enviaban mensajes a Aníbal pidién-
dole que no perdiera tiempo, que se aproximara al
enemigo y que dirimiera las diferencias en una batalla.
Al oírlos contestó a los allí presentes que dejaran esto 2
y que se preocuparan de otras cosas: «el momento oportuno
surgirá por sí mismo.» Al cabo de unos días le 3
vantó su campo, situado en la región de Hadrumeto,
avanzó y acampó junto a Zama ²², que es una ciudad

²⁰ El buen corazón de los romanos en Polibio es un tópico que sale bastantes veces; está formulado en términos generales en XII 14, 3.

²¹ Más que ante un refrán, parece que estamos ante la cita de un poeta, sin lograr, sin embargo, dar exactamente con ella. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

²² Primera mención de esta ciudad, junto a la cual no se dio la batalla del mismo nombre, a pesar de venir denominada según ella. Tal batalla se libró en los finales del año 202 a. C., y significó el fin definitivo de Cartago. Para los numerosos problemas

que dista de Cartago cinco días de camino en dirección
4 oeste. Desde allí envió a tres espías, pues pretendía
averiguar dónde había acampado Escipión y cómo ha-
5 bía dispuesto el campamento. Pero estos hombres fue-
ron capturados y conducidos a la presencia del general
romano. Escipión distó tanto de torturar a los prision-
eros, lo cual es la costumbre de los otros generales,
que hizo todo lo contrario: puso a su servicio un oficial
y le mandó que, sin engaño, les enseñara todo el cam-
6 pamento. Esto se llevó a cabo y, entonces, Escipión
preguntó a aquellos hombres si el oficial encargado ha-
7 bía puesto interés en mostrárselo todo. Ante su res-
puesta afirmativa, les dio un viático y una escolta y los
envió con el ruego de que explicaran con detalle a
8 Aníbal cómo habían sido tratados²³. Tras el regreso de
los espías, Aníbal se maravilló de la magnanimidad y de
la audacia de Escipión, y no sé cómo entró en él la
comezón y el afán de entablar tratos con aquel hombre.
9 Decidido a esto, le mandó un heraldo, a decirle que
10 quería negociar con él el conjunto de la situación. Al
oír al heraldo, Escipión asintió a lo que se le pedía y
dijo que enviaría un hombre a Aníbal para indicarle
11 el lugar y el tiempo de la entrevista. Tras escuchar tal

de todo tipo que la batalla presenta, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., donde hay una discusión detallada de todos ellos. Digamos sólo que Aníbal tenía su campamento en Zama, pero la batalla se debió de librar en una llanura no lejos de Hadrumeto. Zama (el nombre entero era Zama Regia), estaba situada tierra adentro, casi a la misma latitud que Hadrumeto. Zama tenía, un poco al S., una colonia a la que había dado su nombre, pero parece que Aníbal acampó junto a la ciudad.

²³ En este libro XV, Polibio se dio claramente a lo novelesco, no en el sentido de escribir falsedades, sino de novelar lo histórico. El estilo del griego es ciertamente distinto, lo cual debe repercutir en la traducción. En cuanto a este episodio, recuerda fuertemente al que se lee en HERÓDOTO, VII 146, 7; aquí Jerjes trata humanitariamente a unos emisarios griegos apresados.

respuesta, el heraldo cartaginés regresó, al punto, a su propio campamento. Al día siguiente llegó allí Masinisa 12 con unos seis mil soldados de a pie y alrededor de cuatro mil jinetes. Escipión le recibió muy cordialmente; estaba satisfecho de que hubiera sometido a los 13 antiguos súbditos de Sifax. Levantó el campo y llegó 14 a las proximidades de la ciudad de Márgaro²⁴, donde acampó. Escogió este lugar, entre otras cosas, porque era estratégico y tenía agua a la distancia de un tiro de jabalina.

Desde allí envió un emisario al general cartaginés, 6 para notificarle que estaba dispuesto a entablar conversaciones con él. Al saberlo, Aníbal levantó el campo 2 y se aproximó a los romanos; plantó sus reales a no más de treinta estadios de ellos, en una loma que, atendidas las circunstancias, parecía ser adecuada. Sin embargo, tenía el agua algo más lejos; por lo que hace a ella, aquí los cartagineses sufrieron duras penalidades. Un día después, los dos generales salieron de sus cam- 3 pamentos, con la escolta de unos pocos jinetes. Se separaron, incluso, de éstos y ellos se llegaron al centro, acompañados sólo de sus intérpretes²⁵. Se saludaron 4 y Aníbal, el primero, empezó a decir: «Yo hubiera querido que ni los romanos hubieran codiciado nunca algo fuera de Italia, ni los cartagineses nada fuera de África. Para ambas potencias son éstos los más her- 5 mosos dominios, delimitados, por decirlo así, por la

²⁴ El verdadero nombre de esta ciudad es muy discutido y, por consiguiente, también su ubicación. Cf. el largo comentario de WALBANK, *Commentary*, págs. 446-447, acerca de la situación de Zama y de los otros topónimos, y también, más brevemente, *ad loc.*

²⁵ Sobre esta entrevista no se puede decir nada en claro acerca de si se celebró; bastantes comentaristas de Polibio no creen en ella. Como sea, Aníbal habla aquí como un hombre de estado y militar de mucha experiencia, y Escipión, como un aristócrata romano.

- 6 naturaleza. Pero empezamos por disputarnos Sicilia y nos hicimos la guerra, luego vino la de España y, al final, como si la fortuna nos hubiera quitado el juicio, hemos llegado al punto de que a vosotros, tiempo atrás, os peligró la propia patria; la de éstos peligra ahora.
- 7 Pero todavía podemos hacer algo, si lo logramos: roguemos a los dioses y resolvamos la enemistad presente.
- 8 Yo estoy dispuesto a ello, pues sé, por experiencia tomada de los mismos hechos, cuán voluble es la fortuna: con un leve impulso produce un vaivén enorme, como si jugara con niños de pecho.
- 7 »Mucho me preocupa, oh Escipión —prosiguió— que tú, por tu juventud, porque todo te ha salido a pedir de boca, tanto en España como en África, y porque nunca, al menos hasta hoy, la fortuna te ha forzado a retroceder, ahora desatiendas mis palabras, que,
- 2 con todo, son muy creíbles. Considera las cosas a la luz de un solo ejemplo, ejemplo no tomado de tiempos
- 3 remotos, sino de nuestra propia época. Sí: yo soy aquel famoso Aníbal que después de la batalla de Cannas me adueñé de casi toda Italia. Poco tiempo después llegué a las mismas puertas de Roma, acampé a cuarenta estadios de la ciudad y ya deliberaba qué debería hacer de
- 4 vosotros y del suelo de vuestra patria. En cambio ahora estoy aquí, en África, contigo, que eres romano, para tratar de mi salvación y de la de los cartagineses.
- 5 Te exhorto a que consideres esto y no te ensoberbezcas: reflexiona humanamente sobre las circunstancias actuales²⁶. Lo cual equivale a elegir de los bienes, el máxi-
- 6 mo, y de los males, al contrario, el mínimo. Si es sensato, ¿quién elegiría lanzarse a un peligro como el que ahora se cierne sobre ti? Si triunfas, no añadirás gran cosa ni a tu gloria personal ni a la de tu patria; si

²⁶ Es decir, sobre la veleidad de la fortuna. Es la constante de Polibio.

eres derrotado, borrarás de golpe, por culpa tuya, todas tus grandes gestas de antes. ¿Hacia qué apunta todo 7 mi discurso? Que queden sometidos a Roma todos los territorios por los que peleamos, es decir, Sicilia, Cerdeña y España; que sean también dominio de Roma las islas que hay entre Italia y África²⁷. Estoy seguro 8 de que un pacto en estas condiciones será la garantía de futuro más segura para los cartagineses, y para ti y para los romanos constituirá la máxima gloria.»

Éstas fueron las palabras de Aníbal. Y tal fue la 8 réplica de Escipión: «Resulta claro y notorio que no fueron los romanos, sino los cartagineses los culpables de la guerra de Sicilia y de la de España. Y el que 2 mejor lo sabe eres tú mismo, Aníbal, aunque también dieron fe de ello los dioses, que concedieron la victoria no a los agresores injustos, sino a los que les repelían. Conozco no menos que cualquiera los vuelcos de la for- 3 tuna y, en cuanto depende de mí, tomo en consideración la incertidumbre de las cosas humanas. Si te hu- 4 bieras retirado de Italia y hubieras propuesto esta solución antes de que los romanos pasáramos al África, creo que tu esperanza no se hubiera visto defraudada. Pero tú te retiraste de Italia muy a tu pesar; nosotros 5 hemos cruzado el mar hasta el África y nos hemos adueñado del campo abierto; es evidente que la situación ha experimentado un cambio profundo. Y lo principal: 6 ¿para qué hemos venido? Derrotados tus conciudadanos, a petición suya suscribimos unos pactos grabados, en los que, además de lo que tú has mencionado, cons- 7 taba que los cartagineses nos restituirían los prisioneros romanos sin rescate alguno, que nos cederían las

²⁷ Aníbal ofrece bastante menos de lo aceptado por el senado cartaginés antes de la ruptura de la tregua, seguramente porque confía en sus fuerzas; con sus propuestas, África quedaba a merced de los cartagineses, y con ella, los aliados de Roma africanos. Escipión no podía aceptar esta propuesta.

naves ponteadas, que nos abonarían quince mil talentos
8 y que nos darían rehenes en fianza de todo esto. Así
fueron las condiciones bajo las que pactamos, de común
acuerdo. Y ambos bandos enviamos emisarios a la asam-
blea y al senado de Roma: nosotros para confirmar la
ratificación de este pacto, y vosotros para rogar que
9 fuera aceptado en los términos establecidos. El senado
se mostró conforme y la asamblea popular lo corroboró.
Pero, una vez tuvieron lo que pedían, los cartagineses
10 lo despreciaron y nos hicieron traición²⁸. ¿Qué solu-
11 ción nos queda? Ponte en mi situación y dilo tú. ¿Vamos
a suprimir las condiciones más onerosas de entre las
estipuladas? Esto sería premiar a tus conciudadanos
por su perfidia y enseñarles a continuar traicionando
a sus bienhechores. ¿O bien debemos esperar que si
alcanzan lo que pretenden nos demostrarán su grati-
12 tud? ¡Pero si tras pedir y lograr lo que nos rogaban,
así que depositaron en ti una mínima esperanza, ya
13 nos han tratado como rivales y adversarios! Si ahora
añadiéramos alguna condición todavía más onerosa, po-
dríamos proponerla a la asamblea de Roma para su
aprobación; si suprimiéramos algo de lo estipulado, no
tendría ningún sentido comunicar esta entrevista a
14 Roma. ¿Cómo debo concluir mis palabras? O bien
poned vuestra patria y vuestras personas a nuestra dis-
posición, o vencednos en la batalla.»

9 Tras este diálogo, Aníbal y Escipión se separaron;
2 habían convertido la concordia en inviable. Así que al-
boreó el día siguiente, ambos generales hicieron salir
a sus ejércitos de los respectivos campamentos y se
trabó la batalla. Los cartagineses luchaban por su sal-
vación y por el dominio de África; los romanos, para

²⁸ Una alusión despreciativa a la *punica fides*, tan famosa entre los antiguos.

hacerse con el imperio universal²⁹. ¿Habrá alguien que 3
no se emocione al leer la descripción de este choque?
No se podrían encontrar tropas más belicosas ni gene- 4
rales que hubieran tenido más éxitos, y que, por con-
siguiente, se hubieran adiestrado mejor en el arte de
la guerra; tampoco se hallarían trofeos mayores, pro-
puestos por la fortuna, que los establecidos entonces.
En efecto, los que salieran vencedores de la lucha no 5
se adueñarían sólo de Africa o de Europa, sino de todas
las partes del universo de las que el hombre tiene no-
ticia. Esto sucedió muy poco después.

Escipión dispuso sus tropas de la manera siguien- 6
te³⁰: al frente colocó los *hastati*, separados sus maní- 7
pulos por intervalos regulares. Detrás de estos seguían
los *principes*, pero Escipión no dispuso sus manípulos
en el orden habitual entre los romanos, es decir, de
cara a los espacios libres que dejan los manípulos de
los *hastati*, sino en columna detrás de éstos, pero a
cierta distancia; los situó así, porque el enemigo dis-
ponía de gran número de elefantes. Cerraban la forma-
ción los *triarii*. Confió el mando del ala izquierda a 8
Cayo Lelio, que acaudillaba la caballería romana, y el
del ala derecha a Masinisa, con todos los númidas que
estaban a sus órdenes. En los espacios que dejaban 9
libres los manípulos de primera línea colocó secciones
de *velites*. Precisamente a éstos, les mandó iniciar el
combate. Si la embestida de los elefantes les obligaba 10
a retroceder, los hombres que pudieran correr debían
enfilarse directamente los espacios libres que quedaban
entre los manípulos, hasta situarse detrás de toda la
formación; los que se vieran acorralados por las fieras

²⁹ Polibio, efectivamente, creía que, superados los cartagineses, los romanos se harían fácilmente con el imperio del mundo entonces conocido. Esto se ve inmediatamente.

³⁰ Sobre el dispositivo inicial romano para la batalla, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

debían dirigirse a los espacios libres laterales que quedaban entre los estandartes.

- 10 Dispuesta ya su formación, recorrió sus tropas, y
las arengó brevemente, pero con palabras adecuadas
2 a aquella circunstancia. Les rogaba que «recordaran las
batallas pretéritas, que fueran hombres valientes, a la
altura de sí mismos y de la patria. Debían poner ante
sus ojos que si derrotaban al enemigo no sólo se con-
vertirían en dueños inamovibles de África, sino que se
asegurarían para sí y para su país la hegemonía, el do-
3 minio indisputado de todo el resto del universo. Ahora
bien, si la batalla tenía otro desenlace, los que cayeran
valientemente en ella dispondrían del sudario más her-
moso, la muerte por la patria; los supervivientes, en
cambio, vivirían ya de por vida de la manera más ver-
4 gonzosa y miserable. En África no hay lugar capaz de
ofrecer seguridad a unos fugitivos: caerán en manos
de los cartagineses, y entonces, si lo piensan bien, es
muy claro lo que les va a pasar, cosa —añadió— que
5 no quisiera que experimentarais. Ahora que la fortuna
nos ha propuesto los máximos trofeos para la vida y
para la muerte, ¿podríamos convertirnos en los más
innobles y, digámoslo de una vez, en los más necios de
6 los hombres, al dejar, por amor a la vida, los máximos
bienes y preferir los máximos daños?³¹ Por ello, os
ruego que os propongáis dos cosas, o vencer o morir.
7 Y que avancéis con las filas apretadas contra el ene-
migo. Los hombres animados por este espíritu, que
acuden a la batalla con menosprecio de su vida, ven-
cerán siempre, sin la menor duda, a sus oponentes.»
Y ésta fue la exhortación de Escipión a los suyos.

³¹ Idea tópica. También se presenta en JUVENAL, *Sát.* VIII 88:

*Summum crede nefas animam praeferre pudori
et propter vitam vivendi perdere causas.*

Aníbal colocó a sus elefantes, que eran más de ochenta, delante de todo su ejército, a continuación a los mercenarios, unos doce mil en números redondos. Estos mercenarios eran ligures, galos, baleares y marusios³². Detrás de éstos situó a los nativos, cartagineses y africanos³³; cerraban la formación los italiotas que había llevado consigo, separados más de un estadio de los delanteros³⁴. Con su caballería aseguró las alas. Emplazó a la izquierda a los aliados nómadas, y a la derecha la caballería cartaginesa. Ordenó a los jefes que cada uno arengara a sus propios soldados³⁵: debían depositar en él sus esperanzas de victoria, y también en el ejército que se había traído de Italia. En cuanto a los cartagineses, intimó a sus oficiales que les enumeraran lo que iba a ocurrir a sus mujeres e hijos, que se lo pusieran a la vista, si la batalla no tenía el desenlace que ellos querían. Y todos cumplieron lo mandado. Él, por su parte, iba recorriendo las filas de los que habían llegado con él³⁶ y les pedía insistentemente, les apremiaba para que recordaran la camaradería que les ligaba desde hacía diecisiete años. No debían olvidar tampoco el gran número de choques, ya pretéritos, contra los romanos, que tenían en su haber. En ellos jamás habían sido derrotados: la esperanza de vencer a los romanos, dijo, no les abandonó jamás. Ante todo, les conminó a que, dejando aparte

³² Marusios: la palabra es transliteración exacta del griego; WALBANK, *Commentary*, ad loc., y Paton traducen por «moros», y Walbank especifica: «procedentes de Marruecos».

³³ Procedentes del ejército de Asdrúbal.

³⁴ El objeto de esta separación debía de ser mantener frescas estas tropas, las más aguerridas, sin combatir, para hacerlas entrar en la brega cuando los romanos estuvieran ya fatigados. Así lo explica WALBANK, *Commentary*, ad loc.

³⁵ Porque el ejército cartaginés se componía de hombres de idiomas diferentes.

³⁶ A sus veteranos de las guerras de Italia.

- batallas parciales e innumerables victorias, colocaran ante sus ojos la batalla librada junto al río Trebia³⁷ contra el padre del que actualmente mandaba a los romanos; igualmente, la batalla dada en Etruria contra Flaminio³⁸ y, todavía, la de Cannas³⁹ contra Emilio.
- 9 Pero ninguna de las tres podía compararse con la actual ni por el número de hombres ni por el coraje de
10 los combatientes. Y mientras decía esto les hacía mirar fijamente la formación de los enemigos: no es que fueran menos, es que eran una mínima fracción del número de hombres que antes les habían combatido. Y en cuanto
11 al valor, no había punto de comparación, porque los romanos de las batallas citadas habían luchado contra ellos con su vigor íntegro y sin conocer derrotas anteriores; éstos de ahora son descendientes de aquéllos, las sobras de los derrotados en Italia, que habían huido
12 de ellos muchas veces. Estimaba, pues, preciso que no destruyeran ni su fama ni su gloria, ni tampoco las de su general. Debían luchar denodadamente para reafirmar la fama, extendida ya por todas partes, de que eran invencibles.
- 13 Y en esto consistieron las arengas de los dos generales.
- 12 Cuando en ambos bandos estuvo todo dispuesto para la batalla, hacía ya un buen rato que las caballerías númeradas se habían enzarzado en escaramuzas; entonces Aníbal ordenó a los guías de los elefantes que atacaran al enemigo. El toque de trompetas y de cornetas resonó por todas partes, y esto hizo que algunos elefantes se asustaran y arremetieran hacia atrás, contra los númerados del bando cartaginés⁴⁰; esto, junto con

³⁷ Cf. III 71-74.

³⁸ La batalla del lago Trasimeno; cf. III 83-85, 6.

³⁹ Es el momento culminante de la gloria militar de Aníbal; cf. III 107-117.

⁴⁰ Los editores Büttner-Wobst y Paton señalan aquí una la-

el ataque de Masinisa, hizo que pronto el ala izquierda de Aníbal desapareciera. Pero las bestias restantes se 3 abalanzaron contra los *velites* romanos en el terreno que mediaba entre ambas formaciones. Aunque sufrieron muchas heridas, causaron grandes estragos en las filas adversarias. Mas al fin también estos elefantes se 4 desbocaron: unos se internaron entre las filas romanas, por los huecos que la previsión de Escipión había abierto; no dañaron en nada a los de Roma. Los otros huyeron hacia la derecha, donde la caballería romana, que estaba a la expectativa, les recibió a tiros de jabalina; estos elefantes se escaparon hacia el campo abierto. Lelio observó la confusión causada por las bestias, atacó 5 y obligó a huir desordenadamente a la caballería cartaginesa. Se lanzó bravamente a perseguirla y Masinisa 6 hizo otro tanto. Al tiempo que ocurría esto, las falanges 7 romana y cartaginesa, que avanzaban al paso, pero vigorosamente, se dirigían una contra otra, a excepción de los hombres que acompañaban a Aníbal desde Italia; éstos permanecían en el lugar que se les asignó al principio. Cuando ya estaban a punto de establecer 8 contacto, los romanos gritaron el «alalá» y golpearon los escudos con sus espadas, según la costumbre ancestral. Y arremetieron contra el enemigo. Los mercenarios 9 de los cartagineses alzaron un vocerío mezclado y confuso, ya que, según el poeta⁴¹, no era igual ni su voz ni su son:

...la voz no era una sola:

llamados de muchas partes, cada cual tenía su lengua,
como indiqué algo más arriba.

guna, porque sintácticamente el griego de las fuentes textuales es inconexo. A pesar de todo, el sentido es nítido. Por eso, no se señala la laguna en la traducción.

⁴¹ Es una cita de HOMERO, pero contaminadas, es decir, en uno se funden dos lugares distintos de sus poemas: *Iliada* IV 437 y II 804 (este último, en paralelo con *Odisea* XIX 175).

13 Por fin vinieron a las manos y se luchaba cuerpo a
cuerpo; los combatientes no usaban ni espadas ni lan-
zas ⁴². Al principio los mercenarios cartagineses llevaban
la mejor parte, por su agilidad y por su audacia; hirie-
2 ron a muchos romanos. Los de Roma, sin embargo,
fiados en su armamento y en su formación, superior,
3 continuaban su progresión; les seguían y animaban los
hombres que tenían detrás; en cambio, los cartagine-
ses no se acercaban a sus mercenarios, ni les apoyaban,
4 antes bien, se acobardaron en su ánimo. Al final, los
bárbaros cedieron y, convencidos de que los suyos les
habían abandonado claramente, arremetieron contra
5 los que tenían a sus espaldas y los mataron. Esto fue
ocasión de que muchos cartagineses murieran heroica-
mente, pues atacados por los mercenarios, debieron
luchar, contra su voluntad, con los romanos y con sus
6 propios camaradas. Se batieron como posesos, de una
manera extraordinaria; mataron a muchos romanos y
7 a muchos compañeros suyos. En esta pugna embistie-
ron desordenadamente la formación de los *hastati*. Los
oficiales de los *principes*, al ver lo que ocurría, ataca-
8 ron con sus manípulos. Y allí sucumbieron los mer-
cenarios y la mayor parte de los cartagineses, unos a
manos de los *hastati*, y otros en la lucha intestina.
9 Aníbal no permitió que los que se salvaron y huyeron
se mezclaran con su contingente; ordenó a los hombres
de las líneas exteriores que, lanza en ristre, rechazaran
10 a los que les venían. Éstos se vieron forzados a reti-

⁴² El texto es inseguro, no en las fuentes, pero la extrañeza del sentido hizo que Büttner-Wobst y Paton atetizaran esta frase; los romanos lucharían sólo con armas muy cortas, verosímilmente con puñales, y protegiéndose con sus escudos. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone una ligera modificación del texto griego, según la cual el sentido sería que los combatientes no usaban lanzas, sino espadas.

rarse por las alas hacia el campo abierto que tenían a ambos lados.

El espacio intermedio entre los dos ejércitos estaba 14
lleno de sangre y de cadáveres, de manera que el general romano se veía harto obstaculizado por aquel principio de victoria⁴³. En efecto: se le hacía muy difícil 2
atravesar el llano sin romper sus filas. Había una cantidad enorme de muertos resbaladizos, cubiertos de sangre coagulada y esparcidos a montones; en el suelo había también armas por todas partes. Escipión colocó 3
a sus heridos al final de su formación, llamó a toque de corneta a los *hastati* que efectuaban todavía la persecución y los colocó en primera línea, opuestos al centro enemigo⁴⁴. Apiñó a sus *principes* y a sus *triarii* 4
en ambas alas y ordenó el avance a través de aquella mortandad. Cuando estas tropas hubieron rebasado los 5
obstáculos y se alinearon con los *hastati*, ambas falanges⁴⁵ entraron en combate con el máximo ardor y energía. Muy parecidas en número, en valor y en idea- 6
les, la lucha fue largo tiempo indecisa: llevados por su pundonor, los hombres caían en sus puestos. Pero Lelio 7
y Masinisa dejaron de acosar a la caballería cartaginesa, se revolvieron y, como guiados por un dios⁴⁶, se junta-

⁴³ Este parece ser el sentido, aunque WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone alternativamente otro: «el ataque al enemigo ofrecía al general romano un obstáculo de naturaleza sorprendente», lo cual supone que los montones de cadáveres podían poner en apuro psicológico a Escipión el Africano. Pero no parece ser éste el caso.

⁴⁴ Desde un punto de vista táctico, esta reorganización del dispositivo romano en plena batalla no se explica suficientemente, según los comentaristas, que llegan a suponer en alguna parte una laguna en que se explicaría alguna maniobra de Aníbal que motivaría la romana. Cf. WALBANK, *Commentary*, págs. 460-61, donde se discuten ampliamente las posibilidades.

⁴⁵ La romana y la cartaginesa.

⁴⁶ Aquí no se refleja ninguna creencia religiosa de Polibio,

- 8 ron con los suyos en el momento preciso. Cargaron por la espalda contra el ejército de Aníbal, la mayoría de cuyos hombres pereció en la formación. De los que se lanzaron a la fuga consiguieron huir muy pocos, ya que la caballería romana los tenía a su alcance y el
- 9 lugar era muy llano. En esta batalla murieron unos mil quinientos romanos; los muertos cartagineses fueron más de veinte mil, y casi otros veinte mil cayeron prisioneros.
- 15 Tal fue el desenlace de la última pugna entre ambos generales, la cual adjudicó el universo a los romanos ⁴⁷.
- 2 Después de la lucha, Escipión persiguió todavía algún tiempo al enemigo, pero después saqueó el campamento cartaginés y se replegó al suyo propio.
- 3 Aníbal, con un reducido número de jinetes que le acompañó se retiró en una marcha ininterrumpida hasta Hadrumeto, donde se puso a salvo. Durante la batalla había hecho todo lo posible, todo lo que debía hacer un buen general, poseedor de una larga experiencia.
- 4 Primero recurrió a las negociaciones e intentó solven-
- 5 tar por ellas la situación de entonces. Esto es propio de un hombre que, aun teniendo en cuenta sus triunfos anteriores ⁴⁸, desconfía de la fortuna y conoce el componente de irracionalidad que entra en las batallas.
- 6 Luego, forzado a aceptar la pelea, dispuso sus medios de tal manera que hubiera sido imposible presentar batalla a los romanos de una manera superior a como la planteó Aníbal, no olvidando el equipo militar usado

sólo se quiere subrayar la precisión asombrosa de la intervención de Lelio y Masinisa.

⁴⁷ Más bien diríamos que fue el primer paso hacia la supremacía universal romana.

⁴⁸ Creo que ésta es la traducción correcta, contra WALBANK, *Commentary*, ad loc.: «...que si bien es verdad que prevé una victoria, desconfía...».

por los cartagineses ⁴⁹. El dispositivo romano, constante 7 durante la batalla, es de ruptura difícil: posibilita, sin sufrir modificación, tanto a cada hombre como al conjunto, hacer frente en cualquier dirección, al enemigo que aparece: basta con que los manípulos más próximos al punto de peligro efectúen un movimiento de rotación. También las armas dan a los soldados romanos 8 seguridad y audacia, e igualmente, las dimensiones del escudo y la resistencia de sus espadas a los golpes. Todo lo reseñado hace de los romanos adversarios difíciles, que no acostumbran a ceder la victoria al enemigo.

Con todo, Aníbal se preparó adecuadamente contra 16 las cualidades antedichas y, en el momento crítico, adoptó, con habilidad incomparable, las medidas que estaban en su mano, de las que se podía esperar razonablemente un éxito. Se procuró un gran número de elefantes 2 y los puso a la cabeza de su formación, para perturbar y deshacer las filas de los adversarios. La formación 3 misma la encabezaban los mercenarios y, detrás de ellos, colocó a los cartagineses. Calculaba fatigar así a los adversarios antes de llegar a lo más enconado de la batalla, embotarles, además, los filos de las armas por la gran cantidad de hombres que morían y obligar a los cartagineses, que ocupaban el centro, a aguantar y a luchar, según el dicho del poeta ⁵⁰:

para que, aun sin querer, luce el remiso.

Mantuvo en la reserva a sus hombres más aguerridos 4 y combativos para ver a distancia lo que ocurría. Así

⁴⁹ Seguramente sólo los veteranos del ejército cartaginés usaban armas romanas, traídas de Italia; el armamento de los hombres cartagineses de Africa debía de ser inferior al romano. Cf. 13, 2.

⁵⁰ HOMERO, *Iliada* IV 300.

esperarían con el cuerpo y el ánimo intactos, y sus cualidades se aprovecharían oportunamente. Hizo todo lo que pudo para obtener la victoria. Si fracasó, debemos ser comprensivos con él; hasta ahora no había conocido la derrota. Hay ocasiones en que la fortuna y el azar se oponen a los intentos de hombres valientes; otras veces lo hacen según el refrán «al fuerte le salió otro aún más fuerte»⁵¹. Que es lo que con razón se podría decir que le ocurrió a Aníbal⁵².

17 Cuando unos hombres expresan sus sentimientos de una manera más vehemente⁵³ de lo que es habitual en su nación, si el exceso se ve que brota de una emoción verdadera, debida a la magnitud de algún desastre, la cosa excita la compasión de los que ven y oyen; la 2 novedad nos conmueve⁵⁴; pero si esto mismo se hace para embaucar, si es un puro teatro, no suscita compasión, sino odio. Que es lo que entonces aconteció a los legados cartagineses.

3 Escipión empezó constatando brevemente que no había motivo alguno por el cual los romanos debieran tratar con benignidad a los cartagineses, cuando ellos

⁵¹ El refrán (en griego es en verso) algunos autores lo atribuyen a Teognis, pero entre lo conservado de este autor tal frase no se encuentra.

⁵² Polibio acaba esta frase de Aníbal con la afirmación de que Escipión el Africano era mejor general que él.

⁵³ WALBANK, *Commentary*, ad loc., interpreta «espontáneamente». La traducción dada sigue a Paton y a Schweighäuser.

⁵⁴ «Parece que estemos ante un principio perteneciente a la teoría de la tragedia», dice WALBANK, *Commentary*, ad loc. Por lo demás, Tito Livio narra lo mismo e introduce aquí una disertación, más bien larga, acerca de los motivos que indujeron, de momento, a Escipión a aceptar conversaciones de paz con los cartagineses, a pesar de haberles batido tan decisivamente: el asedio a Cartago iba a ser costoso, y, por encima de todo, el general romano temía el relevo, con lo que otro se hubiera llevado la gloria definitiva. Quizás deba pensarse en una gran laguna en el texto polibiano. (Así, WALBANK, *Commentary*, ad loc.)

mismos confesaban que desde el principio su declaración de guerra a los romanos constituía una violación de los pactos⁵⁵. Los habían ya roto cuando saquearon Sagunto, pero también ahora; tuvieron por nulas las convenciones y los acuerdos puestos por escrito. «Pero 4 en nuestro propio favor, en atención a la fortuna y a la condición humana —dijo—, los romanos hemos decidido trataros con clemencia y benignidad. La cosa 5 será clara también para vosotros, si examináis con corrección la situación presente. Porque no hay que juzgar terrible el que se os imponga sufrir, hacer o entregar algo; en cambio, se debe tener por extraño el que se os trate humanamente, ya que, por vuestra 6 propia culpa, la fortuna os ha entregado a los enemigos, os ha vetado toda misericordia y piedad.» Tras decir 7 esto, les enunció las garantías que recibían y precisó luego los castigos que se les imponían.

En resumen, las condiciones exigidas fueron las si- 18 guientes: «Que en África los cartagineses retengan las ciudades que poseían antes de declarar esta última guerra a los romanos, que conserven el país que anteriormente tenían, y los rebaños, y los esclavos, y el resto de sus posesiones. Desde este día no se les inferirá 2 daño alguno y podrán regirse por sus leyes y costumbres. No se les impondrá ninguna guarnición romana.» Éstas fueron las condiciones favorables; las contra- 3 rias, las siguientes: «Los cartagineses repondrán a los romanos el valor de los daños que les han inferido en tiempos de tregua. Les devolverán los prisioneros y los desertores de todo este tiempo. Les entregarán todas sus naves largas, a excepción de diez trirremes. Lo mismo vale para los elefantes. No podrán declarar la 4

⁵⁵ No es claro a qué pacto se refiere Escipión el Africano. Podría ser el del Ebro, entre romanos y cartagineses, cuya violación por parte de estos últimos dio lugar a la primera intervención romana en España (218 a. C.).

guerra sin la licencia de Roma a ningún país que no
5 sea africano. Entregarán a Masinisa edificios, territorio y ciudades, o cualquier otra cosa que le hubiera pertenecido, a él o a sus antepasados, dentro de unos
6 límites todavía por determinar. Irán suministrando a las fuerzas romanas trigo para tres meses y les abonarán los haberes de tres meses, hasta que llegue de
7 Roma la decisión definitiva acerca del pacto. Dentro de un plazo de cincuenta años los cartagineses abonarán diez mil talentos, de modo que paguen anualmente dos
8 cientos talentos de Eubea. Entregarán en fianza cien rehenes, los que prescriba el general romano, mayores de catorce años y menores de treinta.»

19 Ésta fue la respuesta de Escipión a los legados cartagineses; éstos, enterados, se fueron a toda prisa a
2 exponerlo a los de su ciudad. De esta ocasión se cuenta que un miembro del consejo se disponía a hablar contra estas condiciones de paz. Así que empezó, se levantó
3 Aníbal y echó al hombre de la tribuna. Los demás miembros se indignaron de que hubiera hecho esto, que no se avenía al uso; Aníbal se volvió a levantar y afirmó que había cometido la falta por ignorancia, y que debía perdonársele si hacía algo adverso a las costumbres: sabían, en efecto, que había abandonado el suelo patrio a los nueve años y que volvía a él cuando contaba más
4 de cuarenta y cinco. Por eso pedía que no miraran si había infringido en algo las costumbres, sino más bien si verdaderamente padecía con los dolores de la patria, ya que precisamente por ello había incurrido en aquella
5 imprudencia. Le parecía muy extraño y totalmente fuera de lugar que un cartaginés, consciente de lo que se había concluido con Roma a nivel de individuo y a nivel de nación, no adorara la fortuna, ya que, tras la derrota,
6 obtienen semejantes condiciones unos hombres a los que, si unos días antes se les hubiera preguntado qué creían que sufriría su patria tras una victoria romana,

habrían sido incapaces de responder, ante la magnitud y la envergadura de los daños previsibles. Por eso 7 exigía que el tema no fuera discutido: se debían aprobar las condiciones por unanimidad, hacer sacrificios a los dioses y rogar todos que el pueblo romano ratificara el tratado de paz. La prudencia de Aníbal era 8 patente y su consejo, adecuado a las circunstancias, por lo que se acordó pactar bajo las condiciones indicadas. El senado cartaginés remitió en seguida sus emisarios para que indicaran a los romanos la aceptación de sus condiciones.

¿Quién no se extrañará de que 20

El proceder de Filipo mientras vivió Ptolomeo Filopátor⁵⁶, que no necesitaba ni de la ayuda de Filipo ni de la de Antíoco, sin embargo éstos se mos-

traran prestos a apoyarle⁵⁷, pero cuando murió y dejó 2 un niño pequeño, para quien, por derecho natural, ambos hubieran debido defender el reino, entonces se animaran mutuamente a repartirse el imperio del niño, quitándose al huérfano de en medio?⁵⁸. Ni tan siquiera 3 hicieron lo que los tiranos, que buscan algún mínimo pretexto que cubra su infamia, sino que actuaron de golpe, desenfrenadamente y con ferocidad tal, que imitaron lo que dice el refrán acerca del sustento de los peces, que aunque sean de la misma especie⁵⁹, el grande

⁵⁶ Ptolomeo Filopátor IV.

⁵⁷ Seguramente, contra algunos rebeldes.

⁵⁸ La referencia es al pacto sirio-macedonio, establecido por Filipo V de Macedonia y Antíoco III de Siria contra el niño Ptolomeo V de Egipto. Ha sido mencionado ya en III 2, 8, y lo será en XVI 1, 8-9. En virtud de este pacto, siempre según Polibio, Filipo se quedaría con Egipto, Caria y la isla de Samos, mientras que Antíoco ocuparía Celesiria y Fenicia; además se garantizarían asistencia mutua. Esta narración de Polibio se sitúa en el año 203 a. C.

⁵⁹ Este lugar común ha llegado hasta nosotros y ya lo había

4 encuentra su vida y su pasto en el pequeño ⁶⁰. Supuestas estas cosas, si alguien mira el tratado que los dos pactaron como si contemplara un espejo, ¿no le parecerá que es testigo ocular de impiedad contra los dioses, de crueldad contra los hombres e, incluso, de una sórdida avaricia por parte de los reyes citados? Puede ser que alguien reproche, con toda razón, a la fortuna, porque rige mal los asuntos de los hombres. Sin embargo, aquí se reconciliará con ella, porque aplicó a estos reyes el justo castigo de sus fechorías y dejó a la posteridad el bellísimo ejemplo del escarmiento que
6 sufrieron. En efecto: se habían dividido el reino del niño y empezaban ya a engañarse mutuamente cuando la fortuna les puso en medio ⁶¹ a los romanos. Lo que habían maquinado dolosamente contra el prójimo les fue
7 impuesto por ella de forma justa y oportuna. Derrotados al punto en el campo de batalla, no sólo se vieron atajados en su codicia de uno contra otro, sino que se vieron reducidos a abonar tributos y a prestar obediencia a los romanos. Como digno remate, la fortuna restituyó en muy poco tiempo el imperio de Ptolomeo y, en cambio, destruyó y arruinó parte de los reinos de éstos y de los de sus sucesores, e infligió a los que sobrevivieron calamidades y desastres casi como los citados.

formulado Hesíodo en *Trabajos y Días* 277-280; si Polibio ha tenido *in mente* este lugar hesiódico es inseguro.

⁶⁰ Exactamente esta idea la tiene el refranero alemán: «Des einen Tod ist dem andren sein Brot».

⁶¹ Otra interpretación del texto griego, propuesta por algunos: «llamó la atención de los romanos».

*Historia de los
cianeos* ⁶²

Entre los cianeos había un tal ²¹
Molpágoras ⁶³, hombre hábil para
hablar y para obrar, pero arro-
gante y de tendencias demagógi-
cas. Hablaba halagando al pue- ²

blo e incitaba a las turbas contra los ricos; acabó
matando a algunos de ellos y desterrando a los otros,
confiscó sus bienes y los distribuyó entre los ciudada-
nos. Can tal proceder conquistó muy pronto una potes-
tad monárquica ⁶⁴.

Estas desgracias cayeron sobre los cianeos, no tanto ³
por culpa de la fortuna ni de la injusticia de los pueblos
límitrofes como por su propia negligencia y mala ad-
ministración política. Ponían en el gobierno a los peo- ⁴
res y reprimían a los que se les enfrentaban para arre-
batarse luego mutuamente las haciendas; cayeron por ⁵
propia voluntad, por así decirlo, en una desgracia tal,
que no me explico cómo los hombres que se hunden en
infortunio notorio son incapaces de cesar en su locura.
Ni siquiera les es tan fácil desconfiar como a algunos ⁶
animales irracionales. Éstos no sólo si han sufrido
mucho para librarse de lazos y redes, basta con que
hayan visto un congénere suyo en peligro para que no
sea empresa fácil lograr que se aproximen a aquellos
artilugios; recelan, incluso, del lugar y sospechan de ⁷
cualquier cosa que vean. Pero los hombres, aunque
sepan que hay ciudades totalmente arrasadas por culpa
de lo apuntado antes y vean que otras lo son actual-
mente, sin embargo, cuando alguien, entre halagos, les
propone la perspectiva de reponerse a costa de otros
se dejan atrapar ingenuamente por esta trampa, a pesar ⁸

⁶² Cíos es una ciudad de Bitinia, en la parte más inferior del
golfo ciano.

⁶³ Uno de los tipos citados en el cap. 4.

⁶⁴ Recuerdese que, para Polibio, la monarquía entraña un
componente tiránico opuesto a la realeza. Cf. nota 15 del libro VI.

de que saben bien que el que ha caído en semejante lazo no se salva jamás. Una administración así conduce a todos a la ruina.

- 22 Dueño ya de la ciudad de los cianeos⁶⁵, Filipo exultó de gozo. Le parecía que, al haber ayudado con todo interés a su yerno⁶⁶, al haber asustado a los que rechazaban su amistad y al haberse hecho, de una manera legal, con prisioneros y dinero en abundancia,
- 2 había llevado a cabo una gesta bella e ilustre. Los inconvenientes de todo ello no los veía, por más que eran a todas luces notorios. En primer lugar había apoyado no a una víctima de una injusticia, sino a su yerno, que
- 3 no respetaba los pactos hechos con sus limítrofes; en segundo término, al causar, contra toda justicia, los máximos daños a una ciudad griega hacía culminar la fama, ya esparcida acerca de él, de que era feroz para con sus amigos; ambos hechos le valdrían la nota de
- 4 impío entre todos los griegos. En tercer lugar, había injuriado a los emisarios de las ciudades citadas. Él mismo les había llamado; ellos acudieron para librar a sus poblaciones de las calamidades que les circundaban. Pero día tras día les hacía objeto de sus burlas, hasta que al final se vieron forzados a contemplar lo
- 5 que nunca hubieran querido. Añádase a todo esto que se atrajo hasta tal punto la enemiga de los rodios, que éstos no querían ni oír hablar de Filipo.
- 23 Al menos en este punto, la fortuna hasta entonces
- 2 le había sonreído. Pero cuando un embajador suyo le defendía en el teatro de Rodas y se hacía lenguas de su magnanimidad y de que, en cierto modo dueño ya de la ciudad, ofreciera al pueblo esta garantía para refutar así las calumnias de sus adversarios y hacer pa-
- 3 tente la realidad de su carácter, en éstas, digo, se pre-

⁶⁵ Debido, seguramente, ante todo, a revueltas internas.

⁶⁶ Prusias I de Bitinia.

sentó en el pritaneo un hombre que acababa de llegar a Rodas. Explicó que los cianeos habían sido reducidos a la esclavitud, y la crueldad con que les había tratado Filipo. Estaba todavía el orador en pleno discurso cuando el prítane se adelantó y expuso lo que se le había comunicado. Y los rodios ya no pudieron dar crédito al enviado ante la magnitud de la perfidia de tal rey⁶⁷. Filipo, pues, más traidor contra sí mismo que contra los cianeos, llegó a tal punto de demencia, su cerebro se descarrió de tal manera, que se jactaba y se enorgullecía, cual si se tratara de proezas, de lo que hubiera debido causarle la máxima vergüenza. Desde aquel día el pueblo rodio tuvo a Filipo por enemigo y se prepararon de acuerdo con esto. Con una operación semejante se había concitado el odio de los etolios. Acababa de hacer las paces con ellos, de tender las manos a este pueblo y, sin que mediara causa ni pretexto, siéndole amigos y aliados hasta poco antes los etolios, los lisimaquios⁶⁸, los calcedonios⁶⁹ y los cianeos⁷⁰, comenzó por anexionarse la ciudad de los lisimaquios, a la que arrancó de su alianza con los etolios, luego se adscribió la

⁶⁷ Si se tiene en cuenta el lugar XIII 4-5, tal incredulidad era difícil.

⁶⁸ Lisimaquia fue fundada por Lisímaco en el Quersoneso Tracio en el año 309 a. C.; es la actual Ortakoy; en realidad defendía la entrada a la región citada (la actual península de Crimea).

⁶⁹ Cf. IV 43, 8.

⁷⁰ La comprensión del texto griego aquí es difícil, no por la sintaxis, sino por referencias posibles a otros lugares que convierten a éste en ambiguo. En efecto, los lugares XVIII 3, 12 y 5, 4 hacen claro que Filipo distinguía entre su amistad con Etolia y su alianza con el rey Prusias. Filipo no se alió jamás con los etolios. WALBANK, *Commentary*, ad loc., propone la traducción: «a pesar de que los pueblos de Lisimaquia, Calcedón y Cíos eran amigos y aliados de los etolios», con lo que se salda la dificultad anterior. La traducción dada aquí viene respaldada por Casaubon, Schweighäuser y Paton.

de los calcedonios y, en tercer lugar, redujo a esclavitud la de los cianeos, a pesar de que residía en ella el comandante en jefe de los etolios, que era también
 10 gobernador general. Prusias, por su lado, si bien estaba contento y satisfecho por la culminación de sus planes, sin embargo veía cómo otro se alzaba con los trofeos de su empresa, y lo llevaba a mal. A él, le correspondió sólo la ciudad arrasada y desierta. ¿Pero qué podía hacer?

24 En su viaje de retorno, Filipo cometió traiciones, una tras otra.
Historia de los tasios Al mediodía atracó en Taso y, a pesar de que se trataba de una ciudad amiga ⁷¹, la redujo a esclavitud.

- 2 Los tasios manifestaron a Metróodoro, general de Filipo, que estaban dispuestos a entregar la ciudad a condición de vivir sin guarnición, de que no se les impusieran tributos ni fuerzas de ocupación y pudieran
 3 regirse por sus leyes. Metróodoro contestó que el rey concedía a los tasios vivir sin guarnición, que no se les impondrían ni tributos ni fuerzas de ocupación y que
 4 podrían regirse por sus leyes. Todos los presentes aplaudieron y admitieron la presencia de Filipo en la ciudad.
 24a Seguramente, todos los reyes en los comienzos de su reinado hablan a todo el mundo de libertad y llaman amigos y aliados a los que hacen causa común con ellos. Pero, a la hora de actuar, se sirven muy pronto despóticamente de los que creyeron en ellos y no les
 2 tratan como aliados. Abandonan la buena conducta, pero ello no les reporta utilidad alguna. ¿Quién no tildará de irracional y de insana la conducta de un príncipe que concibió grandes empresas y que aspiró al

⁷¹ Posiblemente situada al N. de la isla de Tasos, la actual ciudad de Limenas.

dominio universal, con posibilidades de éxito hasta ahora sin parangón posible, pero que en cosas de poca 3 importancia, en lo más sencillo y simple proclama ante todos su deslealtad y su inconstancia? ⁷².

Describimos los hechos ocu- 4
rridos simultáneamente, dentro
Egipto: el destino de de un año, en todas las partes
Agatocles del mundo; evidentemente, es in-

eludible que alguna vez se exponga antes el fin que el principio. Esto, como mínimo, en los casos en que la disposición del conjunto del argumento y el curso de la narración exigen que el final de la acción se anteponga al principio y al exordio.

De Sosibio, el pretendido tutor de Ptolomeo, se dice 25
que fue un hábil instrumento dañino, que logró sostenerse largo tiempo en el poder. Primero tramó la 2
muerte de Lisímaco ⁷³, hijo de Ptolomeo, marido de Arsínoe, hija de Lisímaco; después, la de Magas, hijo de Ptolomeo y Berenice, hija ésta de Magas; en tercer lugar, la de Berenice, madre de Ptolomeo Filopátor; en cuarto lugar, la de Cleómenes de Esparta, y en quinto, la de Arsínoe ⁷⁴, la hija de Berenice.

Al cabo de cuatro o cinco días levantaron una tribu- 3
na en la ancha columnata y convocaron ⁷⁵ una asamblea

⁷² La dura, pero correcta consecuencia extraída por Polibio del episodio anterior es el amoralismo a que tienden los gobernantes, especialmente los tiranos. En la antigüedad esto se vivió continuamente.

⁷³ De este Lisímaco no se sabe nada, a excepción de lo que se dice aquí.

⁷⁴ Hermana y esposa de Ptolomeo IV Filopátor. Los diádocos egipcios no rechazaron el uso faraónico de casarse con sus hermanas. Sobre el asesinato de Magas (junto con su madre Berenice, esposa de Ptolomeo III), cf. V 34, 1. Para la muerte de Cleómenes, cf. V 41.

⁷⁵ Los sujetos de este verbo son, casi con seguridad, Agatocles y Sosibio.

- de la guardia personal y de las tropas de palacio, así como de los oficiales de infantería y de caballería ⁷⁶.
- 4 Reunidos ya los asistentes, Agatocles y Sosibio subieron al estrado, comunicaron la muerte del rey y de la reina ⁷⁷ y ordenaron al pueblo el duelo que es habitual entre
- 5 ellos. Después de esto, pusieron la diadema al niño y le proclamaron rey. A continuación leyeron un documento fingido, en el que constaba textualmente «que deja como tutores del niño a Agatocles y a Sosibio.»
- 6 Pidieron a los oficiales que estuvieran bien dispuestos para con el niño y que le custodiaran el imperio. Entonces mandaron traer dos urnas de plata y explicaron que una contenía los huesos del rey y la otra, los de
- 7 Arsínoe. Que una contenía los huesos del rey, era cierto; en la segunda había únicamente perfumes. Concluido todo, se celebró a renglón seguido el funeral. Fue entonces cuando se convirtieron en manifiestas para
- 8 todos las circunstancias de la muerte de Arsínoe, pues al declarársela muerta, todo el mundo empezó a inquirir el modo como había muerto. No se daba ninguna explicación de ello y, cuando la verdadera razón empezó a propagarse, aunque siempre quedara un resquicio de duda, lo que en realidad pasó ⁷⁸ se grabó en la mente de todos. La consternación del pueblo fue inimaginable.

⁷⁶ Estos últimos son los oficiales de los macedonios. La tropa regular egipcia en tiempos de los diádocos estaba formada casi exclusivamente por macedonios. Éstos jugarán un papel decisivo en los hechos que se avecinan.

⁷⁷ La fecha en que ocurrió esto es muy debatida. Parece que Ptolomeo IV Filopátor murió de muerte natural; su esposa sería asesinada, y la muerte del rey, ocultada al menos durante unos días, a finales del 203 a. C. Una amplísima discusión del tema, en WALBANK, *Commentary*, págs. 434-436.

⁷⁸ Parece que una pérdida de cuarenta y ocho folios del manuscrito griego, en el lugar XIV 10, 12, nos ha privado de conocer los hechos a que aquí se alude. Una nota marginal al texto griego en el lugar citado lo insinúa.

ble. Del rey, no hablaba nadie; de Arsínoe, en cambio, 9
unos rememoraban su orfandad, otros, los insultos y
ultrajes que debió soportar durante su vida, y otros, su
triste fin. La ciudad se llenó de lamentos, de lágrimas
y de gemidos inacabables ⁷⁹. Pero para los buenos enten- 10
dedores esto no significaba tanto un cariño hacia Arsínoe
como un rencor enconado contra Agatocles. Éste depo- 11
sitó las urnas en el panteón real y ordenó que el pueblo
cesara en el duelo. Antes que nada, dio a las tropas el
sueldo de dos meses; pensó que si excitaba la avaricia
de los soldados embotaría el odio que le profesaban
muchos. Después tomó a la tropa el juramento pres-
crito para la proclamación de un rey. Al que corrió con 12
el asesinato de Arsínoe, Filamón, le mandó a Cirenai-
ca ⁸⁰ como gobernador; confió el niño a los cuidados de
Enante y de Agatoclea ⁸¹. A Pélope ⁸², hijo de Pélope, le 13
despachó a Asia, a la corte del rey Antíoco, para intimar-
le a que observara el pacto de amistad ⁸³ y no transgre-
diera los suscritos con el padre del niño. A Ptolomeo ⁸⁴,
el hijo de Sosibio, le envió a la corte de Filipo a con-
certar una alianza matrimonial ⁸⁵ entre ambas naciones
y, además, a solicitar de él ayuda militar en el caso de
que Antíoco se propusiera quebrantar gravemente la

⁷⁹ Algunos editores y WALBANK, *Commentary*, ad loc., creen que el lugar correcto (con los ajustes sintácticos necesarios en el texto griego) de los §§ 1-2 de este capítulo es el que se sigue aquí. Si esto es verdad, entonces aquí hay una laguna.

⁸⁰ Donde está todavía la actual Cirenaica, la región más occidental de Egipto, cuya capital era Cirene (hoy Cirenaica).

⁸¹ Sobre Enante, madre de Agatocles, cf. XIV 11, 1; para Agatoclea, su hermana, cf. XIV 11, 5.

⁸² Personaje muy oscuro, del que no se sabe apenas nada. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

⁸³ El tratado suscrito después de la batalla de Rafia, en 217 a. C., entre Egipto y los Selúcidas de Siria.

⁸⁴ Personaje desconocido.

⁸⁵ Seguramente, una propuesta de boda entre Antíoco Epífanes y una hija de Ptolomeo (todavía no en edad núbil).

- 14 tregua. Dispuso que Ptolomeo, el hijo de Agesarco⁸⁶,
fuera a Roma como embajador. En realidad, no tenía
ningún interés en esta embajada; lo que pretendía era
que, al tocar Grecia y tratar allí a sus amigos y parien-
15 tes, este Ptolomeo se quedara en el país. El máximo
interés de Agatocles era alejar de la corte a todos los
16 hombres ilustres. Mandó a Escopas de Etolia⁸⁷ a Gre-
cia, a reclutar mercenarios; le dio una gran cantidad
17 de dinero para efectuar las primeras pagas. Este en-
cargo respondía a un doble fin: en primer lugar, con
los mercenarios recién reclutados emprendería una
guerra contra Antíoco; los mercenarios que ya tenía,
los antiguos, los distribuiría entre los fuertes de Egipto
y las guarniciones de fuera del país y, luego, contando
18 otra vez con los nuevos, renovaría la guardia real, las
tropas de palacio y las del resto de la ciudad. Pensaba
que los hombres que él había reclutado y pagaba, como
no conocían nada del pasado, no simpatizarían con na-
die, que depositarían en él su esperanza de salvarse y
de recuperarse y que él mismo tendría en ellos unos
colaboradores leales y activos en lo que se les ordenara.
19 Esto ocurrió antes de las negociaciones con Filipo, que
ya hemos reseñado⁸⁸. Pero puesto que, en el orden de
la narración, éstas caen bastante antes, fue ineludible
anteriormente exponer los tratos y los discursos de los
embajadores antes de mencionar su nombramiento y
misión.
- 20 Cuando hubo alejado a los hombres más conspicuos
y, con el anticipo de las pagas, hubo acallado la cólera

⁸⁶ Este Ptolomeo sí es conocido, bajo el nombre de Ptolomeo de Megalópolis, que escribió obras escandalosas acerca de Ptolomeo IV Filopátor. Cf. V 35-39, y XIV 11, 2. La intención de Agatocles era que se quedara en Acaya, posiblemente en Megalópolis.

⁸⁷ Cf. XIII 2.

⁸⁸ Este lugar se ha perdido por los cortes del epitomador.

de la mayoría del pueblo, volvió inmediatamente a sus costumbres iniciales. Cubrió las vacantes de los «amigos 21 del rey» con los hombres más temerarios y desvergonzados, extraídos del servicio y de la marinería; él mismo se pasaba la mayor parte del día y de la noche entre borracheras y todas las depravaciones que éstas llevan consigo: no perdonaba ni a una mujer en la flor de su edad, ni a una muchacha ni a una virgen; todo esto lo hacía con la ostentación más odiosa. De ahí que un 23 profundo desagrado volviera a cundir por todas partes. No había ninguna voluntad de ayudar o reconciliarse con los agraviados, todo lo contrario. Los ultrajes, la soberbia y la dejadez encendieron de nuevo en la masa 24 aquel odio anterior y revivió, en todos, la memoria de las desgracias que estos individuos habían causado en la casa real. Pero el pueblo carecía de un adalid a la 25 altura de las circunstancias que tomara la dirección y canalizara la cólera contra Agatocles y Agatoclea. Por eso permanecía inactivo y su única esperanza radicaba en Tlepólemo⁸⁹; se aferraba a ella. Mientras el rey vi- 26 vió, Tlepólemo se dedicaba a sus asuntos privados, pero así que murió, luego que apaciguó a la plebe, fue nombrado comandante en jefe de la región de Pelusio. Pri- 27 mero consultaba lo que debía hacer en beneficio del rey, pensando que existiría un consejo encargado de la custodia del niño y de la administración general. Pero 28 cuando comprobó que los hombres a la altura de estos cargos habían sido alejados y que Agatocles había osado hacerse con el gobierno del imperio, cambió rápidamente de actitud. Vio el peligro que se cernía sobre todos por la aversión que Agatocles les tenía. Reunió sus tropas en torno suyo y se proveyó de dinero, para

⁸⁹ Miembro de una familia muy conocida de origen persa que adquirió conexiones con Lidia y Egipto en el s. III a. C. Para más detalles, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

29 no ser presa fácil de cualquier enemigo. No desespera-
ba de hacerse con la tutoría del niño y con el gobierno
general. Pensaba que, si su entender era correcto, él
mismo era más capaz que Agatocles ante cualquier em-
presa, y todavía con más razón cuando sabía que sus
tropas y las estacionadas en Alejandría tenían puestas
en él sus esperanzas para acabar con la insolente domi-
30 nación del tirano. Esto era lo que Tlepólemo pensaba
de sí mismo, y sus diferencias con Agatocles se agudi-
zaron rápidamente; ambos colaboraron para que llega-
31 ran a un fin. Tlepólemo, en su interés por ganarse a
los jefes y oficiales y a los que éstos tenían a sus órde-
nes, se esmeraba en organizar banquetes; en estas re-
uniones, a veces movido por los que le halagaban para
congraciarse con él, y otras por su propia iniciativa,
dejaba caer palabras sobre la familia de Agatocles, pri-
mero enigmáticas, después equívocas y, finalmente, muy
32 claras, llenas de acusaciones ponzoñosas. Decía que
habitualmente brindaban por él los pintores de brocha
gorda, las mujeres de los flautistas y las maritornes
de barbería, y también los efebos complacientes de las
orgías; lo había visto cuando él mismo era copero del
33 rey en su niñez. Los presentes siempre se mondaban
de risa al oír esto y añadían algo en son de burla. La
34 cosa llegó muy pronto a los oídos de Agatocles. La hos-
tilidad entre él y Tlepólemo se hizo patente y Agatocles
zurció en seguida una calumnia contra Tlepólemo: decía
que éste se había desinteresado del rey y que llamaba
35 a Antíoco para que asumiera el gobierno. Y no le fal-
taron pruebas para convencer: unas, las tomaba de
hechos reales cuya interpretación tergiversaba, otras
36 eran pura invención suya. Lo hacía todo con la inten-
ción de aguijar al pueblo contra Tlepólemo. Pero ocu-
rrió lo contrario: la multitud hacía largo tiempo que
tenía sus esperanzas depositadas en él y se alegró al

ver que las diferencias se acrecentaban. El movimiento 37 popular se originó como sigue: Nicón, un pariente de Agatocles, en vida todavía del rey era almirante de la flota. Entonces * * *.

Agatocles⁹⁰ mandó asesinar a Dinón, hijo de Dinón, 26a y ésta fue, según el refrán, «la más justa de sus iniquidades»⁹¹. En efecto: cuando le llegó la carta en que se ordenaba la muerte de Arsínoe, estaba en poder de Dinón delatar la trama y salvar el reino. Pero colaboró con Filamón y fue el culpable de todos los males que sobrevinieron después. Realizado ya el homicidio, se 2 arrepiñtó, lo deploró públicamente y se dolía de haber descuidado su oportunidad. Agatocles lo supo y le mandó matar, alcanzando con ello su justo castigo.

Agatocles reunió primero a los macedonios⁹² y se 26 dirigió a ellos juntamente con el rey y con su hermana Agatoclea. Al principio, fingió, hecho un mar de lágrimas, no poder decir lo que quería. Tras haberse secado 3 muchas veces los ojos con la túnica, reprimió su llanto, tomó al niño⁹³ en brazos y exclamó: «He aquí el niño que su padre moribundo depositó en los brazos de ésta» —y señaló a su hermana— «y que confió a vuestra lealtad, ¡oh macedonios! Pero el afecto de ella 4 ahora tiene poca eficacia para su salvación: su suerte depende de vosotros, de vuestras manos. Hace ya tiem- 5 po que es evidente para los buenos observadores: Tlepólemo aspira a más de lo que en justicia le corresponde. ¡Ahora ha llegado a fijar el día y la hora en que se ceñirá la diadema!» Y Agatocles urgía a los mace- 6

⁹⁰ Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Parece que este cap. 26a 1-2 no corresponde a este lugar; el filólogo alemán P. Maas demostró hace ya tiempo que su sitio, del que fue desplazado, era a continuación de 25, 19.

⁹¹ Cf. IV 18, 7.

⁹² Cf. nota 76.

⁹³ Ptolomeo V Epífanés.

- donios que no le dieran crédito a él, sino a los que conocían la verdad porque habían asistido personalmente al episodio. Tras sus palabras hizo entrar a Critolao⁹⁴, quien aseguró que él mismo había visto los altares preparados y las víctimas dispuestas ante la multitud para el momento de la coronación. Los macedonios le oyeron⁹⁵, pero ni le compadecieron ni prestaron mayor atención a sus palabras; empezaron a gritar y a hablar unos con otros y a burlarse de él, de manera que Agatocles no sabía ni cómo saldría de aquella asamblea.
- Y lo mismo le sucedió cuando reunió a las demás unidades y les habló en idéntico tono. Entretanto iban llegando muchos soldados de los ejércitos de las provincias del Norte, quienes aconsejaban a sus parientes y amigos que no se desentendieran en aquella situación y que no toleraran verse *ultrajados impunemente* por unos hombres tan abyectos. Lo que más incitó al pueblo a sentar la mano a los que estaban en el poder fue el darse cuenta de que el retrasarlo iba en contra suya, pues Tlepólemo controlaba todas las provisiones que se recibían por Alejandría.
- A eso se sumó un hecho de Agatocles y de su pandilla que excitó aún más la ira del pueblo y la de Tlepólemo. La suegra de éste se llamaba Dánae. Fue sacada a viva fuerza del templo de Deméter⁹⁶, la despojaron de sus velos y la arrastraron por el medio de la ciudad hasta meterla en la cárcel. Con esto pretendían hacer visible su inquina contra Tlepólemo. Este hecho

⁹⁴ Personaje desconocido.

⁹⁵ No parece que Critolao llegara a hablar; en todo caso, Polibio prescinde de este detalle, y los verbos se refieren a Agatocles.

⁹⁶ Todos los hechos se desarrollan en Alejandría, naturalmente; a imitación de Atenas, los diádocos habían construido en su ciudad un arrabal llamado Eleusis y habían edificado, en él, un templo a Deméter.

indignó al pueblo, que hablaba de él no en privado ni secretamente. Unos, de noche, hacían pintadas por todos los lugares y otros, de día, se reunían en grupos y manifestaban públicamente su odio contra los dirigentes.

Agatocles vio lo que sucedía y sus esperanzas acerca 4 de sí mismo eran más bien magras. Empezó a pensar en la huida, pero en este aspecto no tenía nada preparado por su descuido. Y desistió del proyecto. Entonces 5 hizo una lista de conjurados y de sus compinches de temeridades; les encargó que sin dilaciones asesinaran a unos de sus enemigos y encarcelaran a otros, porque inmediatamente iba a hacerse con un poder tiránico. Agatocles estaba fraguando todos estos planes cuando 6 le llegó una acusación contra un tal Merágenes, miembro de su guardia personal. Se decía contra él que, por su amistad íntima con Adeo ⁹⁷, prefecto de la ciudad de Bubasto ⁹⁸, lo había delatado todo a Tlepólemo y que colaboraba con él. Agatocles ordenó al punto a Nicós- 7 trato, su secretario de cartas ⁹⁹, prender a Merágenes e interrogarle a fondo, aplicándole el tormento. Nicós- 8 trato procedió a la detención inmediata del individuo en cuestión, le llevó a una parte muy apartada del palacio y, primero, se limitó a interpellarle. El detenido no 9 confesó nada de lo que le imputaban. Entonces lo desnudaron y, mientras unos aparejaban los instrumentos de tortura y otros, con látigos en la mano, ya se despojaban de sus túnicas, en aquel preciso instante, entra 10 corriendo un sirviente, se llega a Nicóstrato, le dice algo al oído y se retira a toda prisa. Nicóstrato le siguió 11 como un rayo, sin decir palabra y dándose puñetazos en los muslos.

⁹⁷ Era un nombre corrientísimo entre los macedonios. También Merágenes debía de ser macedonio.

⁹⁸ Plaza importante situada al S. del inicio del delta del Nilo, en la orilla más oriental del lago Carún.

⁹⁹ Hoy le llamaríamos «primer ministro».

28 Merágenes quedó en una situación absurda y difícil
2 de describir. Los verdugos estaban allí, unos con látigos y otros que, delante de sus pies, ya aprestaban
3 los instrumentos de tortura. Cuando Nicóstrato se fue, se quedaron estupefactos, mirándose unos a otros, esperando que regresara en cualquier momento. Pero transcurría el tiempo y, al cabo de poco, los presentes fueron desfilando; al final, Merágenes quedó solo. Atravesó el palacio real y se presentó desnudo en una tienda
5 contigua, en la que había soldados macedonios. Los encontró casualmente cuando comían juntos, les explicó lo que le había sucedido y lo inesperado de su
6 salvación. Ellos, primero, no se lo creían, pero, después, al verle desnudo, se vieron forzados a darle crédito.
7 Tras esta peripecia, Merágenes suplicó entre lágrimas a los macedonios que no le salvaran sólo a él, sino también al rey, y, sobre todo, que se salvaran a
8 sí mismos. Era claro que la ruina se cernía sobre todos, si no aprovechaban aquella ocasión en que el odio de la masa era pujante y todo estaba a punto de castigar
9 a Agatocles. «Este odio ha alcanzado su cota máxima —les dijo—, lo único que falta son líderes.»

29 Puestos al corriente, los macedonios se enfurecen y toman en cuenta el aviso de Merágenes; primero, se dirigieron a las tiendas restantes de macedonios y, luego, a las de los otros soldados¹⁰⁰. Están situadas en
3 línea y convergen todas en un punto de la ciudad. El pueblo hacía ya tiempo que estaba dispuesto a la revuelta; sólo faltaba un hombre audaz que lo convocara; así que la cosa se inició, fulguró al punto como un
4 incendio. No habían transcurrido cuatro horas, y ya estalló la revuelta, como si se hubieran puesto de acuerdo los militares y los civiles. Se dio una casualidad que contribuyó enormemente a su culminación. Aga-

¹⁰⁰ Seguramente egipcios y de otras procedencias.

tocles recibió una carta y le presentaron unos espías. 6
La carta estaba escrita por Tlepólemo a los militares;
decía que llegaría pronto, y los espías manifestaron que
ya había llegado. Agatocles se salió hasta tal punto de 7
sus casillas, que en vez de reflexionar sobre lo que le
habían dicho y actuar, se entregó, según solía, a la be-
bida y se fue a uno de sus banquetes acostumbrados.
Enante, muy dolorida, se llegó hasta el Tesmoforio, que 8
estaba abierto para un sacrificio anual. Primero, arrodia- 9
llada y haciendo grandes ademanes suplicaba a las dios-
sas; después se quedó sentada e inmóvil, junto al altar.
Allí había muchas más mujeres, que gozaban en silen- 10
cio al ver su desánimo y su dolor. Pero unas parientes
de Polícrates y otras damas nobles, desconocedoras de
lo que pasaba a Enante, se le acercaron para consolar-
la. Ella se puso a gritar a grandes voces: «¡No os acer- 11
quéis a mí, bestias! Os conozco bien: sois de nuestros
adversarios y ahora pedís a las diosas lo peor contra
nosotros. Pero sabed bien que, con la ayuda de los dio-
ses, os haré comer a vuestros propios hijos.» Dijo esto, 12
y mandó a las guardianas ¹⁰¹ que echaran a aquellas
mujeres y que golpearan a las que se negasen. Las mu- 13
jeres aprovecharon la ocasión y se fueron todas; levan-
taban sus manos a los dioses y les conjuraban que Enan-
te experimentara aquello con lo que las había amena-
zado.

Los hombres ya habían decidido la revolución y, en- 30
tonces, surgió también en todas las casas la indignación
de las mujeres, con lo que el odio se inflamó doblemen-

¹⁰¹ Los traductores ingleses no tienen dificultad; vierten: «the lictors». Schweighäuser tradujo: «...feminas quae sibi appa-
rebant». Evidentemente se trata de un cuerpo de guardia feme-
nino que custodiaba el templo, equivalente a los lictores mas-
culinos, aunque las funciones de éstos en el mundo romano
eran de tipo distinto.

- 2 te ¹⁰². Así que sobrevino la noche, toda la ciudad se llenó de alboroto; los hombres corrían de un lado para otro.
- 3 Unos, entre gritos, se congregaban en el estadio, otros se estimulaban mutuamente y otros ¹⁰³ se escabullían y se escondían en lugares y casas en los que fuera difícil
- 4 localizarles. Los espacios vacíos que rodeaban el palacio, el estadio, el ágora y la avenida que daba al teatro de Dioniso estaban llenos de una multitud abigarrada.
- 5 Agatocles, que acababa de echarse, totalmente borracho, pues hacía muy poco que había finalizado el banquete, al saberlo se levantó, recogió a todos sus parientes, pero no a Filón ¹⁰⁴, y se llegó hasta donde estaba
- 6 el rey. Después de lamentar ante el muchacho su mala fortuna, lo tomó de la mano y subió a la galería que hay entre el meandro y la palestra y que lleva a la en-
- 7 trada del teatro. Aseguró las dos primeras puertas y subió a la tercera con su familia, dos o tres miembros
- 8 de su guardia personal y el rey. Las puertas eran de rejilla. Por consiguiente, se veía a través de ellas; se
- 9 cerraban con dos trancas. Se había congregado la masa de toda la ciudad, que llenaba no sólo los lugares llanos, sino también los tejados y las escalinatas. Sonaba un
- 10 griterío enorme y confuso; vociferaban hombres, mujeres y niños sin distinción. Tanto en Alejandría como en Cartago habitualmente participan en los tumultos no menos los niños que los adultos.
- 31 Sobrevino el día y el vocerío continuaba siendo más bien confuso, pero de todos modos se percibía claramente que la multitud reclamaba al rey. Los macedonios fueron los primeros en levantarse. Ocuparon la entrada del palacio y el vestíbulo en el que habitualmente los

¹⁰² Aquí los rasgos teatrales de Polibio son innegables, opuestos a su habitual sobriedad y objetividad.

¹⁰³ Los amigos y colaboradores de Agatocles.

¹⁰⁴ Este personaje acelerará el desenlace; cf. 33, 2 y XIV 11, 1.

reyes reciben las audiencias. Al cabo de poco averigua- 3
ron dónde se encontraba el rey, dentro del edificio.
Dieron un rodeo y forzaron las puertas de la primera
galería, se acercaron a las de la segunda y reclamaron
al muchacho gritando desaforadamente. Agatocles se 4
hizo cargo de la situación y pidió a su guardia personal
que saliera a negociar con los macedonios: él dejaba
la tutoría, cualquier otra potestad y honor y todos los
emolumentos que percibía, pedía simplemente que le 5
respetaran su pobre vida y le concedieran el alimento
necesario; él volvería a su oscuro estado anterior, de
manera que, ni aun queriéndolo, podría dañar a nadie.
Su guardia personal se negó a ello, a excepción de un 6
solo miembro, Aristómenes ¹⁰⁵, que aceptó; éste fue el
que después gobernó el reino. Era un hombre de linaje 7
acarnanio y la adulación con que trató a Agatocles en
los días prósperos de éste no fue menos notoria que su
fidelidad, escrupulosa y admirable, a los intereses del
rey y del reino cuando en un período posterior de su
vida estuvo a la cabeza del gobierno. Él fue el primero 8
que invitó a Agatocles a un banquete y sólo a él, entre
los invitados, le ciñó una corona de oro, honor que
entre los egipcios se dispensa sólo a los reyes. Aristó- 9
menes fue también el primero que osó llevar un anillo
con la efigie de Agatocles; le nació una hija y le puso
por nombre Agatoclea. Pero, sobre este tema, baste 10
con lo dicho aquí. Este hombre aceptó cumplir aquella
orden, salió por un portillo y se presentó a los mace-
donios. Habló brevemente con ellos y les expuso la vo- 11
luntad de Agatocles, pero algunos macedonios intenta-
ron al punto atravesarle con sus lanzas. Otros hombres,
sin embargo, les cogieron de las manos y la mayoría

¹⁰⁵ De todas formas fue un personaje oscuro, de posición paralela a la de Hermias con Antíoco III (V 41, 1), pero a nivel inferior.

exigió que se le respetara. A él le dijeron que o regresa-
12 ba con el rey o que no volviera a salir. Los macedonios,
pues, remitieron a Aristómenes con este encargo; se
acercaron a las segundas puertas y las forzaron tam-
13 bién. Cuando Agatocles y los que estaban con él vieron
la violencia de los macedonios, tanto por lo que hacían
como por su respuesta, primero sacaban las manos por
la puerta, y Agatoclea también los pechos, con los que
decía haber criado al rey, suplicando con voces de todas
clases que al menos les perdonaran la vida.

32 Lamentaron largo rato su mala suerte, pero no logra-
ron nada. Al final enviaron al muchacho acompañado
2 de la guardia personal. Los macedonios recogieron al
rey, lo montaron al punto en un caballo y lo conduje-
3 ron hasta el estadio. Así que apareció, se produjeron
un aplauso y una ovación formidables. Detuvieron el
caballo, desmontaron al muchacho, le condujeron hasta
4 el asiento real y lo instalaron en él. En la muchedumbre
se produjo un sentimiento encontrado de alegría y de
pena: por un lado les placía haber recuperado al mu-
chacho, pero estaban inquietos por no haber cogido a
los culpables, que no habían recibido el castigo que
5 merecían. Por eso clamaban y no paraban; exigían que
fueran conducidos allí y que se hiciera un escarmiento
6 en todos los causantes de tales calamidades. El día ya
había avanzado y el pueblo no había encontrado en
quién descargar su furia. Sosibio¹⁰⁶, el hijo de Sosibio,
pertenecía por aquel entonces a la guardia personal.
Era quien más se había preocupado del rey y de sus
7 intereses. Vio que la cólera popular no había quien la
parara y que el propio rey tenía miedo, porque no esta-
ba acostumbrado a aquellas cosas ni al alboroto de las
gentes. Entonces le preguntó si debía entregar a las
turbas a los responsables de los males que habían su-

¹⁰⁶ Para este Sosibio, cf. XVI 22, 1-11.

frido él y su madre. Ante la respuesta afirmativa, mandó 8
a algunos de la guardia personal que expusieran la vo-
luntad del rey; él hizo levantar al muchacho y lo llevó
a su propia casa, que no estaba lejos, para que fuera
debidamente atendido. Cuando los guardias manifiesta- 9
ron el ánimo del rey, el estadio fue un clamor de aplau-
sos y de ovaciones. Precisamente en aquel momento Aga- 10
tocles y Agatoclea se retiraban a sus aposentos privados;
algunos soldados que se prestaron a ello y otros obli-
gados por la gente entraron a detener a las personas
en cuestión.

La carnicería y los asesinatos que siguieron se de- 33
bieron a lo siguiente: había un servidor que adulaba 2
mucho a Agatocles. Se llamaba Filón¹⁰⁷ y se dirigía,
borracho, al estadio. Cuando vio la excitación de las 3
turbas dijo a los presentes que si Agatocles salía, como
otras veces, a ellos les escocería. Al oírle, unos lo in- 4
sultaban y los otros le daban empujones. Él quiso de-
fenderse, pero al punto unos le quitaron la túnica y
otros le mataron a lanzadas. Lo arrastraron rabiosos 5
hasta el centro del estadio; su cuerpo todavía palpi-
ta. Cuando el pueblo probó la sangre, todos esperaban
con vehemencia la presencia de los otros¹⁰⁸. El pri- 6
mero que llegó, no mucho después, fue Agatocles, ma-
niatado. Algunos corrieron hacia él y lo atravesaron
con sus venablos, con lo cual le hicieron un favor y no
un daño, pues así lograron que no recibiera lo que mere-
cía como castigo. A continuación fueron trasladados 7

¹⁰⁷ Cf. nota 104.

¹⁰⁸ Esto recuerda fuertemente un episodio narrado por JUVENAL, *Sát.* XV 33-71. Digamos *per transennam* que los biógrafos del satírico latino discuten acerca de un destierro que él sufriría en Egipto, impuesto por Domiciano, como puede verse en mi edición de las *Sátiras*, MANUEL BALASCH, *Juvenal. Sàtires*, I, Barcelona, 1961, págs. 10-11 y 16-17. Yo me inclino, más bien, por la respuesta positiva.

allí Nicón, Agatoclea, desnuda, y sus hermanas, segui-
8 dos del resto de la familia; la última fue Enante, a la
que arrancaron del Tesmoforio; también a ésta la des-
9 nudaron y la condujeron a lomos de un caballo. Todos
fueron puestos a discreción de la turbamulta: unos les
mordían, otros les pinchaban, otros les sacaron los ojos,
al que se caía le dislocaban los miembros hasta que se
10 los quebraban todos. Cuando están enfurecidos, la cruel-
11 dad de los egipcios es terrible. En aquella ocasión unas
mujeres que se habían educado con Arsínoe, enteradas
de que Filamón hacía dos días que había regresado de
Cirenaica (era el que había llevado la voz cantante en
el asesinato de la reina), se lanzaron contra su casa,
12 penetraron en ella violentamente y lo golpearon con
piedras y palos hasta matarlo, estrangularon a un hijo
suyo apenas adolescente, arrastraron hasta la plaza a la
mujer de Filamón y allí la lincharon.

13 Así acabó la historia de Agatocles, de Agatoclea y
de toda su familia.

34 Conozco muy bien los prodigios y la grandilocuen-
cia¹⁰⁹ que algunos autores han introducido en esta re-
lación para admirar a los lectores; han rebasado am-
pliamente los límites de lo que es esencial para dar
2 coherencia a su narrativa. No faltan quienes atribuyen
tales hechos a la fortuna y nos ponen a la vista su in-
seguridad y nuestra indefensión ante ella; otros pre-
tenden explicar razonablemente aquellos hechos absur-
dos, a los que intentan anteponer causas convincentes.
3 Yo he preferido, sin embargo, tratar tal cual he hecho
este tema, porque Agatocles no se distinguió ni por su
audacia en la guerra, ni por una administración acer-

¹⁰⁹ Esto es lo que dice exactamente el texto griego; cuando WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce: «sensationalism and elaborate descriptions», no hace más que interpretar. La referencia puede ser al historiador Filarco; cf. II 56, 10. Y a otros, naturalmente.

tada y digna de imitación, ni, finalmente, por una astu- 4
cia cortesana ni por una sagacidad maligna en la comi-
sión de sus delitos, como la que, por ejemplo, propor-
cionó éxitos a Sosibio y a muchos más, hasta el fin de
sus vidas: consiguieron manipular a los reyes, uno tras
otro. Con Agatocles pasó exactamente lo contrario: Pto- 5
lomeo Filopátor, un hombre incapaz de reinar, lo pro-
mociónó de una manera ilógica. Pero alcanzó la privan- 6
za y, después de la muerte de Ptolomeo, logró la
posición más favorable para conservar el poder. Mas
poco tiempo después se convirtió en objeto del despre-
cio general y, por su negligencia y su cobardía, perdió
a la vez los intereses y la vida.

De modo que, al tratar personajes de éstos, convie- 35
ne no añadir los comentarios que deben acompañar
las biografías de Agatocles de Sicilia o de Dionisio de
Sicilia, por ejemplo, y de algunos otros que se han
ganado un nombre con sus gestas. El primero de éstos 2
se alzó de una extracción humilde y popular, Agatocles,
de quien dice Timeo en son de burla que llegó a alfa-
rero, pero que dejó el torno, el barro y el humo, y
llegó aún joven a Siracusa. Ambos, cada uno en su 3
época, primero fueron tiranos de Siracusa, ciudad que
bajo su égida alcanzó la máxima riqueza y un esplendor
insuperable; luego fueron tenidos por reyes de toda 4
Sicilia y dominaron incluso algunas partes de Italia.
Agatocles no sólo intentó conquistar África, sino que 5
sostuvo su posición preeminente hasta su muerte. Se 6
dice que Publio Cornelio Escipión, el primero que logró
derrotar a los cartagineses, interrogado acerca de qué
hombres pensaba que fueron más eficaces y más razo-
nablemente atrevidos, contestó que Agatocles de Sicilia
y Dionisio, el de Sicilia también. De modo que no está 7
fuera de lugar que dirijamos la atención de nuestros
lectores hacia las biografías de estos hombres y trate-
mos, un poco, las vicisitudes de la fortuna y la incer-

tidumbre de las cosas humana, añadiendo a nuestra narración algunas reflexiones instructivas. Pero esto está absolutamente contraindicado, si se trata de personas como Agatocles de Egipto.

- 36 Estas son las causas por las que hemos rehusado
2 alargarnos al tratar su historia. Y no es la menor el
hecho de que las peripecias sensacionales ganan nues-
tra atención sólo la primera vez que las leemos, pero
después su prolijidad (y su contemplación) ya nos son
inútiles y los efectos que nos causan nos molestan.
3 La utilidad y el placer son los dos fines a los que debe
referir su obra el que pretende exponer algo que nos
penetre por la vista o por el oído. Y esto vale más que
nada para el género histórico; un tratamiento reitera-
tivo de hechos sensacionales no es útil ni placentero.
4 ¿Quién querrá imitar aventuras absurdas? Lo que va
contra la naturaleza o contra los hábitos comunes de
los hombres, nadie querrá verlo ni oírlo demasiado
5 tiempo. Digámoslo de una vez por todas: inicialmente
estas cosas sí nos interesan para ver que lo que parecía
6 imposible es posible. Pero cuando ya le hemos dado
crédito, nadie se deleita morosamente en tales temas
y se niega rotundamente a que salgan con frecuencia
7 a su consideración. Lo que exponemos ha de ser útil
o deleitoso; si el tratamiento elaborado de un tema
no es ni lo uno ni lo otro, será más propio del género
8 trágico que del histórico. Nuestra comprensión, para
los autores que no consiguen atraer la atención de los
lectores hacia temas que son naturales o que versan
sobre hechos que pasan habitualmente en el mundo.
9 Opinan que los acontecimientos más importantes y ad-
mirables son, precisamente, los que ellos han vivido
personalmente, o bien los que les llamaron más la aten-
10 ción cuando los oyeron de otros. No ven que tratan con
demasiada extensión temas que no son nuevos, porque
ya han sido tratados antes, materias incapaces de apro-

vechar o de deleitar. Sobre estos extremos baste con 11
lo dicho.

Al principio pareció que el rey 37
Antíoco era hombre que abriga-
Antíoco ¹¹⁰ ba grandes proyectos y audaz
para llevar a cabo sus planes.

Pero, a medida que pasaron los 2
años, se vio que no daba la talla y que no llegaba, ni
con mucho, a lo que se había esperado de él.

¹¹⁰ Debemos de movernos en la historia de Asia en los años
203/202 a. C., pero no podemos saber en qué contexto se debería
intercalar este breve fragmento.

ÍNDICE ONOMASTICO *

- Abba: XIV 7, 5; 6, 12.
 Abruzos: IX 7, 10. XI 6, 1.
 Academia: XII 26c, 1; 26c, 2.
 Acarnania: V 3, 7, 9; 4, 4.
 Acaya: V 92, 10.
 Acradina: VIII 3, 2; 4, 1.
 Acragas: IX 27, 10.
 Acras: V 13, 8; 19, 8.
 Acriana: X 31, 14.
 Acrocorinto: VII 11, 3.
 Acróliso: VIII 13, 1; 13, 3, 4,
 9; 14, 5, 8, 9.
 Acte: V 91, 8.
 Adeo: XV 27, 6.
 Adrane: XIII 10, 6.
 Adranódoro: VII 2, 1; 5, 4, 5.
 Adriático (mar): VII 19, 2; X
 1, 7.
 Africa: V 1, 4; 33, 4; 105, 4, 9.
 IX 44, 4; 8, 2; 40, 1. XII 1,
 2, 3, 4, 5; 3, 2, 3, 5, 7; 4c, 2;
 25, 7; 26a, 2. XIV 1, 2, 9. XV
 3, 2, 5; 6, 4; 7, 1, 4, 8; 8, 4, 5;
 9, 2, 5; 10, 2, 4; 18, 1; 35, 5.
 Agacleón: VII 2, 4.
 Agatarco: VII 2, 4; 4, 1, 7.
 Agatirna: V 95, 3. IX 27, 11.
 Agatoclea (hermana de Agato-
 cles, tirano de Egipto): XIV
 11, 5. XV 25, 12, 25; 26, 1;
 31, 13; 32, 6; 33, 7, 13.
 Agatoclea (hija de Aristóme-
 nes): XV 31, 9.
 Agatocles de Egipto: V 63, 6;
 63, 1, 4. VIII 10, 12. XII 15,
 1, 2, 5, 8. XIV 11, 1. XV 25,
 4, 5, 11, 15, 25, 28, 29, 30, 31,
 33, 34, 37; 26a, 1, 2; 26, 1, 6,
 8; 27, 1, 4, 6, 7; 28, 8; 29, 6;
 30, 5; 31, 5, 7, 8, 9, 11, 13;
 32, 6; 33, 1, 3, 6, 13; 34 3, 4;
 36, 7.
 Agatocles de Sicilia: IX 23, 2.
 XV 35, 1, 2, 5, 6.

* Las cifras romanas indican el libro. Las cifras arábigas que siguen inmediatamente a las romanas o a un punto y coma indican el capítulo del libro en cuestión. Y las cifras siguientes, separadas por comas, indican los párrafos correspondientes dentro del capítulo.

- Agelao: V 3, 1; 103, 9; 105, 1; 107, 5, 6.
- Agesarco: XV 25, 14.
- Agésilao IX 8, 6; 23, 7.
- Agésipolis: V 17, 4.
- Agetas: V 91, 1; 96, 1, 2, 5, 6, 8.
- Agrigento: IX 27, 1, 8; 25, 1, 3, 4.
- Agrinio: V 7, 7.
- Aine (templo de): X 27, 12.
- Alejadria: V 35, 3, 7; 40, 2; 63, 8, 10; 66, 9; 79, 2; 86, 10; 87, 6. VII 2, 2. VIII 16, 2. XII 25d, 4. XIII 2, 1, 3. XIV 11, 2. XV 25, 29; 26, 11; 30, 10.
- Alejadria de Tróade: V 111, 3.
- Alejandro de Epiro: IX 34, 7.
- Alejandro de Etolia: XIII 1a, 1.
- Alejandro (gobernador de Fócide): V 96, 4, 7 8.
- Alejandro (hermano de Molón): V 43, 6; 54, 5.
- Alejandro Magno: V 10, 6, 8, 10; 28, 6, 7; 40, 7; 55, 9. VIII 10, 7, 8, 10, 11. IX 28, 8; 34, 1. X 27, 3, 11. XII 12b, 2, 3; 17, 2, 3, 6; 18, 11; 19, 1, 4, 6, 9; 20, 1, 5; 21, 1, 6; 22, 2, 5; 23, 4.
- Alejandro (tirano de un lugar indeterminado): VIII 36, 7 8.
- Alejandro de Triconio: V 13, 3.
- Alexis: V 50, 10, 12, 13.
- Alfeo: XII 4d, 5.
- Altos: X 10, 11.
- Amánidas (puertas): XII 17, 2.
- Ambracia (golfo de): V 5, 13; 18, 8.
- Amfaxítide: V 97, 4.
- Amice: V 59, 10.
- Amicla: V 18, 3; 19, 1, 3; 20, 12; 23, 7.
- Amílcar Barca: VIII 1, 8; XI 2, 3.
- Amintas: VIII 9, 1; 33, 2.
- Américo (llanura de): V 99, 5.
- Ammonio Barca: V 65, 8.
- Anaxídamo: XI 18, 1.
- Ancara: VIII 40, 1.
- Andania: V 92, 6.
- Andreas: V 81, 6.
- Andrólogo: V 94, 5.
- Andrómaco de Aspendos: V 64, 4; 65, 3, 5; 83, 3; 85, 9; 87, 6.
- Andrómaco (padre de Aqueo): VIII 20, 11.
- Andróstenes de Cícico: XI 34, 12.
- Aníbal: V 1, 3; 29, 7; 33, 4; 101, 6; 103, 3; 108, 9; 110, 10. VI 11, 1; 58, 2, 3, 5, 9, 11, 13. VII 1, 2, 3; 2, 1; 4, 4; 9, 1, 4, 5. VIII 25, 2, 3, 4, 5, 8, 9; 26, 1, 4, 8, 10; 27, 3, 6; 29, 2, 4, 10, 12; 30, 3, 4, 10; 32, 1, 3, 4; 33, 2, 5; 34, 1, 8, 10; 35, 2, 4, 7, 8, 13. IX 3, 1, 3, 4; 4, 6; 5, 2, 6, 7, 9; 6, 2, 5, 7; 7, 1, 7; 9, 1; 22, 1, 7; 24, 1, 4, 6, 7, 8; 25, 4; 26, 1 3, 11. X 3, 3; 33, 1; 37, 5. XI 2, 2; 3, 6; 6, 1; 19, 1, 3, 5. XIII 4, 7. XIV 6, 10; 9, 8. XV 1, 11, 12; 2, 3; 3, 5, 6, 7; 4, 12; 5, 1, 7,

- 8, 10; 6, 2, 4; 7, 3; 8, 1, 2;
9, 1; 11, 1, 2, 7; 12, 1; 13, 9;
14, 8; 15, 3, 6; 16, 1, 6; 19,
2, 3, 8.
- Aníbal (almirante cartaginés):
VII 2, 3, 4, 5, 6; 4, 1.
- Aníbal el gladiador: IX 24, 5,
8.
- Anión: IX 5, 9.
- Antálcidas (paz de): VI 49, 5.
- Antánor: V 94, 5.
- Antígono Cocles: V 67, 6, 8.
- Antígono Dosón: V 16, 6; 24,
8; 34, 2; 35, 2, 8, 9; 60, 9, 10,
13; 79, 13; 89, 6.
- Antígono Gonatas: IX 29, 5, 7,
8, 10; 31, 3, 4, 5; 32, 8; 36, 1,
2, 3, 5; 38, 9; 39, 6. X 27, 11,
12. XIII 9, 5.
- Antilíbano: V 45, 9; 59, 10.
- Antíoco el Grande: V 1, 5; 29,
8; 31, 1, 8; 34, 2; 40, 3, 4, 5,
6; 41, 2; 43, 1, 3; 46, 3, 4; 48,
17; 49, 4; 50, 8; 51, 1; 52, 1,
9; 55, 4, 5, 10; 56, 4, 6, 10;
57, 1, 3; 59, 1; 60, 1; 61, 3, 4,
5, 10; 62, 2, 6; 63, 2, 3, 4, 7;
66, 1, 4, 7, 9; 67, 2, 9, 13; 68,
1, 7; 69, 2; 70, 1, 10, 12; 71,
3, 9; 73, 4, 4; 19, 1, 3; 80, 4,
6; 82, 2, 8; 83, 3; 84, 1, 8;
85, 5, 7, 11, 12; 86, 3, 5, 8;
87, 1, 4, 8; 89, 8; 105, 3; 107,
2, 4; 109, 5. VII 11, 6; 17, 6,
9; 18, 10. VIII 15, 4; 16, 8, 9;
17, 2, 10; 18, 6, 9; 20, 7; 21, 4,
8; 23, 1, 2, 3.
- Antíoco (hijo de Demetrio):
IX 34, 6; X 28, 1, 5, 6; 29, 3,
6. X 30, 3; 31, 1, 3, 6, 12; 49,
1, 2, 5, 7, 9, 10, 14; 34, 1, 3,
6, 14. XV 20, 1; 25, 13, 17, 34;
37, 1.
- Antípatro (amigo de Filipo V,
hijo de Amintas): V 10, 4.
IX 29, 2; 30, 3. XII 13, 8.
- Antípatro (sobrino de Antíoco
el Grande): V 79, 12; 82, 9;
87, 1, 4.
- Antioquea: V 43, 4.
- Antioquía de Migdonia: V 51,
1; 59, 5, 10; 60, 4. VIII 23, 5.
- Antipatria: V 108, 2.
- Aoo: V 110, 1.
- Apamea: V 45, 7; 50, 1, 10; 56,
15; 58, 2; 59, 1.
- Apega: XIII 7, 6, 7.
- Apeles: V 1, 7, 9; 2, 8; 4, 10;
14, 11; 16, 6, 9; 26, 2, 3, 7, 9,
11, 14, 15, 16; 27, 3; 28, 5;
29, 3.
- Apio: VIII 1, 7; 3, 6; 7, 1, 5,
12. IX 3, 1; 4, 8; 7, 2, 7.
- Apolo: VII 9, 2. VIII 29, 2 (Ja-
cinto).
- Apolo (recinto de): V 19, 3.
- Apolo (templo de): XI 7, 2.
- Apolodoro (gobernador de Su-
siana): V 54, 12.
- Apolodoro (tirano): VII 7, 2.
- Apolófanes: V 56, 1, 5, 6, 7;
58, 3.
- Apolonia (ciudad de Asiria):
V 43, 8; 44, 6.
- Apolonia (país): 44, 6; 51, 8;
52, 3, 5, 7; 109, 6; 110, 3. VII
9, 13.
- Apulia Daunia: IX 7, 10.

- Aqueloo: V 6, 5; 7, 3, 6; 13, 9.
 Aqueo: V 40, 7; 41, 6; 42, 7;
 57, 1, 3, 7; 58, 1; 67, 12; 72,
 1, 2, 3, 10; 74, 5, 7, 8, 9; 75,
 7, 9; 76, 2, 7, 8; 77, 1, 2, 8;
 78, 4; 87, 2, 9; 107, 4; 111, 2.
 VII 17, 4, 7. VIII 15, 6, 9, 10;
 16, 8, 10, 11; 17, 4, 5, 8, 9,
 10; 18, 1, 2, 5, 8; 19, 1, 3, 5,
 6, 7, 9; 20, 2, 3, 4, 5, 9, 11;
 21, 5, 6, 8, 10; 37, 7.
 Arabia: V 71, 4.
 Aracosia: XI 34, 13.
 Arato el Joven: V 1, 1, 2; 5,
 9, 11; 7, 4.
 Arato el Viejo: V 12, 5, 7; 15,
 3, 6, 8; 16, 1, 6, 10; 23, 7; 26,
 6; 27, 3; 28, 9; 30, 7; 91, 1,
 4, 5; 92, 1, 7, 10; 93, 9; 95, 5;
 102, 3; 103, 1. VII 11, 1, 4, 5,
 9; 13, 1, 4, 6; 14, 2, 4. VIII
 12, 2, 4. IX 17, 1, 5, 7, 8; 22,
 3; 23, 9.
 Aratos (padre e hijo): V 1, 7,
 8, 9.
 Arcadia: VI 11a, 1. VII 13, 7.
 X 22, 1. XII 4d, 5.
 Arcésilas: X 22, 2.
 Ardáxano: VIII 13, 2.
 Ardis: V 53, 2; 60, 4, 7, 8.
 Ares: VII 9, 2. XII 26, 3. XIII
 10, 7.
 Aretusa: XII 4d, 5, 7.
 Arexídamo: XI 18, 3, 5.
 Argólida (golfo de): V 91, 8.
 Argólida (país): V 20, 3, 4; 20,
 10; 24, 10; 29, 5; 95, 5.
 Argos: V 16, 6; 18, 1; 92, 8;
 101, 6. IX 34, 10. X 26, 1. XII
 11, 1.
 Ariano: VIII 16, 1, 3, 5, 10; 17,
 4, 5, 7, 8; 18, 2, 3, 5, 7, 11;
 19, 6, 7, 9; 20, 1.
 Arfbazo: VII 17, 9; 18, 4, 7;
 21, 9.
 Ario: X 49, 1.
 Arisbe: V 111, 5.
 Aristáneto de Dime: XI 11, 7.
 Arístides: IX 23, 6.
 Aristódemo de Elea: VI 11a,
 3. X 22, 2.
 Aristofanto: V 6, 1.
 Aristogitón: V 94, 5.
 Aristómaco de Corinto: VII
 5, 3.
 Aristómenes: XV 31, 6, 9, 12.
 Aristóteles: XII 5, 4, 5; 6, 7.
 XII 6a, 1; 6b, 3. XII 7, 2, 4;
 8, 1, 2, 3, 4; 9, 1, 4; 11, 5;
 23, 8; 24, 2.
 Armenia: IX 43, 1.
 Armósata: VIII 23, 1.
 Arquédico: XII 13, 7.
 Arquidamo: VIII 36, 6.
 Arquímedes: VIII 3, 2, 5; 5,
 1, 10; 6, 5, 6; 7, 2, 9.
 Arsaces: X 28, 1, 5; 29, 1, 2.
 Arsínoe (ciudad de Etolia):
 IX 44, 3.
 Arsínoe (hermana y esposa de
 Ptolomeo Filopátor): XV 25,
 2, 6, 7, 9, 10, 12; 26a, 1; 33, 11.
 Arsínoe (hija de Lisímaco, rey
 de Tracia): V 83, 3.
 Artabarzanes: V 55, 2, 6, 10;
 57, 3.

- Ártemis: VIII 38, 2. IX 34, 9.
 Asclepio: X 10, 8.
 Asdrúbal (hermano de Aníbal): IX 22, 2.
 Asdrúbal (otro hermano de Aníbal): X 7, 5; 38, 10; 39, 5, 7, 9; 40, 11. XI 1a, 1, 2, 5; 2, 1, 9; 22, 8.
 Asdrúbal (hijo de Gescón): IX 11, 3, 4. X 7, 5; 10, 9; 35, 7; 37, 1, 6; 38, 6, 8. XI 20, 1; 22, 2; 24a, 4; 24, 7. XIV 1, 14; 2, 8; 3, 1; 4, 5; 5, 5, 9; 6, 13; 7, 6; 8, 7, 8, 14. XV 2, 6, 8.
 Asia: V 10, 8; 30, 8; 44, 3; 45, 2; 67, 10; 78, 4; 87, 9; 90, 1; 105, 6; 111, 7, 8, 9. IX 34, 3. X 27, 1; 28, 3; 40, 7. XI 4, 6; 34, 16; XII 19, 1; 25, 7, 13.
 Asine: V 19, 5.
 Asiria: 28a 3.
 Aspasio: V 79, 7.
 Aspasio: V 94, 5.
 Atabirio: V 70, 6, 12.
 Átalo: V 77, 1, 2; 78, 3, 6; 105, 7; 107, 4; 111, 2. IX 30, 7. X 41, 1; 42, 1; 42, 4. XI 7, 1.
 Atela: IX 9, 11.
 Atena: IX 27, 7.
 Atenas: V 27, 2. VI 43, 1. IX 40, 1. XII 6b, 4; 13, 10; 25d, 1; 25h, 1; 26c, 2.
 Ática: V 29, 5.
 Atintania: VII 9, 13.
 Autónoo de Tesalia: VII 5, 3.
 Bactria: X 48, 4; 49, 15. XI 34, 2.
 Badiza: XIII 10, 1.
 Bantia: V 108, 8.
 Báratro: V 80, 2.
 Barmócar: VII 9, 1.
 Batea: VIII 30, 1; 34, 6.
 Bea: V 19, 8.
 Bebio: XV 4, 1, 6, 9.
 Bécula: X 38, 7. XI 20, 5.
 Beo: V 108, 8.
 Beocia: X 42, 2.
 Berenice (hija de Ptolomeo Filadelfo): V 36, 1, 6; 38, 11.
 Berenice (madre de Ptolomeo Filopátor): XV 25, 2.
 Berito: V 61, 9; 68, 8.
 Bilazora: V 97, 1.
 Bítaco de Macedonia: V 79, 3; 82, 10.
 Bizancio: V 100, 9.
 Bizaquis: XII 1, 1.
 Bolis: VIII 15, 1, 3, 6, 9; 16, 2, 4, 9, 11; 17, 4, 5, 7, 9; 18, 1, 2, 5, 8, 9, 11; 19, 3, 5, 6, 7; 20, 1, 4, 5, 6.
 Bomílcar: IX 9, 12.
 Botia: V 97, 4.
 Botris: V 68, 8. XII 13, 1.
 Brenno: IX 30, 3; 35, 4.
 Bríndisi: X 1, 9.
 Broco: V 61, 8.
 Broquis: V 46, 1, 3.
 Brucio: IX 25, 1; 27, 12. XIII 10, 1, 2.
 Bubasto: XV 27, 6.
 Babilonia: V 48, 13; 51, 4; 52, 4. IX 43, 1.
 Cabile: XIII 10, 9.
 Calamas: V 92, 4.

- Cálamo: V 68, 8.
 Calces: V 94, 8.
 Calcídica (Península): X 43, 7.
 Calcis de Etolia: X 42, 2.
 Calcis de Eubea: V 2, 8, 9; 26, 2, 3, 7.
 Calicena: V 108, 8.
 Calidón: V 95, 11.
 Calimaqueos: XII 25d, 4.
 Calíope: X 31, 15.
 Calístenes: VI 45, 1. XII 12b, 2; 17, 1, 2, 3, 6; 18, 2, 5, 6, 9, 12; 19, 4, 6; 20, 1, 3, 8; 21, 1, 4, 6, 8; 22, 1, 7; 23, 3, 5, 8.
 Calonítida: V 54, 7.
 Calquia: XII 1, 5.
 Camarina: XII 25k, 3, 4, 6.
 Cábilo: VIII 15, 4, 5; 16, 1, 3, 5, 9, 10, 11; 17, 1, 3, 4, 5, 7; 18, 3, 8, 9; 20, 5, 9.
 Campania: VII 1, 1.
 Campo de Marte: XII 4b, 1.
 Camún: V 70, 12.
 Cannas: V 105, 10; 110, 10; 111, 8. VI 11, 2; 58, 2. XV 7, 3; 11, 8.
 Canopo: V 39, 1.
 Capadocia: V 43, 1.
 Capitolio: VI 19, 6.
 Capros: V 51, 4.
 Capua: VII 1, 4. IX 3, 10; 4, 8; 5, 1, 3, 4, 9; 6, 2; 7, 2, 7; 9, 3, 8, 11; 26, 2.
 Cares: IX 23, 6.
 Caria: V 41, 2.
 Carmania: XI 34, 13.
 Carnio: V 19, 4.
 Cárseas: V 77, 8.
 Cartagena: V 1, 3. X 6, 8; 7, 5; 8, 1, 6; 9, 3; 15, 9, 11; 20, 1; 34, 2. XI 31, 1.
 Cartago: VI 51, 4, 6, 7. VII 2, 4, 6; 4, 1, 3, 7; 9, 1, 3, 4, 5, 7, 8. XI 2, 3; 24a, 2; 25, 3, 4. XIV 8, 14; 9, 6; 10, 4, 5. XV 1, 5; 4, 12; 5, 3; 30, 10.
 Casandro: V 67, 8; 95, 3. IX 29, 5. XII 13, 11.
 Casio: V 80, 2.
 Caspias (Puertas): V 44, 5.
 Cástulo: X 38, 7. XI 20, 5.
 Catenia: XIII 9, 1, 2.
 Cáucaso: X 48, 4. XI 34, 11.
 Caulonia: X 1, 4.
 Cávaro: VIII 22, 1, 3.
 Cefalena: V 3, 3, 9; 5, 3, 12; 109 5; 110, 5.
 Céfalo: VIII 12, 5.
 Celesiria: V 1, 5; 29, 8; 31, 1; 34, 6; 40, 1, 2; 42, 5, 7, 9; 48, 12; 49, 3; 58, 2, 4; 59, 2; 61, 3; 63, 3; 66, 5; 67, 4, 6, 10; 68, 1; 80, 3; 86, 7, 10; 87, 3; 105, 3. VIII 17, 10. XIV 12, 3.
 Celis de Gortina: V 79, 10.
 Cencreas: V 29, 5; 101 4.
 Ceraca: V 108, 8.
 Cerdeña: VIII 1, 3. XII 4c, 2. XV 3, 2; 7, 8.
 Cesbesio: V 76, 2, 3, 6.
 Cícico: V 63, 5.
 Cilene: V 3, 1.
 Cilicia: V 59, 4. XII 8, 3; 17, 2; 19, 2, 4; 20, 2.
 Cilicia (Puertas de): XII 17, 2.
 Cime: V 77, 4.
 Cineta: IX 17, 1; 38, 8.
 Cíparis: V 92, 5.

Cirenaica: XV 33, 11.

Cirene: X 22, 3.

Cirra: V 27, 3.

Claudio Marcelo, Marco: VIII 1, 7; 3, 1; 4, 1; 5, 4; 6, 5; 7, 12. VIII 38, 2. X 32, 5, 6, 7.

Claudio Nerón, Cayo: XI 1a, 5, 6, 10.

Claudio Pulcher, Apio: VIII 3, 1.

Cleandro de Mantinea: X 22, 1.

Clearco: V 94, 5.

Cleino: XIV 11, 2.

Cleneas: IX 31, 7; 32, 6, 9, 10; 33, 2, 10; 37, 4.

Cleómbroto: IX 23, 7.

Cleómenes: V 9, 8; 24, 8; 43, 11; 35, 1, 2, 6, 7, 9; 36, 2, 3, 4, 7, 8; 37, 2, 3, 5, 6, 8, 9, 10, 11, 12; 38, 1, 5, 7, 8; 39, 1, 2, 3, 4, 6; 93, 1. VIII 36, 4, 6. IX 18, 1; 23, 3; 29, 8, 10. XV 25, 2.

Cleón: IX 23, 6.

Cleónico de Naupacto: V 95, 12; 102, 4, 7. IX 37, 4.

Cleóxenes: X 45, 6.

Clímax: V 72, 4.

Clítoris: IX 38, 8.

Cnido: XII 25f, 2.

Cnopias, alariota: V 63, 12; 65, 7.

Cólicas: XI 20, 3, 5.

Colofón: V 77, 5.

Columnas de Hércules: X 7, 5; 40, 7.

Cónope: V 6, 6; 7, 7; 13, 9.

Córcega: XII 3, 7.

Corcira: VII 9, 13.

Corebo de Elea: VI 11a, 3. XII 4a, 5.

Corifeo (monte): V 59, 4.

Corinto: V 2, 7; 17, 8; 18, 1; 24, 10; 27, 3; 28, 5; 29, 4; 95, 3; 102, 5. XII 4a, 2; 26b, 1.

Corinto (golfo de): V 3, 9.

Cornelio Escipión, Cneo (hermano de Escipión el Africano): VIII 1, 4; 36, 10. X 5, 4; 7, 7.

Cornelio Escipión, Publio (padre de Escipión el Africano): X 3, 6.

Cornelio Escipión, Publio (el Africano): V 1, 4. X 2, 1, 5, 8, 12; 3, 2, 3, 4; 4, 1, 2, 5, 8; 5, 4, 6, 9; 9, 3; 11, 2, 5; 12, 4, 7; 13, 1; 14, 2, 9, 12; 15, 4, 7, 8, 9; 17, 14, 16; 18, 9, 10, 13; 19, 1, 3, 9; 34, 1, 2, 5, 10; 35, 1, 5; 37, 2, 6, 7, 9, 10; 38, 1, 3, 6, 9; 39, 3, 9; 40, 2, 3, 9. XI 20, 3; 21, 1; 22, 1, 10; 23, 3, 8; 24a, 1, 4; 25, 1, 8, 11; 26, 2; 27, 1, 5, 7; 30, 3, 5; 31, 1; 32, 1, 3, 6; 33, 7. XIV 1, 2, 4, 8, 9, 10, 13; 2, 1, 7, 9, 10, 11, 13; 3, 4; 4, 1; 5, 3, 15; 6, 1, 3, 5, 11; 8, 1, 5, 9; 9, 2, 3; 10, 2, 4, 7, 10. XV 1, 1, 4, 9; 4, 1, 4, 6, 8, 12; 5, 4, 5, 6, 8, 10, 13; 7, 1; 8, 1; 9, 1, 6, 7; 10, 7; 11, 4; 14, 3; 15, 2; 17, 3; 19, 1; 35, 6.

Creonio: V 108, 8.

Creta: VI 11a, 4. VII 14, 4. XIII 4, 2; 5, 1; 10, 4, 5.

Creta (mar de): V 19, 5.

- Cretópolis: V 72, 5.
 Crinón: V 15, 8; 16, 8.
 Criseida: V 89, 7.
 Crisógono: V 9, 4; 17, 6; 97, 3, 4. VII 12, 6. IX 23, 9.
 Crisondon: V 108, 2.
 Critolao: XV 26, 7.
 Cronos: X 10, 11.
 Crotona: VII 1, 1. X 1, 4, 6.
 Ctesifonte: V 45, 4.

 Chipre: V 34, 6; 59, 5. XII 25f, 2.

 Dalmacia: XII 5, 2.
 Dámipo de Esparta: VII 5, 3.
 Damocles: XIII 5, 7.
 Damuras: V 68, 9.
 Dánae: XV 27, 2.
 Dardania: V 97, 1.
 Darío: V 43, 2. XII 17, 2, 3, 6; 18, 1, 6, 9, 10; 19, 4; 22, 2, 3.
 Dasarétide: V 108, 2, 8.
 Daunia: V 108, 9.
 Delfos: IX 33, 4; 35, 1.
 Demátrato: VI 11a, 7.
 Deméter: XV 27, 2.
 Demetriáde: V 99, 3.
 Demetrias: X 42, 6. X 29, 5.
 Demetrio Faléreo: X 24, 7. XII 13, 8, 10, 11, 12.
 Demetrio de Faros: V 12, 5, 7; 63, 13; 101, 7; 102, 2; 105, 1; 108, 5, 6. VII 9, 1, 14; 11, 2; 13, 4, 6; 14, 3, 5. IX 23, 9; 29, 5.
 Demócares: XII 13 1, 3, 4, 6, 8, 9, 10, 11, 12; 14, 1, 2, 6; 15, 4, 10; 23, 8.
 Demóclito: X 45, 6; 95, 7; 22, 2.
 Demóstenes: XII 1, 5; 12b, 3; 13, 4.
 Dígeri: XIII 10, 8.
 Dímale: VII 9, 13.
 Dime: V 3, 2; 17, 3; 30, 3; 91, 8.
 Dinón (hijo de Dinón): XV 26a, 1.
 Dinón (padre del anterior): 26a, 1.
 Dio: V 9, 1, 7; 11, 2, 8. IX 35, 6.
 Diocles de Dime: V 17, 4; 69, 5.
 Diógenes (general de Antígono Epifanes): X 29, 5; 30, 6, 7.
 Diógenes (prefecto de Susiana): V 46, 7; 48, 13; 54, 12.
 Diogneto: V 43, 1; 59, 1; 60, 4, 7; 62, 3; 68, 9; 69, 7; 70, 3.
 Diomedonte: V 48, 12.
 Dionisio (prefecto de Antíoco Epifanes): VII 16, 2; 17, 3; 18, 1.
 Dionisio el Viejo (tirano de Siracusa): XII 4a, 2; 10, 8; 24, 3. XV 35, 1, 6.
 Dionisio de Tracia: V 65, 10.
 Dioniso: XV 30, 4.
 Dioscurio: V 60, 4.
 Dodona: V 9, 1; 11, 2, 8. IX 35, 6.
 Dora: V 66, 1.
 Dorímaco: V 1, 2; 3, 1; 5, 1, 2, 10; 6, 4; 11, 2; 17, 5, 7; 61, 9. IX 42, 1, 2, 4. XIII 1, 2; 1a, 1.

- Dura: V 52, 2.
 Duros: V 48, 16.
- Eantia: V 17, 8.
 Ebro: V 3, 1. X 7, 3; 35, 3. XI 32, 1.
 Ecbátana: X 27, 3; 27, 8.
 Écdemo: X 22, 2.
 Edecón: X 34, 2, 11; 35, 1; 40, 3.
 Edesa: V 97, 4.
 Éfeso: V 35, 11. VIII 15, 9; 16, 1. XII 26, 2.
 Éforo: V 33, 2. VI 45, 1; 46, 10. IX 1, 4. XII 4a, 2, 5, 6; 22, 7; 23, 1, 8; 25f, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7; 28, 10, 12.
 Egas: V 77, 4.
 Egina: IX 42, 5.
 Egio: V 1, 7; 30, 4; 94, 3.
 Egipto: V 34, 1, 4, 9; 58, 5, 10; 80, 3. IX 11a, 2; 12, 1. XV 25, 17.
 Egospótamos: XII 25k, 10.
 Egóstenes: VI 11a, 4.
 Elatea: V 26, 16.
 Elea: V 92, 10.
 Élide: V 3, 1, 2, 9; 30, 2; 92, 5; 95, 7; 102, 5.
 Elopio: XI 7, 4.
 Emilio Paulo, Lucio: V 108, 10. VI 11a, 7.
 Enante: XIV 11, 1. XV 25, 12; 29, 8, 10, 14; 33, 8.
 Eneas Táctico: X 44, 1, 10.
 Eniades (islas): IX 39, 2.
 Eniane (golfo de): X 42, 5.
 Enipeo: V 99, 1.
- Enos: V 34, 8.
 Enquélada: V 108, 8.
 Epaminondas: VI 43, 5. VIII 36, 7. IX 8, 2, 3, 7, 9, 13. XII 25f, 3.
 Epérato: V 1, 2, 7; 5, 12; 30, 1, 6, 7; 91, 4.
 Epícides: VII 2, 3. VIII 3, 1; 38, 2.
Epidauro: VII 9, 13.
 Epígenes: V 41, 4, 7; 42, 1, 3; 49, 1, 3, 6; 50, 2, 4, 6, 10, 11, 12, 13, 14; 51, 5.
 Epípolas: VIII 38, 13.
 Epiro: V 3, 7, 9; 4, 4; 5, 7; 96, 1.
 Equécrates de Fliunte: XII 10, 7, 8.
 Equécrates de Tesalia: V 63, 11; 65, 6; 82, 5; 84, 5.
 Equina: IX 42, 1.
 Erimanto: XI 34, 13.
 Escerdiledas: V 3, 3; 4, 3; 95, 1, 3; 101, 1; 108, 1, 4; 110, 3, 7. X 41, 4.
 Escopas: V 3, 1; 11, 2. XIII 1, 2; 1a, 1; 2, 1; 25, 16.
 Escopion: V 99, 8.
 Escótusa: X 42, 3, 4, 6.
 Esmirna: V 77, 4, 6.
 España: V 1, 4; 33, 4. VIII 1, 2, 4; 2, 3, 5, 8. IX 22, 2, 3; 24, 4; 25, 5. X 2, 1; 4, 5; 7, 4; 8, 2, 3, 4; 9, 3; 15, 11; 19, 9; 34, 1; 36, 3; 40, 7. XI 2, 2, 3; 24, 10; 24a, 1; 29, 5; 31, 6; 33, 7, 8. XII 5, 2. XIV 8, 10; 9, 5. XV 6, 6; 7, 1, 8; 8, 1.

- Esparta: V 9, 8; 17, 2; 18, 3, 10; 19, 2, 3, 6; 22, 1; 23, 7; 34, 11; 37, 2, 4; 92, 6. VI 49, 7. VIII 34, 8; 36, 4, IX 8, 4, 6, 8, 10; 9, 7; 26a, 2, 6. XI 18, 1. XIII 8, 2.
- Estrato: V 6, 6; 7, 7; 13, 9; 14, 1; 96, 3. VI 59, 3.
- Estratón el Físico: XII 25c, 3.
- Etolia: V 3, 9; 5, 2, 10, 14; 8, 6; 17, 7; 18, 5, 8; 28, 1; 29, 8; 91, 1; 92, 10. VI 59, 3. IX 44, 3. XI 4, 1; 7, 4, 5.
- Etruria: XV 11, 8.
- Eubea: X 41, 3; 42, 2, 7. XV 18, 7.
- Eufrates: V 51, 1. VIII 23, 1. IX 43, 1, 3, 4.
- Euríclidas: V 106, 7.
- Eurileón: X 21, 1.
- Eurílico de Magnesia: V 63, 12; 65, 2; 79, 10.
- Eurimedonte: XII 35k, 3.
- Eurípidas: V 94, 2; 95, 6.
- Eurípides: V 106, 4. XII 26, 5.
- Euripo: V 29, 5; 101, 2; 109, 5.
- Europa: V 30, 7; 111, 2, 7. VIII 9, 1. XI 34, 16. XII 3, 5; 25, 7. XV 9, 5.
- Europa: V 48, 16.
- Eurotas: V 21, 2; 22, 2; 23, 10; 34, 8. IX 8, 7. XI 18, 8.
- Eurotas (río del sur de Italia): VIII 34, 8.
- Eutidemo: X 49, 1, 12, 15. XI 34, 1, 6, 8, 10.
- Evágoras de Salamina: XII 25f, 2.
- Evandro: VI 11a, 1.
- Evanóridas: V 94, 5.
- Evas: V 24, 9.
- Fabio Máximo, Quinto: X 1, 10.
- Fálaris: VII 7, 2. XII 25, 1.
- Fanotea: V 96, 4, 6.
- Farea: V 30, 3.
- Fares: V 94, 3.
- Fárico: IX 34, 10.
- Faros: V 108, 7. VII 9, 3.
- Farsala: V 99, 3.
- Fasis: V 55, 7.
- Faulo: V 72, 8; 73, 1.
- Fenicia: V 59, 4, 5; 66, 5; 67, 10; 87, 6. VIII 17, 10.
- Feres: V 99, 3.
- Feteo: V 7, 7.
- Figalea: V 4, 5.
- Filamón: XV 25, 12; 26a, 1; 33, 11, 12.
- Filémemo: VIII 25, 1, 9; 26, 5, 8, 10; 27, 10; 30, 3, 4, 5, 6, 7; 31, 7.
- Filenis: XII 13, 1.
- Filipas: V 100, 8.
- Filipo (amigo de Antíoco): V 82, 8.
- Filipo II de Macedonia: V 10, 1, 5, 10; 11, 1. VIII 9, 1, 7, 13; 10, 2, 5, 7, 10; 11, 2, 3, 4, 6. IX 28, 3, 6; 32, 5; 33, 2, 3, 5, 7, 11; 37, 7.
- Filipo V de Macedonia: V 1, 6, 7, 10; 2, 3, 8, 11; 3, 1, 2; 4, 1, 2, 6, 8, 13; 5, 1, 5, 7, 11; 6, 3; 7, 1, 2, 3, 4, 5, 11; 8, 1; 10, 9; 11, 7, 8; 12, 1, 5; 13, 1,

- 3, 5, 8; 14, 2, 5, 8, 10; 16, 10;
17, 5, 8; 18, 5, 7; 19, 1, 4; 20,
1, 2, 3, 11; 22, 5; 23, 1, 3, 4,
6, 8, 10; 24, 1, 6; 25, 1, 4; 26,
6, 7; 28, 2, 3, 4, 5; 29, 2, 3, 4;
30, 1; 34, 2; 95, 1; 96, 4; 97, 1,
2, 3, 6; 99, 1, 6; 100, 7, 8, 10;
101 3, 4, 7; 102, 1, 2, 5; 103,
1, 3, 6; 104, 4, 9; 105, 1, 3, 5,
7, 8; 108, 1, 5, 6, 8; 109, 1, 5;
110, 2, 4, 7, 10. VII 9, 1, 5, 7,
9; 11, 1, 4, 8, 9; 12, 1, 8, 9;
13, 1, 3, 6; 14, 2. VIII 1, 6;
8, 1, 4, 6; 12, 1, 2, 5, 6; 13, 1,
3, 8; 14, 3, 5, 10, 11. IX 18, 5;
22, 5; 23, 9; 30, 1, 7; 31, 5;
35, 6; 36, 7, 10; 37, 8, 10; 41,
1, 10; 42, 1, 3, 4. X 9, 3; 26,
1, 7; 41, 2, 3, 5, 7; 42, 1. XI
5, 1, 4; 6, 2, 9, 10; 7, 2. XIII
3, 1; 4, 1, 7; 5, 1, 2, 3, 6. XV
20, 1; 22, 1, 5; 23, 1, 3, 4, 5,
6; 24, 1, 2, 4; 25, 13, 19.
- Filódemo de Argos: VII 2, 2.
VII 2, 3.
- Filómeles: IX 33, 4.
- Filón (adulador de Agatocles
de Egipto): XIV 11, 1. XV
30, 5; 33, 2.
- Filón de Cnoso: V 65, 7.
- Filopemén: X 21, 2, 5; 22, 1, 4;
23, 1, 4, 9; 24, 1, 5. XI 9, 1,
7; 10, 2, 8; 11, 4; 12, 1, 3, 5;
16, 1, 5; 17, 1; 18, 1, 4, 5.
- Filoteria: V 70, 3, 4.
- Fisias: V 94, 5.
- Fiteo: XI 7, 5.
- Fixio: 95, 8.
- Flaminio, Cayo: XV 11, 8.
- Foce: V 77, 4.
- Fócide: V 24, 12; 26, 1, 16; 28,
4; 96, 4. X 42, 7.
- Fóleo: IX 18, 1.
- Fóruna: IX 44, 6.
- Fóxidas de Mélite: V 63, 11.
- Fóxidas el Aqueo: V 65, 3, 5;
82, 6; 85, 2, 4.
- Fulvio Centumalo, Cneo: IX
6, 6.
- Gádara: V 71, 3.
- Gálatis: V 71, 2.
- Galeso: VIII 34, 8.
- Galia: VII 9, 6, 7. X 37, 5.
- Garsieris: V 57, 5; 72, 3, 5, 7,
8; 73, 5, 6, 8, 10, 13; 74, 1, 7,
8; 76, 2, 6, 8.
- Gaza: V 68, 2; 80, 4; 86, 4.
- Gela: XII 25k, 3, 5, 6, 7.
- Gelón: V 88, 5. VII 7, 7; 8, 9.
XII 25k, 2; 26b, 1, 2.
- Gerunio: V 108, 9.
- Gerunta: V 108, 2, 8.
- Gitio: V 19, 6.
- Glimpo: V 20, 4.
- Gorgo de Mesenia: V 5, 4, 5.
VII 10, 2.
- Grangene: XI 34, 13.
- Grecia: V 26, 5; 31, 2, 3; 33, 5;
35, 2, 9; 64, 5; 101, 9; 105, 4,
5, 9, 10; 111, 8, 9. VI 11, 1;
49, 5, 9. VII 9, 3. VIII 1, 6;
11, 3, 4, 5; 36, 7. IX 22, 5;
23, 7; 27, 9; 28, 5, 8; 29, 4,
12; 30, 4; 32, 11; 33, 3, 5, 7;
34, 2, 3; 35, 2, 4; 37, 7, 8, 10;
38, 9. X 1, 2, 5; 4, 3; 5, 1; 6,

- 2, 10. XII 4, 6 13; 6, 1; 9, 2, 4; 10, 1, 2, 3; 12b, 3; 13, 11; 26b, 4. XV 25, 14, 16.
- Guefrún: V 70, 12.
- Guerra: V 46, 1, 2, 3; 61, 7.
- Hades: VI 56, 12.
- Hadrumeto: XV 5, 3; 15, 3.
- Hecatómpilos: X 28, 7; 29, 1.
- Hefesto: X 10, 11.
- Helesponto: V 34, 7; 78, 6; 111, 2, 7.
- Helia: V 19, 7; 20, 12.
- Heliotropio: V 99, 8.
- Hera: VII 9, 2.
- Hera (santuario de): IX 34, 10.
- Heraclea: X 42, 4. XII 12a, 3.
- Heracles: VI 11a, 1. VII 9, 2. XII 26, 2.
- Heracles (columnas de): X 7, 5; 40, 7.
- Heraclides: XIII 4, 1, 6; 5, 1, 3, 6.
- Heráclito: XII 27, 1.
- Hermias: V 41, 1, 2, 4; 42, 1, 5, 6; 45, 6; 49, 3, 7; 50, 5, 7, 9; 51, 4, 5; 53, 6; 54, 10, 11; 55, 3; 56, 1, 2, 4, 10, 12, 14, 15.
- Hermócrates: XII 25k, 2, 10; 26, 1, 6, 9.
- Hermógenes: V 60, 4.
- Heródoto: XII 2, 1.
- Herofilios: XII 25d, 4.
- Hesíodo: V 2, 5. VI 11a, 8.
- Hestia: V 93, 10.
- Hierón, pretor de Siracusa: V 88, 2. VII 3, 6; 4, 5; 5, 7; 7, 7. VII 8, 1. VIII 7, 2.
- Himera (río): VII 4, 2; 5, 7.
- Hiperbas: X 31, 12.
- Hipitas: V 37, 8.
- Hipócrates (general cartagines): VII 2, 3; 4, 4, 6; 5, 5. VIII 3, 1. IX 22, 4.
- Hipóloco de Tesalia: V 70, 11; 71, 11; 79, 9.
- Hipón: XII 1, 2.
- Hipóstenes: VII 4, 1.
- Hipsas: IX 27, 5.
- Hircania: X 29, 3; 31, 4, 6, 14; 48, 2, 6, 8.
- Hircania (mar de): V 44, 5; 55, 7. X 48, 1.
- Hiscana: VIII 40, 3.
- Homario: V 93, 10.
- Homero: XII 21, 3; 22, 4; 25i, 1; 26, 3, 5; 27, 10.
- Hondonada (la): V 103, 4.
- Holquio: VI 59, 2.
- Horacio Cocles: VI 55, 1, 3.
- India: XI 34, 11.
- Indíbil: IX 11, 3, 4. X 18, 7, 13; 35, 7; 37, 2, 7, 9; 40, 3, 10. XI 26, 6; 29, 2, 5; 31, 1, 4; 33, 6.
- Ilattia: XIII 10, 4.
- Ilión: V 111, 2, 4.
- Ilipa: XI 20, 1.
- Iliria: V 101, 8; 108, 4; 109, 3; 110, 10. VIII 13, 8; 40, 2, 3. IX 22, 5. XIII 10, 3.
- Ilurgia: XI 24, 10.
- Istmo: XII 12a, 2.
- Italia: V 1, 3; 29, 7; 33, 4; 101, 2, 8, 10; 104, 3, 7; 105, 4, 5, 9,

- 10; 108, 4, 9; 111, 8. VI 13, 4, 5; 17, 1. VII 2, 2; 3, 2; 4, 4, 7; 9, 6, 7. VIII 1, 2, 4; 40, 1. IX 3, 7; 22, 2; 24, 2, 4, 5, 8; 25, 5; 27, 12. X 1, 1, 2, 5, 8; 37, 5. XI 1a, 1; 2, 2; 3, 6; 6, 1. XII 4, 5, 8; 4c, 2; 5, 10; 6b, 4; 9, 4, 5; 10, 2, 7; 11, 5; 23, 7. XIII 10, 9. XIV 1, 9; 6, 10; 10, 1. XV 1, 12; 3, 2; 6, 4; 7, 3, 8; 8, 4, 5; 11, 4, 7, 11; 35, 4.
- Itómata: VII 11, 3.
- Jasón (comandante de Fano-tea): V 96, 4, 5, 7.
- Jénida: XI 11, 4.
- Jénitas: V 45, 6; 46, 4, 6, 8, 10; 47, 2, 3, 4, 5; 48, 1, 3, 10.
- Jenófanes (hijo de Cleómaco): VII 9, 1.
- Jenofonte: VI 45, 1. X 20, 7.
- Jenón: V 42, 5; 43, 7.
- Jerjes: VI 11, 1. VIII 23, 1, 2, 5. IX 38, 2.
- Jerónimo: VII 2, 1, 2, 5; 3, 1, 2, 3; 4, 1, 7, 9; 5, 1, 2, 5, 8; 7, 1, 2, 7; VIII 3, 1.
- Jonio (mar): V 110, 2.
- Jordán: V 70, 4.
- Juegos Nemeos: X 26, 1.
- Junio Silano, Marco: X 6, 7; 20, 3, 5. XI 23, 1; 26, 6; 33, 8.
- Labe: XIII 9, 2.
- Labos: X 29, 3; 31, 1.
- Lacedemonia: V 17, 1; 19, 2; 20, 11; 24, 3; 29, 8; 92, 9. IX 18, 2. XII 11, 1. XIII 8, 3.
- Lacinio: XV 1, 2.
- Lacio: XI 33, 8.
- Laconia: V 19, 3, 7; 20, 3, 4; 24, 2; 92, 9. VI 48, 5. XI 18, 9.
- Lágoras: V 61, 9. VII 15, 2, 3, 5, 9; 16, 1; 17, 1, 3; 18, 1, 8.
- Lamia: IX 29, 2.
- Laódice: V 43, 1, 4; 74, 5. VIII 19, 7; 20, 11; 21, 4, 5, 9.
- Laodicea: V 45, 7; 57, 5.
- Lampecia: XIII 10, 2.
- Larisa: V 97, 4; 99, 1, 3. IX 18, 6.
- Látabo: IX 34, 11.
- Launia: 11a, 1.
- Lelio Cayo: X 3, 2, 3; 9, 1, 4; 12, 1; 18, 2; 19, 8; 37, 6; 39, 4. XI 32, 2, 4; 33, 2, 8. XIV 4, 2, 5, 7; 9, 2. XV 9, 8; 11, 5; 14, 7.
- Leónidas: IX 38, 3.
- Leontino: VII 6, 1.
- Leontio (amigo de Filipo V): V 1, 7; 2, 8; 4, 9, 10; 5, 5, 8, 11; 7, 1, 3, 4, 5; 14, 11; 15, 2, 7; 16, 2, 4, 6, 8, 9; 25, 1; 26, 2, 7; 27, 1, 4, 5, 7; 29, 3, 6; 100, 7.
- Leontio (ciudad de Acaya): V 94, 3.
- Leontio (general de Seleucia): V 60, 9, 10.
- Lequeo: V 2, 4; 17, 9; 18, 9; 24, 12; 25, 4; 101, 4.
- Léucade: V 5, 12; 16, 5; 17, 8; 18, 8; 19, 8; 95, 2, 4; 101, 1; 108, 5; 109, 5.

- Léucade (canal de): V 5, 13.
 Leuctra: VIII 11, 3. XII 25f, 3, 4.
 Liba: V 51, 2.
 Líbano: V 45, 9; 59, 10; 69, 1, 3.
 Licaonia: V 57, 6.
 Licisco: IX 32, 1.
 Licnidio: V 108, 8.
 Lico de Fares: V 94, 1, 4, 5; 95, 7, 9, 10.
 Lico (río de Asia Menor): V 77, 6.
 Lico (río de Asiria): V 51, 4.
 Lico (río de Fenicia): V 68, 9.
 Licurgo (legislador espartano): VI 3, 8; 10, 1, 6, 12, 14; 46, 6, 7; 48, 1, 5, 6, 8; 49, 8, 9; 50, 1. X 2, 8, 11.
 Licurgo (tirano de Esparta): V 5, 1, 4; 17, 1; 18, 5; 20, 6, 9, 11; 21, 3; 22, 5, 8, 11; 23, 1, 4, 5; 29, 8, 9; 91, 1, 13; 92, 2, 4, 6.
 Lidia: V 57, 4.
 Liguria: VII 9, 6, 7.
 Lilibco: V 109, 6; 110, 9. VII 3, 1, 6.
 Limnea: V 5, 15; 6, 5; 14, 2; 90, 1.
 Lisantias: V 90, 1.
 Lisímaco el Galo: V 79, 11.
 Lisímaco (hijo de Ptolomeo Filadelfo): XV 25, 2.
 Lisímaco de Tracia: V 67, 8.
 Lisímaquia: V 7, 7; 34, 7.
 Liso (ciudad de Iliria): VIII 13, 1, 3, 4, 8; 14, 8, 9.
 Liso (río de Sicilia): VII 6, 6.
 Livio, Cayo: VIII 26, 7, 8; 28, 1, 3, 4, 6, 8; 31, 6.
 Livio Salinator, Marco: XI 1a, 4.
 Llanura Grande: XIV 7, 8; 8, 2.
 Lócride: X 1, 4. XII 5, 7; 6b, 4.
 Lógbasis: V 74, 4, 9; 75, 8; 76, 1, 3, 4, 11.
 Lucio, Fabio: XV 1, 3; 2, 11.
 Lucio Marcio: XI 23, 1.
 Lucio Sergio: XV 1, 3.
 Lusitania: X 7, 5.
 Luso: IX 34, 9.
 Macánidas: X 41, 2. XI 11, 2; 12, 4, 5, 7; 14, 1, 6; 16, 5, 6; 17, 2, 4, 6; 18, 1, 4. XIII 6, 1.
 Macedonia: V 5, 2; 26, 5; 30, 1; 34, 8; 97, 1, 2, 3; 101, 6; 110, 11. VII 9, 3; 12, 4, 5. VIII 9, 6. IX 29, 3; 37, 10. X 41, 4. XII 19, 2.
 Macra: XV 2, 8.
 Magas: V 34, 1; 36, 1. XV 25, 2.
 Magnesia: V 99, 3; 100, 7. XI 34, 1.
 Magón (general cartaginés en España): X 7, 5; 12, 2, 4; 15, 7; 18, 1; 38, 10. XI 21, 1.
 Magón el Samnita: IX 25, 1, 4.
 Magón el Viejo: IX 22, 2.
 Malea: V 95, 4; 101, 1, 4; 109, 5.
 Malea (golfo de): IX 41, 10.

- Mandonio: X 18, 7; 35, 7. XI 29, 2.
- Mantineia: IX 8, 2, 6, 8, 9, 11; 9, 7; 34, 10. XI 10, 9; 11, 1, 2, 4, 6; 14, 1. XII 25f, 3, 4.
- Mátrato: V 68, 7.
- Márgaro: XV 5, 4.
- Margites: XII 4a, 5; 25, 8.
- Maronea: V 34, 8.
- Marsias: V 45, 8; 61, 7.
- Masinisa: IX 25, 4. XI 21, 1. XIV 3, 7; 4, 2, 7; 8, 6, 8; 9, 2. XV 3, 6; 4, 3, 4; 5, 12; 9, 8; 11, 2, 6; 14, 7; 18, 5.
- Media: V 40, 7; 44, 3, 8, 11; 51, 10; 52, 4, 6, 8, 12; 55, 7. X 27, 1, 2, 4.
- Megaleas: V 2, 8; 14, 11; 15, 2, 7; 16, 2, 3, 5, 7, 8; 25, 1; 26, 8, 14; 27, 1, 4, 7; 28, 4, 6, 7.
- Megalópolis: V 92, 3, 8. IX 18, 1; 26a, 2, 6; 28, 7. XIII 8, 4, 5.
- Megisto: V 77, 9.
- Melancomas: VIII 15, 9; 16, 10, 11; 17, 4, 6, 8; 18, 2; 19, 4.
- Melita: IX 18, 6.
- Melitea: V 97, 5.
- Melitusa: XIII 10, 3.
- Meneas: V 71, 2.
- Menedemo: V 69, 4; 82, 11.
- Meneleo: V 18, 3, 10; 21, 1; 22, 3, 8.
- Menfis: V 62, 4; 63, 7; 66, 8.
- Menipo: X 42, 2.
- Meótico (lago): V 44, 10. X 48, 1.
- Meótide: X 27, 4.
- Merágenes: XV 27, 6, 7; 28, 1, 4, 7; 29, 1.
- Mesenia: V 4, 4; 5, 1, 3, 6, 7; 17, 1; 37, 2; 91, 3; 92, 2, 5, 8. VI 49, 2. VII 10, 1; 11, 1; 12, 10; 13, 8. VIII 8, 1, 3, 4. XII 6b, 9.
- Mesina (estrecho de): V 110, 2.
- Mesopotamia: V 44, 6; 48, 16.
- Metapa: V 7, 8, 9; 13, 8.
- Metaponto: VIII 35, 1. IX 1, 4.
- Metrodoro: XV 24, 2, 3.
- Mición: V 106, 7.
- Milfada: V 71, 1; 72, 5.
- Mircano: VII 9, 1.
- Mirte: XIV 11, 3, 4.
- Mitilene: XI 4, 1.
- Mitón: IX 22, 4.
- Mitrídates: V 43, 1, 2; 90, 1. VIII 20, 11; 23, 3.
- Mnesíadas: V 64, 6.
- Mnesis: XIV 11, 3, 4.
- Molicria: V 94, 7.
- Molón: V 40, 7; 41, 6, 8; 42, 4, 5; 43, 5, 8; 45, 1, 3, 4, 5, 6; 46, 4, 8, 10, 11; 47, 1, 3, 4, 5, 6, 7; 48, 2, 10, 12, 15; 49, 1, 6; 50, 11, 12; 51, 3, 8, 10, 11; 52, 2, 4, 7, 9, 14; 53, 7; 54, 1, 2, 3, 5, 6, 13; 61, 4.
- Molpágoras: XV 21, 1.
- Muiscos: V 82, 13.
- Museo de Tarento: VIII 26, 10; 28, 1.
- Nabis: XIII 6, 1, 4, 10; 7, 10; 8, 3, 4, 6, 7.
- Nápoles: VI 14, 8; 9, 11.

- Nasos: IX 39, 2.
 Naupacto: V 95, 11; 102, 9; 103, 2, 4.
 Neolao: V 53, 10; 54, 5.
 Nereida: VII 4, 5.
 Nicágoras de Mesenia: V 37, 1, 2, 4, 5, 6, 7, 10, 11; 38 1, 2, 3, 4.
 Nicanor: X 27, 11.
 Nicarco: V 68, 9, 10, 11; 71, 6, 11; 79, 5; 83, 3; 85, 11.
 Nicásipo: V 94, 5.
 Nicea: X 42, 4.
 Nicias: V 71, 2. IX 19, 1, 3.
 Nicocles: X 22, 3.
 Nicolao: 61, 8, 9; 66, 1; 68, 2, 3, 5, 10; 69, 2, 10.
 Nicolás de Etolia: X 29, 6.
 Nicómaco: VIII 15, 9; 16, 10, 11; 17, 4, 6, 8, 9.
 Nicomedes (general de Antíoco): X 28, 6.
 Nicomedes de Cos: X 29, 6.
 Nicón: VIII 25, 1, 8; 28, 3, 7; 29, 10. XV 25, 37; 33, 7.
 Nicóstrato: IX 34, 11. XV 27, 7, 8, 10, 11; 28, 3.
 Nilo: V 62, 4.
 Numa Pompilio: VI 11a, 5.
 Olimpia: XII 4d, 5.
 Olímpico: V 90, 1.
 Olimpo: V 24, 9.
 Olinto: IX 28, 2; 33, 2.
 Onesígenes: VII 4, 1.
 Onomarco: IX 33, 4.
 Óreos: X 43, 7.
 Órgisos: V 108, 8.
 Órico (ciudad del Epiro): VII 19, 2.
 Órico (monte entre el Tigris y Apolonia de Asiria): V 52, 3.
 Orontas: X 27, 6.
 Orontes: V 59, 10.
 Ostia: VI 11a, 6.
 Oxo: X 48, 1, 2, 4.
 Palanto: 11a, 1.
 Palea: V 3, 4; 4, 8; 5, 1; 16, 1; 17, 5; 100, 7.
 Panfia: V 8, 1; 13, 7.
 Panaqueo: V 30, 4.
 Panétolo: V 61, 5; 62, 2. X 49, 11, 12.
 Panfilia: V 34, 7; 72, 9; 77, 1.
 Panormo: V 102, 9, 10; 103, 1.
 Pantea: V 37, 8.
 Paquino: VII 3, 5.
 Parapotamia: V 48, 16; 69, 5.
 Partia: V 44, 4.
 Partinos: VII 9, 13.
 Patras: V 2, 11; 3, 3; 28, 3; 30, 3, 4; 91, 8; 94, 1; 101, 4.
 Pednelisos: V 72, 1, 10; 73, 5, 6.
 Pelagonia: V 108, 1.
 Pelecante: V 77, 9.
 Pelión: VIII 9, 13.
 Pella: V 70, 12.
 Pélope: XV 25, 13.
 Pélope (padre del anterior): XV 25, 13.
 Pelópidas: VI 43, 5. VIII 36, 7.
 Peloponeso: V 1, 12; 3, 7, 9; 17, 9; 110, 6. VI 49, 7, 8. VII 11, 3. VIII 12, 3. IX 29, 10;

- 33, 9. X 25, 3. XII 4d, 5. XIII 8, 2.
- Pelusio: V 62, 4, 5; 80 1. XV 25, 26.
- Penélope: XII 26b, 5.
- Peonia: V 97, 1.
- Peparetos: X 42, 1, 7; 43, 7.
- Pérgamo: V 78, 6.
- Perge: V 72, 9.
- Pericles: IX 23, 6.
- Perigenes: V 68, 3; 69, 7, 11.
- Peripia: V 102, 5.
- Perro (constelación del): IX 43, 4.
- Persia: V 40, 7; 44, 4, 6; 54, 5.
- Pérsico (golfo): XIII 9, 1, 5.
- Petreo: V 17, 6.
- Pilos: IX 38, 8.
- Pínaro: XII 17, 3, 5.
- Pirineos: X 40, 11.
- Pirrias: V 30, 2; 91, 3; 92, 2, 5, 6; 94, 2.
- Pirro: VII 4, 5. VIII 24, 1. XII 4b, 1; 25k, 2.
- Pisantinos: V 108, 8.
- Piseo: V 108, 1.
- Pisidia: V 57, 7; 72, 9; 73, 3.
- Pitia: X 2, 9.
- Pitíadas: V 46, 7, 11.
- Pitión: XIII 5, 7.
- Pitiónico: VIII 29, 8.
- Plátano: V 68, 6.
- Platón: VI 5, 1; 46, 1. VII 13, 7. XII 28, 2.
- Pleurato: X 41, 4.
- Pléyades (constelación de): V 1, 1. IX 18, 2.
- Po: V 29, 7. X 3, 3.
- Polibio de Megalópolis: VI 11a, 1, 2, 3, 4, 5, 6; 59, 2, 3. VII 1, 1; 19, 1. VIII 22, 3; 40, 1, 2, 3. IX 9, 11; 27, 10, 11; 44, 3, 4, 5, 6. X 31, 14, 15. XI 7, 4, 5; 19a, 1; 24, 10. XII 1, 1, 2, 3, 4, 5; 2, 1; 4a, 1; 6, 7; 25a, 1. XIII 9, 1, 2; 10, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9. XIV 1a, 1; 11, 1, 2.
- Policleto de Cirene: VII 2, 2, 3, 5.
- Polícrates de Argos: V 64, 4, 6; 65, 5; 82, 3; 84, 8. XV 29, 10.
- Polícrito: IX 34, 10.
- Polieno: XI 15, 5; 18, 2.
- Polifanto: X 42, 2.
- Polihístor: XII 1, 5.
- Polimedes de Egipto: V 17, 4.
- Polixénidas de Rodas: X 29, 6.
- Ponto Euxino: V 43, 1, 2; 44, 8; 55, 7. VIII 22, 1; 27, 4.
- Porfirea: V 68, 6.
- Poseidón: VII 9, 2. IX 8, 11; 34, 9, 10. X 11, 7; 14, 12. XI 11, 4, 6; 12, 6.
- Potine: XIV 11, 3, 4.
- Preneste: VI 14, 8.
- Príone: VII 15, 6.
- Prítanis: V 93, 8.
- Proágoras: XIII 8, 7.
- Pronno: V 3, 3.
- Prusias: V 77, 1; 90, 1; 111, 1, 6. XV 23, 10.
- Ptolemaida: V 61, 5, 8; 62, 2; 71, 12.
- Ptolomeo Cerauno: IX 35, 4.
- Ptolomeo Epífanes: XV 25, 13, 14.

- Ptolomeo Evérgetes: V 35, 1, 2; 55, 3; 57, 2; 58, 1, 4, 10; 61, 4, 8. XV 25, 2.
- Ptolomeo Filadelfo: XIV 11, 2.
- Ptolomeo Filopátor: V 1, 26, 8; 29, 6; 31, 1, 9; 34, 1; 35, 4, 10; 42, 4, 7; 45, 5; 67, 12, 13; 68, 2, 4, 5; 70, 10, 11; 79, 1, 2, 4, 10; 80, 1, 6; 81, 5; 82, 2, 3, 7, 8; 83, 3; 84, 1, 2, 5, 7, 9; 85, 8; 86, 1, 6, 8, 11; 87, 1, 3; 89, 1; 100 9; 105, 7; 106, 7; 107, 1. VIII 15, 10. IX 11a, 1. XI 4, 1. XIV 11, 1, 5; 12, 3. XV 20, 1, 8; 25, 1; 34, 5, 6.
- Ptolomeo (gobernador de Egipto): V 39, 2.
- Ptolomeo Lago: V 65, 11; 66, 2, 3, 4, 7; 67, 6, 7, 9, 10.
- Ptolomeo (servidor de Filipo V): V 25, 1.
- Ptolomeo de Trasos: V 62, 4, 7; 63, 2; 65, 3, 5.
- Quereas: V 70, 10; 71, 11.
- Queronea: V 10, 1.
- Quíato: IX 44, 3.
- Quíos: V 28, 1; 100, 9. XI 4, 1.
- Rabatámana: V 71, 4, 10.
- Rafias: V 80, 3, 4; 85, 13; 86, 2, 7, 8; 107, 3.
- Regio: V 110, 3. IX 7, 10. X 1, 4.
- Rinco: VI 59, 3.
- Rinocolura: V 80, 3.
- Río: V 28, 2; 29, 3; 30, 4.
- Ríos de Etolia: V 94, 8. XII 12a, 2.
- Rodas: V 28, 1; 88, 8; 100, 9. VIII 15, 9; 16, 1. XIII 5, 6. XV 23, 2, 3.
- Rojó (Mar): V 46, 7; 48, 13; 54 12. IX 43, 2. XIII 9, 1.
- Roma: VI 11a, 2, 7; 11, 2; 12, 1; 13, 7, 8; 19, 6; 21, 6; 51, 4, 5, 6, 8; 53, 2, 7; 54, 6; 55, 1, 4; 56, 7, 14; 58, 5, 6, 11. VII 1, 3; 3, 1, 9; 5, 3. IX 4, 7, 8; 5, 4, 9; 6, 1, 6, 7, 8; 7, 2; 9, 3; 11a, 2, 4; 26, 2. X 7, 1; 17, 7, 9; 19, 2, 8; 34, 8; 35, 8. XI 3, 4; 19, 6; 28, 5; 29, 1, 8; 30, 4; 33, 8. XIII 4, 7. XIV 6, 7. XV 1, 8; 4, 4, 5, 8; 7, 3, 8; 8, 8, 13; 13, 2; 18, 4, 6; 19, 5; 25, 14.
- Sabe: XIII 9, 2.
- Sagunto: XV 17, 3.
- Salvadora (*puerta de Tarento*): VIII 34, 6.
- Samaria: V 71, 11.
- Samos: V 9, 4; 35, 11.
- Sapodra: V 72, 4.
- Sardanápalo: VIII 10, 3.
- Sardes: V 77, 1. VII 15, 1, 4; 18, 10. VIII 15, 4; 17, 10.
- Saso: V 110, 2.
- Satión: V 108, 8.
- Sátrapa: V 44, 8.
- Seleucia del Puente: V 43, 1; 45, 3; 46, 7; 48, 12.
- Seleucia (región): V 48, 12; 58, 3; 59, 1, 5; 66, 2, 4, 5; 67, 3. XIII 9, 5.
- Seleucia del Tigris: V 48, 16;

- 54, 9 10; 58, 4, 10; 59, 3, 6, 10, 11; 60, 1, 2.
- Seleuco Calinico: V 40, 5, 6; 89, 8. VIII 20, 11.
- Seleuco Cerauno: V 34, 2; 41, 2, 4.
- Seleuco (hijo de Nicanor): X 27, 11.
- Seleuco Nicátor: V 67, 6, 8, 10.
- Sempronio Longo, Tiberio: V 1, 4.
- Síbaris: VII 1, 1.
- Sibirtos: XIII 10, 5.
- Sicilia: V 33, 4; 104, 3. VII 4, 2, 5, 7, 8; 5, 4. VIII 1, 3, 7; 2, 3, 8; 7, 12; 10, 12; 36, 10. IX 22, 4; 23, 2; 27, 11. X 1, 5. XII 4a, 2; 4d, 3, 6; 15, 6; 23, 6, 7; 25k, 2, 3, 10. XV 3, 2; 6, 6; 7, 8; 8, 1; 35, 4.
- Sicilia (estrecho de): X 1, 1.
- Sicilia (mar de): V 3, 9; 5, 14. X 1, 2.
- Sición: V 1, 9; 27, 3. X 22, 3.
- Side: V 73, 3, 4.
- Sidón: V 69, 10; 70, 1.
- Sífax: XI 24a, 4. XIV 1, 3, 4, 6, 9, 10; 2, 5, 7, 8, 10, 11, 12; 3, 1; 4, 2, 8; 5, 9; 6, 11, 13; 7, 1, 6; 8, 7, 14; 9, 2, 3. XV 3, 5; 4, 4; 5, 13.
- Simias: XI 18, 2, 6.
- Singa: XII 1, 3.
- Sinia: IX 44, 5.
- Sipunte: X 1, 8.
- Siracusa: V 88, 8. VII 2, 1, 4, 5, 6; 3, 6; 6, 5; 8, 1. VIII 2, 5; 3, 1; 7, 5, 8, 11; 38, 11, 12. IX 10, 2; 19, 1, 2. XII 4d, 5; 25k, 3; 26b, 3. XV 35, 2, 3.
- Siria: V 34, 6; 57, 3, 7; 58, 11; 67, 8; 87, 6. VIII 17, 10. IX 43, 1, 4. X 40, 7. XII 17, 3.
- Sírinx: X 31, 6.
- Sirtes: XII 1, 1.
- Sócrates de Beocia: V 63, 12; 65, 2; 82, 4.
- Sofagáseno: XI 34, 11.
- Sosibío (miembro de la guardia de Antíoco Epífanés): XV 32, 6; 34, 4.
- Sosibio (privado de Ptolomeo Filopátor): V 35, 7, 13; 36, 2, 4, 6, 8; 37, 11, 12; 38, 1, 3, 4, 6; 63, 1, 4, 6; 65, 9; 66, 8; 67, 1, 3; 83, 3; 85, 9; 87, 5, 8. VIII 15, 2, 6, 7; 17, 5. XV 25, 1, 4, 5, 13.
- Sóstrato: VIII 22, 3.
- Sulpicio Galba, Publio: VIII 1, 6. IX 6, 6; 7, 4; 42, 1, 2, 6. X 41, 1.
- Susa: V 48, 13.
- Susiana: V 46, 7; 52, 4.
- Tábraca: XII 1, 4.
- Tagas: X 29, 3.
- Tajo: X 7, 5; 39, 8.
- Támbraca: X 31, 5, 6.
- Tamese: XIII 10, 9.
- Tanais: X 48, 1.
- Tapiros (montes): V 44, 5.
- Tapuria: X 49, 1.
- Tarento: VIII 24, 1, 3; 27, 2, 4; 29, 6; 31, 3; 34, 9. IX 9, 12. X 1, 1, 5, 6, 8. XIII 4, 6, 7.

- Tarragona: X 20, 8; 34, 1, 4; 40, 12. XI 33, 7.
- Tasos: XV 24, 1.
- Taurión: V 27, 4; 92, 7; 95, 3, 5; 103, 1. VIII 12, 2. IX 23, 9.
- Tauro: V 40, 6, 7; 41, 2; 77, 1; 107, 4; 109, 5. VIII 20, 11. X 28, 4. XI 34, 14.
- Tebas de Beocia: V 10, 6; 27, 2; 28, 6. VI 43, 1, 6. VIII 36, 7. IX 28, 8.
- Tebas de La Ftiótida: V 99, 2, 4, 7; 100, 8, 9; 101, 3.
- Tegea: V 17, 9; 18, 1; 20, 3, 7; 24, 3, 7, 10; 92, 8. XI 11, 2; 18, 7.
- Teleas: XI 34, 1, 3, 6, 7, 8.
- Teménides (Puertas): VIII 26, 7; 29, 2.
- Temisos: V 79, 12; 82, 11.
- Temisto: V 111, 4.
- Temístocles: V 77, 8. VI 44, 2.
- Ténaro: V 19, 5. IX 34, 9.
- Teodoro: V 68, 10.
- Teodoto el etolio: V 46, 3, 4; 69, 3, 10; 71, 6; 79, 4; 81, 1, 4; 83, 3. VII 16, 2; 18, 1, 8.
- Teodoto Hemiolio: V 40, 1; 42, 5; 43, 7; 59, 2; 61, 3, 4, 8; 62, 2; 66, 5; 67, 9; 68, 9; 79, 5; 87, 1.
- Teofrasto: XII 11, 5; 23, 8.
- Teopompo: VIII 9, 1; 10, 2; 11, 2, 6, 7. XII 4a 2; 25f, 6; 27, 8.
- Teoprosopon: V 68, 8.
- Teos: V 77, 5.
- Terencio Varrón, Cayo: V 108, 10.
- Termo: V 6, 5; 7, 2, 6, 8; 8, 1, 3, 4; 13, 1, 3; 18, 5. XI 7, 2.
- Termópilas: X 41, 5.
- Tersites: 26b, 5.
- Tesalia: V 5, 1, 7; 17, 5, 7; 26, 5; 99, 3; 100, 7. VII 12, 4. VIII 36, 8. IX 28, 3; 33, 2. X 42, 8.
- Tesmoforio: XV 29, 8; 33, 8.
- Testiea: V 7, 7.
- Tíber: VI 55 1; 11a, 6.
- Tiberio Graco: VIII 36, 1.
- Tíbur: VI 14, 8.
- Ticón: V 54, 12.
- Tigris: V 45, 3; 46, 7; 51, 4, 5, 8; 52, 4. VIII 23, 1.
- Tile: XIII 9, 5.
- Timeo (general etolio): IX 34, 9.
- Timeo (historiador): VIII 10, 12. XII 3, 2, 6; 4, 4; 4a, 1, 6; 4b, 1; 4c, 1; 4d, 1, 5, 7; 5, 4, 5; 6, 7; 6a, 1, 2; 7, 1, 2, 3, 5; 8, 1, 2, 4; 9, 1, 2, 4; 10, 1, 3, 4, 6; 11, 1, 3, 7; 11a, 1; 12, 1, 8; 12b, 1; 13, 1, 3, 6, 7; 14, 1, 2, 6, 7; 15, 2, 5, 10, 12; 23, 1, 3, 4, 6, 7, 8; 24, 1, 6; 25, 4, 5, 8; 25a, 1, 4; 25b, 4; 25c, 1; 25d, 1; 25e, 7; 25f, 6; 25g, 3; 25h, 1, 3; 25i, 3, 5; 25k, 1, 3, 5, 8, 10; 26, 6, 9; 26b, 4; 26c, 1; 26d, 1, 3, 4, 5; 27a, 1, 2; 27, 2; 28, 6, 8, 10, 12; 28a, 4. XV 35, 2.
- Timoleón: XII 23, 4, 6, 7; 25, 7; 25k, 2; 26a, 1.
- Timóxeno: V 106, 1.
- Tiqueo: XV 3, 5, 7.

- Tiro: V 61, 5; 62, 2; 70, 3.
 Tirreno (mar): VI 59, 2.
 Tiseo: X 42, 7.
 Tlepólemo: XV 25, 25, 26, 30, 31, 34, 36; 26, 5, 11; 27, 1, 2, 6; 29, 6.
 Tracia: V 34, 8; 74, 4. IX 28, 2; 44, 6. XIII 10, 6, 7, 8, 9.
 Tragisco: VIII 28, 3, 7; 29, 3, 10.
 Trasímeno: V 101, 3; 105, 3.
 Trasón: VII 2, 1.
 Trebia: XV 11, 8.
 Triconio (ciudad de Etolia): V 7, 7, 8.
 Triconio (lago): XI 7, 2.
 Triere: V 68, 8.
 Trifilia: V 27, 4.
 Trincheras de Pirro: V 19, 4.
 Tritón: VII 9, 2.
 Tróade: V 111, 4.
 Troya: XII 4b, 1; 4c, 1; 5, 7.
 Tucídides: VIII 11, 3.
 Túnez: XIV 10, 3, 4, 5. XV 1, 6.
 Turio: X 1, 4.
 Turis: VIII 24, 3.
 Ulises: IX 16, 1. XII 27, 10.
 Útica: VII 9, 5. XIV 1, 2; 2, 2, 4; 3, 4; 6, 7; 7, 1; 8, 1; 9, 7; 10, 6. XV 2, 7.
 Valerio Levino, Marco: VIII 1, 6. IX 27, 12. XI 33, 8.
 Yapigio (cabo): X 1, 8.
 Yolao: VII 9, 2.
 Zabdidelo: V 79, 8.
 Zacinto: V 4, 2; 102, 10.
 Zagro: V 44, 6; 54, 8; 55, 6.
 Zaleuco: XII 16, 4, 9.
 Zama: XV 5, 3.
 Zariaspa: X 49, 15.
 Zeus: V 76, 2. VI 3, 6; 13, 6; 16, 6. VII 9, 2; 11, 1, 6. IX 32, 7; 33, 8; 36, 7. XI 28, 2, 9; 29, 6. XII 6b, 5; 18, 6; 20, 5; 26, 3.
 Zeus Atabirio: IX 27, 7.
 Zeus Olímpico: IX 27, 9.
 Zeuxis: V 45, 4; 46, 11; 47, 5; 48, 10, 12; 51, 5, 8; 52, 1; 53, 6; 54, 1; 60, 4.
 Zodíaco: IX 15, 7, 9, 10, 11.
 Zoipo: VII 2, 1.

INDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
LIBRO V	7
LIBRO VI (fragmentos)	148
LIBRO VII (fragmentos)	223
LIBRO VIII (fragmentos)	247
LIBRO IX (fragmentos)	293
LIBRO X (fragmentos)	346
LIBRO XI (fragmentos)	417
LIBRO XII (fragmentos)	456
LIBRO XIII (fragmentos)	527
LIBRO XIV (fragmentos)	539
LIBRO XV (fragmentos)	557
ÍNDICE ONOMÁSTICO	607